



Dulce
VERDAD

Virginia Camacho

Contenido

[:Introducción:](#)

[:1:](#)

[:2:](#)

[:3:](#)

[:4:](#)

[:5:](#)

[:6:](#)

[:7:](#)

[:8:](#)

[:9:](#)

[:10:](#)

[:11:](#)

[:12:](#)

[:13:](#)

[:14:](#)

[:15:](#)

[:16:](#)

[:17:](#)

[:18:](#)

[:19:](#)

[:20:](#)

[:21:](#)

[:22:](#)

[:23:](#)

[:24:](#)

[:25:](#)

[:26:](#)

[:27:](#)

[:28:](#)

[:29:](#)

[:30:](#)

[:31:](#)

[:32:](#)

[:33:](#)

[:34:](#)

[:35:](#)

[:36:](#)

[:37:](#)

[:38:](#)

[Otras obras de la autora](#)

[BIOGRAFÍA](#)

Título original: Dulce Verdad.

Tercera y última parte de la saga *Dulce* de Virginia Camacho.

Año de Edición y publicación para Kindle: Diciembre de 2015

Colombia

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

:Introducción:

—Es increíble que no puedas hacer una cosa por ti misma. En serio, Abigail. ¿Tengo que estarte recordando cada cosa a cada instante? —exclamó Theresa Livingstone a su hija—. Te dije claramente que tenías que venir en ayunas, ¿es que no puedes mantener esa boca cerrada? Si tu padre no fuera un hombre que gana dinero, nos habrías arruinado hace tiempo porque no paras de comer y comer. ¡Mírate! ¡Avergüenzas!

Abigail apretó los dientes sin decir nada, y luego miró fuera del auto en el que iban a través de la ventanilla. No había querido ir en ayunas a la cita de ahora porque nunca era necesario, y tampoco era como si hubiese acabado con las reservas de la casa; ¡sólo se había tomado un jugo de naranja! La regañina de su madre no sólo era injusta, sino también innecesaria, pues nunca le hacían un examen que requiriera ir en ayunas. Sospechaba que su madre lo hacía sólo por mortificarla, pero esto era normal en ella; estaba segura de que Bob, el conductor que ahora las llevaba hacia el consultorio del doctor John Frederick, estaba escuchando cada palabra que le decían, y conociendo su buen corazón, la estaría compadeciendo también.

Debería estar acostumbrada, se dijo. A ella la regañaban constantemente por todo y por nada. Había nacido defectuosa, torpe, muda, asmática, gorda.

Se miró las manos, y notó que estas empezaban a temblar.

Iría al consultorio del doctor Frederick, como era habitual cada cierto tiempo por insistencia de Theresa, como si fuera alguna enferma crónica, o contagiosa, o de gravedad, y éste le diría lo de siempre: que debía tomarse sus suplementos vitamínicos sin falta, que no tenía nada en su corazón, ni en sus pulmones; y luego añadiría con cierto desdén que su asma no era más que una manera de llamar la atención de sus padres y familiares.

Y su madre le creería como se le cree a un dios y la regañaría de nuevo todo el camino de vuelta.

Theresa siguió hablando sin parar aun cuando el auto se detuvo y Bob le abrió la puerta, subieron al ascensor y entraron al consultorio del doctor y se sentaron. Luego, le contó al doctor que Abigail había tenido su periodo con regularidad, que comía más de la cuenta y no tenía ningún hobby o actividad en el que invirtiera todo su tiempo libre. Le contaría también que este mes había tenido sólo un ataque de asma y fue cuando Jason, el hijo menor de su hermana Charlotte, había caído por la piscina. Abigail no habló para nada, y eso que era su cita. Pero esto también era normal.

El doctor Frederick, como siempre, la hizo sentarse en su camilla, le miró los ojos, los oídos, la boca, le escuchó el corazón, los pulmones y demás, y dijo lo de siempre: ella estaba bien.

La razón por la que Theresa seguía llevando a su hija mayor de veintinueve años como si fuera una niña especial al mismo médico a pesar de que éste le daba siempre la misma respuesta era todo un enigma, pero como siempre, ella no dijo nada.

Salió del consultorio desganada, y se recostó a la puerta suspirando y cruzándose de brazos. Otra

vez una mañana aquí y ella no había podido ni abrir la boca. Tal vez, un día de éstos, debía ella misma hablar con el doctor, gritarle si era posible que veía estas visitas innecesarias, pero, para qué? Además, dudaba que pudiese conseguirlo, siempre que intentaba entablar una conversación con alguien que no fuera de su familia, su garganta se cerraba y de ella no salía una sola palabra, más que balbuceos que la hacían parecer como una auténtica idiota subnormal. Ella era parte de ese ínfimo porcentaje de personas en el mundo que sufría un trastorno del lenguaje llamado tartamudez. Sólo el siete por ciento de la humanidad lo padecía, y sólo el uno por ciento de esa cantidad eran mujeres, así que si alguna vez le faltaban motivos para pensar que era especial, este era uno grande para recordar.

Se mordió los labios y miró la puerta con deseos de abrirla y hacer su fantasía realidad.

Inténtalo, se dijo. Intenta hablar por ti misma con el doctor. Dile que sólo te sientes ahogada en tu casa, al lado de una madre terriblemente controladora, tres hermanas menores perfectas, con sus esposos perfectos y sus hijos perfectos con las que constantemente te están comparando, pues ella sólo había sido una chica con demasiada mala suerte al nacer así. Su primera palabra la dijo a los siete años, y ya entonces su padre se avergonzaba de ella y su madre la escondía cuando llegaban sus amigas a casa. Sus hermanas la mitad del tiempo la tenían por idiota, y la otra, la compadecían, y el servicio a veces pensaba que además era sorda y cuando estaban cerca de ella cuchicheaban acerca de todo, y si le iban a decir algo, era a los gritos.

Era difícil. Era frustrante, pero esta era su vida diaria.

Cuando cumplió los dos años y seguía sin pronunciar palabras, la llevaron a un médico especializado y éste dijo que su laringe estaba en perfecto estado. Descartaron todo tipo de trastornos y síndromes, pues era inteligente, aprendía rápido y su motricidad era tan buena como la de cualquier niño a su edad. Nada explicaba por qué no hablaba.

—Tengo una hija idiota —había dicho entonces Arnold Livingstone con tanto desprecio que ella guardaba esa mirada en su memoria como un grabado a fuego en su piel. Y aún la miraba así; no recordaba una sola palabra amable que su padre le hubiese dirigido jamás.

Afortunadamente para los Livingstone, Theresa dio a Luz a tres hijas más: Charlotte, Christine y Candace. Éstas sí eran normales, sí fueron a la escuela, y actualmente todas estaban casadas. Habían salvado el apellido haciendo uniones fructíferas y sólidas con grandes hombres de negocios o de buena familia. Abigail seguía soltera y en casa a sus veintinueve años.

No había ingresado a la escuela como sus hermanas, pues le trajeron los profesores a la casa; no sabía si porque de verdad le era imposible llevar una vida académica normal, o por no avergonzar más el apellido Livingstone. De este modo, no tuvo amigas de la escuela, ni bailes de graduación, ni viajes de curso.

Había aprendido el lenguaje de señas, pero la cantidad de personas que lo conocían era ínfimo, e ínfimas las oportunidades de hablar con desconocidos. Cuando de casualidad le permitían ir a una reunión social, permanecía apartada en un rincón observando a las demás chicas divertirse. Vio casarse a sus hermanas menores una por una con maridos ricos, guapos y perfectos, de familias igual de ricas y bien posicionadas en la esfera social. Cuando ellas se fueron de viaje, de paseo o de fiesta,

y sus hijos les estorbaron, allí estaba la tía Abby para que los cuidara gratis toda la noche, o toda la semana.

A Abby nunca le presentaban chicos, Abby nunca había tenido un novio, Abby permanecía intacta a través del tiempo; otro mueble de la casa. Nunca nadie le preguntó por sus deseos y anhelos, y los tenía, muchos. Quería también tener un hogar propio, hijos, y un hombre al que darle todo su amor. No eran sueños elevados para ninguna mujer, pero para ella era algo inalcanzable.

Puso la mano sobre el pomo de la puerta y la abrió cuidadosamente, sin hacer el más mínimo ruido. Su madre estaba ahora en su propia consulta, pero ella quería hablar con el doctor. Él la conocía desde niña, y tal vez tuviera un consejo que darle.

—No sé —decía Theresa, y aunque Abigail no la veía, imaginaba que estaba sentada frente al escritorio del doctor—. Tal vez hasta deba agradecerle a Dios el haber tenido una hija anormal— Abigail abrió grandes sus ojos al escuchar eso. Ella anormal? Nunca escuchó a su madre referirse a ella así! Y eso que creyó haber escuchado todos los insultos que se podían! —Mis otras hijas se casaron, y tienen sus familias. Quién me cuidará en mi vejez? Es bueno que Abigail permanezca en casa, no importa si es tonta; sabe manejar el tensiómetro, por lo menos.

Y Abigail pudo verlo: ella cuidando a su madre en su vejez con cada achaque que le gustaba inventarse, llevándole el té a la cama en los días que no quería levantarse, escuchando sus sermones, sus regaños, sus insultos hasta que ella misma envejeciera y se consumiera.

Sintió que le faltaba el aire.

Cuando detectó los síntomas de un ataque de asma, salió del consultorio y corrió hacia los baños. Sacó su inhalador de su pequeño bolso, pero lo dejó caer y éste rodó por el suelo de los baños.

Respira, respira, se dijo. Tú sabes respirar, vamos. Lento por la nariz, toma aire.

El aire no entraba, y el ataque de asma llegó en toda regla. Sin embargo, y como siempre, no se rindió; siguió luchando contra sí misma y logró asir un poco de aire y meterlo en sus pulmones. Luego, cansada, con los ojos anegados en lágrimas, lloró sola en el baño.

—A que no adivinas a quién vimos anoche en la gala! —exclamó Candace Chandler, la menor de las cuatro hermanas Livingstone sentándose en el mueble de la sala de su madre mientras ésta tejía algo, y mirando a Charlotte y Christine que conversaban en voz baja mientras tomaban su té y hojeaban revistas de moda. Charlotte la miró sin mucho interés; ella no había ido a la gala, y por lo tanto no tenía mucho que compartir acerca de ella.

—Al presidente de los Estados Unidos?

—No seas tonta, el presidente está de gira por Europa. A Maurice Ramsay!! —al escuchar el nombre, Abigail levantó de inmediato la cabeza y miró a su hermana menor fijamente.

—Ese? —preguntó Theresa—. En una reunión social? No me digas que... piensa volver?

—No lo sé, pero eso no es lo peor. Llegó interrumpiendo la presentación de la orquesta, y buscando a adivina quién.

—Candace, no me gustan tus juegos. Di ya lo que tengas que decir —Candace sonrió con su hermosa y perfecta sonrisa, y Abigail la miró atenta, pero lejos de sacar a su madre y a sus hermanas de su incertidumbre, empezó a peinarse sus rubios cabellos con sus dedos.

Todas sus hermanas eran rubias, blancas y preciosas, de pieles delicadas y suaves. Iguales a su madre. Ella, en cambio, era pelirroja, de un rojo caoba rizado y rebelde que siempre debía llevar atado, y su cara estaba llena de pecas, y también sus hombros. Desde siempre, Theresa la había acusado por haber heredado los genes de su abuela, y la obligó siempre a permanecer a la sombra y usando sombreros grandes, con la piel llena de cremas; había tenido la esperanza de que sus pecas se borrarán, pero no había sido así.

Abigail miró a su hermana queriendo decir: por favor, habla!, pero se contuvo. Candace sólo estaba tejiendo la atmósfera adecuada para crear impacto.

—Estaba buscando al novio pobre de Marissa Hamilton! —siguió al fin. Charlotte elevó sus cejas.

—“Novio pobre de Marissa Hamilton”? de qué hablas?

—Recuerdas que Simon le puso el cuerno a la Hamilton con una secretaria?

—Claro que sí, todo el mundo lo supo.

—Pues la chica se buscó un remplazo ya, y no es un hombre para nada de los nuestros. Viene de abajo. Eso sí, el maldito está guapísimo.

—Lo viste? —preguntó Christine.

—Con mis propios ojos. Tuvo el descaro de llevarlo anoche a la gala.

—Y Maurice fue allí a buscarlo a él? —Candace resopló, e ignoró que Abigail estaba tanto o más atenta que las demás a la conversación.

—Entró interrumpiendo a los músicos, como te digo. Preguntaba por ese tal David Brandon, el novio pobre. Fue un escándalo! Sobre todo por la forma en que iba vestido! Totalmente fuera de lugar, y acompañado de un chico que iba igual o peor que él!

—Ese pobre ya está acostumbrado a los escándalos —las hermanas se miraron y rieron entre dientes, y Abigail las odió. No podía creer que se regocijaran en el mal ajeno, pero ya debía estar acostumbrada; estas sesiones de chismes se daban sin falta cada domingo. Las hermanas se reunían a tomar el té con su madre, traían sus hijos, y comentaban sin pudor ni temor los últimos escándalos.

—Hay alguien en casa? —saludó Arthur Gardner, un joven de más o menos veinte años y primo hermano de las Livingstone, entrando a la sala con su usual sonrisa, y al verlo Abigail sonrió, a la vez que Charlotte, Christine y Candace resoplaron muy poco femeninamente. Si Abigail avergonzaba a su familia por no poder hablar como los demás, Arthur lo hacía por ser terriblemente amanerado y amante de la moda femenina—. Sí, hay alguien —sonrió Arthur al verla, como si en la sala no hubiese nadie más y caminó a ella para besar su mejilla. Tal vez por ser los primos marginados de la familia, se entendían y querían entre sí—. Y de quién hablaban cuando llegué? —Preguntó con tranquilidad, sentándose al lado de Abigail luego de haber saludado a su tía y cruzando la pierna. Charlotte y Candace se miraron incómodas.

—Tú estuviste anoche en la gala.

—Cierto.

—Hablábamos de la reaparición de Maurice Ramsay —Abigail miró atenta a su primo vigilando sus reacciones, pero él sólo frunció los labios y asintió con lentitud.

—Ya. Es cierto; mi excuñado apareció de nuevo en escena —dijo al cabo de un largo minuto en silencio. Charlotte hizo una mueca.

—Pensé que se quedaría para siempre en ese oscuro rincón en el que decidió esconderse todos esos años.

—Su aparición arruinará de nuevo nuestra reputación! —se quejó Theresa agitando su cabeza—. Todo el mundo recordará el escándalo, y nos veremos de nuevo implicados en ello.

—Todavía recuerdo lo que me costó convencer a William de que yo no era igual a la idiota de Stephanie —resopló Charlotte con rencor.

—Y James tuvo serias dudas de casarse conmigo. Mi boda estuvo en peligro!

Abigail bajó la cabeza sintiendo ira. No se podía haber dicho nada más egoísta.

Hacía seis años, su prima Stephanie, la hermana mayor de Arthur, había sido asesinada mientras estaba con su amante. Habían sido hallados en el baño de la hermosa casa que habitaba con su esposo, Maurice Ramsay, y el escándalo se había desatado. Todo el mundo había compadecido a Maurice, algunos se habían burlado, y otros simplemente le tuvieron lástima. A Stephanie la juzgaron de puta, zorra y traidora, y con toda razón. Las Livingstone casi habían tenido que negar el parentesco con semejante mujer, pero era innegable que tenían relación de sangre; las primas eran muy parecidas entre sí, sobre todo ella, Abigail, que era igual de pelirroja a Stephanie.

—Das un paseo conmigo? —le preguntó Arthur poniéndose de pie y tendiéndole la mano. Abigail no lo dudó, y salió con él de la sala. Charlotte, Christine y Candace los miraron salir y luego intercambiaron una sonrisa.

—Dios los cría... —y luego rieron quedamente.

—Nunca conseguí que la dejara en paz —suspiró Theresa mirando a Arthur alejarse con Abigail—. Si no fuera porque es el hijo de mi hermana, le negaría la entrada! Mira que salir... así! —las tres hermanas ignoraron la diatriba de su madre, y siguieron mirando la manera de caminar de Arthur, más femenina que la de la misma Abigail.

—Lo viste? —le preguntó Abigail a Arthur. Era de las pocas personas con las que podía hablar sin tartamudear. Arthur jamás se había burlado de ella, jamás le había hecho bromas pesadas, como sí lo hacían los hijos de sus hermanas, y la consideraba inteligente y hasta guapa. Al escuchar su pregunta, él suspiró.

—Sí, lo vi, aunque de lejos y no claramente. Ya sabes, atenúan las luces cuando los músicos están tocando.

—Y... cómo está? —Arthur se alzó de hombros.

—Físicamente, igual, creo... aunque ahora se deja la barba, lo cual le sienta genial. Pero su ropa... no sé dónde ha estado viviendo, pero me temo que no lo ha pasado bien—. Arthur miró a su prima con atención mientras caminaban por el jardín. Era igual de alta que él, su piel blanca y llena de pecas a él le gustaba. Conocía modelos internacionales exactamente así, pero que matarían a cualquiera por lucir de ese modo sin maquillaje. Abigail era guapa, tal vez con un par de kilos de más, pero no era nada que una rutina de cardio no quemara en unas cuantas sesiones.

—¿Quieres verlo? —Abigail lo miró fijamente con sus ojos muy abiertos.

—¡Yo... Yo... no podría!

—Claro que sí. Sólo hay que averiguar dónde ha estado y...

—¡No! ¡No podría!

—Abigail...

—Ade—además —tartamudeó, síntoma de que se estaba poniendo nerviosa—, si me ve... me odiará. Me odiará! —Arthur suspiró.

—Tal vez vuelva a desaparecer —dijo, encogiéndose de hombros—. Tranquilízate. Sin embargo, creo que es hora de cambiar por fin las cosas, sacar a la luz la verdad—. Abigail lo miró sin comprender.

—¿La verdad? —Arthur sonrió, la rodeó por los hombros y le besó los rojos cabellos.

—Mi querida prima, tengo una enorme deuda contigo, pero vamos un paso a la vez. Por ahora,

intenta no dejarte hundir por lo que digan o dejen de decir esas brujas que tienes por hermanas. Intenta ser fuerte, más fuerte aún.

Abigail lo miró sin pestañear por largo rato, pero él simplemente sonrió y volvió a abrazarla.

Que Maurice Ramsay se hubiese atrevido a reaparecer en sociedad, aunque fuera en el modo en que lo hizo, era una señal venida del cielo, y él la había estado esperando con ansias todos estos años. Sin noticias de él, había sido difícil buscarlo y aclararle tantas cosas que él necesitaba saber, que él merecía saber. Ya era justo que dos personas que habían sufrido por tanto tiempo se reencontraran, y se sanaran el uno al otro las heridas.

:1:

—Parece que alguien intentó colarse —rió Marissa ocupándose del velo del vestido de novia de Diana para que entrara al auto que los llevaría al sitio de la recepción. Se hallaban a la salida de la iglesia, y aún había mucha gente allí viendo cómo se despedían los novios y se internaban en el auto.

—Pero la iglesia es un sitio público —dijo Meredith mirándola interrogante—. Cualquiera puede asistir a la ceremonia.

—Elegimos un día como este para que no hubiese intrusos, y aun así...

—Ya decía yo que había más gente de la esperada —dijo David, mirando en derredor—. Pero como no conozco a ninguno, no sabría decir quién es quién.

—No exageres, conoces casi a la mitad —lo rió Marissa echándole malos ojos, y él sólo sonrió ladeando su cabeza.

Ya en la fiesta, los invitados se iban presentando uno a uno a la entrada para ser admitidos en el salón. Maurice entró solo, como era de esperarse, y miró alrededor con cierto desgano. Odiaba las fiestas de bodas. Todas seguían un protocolo que él odiaba; promesas de amor, de fidelidad, discursos de los mejores amigos, de los padres si estaban, y etc. Ni la mitad de esas promesas se cumplían.

Suspiró y se cruzó de brazos mirando todo con desdén. Vio a Marissa caminar de un lado a otro ayudando en la organización de todo. A pesar de que Diana había contratado personal para eso, ella prefería verificarlo todo por sí misma.

Buscó el lugar donde posiblemente lo hubiesen ubicado a él entre las mesas. Esperaba que no fuera gente desagradable o que lo conociera de antes, pero entre todas estas personas, era bastante probable que esto ocurriera.

—Maurice Ramsay? —preguntó alguien a su espalda, y él se giró a mirar. Era una pareja asiática y asquerosamente rica que, desafortunadamente, lo conocían de antes.

—Señores Nakamura —saludó Maurice doblando levemente su cuerpo imitando el saludo oriental.

—¡Qué... sorpresa verte!

—Sí, me imagino —sonrió él.

—Estamos felices de que estés aquí —dijo el señor Nakamura sonriendo, y Maurice lo miró con recelo.

—Gracias—. Los Nakamura se alejaron, y Maurice respiró profundo. Estaba sacrificando demasiado por Daniel Santos. Presentarse aquí era como gritar “He vuelto”, y aún no estaba seguro

de querer hacer algo así.

—¿Maurice Ramsay? —dijo alguien otra vez a su espalda y él se volvió a girar torciendo los ojos, pero esta vez quedó pasmado. Esta era Stephanie, con su cabello rojo caoba brillante y rizado, sus pestañas largas, sus ojos claros y las pecas mal disimuladas con el maquillaje. ¡Stephanie!

No, no. Esto era tan sólo otra pesadilla, se dijo, y dio un paso atrás.

—Ho... hola, Maurice —dijo ella, y Maurice abrió la boca, pero de ella no salió ningún sonido. Ella lo miraba con sus ojos grandes y azules, con las mismas pintas más oscuras alrededor del iris, con las mismas cejas arqueadas y rojas; preciosa.

—Tú... tú...

—¿Podemos... hablar?

—Aléjate de mí —murmuró él, dando otro paso atrás y elevando su mano como si así pudiese detener una terrible amenaza—. ¡Aléjate de mí! —dio la espalda y salió corriendo. Se internó en los baños sintiendo que lo seguían, y cerró la puerta de uno de los cubículos que contenía un váter. Se le revolvió el estómago, y empezó a sudar frío. Sin poder evitarlo, empezó a trasbocar. Suerte que estaba frente a la taza.

Stephanie aquí.

No, no, se repetía. Ella está muerta. Tú la viste muerta, desnuda; muerta y fría al lado de su amante. Tú la viste.

Sus cabellos rojos desparramados y húmedos, el rostro de pánico en el rostro, los ojos azules abiertos y llenos de miedo y terror. Ella estaba muerta.

Entonces qué hacía aquí? Por qué no lo dejaba en paz? Por Dios, cuándo tendría él un poco de paz? Lo perseguiría ese rostro hasta el último día de su vida? Cuándo vendría el final de ésta para al fin descansar?

Al fin, poco a poco, un poco de razón logró filtrarse en su mente. Stephanie estaba tan muerta como una roca. Él sólo estaba teniendo alucinaciones, o estaba recreando su fantasma.

Había leído libros al respecto. Libros con títulos tan obvios como: “¿Qué hacer luego de una gran pérdida?”, y si bien ninguno le dio la solución a su tristeza, se llenó la mente de teorías. Una de ellas decía que las personas luego de haber perdido personas muy importantes para ellos, solían verlos aquí y allá, sobre todo en espacios familiares, donde ambos habían estado antes. Pero esto no aplicaba aquí; él nunca había venido a este sitio. No tenía por qué ver el fantasma de su esposa muerta aquí.

—Maurice? —se escuchó la voz de David, y luego éste apareció al interior del cubículo—. Qué te pasa, amigo? —Maurice no contestó nada, y David buscó una toalla de papel para secarle el sudor de

la frente, lo sacó del cubículo de donde estaba y lo llevó a los lavabos—. Comiste algo que te sentó mal?

—Vi... vi un fantasma —dijo Maurice al fin, y no se dio cuenta de la mirada de reproche que le lanzaba su amigo.

—Necesitas que te lleve a algún lugar?

—No te salgas de la fiesta por mí. Dile a Daniel que lo siento, pero me tuve que ir.

—Estás seguro? —le preguntó David con tono preocupado, pero Maurice dio unos pasos saliendo de los baños.

—Fantasmas. La fiesta está llena de fantasmas—. Salió por las escaleras de servicio hasta llegar a la cocina. Una vez allí, pudo salir al fin a la calle. Sentía la garganta seca. Hoy más que nunca necesitaba un trago.

Pero entonces recordó las palabras de Daniel: “Tienes problemas con la bebida, amigo?”

Era un asunto del cual había estado huyendo, pero luego tuvo que encararlo: últimamente estaba bebiendo demasiado. Todos los días, más exactamente. No quería ser un borracho, no quería que sus amigos empezaran a preocuparse o compadecerse de él ahora que por fin estaba siendo otra vez una persona. No quería perder lo que tanto le había costado conseguir: un espacio donde nadie conocía exactamente su vergüenza y podía estar, reír y hablar con cierta libertad.

Pero Stephanie no lo dejaba. Lo perseguía allá donde fuera. Lo estaba volviendo loco.

—No debimos venir... te lo dije —susurró Abigail sentándose en el asiento del copiloto del auto de Arthur.

—Es increíble que te haya confundido con Stephanie.

—¿Increíble? —le reprochó Abigail—. ¡Con este vestido, este maquillaje y este peinado, soy exacta a ella! No quería que recordara a su esposa. Quería que me recordara... a mí! —sus ojos se humedecieron, y Arthur pasó el dorso de sus dedos por sus mejillas.

—Digamos que esto fue un mal inicio.

—Muy mal inicio —Arthur sonrió.

—Hablas muy claramente cuando estás enojada, sabes?

—Llévame a casa —pidió ella con voz quebrada, y Arthur hizo una mueca poniendo el auto en marcha. Miró de reojo a su prima y suspiró.

—No quería lastimarte.

—No me preocupa que me hayas lastimado a mí. Lo lastimaste a él. ¿Viste sus ojos? ¿Viste su pánico, su dolor? ¡Han pasado seis años, y todavía le duele! Oh, Dios, Arthur, ¿qué hicimos? Y si esta noche le pasa algo? Si comete una locura?

—No cometeré una locura, dulce. No lo ha hecho en estos años, no lo hará ahora. Además... tiene algo, algo que lo salvará—. Ella lo miró interrogante, y él siguió—: tiene amigos. Estuve observando; ese tal Brandon fue a buscarlo, y su lugar en la mesa estaba con su familia, los otros Brandon. Ellos son su familia ahora, y tal vez es amigo también del guapísimo Daniel Santos—. Abigail suspiró recostándose más al asiento.

Esta tarde, Arthur había llegado a casa buscándola, y le había mentido a Theresa diciéndole que quería llevarse a su prima por allí. La había llevado al lugar donde trabajaba, que era un set de televisión, y había hecho que sus compañeras de trabajo la maquillaran, la peinaran y la vistieran. Ahora lucía un vestido verde esmeralda y joyas que pertenecían a alguna casa patrocinadora y estaba maquillada como jamás en la vida lo habían hecho. Era el mismo retrato de Stephanie Ramsay, que adoraba todas estas cosas. Dios la había bendecido o maldecido con este parecido a su prima.

Habían ido a la fiesta con la esperanza de presentarse ante Maurice y hablarle. Arthur aseguraba tener cosas que decirle, pero esto no se había podido hoy. Se habían colado en esta fiesta y no habían conseguido nada.

—No estés triste, linda —dijo Arthur—. Volveremos a intentarlo. Ahora que sé quiénes son sus amigos, no me será difícil volver a contactarlo.

—No... no estoy segura de querer empezar a acosarlo.

—No se trata de acosarlo. Tu cara, es una cara que él debe empezar a acostumbrarse a ver. Luego de este choque, no le será tan difícil volver a encontrarse contigo, te lo aseguro—. Abigail siguió negando, y Arthur le tomó el brazo con un poco de fuerza, lo que la asustó, pues él nunca la había tratado así—. ¿Lo amas o no, Abigail? —ella lo miró atentamente a los ojos—. ¡Respóndeme! ¿Todo eso que me has contado de él es cierto? ¿De verdad lo quieres? —Abigail se mordió los labios y cerró sus ojos asintiendo—. Pues entonces, linda, vas a tener que ser mucho más fuerte de lo que estas siendo ahora. Ya lo viste, él no será una presa fácil. Si quieres tenerlo, vas a tener que traspasar ciertos límites.

—¿Te... tenerlo?

—¿No es eso lo que deseas? —Abigail se puso una mano en el pecho, sintiendo el corazón retumbarle dentro—. ¿O sólo viniste aquí para verlo de lejos, como siempre, Abigail? ¿Otra vez te vas a quedar al margen, sin luchar por lo que es tuyo? —lágrimas aparecieron en sus ojos, y los cerró fuerte negando. No, esta vez ella no se quedaría al margen.

Arthur sonrió y le soltó el brazo concentrándose de nuevo en conducir. Su prima, después de todo,

era valiente.

Maurice entró a su pequeño apartamento, y no se molestó en encender la luz. Trastabilló hasta llegar a su habitación, y sin quitarse el traje que llevaba, se tiró en su cama.

En su cuerpo sintió todos los síntomas de la abstinencia. Las manos le temblaban, se sentía cansado a pesar de que no había hecho gran cosa en el día, y tenía la piel fría y húmeda.

Tal vez también se debía a que había visto al fantasma de su ex mujer hoy.

Cerró sus ojos con fuerza al pensar en ella. Ningún hombre en este mundo había estado nunca tan enamorado como lo había estado él; se había entregado por completo, le había dado hasta lo que no tenía por su amor, y éste nunca fue real.

Vamos, no pienses en ella. Ya sabes lo que pasa cuando te deprimes, se dijo. Cerró sus ojos y se concentró en su respiración, en los latidos de su corazón.

Esto nunca le había pasado, nunca la había tenido alucinaciones con ella. Algo debía estar mal con él si ahora empezaba a ver fantasmas.

Tal vez sólo era producto de su regreso a la alta sociedad. Se había dejado ver ya en dos ocasiones y la gente estaba otra vez hablando de él. Hoy había tenido que enfrentarse a su pasado al ir a esta fiesta, aunque los invitados de la boda de Daniel y Diana habían sido escasos, pero había sido lo suficientemente concurrida como para crear en él esta aprehensión.

Era una fortuna que ni Diana ni Daniel fueran amigos o socios de los Gardner, la familia de Stephanie. O de las Livingstone, sus odiosas primas.

Apretó los dientes cuando recordó que una de ellas, tan rubia y tan boba como no podía haber otra en esta tierra, dijo que si Stephanie le había sido infiel tal vez era porque no había encontrado en su cama el fuego que alguien como ella necesitaba. Había deseado, por primera vez, pegarle a una mujer. Esa familia debía estar avergonzada, y por el contrario, sólo había lanzado insultos y agravios de todo tipo contra él.

Se sentó en la cama sintiendo la rabia desplazar a la tristeza. Muchas veces había fantaseado con la idea de vengarse, pero para conseguir algo así, debía volver a la alta sociedad, y no estaba seguro. Sin embargo, hoy la idea se quedó más rato en su mente. Después de todo, había vuelto, ¿no? Ahora podría vengarse.

Abigail esperaba a su madre en la cafetería de la clínica donde el doctor John Frederick tenía su consultorio. Se arrebujó un poco con su chaqueta de lana, pues estaba siendo un día frío, y se dedicó a mirar lejos perdida en sus pensamientos. Hacía un mes había visto a Maurice, y los pocos instantes

en que lo tuvo delante venían a su memoria una y otra vez. A veces para suspirar, hoy, para dejarla demasiado inquieta.

Los años habían pasado sobre él. Se veía mayor, aunque debía tener treinta y un años, pero sus ojos no brillaban, su sonrisa no era fácil, y había amargura en el fondo de su alma. Todo tenía una justificación, pero eso mismo no dejaba de preocuparla.

Cómo podría ella acercarse a él? Lo había intentado ya, pero había sido nefasto, él simplemente creyó que era su mujer muerta y había huido como se huye de una pesadilla. ¿Si se presentaba a su puerta, le atendería? ¿Si le pedía hablar de nuevo, la escucharía? Se quedaría allí el tiempo suficiente como para que ella pudiera contarle tantas cosas que tenía por decirle?

No, no lo haría, concluyó. Estaba muy segura de ello pues, según su experiencia nunca nadie se quedaba con ella hasta que terminara de decir algo. El ser bonita de cara no la había favorecido nunca, todo lo que los demás veían eran sus defectos.

Y con Maurice ni siquiera tenía la ventaja del rostro bonito, él odiaba este rostro.

¿Tenerlo? Arthur alucinaba. Ella nunca podría tenerlo. No se había conseguido a hombres más corrientes y menos exigentes, mucho menos conseguiría a alguien como Maurice.

Una mujer se acercó y la miró con sus cejas elevadas. No era del personal del hospital, más bien parecía un paciente.

—Puedo sentarme aquí? —preguntó la mujer, y Abigail asintió mirando disimuladamente en derredor, y viendo que no había más mesas disponibles.

La mujer se sentó y puso en la silla de al lado varios paquetes y bolsas. Sacó de su bolso su teléfono y se dedicó a mirarlo y a escribir en él. Los minutos pasaron y ninguna de las dos pronunció palabra, y Abigail la miró un poco de reojo. No parecía enferma, más bien era joven, su cabello negro brillaba y ella parecía comportarse muy normal. Tal vez, al igual que ella, esperaba a un familiar. Miró hacia la puerta por donde debía aparecer su madre, pero nada que aparecía.

El teléfono de la mujer timbró y ésta se puso en pie tomando de nuevo sus paquetes y bolsas y se fue sin dirigirle de nuevo ninguna palabra.

Debía ser bonito tener una vida normal, suspiró Abigail.

Luego vio en el suelo un sobre grande y plástico que tenía el logo de un laboratorio. Quiso llamar a la mujer, pero otra vez, no le salió voz. Fue tras ella hasta la calle, pero para cuando la alcanzó, la mujer ya había subido a un taxi sin dejar de hablar por su teléfono. Abigail se quedó con el sobre en la mano y volvió a su mesa. Tal vez dentro hubiese un dato que le ayudara a saber a quién le pertenecía, y lo abrió con cuidado.

Leyó los datos y encontró que la mujer se llamaba Beverly Campbell, que tenía treinta años, y alguna rara enfermedad del corazón.

Si la mujer que se había sentado aquí era la misma Beverly, no parecía nada enferma. Sabía que las enfermedades del corazón eran graves, pues el padre de Arthur había muerto hacía poco por una. Cómo podía esta mujer lucir tan jovial y tranquila?

Una idea se fue colando poco a poco en su mente, llenándola de una ambición nunca antes imaginada. Miró los papeles de resultados médicos, y aunque había allí varios teléfonos donde probablemente podría contactar a Beverly, decidió retener los papeles por un momento.

—Nos vamos —anunció Theresa llegando a la mesa, y Abigail intentó comportarse de manera normal. Llevaba el sobre de Beverly Campbell doblado al interior de su ancha chaqueta de lana. Theresa no la reparó mucho, y se internó con ella en el auto que las llevaría a casa.

Una vez en ella, encontraron bastante revuelo en la entrada. Abigail frunció el ceño al ver a su hermana Christine dirigiendo lo que parecía ser una mudanza.

—¿Qué... qué sucede? —preguntó Abigail.

—Tu hermana se viene a vivir con nosotros —informó Theresa, y la cara de horror de Abigail fue poética. Si los hijos de Charlotte eran terribles, los de Christine eran demoníacos, y sólo eran dos chiquillos de cuatro y tres años.

—¿Por... por qué?

—Porque su casa se halla en remodelación.

—¿Por... por cuánto tiempo? —Theresa miró a su hija con ojos acusadores.

—¿Te molesta que tu hermana se pase una temporada aquí?

—No, claro que no.

—Porque te recuerdo que tú también estás aquí de arrimada. No aportas un centavo, y no hay esperanzas de que te cases como para decir que es temporal—. Theresa se adelantó y entró a la casa, dejando a su hija con aquella estaca clavada en el pecho.

Paseó la mano por el sobre de laboratorio de Beverly Campbell tratando de consolarse a sí misma diciéndose que tal vez ella pudiera cambiar su situación. Tal vez.

Christine enseguida se apropió de la casa. Sus niños empezaron a correr persiguiéndose el uno al otro, peleando, haciendo berrinches y mucho ruido a todas horas del día, así que la casa perdió parte de su relativa paz. Y Abigail parecía la destinataria de la furia de estos dos chiquillos siempre. Si se peleaban con la mamá, le arrojaban a ella lo que tuviesen en la mano, y si por casualidad ella osaba dirigirles la palabra, le daban un puntapié y salían corriendo. Parecían horneados en el mismo

infierno.

Esa mañana entró a su habitación, que permanecía intacta, gracias a Dios, y buscó en el fondo del cajón que estaba debajo del asiento de la ventana el sobre de laboratorio que hacía tiempo había robado. Cada vez era mayor la tentación...

—Le pedí esta habitación a mamá para Michelle —dijo Christine entrando y refiriéndose a su hija de tres años—, pero me dijo que a lo mejor el cambio te traía otro ataque de asma, y lo dejamos así—. Abigail la miró apretando sus labios. ¿Por qué se comportaban así con ella? Abigail nunca les había hecho nada malo, ni a ella ni a sus hijos. Por el contrario, por muy odiosos que fueran éstos, ella siempre había sido la querida tía Abby—. ¿No dices nada? —siguió Christine, avanzando unos pasos hacia el interior de la habitación, decorada en tonos verde y blanco. La cama era sencilla, pero estaba bien tendida y todo parecía muy organizado.

—¿Qué quieres... que te diga? —Christine se encogió de hombros. En el momento entró Theresa.

—Oh, estás aquí. ¿Cuándo llegará James?

—A la hora de la cena, naturalmente. Le estaba comentando a Abigail que tal vez necesitaría una mano cuidando de los niños este fin de semana, ¿y qué crees? La dulce Abby no ha puesto problema.

—¿Qué? —preguntó Abigail, horrorizada.

—Es lo menos que puede hacer, ya que no hace nada en todo el día —contestó Theresa con voz pétrea—. Es una lástima que no vaya a tener propios hijos a los que dedicarle su tiempo—. Abigail se puso la mano en el vientre rechazando por completo la idea, dándose cuenta de que, muy en el fondo, ella siempre había conservado la esperanza de tener algún día su propia familia.

Pero no tenía manera de decirle a su madre y su hermana que estaban equivocadas; tenía treinta años ya y ni siquiera había tenido un solo novio en su vida, difícilmente conseguiría un esposo con el que tener hijos.

Tenía que admitirlo; ningún hombre querría una mujer que no le ayudaría a escalar en esta alta sociedad que se devoraba a sí misma, ningún hombre querría ser avergonzado por alguien que más bien debía enorgullecerlos.

—Tal vez ella no ponga problema si le pido la habitación para Michelle —Theresa la miró interrogante, pero Abigail seguía pensando en sus pocas posibilidades de quedar un día embarazada y tener sus propios hijos.

—Mírala, pobrecilla. No sabe ni dónde está parada—. Abigail prestó atención entonces—. ¿Te molesta si le damos tu habitación a Michelle? —tragó saliva. Ahora mismo estaba viendo su futuro en los siguientes treinta años de su vida: ella cuidando de los terribles hijos de sus hermanas aun luego de que su madre hubiese muerto. Sola, consumida, deprimida.

No, antes vendería su alma al diablo.

Miró hacia el cajón donde tenía el sobre y apretó los dientes. Aquél podía ser, perfectamente, el contrato con el demonio.

—La verdad —dijo con voz decidida— no me importa lo que hagas con tu casa, mamá. Es tuya, después de todo—. Y dicho esto, salió de la habitación. Theresa y Christine se miraron la una a la otra mudas de asombro, y no se recuperaron lo suficientemente rápido como para replicarle algo.

Abigail se fue al enorme jardín a pensar. Tenía mucho que pensar. Mucho.

Por ser una persona que poco hablaba, por lo general, las cosas que decía siempre iban muy cuidadosamente escogidas, pero ahora había soltado casi un insulto a su madre y no había habido filtro entre su cerebro y su boca.

Miró hacia la casa y sintió algo fuerte y oscuro oprimirle el pecho. Ésta no era su casa, era su cárcel. Su familia había actuado como carceleros toda su vida, y ella estaba cansada. Se le estaba yendo la vida, la juventud, y no había vivido porque a su madre le parecía que ella era demasiado anormal como para algo así.

En una ocasión se había mirado al espejo y su piel ya no era tan lozana como antes. Los treinta marcaban un antes y un después en la vida de una mujer, y para alguien como ella, era ver a la muerte a la vuelta de la esquina, excepto porque sabía que no moriría. Su vida se alargaría tediosamente hasta languidecer y llegar inerme a ese día en el que finalmente le tuviera que dar cuenta a Dios por todo lo que había hecho.

Y no había hecho nada!

Mentir y engañar no estaba en su naturaleza, Dios lo sabía, pero no le quedaba otra opción. Si quería vivir, si quería salir de aquí, tendría que hacerlo.

Pensó en Maurice, en lo que ya había sufrido por culpa de las mujeres de su familia, pero el remordimiento no llegó a hacerle cambiar de idea.

Estaba decidido; lo haría. Y que Dios se apiadara de su alma.

Maurice entró al edificio donde tenía su pequeño apartamento y caminó esquivando el elevador, que estaba fuera de servicio por reparación, aunque dudaba que fueran a arreglarlo en un futuro cercano. En las escaleras se encontró a Helen, que venía con su niña en brazos y lo detuvo.

—Tienes visita esperando fuera de tu puerta —le informó.

—¿Visita? —preguntó él—. ¿David? ‘Daniel?

—No, una mujer...

—¿Diana? ¿Michaela, Marissa?

—No. Míralo tú mismo. Yo sólo digo que es muy guapa. No sabía que te gustaban pelirrojas—. Helen siguió de largo y no pudo ver que Maurice había palidecido. Se quedó allí, con los pies en diferentes escalones sintiéndose de repente sin fuerza para avanzar.

Una pelirroja. Había muchas pelirrojas en Estados Unidos, pensó, no tenía por qué alarmarse. Cientos de ellas, miles, y no todas eran naturales. Además, si Helen la había visto, claramente no era su fantasma. Era alguien de carne y hueso.

Siguió avanzando y llegó por fin al pasillo donde estaba su apartamento, uno que pensaba abandonar esta misma semana para volver al lujoso apartamento de soltero donde había vivido hasta que tuvo la nefasta idea de casarse con Stephanie Gardner.

Y Stephanie estaba allí, de pie, con las manos en la espalda y mirando la pared del frente, llevando una ropa... bastante diferente a la que su mujer solía lucir.

Tenía que ser ella, se dijo avanzando poco a poco. Tenía su misma estatura, su mismo cabello rojo, rizado y abundante. El mismo color de piel, pero no parecía ella.

La mujer lo vio y su mirada azul cobalto se iluminó. Incluso le sonrió.

—¡Maurice! —lo saludó.

—¿Quién eres? —le preguntó él, agitado. Pasó saliva intentando tranquilizarse, no podía huir ahora a plena luz del día. Estaba visto que este fantasma, si era uno, lo acosaría a menos que él le plantara cara.

—Yo... Mi nombre...

—Sí, tu nombre. ¿Quién eres? —él frunció el ceño. Intimidarla se sentía bien, pero ella lo miró fijamente a los ojos.

—Mi nombre es Abigail Livingstone—. Él dio un paso atrás. Una de las primas. Había dado con él

una de las primas malvadas de Stephanie. La miró de arriba abajo. Que él recordara, las primas Livingstone eran rubias, no pelirrojas, y ninguna se parecía tanto a Stephanie como ésta de aquí.

—Mentira.

—¡Es... Es verdad! —él metió la llave en su puerta.

—Pues entonces, si es verdad, peor para ti. Desaparécete.

—¡No! —él cerró la puerta dejándola afuera—. ¡Necesito decirte algo! —gritó ella a través de la puerta—. ¡Es... es importante! —él miró la puerta con rencor. Esta mujer, si es que era verdad y era la prima de Stephanie, se estaba burlando de él.

Ya lo había asustado una vez maquillándose como ella, y apareciéndose causándole casi un susto de muerte.

—¡Por favor, atiéndeme! —volvió a hablar ella, golpeando suavemente la puerta—. ¡Tienes que escucharme! —Sonriendo con sarcasmo, Maurice caminó a la cocina y se sirvió un vaso de agua. Miró la maleta que había hecho, que en vez de ropa, contenía alguna música, libros y unos cuantos objetos personales. No había muchas cosas materiales que pudiera llevarse. Los muebles eran demasiado viejos, la ropa, inadecuada para el nuevo estilo de vida que llevaría.

Su tío le había estado insistiendo para que volviera pronto, y él se había decidido, para llevar a cabo la venganza que había planeado, necesitaba poder y dinero, así que se había hecho hora de dejar atrás este lugar.

Ya Daniel sabía la verdad acerca de él, ya sabía que era su primo. David tal vez sospechaba algo acerca de su vida pasada, de sus motivos para haberse escondido aquí todos estos años, pero era tan discreto y buen amigo que no hacía preguntas, tal vez esperando a que él tomara la iniciativa y le contara.

Los llamados de la prima Livingstone cesaron, y Maurice suspiró. Se había cansado bastante pronto de llamar.

Se paseó las manos por los ojos tratando de borrar su reciente visión. Era endemoniadamente parecida a Stephanie, tanto, que irritaba. Se dedicó a prepararse algo de comer y tranquilamente se sentó a la mesa. Leyó unos documentos que su tío le había pasado, y miró en su nuevo teléfono algunos correos que había estado esperando.

Continuaría los estudios que años atrás había dejado iniciados. Volvería a la empresa y se iría preparando poco a poco para tomar el control luego. Llenaría sus días de trabajo y otras ocupaciones con tal de no pensar, de no maldecir, de no necesitar embriagarse para no llorar, o no recordar que había llorado.

Horas después, se dio cuenta de que había oscurecido, y se levantó para encender la luz de la sala. En el momento, el teléfono timbró.

—Hey, Mao —era David—. La abuela preparó costillitas de cerdo ahumadas. Me dejó la fastidiosa tarea de llamarte e invitarte.

—¡David! —se escuchó la voz de Agatha al reprocharle a su nieto. Maurice sonrió.

—Allí estaré.

—¿Por qué no le dices mejor que estás enfermo? —sugirió David, y volvió a escucharse la voz de Agatha regañando a David—. Dile que tienes diarrea, no tienes que aceptar nuestras invitaciones siempre, ¿sabes?

—Pero el asunto es que quiero aceptar. Me llevaré a tu abuela lejos si sigues causándole disgustos —amenazó Maurice con voz sonriente.

—Y yo te mataré luego —dijo David antes de colgar, y Maurice no paró de sonreír. Guardó su teléfono y dejó los papeles sobre la mesa. Una invitación a cenar en casa de su hermano y su primera y única abuela, aunque no de sangre, era lo mejor en este momento.

Salió del apartamento y casi quedó paralizado al ver ahí otra vez a la pelirroja Livingstone.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Qué haces aquí? —ella se levantó del suelo, pues había estado sentada en él, y se le acercó.

—Te esperaba.

—¿Estás loca? ¿Eres una enferma mental? —esas palabras parecieron molestarla, pues lo miró duramente.

—No. Soy normal.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Pasaste, en serio, todas estas horas allí sentada, esperando?

—Te dije... te dije que era importante.

—¡No me importa! —volvió a exclamar él—. Puedes hablarle a la pared, ella sí te atenderá—. Dio la media vuelta y echó a andar. Se volvió cuando escuchó un quejido, y la encontró en el suelo. Parecía estar sufriendo mucho dolor, y pensó seriamente dejarla allí y seguir su camino. Pero su cara de sufrimiento le hizo dudar.

—¡Mierda! —dijo él entre dientes, y caminó a ella para ayudarla.

La mujer estaba fría y pálida, parecía tener dificultades para respirar y eso lo conmocionó un poco. La alzó en brazos y entró de nuevo a su apartamento.

Definitivamente, las mujeres no sabían sino sacar cartas unas tras otras para meter en problemas a

los hombres, pensó. Pero la que tenía en brazos ahora estaba sufriendo, y aunque su primer instinto fue dejarla sola e irse, no podía ignorarla ahora. Estaba sintiendo su peso y su calor. Ella no era un fantasma, después de todo, sino una mujer. Una mujer que olía increíblemente bien.

Maurice depositó suavemente a la mujer sobre uno de sus muebles y la miró como si fuese una serpiente que en cualquier momento se enroscaría y atacaría.

Ella fue recuperando poco a poco su color. Él caminó a la cocina y sirvió un vaso de agua para luego tenderse. Ella lo rechazó.

—Ya estás mejor. ¿Te puedes ir? —ella lo miró con rencor.

—No eres un caballero —Maurice se echó a reír.

—¿Por qué tendría que serlo? Un caballero se porta como tal cuando hay damas cerca.

—Yo soy una dama.

—Una dama que viene al apartamento de un hombre soltero sin importarle si es bienvenida o no—. Ella miró en derredor.

—¿Esta... es tu casa? —extrañamente, ella no parecía asqueada, sino curiosa.

—Sí. ¿Algún problema? —ella lo miró de reojo.

—Es... diferente... a lo que me imaginé—. Ella tenía la mano en el pecho aún, y Maurice frunció el ceño. Casi le pregunta si estaba enferma, pero se contuvo a tiempo y suspiró. Se dedicó a pensar en las costillitas de cerdo ahumadas que tenía Agatha en casa. Y él aquí con esta molestia pelirroja.

—Tengo que salir, ¿sabes? ¿Podrías irte? ¿Quieres que te llame un taxi? —la vio tragar saliva y caminar a la puerta. ¡Al fin se va! Se dijo él, pero cuando ella estuvo afuera, se agachó y recogió del suelo un sobre plástico grande y lo extendió para que él lo recibiera, pero él no hizo así.

—¿Qué es eso?

—Estoy... Estoy... enferma —dijo ella.

—¿Y es mi problema?

—Estoy... —ella cerró sus ojos, como si se estuviera concentrando mucho en lo que iba a decir—. Moriré.

—Vaya. Qué pesar. Gente muere todos los días. Te acostumbrarás.

—Moriré en un año —dijo ella, y abrió los ojos para mirarlo directamente a los suyos. Los de

Maurice eran color miel, y la miraban con desinterés.

—Es un pesar —dijo, aunque no parecía que lo lamentara.

—Yo... quiero casarme contigo —Maurice la miró con sus ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Quiero casarme contigo —repitió ella, y Maurice soltó la carcajada.

—Mira, bonita —dijo entre risas—. No sé en qué planeta vives, pero definitivamente, en éste las cosas no funcionan así.

—Mo... Moriré en un año.

—¡No me importa! —gritó él, acercándose a ella para ahora gritarle en la cara—. Por mí, muérete hoy mismo. ¡No es mi problema!

—¡Y te quiero! —dijo ella, y sus ojos se humedecieron—. Sé que me odias, sólo por mi parecido con mi prima ya sientes que tienes motivos para odiarme. Pero yo te amo. ¡Te he amado siempre!

—¿Pero qué locura es esta? ¡Largo de mi casa!

—¡Quiero estar contigo!

—¡Fuera! —siguió gritando él, y ahora apuntó con su dedo hacia la puerta. Cuando vio que ella no se movía, la tomó de los hombros y la empujó hasta echarla fuera.

—¡Maurice! —rogó ella, tratando de impedirle que la sacara, pero él era fuerte.

—Fuera de aquí. Espero no tener que volver a verte, ¿me entendiste? No me tienes, porque hace mucho rato que tengo muchas ganas de matar a alguien!

—¡Escúchame! —volvió a gritar ella, pero Maurice cerró la puerta con fuerza. Ella siguió llamando, y para no escucharla, Maurice rugió de ira. Al escucharlo, ella se detuvo y guardó silencio.

Sin pérdida de tiempo, Maurice recogió sus llaves y su teléfono dispuesto a salir. Cuando atravesó la puerta, ella volvió a abordarlo, y caminó tras él todas las escaleras de bajada, pero él la ignoró hasta que subió a un taxi y la dejó atrás. Esto era una locura, y Maurice se sintió tan furioso e insultado que de mala manera le dijo al taxista la dirección de la casa de David. Debía estar dentro de una pesadilla, y cuando llegara a la casa de su amigo, despertaría, seguramente.

Abigail vio el taxi alejarse sabiendo que no tenía caso seguir corriendo. Además, su estado físico a causa de su asma era tan malo, que tuvo que detenerse. Acababa de tener un ataque ahora, no podía

provocar otro tan pronto.

Sus ojos se humedecieron y miró en derredor. Las cosas habían salido terriblemente mal. Había sospechado que Maurice la rechazaría al primer intento, pero no imaginó que le fuera a ir así. ¿Y ahora, qué haría?

Miró el sobre médico en sus manos y lo apretó con fuerza. Hacía unas semanas, había encontrado esto en la cafetería de una clínica, y lo había duplicado tan bien con su propio nombre que no parecía falsificado.

De adolescente, había leído una novela donde la protagonista había conseguido así casarse con el amor de su vida, y habían sido felices por siempre. Si bien no tenía ocho años para imitar todo lo que leía o veía en televisión, esto se había convertido en una idea fantástica para conseguir sus metas. Arthur se había opuesto rotundamente al principio, pero luego se había resignado a ayudarla y había falsificado el documento por ella.

Si la descubrían, seguramente iría a la cárcel, pero estaba desesperada. E igualmente, no tenía nada que perder.

Era consciente de que por sus propios encantos jamás conseguiría a un hombre, y mucho menos a él, que la odiaba, o al menos, a su cara. Otro hombre no le interesaba, y además, ellos tampoco se interesaban en ella. Su alternativa era peor, quedarse en casa de su madre hasta envejecer la llenaba aún más de pánico que ir a la cárcel, y eso la había impulsado a terminar lo que había empezado y venir aquí.

Pero no contaba con que el corazón de Maurice había sido tan lastimado que ahora se protegía y defendía como una bestia. Ni siquiera había parpadeado cuando le dijo que lo amaba. No le había importado!

Siguió caminando hasta que otro taxi se detuvo y se subió a él. Su madre la amonestaría por haber desaparecido toda la tarde, pero no le importaba. Tenía que hacer esto.

—¿Qué te pasa, hermano? —le preguntó David al verlo. Maurice entró a la casa, saludó a David en voz baja y caminó a la sala.

—No me prestes atención... Tuve un contratiempo antes de salir de casa, perdona la tardanza — David se encogió de hombros. Por las escaleras bajó Marissa, tan bien vestida como siempre y con una sonrisa radiante en su rostro.

—Hola, Mao —saludó ella, y él hizo una mueca. Odiaba el diminutivo, pero Michaela lo había empezado hacía tiempo y ahora todos lo llamaban así, no había podido hacer nada para evitarlo.

—Hola, Mary —ella se echó a reír. Se acercó a su esposo y lo rodeó con su brazo por la cintura.

—¿Vienes a cenar con nosotros? —Maurice miró a otro lado para no ver las demostraciones de cariño entre los recién casados y dio unos pasos alejándose.

—Eso parece. Dijiste que te cambiarías de casa —dijo de pronto, mirando a David—. Esta ya se les quedó chica, ¿no?

—Sí. Además, tengo planeado embarazar a mi mujer pronto, así que necesitaré más habitaciones.

—¡David! —lo regañó ella dándole un manotazo, pero él le tomó el rostro y la besó.

Maurice apretó los dientes. Había sido un error venir a casa de unos recién casados, sobre todo, cuando acababa de rechazar una propuesta de matrimonio.

Sonrió sin podérselo creer. ¿De veras esa tonta había hecho algo así? ¿A qué juego macabro estaba jugando?

—Maurice? —saludó Agatha al verlo, y cambiando completamente el semblante, Maurice caminó a ella y la abrazó. La única mujer en el mundo que merecía su respeto.

Cuando regresó a casa, se aseguró de que no hubiese nadie en el pasillo, y suspiró cuando lo vio despejado. Entró al estrecho apartamento y volvió a sentarse en la mesa que había estado ocupando horas antes.

Luego de tanto tiempo sin nada que hacer, ahora sentía que el día no le alcanzaba. La lista de tareas que tenía parecía extenderse a cada momento.

Unos ojos azules entraron de repente en su mente. No eran azul pálido como los de Marissa, no. Eran eléctricos, y resaltaban en medio de una cara llena de pecas.

Dejó los papeles molesto y caminó a su habitación, desnudándose. ¿Por qué esa loca había creído que era buena idea venir aquí y soltar tamaña sarta de estupideces? ¿No sabía acaso lo que estaba planeando él contra su familia?

“Moriré en un año”, había dicho ella, y él se preguntó entonces cómo alguien podía tener tal certeza.

Un año de vida, suspiró mientras se sacaba los pantalones quedando apenas en su ropa interior. ¿Si él tuviera sólo un año de vida, qué haría?

Se quedó quieto cuando a su mente no vinieron opciones. Estaban Daniel, David, y la familia de éste, pero ellos tenían su propio mundo, él terminaba siendo un intruso por más que ahora fueran una familia.

Molesto, caminó hasta la cocina y se sirvió un vaso de agua y vio el que él le había servido a la

mujer pelirroja y ella había rechazado. Recordó que le había dado un ataque extraño en la puerta que no podía ser fingido, pues en verdad se había puesto pálida y fría.

¿Por qué estaba pensando en ella, maldita sea?

Arrojó el vaso con fuerza en el lavaplatos, y éste se rompió. Maldiciendo, Maurice recogió los pedazos y los echó a la basura.

Sabiendo que no podría dormir, se sentó a la mesa y siguió con los papeles que había dejado en el momento en que David lo había llamado para comer. Necesitaba concentrarse en esto. En una semana más volvería oficialmente a su vida, y tenía muchas cosas que hacer ahora.

—¿Dónde estuviste ayer? —le preguntó Christine a Abigail, que apretó los dientes sin contestarle. Todavía le escocía la mejilla donde su madre le había golpeado por haberse ausentado toda la tarde y llegado ya en la noche sin una excusa.

James, el esposo de Christine, que se estaba quedando calvo pero intentaba disimularlo con peinados a medio lado, la miró de reojo. Siempre había pensado que de los maridos de sus hermanas este era el menos terrible, pero terminaba siendo, a sus ojos, un pusilánime que se dejaba dominar por su mujer.

—Debiste estar haciendo algo muy malo, si te esfuerzas tanto en ocultarlo —siguió Christine, con ponzoña. Vio que James le lanzaba una mirada de reproche, pero igual siguió—. Dime, ¿tienes algún... amorío por allí? —y luego la idea le pareció tan ridícula que se echó a reír. Abigail no dijo nada, y siguió su desayuno.

En la cabecera de la mesa estaba su padre, pero estaba absorto leyendo el periódico y tal vez no escuchaba lo que su hija decía. Abigail no terminó su plato, sino que se levantó de la mesa y se fue a su nueva habitación, mucho más estrecha que la anterior.

Tenía que volver a salir. Tenía que convencer a Maurice. Era su única esperanza.

Escribió en un papel una nota y caminó con ella hasta Bob, el chofer, y él la miró interrogante.

—Pero señorita, sin el permiso de su madre... —ella tomó el lapicero, y en el reverso de la nota escribió: “Asumiré toda la responsabilidad. ¡Por favor!”

Bob la miró compasivo. No era más que un anciano de buen corazón, y aceptó llevarla a donde le pedía.

Llegó a medio día de nuevo al espartano edificio donde vivía Maurice. Debía haberla asustado la pobreza que se evidenciaba aquí, pero no era así. Si Maurice aceptaba, y como condición ponía que debían vivir aquí, ella aceptaría encantada.

Insistiría. Insistiría hasta que él aceptara. Y al cabo de un año, inventaría algún milagro, alguna cosa. Tal vez para entonces, ella ya tuviera un hijo suyo. Tal vez para entonces, él ya la atesoraba tanto que tal vez si le revelaba la verdad, la perdonaría y le pediría que no se alejara jamás de él.

Sin embargo, no podría descubrirlo si ahora no luchaba con todas sus fuerzas.

Tenía que intentarlo una y otra vez, no importaba cuánto tiempo tomase.

Maurice llegó a eso de las dos de la tarde al edificio con aire distraído. Estaba pensando en la ropa que necesitaba comprar y el tedio que le daba empezar a dar vueltas por las tiendas para ello. Pero ahora que debía proyectar la imagen de un próspero hombre de negocios, sus jeans y camisetas habían pasado a la historia. Tal vez también debía quitarse la barba.

Se paseó las manos por ella sintiendo un poco de pesar; se había acostumbrado a llevarla, así que decidió posponerlo.

Al llegar al piso donde estaba su apartamento la vio, y de inmediato dio la media vuelta. Ella corrió a él.

—¡Por favor! —suplicó—. ¡Eres mi única esperanza! —Maurice se volvió a girar y caminó en derredor como si buscara algo—. ¿Qué... qué pasa?

—Estoy buscando las cámaras.

—¿Qué... cámaras?

—Las que has mandado instalar aquí, seguramente tomando el video de cómo me acosas para luego reírte a tus anchas con tus hermanas y amiguitas.

—No... No estoy tomando ningún video.

—¿Entonces me estás diciendo que la prima más parecida a mi ex mujer viene aquí y me pide que me case con ella en serio?

—Yo te amo...

—¡Ya para con eso!! —gritó él—. Cada vez que escucho algo como eso salir de los labios de una mujer ¡siento náuseas!

—Entonces no te lo diré más... ¡aunque es la verdad!

—¿Por qué rayos me persigues tanto, mujer? ¿Qué te he hecho yo? —los ojos de ella se humedecieron.

—Quiero estar contigo —él se echó a reír, pero entonces, su mente le dio otro sentido a esas palabras y la miró de arriba abajo. Sí, tenía la misma estatura de Stephanie, la misma cara, los mismos ojos y hasta el mismo cabello. Pero ¿tendría las mismas curvas debajo de toda esa ropa?

Esta de aquí no se vestía nada parecido a Stephanie. Su esposa adoraba los vestidos ajustados, y que destacaran sus curvas, o sus senos. Nunca se rebajaba a usar algo que no fuera de diseñador, y siempre llevaba fuertes perfumes que dejaban un halo cuando pasaba. Y él, idiota, había amado todo

eso.

Ahora, estaba frente a lo que parecía ser la versión buena de su difunta esposa. La santa.

Vestía ropas anchas, que no destacaban para nada su figura, sin forma, y abrochado todo hasta el cuello. Su cabello estaba recogido en un horrible rodete a la altura de la nuca, y no tenía encima ni pizca de maquillaje. Además, parecía estar perfumada sólo con lo del jabón, y ya.

Tal vez se estaba haciendo la santa y la virgen.

O tal vez en verdad lo era.

La miró a los ojos.

En ningún momento, la posibilidad de que esta mujer de aquí estuviera diciendo la verdad se había colado en su mente. Su naturaleza era pensar mal de todo y de todos, pero en especial, de las mujeres. Y ahora esta duda venía y se metía en su mente.

Se acercó a ella hasta dejarla entre él y la pared. Ella no parecía asustada, y le sostuvo la mirada.

—¿Me amas? —ella cerró sus ojos y asintió—. ¿Desde cuándo?

—Desde... siempre —él sonrió sarcástico. Qué respuesta tan ambigua.

—No eres Stephanie salida del infierno, ¿verdad? —él incluso olisqueó alrededor como buscando alguna señal de azufre.

—Si Stephanie está en el infierno —contestó ella—, espero que no salga de allí en toda la eternidad—. Él la miró un poco estupefacto. En su voz había habido tanto rencor como nadie más que él mismo podía sentir, y tuvo que echarse a reír.

—Ahora comprendo todo —rio él—. Eres una prima que odiaba terriblemente a Stephanie —ella esquivó su mirada, pero aquello fue suficiente respuesta para él—. Y claro, ahora quieres vengarte de alguna pilatuna que te hizo en la infancia casándote con el que fue su marido. ¿No es así? Has hecho una apuesta contigo misma y estás decidida a conseguirlo —ella negó.

—Sería muy tonto de mi parte unirme en matrimonio con un hombre sólo por vengarme de alguien. Estaría... creando un infierno para ti y para mí.

—¿Y qué crees que nos espera si yo de casualidad te dijera que sí? —él hasta ahora no había mencionado esa posibilidad, y ella abrió grandes sus ojos, esperanzada.

—Yo te haría muy feliz.

—Sí, claro.

—Pondría mi empeño cada día, cada hora, cada mañana para que te sientas amado, especial, bendecido. Igual... igual... Sólo-sólo... —respiró profundo. Hablar con él era fácil por alguna fantástica razón, pero el milagro se obstruía cuando intentaba decirle mentiras—. Yo...

—Tú qué?

—Estoy... Estoy... Oh, Dios... Estoy enferma—. Él la miró ceñudo. El pecho de ella estaba agitado, y Maurice esperó a que se calmara. Cuando ella abrió sus ojos, lo miró directamente, como esperando una respuesta, y Maurice se cruzó de brazos.

—No me casaré de nuevo. Jamás—. Ella mordió sus labios, sintiéndose derrotada.

—Entonces moriré sin saber lo que es la vida —susurró, y no tartamudeó porque era la verdad—. Sin saber lo que es el amor.

—Oh, vaya. ¿No conoces el amor? —rio él—. Es horrible. Te consume. Te hace débil y luego te mata.

—Yo no soy Stephanie.

—No hace falta que lo seas —gruñó él—. Ya sé lo que arde cuando juegas con fuego. He jurado no volver a pasar por algo así, y no lo haré. Gracias por tu oferta, pero no estoy interesado.

—Sólo será un año.

—Un solo día será demasiado.

—Yo sería una buena esposa.

—¡Ah, por todos los diablos! —exclamó él. Al momento, unos ancianos, sus vecinos, entraron por el pasillo, y la primera reacción de Maurice fue abrir la puerta y meter a Abigail dentro.

Ella fue dócil y se dejó llevar. Con un poco de brusquedad, la puso contra la pared y cerró la puerta, y entonces algo demasiado horrible para ser cierto ocurrió. Maurice se halló contra ella, que estaba de cara a la pared, y su cuerpo se pegó al de ella.

El aroma de sus cabellos lo invadió de repente, y eso que estaban atados, y todo su cuerpo reaccionó. Se sintió casi como una rosa que se abre pétalo a pétalo, y la imagen fue tan clara en su cabeza, que se asustó y se alejó de ella súbitamente.

Ella, ignorante de lo que había pasado en su mente y en su cuerpo, se giró y lo volvió a encarar. El apartamento estaba en penumbras, y el sonido de su ropa al moverse casi lo vuelve loco.

—Vete —le pidió él. Ella guardó silencio—. Por Dios, mujer, vete.

—Te he dicho...

—Te violaré si no te vas. ¡Vete! —ella no se asustó, sólo permaneció allí, de pie y quieta, como retándolo a violarla de verdad.

Eso, hazlo, se dijo él. No violarla exactamente, sino, ya sabes, ser duro, asustarla.

—Te estoy dando tu última oportunidad —dijo él entre dientes, pero ella ni se movió, y Maurice rugió. Se acercó a ella, la volvió a poner de espaldas y le subió la falda hasta sus caderas. Ella gimió, no supo si de susto o simple sorpresa. Metió las manos al interior de sus bragas y no se sorprendió cuando rozó sus vellos en su pubis. Esta chica no se depilaba—. Es esto lo que tendrás si te casas conmigo, ¿sabes? —le advirtió él en tono áspero. Se desabrochó el pantalón y se ubicó en su entrada, sin embargo, no entró. Era como si le estuviese dando todas las oportunidades para que saliera corriendo, para que se salvara y lo salvara a él de esto. De alguna extraña manera, él supo que si traspasaba la línea, estaría cavando su propia tumba.

Pero ella no corrió, ni lloró, ni pidió ayuda. Sólo se estuvo allí, quieta y con la respiración levemente agitada.

—Que no se diga que no te lo advertí —y dicho esto, la penetró.

Abigail gimió entonces. Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo vibraron, las palmas de sus manos se humedecieron y dejaron su huella sobre el empapelado de la pared. ¡Tenía a Maurice dentro! ¡Estaba dentro de su cuerpo!

¡Y dolía!

No llores, se dijo. Te buscaste esto. Nadie te aseguró que sería suave, o placentero.

Sólo había leído acerca del sexo en algún libro de medicina. Como su madre odiaba las novelas románticas, ni siquiera había tenido oportunidad de hacerse a una idea aunque fuera equivocada de lo que era la intimidad. Sabía que para que nacieran los bebés debía haber algo más que besos y caricias, pero ahora entendía los murmullos de sus hermanas y su madre cuando hablaban de “las cosas de pareja”. Ellas siempre actuaban y se referían a ello como “el deber conyugal”, de lo molestos que se volvían los hombres con el tema, pero hasta ahora, no había tenido idea de lo que en verdad era.

—Maldita sea —volvió a gruñir él—. ¿Eras virgen? —ella se quedó quieta, con los ojos humedecidos, todo su ser adaptándose a él. Su cuerpo estaba reaccionando, lo sentía en sus senos, en sus dedos, en sus labios... allí. Ah, había dolido, pero él ahora estaba quieto y el dolor había casi desaparecido. No sabía que ocurriría si él volvía a moverse, pero de momento se sentía bien. Muy bien—. ¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó él, y salió de su cuerpo.

—¡No! —gritó ella, aunque el movimiento dolió. Se sintió vacía, huérfana—. ¡Maurice!

—¿Por qué no me dijiste? —ella pegó la frente a la pared, y él volvió a acomodarle las bragas en su lugar, y luego la falda—. Maldición, nunca le quité la virginidad a nadie, ¿sabes? —ella lo miró extrañada.

—Stephanie...

—Stephanie no era virgen —dijo él con amargura—. Ahora, vete.

—Pero...

—Vete. No me casaré contigo, ya te lo dije.

—¿Aunque te ame? —él sólo se echó a reír—. ¿Y si quedara embarazada? —ahora él paró su risa y la miró asombrado.

—¿De veras crees que quedarás embarazada, o es una broma?

—Es así como se hacen los bebés, ¿no?

—¿En qué extraño planeta has vivido todo este tiempo? —ella esquivó su mirada.

—En la casa de mis padres, una bonita mansión, pero que encierra tras sus ventanas y puertas unas horribles rejas de hierro. Si están en mi mente o no, no lo sé, pero para mí, es peor que una prisión—. Lo miró a los ojos con lágrimas brillando en los suyos, lágrimas que se veían a pesar de la oscuridad—. Quería que tú me salvaras.

—No puedo salvarme ni a mí mismo. Buscaste al héroe equivocado —ella asintió y se secó las lágrimas que habían rodado.

—De todos modos —sollozó—. Te amo. Sé que te molesta escucharlo, pero es así. Te amo. Nadie te amaré jamás como te amo yo.

—Eso es muy presumido de tu parte.

—Nadie te amaré jamás como te amo yo —insistió ella, ahora con voz severa, como si en vez de una afirmación, fuera una amenaza, y dicho lo cual, abrió la puerta y salió por ella antes de que él volviera a echarla.

“Nadie te amaré jamás como te amo yo”, había dicho ella, y esas palabras habían quedado flotando como un molesto eco rebotando alegremente en las paredes del apartamento de Maurice.

Éste yacía sentado en el suelo, deseando hoy más que nunca un trago.

¿Qué le había pasado? ¿Cómo había perdido el control de ésta manera?

Aunque rememoraba cada instante en su mente, era consciente de que a cada paso él pudo haberse detenido, pero no quiso. Simplemente no quiso.

Había violado a una mujer aquí, en su puerta, y ella había salido llorando.

Está bien, oficialmente no era una violación, pues él le había abierto una y otra vez la salida, pero él había sido rudo... con una virgen, por Dios.

No podía excusarse a sí mismo diciéndose que se lo había advertido, que sólo había intentado asustarla. No la había asustado, de hecho, ella no había querido separarse de él. Pero había salido herida a un nivel que él no comprendía y ahora se sentía mortificado.

Su vida había estado tan tranquila hasta hoy! Por qué había tenido que llegar el clon de Stephanie para ponerlo otra vez todo patas arriba?

Se detuvo cuando se dio cuenta de que no recordaba el nombre de la chica. Para él sólo era la pelirroja fantasma de Stephanie. Y ella quería casarse con él, semejante patán.

¿Por qué lo amaba?, no tenía ni la más remota idea. ¿Por qué permaneció virgen hasta hoy?, tampoco lo comprendía. En un mundo como el de hoy, en el que las mujeres tenían quizá el mismo poder que los hombres y disfrutaban su sexualidad abierta y sin inhibiciones, encontrar una virgen era como hallar una perla en una montaña rocosa.

Y él se la había quitado a una mujer que a lo mejor esperaba pétalos de rosas y velas perfumadas en el lecho nupcial.

Hizo una mueca.

Había sido más o menos así para él. Stephanie se había negado a tener sexo antes del matrimonio, y para entonces él había sido virgen. Su primera mujer había sido ella, su primer amor. Había respetado sus deseos, y no cayó en cuenta de que ella debió haber sentido alguna incomodidad la primera vez que estuvieron juntos sino semanas después de la luna de miel, y ella, muy tranquila, había admitido que no era virgen cuando se casó.

No tuvo tiempo de sentirse decepcionado, recordó. Su mujer sabía manejar a los hombres con sexo, y en un segundo, lo había distraído y le había hecho olvidar lo que seguramente pudo haber sido el motivo de una gran discusión. Por el contrario, en ese momento casi había agradecido que ella tuviera más experiencia que él.

Cerró sus ojos con fuerza, pues odiaba recordar al Maurice de aquella época, al niño enamorado, al niño que se bebía las palabras de su mujer y había movido cielo y tierra para complacerla en sus más extravagantes caprichos.

Se había casado a los veintitrés, luego de graduarse de la universidad como única condición de su tío Stephen para hacer lo que quería. La había conocido al inicio de su carrera y por lo tanto, había rechazado cualquier avance de las otras mujeres. Se había conservado para ella, sólo por ella. El chico de veintitrés y virgen, que se iba a casar locamente enamorado.

Vaya idiota que fue.

Y ahora él le había quitado la virginidad a esta mujer que decía amarlo. Si aquello era cierto o no, no lo sabía, pero sabía lo que se sentía ser burlado, ser utilizado.

Se levantó del suelo y se fue a su habitación. Mañana tenía un almuerzo con el tío Stephen, y debía dormir bien. No quería desarrollar ojeras, otra vez.

—¡Estúpida! —gritó Theresa Livingstone estampando nuevamente su mano en el rostro de su hija mayor—. ¿Qué te crees que estás haciendo? ¡QUÉ TE CREES QUE ESTÁS HACIENDO! —gritó otra vez, como si la primera vez no lo hubiese dicho lo suficientemente alto—. ¡No tendré por hija a una zorra como la maldita Stephanie! ¡No lo toleraré! —Abigail cerró sus ojos y se sentó en su estrecha cama. Ya había escuchado hoy demasiadas veces ese nombre. Nadie lo sabía, pero a ella la acosaba más ese fantasma que a cualquiera de esta casa.

Su madre siguió con su diatriba, sin imaginarse siquiera lo que estaba pasando por la mente de su hija. El dolor que laceraba su alma, la resignación a vivir esto día a día hasta que la muerte se compadeciera y viniera por ella. Hoy, más que nunca, deseó de verdad sufrir una enfermedad grave y morir. El suicidio la asustaba, y le parecía poco valiente, pero ella estaba cansada de ser valiente. Quizá un día de estos de verdad lo hiciera.

Sintió náuseas.

No, no era capaz. ¡Pero ah, si lo fuera!

—Estás bastante apagado hoy —le dijo Stephen a Maurice llevándose la copa de vino a sus labios. Él alzó la mirada a él y dejó salir el aire.

—Perdona, no quise parecer distraído.

—No pareces distraído, sino apagado —Maurice bajó la mirada y la clavó en su plato. El de Stephen ya estaba vacío, y el suyo permanecía casi intacto. Ya olvidaba de qué era que había estado hablando su tío. Del negocio, seguramente, pero no podía seguirle el hilo, ya que no había estado prestando mucha atención—. ¿Pasa algo? —Maurice negó, y removió su plato con su tenedor sin mucho entusiasmo.

—¿Conoces... conoces a la familia Livingstone? —Stephen frunció el ceño.

—Conozco a varios Livingstone —Maurice hizo una mueca.

—Pero creo que sabes a quiénes me refiero.

—Si es a esos Livingstone, entonces sabes que sí. ¿Pasa algo con ellos?

—¿Sabes dónde tienen su residencia?

—Maurice, ¿qué planeas hacer? —Maurice hizo una mueca negando—. Una locura, probablemente —refunfuñó Stephen contestándose a sí mismo—. Siempre pensé que en algún momento querrías cobrar venganza contra esas familias en particular, pero espero que no se trate de ir a su casa y arrojarle huevos a sus ventanas —Maurice sonrió.

—Si deseara vengarme, ¿me apoyarías?

—Claro que sí.

—¿Seguro?

—No sería tu venganza solamente; también la mía—. Maurice sonrió otra vez, pero ahora más cínicamente.

—Pues resulta que... se me ha presentado la oportunidad de vengarme... de una manera bastante peculiar.

—¿Ah, sí?

—Arnold Livingstone está un poco apurado de dinero ahora mismo, sabes? Ha estado haciendo unos cuantos malos negocios últimamente.

—Sus hijas hicieron buenos matrimonios, seguramente alguno de ellos lo sacará del apuro.

—No tanto... William Richardson actualmente está involucrado en una inversión que le está costando algo de dinero en metálico. A largo plazo sacará sus ganancias, pero no puede prescindir de efectivo ahora mismo.

—Siempre están los otros dos.

—James Stevens está en la ruina.

—Cómo lo sabes?

—Sólo lo sé. Y Leonard Chandler no lo ayudará si yo se lo pido.

—¿Por qué haría él algo que tú le pidieras?

—Porque me sé unos cuantos secretitos suyos —Stephen alzó sus cejas un poco asombrado.

—¿No has vuelto del todo a la alta sociedad y ya sabes secretitos? Eres de temer.

—Cuando esa gente me hizo daño, yo no era más que un niño que pensaba que todo el mundo era bueno como yo. Han pasado siete años después de eso, y he cambiado. Creo que quiero decirles que

con la dignidad de las personas no se juega –Stephen lo miró fijamente. Estaba dispuesto a apoyar a su sobrino en su venganza no por motivos egoístas, sino para protegerlo. En el momento en que viera que Maurice estaba en peligro, él mismo desbarataría el plan. Sin embargo, guardó silencio y elevó su copa a modo de brindis. Maurice estaba sacando fuera la ira que había hervido dentro de él por años, y se temía que la explosión no sería menor que la de una bomba atómica.

Theresa Livingstone dejó su revista cuando una de las muchachas del servicio le anunció que un joven buscaba a su hija.

—¿A Christine? —preguntó Theresa un poco intrigada. ¿Qué joven buscaría a su hija ya casada? Esperaba que no se estuviera metiendo en problemas.

—Eh... no lo dijo. Sólo dijo: la hija—. Theresa frunció el ceño confundida. Dejó la revista en el sillón en el que estaba y se levantó para ir al vestíbulo. Cuando vio al hombre quedó paralizada. Era Maurice Ramsay, el mismísimo Maurice Ramsay, vestido con una camisa de líneas azul y blanco desabrochada sobre una franela blanca de manga larga para proteger sus brazos del sol del verano, pantalones jean y zapatos negros. Tenía unos guantes sin dedos en la mano y miraba todo en derredor con cierto desdén.

—¿Qué busca aquí? —preguntó Theresa sacando todo el desprecio que pudo en su voz. Él se giró a mirarla y le sonrió. Luego, en una clara muestra de burla, le hizo una perfecta venia.

—Tía Theresa —la mujer se puso roja. En el pasado, él la había llamado así a petición suya, pero era que entonces este chico no era más que un crío, y tenía millones, aunque bueno, aún los tenía, pero entonces cualquier acercamiento y familiaridad le convenía.

—No puedes llamarme así, ya no tienes permiso.

—Está bien. Supongo que me buscaré la manera de llamarte de algún otro modo. Pero no vine a verte a ti. Creo que fui claro en eso —miró a la muchacha del servicio que permanecía medio oculta tras un arco que dividía el vestíbulo de una de las salas—. Dije “la hija”.

—Tengo cuatro hijas. ¿A cuál de todas te refieres?

—¿Cuántas de ellas son pelirrojas? —Theresa lo miró perpleja.

—¿Abigail? —preguntó, y él alzó sus cejas recordando al fin el nombre.

—Sí. Abigail. Ve y busca a la chica, por favor —le pidió Maurice a la muchacha.

—Tú no harás nada —contradijo Theresa, y ahora miró a Maurice con ojos entrecerrados—. ¿Por qué razón querías tú “hablar” con ella? —Maurice notó el énfasis en la palabra “hablar”, pero no hizo ningún comentario.

—El asunto es con ella, no contigo.

—Pues estás muy equivocado si...

—¿Maurice? —interrumpió la voz de Abigail, que se escuchó tímida, suave, y bastante sorprendida.

Había escuchado el alboroto en el vestíbulo, y había venido a ver llevándose qué sorpresa.

Pero más sorprendente que el hecho de que él viniera, fue que se encaminara decididamente a ella, le tomara la mano, y la arrastrara casi a la salida. Theresa tardó un par de segundos en comprender lo que sucedía, pero luego que lo hizo, no dudó en empezar una gritería.

Maurice salió con ella de la mansión y se subió a la moto, que había estado estacionada a unos metros de la puerta de entrada. Mientras se ponía los guantes y el casco, la miró. Theresa estaba a sólo unos metros, caminando a prisa hacia ellos.

—¿Quieres venir conmigo, o quieres quedarte aquí? —la pregunta era absurda, y Abigail ni siquiera lo dudó. Recibió el casco que le pasaba Maurice y se lo puso casi al tiempo que se subía al asiento trasero de su enorme motocicleta. Suerte que hoy llevaba pantalones.

Theresa alcanzó a llegar a ellos, y extendió la mano llegando a atrapar unos cuantos cabellos de Abigail que quedaban sueltos debajo del casco, y que se quedaron entre sus dedos.

—¡Cierren la verja! —gritó—. ¡Cierren las malditas puertas, impídanles la salida!

Maurice aceleró. Su motocicleta, hasta hoy, no había tenido una verdadera misión de rescate donde requiriera velocidad, así que apretó a fondo el acelerador mientras la reja se cerraba. Conocía su potencial, y en los últimos días había recuperado la confianza al manipularla.

—Sujétate —dijo él, y Abigail escuchó su voz claramente al interior de su casco. ¿Tenía intercomunicadores?

No tuvo tiempo de pensarlo demasiado, pues tuvo que hacerle caso. Maurice había acelerado y su cuerpo ahora estaba casi sobre el tanque de la gasolina, y el de ella sobre el de él. A la distancia, Abigail vio la reja que se cerraba.

—¡No alcanzaremos! —exclamó ella, nerviosa.

—Claro que sí —Maurice aceleró aún más. Abigail cerró sus ojos y gritó. Escuchó la risa de él, una risa casi infantil, así que abrió de nuevo los ojos. Estaban al otro lado de la reja, y el estruendo del metal que se cerraba fue para ella un augurio; estaba libre de esta cárcel.

Sonrió también, sintiéndose liberada, pletórica, deseando reír y saltar y abrazar. Estaba abrazando a Maurice por la cintura, así que ahora lo hizo a conciencia.

Deambularon largo rato, y parecía que viajaban sin rumbo. Luego ella se dio cuenta de que él había elegido el paseo cuya vista daba al río Hudson. Abigail sintió sus ojos húmedos. ¡Esto era tan hermoso! ¡Mucho más de lo que había soñado! Él había dicho ayer que no podía salvarse ni a sí mismo, que había elegido al héroe equivocado, pero no era así; la había salvado, la había salvado a niveles que él ni siquiera se imaginaría jamás.

—Gracias —susurró, pero él no dijo nada. Sólo siguió conduciendo hasta que las luces de la ciudad

empezaron a aparecer, y el cielo se tiñó de tonos ocre y rosado.

Maurice se detuvo al fin, y ella tuvo que bajarse primero. Al no estar acostumbrada a montar en motocicleta por tanto tiempo, sintió el trasero adormecido, pero no dijo nada ni hizo ninguna mueca, sólo se dedicó a observar a Maurice quitarse el casco mientras permanecía a horcajadas sobre su vehículo. Nunca se lo hubiera imaginado prefiriendo una moto por encima de un auto, pero debió haberlo hecho; él siempre había sido de un espíritu aventurero, un niño eterno, y a pesar de las tragedias de su vida, conservaba muchas características del antiguo Maurice dentro de él.

¡Dios, de verdad, cuánto lo amaba!

Él le dirigió su mirada melada y le sonrió. Era la primera vez que le sonreía sin cinismo o sarcasmo.

—Eres una excelente pasajera —ella se mordió el labio.

—Gracias. Tú, un excelente motociclista —él la miró por un instante sin decir nada, bajó al fin de su moto y señaló el sitio frente al que estaban.

—¿Te apetece tomar algo? —ella negó, entonces él le tomó de nuevo la mano libre y caminó con ella por un sendero empedrado, luego se vieron frente al mismo río y la vista de Manhattan al otro lado. Abigail no paraba de sonreír.

Hubo un largo silencio mientras ambos miraban el cielo terminar de oscurecerse y las luces reflejarse sobre las aguas. El viento cálido alborotaba los cabellos rojos de Abigail, pero ella no se molestaba en retenerlos, y Maurice se descubrió a sí mismo mirándola.

Ella tenía una belleza de la que Stephanie carecía. A Stephanie, su mujer, había que mirarla por el deleite de los ojos, pues era preciosa. Cada curva de su cuerpo, cada ángulo de su rostro, cada movimiento de sus cabellos parecían destinados a cautivar, a llamar la atención; pero luego del paso del tiempo, y de haber estado casado con ella un año, y de haber conocido lo peor de su alma, había tenido que reconocer que toda esa belleza sólo se limitaba a lo material, a lo físico. Él había amado un espejismo.

Abigail era diferente, lo sentía en sus huesos. Pero ya se había equivocado terriblemente una vez, así que no podía entregar su corazón.

—Eres extraña —dijo él, y su voz se hizo escuchar a pesar del viento que se había levantado de repente. Ella lo miró de reojo, interrogante. Él se alzó de hombros—. No me has atacado a preguntas, tal como haría cualquier mujer ante las circunstancias—. Ella esquivó su mirada, y se dedicó a observar las luces de los edificios de la ciudad que tenían al frente. Él todavía no sabía su pequeño defecto. No tenía modo de saber que alguien que sufría el trastorno que ella, no podía soltar parrafadas, ni atacar a preguntas, ni internarse en largos monólogos... Tenía que elegir muy bien las palabras cuando quería hablar, y en este momento, se sentía incapaz de ello.

—¿No crees que... a veces... el silencio es más elocuente?

—¿Me estás hablando con tu silencio? —ella sonrió, y así, a la luz de las farolas, parecía un ángel rojo.

—Y te estoy haciendo mil preguntas, también —él se echó a reír. Se estuvieron en silencio otro rato, hasta que él suspiró.

—No sé qué quiero contigo, pero ayer me porté como un patán y... normalmente, ése no soy yo—. La mirada de ella se oscureció—. La verdad es que... muchas de tus palabras quedaron resonando en mi mente. Ahora que vi a tu madre, entiendo tu desesperación por... liberarte, supongo. Aunque... no sé si puedo confiar en una mujer que no pudo liberarse a sí misma en todo este tiempo. ¿Cuántos años tienes, de todos modos?

Abigail hizo una mueca. Había llegado el momento de contarle algunas cosas, mostrarle sus defectos.

—Tengo treinta años —contestó elevando la mano para poner un mechón de cabello en su lugar.

—Treinta años. Y eras virgen... y sigues viviendo en casa de tus padres...

—Todo se reduce a una razón. Hasta ahora que te volví a ver, encontré... —tomó aire, tratando de enlazar cuidadosamente las palabras—, encontré por fin la valentía para liberarme de mi familia.

—Suenas como si hubieses estado presa —comentó él con una sonrisa ladeada.

—Es así para mí. Yo... no vivo como las demás mujeres. No salgo, no voy... a fiestas por mi cuenta...

—¿Por qué? —Abigail sintió su garganta cerrarse poco a poco, y luchó contra ello. Tenía que decirlo. Tenía que revelar la verdad—. Porque... soy ta-ta-tartamuda —susurró al fin. Él frunció el ceño y la miró fijamente.

—¿Qué?

—Odio la palabra —explicó ella—. Soy incapaz de decirla bien... y mucho menos, repetirla.

—¿Tartamuda? ¿Es verdad? —ella siguió mirando lejos, por lo que él tuvo que tomarle el rostro por la barbilla para hacer que lo mirara. Los ojos de ella parecían suplicantes, avergonzados, apagados. ¡Era verdad!, concluyó él—. Llevo días huyendo de ti y tus súplicas para que me case contigo. Ni una sola vez te oí tartamudear. ¿Me estás diciendo la verdad?

—Es... extraño. Contigo, normalmente... puedo hablar bien. Eso... sólo ocurre con familiares.

—Ya.

—No me crees —se quejó ella, bajando la mirada, y Maurice respiró profundo dando unos pasos.

—Sólo pienso que eres una mujer bastante rara. Te apareces en mi puerta y me dices que me amas, sin embargo, yo a ti nunca te vi. ¿Dónde estuviste ese año que estuve casado con tu prima? —ella abrió la boca para decir algo, pero de ella no salió sonido—. La boda fue fastuosa, estuvieron todos los Livingstone, y los Gardner, y los Richardson, y etc., etc. ¿Dónde estabas tú? —Abigail no levantó la cabeza—. Ni siquiera Stephanie comentó alguna vez que tenía una prima sumamente parecida a ella. En muchas ocasiones hablé con tus padres, fui a tu casa, cené con ellos. ¿Dónde andabas? —al ver los ojos humedecidos de Abigail, no se conmovió, sino que presionó aún más—. Tus hermanas llegaron a hacer bromas conmigo, salimos en grupo a cine, y siempre se mencionaron a sí mismas como las tres Livingstone. ¡Tres! Y ahora apareces de la nada, la cuarta hermana, la mayor, al parecer; la hermana que nunca vi, pero que siempre estuvo allí. Dime, ¿cuál es el misterio que te tuvo encerrada todo este tiempo, y que te hace aparecer al fin? Por qué esperaste todo este tiempo para salir a la luz?

—Soy tartamuda —dijo Abigail, como si eso lo explicara todo, y una lágrima rodó por sus mejillas—. Mi familia se avergüenza de mí. —bajó la cabeza, e intentó limpiarse las lágrimas—. Ellos... ellos... nu-nunca me llevaron a sus reuniones. Nunca... me presentaron en sociedad... Mis hermanas... —se mordió los labios antes de seguir—, ellas consideraron siempre que si salían conmigo... dis-disminuiría sus... posibilidades de atrapar un buen marido. Si mi anomalía era congénita... ellos pensarían que la transmitirían a sus hijos. Por eso no... por eso no... —ella no pudo seguir, y Maurice la miró atentamente. ¿De verdad esta mujer había permanecido encerrada los pasados treinta años?

Había tenido una prueba de ello ayer, ¿no?

La observó de pies a cabeza. La había tomado de sorpresa en su casa y la ropa que lucía no era digna ni de una anciana. Los pantalones de corte a la cintura y anchos le borraban cualquier forma femenina que hubiera debajo, y la camisa blanca, aunque muy limpia y de buena confección, le quedaría más apropiada a Agatha que a cualquier mujer joven. Abigail aferraba el casco entre sus manos y notó que en ellas no había prendas como anillos o pulseras. Tampoco había color en sus uñas.

Realmente sí podía imaginarse a esas arpías escondiendo a su hermana mayor tartamuda, avergonzadas de ella. Theresa, en especial, podía perfectamente haberla ocultado por el bien de sus otras hijas, aun en detrimento de la mayor. Y Arnold, ese perro sin corazón, muy seguramente la habría ahogado como a un gatito si se hubiese enterado del problema que tenía al nacer.

Ella estaba llorando. Era un llanto ahogado, de esos que se quedan en la garganta, un llanto de quien está acostumbrado a llorar solo. Él conocía ese llanto.

Maurice no le puso la mano en el hombro, ni la consoló de algún otro modo, sólo se quedó mirando el agua, las luces, la noche, mientras esperaba que ella se calmara. Hablando de tragedias, la de esta chica era bastante cruel.

—¿Estudiaste? —le preguntó él, y la vio sacudir su cabeza negando—. ¿Fuiste a la escuela? —ella volvió a negar—. ¿Sabes leer? —ella se echó a reír en medio de sus mocos y lágrimas.

—Sí. Y sé cocinar... y coser, y bordar... con tanto tiempo libre en mis manos...

—En la universidad conocí a un chico tartamudo —contó Maurice—. Él era osado; quería ser abogado, imagínate. Se graduó, pero no sé si consiguió litigar en las cortes. Si él pudo graduarse como profesional, ¿por qué tus padres no te dieron la oportunidad a ti?

—¿Porque soy mujer, tal vez?

—Tus hermanas también lo son. ¿No es así? —ella rió por la duda que él imprimía a la pregunta.

—Sí, lo son. Y son hermosas, y están divinamente casadas, y dos de ellas ya tienen hijos preciosos y perfectos...

—Así que además de todo, te sientes acomplejada, disminuida y fea... —ella mordió sus labios—. Eres idéntica a Stephanie, ¿no te has puesto a pensar eso? Eres preciosa. Tu prima... consiguió poner el mundo a sus pies sólo por su belleza... y bueno, por otras cosas, pero eso ahora no lo entenderías. Ella no necesitaba pronunciar una palabra para que los idiotas como yo corrieran y se pusieran a sus órdenes —ella lo miró entonces.

—Tú no eres idiota.

—Oh, ya no. Pero entonces lo fui, y mucho.

—¿La... la odias? —la sonrisa de él logró ponerle la piel de gallina.

—Odiarla... Mujer, yo... —se quedó callado de repente, y Abigail lo vio tragar saliva. Luego le tomó la mano y desanduvo el trayecto hasta llegar de nuevo a su moto. ¿Qué haría? ¿La regresaría a casa?

Hincó los pies en el suelo deteniéndose, y él lo hizo con ella mirándola interrogante.

—No quiero volver a casa —explicó ella, y Maurice se le acercó más.

—¿Qué quieres, entonces?

—No me regreses allí —los ojos de ella tenían miedo, y Maurice frunció el ceño. De verdad, no se había puesto a pensar en lo que le sucedería a ella si aparecía luego de semejante escapada.

—No voy a regresarte —le aseguró, y ella, confiando, lo siguió cuando de nuevo él echó a andar.

¿Qué pasará ahora?, se preguntó Abigail recostándose en la espalda de Maurice mientras éste conducía a través de la ciudad. Aunque el casco le impedía pegarse todo lo románticamente que le apetecía en este momento, en su mente se sintió hoy más que nunca cerca de él.

Él bajó la velocidad cuando se internó en un barrio de casas grandes y bonitas, llenas de antejardines y mucha quietud. El ruido de la moto rompía el silencio y Abigail se preguntó dónde estaba ahora. Había recorrido más de la ciudad hoy que en toda su vida, así que no tenía modo de saber en qué parte estaban.

Al final, se detuvieron frente a una casa de dos pisos y que tenía parte de la fachada en piedra. El antejardín era enorme, y había luces dentro. Ésta no era la casa de él, ¿o sí? ¿Y si era una de sus casas, pasaría la noche aquí? ¿Con él?

El recuerdo de lo que había sucedido ayer la asaltó de repente, y se quedó quieta sentada en el asiento trasero de la moto. Él se quitó el casco y se giró para mirarla.

—¿Sucede algo? —ella negó, y percatándose de que necesitaba bajar para que él también lo hiciera, se movió para poner al fin los pies en tierra. El corazón le retumbaba ahora. No sabía si estaba lista para otra cosa como la de ayer. De todos modos, parecía que el sexo, después de todo, no era tan fantástico.

Ajeno a sus pensamientos, Maurice dejó los cascos sobre las direccionales de la moto, caminó hasta la puerta y llamó al timbre de entrada.

No era su casa, concluyó ella. De ser así, tendría la llave.

Una adolescente abrió la puerta.

—Ah, sólo es Maurice —dijo, como si estuviera muy decepcionada, y le dio la espalda. No caminó ni tres pasos cuando él la detuvo tomándola de la blusa, pero lejos de molestarle, la chica empezó a reír y a intentar huir de él sin mucho éxito.

Cuando se cansaron de jugar, la chica al fin reparó en que había otra persona en el jardín y la miró con asombro, y luego, con más asombro aún, miró a Maurice.

—¡¡Tú!! ¡¡Trajiste una chica!!! ¡¡Demonios!!

—Deja de maldecir, pareces un camionero.

—¡Abuela! —gritó la joven entrando—. ¡Maurice tiene novia! —incapaz de retenerla, Maurice se puso las manos en la cintura y dejó salir el aire. Luego miró a Abigail con una sonrisa.

—Ellos han sido mi familia todos estos años.

—A-ah... —sonrió ella. Qué bonita ocasión para ser presentada a la familia, pensó ella. Cuando estaba sudada, despeinada, y tartamuda. Bueno, lo de tartamuda era permanente.

—No te asustes, son gente sencilla. La abuela me adora—. Eso despertó serias dudas en ella. Una abuela que adoraba un nieto, por lo general odiaba a su nieta política.

Un momento, ¿qué significaba esto? ¿Por qué Maurice la estaba presentando a su familia? ¿Por qué, por qué, por qué? ¿Podía sacar las conclusiones que quisiera al respecto?

Él la tomó de la mano y la arrastró dentro. Él siempre tomaba su mano, se dio cuenta. Siempre había sido así, y al parecer, ni él mismo se daba cuenta de ello.

Una vez dentro, se enfrentó a la mirada de una mujer algo mayor, de cabellos canosos y cortos a la nuca, pero con unos ojos café verdosos bastante apacibles. Podía ser la mamá de su mamá, concluyó. Si Maurice la llamaba abuela era por alguna importante razón. No sabía mucho de los hombres, pero a este de aquí lo conocía, sabía que no tenía abuelas, y si ésta mujer estaba llenando ese vacío, era por regla una mujer venerable.

—Bu-buenas... Buenas Noches —saludó ella, y Maurice le sonrió, tal vez felicitándola por su esfuerzo.

—Buenas noches —contestó la mujer, pero no le tendió la mano. Vio que las tenía ocupadas secándoselas en su delantal.

—Abuela, cómo estás —saludó él acercándose a ella y besándole la sien.

—Ocupada, como siempre.

—¿No es inaudito? —exclamó de nuevo la joven, que parecía revolotear alrededor—. ¡Maurice, nuestro Mao, trayendo una chica a casa! —y a continuación, juntó las manos y miró al cielo— ¡Oh, qué de prisa crecen!

—Ya entiendo por qué David te da tus zurras —Abigail abrió grandes los ojos al escuchar eso. ¿A esa chica le pegaban? Pero ella sólo se echó a reír y se puso delante de ella extendiendo su mano.

—Mi nombre es Michaela, puedes llamarme Mikki. Si eres una chica que Maurice quiere presentarnos, seguramente es porque esta misma noche te propondrá matri... —Maurice le tapó la boca, y el resto se escuchó ahogado.

—Hablas demasiado.

—No les prestes atención —dijo la abuela sacudiendo su cabeza. Le tomó el brazo suavemente y la condujo por la sala—. Bienvenida al manicomio Brandon —le dijo con una sonrisa, y Abigail sonrió.

—Gracias —dijo sin tartamudear, lo cual la asombró.

Michaela, como se había presentado la joven que a lo sumo tenía unos dieciocho años, la condujo a los muebles de la sala hablando y haciéndole preguntas. Al parecer, sólo le bastaba con que ella asintiera o negara para seguir su diálogo, lo cual era genial para ella. Era muy guapa, y muy vivaracha. Ella no había tratado con adolescentes antes, lo que recordaba de sus hermanas era todo el maquillaje, los bailes y los novios, pero al parecer, había otra orilla que ella no había conocido, y Michaela parecía estar de ese lado.

Y éstas eran las personas con las que Maurice había estado todo este tiempo. Con razón había conseguido volver a ser él mismo. Le había tomado su tiempo, pero tal como dijera Arthur, tuvo amigos, tuvo familia.

Suspiró aliviada. Siempre le había mortificado el imaginarse dónde estaba él y en qué condición, pero ahora podía tener la certeza de que al menos en medio de su oscuridad, había tenido quién cuidara de él.

—Quién es? —le preguntó Agatha a Maurice en la cocina, donde lo llevó para poder hablar con él. Él no contestó de inmediato, lo que despertó su curiosidad. Lo miró respetando su silencio, y esperó.

—La verdad, no sé —contestó él, rascándose la cabeza, y luego pasándose la mano por los ojos y la barba—. Yo... Es la misma Stephanie físicamente; su misma cara. Eso me molesta, y al mismo tiempo...

—Te gusta —completó, y él empezó a moverse tan inquieto que Agatha tuvo que detenerlo poniéndole una mano en el hombro—. ¿Qué te asusta? —él rió quedamente, y se cruzó de brazos. No sabía decirlo, no sabía explicarlo. Ni siquiera se atrevía a pensar demasiado en ello, y no tenía manera de decirle que ayer, cuando estuvo con ella, aunque fue de esa manera tan burda y poco elocuente, sintió que su vida y todo su mundo habían cambiado. Su cuerpo y su mente habían tomado decisiones que él todavía no había autorizado, y no sabía qué hacer—. Parece que tienes que pensarlo mucho. Pero el traerla aquí dice bastante, ¿sabes? Tal vez ella se haga ideas —él sonrió.

—Ella tiene muchas ideas, créeme. Yo... supongo que sólo estoy poniéndola a prueba, no sé.

—Ya. ¿Esperas que la aprobemos, o algo? —Maurice la miró revelando en sus ojos un alma desnuda.

—Eres sabia. A ti no podrá engañarte —Agatha sonrió.

—Confías demasiado —no dejó que él dijera algo más, y simplemente sacó del refrigerador un jugo y lo sirvió en dos vasos, le dio uno a Maurice y caminó a la sala donde Michaela hablaba hasta por los codos para darle el otro a Abigail.

Ésta miró a Maurice, y él se dio cuenta de que en vez de asustada o saturada por la cháchara de Michaela, Abigail estaba encantada.

—¿Entonces, cómo es tu nombre? —preguntó Agatha, y ella decidió probar su jugo antes de responder. Agatha la vio tomar aire.

—Abigail.

—Abigail —repitió Agatha.

—Es un nombre muy bonito —sonrió Michaela—. Le he dicho a Marissa que si tienen una niña, la nombren Priscilla. También me gusta mucho ese nombre—. Maurice la miró ceñudo.

—¿Marissa está embarazada? —preguntó.

—No, pero si siguen a ese ritmo, pronto lo estará.

—Michaela, cierra esa boca —la reprendió Agatha, y Michaela sólo se echó a reír.

—¿No está David? —preguntó Maurice mirando su reloj. Ya eran las ocho de la noche.

—No. Y no vendrán. Dijeron que pasarían la noche fuera.

—Ya.

—Te lo dije —sonrió Michaela de forma maliciosa. Pero de repente se quedó callada y miró a Abigail un poco analíticamente.

—Eres muy guapa —dijo.

—Gracias.

—¿Ese rojo es natural? —Abigail asintió—. También me encantan tus pecas —ella se llevó las manos al rostro. Su madre las odiaba, las odiaba a muerte, y el verano era la peor época. Nunca nadie le había dicho algo así acerca de ellas.

—Tengo muchas —dijo con una sonrisa más bien resignada. Maurice la miró interesado. ¿Más pecas? ¿Dónde? Quería verlas.

Sin pensarlo mucho, se le sentó al lado en el sofá y la miró atentamente, ella respondió a su escrutinio con un poco de timidez. Dónde, dónde, se preguntaba él. ¿Dónde hay más pecas?

—¿Y qué haces? ¿A qué te dedicas? —preguntó Agatha, y la sonrisa de Abigail se apagó. Miró a Maurice pidiendo auxilio. No podía decirle que las veinticuatro horas del día estaba encerrada en casa, unas veces ayudando a su mamá en algún bordado o tejido, o cuidando a sus sobrinos, o simplemente, ayudando en la cocina porque el día era demasiado largo y llegaban momentos en los que si no hacía cualquier cosa, sentía que se volvería loca.

—Abigail está desempleada actualmente —contestó Maurice por ella—. Está buscando opciones.

—Ah.

—Yo entré a la universidad —añadió Michaela, sintiendo el silencio incómodo—. Estoy estudiando periodismo. Ahora estoy en vacaciones. Y mi novio estudia derecho.

—¿Tienes...? —Abigail no necesitó completar la pregunta.

—Sí, se llama Peter —contestó Michaela con una ancha sonrisa—. ¿Es muy listo, sabes? Tiene un coeficiente intelectual por encima de ciento cincuenta—. Abigail la miró preguntándose qué novia alardeaba del coeficiente intelectual de su novio. Sus hermanas no, ciertamente.

—¿Y... es guapo?

—Claro que lo es. A mí me gusta.

—¿Lo cual es lo importante, no? ¿Ya comieron? —preguntó Agatha, y Abigail se dio cuenta de que tenía hambre. Había rechazado la invitación de Maurice de tomar algo, y desde la hora del almuerzo no había comido nada. El tiempo se había ido volando, de todos modos.

—No, no hemos comido —contestó Maurice—. Enana, ¿me acompañas a buscar algo de comer y traerlo?

—¿En tu súper moto? ¡Claro que sí! —Abigail lo miró como mira un niño a su padre cuando cree que lo están abandonando, pero se reprendió a sí misma. Ella ya era una adulta... Una adulta que, de todos modos, no podía valerse por sí misma.

Maurice sonrió casi adivinando sus pensamientos, y animó a Michaela para que se diera prisa, pues a última hora había dicho que vestida así no saldría. No importaba, la idea de salir por algo de comer tenía otro propósito además de saciar el hambre.

—No tardaré —prometió él, y salió con Michaela. Abigail se vio sola con Agatha, que parecía muy tranquila.

—Estaba organizando la cocina cuando llegaron —dijo ella dando unos pasos, y Abigail se puso en pie siguiéndola.

—Yo ayudo —Agatha asintió sin sonreír. Cuando estuvieron en la cocina, la vio analizar todo, como explorando en qué lugar se guardaba cada cosa. Concluyó que estaba familiarizada con las cocinas.

—¿Y qué edad tienes?

—Treinta.

—Mmm... ¿Eres divorciada, o algo? —Abigail sonrió.

—No, señora. Nunca... nunca me he casado—. Abigail se dedicó a secar los platos que estaban en el escurridor, sin ponerse unos guantes, notó Agatha, y no tenía las uñas esmaltadas.

—¿Puedo preguntarte de qué conoces a Maurice?

—Lo conozco... desde siempre.

—¿Desde siempre?

—Él se casó con mi prima... con Stephanie. Yo... ya lo conocía de antes.

—¿Es decir, que conociste a Maurice antes que ella? —Abigail se alzó de hombros como respuesta—. ¿Y te gusta desde entonces? —Abigail no respondió—. ¿Por qué no hiciste nada? —ahora ella miró

a la anciana.

—¿Qué podía hacer?

—No sé, cruzarte en su camino. Hacer que las cosas fueran diferentes.

—Lo intenté —susurró Abigail—. Lo intenté una y otra vez... —tuvo que tragar saliva, dándose cuenta de que si no se iba con cuidado, empezaría a tartamudear aquí y quedaría como una idiota. Había sido bueno el poder hablar con cierta normalidad hasta ahora.

—La vida de Maurice fue un desastre por culpa de tu prima. No la conocí, pero no creo que haya habido una arpía más malintencionada que esa bellaca—. Abigail la miró con ojos grandes. Esta anciana le tenía rencor y no dudaba en expresarlo, y eso le hizo sonreír.

—Mucha gente hoy en día la odia.

—Y con justa razón. Es una bendición que se haya muerto, sólo es triste la manera en que lo hizo. Tú debiste estar por allí, ¿no? Debes conocer bien la historia —Abigail asintió. Sabía lo que sus hermanas comentaban, y lo que le había dicho el mismo Arthur. Stephanie había estado con su amante en la casa que compartía con su esposo mientras éste estaba de viaje. Cuando Maurice regresó a la mañana siguiente, los encontró a los dos muertos en la bañera de su baño.

—¿Sabes quién era él? —Abigail asintió—. ¿Sabes lo que sufrió Maurice? —las preguntas de Agatha se sucedían una tras otra, y ella tuvo que mirarla a los ojos.

—Todos los días —le dijo—, cada vez que pienso en él, y créame, es constantemente; desearía tener el poder de cambiar las cosas. Pero no pude, no pude y eso me... me mata. Él tuvo que pasar por eso, y yo no pude hacer más que verlo... llorar.

—¿Lo viste llorar? —sonrió Agatha, sin intención de dejarla en paz todavía—. ¿Lo viste cada cumpleaños emborracharse hasta perder la conciencia, porque esa maldita no escogió mejor fecha para arruinarle la vida? ¿Lo viste llorarla, maldecirla, amarla y odiarla? Nosotros lo vimos hacerse pedazos, Abigail; cuando llegó a nuestra casa, hace ya siete años.

—Pero lo salvaron —la interrumpió Abigail—. Lo salvaron, cosa que nadie habría podido hacer... Y yo... yo siento un profundo agradecimiento por eso. Sin ustedes alrededor para cuidarlo, tal vez él... habría cometido una locura. Lo sé, lo sé—. Agatha la miró largamente. Ella se quedó en silencio, y siguió secando los platos con mucha parsimonia. Esta chica no rellenaba los espacios con cháchara, no se vendía a sí misma, no buscaba aceptación. Tal vez porque creía que no la necesitaba por parte de estas personas, pero esa idea no duró mucho tiempo en su cabeza.

Había visto cómo miraba a Maurice, y era una combinación de adoración y admiración. Como si para ella, él fuera un súper héroe y un mago al tiempo. Tal vez era lo que él necesitaba para terminar de recuperarse, y sacarse de la cabeza esa loca idea de venganza.

Agatha suspiró. Ni su nieto le había producido tantas preocupaciones, y el haber adoptado en cierta

forma a Maurice le daba mucho qué pensar. Había visto tanto en esta vida, que ya pocas cosas la intrigaban o la sorprendían. Pero esta mujer la intrigaba, había demasiados interrogantes alrededor de ella como para no observarla detenidamente.

Minutos después llegaron Maurice y Michaela haciendo ruido y trayendo comida. Agatha ya había cenado, y también Michaela, pero a ella no le importó y repitió ración.

Michaela observó los modales cuidadosos de Abigail, y concluyó que ella también era de buena familia, tal como Marissa. Había aprendido a detectar a estas mujeres a una legua de distancia. Lo que se preguntaba era por qué vestía así y se comportaba tan tímida. Marissa no había sido así para nada, ni Diana.

—¿Conoces a Marissa y a Diana? —le preguntó con un muslo de pollo frito en su mano enguantada. Abigail asintió lentamente. Las conocía, aunque no había cruzado palabras con ninguna de las dos antes—. ¿Y a Daniel Santos? ¿Lo conoces? —Abigail negó—. Ahora Diana y Daniel están casados —dijo Michaela, muy concentrada en su pollo—. Al igual que Marissa y David, mi hermano —Abigail miró a Maurice. Entonces era verdad que él había entrado a esa fiesta buscando al novio pobre de Marissa, y esta casa era de él. Qué pequeño era el mundo.

—Cuando entraste a aquella gala buscando a David —empezó a decir ella con voz pausada y mirándolo—, ¿por qué hiciste aquello?

—¿Una gala? —preguntó Maurice, e hizo una mueca—. Ah, eso. Necesitaba con urgencia a David. Aquí la señorita —dijo señalando a Michaela— había hecho una pilatuna. ¿Lo recuerdas Mikki? —Michaela le hizo una mueca—. Tuve que entrar un poco por las malas, pero pude avisarle.

—Estabas escondido... pero hiciste buenos amigos—. Maurice la miró sonriendo.

—No conoces a David, no te apresures a lanzar juicios.

—¡Mi hermano es el mejor amigo que puedas tener en tu vida! —exclamó Michaela—. Y cuando venga, le diré que andas diciendo cosas desagradables de él a tus novias.

—¿En serio tienes dieciocho años? ¿No son cinco? —Abigail se echó a reír. Maurice nunca había escuchado su risa, y se la quedó mirando. Agatha se puso en pie recogiendo los restos de comida que habían quedado en la mesa e interrumpió el momento. Maurice miró su reloj y luego a Abigail. ¿Qué iba a hacer con esta mujer? Se le venían varias ideas a la cabeza, pero ninguna era muy sensata.

Se despidieron de Agatha y Michaela rato después. Al parecer, la anciana había terminado aceptando a Abigail, pues se fueron juntas un rato a la cocina a organizar otra vez lo que ellos habían ensuciado, y Agatha incluso le había sonreído en un par de ocasiones.

Agatha era bastante como Michaela, aunque el tiempo había atemperado sus impulsos; y lo que sentía lo decía casi siempre sin pelos en la lengua, así que si hubiese encontrado alguna manía en Abigail que le disgustara, se lo habría dicho allí mismo y sin ambages.

Y eso sólo terminaba de cercarlo. Se sentía cada vez con menos opciones con respecto a ella.

Y luego recordó que ella había venido a él porque sólo le quedaba un año de vida.

¿Un año de vida? ¿Qué era lo que tenía de todos modos? Al verla salir de la casa despidiéndose de Michaela y Agatha con una sonrisa, sintió un dolor no supo dónde. Ella iba a morir en un año, según los médicos, y tal como había dicho, se quedaría sin saber lo que era vivir.

Se subió a su moto y se puso el casco tratando de disimular su suspiro. Odiaba las encerronas que le ponía la vida.

Llegaron a un elegante edificio de más de treinta pisos y Maurice se internó en el parqueadero para dejar allí la moto. Maurice hubiese tomado el elevador para que los llevara directamente a su piso, pero entonces recordó que esperaba una correspondencia y se detuvo en el lobby.

—Señor —lo llamó el conserje, y le señaló con el dedo hacia los muebles, donde, vestido de blanco, había un hombre sentado con los brazos extendidos a lo largo del espaldar.

Maurice lo vio y lo reconoció al instante. A pesar de que la última vez que lo había visto era sólo un adolescente de catorce años, supo quién era, y apretó los dientes. Caminó a él decidido, y cuando el hombre le sonrió, él lo tomó del cuello y lo volvió a poner contra el mueble.

—¿Qué haces aquí?

—¡Maurice! —escuchó que gritaba Abigail y corría a él.

—¡Qué haces aquí! —gritó ahora Maurice. Sintió las pequeñas manos de Abigail intentar apartarle la mano, sin mucho éxito.

—Yo... quería... —intentó decir el hombre.

—¡Es mi primo! —exclamó Abigail—. ¡No le hagas daño! ¡Por favor! —Maurice la miró, y al ver su preocupación, y que el mismo conserje había venido aquí con el intercomunicador en mano por si era necesario pedir refuerzos, aflojó el apretón y lo dejó ir. Arthur empezó a toser, mientras Abigail le masajeaba la espalda y le acomodaba la ropa y los cabellos.

—¿Por qué lo defiendes? Es el hermano de Stephanie.

—La mala sangre de mi lado de la familia —explicó Arthur con voz entrecortada— la heredó toda ella, créeme—. Abigail lo miró, y por primera vez, supo lo que era una mirada molesta de ella.

—¿Por eso lo atacaste? ¿Porque es el hermano menor de Stephanie?

—¿Y lo vas a defender?

—¡Claro que sí! ¡Él no te atacó a ti! Si vas a atacar a las personas por esas razones, tendrás que empezar conmigo! ¡Soy su prima hermana y soy idéntica a ella! —Arthur la miró con ojos grandes.

—¿Estás gritando, prima? —y luego se echó a reír. Maurice les dio la espalda y caminó de nuevo hacia la recepción, recibiendo del conserje su correspondencia. Luego, sintió la voz de Arthur a su espalda—. Vine porque la tía Theresa me envió, en cierta manera. Llamó a la policía y te acusó de secuestro.

—Abigail es mayor de edad, y no lleva ausente ni doce horas.

—Es que ella reportó a Abigail como... deficiente mental —Maurice y Abigail le dedicaron idénticas miradas de enojo y asombro.

—¿Q-qué? —susurró Abigail—. ¿D-de... deficiente... mental? ¿Yo? —Maurice se dio cuenta de que Abigail estaba a punto de entrar en una crisis y por culpa de su madre. Se acercó a ella, y por puro instinto, la abrazó.

—La policía no sabe dónde localizarte, has estado desaparecido todos estos años, así que por eso me he adelantado—. Maurice miró al conserje, que disimuló el haber estado escuchando.

—Vamos dentro —le dijo, y se encaminaron al elevador.

Abigail hubiese disfrutado la belleza del mobiliario del apartamento de Maurice si hubiese estado de mejor ánimo. Los muebles estaban todos combinados entre un tono crema y vino, tanto los paneles de madera de algunas secciones, como la cava del bar, o la mesa de billar que estaba en un extremo alejado. Las luces le daban un tono cálido, y cuando Maurice abrió las cortinas, se pudo ver a lo lejos el río Hudson, y detrás, las luces de Manhattan.

Arthur sí pudo disfrutarlo, y no contuvo el silbido de admiración.

—Esto quita el aire —dijo poniéndose las manos en la cintura, y miró a Maurice con una sonrisa—. Qué buen gusto tienes.

—Explica eso de que la vieja gruñona llamó a la policía —dijo Maurice, ayudando a Abigail a ponerse cómoda en un sofá, y caminando al bar—. Y por qué la reportó como... eso.

—Quiere ganar. No importa si con eso le hace daño a su hija. En cierta manera, para los Livingstone Abigail es eso, una deficiente mental —se escuchó el sollozo de Abigail, y Arthur caminó a ella y se sentó a su lado para abrazarla. Se dio cuenta de la mirada asesina que le lanzó Maurice—. Vamos, dulce —le dijo a su prima—. Ya deberías estar un poco acostumbrada.

—A—acostumbrada? Acostumbrada?

—Ya, ya. Son una partida de malditos y desgraciados. Tú y yo lo sabemos mejor que nadie.

—¿Tú por qué? —preguntó Maurice, trayendo consigo un par de vasos con líquido transparente y hielo, le dio uno a Abigail y otro a Arthur.

—Bueno, yo... —contestó Arthur mirando su vaso— Tengo preferencias un poco por fuera de lo ortodoxo.

—Eres marica.

—No. Soy bi. Pero para ellos eso es igual de aberrante que si me metiera con animales, o quién sabe.

—Sí, cuando eras sólo un adolescente vi tus tendencias un poco raras. Llegué a decírselo a tu hermana —Arthur sonrió de manera torcida, recordando los bofetones de su hermana. Y ahora descubría que había sido gracias a su cuñado.

Le dio un trago a su vaso, y abrió grandes los ojos.

—Esto es vodka.

—Sí—. Arthur miró de inmediato a Abigail, que tenía en su mano el vaso medio vacío, y estaba dormida sobre el sofá.

—Abigail no soporta el licor, y mucho menos el vodka. ¡Maldita sea! Tendré que llevarla a costas.

—¿Llevarla a dónde, perdona?

—¡Tengo que llevármela!

—A dónde —preguntó Maurice con voz dura—. Abigail no sale de aquí.

—Te quieres meter en problemas con...

—Me vale un culo con quién me meto en problemas. Ella no sale de aquí y punto—. Arthur lo miró con ojos grandes de asombro.

—Antes no eras tan decidido.

—Antes no era más que un niño, e idiota, además.

—¿Vas a decir que mi hermana te tenía apendejado, o algo así?

—No tengo excusa; y si me hizo lo que me hizo, es que sí, yo estaba apendejado y nunca vi más allá de mis narices.

—Te casaste con la mujer equivocada—. Maurice sonrió.

—¿Me lo dices ahora? No me hagas reír—. Arthur guardó silencio, y luego, suspiró. Le dio otro

trago a su vaso y lo puso sobre la mesa del café que estaba próxima a los muebles.

—Vale, no puedo hacer nada. Siempre has sido del tipo duro y grandulón —Maurice lo miró de reojo, y Arthur sólo sonrió—. Quiero mucho a mi prima. De hecho, no quiero a nadie en este mundo, sólo a ella. Ha sufrido mucho, pero créeme, mucho. Hasta tú le has hecho sufrir, aunque de una manera indirecta —Arthur vio cómo las cejas oscuras y pobladas de Maurice se juntaban en su entrecejo en una pregunta. Qué guapo era el maldito, y alto y grande. Y todo eso para su prima. Había mujeres con suerte—. Ella te ha querido... desde siempre —añadió.

—¿Qué es ese “desde siempre”? También ella lo dijo, pero eso no determina ninguna cantidad de tiempo.

—Ah, lo descubrirás —dijo Arthur de manera enigmática y encaminándose a la salida—. Lo descubrirás por ti mismo, tarde o temprano. No llores cuando eso suceda.

—Idiota —susurró Maurice, y entre sonrisa y guiños, Arthur salió del apartamento. Maurice quedó allí en medio, de pie y cruzado de brazos. Miró a Abigail dormida en el sofá, y no pudo evitar sonreír. Recordó que por el contrario, Stephanie parecía un camionero bebiendo. Qué diferentes eran.

Se acercó a ella y metió un brazo bajo su espalda, y otro bajo sus piernas. La alzó con cierta facilidad, y subió con ella las escaleras que llevaban al segundo nivel del dúplex. Una vez en la enorme habitación, la depositó suavemente en la cama, y se quedó allí largo rato mirándola. El cabello estaba desordenado y un poco enredado por el viaje en motocicleta, pero sus botones seguían todos en su lugar.

Acercó su mano y desabrochó dos botones, y sin poder evitarlo, separó las tapas de tela para mirar su piel. Era pecosa.

Sonrió, y bajó la cabeza para besarla, y obrando sola, la mano desabrochó también los otros botones.

—Maurice —susurró ella, moviendo la cabeza, y abrió sus ojos para encontrárselo casi encima de ella. Su respiración se agitó.

—No bebiste sino medio vaso —sonrió él—. Qué debilucha eres—. Abigail elevó su mano y le tocó la barba, la acarició como si fuera la suave piel de un gato, y él cerró sus ojos. En cierta forma, que fuera ella quien lo tocara, le hacía sentirse reconfortado.

Antes de Stephanie, no había habido ninguna mujer para él. Luego de ella, hizo pasear por su vieja cama un sinnúmero de mujeres para borrar las huellas que la primera había dejado por su piel. Después de saber que su mujer le había sido infiel, había aborrecido cada toque, cada caricia y cada beso que ésta le hubiese dedicado, pero nada le había podido borrar el estigma que llevaba.

Tal vez si era Abigail quien lo tocaba, esas huellas se irían al fin como las que se borran en la arena de una playa.

Pegó su frente a la de ella y aspiró su aroma. Tócame, quiso decir. Tócame todo, tócame por todas partes. Borra los sellos, las marcas. Déjame limpio otra vez.

Pero ella se había quedado quieta, y él abrió los ojos para encontrársela dormida otra vez. Se echó a reír.

Salió de la cama y empezó a desnudarse para acostarse a su lado. Una vez en la cama, la rodeó con su brazo y la acomodó perfectamente en su pecho. Incluso suspiró como un niño, y no le asustó su propia conducta. Estaba seguro de que ella no usaría esto para manipularlo, ni intentaría encontrar sus debilidades para jugar con ellas luego.

No sabía por qué confiaba en ella en este aspecto, tal vez era porque ella misma se había confiado a él.

Abigail se despertó con dolor de cabeza, y todo en derredor daba vueltas. Lanzó un gemido, y se preguntó qué le había sucedido como para sentirse así. Luego se dio cuenta de que no sabía dónde estaba, ésta no era su habitación.

Y un hombre semidesnudo entraba por una puerta, y ella se quedó sin aliento.

Era Maurice, enseñando más de lo que debía ser sano, cubierto sólo con una toalla atada a la cintura.

Había tenido la garganta seca hasta hacía un segundo, pero de repente empezó a salivar; este sí que era el mejor remedio contra la resaca. Certificado.

Maurice tenía el pecho ancho y algo velludo, se veía moreno por el sol, y sus brazos, estaba segura de que no podría rodearlos con sus dos manos.

—Buenos días –saludó él mirándola con una sonrisa, y ella se sonrojó. ¿Qué había pasado anoche? Acaso él otra vez... Se miró a sí misma, y encontró los botones de su blusa desabrochados. Sí, seguramente anoche él había hecho “eso” otra vez con ella. ¡Iba a quedar irremediablemente embarazada! –¿Quieres darte una ducha? –le preguntó.

Ella lo miró sin contestar. ¿Qué iba a hacer? Él no le había dicho ni una sola vez que la amaba, o que le gustaba. ¡Tampoco había aceptado casarse con ella! ¿Y si quedaba embarazada, cómo mantendría a su bebé? Tendría que trabajar, y lo haría, ¿pero dónde? ¿Quién le daría trabajo a una tartamuda? ¿Y dónde dejaría a su bebé mientras trabajaba?

—Abigail –la llamó él, y ella volvió a mirarlo, él estaba muy cerca, al pie de la cama... Demasiado cerca—. Nos espera un día largo, debes ducharte para poder salir.

—¿Sa... salir?

—Tenemos una demanda en la policía, ¿lo olvidaste? Debemos ir y decirles que no estás secuestrada, que estás aquí por tu voluntad.

—Ah... sí. Sí...

—Primero –siguió él, extendiéndole una mano para ayudarla a salir de la cama—, quiero que practiques las siguientes líneas—. Ella asintió y se puso de pie delante de él, pero todo lo que pudo ver fueron los vellos en su pecho, que crecían en diferentes direcciones a la altura de su esternón. ¿Serían suaves? ¿O ásperos? –La policía te mirará y se preguntará si realmente tienes una deficiencia mental. Si te hacen esa pregunta, quiero que hagas esto –él le tomó la barbilla y se la levantó—. “Señor policía, le parece que tengo una deficiencia mental?” –ella lo miró confundida—. Vas a decir eso luego de elevar todo lo que puedas el mentón y mirarlo con suficiencia y malcriadez. ¿Lo dirás para mí? –ella asintió, bajó la cabeza para acentuar el efecto, y luego levantó la barbilla.

—Señor policía, ¿le parece que tengo una deficiencia mental? —ella sonó tan arrogante, que por un momento se le pareció a Stephanie, y no supo si echarse a reír o salir corriendo. Optó por reír.

—Perfecto. No se creerán lo que dijo la bruja de tu madre.

—Pe—pero... si... me hacen más preguntas...

—No te las harán. Yo estaré allí.

—Pero...

—Abigail, confía en mí —ella asintió dócilmente—. Ahora, a la ducha —la tomó por los hombros y la condujo al cuarto de baño—. No te tardes, eh?

—Está bien—. Maurice sonrió y la vio entrar y cerrar la puerta. Luego se miró a sí mismo. Había tenido que salir corriendo de la cama y darse una ducha de agua fría. Para nada.

Poco más de media hora después, salían por la puerta del edificio y entraban a un lujoso Rolls Royce gris plata estacionado justo a la entrada. Maurice iba luciendo un fino traje sin corbata y con pañuelo, y ella... ella parecía una vagabunda con deficiencia mental. Llevaba la misma blusa de tela de ojalillo blanca y los pantalones anchos con corte a la cintura, sin contar que no había tenido tiempo para secarse el pelo, y parecía una loca... una loca con todas las de la ley.

La policía la vería y llamaría de inmediato a los enfermeros de la clínica mental más próxima.

Miró por la ventanilla del lujoso auto y se mordió los labios. Quería decir muchas cosas, quería gritar, pero otra vez, su incapacidad la encerraba y la arrinconaba.

—No tengas miedo —le pidió él, pero eso era casi como si le pidieran que por favor sacara sus alas y volara de aquí.

Se sorprendió cuando vio que él la rodeaba con su brazo y la pegaba a su pecho. Quiso mirarle el rostro, pero él no se lo permitió, y la acunó allí durante un buen rato. Al final, se dejó abrazar y parte de ese miedo empezó a esfumarse. Y también le estaban creciendo alas, sintió. Le rodeó la cintura con su brazo y lo sintió ponerse tenso.

—Llegamos —dijo de repente, y Abigail se preguntó si era que le había molestado. Él le abrió la puerta y ella miró en derredor. Esto no era la policía.

—¿Qué... qué hacemos aquí?

—No pensarás ir ante la policía así vestida, verdad? —él le tomó la mano, y sin pérdida de tiempo, la introdujo en la enorme tienda que a la entrada decía en letras también enormes: *Awesome*. De inmediato, como si hubiesen estado avisadas, dos dependientas se hicieron cargo de ella y le enseñaron uno tras otro vestidos, blusas, faldas, pantalones, y hasta abrigos, a pesar de que no era la

temporada.

—La tendencia para este verano, aunque ya va avanzado, son los tonos ácidos —dijo una preciosa morena de sonrisa roja y blanca—. Con tu figura, puedes lucir jeans un poco desgastados, blusas de tiras, y digamos que suaves chaquetas de lino para que el sol no queme tu piel y no vayas demasiado expuesta.

—Pero es pelirroja —advirtió otra—; debemos elegir cuidadosamente los colores—. Abigail bajó la mirada, como excusándose por eso.

—¿Que contraste, o que combine? —le preguntó la primera chica, y Abigail no tuvo ni idea de a qué se refería.

—Que contraste —le contestó Maurice desde el otro lado de la tienda, y la mujer asintió.

Le trajeron un desfile de faldas cortas y shorts jean de tonos azules, verdes, lilas. Estampados de flores y transparencias.

Al final, salió con un vestido corto adelante y largo atrás de tela vaporosa y estampado geométricos de colores fuertes, más unos zapatos de tacón alto color aguamarina. Eran preciosos, sus hermanas la envidiarían a muerte, matarían por ellos.

—Ahora, el cabello —dijo Maurice. Abigail miró el resto de la ropa que se había probado con pesar mientras aceptaba una chaqueta de mezclilla que le combinaba perfecto con su atuendo. Maurice no se perdió su mirada melancólica—. ¿Qué te quieres llevar? —le preguntó, y las dependientas los miraron atentas.

—No, nada. Gracias —las dependientas parecieron desinfladas. Maurice le tomó la barbilla y se la alzó.

—Di: quiero todo, pero tu bolsillo se romperá—. Ella lo miró confundida—. Dilo—. Eso la hizo reír.

—Quiero todo, pero su bolsillo se romperá.

—Y ahora yo te demostraré que no andas con un pobretón y le diré a estas chicas que lo empaquen todo—. Acto seguido, las miró, se sacó una tarjeta del bolsillo y les dijo—: a esta dirección, por favor. Todo lo que a ella le gustó y era de su talla.

—Sí... señor—. Y luego la mujer recibió un cheque con un monto bastante generoso.

Awsome era una tienda que recogía grandes marcas en todo lo referente a la moda y la belleza y lo reunía en un solo lugar. Había venido aquí una vez con su madre, pero la advertencia de ella en esa ocasión fue: no toques nada. Ahora podía tocar, oler, probar.

—¿Quieres que se vean tus pecas, o las ocultamos? —ella se miró a sí misma en el espejo. Miró en

el reflejo a Maurice, que leía una revista femenina como si fuera la Forbes, y esta vez tomó ella la decisión. Su madre odiaba sus pecas.

—Que se vean —y luego vio, en el reflejo, que Maurice le guiñaba un ojo.

Dos horas después, entraron a la comandancia de la policía.

La ropa obra milagros en una mujer, pensó Maurice al sentir que a su lado Abigail caminaba más segura y más erguida.

Ella estaba realmente preciosa, con su cabello ondulando a su espalda, el maquillaje suave que resaltaba sus ojos y sus largas pestañas, y dejando tras sí el suave halo de su nuevo perfume. No parecía la tímida chica que había raptado ayer de casa de su madre.

Bueno, tampoco él parecía el motero loco que se la llevó.

Se anunció a sí mismo, y casi de inmediato lo llevaron ante el agente que llevaba el caso. Como era de esperarse, el hombre miró deslumbrado a Abigail y la hizo sentarse con mucha deferencia. Maurice lo hizo a su lado.

—Aquí dice... —dijo el agente, mirando su computador—. Aquí dice que la mujer es... Abigail Livingstone. Tiene su documento?

—Cuando ayer se vino conmigo —sonrió Maurice—, no tuvo tiempo de recogerlos. Pero puede tomar su huella y verificarlo.

—Sí, claro. También dice que... la señorita Livingstone tiene... cierta... deficiencia mental—. El agente miró a Abigail, y ésta levantó el mentón mostrándose sumamente molesta.

—Señor agente —dijo con voz segura—, ¿le parece que tengo una deficiencia mental?

—¡No! ¡No! —se disculpó el hombre—. ¡No quería ofenderla!

—Pues eso está haciendo —sentenció Maurice.

—Debe haber un error, en todo caso.

—Entonces llame a su superior —le ordenó Maurice—, y corríjalo.

El agente se puso de pie, y en cuanto estuvieron solos, Abigail se puso la mano en el pecho sintiendo que el corazón se le iba a salir de puro susto. Pero entonces notó que Maurice se preocupaba.

—¿Estás bien? ¡Dios, olvidé tu enfermedad! ¿No te va a dar algo aquí, verdad? ¡Abigail! —ella lo

miró a los ojos, sintiéndose culpable y mimada a partes iguales.

—No me va a dar nada —lo tranquilizó—. Estaré bien. Estoy contigo.

—Más te vale, mujer. No me asustes.

—¿Ramsay? —saludó alguien desde atrás, y Maurice se giró.

—Capitán Morris —sonrió. Se puso en pie y saludó al hombre que había ayudado a rescatar a Michaela.

—¿Me traes algún nuevo caso? —Maurice aprovechó el momento.

—Mi novia tiene problemas —la señaló, y Abigail se puso en pie sintiendo que flotaba porque Maurice la había presentado como su novia—. Dicen que la secuestré.

—¿Y lo hiciste? —Maurice enseñó su sonrisa más traviesa.

—Me temo que sí.

—Villano —rió el capitán—. Ven conmigo.

Fue fácil. Demostraron rápidamente que ni Abigail era una deficiente mental, ni estaba aquí contra su voluntad, sobre todo por la manera en que él le tomaba la mano y ella se pegaba a su cuerpo cuando tenía oportunidad, y con la influencia del capitán Morris echaron por tierra la demanda impuesta por Theresa Livingstone, en la que advirtieron de inmediato mala voluntad porque odiaba a su posible yerno.

—¿Tienes un número de teléfono al que llamar a tu primo Arthur? —le preguntó Maurice cuando estuvieron fuera.

—Me lo sé—. Él le pasó su teléfono, y ella marcó el número.

—Diga —contestó él.

—Arthur, soy yo.

—¡Dulce mía! —exclamó él con gran aspaviento—. ¡Oh, mi Dios; oh, mi Dios! ¡Mi tía me ha llamado tantas y tantas veces preguntándome por ti!

—Estoy bien —contestó ella sonriendo—. Estoy muy bien.

—Eso no lo dudo, princesa. ¡Ahhh, como te envidio! ¿Qué tal anoche? —ella frunció el ceño.

—Pues no... no lo recuerdo.

—¡Claro, estabas ebria! ¡Qué mala eres, y yo que quería detalles!

—Te... te lo voy a pasar. Quiere decirte algo.

—Vale, vale. Esta noche, asegúrate de estar muy despierta, ¿de acuerdo? —ella sólo sonrió. ¿Por qué tanta bulla por “eso”? ni siquiera duraba diez minutos.

—Arthur —dijo Maurice pegándose el teléfono al oído y dio unos pasos alejándose de ella. Abigail lo miró de arriba abajo. Lo había visto en toalla esta mañana y le había parecido que todo él era guapo. Seguramente muchas mujeres lo desearían a su lado; ciertamente, Stephanie le había vendido el alma al diablo por ser su esposa, pero ella lo había hecho por todo su dinero, no por él mismo.

No le importaba si la alharaca que todos formaban por el tema del sexo fuera en vano. A ella él le gustaba porque su sola sonrisa le hacía vibrar el corazón; porque, sobre todo a ella, se le hacía muy fácil hablar con él, confiarle su vida, sus miedos, y sus defectos.

Siempre había sido así, lástima que él apenas la estuviera conociendo de verdad.

Él habló por unos minutos con su primo, no supo de qué, y luego volvió a ella.

—¿Vamos a almorzar? —ella asintió. Esta mañana apenas había tomado un jugo con galletas en su apartamento por las prisas que habían tenido, y le rugía el estómago. Notó que él le ponía la mano en la cintura y caminaba con ella hasta el auto que los había llevado y traído toda la mañana.

Cuando entraron al restaurante, el teléfono de él sonó.

—Ah, David —le escuchó decir al tiempo que le corría la silla para que ella se sentara—. ¿Te lo contó la abuela, eh? —hizo una pausa—. Sí, claro, Michaela. ¿Esta noche? Vale. Sí, la llevaré.

Él la miró, y volvió a sonreír, como si David le hubiese dicho algo chistoso.

—A lo mejor —dijo él, y luego, sólo se despidió—. Mis amigos quieren conocerte —dijo, al tiempo que recibía del mesero el menú y lo abría.

—¿Tus amigos? ¿Por qué?

—Porque eso hacen los amigos, entrometerse —él suspiró—. Supongo que pagaré ahora todas las que hice.

Después de comer, la llevó de vuelta al apartamento. Maurice la miró entrar y se quitó la chaqueta. Ya no podía esperar más, se dijo, y la tomó del brazo y la apoyó en la pared. Ella lo miró con sus ojos azul eléctrico grandes de anticipación.

Él se dedicó a olfatearla, a bebérsela por la nariz, y ella cerró sus ojos sintiendo el agradable cosquilleo de su barba sobre su piel.

Él besó su cuello y la tomó de las caderas palpando sus nalgas, ella lanzó un gemido de sorpresa, y

él rió.

—Me gustan —dijo él con voz sonriente—. Me gusta todo lo que he visto de ti.

—Pero no te quieres casar conmigo —dijo ella, y él se alejó un poco.

—Casarnos—. Abigail bajó la mirada.

—Te parece que... el sexo... está bien. Pero no quieres hacerme tu esposa.

—Me casé una vez, Abigail, y fue desastroso.

—Yo te amo. Stephanie no te amaba. Estaba contigo por tu dinero, y porque...

—¿Por qué? —preguntó él, aunque sus ojos tenían ahora una mirada dura.

—Cásate conmigo —dijo ella en vez de responder—. Igual... igual... n—no... no será por mucho tiempo—. Él cerró sus ojos.

—Un año.

—Un año —repitió ella—. Sólo un año. Por favor... —él se alejó de ella dando unos pasos. Tomó la chaqueta que se había quitado y se la volvió a poner—. Te juro que dejaré que... me hagas “eso” cada vez que quieras. No me opondré.

—Vaya. ¿Una esposa que no le niega el sexo a su marido?

—Nunca me negaré. Así me duela o no me agrade, o...

—O te duela la cabeza, o te hayas tomado tus pastillas para dormir, o simplemente vengas de estar con tu amante?

—¡Jamás tendría un amante! ¿Para qué, si contigo me basta? —él sonrió por fin. Ella no podía haber dicho nada más dulce.

—¿Conmigo te basta? ¿De verdad? —él volvió a arrinconarla, y ésta vez, sus manos se posaron sobre sus senos. Ella ahogó un gemido de sorpresa. ¿Qué tenían que ver sus senos con todo esto? Maurice empezó a lamer su cuello, su oreja, y la sensación, después de todo, no fue desagradable. Por el contrario, fue muy agradable, y sentía cómo su piel parecía ir despertando a cada centímetro que él tocaba con sus labios, su nariz o sus manos. Lo sintió bajarle los tirantes de su vestido para mirar la piel de su pecho, ella tragó saliva, pero no dijo nada ni evitó que él bajara la cabeza y besara sus clavículas.

No entendía por qué, pero a él parecía gustarle todo esto, y luego sintió su propio cuerpo relajarse ante cada toque y cada beso. Sintió la cálida y áspera lengua de él pasearse por la piel de sus senos, y luego comprendió por qué lo hacía. Esto era placentero, y él lo hacía tal vez sólo por eso. Cuando

hizo un movimiento en el que ciertas partes de su cuerpo se tocaron, ella tuvo que rodearle los hombros con sus brazos y gemir, gemir de verdad. Su respiración y su corazón enloquecieron. Sintió que su temperatura corporal empezaba a subir, y tuvo miedo. ¿Tendría verdaderamente un ataque al corazón ahora? ¿O un nuevo estilo de asma?

La mano de él la tocó por encima de la tela de su vestido y sus bragas, y eso la tomó por sorpresa. Pero fue tan cariñoso que no pudo rechazarlo, sus dedos se movieron hacia el centro, y de alguna manera, algo bajó de su interior, como un líquido hirviente.

—¡Espera! —le pidió, pero él no se detuvo—. Maurice, por favor...

—No, querida. Tú dijiste que jamás te negarías.

—Sólo si me convertía en tu esposa. Aún no lo soy—. Él la miró a los ojos, y se echó a reír. Sintiendo que esta mujer le había ganado a todo un abogado, aun con su limitada capacidad en el lenguaje, se detuvo, con pesar, pero lo hizo.

—Vale, como quieras —dio unos pasos hacia la puerta y se volvió para mirarla—. Ponte un bonito vestido para esta noche—. Ella lo miró confundida. ¿Qué había significado ese “Vale, como quieras”?

—Pero...

—Te llegará la ropa que compramos hoy en horas de la tarde, dijeron. Elige algo y pónelo esta noche. Vendré por ti hacia las siete. Mientras... tengo cosas que hacer—. Sin agregar nada más, él salió por la puerta, y Abigail se quedó allí, sola en medio de aquel enorme apartamento y preguntándose mil cosas.

Tal vez había sido de verdad una locura buscarlo y pedirle que se casaran. Hoy en día, no eran las mujeres las que se proponían, o eso creía. Y tal vez, Maurice de verdad planeaba cumplir su promesa de no volver a casarse jamás.

¿Y entonces, qué sería de ella?

Luego de haber estado con él estas maravillosas veinticuatro horas, volver a su vida de antes no era una opción. Eso si su madre la dejaba viva.

Se quitó los zapatos altos, a los que no estaba acostumbrada, y caminó descalza hasta sentarse en uno de los muebles color vino. Se recostó en el espaldar y miró el techo.

Estaba tratando de conseguir un hombre con mentiras, y parecía que no iba a funcionar. Tal vez era el pago por haberse atrevido a soñar tan alto.

Miró hacia la pared donde minutos antes Maurice la había tocado como ningún otro ser humano la había tocado jamás. ¿Qué había sido todo eso, de todos modos? ¿Por qué parecía que a él le gustaba?

Bueno, a ella también le había gustado. Era agradable, y cálido. Y sentirlo tan cerca era bonito y especial.

Se quedó allí en el mueble largo rato, y suspiró sintiéndose cansada. Maurice llegaría a las siete, y apenas eran las dos de la tarde. Cinco horas aquí sin nada que hacer. Cerró sus ojos y respiró profundo. Si ella tuviera hijos, así como sus hermanas, sentiría que por el contrario, las horas no le alcanzarían, tal como se quejaban ellas.

No sabía qué hacían las otras mujeres en el mundo que no tenían hijos para llenar sus días. Ella, por lo menos, lo que hacía era coser y bordar, hacer labores de jardinería, e imaginar en su mente zapatos bonitos para ponerse.

Hoy varios de sus sueños se habían hecho realidad, como por ejemplo, lucir este bonito vestido y llevar esos zapatos. Había sido como de cuento de hadas, excepto que su príncipe parecía más un hechicero.

Un timbre sonó, y sobresaltada, se dio cuenta de que se había quedado dormida. Miró en su reloj pulsera y se dio cuenta de que había pasado una hora. Había dormido una hora! Si su madre se enterara...

Su madre no se enteraría, se tranquilizó, y fue a abrir la puerta. Detrás, estaba el mismo conserje de anoche y a sus pies había algunas cajas, bolsas, y doblados en su brazo tenía varias prendas de ropa en percheros. Era su ropa!

Lo hizo entrar, y recibió todo el paquete. Le parecía que era mucho, y ella no recordaba haberse medido tanta ropa. ¿De verdad había dicho que le gustaba este diminuto vestido blanco? Miró al conserje y le sonrió, deseando que éste entendiera que eso significaba “gracias”, y él simplemente bajó la cabeza y salió. Maurice le había pedido que eligiera algo bonito y se lo pusiera, y eso sería una tarea ardua.

—¿Qué dices? —exclamó Theresa Livingstone mirando a su marido, que se encaminaba a su despacho privado con paso tranquilo mientras ella le iba detrás.

—Lo que oíste —contestó él—. Al parecer, esa hija tuya se presentó en la comisaría con Maurice Ramsay y convenció a todos de que está con él por pura voluntad... Y también los convenció de que no tiene ninguna deficiencia mental—. Theresa se sentó lentamente sintiendo de repente las manos frías.

—¿Y qué vamos a hacer? Esa estúpida se fue con ese hombre...

—No podemos hacer nada —dijo él rodeando el escritorio y sentándose en su enorme sillón de cuero—. Como dice el capitán de la policía, ella es bastante mayorcita y puede elegir con quien irse. Por otro lado, no creo que Ramsay quiera conservarla por mucho rato—. Theresa lo miró con ojos entornados.

—Se vengará de nosotros usándola a ella, ¡y esa estúpida, estúpida, vino a caer justo en su trampa facilitándole las cosas!

—No puede hacernos nada... al menos no a nosotros. Por otro lado, ella... Bueno, cualquier cosa que le haga, se lo habrá buscado, y siempre podemos usarla para volver a intentar meterlo en la cárcel.

—Con Stephanie eso tenía sentido porque estaba casado con ella, ¡pero esta tonta se ha metido muy seguramente en su cama sin un certificado!

—Entonces convenzámoslo para que se case —siguió Arnold con voz tranquila, abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó de él un habano—. Es la única manera. Tal vez lo que no pudimos hacer hace siete años, lo consigamos al fin ahora... y el dinero de Ramsay me viene muy bien ahora, sabes?

Maurice llegó faltando quince minutos para las siete, y encontró a Abigail de pie frente al espejo del baño intentando atarse un colgante color turquesa a juego con su vestido, cuyas tiras se ataban en el cuello y dejaba a la vista sus pecosos hombros.

Ella había elegido un vestido que iba unos centímetros debajo de la rodilla, muy femenino y que resaltaba su figura, que si bien no era tan delgada como alguna modelo, dejaba muy claro que tenía todas las curvas de una mujer.

Era extraño, pero el parecido de ella con su esposa, aunque Stephanie era varios kilos más delgada, no le molestó ni le produjo repulsión. Cada vez se estaba reconciliando más con esta imagen y no pudo sino admitir que era un pobre condenado. Alguien en el cielo, o en el infierno, había escrito que

su perdición serían las pelirrojas.

—¿Tienes problemas? —preguntó él, y ella casi dio un salto al escuchar su voz.

—Llegaste pronto —él sonrió y se acercó para ayudarla con el colgante. Ella se quedó quieta mientras él, a su espalda, cerraba la delicada cadena. Acto seguido, él besó su hombro, y ella cerró sus ojos.

—Te gusta... te gusta besar, y tocar.

—Sí, me gusta mucho. Si te casas conmigo, tendré derecho a besarte y tocarte todo lo que quiera, cuando quiera y como quiera... ¿estarás bien con eso? —ella lo miró a los ojos.

—¿Quiere decir que sí te casarás? —él se echó a reír, y Abigail abrió grandes los ojos cuando lo vio quitarse la ropa. Pero él sólo se estaba preparando para entrar a la ducha; ella no perdió tiempo en salir y darle su privacidad. No entendía cómo él era tan liberal al mostrar su cuerpo. A ella le habían enseñado que ciertas zonas eran demasiado privadas, vergonzoso siquiera mirarlas, pero a él parecía darle igual andar por allí con una diminuta toalla ajustada a duras penas en la cintura.

Se miró satisfecha en uno de los espejos de la habitación y suspiró. Había tardado bastante en decidirse, pues toda la ropa parecía destinada a enseñar piel, y al final, se había decantado por este que era el más recatado. No enseñaba el escote, ni las rodillas, aunque la piel de los hombros y parte de la espalda quedaba bastante a la vista. Se miró la espalda girándose un poco. A Maurice parecía no molestarle eso.

Veinte minutos después, él la conducía por el parqueadero interno hasta llegar a un precioso automóvil azul oscuro. Abigail no sabía mucho de marcas de autos, pero este ciertamente parecía costoso.

Él parecía haber recuperado todo el dominio de sus bienes en los últimos meses, si es que lo había perdido, pero el apartamento en el que había ido a verlo no encajaba con este estilo de vida.

—¿No volverás al apartamento? —le preguntó ella, y él arrugó su frente en una pregunta mientras maniobraba para salir a la calle.

—¿Al apartamento viejo? —ella asintió—. ¿Quieres que volvamos? —volvió a preguntar él con una sonrisa, y ella se sonrojó.

—Yo sólo pensé que vivías allí.

—Y lo hacía. Pero no puedo vivir allí contigo—. Ella pestañeó, y luego tuvo que admitir que esta convivencia se parecía mucho a eso de “vivir juntos”. Lo he comprado —siguió él—, ahora el edificio entero me pertenece. Y he mandado arreglar el tonto ascensor. Hay abuelos allí que no pueden subir y bajar escaleras.

—Ah. Pensé... pensé que te habrías desecho de él.

—¿Por qué lo haría?

—Bueno... las personas se deshacen de las cosas que les traen malos recuerdos.

—Yo no tengo malos recuerdos allí. Por el contrario, todos son buenos. Allí hice amigos, conseguí una familia, gente que cuidó de mí, y se dejó cuidar cuando me necesitaron. Allí hice de nuevo mi vida—. Él la miró fijamente, y sus ojos miel parecieron casi transparentes a pesar de la escasa luz dentro del automóvil—. Por eso lo conservo—. Ella sonrió.

—Yo no tengo un sitio así. Un sitio que quisiera conservar. Mi familia no es mi familia... y mis hermanas... bueno, ya sabes.

—Con el tiempo, y los golpes de la vida, aprendí que puedes elegir a tu familia. Hay amigos que se convierten en hermanos, y las personas que vamos a ver esta noche son eso para mí—. Suspiró—. De hecho, uno de ellos es mi primo.

—¿Tienes un primo?

—Daniel Santos es mi primo. Un hijo no reconocido de mi tío Stephen.

—¿De verdad? —preguntó ella, más asombrada que escandalizada, notó él, y se echó a reír.

—El asunto no ha salido a la luz, eso nadie lo sabe. Pero no es sino mirarlos y darse cuenta. Tarde o temprano se sabrá, pero por el momento, se maneja la información en voz baja. Su esposa es Diana Alcázar, creo que te reconocerá de inmediato como familiar de Stephanie.

—¿Eran amigas? —Maurice resopló.

—No. Y nunca lo habrían sido, tampoco con Marissa, la esposa de David—. Abigail guardó silencio mirando por la ventanilla del auto. Luego de algunos segundos, ella volvió a hablar.

—Tus amigos ya están casados.

—Sí. Por más que les insistí que no lo hicieran —ella lo miró ceñuda, y él se echó a reír.

—Podrías cambiar de opinión—. Él meneó la cabeza mirando fijamente la carretera.

—Ellos aún están en su luna de miel, por eso se ven felices.

—¿A ti la felicidad te duró sólo la luna de miel? —Maurice respiró hondo antes de hablar.

—Me casé enamorado, muy, muy enamorado. La idolatraba. Pero tuvimos nuestra primera discusión al bajar del avión que nos trajo del viaje de bodas; me mandó a dormir al sofá un mes después. A los seis meses parecíamos extraños. Yo, idiota, sugerí una terapia de pareja, y las cosas se suavizaron un poco... pero sólo estaba poniendo de su parte por motivos egoístas, no porque la

relación estuviera progresando... Fue un infierno, un infierno en carne viva—. Ella extendió su mano y la puso sobre la de él, que estaba sobre la palanca de cambios. Él no la retiró, ni hizo ademán de rechazarla.

—Y por eso odias la idea de volverte a casar...

—¿Te parecen pocas mis razones?

—No te vuelvas a casar entonces... —él la miró confundido. Ella había estado pidiéndole matrimonio; ¿acaso había cambiado de idea? —No te vuelvas a casar con Stephanie —él se echó a reír.

—Ella está muerta.

—Exacto —sonrió ella, chasqueando sus dedos. Retiró su mano y miró sonriente por la ventanilla como si hubiese dado con la cura contra la corrupción en la política, y él no pudo evitar volver a reír.

Ella tenía ingenio, un sutil sentido del humor que le gustaba. Con ella podía bromear; no todo eran conversaciones llenas de seriedad y solemnidad, de frases y promesas sacadas de las obras de Shakespeare... ella era más... normal, tal como el verdadero Maurice.

El matrimonio con ella sería diferente, pensó. Ella tenía un temperamento mucho más dócil que el de Stephanie, aunque no había dudado en gritarle cuando casi mata a su primo Arthur. Y al ser tan ingenua, e ignorante incluso en la cama, podía ser moldeada.

Sabía de lo que hablaba cuando se trataba de ser moldeado. Él lo había sido, y luego, corrompido. Abigail se sentía como arcilla húmeda y moldeable entre sus dedos, él podía hacer de ella una amante exquisita. No se trataba de dominarla, de quebrar su voluntad, la voluntad de ella le gustaba. Se trataba de enseñarle todas aquellas cosas que podían hacer una relación más llevadera.

Él estaba echado a perder, no era adecuado para ninguna mujer, sobre todo, si esa mujer traía expectativas demasiado altas, y exigencias.

Pero Abby no traía exigencias.

Además, tal como ella misma había dicho, sólo sería un año.

Y entonces él sintió un terrible pinchazo en algún rincón ha mucho tiempo adormecido de su alma. Sólo llevaban juntos poco más de un día, y ya estaba pensando en el día trescientos sesenta y cinco; el día, según los médicos de ella, de la separación.

¿Enviudaría dos veces?

—Necesito hacerte unas preguntas —dijo él de repente—. ¿Cuál es la enfermedad que tienes? —ella se dedicó a mirar sus cutículas.

—Es... es... del corazón.

—¿El médico está seguro de que sólo te queda un año? —ella sólo asintió y giró de nuevo la cabeza hacia la ventanilla. Él pudo mirarla por el reflejo del cristal, y vio que tenía los ojos cerrados.

—¿Qué saben tus padres?

—Ellos no saben nada —contestó ella.

—¿No? ¿Con los controladores que son?

—Yo... le rogué al médico... que... no les dijera nada. No quiero—. Abigail tomó aire profundamente, y cuando él le tomó la mano para que se tranquilizara, sintió que del cielo caería un rayo y la mataría allí mismo por mentirosa.

—¿Has buscado una segunda opinión? ¿Otro médico? —ella negó—. Si quieres, te llevaré a...

—¡No!

—¿No? —Abigail lo miró con ojos grandes de... miedo?, notó él.

—Sólo me queda un año... no quiero... pasarlo entre médicos y hospitales. ¡No quiero! —él la miró con una mueca.

—Pero si tuvieras opciones, no sería sólo un año de vida... serían más.

—¡Maurice, por favor! Yo... no quiero hablar del tema.

—¿Por qué no?

—Tú me viste, ¿cierto? Tuve un ataque frente a ti. Eso es... lo que hay. Mi corazón... e—está e—en—enfermo...

—Pero tal vez...

—Por favor... Maurice... te lo suplico—. Él resopló un poco por la terquedad de ella, pero al verla tan angustiada, asintió aceptando su condición de no hablar más del tema. Al menos por ahora.

—¿Por eso tomaste la decisión de escaparte de casa? ¿Porque sólo te queda un año de vida? —Abigail respiró profundo.

—La idea de pasar el resto de mi vida allí... habría acelerado mi muerte.

—Muy seguramente —concordó él, y otra vez dolió allá, en un rincón de su alma. Lo que en un momento sólo pareció una molestia, una idea demasiado vaga, poco a poco se iba haciendo sólido y real. Ella, tan joven, tan hermosa, moriría.

—¿Arthur lo sabe? —Abigail consideró seriamente involucrar a su primo en esto. Por un lado, él

podía darle cierta credibilidad a su historia, después de todo, la apoyaba incondicionalmente; pero ponerlo a mentir, y que tal vez sus mentiras se contradijeran, sería contraproducente.

—No, no lo sabe.

—Vaya.

—Eres el único.

—Gracias por el privilegio. Supongo—. Ella lo miró fijamente.

—Y—yo... Yo seguramente no seré... una esposa que te ayude a escalar a lo más alto —dijo—. Y después de hoy, tal vez también descubras que... si te casas conmigo, no podrás llevarme a menudo a fiestas y reuniones, pues... tus amigos se avergonzarán de mí. Pero piensa... piensa... sólo será un año. Un sacrificio para ti... pero el cielo para mí...

—Abigail —la interrumpió él—, si necesitara una esposa que me lleve a lo alto, entonces yo sería un mediocre incapaz de escalar por mí mismo... Y si mis amigos se avergonzaran de la esposa que yo elegí, entonces no serían mis verdaderos amigos—. Abigail lo miró en silencio por largos segundos, y él dejó de mirar la carretera para sonreírle por un momento, y eso le hizo sentirse reconfortada. Suspiró mirando por la ventanilla. Por esto era que él le gustaba tanto.

Llegaron a un edificio igual de lujoso al de Maurice y subieron el elevador hasta el último piso. Maurice le explicó que Daniel, su primo, vivía en un pent—house con su esposa, y allí se reunirían además con David y Marissa.

Conocía a Diana y a Marissa por los rumores. De la primera se decía que se había casado con un simple empleado de su padre, y luego éste se había convertido en el presidente de la compañía de su familia. Entre sus hermanas, lo tenían como un oportunista, y a ella, como una idiota que se había dejado embaucar. Y de Marissa tenía peores referencias aún; ella había sido la novia cornuda de Simon Donnelly, el hombre que prefirió a una secretaria antes que a ella, tan hermosa y sofisticada; y ahora ella prefería a otro simple pobretón. Algunos hasta especulaban que su elección por un hombre como ese era todo una venganza contra Simon, y que estos dos tenían un romance a escondidas en recuerdo de los viejos tiempos.

No creía que nada de esto fuera cierto, aunque no tenía pruebas de una cosa o de otra. Las historias simplemente le parecían demasiado descabelladas. Algo que era cierto era que estas dos mujeres estaban en una esfera un poco más alta de la que las Livingstone habían podido escalar, excepto tal vez por su hermana menor Candace, casada con un hombre de la crema y nata de la alta sociedad, Leonard Chandler.

Y ahora ella las conocería en persona, porque eran las esposas del hermano y el primo de Maurice.

Tal vez pudiera entender un poco cómo eran las relaciones de ellas con sus esposos. No sabía

cómo se veía una mujer feliz en su matrimonio, pero sí sabía cómo se veía una infeliz.

Un hombre bastante guapo, de ojos verdes y cabellos rubio oscuro le abrió la puerta y los miró con una sonrisa. Maurice extendió el brazo a ella y la hizo adelantarse unos pasos entrando al precioso pent—house.

—Bienvenidos —dijo el hombre, y saludó a Maurice palmeándole la espalda. Luego miró a Abigail con ojos sonrientes.

—Ella es Abigail —la presentó Maurice, y antes de que él pudiera decir algo, una rubia hermosa llegó a ellos y la miró con ojos grandes. Abigail recordó entonces que Marissa Hamilton, ahora Marissa Brandon, había sido quien le permitiera la entrada en la boda de Diana Alcázar.

—Vaya! —la saludó ella con una ancha sonrisa, y Abigail sonrió incómoda. Ahora la delatarían y ella tendría que explicar por qué se había colado en esa fiesta—. Eres... hermosa! —dijo ella en cambio, y Abigail la miró un poco sorprendida.

—Gracias —la palabra salió fácilmente de sus labios, y se los cubrió sorprendida de sí misma. Maurice le sonrió.

—Ella es Marissa Hamil...

—Brandon —corrigió ella—. Ahora soy Marissa Brandon.

—Muchas mujeres por aquí cambiaron de nombre —sonrió el hombre que les había abierto la puerta guiándolos hacia donde estaban dos más: una mujer de cabellos negros que estaba sentada en un sofá y un hombre alto que lucía bastante relajado al pie de la chimenea, y muy guapo.

Las presentaciones se sucedieron, y Abigail, que momentos antes había sentido que moriría de nervios, sonrió al sentir que ellos no la escudriñaban como si fuera un bicho raro. Imaginaba que tal vez se debía al cariño que le tenían a Maurice. Ella no había dicho más que el “gracias” de la entrada, y no sabía si podría decir alguna palabra más. Miró a Maurice algo aprehensiva, pero él sonreía relajado mientras saludaba a sus amigos.

—Tenías que ser una mujer escandalosamente hermosa —dijo David Brandon estrechando su mano, y con una sonrisa torcida—. No podía ser de otro modo, viniendo de Maurice—. Abigail miró a Maurice interrogante. Ella no se consideraba escandalosamente hermosa.

—Faltaba la pelirroja —bromeó Maurice mirando a Marissa y a Diana—. La tarea parecía mía—. Los hombres se echaron a reír ruidosamente, y Abigail se preguntó si acaso se estaban burlando.

—No les prestes atención —le pidió Marissa con una sonrisa—. Entre ellos, las bromas tienen todas el mismo cariz.

—Y peor —dijo Diana, que no había dejado de observarla, tal como se observa un enrevesado cuadro de Picasso.

—Y ahora dinos —sonrió Marissa Brandon, tomándole el brazo y guiándola a los sofás de la preciosa sala del pent—house—, de qué conoces tú a Maurice?

—Y por qué te pareces tanto a Stephanie Ramsay? —Abigail las miró de hito en hito.

—Les parece correcto que la ataquen así a preguntas? —dijo David Brandon sentándose al lado de su esposa y cruzando la pierna—. Quién eres y de dónde saliste? —le preguntó de repente, y Diana soltó la risa.

—Tú sí que eres una bestia, cariño —lo reprendió Marissa, aunque sin mucha intención.

—Conozco a ese chico de allá —dijo David señalando a Maurice, que se iba con Daniel hacia el bar para preparar unas copas— desde hace siete años. Siete años. Nunca me presentó a una novia, y ahora, de repente, llegas tú. Tengo derecho a tener curiosidad, ¿no?

Así que éste era el hombre que había cuidado de Maurice estos años, pensó Abigail mirándolo fijamente. Tenía bastante parecido con Michaela y Agatha, las mujeres que le había presentado Maurice anoche y que se habían portado tan bien con ella. Sonrió apretando sus labios.

—Has sido su amigo —dijo, y David elevó sus cejas.

—Somos más bien hermanos.

—Gracias —los tres hicieron idénticas miradas de confusión—. Él... debió necesitarlos mucho... en el pasado—. David hizo una mueca quitándole importancia.

—Eres exacta a Stephanie —insistió Diana, mirándola muy analíticamente—. Pero al mismo tiempo, eres muy diferente.

—Somos iguales a mi abuela —sonrió Abigail, sin notar que estaba hablando con bastante soltura ante personas que antes no había tratado, algo que no sucedía ni con el personal que trabajaba en su casa—. Nuestras madres son hermanas, las dos únicas hijas de Mary Jacqueline Westbrook...

—Qué gran nombre —bromeó David, y Abigail rió asintiendo.

—Era modelo.

—Eso lo explica todo.

—Entonces las nietas salieron idénticas a ella —Abigail negó.

—Sólo... ella y yo. Stephanie... y yo.

—Qué casualidad —suspiró Marissa recostándose en el mueble y subiendo una rodilla encima de la otra. Maurice y Daniel llegaron con copas para todos, y Abigail notó que a Diana le daban un vaso de

jugo natural, no de licor.

—Ya la aturdieron a preguntas? —preguntó Maurice sentándose a su lado y pasándole también un vaso de jugo. Ella lo miró ceñuda—. Resistes muy mal el licor —se explicó él—. No quiero verte dormir toda la noche... otra vez—. Marissa se echó a reír, y Abigail, aunque no comprendió el chiste, aceptó su vaso mirándolo con un poco de reproche.

—Le contábamos acerca del pobre diablo que fuiste los años pasados —siguió David, y Abigail miró a Maurice interrogante.

—¿Pobre diablo?

—Él exagera.

—No lo hace —sonrió Daniel, sentado en el brazo del sofá, al lado de su esposa.

—Pídele que te cuente sus historias —siguió David—. Tiene muchas...

—No vine aquí para que me avergonzaras.

—Cuando Michaela me dijo que habías aparecido en casa... —siguió David— y con una chica muy guapa del brazo... Vaya, casi lloro de felicidad —ahora Abigail lo miró a él—. Por favor, cástate con él y llévatelo al fin del mundo —le pidió David fingiendo un sollozo. Ahora todos rieron, y Abigail tuvo que comprender que esta era su manera de bromear.

Increíblemente, no tuvo que hablar mucho ni contestar preguntas incómodas; más bien, parecía que las preguntas iban todas dirigidas a Maurice y él sabía contestarlas o esquivarlas con maestría y buen humor. Estaba siendo una velada agradable.

Gracias a esta cena, Abigail pudo concluir varias cosas; una de ellas, que era muy improbable que Marissa se hubiese casado con David Brandon por venganza a Simon Donnelly y que estuviera teniendo una aventura con él, pues se le veía muy embelesada con su esposo, atenta a sus movimientos, receptiva a su cercanía. A menos que fuese una actriz consumada, ella podía decir que Marissa Brandon estaba enamorada de su esposo.

Otra cosa que concluyó, esta vez acerca de Diana y Daniel, fue que su unión podía deberse a cualquier cosa menos a asuntos de negocios y dinero. Real, realmente, el uno parecía ver a través de los ojos del otro, y parecía que aun sin mirarse siquiera podían comunicarse entre sí, y cuando Maurice le informó que Diana esperaba un bebé, los ojos de ambos parecieron convertirse en dos enormes corazones de chicle rosa. Para alguien que nunca vio demostraciones de afecto que no incluyeran gritos de alegría sobreactuados, berrinches e intentos de manipular al otro, o regalos en los que más valía el precio del objeto que su valor en sí, esto era extraño; extraño, pero hermoso.

Y todo esto la llevaba a pensar en que al parecer lo de los besos sin motivos especiales, eran una cosa normal. No eran de besarse por sí y por no, y no eran besos que incomodaran a los presentes, pero eran besos, a veces con los ojos, a veces con los labios.

Miró a Maurice dándose cuenta de que no había sido besada aún por él. Le había besado el cuello, y la piel de las clavículas esta tarde en el dúplex, pero no la había besado sobre los labios ni una vez.

Claro, ¿por qué iba a besar a alguien que estaba siendo una molestia?

Otra cosa que podía concluir era que el sexo no necesariamente necesitaba recorrer primero el camino de los besos ni las declaraciones de amor. Eso la hizo sentirse un poco vacía. Había estado con Maurice, pero eso no la hacía sentirse ni un poco cerca de él.

Él la había rescatado de la prisión de su casa, la había protegido de sus padres, le había comprado ropa... Tal vez estaba pidiendo demasiado, y debía conformarse con eso.

—A propósito —dijo Maurice luego de que la cena hubiese concluido, y entre Daniel y Diana, los anfitriones, empezaran a recoger los platos de la mesa. Habían hecho la cena entre los dos, sin llamar personal de cocina, ni nada—. Están invitados —siguió Maurice.

—¿Invitados? —preguntó Marissa poniéndose en pie para ayudar a Diana—. ¿A dónde?

—No es a dónde, es a qué.

—Estamos sutiles hoy —bromeó David sonriendo—. ¿A qué estamos invitado?

—A mi boda. Me casaré con Abigail—. A ésta le entró tos, y no pudo darse cuenta de la cara de asombro que hicieron David, Diana, Daniel y Marissa, ni la sonrisa satisfecha de Maurice.

—¿De qué estás hablando? —rió David—. Tú y tus bromas...

—No es broma —aseveró Maurice con voz un poco áspera—. Me casaré con ella.

—¿Por qué? —esta vez fue Daniel quien habló, y Diana le quitó el plato que tenía en la mano.

—Cariño, esa pregunta es muy descortés.

—No, no. Me refiero a... se acaban de conocer, ¿no? —Abigail miraba a Maurice con ojos grandes como platos y llorosos por la tos.

—Bueno, parece que ella también fue tomada por sorpresa —sonrió Marissa, tratando de desviar la atención de todos y distender el ambiente. Maurice miró a Abigail, y se sorprendió un poco por la fuerza de su mirada.

—¿Lo deseabas, no? —ella no dijo nada, y Maurice sonrió—. Marissa... creo que tú y Diana podrías ayudarme en los preparativos.

—Lo haré con gusto si me lo pides, pero una boda es algo que la novia desea organizar por sí misma —y al decir esto, miró significativamente a Abigail, pero en vez de contestar, ésta se puso en pie y miró a Maurice como diciéndole: “Hablemos. Ahora”. Sin borrar su sonrisa, Maurice se levantó de la mesa y siguió a Abigail hacia el enorme balcón del pent—house de Daniel, y luego de estar afuera, cerró las puertaventanas impidiéndole a las dos parejas de adentro escuchar.

—¿No hay un sitio donde se pueda escuchar lo que dicen? —preguntó David, y Marissa lo miró sorprendida.

—La habitación —sugirió Daniel, y ambos salieron de la sala dejando pasmadas a sus mujeres.

—Vaya par de cotillas —rezongó Marissa, y por el rabillo del ojo vio a Diana cerrar las cortinas.

—Para darles privacidad—. Y luego caminó a la habitación.

—¡Diana! ¿Tú también?

—¿Me vas a decir que no sientes curiosidad? ¡Esa mujer es idéntica a Stephanie! ¡Es la prima! ¿Y él le propone matrimonio apenas conocerla?

—No se lo propuso, fue más como: “Abigail y yo nos casaremos, he dicho”—. Diana se echó a reír y sin perder más tiempo fue a la habitación. No queriendo quedarse sola, Marissa fue detrás.

—¿Qué... qué... qué significa... lo que dijiste allá? —preguntó Abigail con bastante dificultad para formar cada palabra y decirla. Sentía que su lengua, sus cuerdas vocales, y toda su laringe estaban en shock.

—¿Qué puede significar, Abigail? Nos casaremos. ¿Es la razón por la que me buscaste, no? —ella se quedó allí, quieta y en silencio, mirándolo nada más—. Vamos, ¿por qué te pones así? ¿O era que esperabas algo más romántico? ¿Que me pusiera de rodillas y te diera un enorme diamante? Tú me lo pediste, yo te estoy contestando—. Abigail asintió bajando la mirada y sintiendo de repente sus ojos humedecidos. Todo esto era verdad, y ella estaba obteniendo exactamente lo que había buscado, pero sonaba tan crudo, tan feo.

Al parecer, la pequeña Abby tampoco era merecedora de romanticismos.

—¿Y cuándo... cuándo nos casaríamos?

—Lo más pronto posible. Necesito estar casado contigo a más tardar en una semana.

—¿Hay... alguna razón además de... mi... petición?

—Sí. Me vengaré de tus padres, y tú sirves a ese propósito —ella se llevó la mano al pecho al sentir la frialdad de sus palabras, más frío aún que cuando dijo que se casarían. Maurice suspiró apoyando sus brazos en la baranda del balcón y miró hacia las luces de la ciudad con aire pensativo—. A menos que te opongas, claro. Entonces, tú tendrás que volver a casa de tus padres...

—¿Vol... volver?

—Destruiré a tu familia, Abigail, al menos, financieramente. Le quitaré a Arnold la almohadita sobre la cual ha estado dormidito. Si te opones, con gusto hoy mismo te llevaré a casa.

—¿Y si... y si vuelvo, y les cuento todo? —Maurice se echó a reír.

—Cariño, no los tomará por sorpresa. Ellos ya deben estar sospechando que te estoy usando para mi venganza—. Abigail no pudo con el nudo en la garganta, y sintió que el aire le faltaba.

Respira, respira, se dijo.

No, no podía. Esto iba más allá de sus más bajas expectativas, esto era más humillante aún que todos los insultos de su familia juntos. Ella sólo estaba siendo un medio a través del cual un hombre al que habían dañado mucho en el pasado se vengaría de sus victimarios. ¿Y ella? ¿Y sus sentimientos? ¿Y sus ideales?

Al verla con la mano en el pecho y con dificultades para respirar, Maurice se maldijo a sí mismo. Había olvidado el detalle de que su futura esposa estaba enferma. Al parecer, la iba a matar aquí.

Cuando vio que se encogía en el suelo, la alzó en sus brazos y la sentó en un cómodo sofá que había hacia un lado del balcón y se ubicó a su lado, masajeando su espalda, diciéndole palabras tranquilizadoras. Cuando pareció que ella se recuperaba, la escuchó llorar.

—No llores, mujer —le pidió él con voz suave, pero ella no se detuvo, y parecía que no se iba a

detener en un buen rato.

No debió ser tan crudo, se reprendió él. Ahora recordaba que ella había dicho que estaba enamorada de él; para alguien enamorado, escuchar que está siendo usado, era un golpe duro. Bueno, ya no podía recoger sus palabras.

Minutos después, ella se recuperó, pero entonces rechazó el abrazo de él y se puso en pie.

—Me has dicho... que me devolverás a mi casa si me opongo —le dijo con voz dura—. No me devuelvas allí. Llévame con Arthur.

—¿Qué? —preguntó él poniéndose en pie también.

—Que te cases conmigo porque yo te lo pedí, porque te insistí, porque te acorralé... eso lo puedo soportar. Soy consciente de que una mujer como yo jamás podrá atrapar a un marido por amor, no me casaré con un hombre que me ama, y eso lo sabía cuando salí de casa para ir a la tuya. Pero que tú aceptes sólo pensando en tu venganza, y que admitas alegremente que me usarás para ello... Ni cuando mis padres me llamaron anormal, o deficiente mental me dolió tanto.

—Pensé que estarías de mi lado. ¿Me vas a decir que no les odias también? ¿No quisieras darles el pago por todo lo que te han hecho?

—¡Pero ellos tendrán el pago por todo lo que han hecho tarde o temprano! —exclamó ella—. Y tú no eres dios, sólo un hombre resentido que no es capaz de mirar hacia el futuro, sino que ha vivido todos estos años perdido en el laberinto de su dolor y su rabia, ¡un laberinto que tú mismo creaste!

—Estás diciendo entonces que lo que hizo tu prima no fue para desear...

—No te estoy quitando tu derecho a estar triste, molesto y decepcionado por lo que tu esposa te hizo, pero eso, que te engañara, que planeara matarte y quedarse con todo lo tuyo ¡fue lo que te ganaste por elegir a una mujer por su apariencia antes que por su corazón! —Maurice se quedó en silencio. Su querida tartamuda estaba poniendo el dedo en la llaga, y por un momento sintió que el que no podía articular palabras era él—. Yo te amo —susurró ella—. Siempre te he amado. Te he amado con tus defectos, con tus errores. Te amé aun cuando te estabas casando con Stephanie, y te amé cuando desapareciste, herido a muerte. Pero que te ame no implica que te acompañaré en tu autodestrucción.

—No dejaré de lado mi venganza.

—Entonces, fue un placer... haberte visto de nuevo —ella lo rodeó para entrar de nuevo a la sala, pero él le tomó el brazo con fuerza y la pegó a su cuerpo.

—Tú no me puedes dejar—. Ella elevó sus manos a él y le tocó suavemente la barba, deseando ser besada por él, pero besada de verdad, y por las razones adecuadas.

—He vivido sin ti treinta años —dijo ella con voz quebrada y los ojos llenos otra vez de lágrimas

— Seguro podré vivir lo que me quede de vida sin ti—. Se zafó de él y abrió la puertaventana para entrar de nuevo a la sala. En ella, encontró a las dos parejas sentadas frente a frente, con caras de quienes han escuchado todo, pero se dio cuenta de que sus miradas hostiles no iban dirigidas a ella, sino a Maurice, que venía detrás.

— Fue un placer conocerlos —les dijo, y se encaminó a la puerta. Escuchó que Maurice la llamaba, pero ella no se detuvo, sino que siguió adelante y salió del hermoso pent—house. Caminó aprisa hacia el ascensor y llamó, pero éste se tardaba. Bajar las escaleras estaba fuera de cuestión, así que Maurice la alcanzó.

Se quedaron allí, lado a lado frente al ascensor, y parecía que Maurice tenía mucho que decir, o mucho que reclamar. Las puertas se abrieron, y Abigail entró, y no le sorprendió nada ver que él también entraba.

— Abigail... —empezó a decir él, pero no continuó. Ella estaba cruzada de brazos e iba mirando los números de los pisos por los que iban pasando. Cerró sus ojos y apretó sus labios. Ya había hecho todo lo que podía; tal vez, después de todo, ella siempre había estado equivocada, y no era su destino estar con él. Tal vez su oportunidad se había pasado ya.

Maurice lanzó un gruñido de frustración y tomó a Abigail de nuevo por el brazo y la puso contra el ascensor mirándola a los ojos.

— Tú no puedes venir a mi vida, dejarlo todo patas arriba y luego simplemente decir que te vas. ¡No puedes!

— ¿Qué he puesto patas arriba? ¿Ya no estaba todo así?

— ¡No! ¡Yo había encontrado al fin un propósito!

— ¿Es la venganza un buen propósito?

— ¡Si es bueno, o malo, eso no me importa! Es un propósito, ¡y carecí de él por muchos años! Viví por vivir, viví por no entristecer a un par de amigos, viví porque cada mañana me levantaba respirando. ¡Y ahora llegas tú y me amenazas con dejarme por mi deseo de vengarme!

— Pero no importa si te dejas. Yo realmente, nunca estuve allí. Sólo fueron dos días.

— Maldita seas, mujer. ¡Cómo te atreves a decir eso! —exclamó él entre dientes y cerrando sus ojos.

— ¿Y cuando te vengaras —siguió ella, con voz suave—, y cuando los hubieses destruido... con qué otro propósito pensabas seguir viviendo? ¿Te buscarás a otro a quien hacerle daño para volver a tener motivos para levantarte cada mañana?

— ¿Y qué otra cosa podría hacer?

—Me extraña que no te hayas tirado de un puente o metido una bala en la cabeza hasta ahora —dijo ella, y sus duras palabras lo sorprendieron, que se alejó un poco de ella, sorprendido.

—No tienes derecho a hablarme así.

—¿Ah, no? Yo hasta ahora pensé que se necesitaba ser un cobarde para probar el suicidio, pero pienso que también muchos que aún siguen vivos lo son. Tú eres un cobarde, Maurice Ramsay. Alguien te arrebató las ganas de vivir, y no fuiste capaz de fabricarte una nueva razón—. Las puertas del ascensor se abrieron, y Maurice vio a Abigail salir y encaminarse con paso decidido a la salida.

Incapaz de moverse, sintiendo las palabras de Abigail como ácido corroerlo, se quedó allí, de pie, hasta que el ascensor volvió a cerrar sus puertas. Se sentía frío, vacío. Se sintió como si otra vez lo hubieran dejado sin propósitos, o le hubiesen quitado valor a los que había tenido.

Y se echó a reír.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Arthur a Abigail, luciendo una bata verde oscura, horrible, pero finísima, y pasándole un billete al taxista que había traído a Abigail a su apartamento—. ¿Te peleaste con Maurice? —Abigail no contestó, sino que se internó en el edificio donde vivía su primo y se encaminó al ascensor. Él la siguió—. Qué te hizo ese bastardo?

—Aceptó casarse conmigo.

—¿Aceptó? ¡Qué dicha! —Pero entonces se quedó pensando, frunciendo el ceño y llevándose las manos al mentón—. ¿Y qué haces aquí? ¿No deberías estar celebrándolo en su cama? —ella negó blanqueando sus ojos. Ahora, al parecer, recibiría puyas y bromas por el tema sexo. Gran cosa.

—Aceptó sólo porque tenía sus propias razones egoístas.

—Dulce, tú tienes tus propias razones egoístas para casarte con él.

—Entonces todas las mujeres enamoradas del mundo tienen razones egoístas.

—Oh, pero ellas no inventaron que morirán en un año para forzar las cosas —Abigail se mordió los labios acusando el golpe.

—Él quiere vengarse —dijo luego—. Quiere hacerle pagar a papá por lo que le hizo cuando descubrieron a Stephanie muerta en ese baño.

—Y tiene toda la razón en desearlo. Lo pasó muy mal, siendo que ya estaba terriblemente herido. Arnold es lo peor, y tú lo sabes.

—Pero decir tan tranquilamente que esa es la razón por la que se casará...

—Hirió tus sentimientos.

—Tampoco quiero apoyarlo mientras se autodestruye... Arthur él... él debería desear comenzar una nueva vida... Creí...

—Sí —corroboró él, saliendo del ascensor y caminando a la puerta de entrada de su apartamento—. En tu ingenuidad creíste que tú serías una razón suficiente para desear levantarse, pero infravaloras la capacidad de odio de un hombre. El odio que Maurice Ramsay siente ahora por Stephanie es inversamente proporcional al amor que una vez sintió por ella. Y eso que no lo sabe todo—. Ella lo miró ceñuda, pero Arthur siguió—. No todos los hombres van motivados por el amor y la verdad, Abigail. Tal vez en el pasado Maurice fue todo luz y bondad, y ese fue el Maurice del que te enamoraste; él era un chico capaz de ver colores en un mundo pintado a blanco y negro, capaz de reír en la más terrible adversidad. Había luz en su mirada y alegría en su corazón a pesar de todas sus carencias... pero ese Maurice murió con Stephanie; una sola bala mató a tres personas esa vez—. Abigail se dejó caer en el mueble de la sala del apartamento de Arthur, que si bien no era pequeño, no se comparaba a los que acababa de dejar.

—¿Es decir... que ya no puedo salvarlo? ¿No puedo hacer nada por él?

—Tú ya hiciste algo, quizá él ahora está pensando mucho, meditando mucho. Sacudiste su mundo y su quietud, irrumpiste en su vida y le diste una opción para el futuro. Ahora, todo depende de él.

El interfono sonó, y Arthur lo señaló sonriendo.

—Helo ahí —dijo, y caminó a contestar. Abigail lo escuchó hablar, y luego dar la autorización para que alguien pasara. Empezó a ponerse nerviosa.

—¿Es... él? —Arthur se encogió de hombros.

—Parece que él piensa rápido.

—¿Está aquí? —Arthur se acercó a ella y le tomó ambos brazos. Luego, la condujo suavemente hasta la puerta.

—Aunque me muero por escuchar las explicaciones que te va a dar, no es conveniente que yo esté delante, y no me voy a salir de mi apartamento a estas horas de la noche, así que permítele que te lleve a donde él considere conveniente.

—¿Y si decide llevarme a casa de mis padres?

—No lo hará. No es tan malo—. El timbre sonó, y Arthur abrió la puerta sin preguntar quién era y empujó a su prima hasta dejarla afuera. Abigail se vio casi contra un Maurice que la miraba ceñudo.

—Bien, Arthur es listo —dijo él, y la tomó de la mano guiándola por el pasillo. Ella se zafó de él con fuerza.

—No soy una muñeca que pueden llevar de un lado a otro —dijo en voz baja, pero decidida—. Dime qué quieres, y tal vez te acompañe—. A él le latió un músculo en su mejilla.

—Hablemos.

—Hablemos entonces.

—No aquí, mujer. ¿Te parece el lugar adecuado para decidir nuestro futuro? —ella lo miró con ojos brillantes, y Maurice no supo debido a qué brillaban. Ella no parecía ya entusiasmada.

—¿Qué futuro?

—Si me acompañas, lo sabrás.

—Si no me lo dices, no te acompañaré.

—¡Por Dios, que eres testaruda! —gruñó él, pero ella se cruzó de brazos, e incluso lo miró elevando una ceja. Ella ya no parecía la chica tímida y desesperada que había llamado a su puerta pidiéndole que se casaran. Y esta nueva mujer le gustaba más.

—Nos casaremos... Y yo... me olvidaré, de momento, de la venganza contra Arnold y Theresa Livingstone.

—¿Por qué dejarías de lado el propósito de tu vida?

—Porque, como tú dices, no es un buen propósito. Necesito uno nuevo... Y tal vez tú me ayudes a fabricarme uno.

—Me necesitas —susurró ella, y él sonrió pasándose la mano por la nuca.

—Tanto como tú a mí, al parecer—. Ella hizo una mueca y miró a otro lado. Era verdad, ella lo necesitaba también. Miró hacia la puerta de su primo y suspiró.

—Está bien —dijo al fin—. Te creo—. Él sonrió, pero no era una sonrisa de alegría, y tuvo que resignarse. Él había dado un gran paso hoy. Aun la más violenta carrera se ganaba dando un paso a la vez, pensó, y cuando él le tendió de nuevo la mano, Abigail la aceptó dándose cuenta de que, para bien, o para mal, su estrategia había funcionado. Ahora todo dependía del destino.

Entraron de nuevo al dúplex de Maurice, y Abby se sorprendió cuando él no hizo aquello de ponerla contra la pared y subirle la falda, sino que suavemente subió con ella las escaleras, entraron a la habitación y él la giró para mirarla fijamente. Ok, tal vez estaba hoy un poco indeciso. Él tomaría hoy otra vez su cuerpo y ella se lo permitiría, pero esta vez quería por lo menos un beso.

Se acercó a él buscando su boca, pero Maurice giró el rostro y el beso dio en su mejilla. ¿No la iba a besar?

Él la abrazó suavemente, paseó sus manos por su cintura y su espalda. El toque estaba siendo muy diferente a todos los que había recibido de él hasta ahora. La primera vez había sido rudo; hoy, luego de llegar de la policía, había sido un poco ansioso y atrevido, y ahora parecía que simplemente quería abrazar sin ninguna intención por debajo de sus movimientos.

Él no quería.

Tragó saliva sin saber qué pensar. Tal vez no era una ley el que las parejas hicieran “eso” con frecuencia.

Se alejó un poco, pero él la tenía atada con sus brazos, así que se quedó quieta allí en el círculo de sus brazos. Él olía bien, se sentía bien. Era casi como un muro, grande y duro, pero se sentía muy bien. Decidió que ya que él no la quería besar, lo besaría ella, y alzó la cabeza para poner sus labios sobre la piel de su garganta, su barba, y luego se dio cuenta de que él había ladeado la cabeza para darle acceso también a sus orejas y el resto de la cara. Ella aprovechó y besó sus párpados, su nariz, pero cuando iba a besarlo en la boca, él volvió a alejarse.

—Si nos casamos —susurró ella—, tendré derecho a besarte y tocarte todo lo que quiera, cuando quiera y como quiera —él sonrió al reconocer sus propias palabras, pero no dijo ni hizo nada. Al notar su silencio, ella sacó entonces su otra arma—. Nadie nunca me ha besado. Si no lo haces tú, no sabré lo que es un beso de verdad—. Ahora él la miró sorprendido.

—¿Nadie? —ella miró a otro lado.

—Bueno... Una vez... cuando tenía diez... un niño me besó—. Él sonrió.

—¡Vaya! ¿Y desde entonces nadie te besa?

—Tú has estado lejos —eso lo dejó en silencio. Implicaba que el único que podía haberlo hecho era él, y al no estar, ella se había mantenido sin ser besada. Ella se echó a reír—. Además, piénsalo. ¿Si no fui a la escuela, ni a la universidad, cómo rayos iba a conseguir una oportunidad para conocer chicos e insinuarme?

—No te insinúes a nadie más que no sea a yo.

—Maurice, ¿qué prueba necesitas para que me creas que al único que quiero es a ti?

—Es un hábito desconfiar. Mi lema en la vida es “piensa mal y acertarás”.

—¿Piensas mal de mí? —él hizo una mueca y bajó la mirada.

—Te prometí que nos casaríamos. ¿No te dice eso algo? —ella suspiró.

—Cuando empieces a quererme, dímelo—. Ella volvió a acercarse a sus labios, pero no los tocó, se quedó allí varios segundos luego de los cuales, al fin, fue él quien eliminó la distancia entre los dos. Sintió los labios de él sobre los suyos muy quietos, aunque muy suaves, y ella suspiró. Había sido besada, al fin y al cabo.

Pero él la besó de nuevo, una, dos veces más, y el otro beso que le siguió a esos fue más demorado, se quedó más tiempo sobre sus labios. Abigail sonrió, pero entonces él usó sus labios como un par de suaves y cálidas pinzas para capturar el suyo, y tiró de él. Abby frunció un poco el ceño, pero no dijo nada. Debió sospechar que con Maurice las cosas no iban a ser normales desde el principio. Él volvió a atacar, y sospechó que la palabra atacar estaba muy bien empleada, porque no dio tregua, y cuando sintió que él paseaba su lengua por encima de sus labios se sorprendió tanto que abrió sus ojos tensándose un poco, pero él, como un bebé que ha sido separado de su fuente de comida, fue tras ella otra vez. Ella dio un paso retrocediendo, y él dio otro siguiéndola; un paso más, un beso más, la lengua de él le rozó los dientes y Abigail gimió en su garganta.

No pudo dar otro paso, sino que cayó, y dio un grito de alarma, entonces se dio cuenta de que él la había estado conduciendo a la cama. Él no dijo nada, ni sonrió, ni se excusó, sólo se ubicó encima de ella, volvió a su boca y la besó otra vez.

—Abre tus labios —le pidió él—, por favor. Dame tu boca.

—Pero... yo...

—Por favor, Abby —él nunca había utilizado el diminutivo de su nombre, pero otra vez se quedó sin tiempo ni espacio para cavilar demasiado con respecto a eso. Ella le hizo caso y abrió sus labios y él se coló dentro. No sabía si esto era normal, o si era sano e higiénico, pero la posesividad de él la estaba marcando, como siempre. Elevó sus manos y las puso sobre su pecho; dentro de su boca, él la invitaba y la sonsacaba, hasta que comprendió qué era lo que quería y tímidamente lo tocó con su lengua. Él gimió al sentirla, y entonces empezó a moverse como una suave ondulación. Ambos tenían toda la ropa puesta, pero ella se sentía desnuda, con sólo un beso él estaba dejando sobre ella una marca de fuego.

Hacía tiempo que Maurice no besaba a ninguna mujer; había olvidado esta sensación de intimidad y confianza, había olvidado que un beso puede decir tantas cosas remplazando las palabras. Pero si su beso dijera algo con palabras, ¿qué palabras serían?

Más allá del “qué bien sabes”, “esto me gusta”, “qué suave, qué cálida eres”, su cuerpo estaba diciendo cosas que él no alcanzaba a descifrar, sólo comprendía que le estaba pidiendo más y más. Y él lo reclamó; se sentó en la cama entre sus piernas y la sentó a ella, la movió para quitarle el vestido, y sin notar la sorpresa o la confusión de ella, o tal vez notándola, pero no queriendo detenerse a dar explicaciones, la tuvo pronto en ropa interior en su cama.

Piel, piel, reclamaba su propia piel, así que empezó a luchar contra los botones de su camisa. Cuando sintió la mano pequeña de ella ayudarlo a quitarse la chaqueta que aún tenía puesta, se dedicó entonces a sacarse los zapatos, el pantalón, y pronto él también estuvo en ropa interior sobre ella. Sintió que ella quería preguntar algo, pero ahogó sus palabras en otro beso turbulento, asfixiante e interminable. El fondo de la boca de Abby era un oasis para un peregrino del desierto, y él se sumergió en él.

Maurice reclamó la boca de Abigail como propiedad y parte de su reino particular. Si hubiese podido, habría clavado allí su bandera y mandado a cercarla con minas y púas. Este era el beso más largo que jamás había dado, el más profundo, el más elocuente, porque también todo su cuerpo la estaba besando. Había sentido algo parecido una vez, hacía ya mucho tiempo, pero a comparación de lo que estaba sucediendo ahora, aquello había sido como la débil luz de una vela frente al astro rey. Abby había aprendido rápido, y eso lo enloquecía; empujaba con él, se enlazaba, se sobaba contra él. ¡Qué manera de besar!

—Abby... —susurró él, y metió su mano bajo su espalda abriendo el broche de su sostén para dedicarse al fin al resto de ella. En cuanto le sacó la prenda, y sin pérdida de tiempo, él tomó sus pechos con sus manos y enterró la cara entre ellos. Abby volvió a gemir un poco sorprendida. La barba de él le hacía cosquillas, pero no unas cosquillas que la indujeran a reír. Cuando sintió la lengua de él rodearle uno de sus pezones lanzó un chillido de sorpresa. Esa lengua había estado en su boca, la conocía, y ahora estaba acá, ¡y se sentía tan bien! Áspera, hábil, inquieta.

—Maurice —lo llamó ella poniendo su mano sobre sus cabellos, pero una vez allí las dejó quietas. ¿Para qué alejarlo? Esto le gustaba. No sabía por qué él hacía todo esto, si tenía algún propósito especial. Tuvo que pensar que todo lo que había experimentado con él, al menos en cuanto a besos y toques se refería, nada tenía sentido, y nada parecía tener un propósito.

Él estaba besando su cuello, la línea de su mandíbula, a la vez que le sacaba las bragas y rodeaba con sus grandes manos su trasero. Tocar, tocar. Sólo eso ya estaba muy bien. Cerró sus ojos con fuerza y se dejó tocar, besar, lamer, chupar, y pronto se encontró a sí misma deseando más, más besos, más lametones, más duro y más fuerte.

Movió sus manos y las bajó por su espalda; la piel de él era suave, lisa, y muy cálida, él estaba hirviendo, así como ella. Maurice se separó un poco y la miró en medio de la penumbra de la habitación, sus ojos se encontraron por un largo minuto, y cuando él se volvió a sentar alejándose, ella lo imitó buscándolo, para luego descubrir que él estaba desnudo por completo. No pudo mirar, él la tomó de la cintura y la sentó sobre su regazo. Le besó el cuello y los hombros con lo que pareció era ternura, y luego lo sintió en su entrada. Ah, todo lo de los besos y las caricias habían sido caminos que convergían en este punto, comprendió, y cuando lo sintió deslizarse dentro, no le

sorprendió que ahora fuera diferente; sí había habido un objetivo, y era éste. Acababa de descubrir que había ansiado tenerlo dentro todo el tiempo, y que su cuerpo lo sabía antes que ella, y se había preparado. Lanzó un gemido a la vez que lo apretaba en su interior como un puño, él siseó, al parecer encantado con sus reacciones.

Maurice puso sus manos sobre las caderas de ella y empezó a guiarla en sus movimientos sorprendiendo a Abigail, quien creyó que esto podía ser todo, como la vez pasada, e incluso había esperado que él se separara, le sonriera y se acostara a dormir, o hiciera alguna otra cosa. Pero bendito fuera, esto se ponía mejor.

Ella encontró su ritmo y empezó a moverse por sí misma, abrió sus ojos para mirarlo, y encontró que él la miraba a ella. Sintió terror de repente; al estar casado con Stephanie, él había hecho esto con ella, muy seguramente, incontables veces. Ella y su prima se parecían, ¿estaba Maurice viéndola a ella? ¿Estaba viendo a su esposa muerta?

No, no, suplicó ella, y se acercó para besarlo. Mírame a mí. Quiero ser la única en tu vida, si no la primera, entonces sí la última. Apuró sus movimientos y lo escuchó gemir quedamente.

—Te amo —le susurró en el oído, sobre la boca—. Te amo, Maurice. Te amo tanto—. Maurice la apretó de nuevo entre sus brazos y cayeron juntos en la cama, ahora él empezó a moverse con más fuerza de la que ella hubiese creído era necesaria, con más velocidad de la que pensó se podía emplear. Lo escuchó decir cosas que no comprendía, palabras a medias, llamó su nombre, llamó a Dios, y supo que él había perdido el control. Ella también, notó, su mente quedó en blanco ante la explosión de sus propias sensaciones, y al regresar, encontró que él todavía estaba allá, y seguía moviéndose frenéticamente.

Al fin, él gritó entre dientes, ahogando su voz en su cuello, embistiéndola con tanta fuerza y sintiéndolo hasta el fondo mismo de su cuerpo. Lo abrazó tiernamente, y entonces un líquido caliente se derramó en su interior. Ya no se asustó, cualquier cosa que estuviera sucediendo parecía ser parte de todo este pandemónium.

Él se derrumbó encima de ella, con la respiración tremendamente agitada, tembloroso, la piel resbaladiza de sudor y exudando su perfume corporal, era como una rosa que se abría y ofrecía su belleza al mundo, al sol, a la mañana.

—No —dijo él—. No.

—¿No qué, amor? —preguntó ella con voz tierna. Él se apoyó en sus manos elevándose sobre ella, todavía unidos, pero en los ojos de él había cierta locura, como si estuviera viendo cosas que le desagradaban.

—No, no—. Repitió él, y se alejó de ella dejándola desnuda y vacía sobre la cama.

—¿Maurice? —lo llamó, pero él empezó a vestirse. ¿A dónde pensaba ir? Miró el reloj sobre la mesa de noche, era la una de la madrugada. ¿Cuánto tiempo habían estado aquí? ¿Era tan tarde cuando llegaron de casa de Arthur?

Lo miró de nuevo, él se estaba calzando sus zapatos sin mirarla. Salió de la cama tan desnuda como estaba y se le acercó llamándolo de nuevo, pero él no la miró, simplemente tomó la chaqueta del suelo y salió de la habitación como si no soportara estar más tiempo aquí.

¡Se estaba arrepintiendo! ¡Estaba huyendo!

—¡Maurice! —gritó ella, pero él no hizo caso, y salió del apartamento. Abigail escuchó el golpe de la puerta y se abrazó a sí misma con deseos de llorar. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se había ido así?

Él tenía demonios que lo atormentaban, ¿no los había exorcizado allí, con ella, en la cama? ¿Qué debería hacer? Se devolvió a la habitación y buscó algo para ponerse, pero ella no tenía aquí ni un solo pijama. Cuando habían ido de compras, sólo habían comprado ropa exterior y varios conjuntos de ropa interior, pero no tenía nada más. Buscó una camiseta de él y se la puso, y bajó a la cocina donde seguramente había un teléfono, pero cuando tuvo el auricular en su mano se detuvo. ¿A quién iba a llamar? No sabía el teléfono de Maurice, y aunque lo llamara, él no le contestaría. ¿A Arthur? ¿Para que le hiciera otra vez puyas acerca del sexo? Y esta vez, ella no torcería la boca, porque, ¡Dios querido! ¿De eso se trataba?

Se cruzó de brazos recostándose a la encimera de la cocina perdida en sus pensamientos. Esta vez había sido tan diferente que se sonrojaba sólo de recordarlo. Tan hermoso, tan especial, tan... Pero él se había ido, como si toda esa ternura y esa fuerza lo hubiesen asustado como se asusta un conejo frente a un perro enloquecido por la rabia.

—¿A dónde te fuiste? —preguntó ella a nadie en particular—. ¿Por qué no estás aquí? —Miró en derredor todo tan vacío, tan frío y tan oscuro, y no pudo evitar que sus ojos se humedecieran. Esto se parecía tanto a lo que había pasado hacía años, que no pudo evitar llorar. Todo lo que la hacía feliz le era arrebatado, o simplemente se iba de su lado como si la odiara. La historia parecía repetirse una y otra vez.

Maurice estacionó el auto frente al edificio en el que había vivido los últimos años y entró sin pérdida de tiempo. Subió los escalones uno a uno, y cuando estuvo frente a su puerta se detuvo. Había llegado aquí por inercia, pero había dejado la llave del apartamento y no tenía manera de entrar.

¿De todos modos, qué hacía aquí? Se preguntó.

Al parecer, su cuerpo y su mente se habían acostumbrado a huir y llegar aquí cuando un evento importante ocurría.

¿Y qué era tan importante?

Abby, respondió su mente. Abby.

Se sentó en el suelo y recostó la cabeza en la pared mirando arriba y tragando saliva. Estar con Abby había sido más hermoso, más sublime y más fuerte de lo que se había podido imaginar. Había pensado al principio que sólo sería sexo, como tantas veces en el pasado; pero los besos de ella, su entrega, la suavidad de su cuerpo, y sobre todo, sus palabras de amor, lo habían llevado más allá de todos los límites, había llegado a fronteras desconocidas, y las había traspasado. Cerró sus ojos con fuerza. Esto le había pasado una vez, y le habían destrozado el corazón. Y había dolido, maldita sea, había dolido.

Estaba sucediendo de nuevo, estaba entregándose en cuerpo y alma y eso no podía ser. Había dejado de lado su venganza por ella, había prometido casarse... ¿en qué nueva clase de estúpido se convertiría ahora?

—¿Qué haces allí? —preguntó una voz, y Maurice abrió los ojos encontrándose a Peter. Intentó ignorarlo, y volvió a mirar el techo, pero descubrió que tenía los ojos húmedos, y Peter muy seguramente se había dado cuenta, porque se acercó—. ¿Te sucedió algo malo? —él sonrió.

—No. No.

—Ah—. En vez de irse, Peter se sentó a su lado en el suelo, y guardó silencio. Pasaron los minutos y ninguno dijo nada, y luego, al fin, el chico volvió a hablar—. ¿Es... por tu cumpleaños? —él movió la cabeza. Mañana sería su cumpleaños. Mañana sería un nuevo aniversario de la muerte de Stephanie, su cumpleaños, y se echó a reír, pues por primera vez lo había olvidado por completo.

—¿Por qué me preocuparía mi cumpleaños? —sonrió él, tratando de salirse por la tangente, y Peter suspiró, como si reconociera sus intenciones.

—Por lo que sea que te hace recordar. Nunca lo has dicho, o al menos, nunca lo he escuchado, pero esa parece ser una fecha especialmente horrible para ti. Te embriagas, lloras y maldices el nombre de una mujer. Step...

—No lo digas —lo interrumpió él, y Peter lo miró fijamente—. Por Dios, sólo eres un crío. No puedes saber nada...

—¿De verdad? Tengo veintiún años.

—Eres un crío —insistió Maurice—. No sabes nada de la vida—. Peter suspiró.

—Y por lo tanto, no puedes confiar en mí. Quién sabe, tal vez yo te juzgue. ¿Es eso lo que piensas, verdad? —Maurice bajó la mirada.

—Perdona, es sólo que te comparo conmigo mismo a tu edad... Yo era... demasiado cándido, sabes —Peter arrugó el entrecejo, incrédulo.

—¿Tú cándido? ¿En qué dimensión? —Maurice rió con amargura.

—En la dimensión en la que Stephanie Gardner no había entrado todavía. En esa dimensión. Le creí —susurró él recostando de nuevo su cabeza en la pared—. Le creí cada palabra, le creí cada gesto. Cerré mis ojos ante las evidencias que mostraban que ella decía mentiras, me mentí a mí mismo por miedo a descubrir algo horrible. Cerré mis ojos, pero fue peor, porque me estrellé por no ver el camino en el que andaba, y el golpe me hizo ver... me hizo ver lo estúpido que fui, lo mucho que alrededor se burlaban de mí. Caí tan bajo por amor...

—¿Qué te enseñó eso, entonces? —Maurice meneó la cabeza—. No me lo digas —atajó Peter—. Aprendiste que todas las mujeres son unas zorras y no debes volver a enamorarte. Lo más fácil de concluir—. Maurice lo miró con ojos entornados.

—+Qué insinúas?

—No lo estoy insinuando, lo estoy diciendo: tu mente es simple. Te hieres con la espina de una rosa y decides no tocar una rosa nunca más en la vida.

—¿Por qué siempre tienen que ser rosas? —se quejó Maurice entre dientes, y Peter no le hizo caso.

—Una mujer te hizo daño, y decides no volver a creer en ninguna nunca más. Como lo ves, es simple—. Maurice miró a otro lado.

—Sí, es simple... y me ha mantenido a salvo—. Peter respiró profundo y se puso en pie.

—Vale. Es tu vida, de todos modos. Tal vez lo que necesites es una rosa sin espinas, pero implicaría que ya alguien la manipuló. ¿Triste, verdad? —Peter se puso en pie, y no vio la expresión de Maurice. ¿Si Abby era una rosa, estaría llena de espinas? ¿O había sido manipulada?

No, esa condenada tenía espinas muy afiladas. Hacía unas horas lo había llamado cobarde, y sólo le había faltado tirarle del pelo para ver esas horribles verdades que él no había querido admitir. Sonrió.

—Hey —llamó a Peter—. ¿Dónde estabas? ¿De dónde vienes a esta hora? —Peter lo miró ceñudo.

—No eres mi padre, sabes?

—Pero soy el tío de Michaela, así que contesta, ¿dónde estabas?

—No estaba con otra, tranquilízate.

—No es eso lo que me preocupa.

—Mierda —farfulló Peter, pasándose los dedos por los labios, y Maurice se puso en pie caminando a él.

—¿Estabas con ella? —Peter iba a negarlo, pero no pudo, y Maurice se pasó las manos por la cabeza—. David te va a matar... te va a matar...

—No es asunto tuyo, de todos modos.

—Te va a matar, te va a matar...

—Maurice...

—Mejor te mato yo—. Al sentir su mirada, Peter subió ágilmente los escalones que lo llevarían al apartamento que compartía con su hermana. Al ver que se le había fugado, Maurice gruñó entre dientes.

¿Pero qué le sorprendía? Había sospechado que todo terminaría de esta manera. Ah, a David no le iba a gustar nada...

Pero hasta David debía haberlo imaginado.

Se sentó de nuevo en el suelo, y tuvo que sonreír. Alrededor todo estaba cambiando, todo estaba siguiendo el curso natural de las cosas. Y él, él estaba estancado.

Una mujer lo esperaba en su casa, en su cama, y él estaba aquí, en el mismo punto de hace siete años. Huyendo.

Se masajó la cara con las manos y se puso en pie volviendo a bajar las escaleras. Si alguien le iba a quitar las espinas a su rosa, mejor lo hacía él mismo.

Abigail sintió a Maurice abrir la puerta de la habitación y se sentó en la cama. No había sido capaz de dormirse, y ahora suspiró de alivio cuando él encendió la luz y pudo verlo. Él estaba sobrio, sin ningún signo de daño, y, por el contrario, con una nueva determinación en su mirada.

—Tenemos que hablar —dijo él—. Quiero que lo sepas todo.

Maurice se sentó en el borde de la cama y miró a Abigail lucir una de sus camisetas. Sonrió y se masajeó el cuello, le quedaba enorme, pero se le veía estupenda.

—Qué... qué pasa? —preguntó ella con tono preocupado—. Saliste sin decir nada...

—Lo siento. Estaba... asustado, confundido—. Abigail lo miró haciendo sus preguntas en silencio, y a él se le hizo muy fácil interpretarlas: “¿ya no tienes miedo?”.

Abigail lo vio sacarse de nuevo sus zapatos y recostarse atravesado en la cama.

—Quiero contártelo todo, todo lo que pasó entre Stephanie y yo—. Abigail tragó saliva y miró a otro lado. Si bien siempre había tenido curiosidad, sentía que este no era un buen momento para escarbar en la intimidad que él había tenido con otra mujer.

—Está... bien—. Él la miró de reojo.

—Yo realmente necesito que lo sepas.

—Lo entiendo.

—Que me comprendas...

—Maurice —lo detuvo ella mirándolo a los ojos—, lo sé—. Él asintió agitando levemente su cabeza, y comenzó:

—Conocí a Stephanie cuando era niño. Tenía unos once años, creo. La vi... en unas vacaciones, en el área circundante de una de las casas de tío Stephen. Me gustaba deambular por el bosque, y la vi... con su cabello rojo y largo, sentada en un tronco y llorando porque se había perdido. Al parecer... había estado jugando con sus primas, o sea, tus hermanas, y la habían dejado olvidada allí —él sonrió cerrando sus ojos recordando que había sido en invierno. La nieve cubría la tierra y los colores eran escasos, así que ver ese rojo fue impactante. Ella había estado luciendo un abrigo blanco, y llevaba el cabello suelto por fuera de un gorro también blanco. Había escuchado sus sollozos y se había acercado para ver. Había sido casi como encontrar un pequeño animalito herido, y se había acercado con pasos silenciosos. Cuando se dio cuenta de que era una niña, y ella se giró a él con ojos asustados, tuvo que levantar las palmas para tranquilizarla. Ella no había dicho nada, sólo se volvió a sentar en el tronco y siguió llorando.

Mientras contaba la historia, y las imágenes pasaban por su mente, sonrió. Era una época inocente, después de todo, pero un episodio que lo había marcado para siempre. Él se había hecho amigo de esa niña que usaba muy pocas palabras para expresarse, que ni siquiera quiso decirle su nombre, pero que tenía unos ojos preciosos y la sonrisa más luminosa del mundo.

No pudo ver el rostro de Abigail, que lo miraba con expresión aterrada.

—Fue amor a primera vista, supongo —siguió Maurice—. Llegué a hacerme su amigo, aunque ella era muy tímida. Me encantaba su pelo, tan rojo... Como el tuyo, claro—. Sonrió él mirándola, pero ella tenía sus ojos cerrados. Tal vez le molestaba que él contara cosas como esa, estando ella enamorada de él, pero él debía decirlas, sacarlas fuera—. Fue una ocasión especial, nunca lo olvidé, porque ella y yo parecíamos tener... no lo sé, una empatía en todo. Fue misterioso, y hermoso. Pero entonces nos separamos y no la volví a ver. No tenía ninguna información acerca de ella para encontrarla, y las cosas no eran como ahora que a través de las redes sociales puedes encontrar a una persona. Pero un buen día la volví a ver. Ella había ido con un amigo a una de las fiestas de mis compañeros de facultad, la reconocí...

Abigail vio su sonrisa y apretó los dientes, quería decir muchas cosas ahora, como que era muy normal en Stephanie irse de fiestas con estudiantes universitarios, siempre intentando pescar entre ellos a algún buen prospecto al cual enredar en un matrimonio, pero lo dejó seguir hablando; eso sería como echarle limón a las heridas.

—Ah, estaba tan feliz —siguió él—. Al principio ella no me reconoció, claro, por más que le dije mi nombre; pero entonces, una semana después se apareció en mi habitación, que compartía con un compañero, y me dijo que ahora se acordaba de mí, que sabía quién era, y me contó el episodio del bosque. Empezamos a salir de inmediato. Yo estaba deslumbrado; de adulta, ella era aún más hermosa que de niña, y no hice sino babear tras ella los tres años que fuimos novios. Ni una vez me dejó meterme en su cama—. Abigail lo miró sorprendida. Ni una vez? Habiendo vivido por primera vez lo que era el sexo, ahora comprendía por qué las parejas se miraban como se miraban, por qué no desaprovechaban ni un instante para tener un momento a solas y besarse y tocarse. ¿Por qué Stephanie lo había mantenido a raya por tanto tiempo?

—Me dijo que era porque quería hacerlo sólo después de que nos hubiésemos casado —explicó Maurice, y luego suspiró—. Hay un antes y un después en la vida de un hombre, ¿sabes? Mientras no has probado el sexo, éste no es demasiado importante para ti, no vives detrás de las chicas, te concentras en tus estudios, en el deporte, en otras cosas; pero una vez has probado el sexo todo cambia, lo que debería ser un placer, se convierte en una necesidad, y casi en una adicción. Eso me pasó a mí. Como ella dijo “hasta el matrimonio”, no me enfurecí, no traté de disuadirla, simplemente pensé que estaba valorando algo que hoy en día ya no se valora, y me alegré incluso de que ella fuera de ese tipo de pensamiento. Se parecía mucho a la niña que había visto en ese bosque. La amé—. Sonrió él, pero no era una sonrisa de felicidad—. Su sentido del humor al principio me costó un poco, pero una vez lo entendí, llegué a disfrutarlo. Ella era encantadora, un poco caprichosa, pero allí estaba yo, el que nunca había sido mimado, ni había tenido jamás a quién mimar aparte de una mascota y una motocicleta... la hice parte de mi vida, y me casé con ella. Y el sexo fue todo lo que esperé... fue hermoso, y fue sublime... pero ella cambió casi inmediatamente después de ponerse mi nombre—. Ahora él cerró sus ojos y se incorporó en la cama apoyando sus codos sobre sus muslos—. Discutíamos porque yo dejaba los zapatos debajo de la cama, o porque dejaba el detergente abierto, o porque la llamaba demasiadas veces al día, o porque yo comía carne y ella brócoli. Discutíamos por todo, y siempre era yo el villano, el que no la entendía, el que tenía que dar más de sí.

Abigail tenía la mandíbula apretada, y un músculo latía en su mejilla, Maurice le daba la espalda mientras contaba todo, y ella sólo quería ir a la tumba donde estaba su prima y sacarla de allí para volverla a matar.

—La vida se volvió de tal manera que casi empecé a temer nuestros encuentros —siguió Maurice, ignorando los pensamientos de Abigail—, lo que había empezado siendo la felicidad para mí, terminó convirtiéndose en una pesadilla; pero ya ella ni quería estar conmigo en la cama. Sugerí la terapia de parejas; ella aceptó y empezamos a asistir. Las discusiones se hicieron menos frecuentes, ella se suavizó un poco y las cosas empezaron a marchar de nuevo, y un día... un día tuve que viajar. Trabajaba para tío Stephen al tiempo que adelantaba una especialización en derecho y finanzas, así que viajaba con cierta frecuencia. Era más o menos conocido porque era el heredero de la compañía para la que trabajaba. Mis viajes nunca eran largos, sólo uno que otro fin de semana. La había convidado innumerables veces para que fuera conmigo, pues siempre se quejaba de que la dejaba sola en casa, pero igualmente ella se negaba a mis invitaciones. No sabía qué hacer. Y ese día, cuando ni siquiera habíamos cumplido el año de casados, volvía de uno de mis viajes. La llamé para decirle que abordaría el avión en la madrugada y llegaría a casa temprano en la mañana—. Abigail se fijó en las manos de Maurice; se apretaba la una con la otra evitando que se notara un leve temblor, y supo que estaba por contar lo que había sucedido, cuando los encontró muertos en el baño de su casa, la casa que había comprado para ella.

No supo qué hacer. Aunque quiso correr a su lado y abrazarlo y espantar los demonios, no lo hizo. Ella también quería saber desde su punto de vista qué había pasado.

—La estuve llamando cuando llegué al aeropuerto aquí —dijo él—, pero ella no contestó—. Él rió amargamente—. Le compré flores de camino. Se me había metido en la cabeza que quizá si teníamos un bebé todo se arreglaría, así que también... compré unos zapatitos de bebé para hacer mi propuesta, además... era mi cumpleaños, ¿sabes? El primer cumpleaños que pasaría con ella estando casados. En mi fantasía, imaginé una fiesta sorpresa organizada por ella, una cena, algo lleno de picardía, como ella solía ser... Llegué a casa, y... la llamé—. Los ojos de Maurice miraban al vacío, al pasado. Se vio a sí mismo de veinticuatro años llegando a la hermosa casa, dejando la pequeña maleta en la entrada y llamando a su esposa. Nunca habían manejado personal de servicio interno, así que no le había extrañado encontrar la casa silenciosa, además era muy temprano. Imaginando que aún estaba dormida, pues Stephanie era un poco dormilona, se encaminó a las escaleras.

De inmediato supo que algo andaba mal. El agua bajaba por las escaleras y mojaban el suelo de parquet. Corrió rápidamente al segundo piso y encontró el origen de la inundación.

Cerró sus ojos con fuerza, pero la imagen estaba grabada a fuego en el interior de sus párpados.

—Entré a la habitación —siguió contando él—, y a pesar de que la cama estaba desordenada, allí no había nadie. Volví a llamar, pero nada. Me asomé al cuarto de baño pensando en que a lo mejor había tenido algún problema en la ducha, o en la bañera, y oh, sí, allí la encontré—. Él la miró ahora con ojos de profundo dolor, humedecidos, furiosos—. Estaba debajo del cuerpo de su amante, sumergida en el agua—. Abigail contuvo el aire—. A él le habían disparado en la espalda, así que cayó sobre ella, y su peso le impidió salir a la superficie por aire. Ella murió ahogada—. Vio a Abigail cubrirse

la boca con su mano, y él mismo se puso en pie cruzándose de brazos. Se vio a sí mismo allí, en el cuarto de baño, con el agua corriendo sin freno, el enredo de brazos y piernas desnudos sobresaliendo de la bañera, el agua rosácea por la sangre, los ojos aterrados de ella, porque sabía que moriría.

Siempre se había preguntado, ¿cuál fue el último pensamiento de ella? ¿Había pensado en él? ¿En que la había de descubrir? ¿Pensaría en algún momento en el karma? ¿En que se merecía lo que le sucedía? O, egoísta hasta el final, ¿sólo pensó en lo injusto que era que ella muriera siendo tan joven y hermosa?

—Sabes que nada de eso no fue lo peor? —siguió él con una sonrisa odiosa—. Lo peor es que... mi mujer... estaba siendo penetrada por ese hombre en el momento en que le dispararon. Cuando los forenses llegaron, determinaron que llevaban por lo menos doce horas allí, y el rigor mortis impidió separarlos. Los sacaron de la casa así, pegados como gatos y cubiertos por una sábana blanca; y yo allí, el cornudo, vi toda la escena—. Como si no pudiera soportarlo más, Maurice empezó a deambular por la habitación. Se pasaba las manos por el cabello, se abrazaba a sí mismo, se metía las manos al bolsillo y luego las volvía a sacar.

Abigail no pudo evitar llorar. Maldita, maldita Stephanie. Maldita mujer. Había destruido a un hombre y lo había dejado más allá de toda redención. Un hombre que pudo haberla hecho todo lo feliz que una mujer amada podía ser.

—Hubo que amputarlo a él —siguió Maurice, y ella lo vio contener el llanto con toda su fuerza de voluntad, respirar profundo e intentar mantener su voz clara—. Nunca le pregunté a nadie por qué, por qué no había sido posible... lo que sea que hubiese que hacer para evitarme a mí semejante humillación. Yo sólo escuché la conversación de dos médicos forenses diciendo que no había habido alternativa. así que Stephanie fue velada y llorada por sus familiares mientras seguía siéndome infiel —soltó la risa de pronto, pero también rodaban lágrimas—. ¡Hasta después de la muerte, ella fue una puta!

No pudiendo soportar más el verlo así, Abigail se puso en pie y caminó a él despacio, como si se estuviera acercando a una bestia herida. Y seguramente lo era.

—Y luego... —continuó Maurice sin mirarla, y tal vez sin notar que se había acercado— cuando yo no podía soportar el dolor, cuando todavía gritaba dentro y fuera de mí que todo era una mala pesadilla, que todo era mentira... Que mi mujer en realidad seguía siendo aquella niña de cabellos rojos llorando en la nieve... llegó la policía a arrestarme, porque yo había sido el autor intelectual de la muerte de ese hombre y mi mujer. Ese hombre, Abigail, era...

—Un amigo y socio de la familia —completó ella—. Lo sé.

—Tenía nexos con la mafia, les debía dinero, y ellos se habían deshecho de él a su clásica manera, sin darse cuenta de que habían cobrado dos víctimas por el precio de una. El escándalo se desató, salió en los medios acerca del asesinato. Por más que tío Stephen movió sus influencias para acallar el asunto, éste terminó filtrándose, y ya nadie hablaba de otra cosa. La mitad del mundo me compadecía, y la otra mitad se reía de mí. Aunque yo no era muy consciente de eso. Abby... dijiste

una vez que soy un cobarde, que te extrañaba que no me hubiese matado ya, pero en esos días lo pensé a cada momento. Yo no salía, no hablaba con nadie, y me vine aquí, a este apartamento, huyendo como huye un murciélago de la luz; no quería ser molestado por nadie, no quería que nadie me molestara a mí. Sólo pretendí no existir por un buen rato y esperar a que todo afuera pasara, porque todo debía ser una gran mentira... —Abigail tenía un enorme nudo en la garganta. Se secaba las lágrimas, pero estas volvían a salir.

Había sido más o menos así en su familia, pero había habido más vergüenza e ira que dolor. Stephanie había deshonrado a su familia, los había sumido en la ignominia. Lo que pudo haber sido un matrimonio y un divorcio sumamente ventajoso se habían vuelto la destrucción del apellido.

Cada vez odiaba más a los de su sangre.

—Pero tu padre, Arnold —siguió Maurice—, quiso mostrar que yo había estado implicado. Si por mí hubiese sido, Abby, habría pagado una condena que no me correspondía, porque estaba tan desubicado y aturdido que no daba ni para defenderme. Fue gracias a tío Stephen que salí ileso de los planes de tu padre, y cuando me di cuenta, no había parado de beber y beber en semanas, deambulaba por las calles buscando la muerte. En mi mente... en mi mente no podía dejar de mirarla, desnuda y con ese hombre encima, dentro. Desnuda con sus ojos desorbitados por el terror. Tan joven, tan hermosa, y tan malditamente puta. Muerta por su propia infidelidad... Era demasiado, y enloquecí. Me emborrachaba, buscaba peleas en la calle intentando que los golpes me sacaran los recuerdos de la cabeza, pero no funcionaba; y fue allí... fue allí cuando me encontró David, mi amigo, mi hermano. Me llevó a su casa una madrugada, y escuché cómo Agatha le reprochaba el haber traído un ebrio desconocido a casa... Esa noche durmieron con las puertas aseguradas, y yo no pude salir corriendo, porque estaba demasiado adolorido. Pero al día siguiente me pusieron desayuno en la mesa, y no me preguntaron qué me sucedía. Michaela era aún una niña, pero me miraba con sus enormes ojos y su sonrisa inocente, David me dio su ropa y Agatha me curó los cortes y heridas...

—Encontraste una familia —él asintió.

—Encontré un escondite. Pero ese mismo escondite me escupió fuera hace unos meses... y volví al mundo al que pertenezco. Y tú me encontraste—. Él la miró al fin—. Para decirme que me amas. Que te quieres casar conmigo. Yo... yo no sé qué hacer. Yo no sé... Dios, Abby. ¿Qué debo hacer? —ella se acercó y lo abrazó mientras él lloró y la apretó fuerte en sus brazos. No la soltó por mucho rato, y ella se estuvo allí, sabiendo que él no podía ser consolado, que no había palabras en el mundo que expresaran algún tipo de esperanza que fuera creíble.

Lo rodeó con sus brazos y acarició su cabello corto casi al ras, y besó lo que alcanzó de él, mientras él la estrechaba sin ningún amago de sensualidad en su toque. En este momento, en el momento en que por primera vez le contaba a alguien lo que le había sucedido, lo que le habían hecho, él sólo necesitaba a otro ser humano en el que apoyarse. Fue cuando ella besó su mejilla y su cuello que se alegró de que fuera Abby.

Pasaron los minutos, quizá una hora, y permanecieron allí, el uno apoyado en el otro, abrazados. Él apoyó la barbilla en la coronilla de la cabeza de Abigail, y cerró sus ojos respirando profundo,

sintiendo cómo poco a poco el nudo en su garganta se desataba y lo dejaba hablar de nuevo.

—Nunca le he contado esto a nadie —dijo él con voz rasposa.

—Es obvio —contestó ella—. Yo también odiaría contarlo.

—Pero creo... creo que me ha hecho bien. Gracias por escucharme.

—Gracias por confiar en mí. ¿Tus amigos... tampoco lo saben, cierto? —él se separó de ella meneando la cabeza y mirando al suelo.

—Marissa y Diana saben lo que sabe todo el mundo. Los diarios hicieron bastante alarde de esto, como comprenderás, pero en los medios no dieron detalles.

—¿Ni siquiera David lo sabe? ¿O tu primo? —él volvió a negar.

—¿Necesitan saberlo? —ella analizó la respuesta, y sacudió su cabeza. No, ni su hermano, ni su primo necesitaban saber algo tan grotesco, algo tan humillante—. Estoy... estoy tan cansado...

—Vamos a la cama —sugirió ella, y él se dejó llevar como un niño pequeño que ya no puede tenerse en pie por el sueño. Ella lo ayudó quitándole los zapatos y sacándose el cinturón. Maurice cerró sus ojos, y mientras ella lo aligeraba de ropa, se fue quedando dormido. Ella sonrió con tristeza. Hay cansancios que están más en el alma que en el cuerpo, y hoy Maurice había corrido una maratón.

Había sido víctima de las maquinaciones de una mujer, al ser él un niño, más de corazón que de cuerpo, a ella se le había hecho muy fácil enredarlo; y él había pagado caro el precio de su ingenuidad.

Se mordió los labios cuando recordó que lo había acusado de haberse casado con una mujer por estar enamorado de su apariencia, y que tal vez por eso se había buscado lo que le había sucedido. Él se había quedado lívido cuando escuchó eso, y no le había gritado que era falso.

—Lo siento —susurró acercándose a él y besando tiernamente su frente—, fui muy ligera al hablar—. Paseó su índice por su nariz, y tomó nota mental de disculparse mientras él estuviera despierto mañana. Él había creído casarse con el amor de su vida, con el amor perdido de su infancia; había creído ser bendecido por el cielo, había pensado ser el protagonista de una preciosa historia de amor, y no había sido más que el juguete de una bruja que lo hundió en lo más profundo y oscuro del infierno.

Siempre supo que su prima era mala, pero nunca imaginó que tanto. Ella misma había sido una víctima de Stephanie, sus mentiras y maquinaciones, pero lo que ella había sufrido palidecía ante lo que le habían hecho a Maurice.

Con razón. Con razón su resentimiento, su desconfianza. Con razón había estado desaparecido tanto tiempo. Ahora que sabía la verdad, pensaba que a cualquier hombre le habría tomado la vida

entera para recuperarse de semejante golpe.

Él lo había hecho. Al principio porque fue obligado, pues el amigo que lo había salvado se había casado con una mujer de alta sociedad, pero al verse expuesto no volvió a huir, sino que encaró al mundo. Su motivación había sido la venganza, y aunque aún seguía sin aprobarlo, ahora lo comprendía. Ahora, más bien, si él le pedía ayuda para cobrarse lo que le habían hecho Arnold y su madre, ella colaboraría. No era justo tratar de quitarle todo a un hombre que acaba de perder el corazón.

Se acostó a su lado y lo rodeó con un brazo intentando infundirle un poco de calor. Estaban en un verano ya avanzado, pero de repente él estaba frío, así que no lo soltó.

Suspiró mientras también ella se iba quedando dormida; había sido un día largo, después de todo. No dejó de abrazarlo en toda la noche, ni cuando se movió inquieto por sus pesadillas, ni cuando intentó alejarla. Fue una noche un tanto inquieta para ambos, pero al menos, ella había decidido no volver a dejarlo solo jamás.

Maurice abrió los ojos poco a poco en una suave inspiración. La habitación estaba en penumbra; alguien había corrido las cortinas para que la luz de la mañana no se filtrara, y él estaba solo en la cama.

En un momento, su cerebro no registró que había algo extraño en esto, y volvió a cerrar los ojos, pero tres segundos después recordó que anoche no había dormido solo, y que una mujer debía estar a su lado y no lo estaba.

—Abby —susurró, pero ésta no apareció al nombrarla.

Se sentó en la cama, pero no hizo ademán de salir de ella. Ahora recordaba lo que había sucedido anoche, una escena tras otra. Él le había contado toda su verdad, le había abierto el corazón mostrándole su más grande herida y vergüenza. ¿Había salido huyendo?

Se pasó la mano por la nuca con cierta pereza y sintiendo un peso en el estómago. Tal vez sí, pero entonces recordó que ella, cuando él terminó su historia, lo había abrazado y le había dado consuelo. No creía que Abby se fuera por eso.

Sonrió al reconocer en él los miedos del hombre que alguna vez fue engañado o abandonado, siempre quedaban con el pensamiento que jamás ninguna mujer se quedaría con ellos; con su autoestima por el suelo, y, en cierta forma, su virilidad. El primer pensamiento de la gente era: “si se buscó otro, fue por algo”, o “no supo, o no pudo mantener una relación, algún problema tendrá”. Eran realmente escasas las veces que daban el beneficio de la duda, y reconocían que realmente en el mundo había mujeres imposibles de satisfacer. A Stephanie, por lo menos, ni todo el oro, ni los mejores vestidos, casas, autos, viajes, ni el más profundo amor, ni el más devoto y fiel sexo la habían satisfecho. Ella se había convertido en un enorme agujero negro que absorbía y tragaba todo sin nunca llenarse, ni dar nada a cambio.

Siempre se había preguntado qué habría pasado si ella no hubiese muerto. ¿Habría resistido él ese matrimonio? O, cansado, resignado y triste, ¿se habría visto obligado a pedir finalmente el divorcio?

No tuvo tiempo para cavilar demasiado a ese respecto, pues Abigail entró con una mesa de desayuno en las manos llena de platos. Al verlo, se detuvo y le sonrió.

—Ah... ya estás despierto —él miró detenidamente aquella imagen que se le ofrecía. ¿No sabía esta mujer que el primer consejo acerca de las primeras veces con tu pareja era no llevarle el desayuno en la primera mañana juntos? Según, eso le creaba ideas al hombre de cómo iba a ser la relación de aquí en adelante, y en este caso, desigual, donde el hombre pretendería que la mujer le hiciera el desayuno de aquí en adelante y no lo interpretaba como lo que realmente era: una ocasión especial para ella.

Sonrió de medio lado y le hizo espacio en la cama para que ella apoyara la mesa de desayuno. Ella correspondió a su sonrisa con una más luminosa aún y dejó la mesa sobre el colchón.

—No sé lo que te gusta —dijo ella señalando los platos. Había varios, no sólo uno. En uno había pancakes esponjosos y calientes, en el otro, huevos y tocino. En una pequeña cesta había cruasanes, tostadas, y en otro plato más, fruta picada. Había café negro y leche, zumo de naranja y miel.

—Esto parece el desayuno de un rey —ella sonrió sumamente complacida.

—No es todo para ti. Yo también como, ¿sabes? —él rió y la miró fijamente.

Lo que esas personas que aconsejaban no prepararle el desayuno al hombre la mañana después de la primera vez, era que, por lo menos a él, esto le parecía maravilloso. Que una mujer cocinara para ti era sublime, lo hiciera bien o mal; ella había sacado tiempo para conseguir todo esto, se había ocupado cuidando de cada detalle, había pensado en él mientras se preguntaba si esto le gustaba o no. No se estaba haciendo ideas pensando en que así sería cada mañana, no planeaba ponerla a cocinar todas las veces; pero ahora estaba siendo consentido y hacía mucho, muchísimo tiempo no se sentía así.

Ella se puso en pie y recorrió las cortinas, la luz de la mañana entró a raudales y Maurice se sintió otra vez bendecido, otra vez recordado por los habitantes del cielo.

Ella morirá en un año, pensó, y eso borró de repente su sonrisa.

—Es una mañana preciosa —dijo ella volviendo a sentarse al otro lado de la bandeja—. Hoy me siento muy agradecida—. Cerró sus ojos como siempre hacía, y dio gracias por los alimentos antes de empezar a comer. Él echó mano del cruasán, el tocino y los huevos, aunque sentía que su humor se había agriado un poco. Si iba a tener más mañanas así, sería por un tiempo muy limitado.

—¿Dormiste bien? —ella asintió, y cuando vio que él tomaba el café, le dio un sorbo al jugo de naranja—. Estaba pensando... tal vez deba ir a mi casa...

—¿A qué? —saltó él de inmediato.

—Bueno... necesito ropa.

—Ayer te compré, no?

—Sí, y es preciosa, pero... es ropa para ir a cenas, o fiestas, no para...

—Ah, cierto —dijo él mirando la camiseta que ella llevaba. Suspiró. Debía llevarla de compras, esta vez con más calma. Ella necesitaría todos los implementos que una mujer estaba acostumbrada a tener, desde una simple horquilla para el cabello, pasando por ropa de baño, pijamas, secadores de pelo y etcétera.

Su teléfono sonó cuando en su mente iba organizando su agenda para acompañarla en esos menesteres. Miró en la pantalla y vio que era Marissa.

—Hola, cuñada...

—Dime una cosa y sé sincero —interpeló ella de inmediato—, dejaste ir a Abigail, verdad? ¿Dónde está? Diana y yo estamos preocupadas por ella—. Maurice sonrió; típico de Marissa portarse entre regañona y protectora de los débiles.

—No la dejé ir —contestó él—. ¿Quieres comprobarlo? Está aquí a mi lado.

—Pásamela —exigió ella, y Maurice le cedió el teléfono a Abigail, que lo miró con ojos enormes.

—¿Ho... hola...? —saludó ella. Maurice sonrió al recordar que esta chica era tartamuda, después de todo.

—Hola, Abigail. Gracias al cielo que ese idiota no te dejó ir anoche, pero no sé si sentirme más preocupada aún—. Con una sonrisa un tanto confundida, Abigail le hizo saber que seguía al otro lado del teléfono—. No queremos ser entrometidas —siguió Marissa—, pero queremos verte. ¿Estás ocupada hoy a medio día? —¿ocupada?, se preguntó Abigail. ¡Su agenda estaba en blanco!

—Eh... n—no...

—¿Te parece bien si nos vemos? —A continuación ella le dio la dirección del lugar donde querían encontrarse con ella, y Abigail tuvo que correr a buscar cómo apuntar. Luego que cortó la llamada miró a Maurice un poco sorprendida, pero éste sólo sonreía.

¿Quieren verte, verdad? —ella asintió—. Sólo quieren ver con sus propios ojos que sigues de una pieza, y te preguntarán por qué rayos aceptaste seguir con un hombre que sólo busca la venganza—. Abigail tragó audiblemente. Él le dio el último mordisco a su cruasán y extendió la mano para tocar su mejilla—. Ellas son un poco avasalladoras, es verdad. Querrán saberlo todo de ti, y ver por sí mismas que estás bien. Son mujeres que están acostumbradas a mandar y tener poder, pero también son muy buenas. Marissa es hija única y siempre ha sido muy independiente, ambas son herederas de una gran fortuna, y Diana, además, tiene un raro don al observar la gente. Juntas serán una combinación letal.

—Me estás asustando—. Él se echó a reír sin dejar de acariciar su mejilla.

—Pero son buenas chicas, tengo que admitir. Saben escuchar y si te están llamando, es que ya te han incluido en su círculo. Ellas no se portan tan abiertas con nadie.

—Tal vez es porque... se trata de ti...

—Yo creo que es más por ti. Si ellas hubiesen visto que eres una bruja, habrían estado felices de que nos separásemos—. Abigail sonrió.

—No me separaré de ti.

—Espero que no—. El teléfono de Maurice volvió a sonar, y esta vez era Michaela. En cuanto él dijo “hola”, se escuchó la canción del feliz cumpleaños de fondo. Maurice escuchó hasta el final con

una sonrisa, y Abigail abrió grandes los ojos. ¡Maurice estaba cumpliendo años! ¡Y ella no le tenía ningún regalo, ni ninguna sorpresa!

—Gracias, enana. Nada que afinas, eh?

—Te atreves a criticarme! —exclamó Michaela, fingiendo sentirse ofendida, pero luego de felicitarlo, le pasó el teléfono a Agatha, que con menos aspavientos, lo felicitó, y además le preguntó cómo se sentía, si estaba bien.

—Estoy bien —sonrió Maurice echando mano de lo que quedaba de los huevos y el tocino—. Abigail está a mi lado y ha preparado un succulento desayuno—. Abigail agitó la cabeza negando. Este desayuno no había sido en ocasión de su cumpleaños, ella ni siquiera sabía que la fecha era hoy.

Maurice cortó la llamada y la miró sonriente. Encima de Abigail, parecía haberse instalado una nube de lluvia muy gris y muy oscura.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Yo... no sabía que hoy es tu cumpleaños.

—¿Y eso qué importa? —ella levantó la cabeza y lo miró expectante—. Hoy he tenido la mejor mañana en mucho tiempo, y eso sólo porque estás aquí. No soy un niño que necesite una tarta para sentir que de veras cumpla años.

—Pero...

—¿Quieres celebrar mi cumpleaños de verdad? —ella asintió, y lo vio elevar una ceja con suma picardía—. Entonces ven aquí, y celebremos—. Abigail comprendió al instante lo que él pretendía, y se sonrojó sobremanera. Él se echó a reír, y se levantó de la cama llevándose la mesa con los restos del desayuno. Abigail se quedó allí preguntándose qué hacer. ¿Debía quedarse aquí? ¿Desnudarse y esperarlo así en la cama? ¿Qué? ¿Qué?

Él tardó en volver a subir, así que fue a la sala a ver qué lo retenía. Lo encontró en la cocina lavando los platos, y en cierta manera, no le extrañó. Él parecía sentirse cómodo aquí.

Maurice terminó su tarea y caminó a ella con una sonrisa. Era un día laboral cualquiera, y debería estar ocupado en muchas cosas, pero era la mañana de su cumpleaños, la primera mañana junto a Abby, además. Quería estar aquí.

Cuando la tuvo al frente, se acercó a ella y le besó la mejilla, ella cerró sus ojos y se recostó a él. Qué agradable era todo esto, cada vez se sentía más y más agradecida, en armonía con la vida. Sólo cuando pensaba en que todo esto podía caerse si él descubría la verdad, su corazón se arrugaba.

Maurice paseó las manos por su espalda, y abrió su boca a punto de invitarla a la habitación, pero el interfono lo interrumpió. Se separó de ella de mala gana y fue a contestar. El conserje del edificio le anunció que Arthur Gardner estaba allí y solicitaba entrar.

—Que se vaya —dijo Maurice, pero entonces vio la expresión de Abby. Tal vez ella quería hablar con su primo, anoche las cosas no habían sido muy agradables con él, así que capituló—. Está bien, que suba—. Cortó la llamada y caminó por el lado de Abigail sin volver a mostrar intención de besarla o tocarla—. Iré a darme una ducha —dijo él—. Dile a tu primo que es muy inoportuno.

—Pero... —él subió las escaleras, y al minuto siguiente, llamaron al timbre de entrada. Abigail le abrió la puerta preguntándose por qué Maurice se comportaba así.

—¡Prima! —saludó Arthur—. Déjame mirarte, a ver, a ver... —le tomó la mano y la hizo dar media vuelta. Abigail sonrió—. ¿Estás bien?

—Muy bien.

—Y no es para menos. ¡Ahh! Qué afortunada eres, eh, mosquita muerta... —Abigail sonrió negando. Le echó otra mirada a las escaleras por las cuales se había ido Maurice. Tal vez era que no quería ver al hermano de su difunta esposa, sobre todo el día que se cumplía otro aniversario de su muerte.

Poco a poco, se dijo. Las heridas no sanan de la noche a la mañana.

Maurice salió de la ducha un poco molesto. Tonto Arthur. Él quería una mañana muy ocupada con Abigail, preferentemente en la cama, y llegaba él a acapararla. ¿Qué se creía?

La puerta de la habitación se abrió y apareció Abigail con una mueca de incertidumbre.

—¿Qué sucede?

—Arthur... él quiere... invitarme a salir.

—¿Ahora?

—Bueno...

—Diablos. ¿Por qué no vino más tarde? ¡Cien años más tarde!

—Es mi primo!

—Eso lo sé.

—¡Es el único familiar con el que me llevo bien! —Maurice quiso blanquear los ojos quejándose por aquello, pero no lo hizo, sólo se le acercó.

—Está bien. Ve con él. Imagino que querrá sonsacarte todo tipo de detalles—. Ella lo miró confusa, pero él no se explicó, sólo caminó al cuarto del guardarropa y sacó de uno de los cajones varias

tarjetas, luego se las pasó—. Aprovecha el tiempo con él y ve de compras.

—Pero ya me compraste cosas.

—Pero necesitas muchas más. Pijamas, toallas... y todas esas cosas femeninas... —no pudo decir más, Abigail se había echado sobre él y lo abrazaba.

—¡Haces tanto por mí!

—Sólo es un poco de dinero.

—¡Aun así! —él no había retirado la mano de encima de ella, y no perdió la oportunidad para besarla. Realmente lamentaba no pasar la mañana con ella. Luego ella tendría una cita con Marissa y Diana y no la vería sino hasta la tarde. ¡Qué pesar!

—Cómprate también un teléfono —le pidió él.

—Vale. Tal vez te deje en la ruina —él sonrió por su ingenuidad. Él no se arruinaría ni si vestía a diez Abigail más. Le dio otro beso, más bien pesaroso, y la dejó irse. Se estaba apegando demasiado a esta mujer.

—¡Entonces, fue todo lo maravilloso que el sexo debe ser! —sonrió Arthur con voz sumamente soñadora. Abigail miró en derredor esperando que nadie lo hubiese escuchado, sonrojada y bastante avergonzada.

—¡Baja la voz!

—Querida, cuando encuentras un buen amante, debería estar permitido gritarlo a los cuatro vientos. Lamentablemente uno quedaría como alguien sin clase—. Abigail sonrió, y miró en sus manos el conjunto de pijama que había bajado de su aparador. Era de algodón, con estampados de ovejitas en él—. ¿Qué estás haciendo?

—Necesito pijamas...

—Pero no “esas”. Oh, por Dios, ¿no tienes el menor sentido de la sensualidad y la picardía? ¡Ven! —la llevó de la mano y la puso delante de varios conjuntos de seda, encaje, y otros materiales unos más transparentes que otros.

—¿Esto para qué?

—Tú úsalos. Maurice te enseñará para qué.

—Pero quiero mi pijama de ovejitas.

—¡Si la compras, dejaré de hablarte por un año! —ella se echó a reír, pero la referencia a un año le hizo borrar su sonrisa poco a poco.

—Anoche... Anoche él me contó lo que pasó realmente con... tu hermana. El modo como la encontraron... todo.

—Mmm, vaya. Hizo eso... —comentó Arthur torciendo el labio y mirando a otro lado—. Bueno, era algo que tarde o temprano debías saber.

—Yo... Arthur... ¿crees que deba decirle que... yo soy la niña que él conoció en ese bosque? —Arthur suspiró.

—Sí, deberías decírselo —contestó él—. Aunque te va a preguntar por qué no hiciste nada para impedir que se casara con la que no era, y dónde estuviste mientras él era terriblemente infeliz—. Abigail bajó la cabeza. No tenía una respuesta donde ella no quedara como una tonta y cobarde. También ella había sido manipulada y engañada, pero sabiendo lo que estaba ocurriendo, tal vez ella debió arriesgarlo todo para estar con él.

—No me lo perdonaré—. Arthur no dijo nada, sólo bajó de sus ganchos tres prendas más y se las puso en las manos.

—Es tu decisión. Por otro lado —siguió él—, quería decirte que hay algo que jamás deberás revelarle.

—¿Qué cosa?

—Que le mentiste —señaló él—. Nunca, nunca, nunca le digas que lo de la enfermedad fue una mentira que maquinaste para atraparlo. Ese hombre ya fue terriblemente herido una vez, Abby. A nadie le gusta ser el juguete de otro, y con él ya jugaron bastante.

—¿Pero y... cuando pase el año y se dé cuenta por sí mismo que todo era una mentira?

—Déjalo que piense que su amor te curó, que fue un milagro, o error de los médicos. Nunca le digas que fue tu idea—. Ella asintió.

—Hay tantas mentiras...

—Y tantas verdades —contradijo él—. Él no tiene por qué saberlo todo, Abby. Hay cosas que es mejor dejarlas tal como están. Ya estás con él, a su lado serás por fin feliz, el universo por fin acomodó todo para que ustedes dos pudiesen estar juntos. No tientes al destino, no lo vuelvas a herir.

—No lo haré.

—Ten cuidado—. Ella volvió a asentir.

—Pareces muy nervioso con respecto a eso.

—Si él me odia ahora —dijo Arthur cerrando sus ojos—, tiene motivos para hacerlo. Yo vi lo que Stephanie hacía a sus espaldas, estaba enterado de todo y no puedo excusarme en el hecho de que era apenas un niño, o que ella me intimidaba terriblemente. Debí hablar y evitar la catástrofe que sucedió luego.

—Todos debimos hacer muchas cosas, pero no pudimos, o no fuimos capaces...

—Hazme caso, Abby. Nunca se lo digas.

—No lo haré.

—Rezaré por ti, por tu felicidad. Ustedes se merecen un poco de felicidad al fin en esta vida, y por eso... —sonrió él cambiando completamente el tema y el semblante— debes llevarte toda la ropa interior sugestiva que puedas.

—Llevaré mi pijama de ovejitas.

—Te odio —Abigail se echó a reír, pero en su mente quedaron las palabras de su primo.

Era mejor no revelarles a Maurice todo lo que sabía. Si más adelante ella se sentía con la confianza de que él la perdonaría, le contaría que aquella niña que él ayudó en el bosque, fue una llamada Abigail, y no Stephanie, pero que no había podido hacer nada cuando se dio cuenta de lo que todos alrededor estaban tramando.

Lo mirara como lo mirara, ella quedaría como una cobarde, inútil e incapaz, pero cómo iba a hacer para mostrarle que si ella era todo eso no fue por su culpa?

Se sentía en una encrucijada, así que decidió hacerle caso a su primo y dejar al destino seguir su curso. Al fin y al cabo, ahora estaban juntos y bien.

Abigail llegó a un fino restaurante y preguntó en la entrada por Marissa Brandon. Arthur la había traído aquí y sabía que iba varios minutos tarde, pero no había sido culpa de él, en la tienda de teléfonos habían tardado un poco en instalarle el servicio. Ahora tenía teléfono, pero ningún número registrado en él, ni siquiera el de Maurice.

Las mil cosas que habían comprado Arthur las llevaría al apartamento de Maurice para que ella pudiera estar aquí con Diana y Marissa, a veces temía un poco haberse pasado de la raya, pero Arthur era a menudo muy convincente.

El maître la condujo afablemente hasta una mesa dispuesta para tres comensales donde ya estaban ella y Diana Santos. Las dos le sonrieron al verla y la convidaron a sentarse. Abigail lo hizo sumamente nerviosa. Temía sufrir algún episodio de mutismo, y entonces allí estas dos mujeres la tomarían como una anormal, o rara, o grosera.

Respira, se dijo. Relájate. Anoche pudiste hablar con normalidad. Hoy también podrás.

Anoche había podido hablar con cierta normalidad porque allí estaba Maurice, y con él no había problema. Tal vez sólo debía fingir que Maurice estaba aquí también, pensó, y no fue difícil; Maurice parecía sentirse cómodo entre estas dos mujeres.

Las miró y tuvo que reconocer la gran diferencia entre las dos; Marissa vestía ejecutivo y elegante a la vez, sus ropas eran finas y de tonos suaves, aunque eso no le restó en atractivo o juventud, y el cabello suelto le daba cierto toque rebelde ante las convenciones. Diana, por otro lado, vestía unos pantalones de cuadros en negro y gris, botas negras y planas, y una blusa negra con transparencias como concesión al calor del verano, una pequeñísima chaqueta de cuero y accesorios plateados. El cabello negro lo llevaba corto a los hombros, y no iba maquillada. Parecía extraño que dos mujeres tan diferentes, como lo eran Marissa y Diana, fueran amigas, pero lo eran, y según lo que ella sabía, siempre lo habían sido.

—Por favor, no nos tomes como unas entrometidas —empezó a decir Marissa luego de pedirle al maître unas copas de vino y el menú—, pero fue inevitable que anoche escucháramos tu conversación con Maurice...

—Y no estamos muy de acuerdo con su manera de ver las cosas —siguió diciendo Diana, cuando Marissa se quedó callada—. No nos parece bien que él use a nadie para una... venganza, mucho menos a una mujer como tú, que le quiere—. Eso causó curiosidad en Abigail, y la pregunta salió sola.

—¿Cómo estás segura de que lo quiero? —al pronunciar las palabras, se puso los dedos sobre los labios, pero Marissa y Diana sólo se miraron la una a la otra en silencio.

—Bueno... Tal vez es la manera como lo miras —explicó Marissa, y Abigail la miró confundida.

—Hay algo especial en ti cuando lo miras —sonrió Diana—. Nosotras sabemos de eso, sólo créenos.

—¿Entonces es... intuición?

—También atamos unos cuantos cabos —siguió Diana—. Eres parecida a Stephanie, mucho, y si no estoy mal, ¿fuiste tú quien lo buscó a él, no? —Abigail asintió, y agradeció al maître las cartas con el menú.

—Tus sentimientos tienen que haber tocado a Maurice para que haya decidido quedarse contigo aun después de lo que sucedió anoche. Eres muy valiente por haberlo puesto en su lugar cuando intentó usarte.

—Gra... gracias.

—Por eso queríamos hablar contigo —siguió Marissa—. Queremos mucho a Maurice, pero si está haciendo algo inadecuado...

—No... no lo está haciendo.

—Puedes contar con nosotras para lo que necesites —aseguró Diana mirándola fijamente con sus enormes ojos chocolate. Abigail envidió su cutis, tan suave y radiante.

—Son... son muy diferentes a como las imaginé... ustedes dos —sonrió Abigail mirándolas a ambas, y Marissa y Diana fruncieron el ceño casi de la misma forma un tanto confundidas.

—¿Y cómo nos imaginabas? —Abigail rió quedamente.

—Bueno... mis hermanas las pintan como unas brujas... dicen cosas que... no son muy agradables.

—Ah, me lo imagino —masculló Marissa—. He escuchado los rumores. David llegó a mí una vez preguntándome si era cierto lo de mi romance con Simon como recuerdo de los viejos tiempos —Diana se echó a reír.

—¿En serio? ¡Descarado!

—Como si yo no tuviera derecho a tener romances con mis ex novios —Diana rió ahora a carcajadas. Al ver la mirada asombrada de Abigail, Marissa también rió—. Incluso David encuentra esos rumores un chiste. Pero no podemos evitarlo, siempre supimos que nuestra unión suscitaría el interés de los chismosos.

—Ahora estoy curiosa. ¿Qué dicen de mí y Daniel? —Diana la miró con interés, y Abigail se pensó seriamente si decirlo. Bueno, había visto cómo se tomaba Marissa algo tan grave como el rumor de una infidelidad.

—De ti dicen... que tu esposo es un oportunista... que te usó para... ya sabes... escalar —Diana la miró terriblemente seria, y Abigail se preocupó. Bajó la mirada al menú y empezó a desear no haber abierto la boca.

—¿Y eso es todo? —preguntó Diana con voz sumamente desilusionada.

—¿Q... qué?

—¿No hay más? ¿Eso es todo lo que dicen?

—¿Querías algo más grave? —rió Marissa mirándola y negando al tiempo con la cabeza.

—Bueno, lo tuyo es más excitante. Yo quería algo más...

—Es que soy más popular que tú.

—Popular, mis calzones. Es sólo porque Daniel siempre fue un chico de buen estar. ¡Pero vaya! ¡Podían haber sido un poco más creativos! —Abigail no lo pudo evitar y se echó a reír. El carácter de estas dos mujeres iba mucho más allá de lo que se había imaginado. Siempre había pensado que si bien sus hermanas eran felices escuchando y esparciendo rumores, en el fondo las habían envidiado por ser quienes eran, por tener lo que tenían. No podía decir que no creía ni una palabra de lo que decían de ellas, pero conocía a las mujeres de su familia, así que siempre había preferido dar el beneficio de la duda.

Había acertado, Diana y Marissa eran mucho más sencillas y amistosas de lo que jamás pensó.

Hicieron el pedido y comieron entre risas, comentarios, preguntas acerca de la vida de Abigail, anécdotas propias y etc., así que el rato fue muy agradable, y Abigail, que nunca había tenido amigas, sintió que este par de mujeres podían ser las primeras en ser llamadas así.

—Conocí a Maurice hace un año —dijo Marissa entrecerrando sus ojos, como recordando la época—. Fue una vez... La primera vez que dormí en casa de David —dijo sin sonrojarse—. Era su fiesta de cumpleaños, y estaba rodeado de un montón de mujeres, todas comiéndoselo con los ojos.

—Sí fue hace un año —contestó Abigail—. Hoy es otra vez su cumpleaños —Marissa elevó ambas cejas sorprendida.

—¿De verdad? —Abigail asintió—. ¡Vaya! ¡David no me dijo nada esta mañana!

—Y yo creo que Daniel no lo sabe —dijo Diana sacando de inmediato su teléfono y marcando un número. Marissa la imitó—. Amor —dijo Diana por su teléfono—, hoy es el cumpleaños de Maurice...

—¡David! ¡Hoy es el cumpleaños de Mao! —Abigail sonrió al ver a las dos mujeres informar o quejarse con sus maridos por no haber sabido con antelación la fecha de cumpleaños de uno de sus amigos. Minutos después ambas cortaron la llamada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Diana—. No podemos dejar pasar la fecha desapercibida.

—¿Él no tiene nada planeado? —le preguntó Marissa a Abigail, que negó meneando la cabeza—. Recuerdo que el año pasado él mismo organizó su fiesta. La cerveza corrió por montones, y la comida... Y ahora es que caigo en cuenta de ello...

—No es que le encante celebrar su cumpleaños —dijo Abigail con voz pausada—. No le gusta mucho esta fecha... coincide con el aniversario de muerte de... Stephanie —Diana y Marissa se quedaron mudas por un momento, al cabo del cual, entendiendo la gravedad del asunto, Marissa susurró:

—Maldita puta—. Abigail casi tuvo un acceso de tos cuando escuchó la palabrota; nunca se imaginó que estas mujeres tan bien criadas las dijeran.

—Eso explica muchas cosas —dijo Diana, mirando pensativa los cristales de la mesa—. Como sea, ya que estás tú aquí, ¿no te parece que es momento de que las cosas en la vida de Maurice empiecen a cambiar?

—Me parece una excelente idea —sonrió Abigail, y de inmediato empezaron a planear lo que sería la fiesta de cumpleaños de Maurice. Sin perder tiempo, Marissa hizo llamadas y Diana contactó a Stephen Ramsay, que encantado se sumó a la organización del evento.

—¡Vaya, vaya! —dijo alguien a su espalda cuando ya se levantaban de la mesa para salir. Abigail reconoció la voz de inmediato; era su hermana menor, Candace—. Esperé encontrarme aquí a cualquier persona, menos a ti, ¡querida hermana! —Abigail se giró a mirarla. Candace la miraba con ojos muy abiertos por la sorpresa, y mirando también asombrada a sus compañeras de mesa. Abigail parpadeó repetidamente encontrándose incapaz de hacer las presentaciones. Era el efecto “hermanas”; cuando una de ellas la intimidaba, su garganta se cerraba a cal y canto.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Marissa elevando una rubia ceja, la miraba como se mira a una mosca que ha caído en la sopa.

—Mi nombre es Candace Chandler. Soy la esposa de Leonard Chandler.

—Ah, la esposa del pequeño Larry.

—Pequeño... ¿qué?

—Y tú eres la pequeña Livingstone —completó Diana, con una sonrisita que más parecía ser condescendiente que amable. Abigail las miró sorprendida, ellas estaban siendo tan antipáticas con su hermana, como antes simpáticas con ella. Observó que su hermana no sabía si indignarse o no; ella había luchado terriblemente por entrar y encajar en la más alta sociedad, donde pertenecían estas dos, y desairarlas no coordinaba con ese propósito.

—Vaya... nos conocen —sonrió Candace sumisa, y Abigail abrió grandes sus ojos sorprendida;

nunca la había visto rebajarse así.

—Bueno, eres la hermana de Abigail —sonrió Marissa, quitándole cualquier esperanza de popularidad al insinuar que era por ella que las conocía y no por sus propios méritos. Abigail miró al suelo. Las sutilezas iban y venían, y Marissa y Diana parecían expertas en devolver golpes muy finamente enviados, incluso parecían acostumbradas.

—¿No le envías saludos a mamá? —preguntó Candace al final, tal vez dándose por vencida al intentar impresionar a Diana y Marissa. Abigail no supo qué contestarle; saludar a Theresa sería enviar un mensaje de rebeldía, y no se sentía capaz, además, estaba segura de que si intentaba abrir la boca, sólo saldrían balbuceos.

—Salúdala de mi parte —dijo Marissa en su lugar—. No la conozco muy bien, pero tiene que ser encantadora al ser la progenitora de Abigail—. Candace le lanzó una sonrisa de despedida y se alejó. Al estar de nuevo solas, Diana le dio un codazo a Marissa.

—Ni yo pude identificar si eso último fue sarcasmo o sinceridad.

—Bueno, es mi defecto pensar que todas las madres del mundo son hermosas, buenas y sacrificadas... ¿Tu madre lo es, Abigail? —Ella respiró profundo. El efecto “hermanas” tenía que desaparecer rápido. La alivió pensar que ellas no encontraron nada extraño en su silencio.

—Mi madre... No, no lo es.

—Oh, vaya. Parece que eres otra sin—madre, después de todo —Diana se echó a reír al tiempo que iniciaban la caminata hacia la zona donde habían parqueado sus autos.

—Sin—madre? —preguntó Abigail.

—Es un apodo que nos autoimpusimos —explicó Diana—. La madre de Marissa murió cuando ella era prácticamente una bebé; la mía, cuando yo tenía siete años... y nos hicimos amigas de unas chicas que por una razón u otra estaban sin mamá.

—Ah... —Marissa sacudió su rubia cabellera llegando a su auto. Abigail se dio cuenta entonces de que no tenía en qué irse. Había venido aquí gracias a que Arthur la había traído en su auto, pero no había pensado en cómo irse de vuelta a casa. Tampoco traía consigo efectivo, sólo las tarjetas de Maurice, así que imaginó que tendría que ir a algún cajero automático y retirar dinero para luego subir a un taxi...

El teléfono nuevo descansaba en su bolso también nuevo, pero el único número telefónico que se sabía era el de Arthur... tendría que hacer mil cosas hoy por primera vez si quería empezar a ser independiente.

—¿Necesitas que te lleve a algún lado? —le preguntó Marissa al verla indecisa. Diana se detuvo en su ademán de ir hacia su auto.

—Creo que el apartamento de Maurice me queda más cerca a mí que a ti, Marissa. Yo la llevo.

—¿Estás segura? No se te apagará el auto unas cinco veces antes de que logres llegar?

—Qué mala eres –se quejó Diana ante la burla de Marissa a su inexperiencia conduciendo—. Para que sepas, de venida sólo se me apagó una vez. Y respeto todas las señales de tránsito, además; Abigail irá a salvo conmigo.

—Puedo tomar un taxi –señaló Abigail, pero Marissa y Diana ni la miraron, descartando de inmediato su idea, y Marissa sacó de su monedero una moneda de dólar.

—Cara o sello –le preguntó a Diana.

—Cara –contestó Diana, y Marissa hizo volar por el aire la moneda. Ganó Marissa, y Diana tuvo que subirse a su auto refunfuñando.

—Avasalladoras –dijo Abigail, recordando el término que Maurice había usado para referirse a ellas. Marissa la miró confundida.

—¿Cómo? –Abigail sonrió negando, y le dio la vuelta al auto para subirse en el asiento del copiloto. Marissa le quitó importancia alzando sus cejas y se sentó frente al volante.

Conversaron todo el camino de vuelta ultimando algunos detalles de la fiesta que pensaban prepararle a Maurice, y Abigail se dio cuenta de que el efecto “hermanas” había pasado ya. También ayudaba que sólo estuviera con una, Marissa, y no con las dos, así que pudo aportar ideas a la fiesta.

Candace entró a la casa de sus padres y ni miró a quien le había abierto la puerta, sólo caminó decidida al sitio donde era seguro encontrar a su madre, pero ella no estaba allí.

—¿Dónde está mamá? –le preguntó a una joven que se hallaba sacudiendo el polvo en una de las estanterías de la sala.

—Ella está... en el jardín... —antes de terminar, ya Candace había salido de la sala y caminó al jardín trasero. Allí estaban Theresa y Christine.

—¡Candace! –la saludó su madre con una sonrisa.

—No te vas a imaginar lo que me acaba de pasar –Christine la miró elevando una ceja.

—¿Qué te ocurrió?

—¡Fui a comer con la madre de Leonard a un restaurante finísimo! Uno donde cada plata cuesta...

—No nos interesa esa parte, gracias –masculló Christine, a quien su marido hacía mucho que no

llevaba a comer a uno de esos restaurantes.

—En fin, que a que no adivinan a quién me encontré allí—. Theresa y Christine la miraron interesadas—. ¡A nuestra queridísima hermana Abigail!

—¡¡Qué!! —gritaron Theresa y Christine al tiempo.

—¡Eso tiene que ser una broma!

—¡No es posible! ¡Ah! ¿Trabajaba allí?

—¡Claro que no trabajaba allí! ¡Era una comensal más! ¡Pero eso no es lo peor! ¡Lo peor es que estaba sentada al lado de mujeres como Marissa Hamilton y Diana Alcázar!

—Ya no se llaman así —apuntó Theresa, quien defendía a capa y espada aquello de someterse al marido.

—¿Pero qué hacía con ellas? ¡No hay modo en que las conozca!

—No tengo idea de qué hacían o de qué hablaban, ¡pero las muy zorras no hicieron sino defenderla! La muy estúpida se quedó ahí, como siempre, como un pasmarote, y mientras, ¡esas dos no hicieron sino atacarme! ¿Cómo es posible? ¡Yo soy amable! ¡Soy linda! ¡Abigail no tiene ningún encanto!

—Ya. No te pongas a llorar por eso —la regañó Christine, a quien ya no la conmovían los berrinches de su hermana menor.

—Es increíble —sonrió Theresa—. Parece que, después de todo, mi hija mayor salió bastante útil. Ustedes, Charlotte, Christine, y tú, Candace, hicieron buenos matrimonios, pero si les soy sincera, ninguna pudo entrar del todo a la más alta sociedad, no las aceptaron como debe ser, pero parece que Abigail entró pisando fuerte.

—¿Estás diciendo que esa nos ganó o algo así? ¿Qué estás queriendo decir, mamá?

—Que tal vez debamos hacerle una visita a Abigail, y reafirmar nuestros lazos familiares. No olviden que Ramsay es asquerosamente rico, más que cualquiera de sus maridos—. Candace y Christine se miraron desbordando el mismo odio. Por primera vez, Abigail estaba por encima de ellas en algo y lo detestaban.

Abigail llegó al dúplex de Maurice y lo encontró vacío. En la recepción había recibido todos los paquetes con las compras que había hecho, y ahora tenía la tarea de acomodarlo todo. Encontró que Maurice le había hecho espacio en el armario y sonrió. Él era considerado, nada egoísta, y siempre muy atento.

Sacó el teléfono de su bolso y miró en él los nuevos números que había ingresado: el de Marissa y Diana. De venida, le había pedido el número de Maurice con la excusa de que acababa de comprar el teléfono y por eso no lo tenía, y ella, sin hacer preguntas, se lo había pasado.

Marcó su número y se pegó el aparato en la oreja.

—¿Diga? —contestó él al otro lado. Abigail sonrió al escuchar su voz.

—Soy... soy Abigail. Este es mi número telefónico —al otro lado se escuchó el silencio, y ella pensó que a lo mejor él no la escuchaba—. ¿Maurice?

—Tu voz se escucha diferente por teléfono —ella sonrió—. ¿Te fue bien con las chicas?

—Sí... tal como dijiste, son avasalladoras.

—Pero no se metieron contigo, verdad?

—Claro que no... por el contrario, me defendieron muy bien.

—¿Te defendieron?

—Bueno... Nos encontramos con Candace... mi hermana.

—Ah, la pequeña Candace —Abigail no pudo evitar reír. Más o menos así la había llamado Diana.

—No estarás ocupado esta noche, verdad? —preguntó ella cambiando de tema, y recordando que era su tarea asegurarse de que él se presentara a una hora adecuada.

Maurice miró su reloj, eran las dos de la tarde. Siempre, en su cumpleaños, él mismo armaba una fiesta en el viejo edificio, o salía por allí con David, o cualquiera, a embriagarse y no pensar. Se temía que hoy lo pasaría ocupado en cosas muy diferentes y mucho más agradables.

—¿Tienes algo preparado para mí? —preguntó con voz que más pareció un ronroneo. Abigail empezó a sonrojarse, la voz de él insinuaba que tenía ciertas expectativas.

—Bueno... no va a ser algo muy grande... pero... ¿Podrías estar en casa a eso de las ocho?

—Mmmm, me encantará.

—¡No estés pensando cosas raras!

—¿Cosas raras? Preciosa, todas las cosas que estoy pensando ahora son muy normales entre un hombre y una mujer.

—Parece que no tienes otra cosa en la cabeza.

—Bueno, es que tus “cosas” son muy encantadoras.

—¡Maurice!! —exclamó ella escandalizada, y Maurice rió a carcajadas.

—Hablaba de tus pecas. No te pongas así.

—Sí, claro, como si no te conociera.

—Está bien, está bien. A las ocho.

—Gracias. Te... te envió... un beso —Maurice sonrió.

—¿Un beso dónde? —sabía que ella estaba incómoda con la pregunta, pues no contestó de inmediato. Él debía tener una muy mala personalidad si le placía molestarla de este modo, pero le era inevitable.

—¿Cómo... cómo que dónde?

—Bueno, puede ser un beso casto sobre la mejilla, y ese no lo quiero. Por eso te pregunto. ¿Un beso dónde?

—Maurice...

—¿En el cuello? ¿En la frente?

—¿Importa dónde va el beso? ¡Es un beso!

—Pero si es mi beso, yo tengo derecho a saber dónde me lo das. Venga, no seas mala.

—¡En... en... los labios... tonto! —y al decir esto, colgó. Maurice quedó riendo encantado y feliz. Besó varias veces su teléfono, como si así la estuviera besando a ella, y sin borrar la sonrisa, grabó el número de ella en su teléfono.

No quiso siquiera pensar en que estaba actuando como un enamorado, ni se detuvo a analizar sus propias reacciones, sólo se concentró de nuevo en su trabajo; aunque, de vez en cuando, sus ojos volvían al teléfono.

Maurice llegó a casa con expectativas. Por primera vez en mucho tiempo, tenía expectativas en su cumpleaños. Introdujo la llave en la cerradura de la puerta y la giró con mucho cuidado, pero ésta estaba oscura.

Sonrió, tal vez la sorpresa estaba arriba, en su habitación.

No terminó de completar este pensamiento cuando las luces se encendieron y un montón de personas gritaron “¡Sorpresa!”. De inmediato empezaron a cantar la canción del feliz cumpleaños, lo condujeron hacia el centro y le pusieron un gorrito en la cabeza y una cerveza negra, su favorita, en la mano. Aceptó los abrazos de David y Daniel, los besos de Marissa y Diana, y el abrazo de Michaela. Peter le palmeó la espalda, vio que Stephen levantaba su copa a modo de saludo desde un rincón, y Agatha lo miraba atenta, como una madre que no ha visto a su hijo en un año, y lo mimaba preguntándole cómo estaba.

Movió la cabeza buscando a Abigail, y la encontró al fin. Llevaba el cabello rojo recogido en un hermoso moño alto, que al parecer no podía contenerlos todos y se le escapaban dándole un toque descomplicado. Su vestido era gris plateado y sonreía entre tímida y feliz por verlo entre sus familiares y amigos en una fecha como esta.

Él se le acercó con ojos brillantes, y al tenerla en frente, ella le acomodó el gorrito.

—Feliz cumpleaños —dijo ella con voz suave.

—Esta era la sorpresa? —ella elevó una ceja.

—Espero no haberte decepcionado —Maurice ensanchó su boca en una amplia sonrisa.

—No creas que esto me distraerá. Obtendré lo que quiero —y sin mucha dilación, la atrapó por la cintura y la besó fuertemente sobre los labios entre vítores y aplausos de sus amigos; aunque ellos no prestaron demasiada atención al ruido, o a los flashes de alguna cámara indiscreta. Ella quería hacer feliz a este hombre que ahora estaba entre sus brazos, cualquier cosa que lo consiguiera, por ella, estaba bien.

A pesar de estar rodeada de tanta gente, y de ser ella la anfitriona, Abigail no se sintió para nada intimidada. Ni siquiera la mirada recelosa de Stephen Ramsay logró amilanarla; hoy se sentía maravillosa, completa, y no sabía exactamente por qué. O bueno, tal vez sí. Por una vez, ella no estaba escondida en una habitación mientras en la sala se desarrollaba una fiesta, no tenía que ver a las personas celebrando desde una esquina del segundo piso imaginando cómo sería ser normal.

Su mutismo no se había curado, seguía siendo una tartamuda, pero notaba cómo cada vez más iba ganando confianza en sí misma para hablar ante personas desconocidas. Tal vez era la certeza de que nadie la criticaría duramente luego, nadie se avergonzaría de ella ni soltaría largas cantinelas donde una y otra vez se repetía lo inútil que era, y la desgracia que era para la familia en caso de que llegase a fracasar en algún intento.

Estar con Maurice, haber encontrado al fin el valor de buscarlo, de ponerse en su camino y no dejarse apartar cuando él lo intentó la había transformado. Por qué no había hecho esto antes? Bueno, ella no sabía dónde estaba él. Nadie lo sabía; él había estado muy bien escondido entre estas personas que ahora eran su familia.

Se tomaron fotografías, comieron todo lo que se había preparado, rodó la cerveza, el vino y la champaña, pero Maurice permaneció con la misma cerveza negra de al principio.

—Todo está precioso —dijo Michaela mirando la sencilla decoración que entre Marissa, Diana y Abigail habían puesto en la sala. Marissa se había encargado de la cena y Diana de los invitados. Abigail había saqueado la cava de los vinos de Maurice y había elegido los mejores tanto para la cena como para los aperitivos. Había acompañado a su madre cientos de veces en estos menesteres y sabía desempeñarse bien en esta tarea, así que se tuvo confianza.

En toda la fiesta no dejó de sentir la mirada de Stephen Ramsay, y en una ocasión notó cómo los dos se alejaban al balcón para hablar en privado. Entonces sí se puso nerviosa.

—No te asustes —le dijo Diana—. Stephen ruge, pero no muerde.

—Él... podría... estar en contra.

—Podría, sí. Eres idéntica físicamente a la mujer que le arruinó la vida a su sobrino una vez, así que si tiene una que otra objeción, es comprensible. Él podría pensar que te estás aprovechando de tu parecido y encontrando en Maurice una debilidad para acapararlo. Así que serás tú misma quien deba tranquilizarlo a ese respecto. Cuando vea que tú sinceramente quieres a Maurice, él te aceptará—. Abigail la miró con asombro por el análisis que había hecho de la situación con la poca información que tenía.

—Maurice dijo de ti que tienes un raro don para observar a la gente —dijo, y Diana sólo sonrió.

—No es un raro don como él piensa. Es sólo que observo. Soy pintora, observar es mi trabajo—. Abigail volvió a mirar en dirección al balcón. Si de ella dependía que Stephen la aceptara, aquello iba a estar complicado. Si él ponía una cara de revólver, ella no sería capaz ni de abrir la boca.

—Qué estás haciendo al meter a esa mujer en tu casa? —le preguntó Stephen a Maurice antes de que éste cerrara del todo las puertaventanas del balcón para tener privacidad.

—Ya sabía yo que querías hablar de ella.

—Maurice... no te estarás cegando por el parecido que esta mujer tiene con Stephanie, verdad? Ya sé que la amabas, pero...

—Déjame decirte un par de cosas; uno: su parecido con Stephanie fue lo que más odié cuando la conocí, y huí de ella, pero me alcanzó. Ya no noto que son la misma cara, por dentro son tan diferentes que me parece increíble que tengan un parentesco; y dos: A Stephanie nunca la amé, amé un espejismo, amé lo que creía que ella era, amé una ilusión. Ella se encargó de mostrármelo, así que si tengo que ser sincero conmigo mismo, yo no estuve enamorado de mi verdadera esposa, mi verdadera esposa era una puta y me rehúso a decir que alguna vez amé a alguien así—. Stephen lo miró en silencio por varios segundos analizando la determinación en sus palabras. Nunca había visto a Maurice hablar de sus viejas heridas con tanta serenidad y objetividad.

Parpadeó varias veces, y miró ceñudo hacia la sala, donde los invitados conversaban y reían. Notó que Abigail los miraba expectante.

—No te molestará si la investigo, verdad? —Maurice se encogió de hombros.

—Crees que yo no lo hice?

—Y qué encontraste?

—Nada. Es como si hubiese estado en una cueva hasta hace unos días. No estudió en la escuela como una chica normal, no fue a la universidad. Todo el tiempo estuvo en casa atada a sus padres.

—Por qué? Hay algo mal con ella?

—Nada mal. Sólo es... tiene un trastorno del lenguaje; es tartamuda. Y me matará por habértelo dicho.

—Es...? Maurice, por Dios!

—Tiene ella la culpa de eso?

—No estoy diciendo eso!

—Entonces aceptas que tu discriminación no tiene fundamento?

—No la estoy discriminando, pero tienes que aceptar que para un hombre de tu posición...

—No te lamentas tú de haber dejado ir, por las conveniencias sociales, a una sencilla muchacha del servicio que pudo haber sido la mujer de tu vida y la madre de tus hijos? —eso dejó en silencio a Stephen. Era verdad. Él había pensado del mismo modo hacía casi treinta años y le había costado su felicidad y una vida al lado de su hijo.

—Está bien. Tienes razón... Lo siento por haber hablado así.

—Abigail es... ella es diferente, tío. Vamos, es tan cándida... tan parecida a mí antes de tropezarme con Stephanie.

—Tropezarte... no es ningún eufemismo eso que acabas de decir. Tú ciertamente tropezaste y caíste con ella. Mi preocupación es que no vuelvas a caer.

—No volveré a caer. Por alguna razón, siento que esta vez es ella la adecuada. Me hubiese gustado conocerla a ella antes que a Stephanie. Todo habría sido tan diferente.

—Pero por qué tiene que ser ella o la otra? Habiendo tantas mujeres.

—No tengo la menor idea, tío. Todo esto parece simplemente confabulado por el destino, y ya he visto que contra ese no se puede pelear y salir ganador. Dale una oportunidad a Abigail, si de pronto no puedes entablar una conversación con ella, simplemente obsérvala; notarás que su corazón es bueno.

Maurice dejó el balcón y se encaminó de nuevo a los asistentes de su fiesta. La música sonaba agradablemente, y las conversaciones mantenían su ritmo. De vez en cuando se escuchaba una carcajada de David; Helen, que había ido con Peter y había llevado a su bebé, conversaba con Diana acerca de las etapas del embarazo y luego la lactancia ante la mirada atenta de Daniel, y Marissa y Agatha caminaban por el apartamento mientras Marissa describía los cuadros que colgaban de las paredes dándole una idea a Agatha de lo caro y fino que era el mobiliario del que hasta hacía poco consideraban un pobretón sin mucha suerte en la vida.

—Ya le contaste a David que ustedes dos se comieron la tarta? —le preguntó Maurice a Peter mirando a Michaela con ceño, y ambos pusieron ojos grandes de asombro. Maurice no esperó a sus reacciones, y se dirigió a Abigail que intentaba descorchar otra botella en el mini bar.

—Qué quiso decir con eso? —preguntó Michaela mirando ceñuda a Peter.

—Él... él cree que tú y yo... lo hicimos.

—Por qué cree algo así?

—Bueno...

—Se lo dejaste creer?

—No! Fue un malentendido, pero él lo interpretó así y... no tuve ocasión de corregirlo.

—Peter! Si David se enterara...

—Es por eso que no lo hemos hecho? —preguntó él en voz baja mirándola fijamente a los ojos—.

Te da miedo lo que piense tu hermano? O es algo más, Mikki? —ella tragó saliva y bajó la mirada.

—Tú me gustas.

—Michaela, yo te amo. Deseo estar contigo, muero por eso... te he esperado, pero... si al menos supiera por qué me haces esperar, yo... tendría más paciencia.

—No tiene nada que ver contigo.

—Mierda. Así suena cuando te van a terminar —ella lo miró de reojo.

—Te han terminado antes?

—No, pero así se oye en las películas —Michaela sonrió mirándolo fijamente, él era tan bello, tan listo, tan comprensivo... su sonrisa se fue borrando. Tal vez debía decirle la verdad.

—Me gustaría estar contigo, pero he descubierto que cada vez que... ya sabes... me asusto.

—Yo te asusto?

—No!

—Sí —contradijo él—. A lo mejor soy demasiado impaciente...

—No, Peter, por el contrario, has sido tan paciente... Supongo que... en esos momentos, mi mente y mi corazón quieren, pero de alguna manera, siempre recuerdo a ese desgraciado que... logró manosearme y asustarme, y... —vio a Peter tragar saliva, como deseando ir al sitio donde se encontraban los responsables de sus miedos y matarlos con sus propias manos. Michaela, al entender sus pensamientos, pensamientos que de algún modo ella siempre entendía, puso sus manos sobre sus brazos y lo miró fijamente—. Yo te quiero... te quiero, Peter—. Él cerró sus ojos y respiró profundo.

—Esperaré. No hay otra chica con la que me apetezca estar.

—Lo dices como si en el momento en que te apetezca estar con otra me dejarás.

—Eso no será así.

—Si te buscas otra, Peter, te castraré.

—Auch! —ella se echó a reír, pero en el fondo sintió miedo, miedo de verdad. Peter era un hombre, después de todo. Había dejado claro en más de una ocasión que la deseaba, que quería estar con ella, y si era justa, ya había esperado bastante. Y si se cansaba de esperar? Y si llegaba otra, más guapa, más lista y más coqueta y se lo arrebatara? Quería a Peter! Tal vez sólo debía obligarse a sí misma, o pedir consejo, pero, a quién?

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Maurice a Abigail quitándole la botella de la mano para descorcharla él mismo. Abigail buscó a Stephen con la mirada.

—N—no. No.

—Así que... cuando dices mentiras, tartamudeas mucho, ¿eh? Buen dato.

—Y—yo... no estoy... n—nerviosa.

—Abby...

—¿Qué hablabas con tu tío? —él se echó a reír, y se escuchó el pop de la botella al ser descorchada. Sirvió las copas de vino que ella había dispuesto y contestó:

—Bueno, quería saber si de casualidad tú te estás aprovechando de tu parecido con mi ex mujer.

—Tal como dijo Diana —masculló ella cruzándose de brazos.

—Tienes que entenderlo. Me protege.

—Lo entiendo, pero... eso no lo sabrá hasta que me conozca.

—¿Le darás esa oportunidad? —ella elevó su mirada a él, y Maurice encontró el azul de sus ojos más fuerte que nunca.

—Yo... eso no lo sé. No sé qué es lo que hace que con algunas personas pueda hablar con normalidad y con otras, aunque las conozca de toda la vida, no pueda articular palabra.

—Tal vez tu garganta se cierra ante la gente mala. Mira, con todos los que están allí, que son gente buena, has podido hablar, pero con tu madre y tus hermanas, que son malas, nunca pudiste—. Ella sonrió ante la llana descripción que él hacía de su madre y sus hermanas.

—Sí, son malas.

—Malísimas.

—Unas arpías.

—Unas brujas.

—Me tuvieron encerrada en una cárcel como si ser... t—tarta...muda, fuera un crimen. Y no es mi crimen. Heredé estos genes de alguien, no es mi culpa, ¿verdad?

—Sólo fuiste la ganadora de la lotería genética. La naturaleza consideró que ser bella y buena ya era suficiente para ti. Es como la historia de la cenicienta, para tener piernas, necesitó sacrificar su voz—. Abigail frunció el ceño, confundida.

—Esa era la sirenita.

—¿Ah, sí? En fin, que me entendiste—. Abigail se echó a reír, y él no pudo evitar besarla. Ella se pegó a él sintiendo su lengua juguetona, sin importarle que los pudieran estar viendo. Él sabía y olía y se sentía tan bien... —Mujer, qué ansias por estar de nuevo a solas contigo.

—Te amo, Maurice...

—Oh, Dios! —susurró él, y se separó de ella sintiéndose enormemente agitado y excitado, deseando con todas sus fuerzas subirla a su hombro y llevarla directo a la cama.

—Qué lindos que se ven, comiéndose el uno al otro —dijo la voz de David, sonriente y malicioso.

—Piérdete —dijo Maurice sin mirarlo.

—Claro que no. Incluso he traído palomitas de maíz y coca—cola.

—Cariño, déjalos en paz —dijo Marissa acercándose a su marido al notar el terrible sonrojo de Abigail.

—¿Cuántas veces nos mortificó la vida Maurice a nosotros? —Marissa miró a Maurice pensativa.

—Bueno, pero no fue su intención.

—Sí lo fue. Yo quiero venganza.

—Piérdanse los dos.

—¿Por qué? —preguntó Daniel llegando, y apoyando los codos sobre la mesa del mini bar—. Esto está interesante aquí —Abigail, no pudiendo soportar la presión, tomó las copas y se dirigió con ellas hacia los otros invitados. Maurice miró a sus amigos deseando matarlos con la mirada, pero David sólo ensanchó su sonrisa y Daniel lo miró con inocencia—. ¿Has oído hablar del karma? —le preguntó con media sonrisa.

—No sé qué mierda es.

—Está usando palabrotas. Se lo diré a la abuela.

—Piensa en que pronto nos iremos y tendrás a tu presa sola.

—Chicos, ustedes son horribles —dijo Marissa con voz resignada y se fue al otro extremo de la sala, donde Diana rechazaba la champaña y se tocaba el vientre aún plano. David dejó de mirarle el trasero a su mujer y se concentró de nuevo en Maurice.

—¿Por qué acosas a una chica indefensa en público? Chico malo, eso no se hace.

—¿Y por qué me joden ustedes dos?

—¿Quieres que te señale las veces que nos jodiste tú a nosotros?

—Siempre inoportuno.

—Siempre ponzoñoso.

—No fue tanto.

—Sí lo fue —señaló Daniel—. Intentaste convencerme de que no me casara.

—Te estaba haciendo un favor.

—Le dijiste cosas feas a Marissa cuando regresó de Los Ángeles.

—¿Ella te lo dijo? —David hizo una mueca.

—No, pero tú me lo acabas de confirmar

—Mierda —David y Daniel suspiraron, pero luego los tres se echaron a reír.

—Es tan conmovedor ver a mi hermanito enamorado.

—No lo estoy.

—Oh, casi te la comes ahorita, pero no estás enamorado —se burló Daniel—. Primo, cuando de veras lo estés, no quiero verlo.

—No lo verás.

La fiesta se prolongó un poco, pero todo fue gracias al gran ambiente que se sentía, y a la buena vibra. Maurice notó a Michaela más nerviosa y distante que antes, y pensó que a lo mejor no debió decir lo que dijo delante de ella. No había notado algo distinto en la adolescente, pero no había querido perder la oportunidad de poner a ese par a pensar acerca de lo que estaban haciendo y las repercusiones que tendrían si no eran responsables. Pero tal vez ella no había entendido el mensaje así y se había molestado.

En fin, que a veces no era muy listo para comunicarse. Abigail lo hacía mejor.

Se dio la vuelta y la vio hablar con el tío Stephen, el último de los invitados. Bueno, él hablaba, ella lo miraba y asentía en silencio.

—¿Aceptarías una invitación a comer en mi casa? —ella miró a Maurice, y éste ni asintió ni negó, dejándola decidir por sí misma.

—Bu—bueno... yo... me—me encantaría.

—Gracias.

—Que no sea mañana —intervino Maurice.

—Por qué no?

—Porque hoy era mi cumpleaños y se la llevaron de mi lado todo el día. Mañana quiero acapararla —Stephen sonrió.

—Está bien. ¿El sábado te parece bien?

—El domingo está mejor. Y que sepas que no iré a la oficina este par de días.

—Estás muy disoluto tú.

—Tengo mis razones —sonrió Maurice, y Abigail miraba a uno y a otro sin entender del todo la conversación. ¿Por qué Maurice pensaba acapararla? ¿Quería llevarla a algún sitio?

Stephen se fue y ella lo entendió, pues de inmediato Maurice la acaparó. La abrazó y la puso contra la pared, y sin quitarle del todo el vestido paseó sus manos por todo su cuerpo.

—Me he estado conteniendo duramente. ¿Por qué me has hecho esperar tanto?

—¿Esperar? —preguntó ella con inocencia. Maurice le tomó una mano y se la puso en la entrepierna. Ella dejó salir el aire. ¡Nunca había tocado eso!

—He estado así desde esta mañana. No sabes lo que he tenido que soportar—. Él le movió la mano, y al ver que esto a él le gustaba, ella no hizo nada por retirar su mano, sólo continuó los movimientos que él había iniciado.

Qué extraño era el cuerpo de un hombre, tan duro, tan plano, tan anguloso. Y esto que ella tocaba con sus manos parecía un ser vivo con independencia de su dueño, que gemía con los ojos cerrados.

—Abby... —susurró él quedamente. ¿Tenía ella el talón de Aquiles de todos los hombres en sus manos? Bueno, al menos el de Maurice sí, sonrió.

Se acercó a él y le besó el cuello, sin dejar de acariciarlo, y sintió su gemido pleno en su garganta. Esto a él le gustaba, era muy sensible, y ella sentía cómo cada vez iba perdiendo un poco más de sus temores y vergüenzas deseando satisfacerlo, explorar esos caminos que ni siquiera se imaginó que existían. ¡Ah, esto era tan diferente a todo lo que alguna vez se imaginó, a todo lo que alguna vez escuchó susurrar entre sus hermanas y su madre! Esto era placentero, agradable, te conectaba con el hombre que amabas a niveles increíbles, te hacía sentir única, especial, querida, mimada. Estaría feliz de hacer esto con Maurice por el resto de su vida, fuera ese resto uno o treinta años más.

Que fueran cincuenta. Podía imaginarse a sí misma a los ochenta y retozando con Maurice en la cama.

Sonriendo, sacó la lengua, tal como él había hecho una vez con ella, y la metió en su oreja. El gemido de Maurice fue de auténtica agonía. Bueno, él se había esforzado en ser un buen maestro, y ella sólo estaba poniendo en práctica lo que había aprendido.

Ella no tenía ni idea de que lo que ella sabía, frente a la realidad, podía compararse a una gota de agua lluvia frente a la inmensidad de los océanos, y Maurice estaba más que ansioso por enseñarle.

Maurice estaba enloqueciendo con el toque de Abigail, ella ahora le estaba besando la línea de la mandíbula, aunque tenía que inclinarse un poco para que ella lo alcanzara bien, así que le tomó la mano que ella tenía en su entrepierna y la separó para llevarla al sofá. Cuando vio que ella miraba las escaleras con cierta confusión, él sonrió.

—Podemos hacerlo en cualquier sitio de la casa —susurró acomodándola en el sofá.

—En cualquiera?

—En la cocina, la sala, el balcón...

—¿Y en el baño? —él se quedó serio, pero no dejó de trabajar en desnudarse a sí mismo y a ella.

—El baño no.

—¿Por... lo que pasó allí hace años? —ahora sí, él se detuvo y la miró a los ojos.

—Odio las bañeras. Tengo mis razones.

—Vale.

—No es... Bueno, sí. Es un trauma. Me da miedo... hacer lo que su amante hizo, y aplastarte y ahogarte con mi peso—. Ella extendió su mano a él y le tocó la barba, él movió la cabeza y besó la palma de esa mano con sus ojos cerrados.

Abigail comprendió que su amado estaba lleno de cicatrices y heridas por todo su ser. Algunas de ellas apenas habían dejado de sangrar, y seguían sensibles.

Con sus manos, atrajo su cabeza a ella para besarla, y él no se resistió, Abigail abrió sus piernas para que Maurice se acomodara entre ellas y él lo hizo. Recibió sus besos, sus caricias y sus mimos, y cuando ella metió las manos entre los dos, ya no se sorprendió de lo desinhibida que estaba siendo la mujer que hasta hacía poco no sabía lo que era el sexo. Ah, había tenido tanta razón al pensar que ella sería como arcilla en su cama. Estaba aprendiendo rápido.

Se separó un poco de ella y le sacó el vestido, debajo, ella llevaba ropa interior de encaje y eso le encantó. Este conjunto él no se lo había visto, y se felicitó a sí mismo por haberle dado sus tarjetas esta mañana.

—Fuiste de compras —ella sonrió.

—Y me divertí mucho.

—Oh, nena. No me digas eso —ella se echó a reír, y esa risa cantarina lo excitó aún más. Enterró su cabeza en el hueco de su cuello y aspiró su delicioso perfume, tan suave. Le quitó el sostén, y se

deleitó besando cada peca, hasta llegar a su pecho, donde persistían algunas, y esta vez se maravilló por lo rosado de sus pezones. Anoche lo habían hecho en la oscuridad, así que no había podido contemplarla detenidamente. Los pechos de ella eran redondos y llenaban su mano, y esa piel tan cálida lo estaba invitando a besar, chupar, lamer y morder, y él lo hizo.

Cuando escuchó la respiración agitada de ella, y cómo iban aumentando sus suaves gemidos, se sintió poderoso. Ah, estaba en el sitio correcto en todo el universo, y ya no le asustó la imagen de la rosa abrirse pétalo a pétalo. Esto era adecuado para su vida, ¿dónde había estado los pasados años?

Fue bajando por el vientre hasta llegar al ombligo, y allí se detuvo largo rato. El de ella era un poco profundo, y sin querer, tuvo que compararlo con el de Stephanie, que era más bien plano. Le sacó las bragas pensando en que si bien Abigail era un poco más llenita de carnes, era mucho más sensual. Respondía mejor a los estímulos, y a pesar de ser menos experta en el tema del dormitorio, era más sensible, más asertiva, e incluso más profunda.

Oh, sí, quería comprobarlo una vez más.

Contrólate, se dijo. Esta vez, por una vez, hazlo bien.

Cuando ella estuvo desnuda, y vio los pocos rizos rojizos que ella tenía en su pubis, sonrió. No se había depilado, y eso le encantó. Pasó la mano por encima de ellos, y vio que ella lo miraba con expectación.

—Nadie... me ha tocado allí jamás.

—Lo sé.

—Me enseñaron... que es indecente—. Él frunció el ceño.

—¿Ni tú misma te has tocado? —Abigail se sonrojó, y Maurice la miró intrigado.

—Bueno... Yo... una vez... me toqué... pero...

—No sentiste nada.

—No sabía qué debía sentir.

—Es normal—. Él buscó la mano de ella y la puso sobre su entrada, confundida, Abigail abrió enormes sus ojos.

—Qué...

—Te enseñaré a tocarlo.

—¿Para qué?

—Para que sepas lo que debes hacer.

—¿Por qué?

—Cariño, haces demasiadas preguntas.

—Pero te tengo a ti —él se echó a reír.

—Eso es muy dulce de tu parte, pero quiero enseñarte, así que permíteme hacerlo—. Abigail se mordió los labios, y Maurice volvió a tomarle la mano y a ponerla en el mismo lugar—. Estos... —dijo pasando los dedos de ella por su entrada— son los labios mayores...

—Lo sé... lo vi... en clase de biología.

—¿Ah, sí? Tu maestro... era hombre o mujer?

—Mujer, obviamente.

—Ah, qué poco divertido. Bueno, sigamos. Ésta es la entrada a tu vagina —dijo él pasándole el dedo medio, y la sintió crisparse levemente—. Por aquí es por donde entro yo. Se humedece cuando estás excitada, como ahora—. Ella estaba hirviendo, y Maurice se vio tentado a abandonar su clase y zambullirse en ella, pero otra vez se obligó a ser paciente. Jugar era parte del placer—. Y éste —siguió él guiándole el dedo ahora hacia la parte alta de sus labios menores— es tu clítoris. Un punto muy sensible en la mujer —ella gimió cuando él le hizo pasarse el dedo varias veces—. Sí —corroboró él—, muy sensible. Toda tú eres tan sensible. Nunca conocí a una mujer tan inexplorada como tú.

—Lo... lo siento.

—¿Y te disculpas? Mujer, eres un raro tesoro que yo tuve el privilegio de hallar —él seguía haciendo que ella se tocara, guiando sus dedos arriba y abajo, y Abigail cada vez se iba perdiendo más en las sensaciones, pero cuando él bajó su cabeza a ella, y sintió su lengua, su mágica lengua, allí, soltó un grito de sorpresa y placer que la dejó sorda, tartamuda y sorda.

Pero él no paró. Oh, Dios, esto era sublime. La recorría de arriba abajo, con rápidos lametones, la rodeaba, la crispaba, y luego entró en ella y retorció su lengua como un torbellino sacándole la poca cordura que le quedaba... y entonces hubo un eclipse y una lluvia de meteoros en su cabeza y ya no fue consciente de nada que la rodeara, sólo de Maurice dentro de ella de una manera que jamás imaginó posible.

Sin perder tiempo, y sin dejar que en ella pasaran las explosiones tardías de su orgasmo, él se puso en su entrada, arrodillado entre sus piernas, y la movió poco a poco hasta quedar dentro, totalmente dentro de ella. Ella lo apretó fuertemente en su interior y Maurice estuvo a punto de perder la cordura.

“Oh, casi te la comes ahorita y no estás enamorado”, había dicho Daniel. Su tonto primo y sus frases tan acertadas.

Empezó a mover las caderas, pero no de la manera convencional, sino haciendo círculos dentro de ella. Abigail empezó a ver estrellas, pero esto era sólo una parte del universo que él quería mostrarle.

—¡Maurice! —suplicó ella extendiendo una manita a él y tocándole el hombro, como pidiéndole que hiciera algo, o se detuviera, o terminara, o quién sabe qué, pero él siguió moviéndose suavemente en su interior, en círculos, en círculos, y Abigail se embarcó en un nuevo orgasmo. El segundo, y apenas iban diez minutos.

“Nadie te amaré jamás como te amo yo”, había dicho ella la vez que él, de aquella manera tan burda y poco elegante, le había arrebatado la virginidad. En ese momento, aquella declaración le había parecido tan vana y superficial... pero cuando ella la repitió con tanta seguridad, sus ojos fueron como arpones clavados en su corazón, herido ya de muerte.

Estaba empezando a creerlo. Esta mujer lo amaba, y dudaba haber sido amado alguna vez así. Ni su madre, que había huido dejándolo en manos de su tío lo había amado; pero esta mujer sí, lo aceptaba incondicionalmente. Él estaba echado a perder a varios niveles, pero ella, aun así, lo amaba.

Se sintió humilde y bendecido por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, y buscó la boca de Abigail para besarla a la vez que aceleraba sus movimientos dentro y fuera de ella.

—Abby, Abby —susurró—. Mi hermosa, mi dulce Abby.

Cuando se dejó ir, no fue consciente de cuánto tiempo pasó, si seguían siendo diez minutos, o media hora, o dos. Sólo supo que, cuando terminó, desnudos los dos, corrieron escaleras arriba para seguir jugando ahora en la cama, a explorarse el uno al otro, a seguir aprendiendo del cuerpo del otro. A seguir siendo como niños que no se veían hacía ya demasiado tiempo. A amarse.

Pasado el mediodía, Maurice salió de debajo de un brazo de Abigail y desenredó su roja cabellera para poder encontrar el maldito teléfono que no dejaba de sonar. Había intentado ignorarlo, pero este seguía vibrando y timbrando inexorablemente, y Abigail ni se había inmutado. Debía estar en el quinto sueño.

—¿Sí? —contestó de mala gana, y al otro lado se escuchó el suspiro de Arthur Gardner.

—Al fin contestas.

—Fuiste a la escuela de los inoportunos y te ganaste el premio a mejor estudiante, ¿verdad?

—La tía Theresa quiere verlos —cortó Arthur.

—¿Qué?

—A ti, y a Abigail. Quiere... la escuché muy entusiasmada, y eso me da mala espina.

—¿Y por qué eres tú su vocero?

—Porque no tiene tu número, ni el de Abigail, ni ningún otro medio para contactarla.

—¿Y por qué ahora sí quiere verla? —preguntó Maurice saliendo del todo de la cama y caminando con pereza al baño. Cerró la puerta y se miró en el espejo. Parecía un cadáver, pero eso le gustó, había estado bien ocupado anoche y parte de la mañana.

—No sé por qué, no sé qué trama, pero no me gusta. Ten cuidado.

—Siempre tengo cuidado cuando de esas brujas se trata. No quiero que vean a Abby, su sola presencia la trastorna.

—¿Estás seguro? Ellas insistirán.

—Estoy seguro, y sé que si se lo pregunto a ella, dirá lo mismo, así que creo que tendrás que decirle a tu querida tía que no es bienvenida aquí—. Maurice escuchó a Arthur resoplar muy poco elegantemente, pero no le refutó nada.

—Vale, les diré eso.

—No tienes que ser nada diplomático, no te esfuerces —Arthur se echó a reír.

—Sí, lo sé. Pero no quiero que asesinen al mensajero, así que yo veré en qué forma se lo digo.

—Vale. Tú mismo—. Arthur cortó la llamada y Maurice miró su teléfono un poco pensativo. Theresa Livingstone no daba puntada sin dedal, debía tener un plan, o una intención. ¿Qué se traía entre manos?

Cuando salió de nuevo a la alcoba, encontró a Abigail sentada en medio de la cama y mirando todo en derredor como si aún siguiera dormida. Él gateó hasta ella en el colchón con una sonrisa perezosa, pero que prometía diversión.

—Tengo hambre —informó ella, y Maurice miró la hora.

—Vale. Hora de comer. ¿Salimos de la guarida o mandamos a traer algo?

—Tengo mucha ropa bonita que estrenar.

—Ya veo. ¿Nos duchamos juntos?

—Tengo hambre —repitió ella—. Si me meto contigo a la ducha, moriré de inanición—. Maurice sonrió negando.

—Me vas conociendo. Está bien. Tú primero. Date prisa—. Abigail hizo caso, y arrastró consigo la sábana, pero a mitad de camino la soltó, y tan desnuda como estaba, se giró a él.

—Quería preguntarte —empezó a decir ella, e hizo como que no advertía la mirada ardiente de él por todo su cuerpo—. ¿Siempre eres así?

—¿Así cómo? —ella se encogió de hombros.

—Toda la noche, toda la mañana... si hemos dormido un par de horas es mucho—. Maurice sonrió de medio lado y la miró a los ojos pensando en la respuesta. No recordaba haber sido así nunca antes. Ni siquiera en su luna de miel. Tal vez porque era inexperto, tal vez porque su compañera de cama nunca se mostró tan entusiasta. Tal vez porque no era Abby.

—No, no siempre soy así —y ella, como si no requiriera de más respuesta, simplemente asintió y caminó a paso lento hasta el cuarto de baño, y Maurice no desprendió sus ojos del par de hoyuelos que se formaban en la parte alta de su trasero.

Se tiró a la cama lamentando haber prometido dejarla ducharse sola, pero quería estar allí con ella de inmediato.

No, él no era así, y del mismo modo, nunca se había sentido así. Pero era agradable. Casarse no sería tan malo.

Theresa no se lo podía creer, ella realmente no podía asimilar que su propia hija se estuviese negando a verla.

Estaba lívida. Sentía como si la sangre hubiese huido a algún sitio de su cuerpo y no lograba hacerla circular normalmente. Sostenía en sus manos el teléfono y lo miraba sintiéndose en otra dimensión, no en una donde Abigail, su defectuosa hija mayor la obedecía ciegamente, sino una donde la desafiaba y la contradecía.

Ya esta chica había demostrado que no era tan tonta como toda la vida había aparentado cuando se subió a esa motocicleta con Maurice Ramsay. Había concluido que era a él a quien había ido a ver en esas raras escapadas que le había costado el trabajo a todos los empleados que sospechó le habían colaborado para ese absurdo.

Maurice había demostrado seguir sintiendo debilidad por las pelirrojas de la familia, esa cara debía ser una difícil de olvidar o ignorar para él, y en el momento en que ella quería sacar ventaja de esa situación, la que podía convertirse en su mejor aliada se estaba rehusando a verla.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Christine entrando a la sala, y Theresa la miró en silencio por largo rato. Ahora los logros de sus otras hijas palidecían ante el de Abigail. Christine se estaba convirtiendo más bien en una carga al haber traído aquí a su arruinado marido y sus dos hijos. Abby, Abby. ¿Cuándo imaginó ella que la necesitaría tanto?

—Su majestad, Abigail —murmuró Theresa contestando a la pregunta de su hija— no quiere verme—. Christine elevó sus cejas y sonrió cruzándose de brazos.

—Bueno, no me extraña.

—¡Soy su madre!

—Al parecer eso no le importa mucho. Está en un sitio donde no tiene restricciones de nada. Si lo que dijo Candace es cierto, está viviendo tal como tú lo has dicho: como una reina. Tienes que reconocer que ella aquí no tenía más autoridad o libertad que cualquiera de los empleados—. Theresa la miró apretando fuerte su mandíbula.

—Soy su madre. Ella debería guardarme respeto sólo por eso.

—¿Insistirás? —preguntó Christine, intentando cambiar el tema; su madre sólo se estaba encrespando más.

—Claro que insistiré, hasta que acepte verme.

—¿Para qué, mamá? ¿Qué propósito tienes?

—El que sea. No me conviene que se aleje de mí...

—¿Estamos mal de dinero?

—Tú no deberías hacer ese tipo de preguntas. Te casaste con James Stevens para que estuvieras en lo alto, pero esa familia lo ha perdido todo y mírate aquí. Tú más que nadie debería apoyarme en este proyecto. Necesitamos el dinero de Ramsay. ¡Todos necesitamos ese dinero! —incómoda por la llana descripción de su horrible situación, Christine miró a todos lados con sus ojos azules inquietos y llenos de incomodidad. A veces odiaba a su madre, y al mundo entero.

Era verdad lo de la familia de su marido, y ese perdedor sólo se estaba hundiendo cada vez más; incluso le había sugerido irse a vivir a uno de los suburbios a una casa modesta que pudiera pagar con un salario. ¡Él un asalariado! ¡Ella la mujer de un asalariado!

Pero no le veía futuro al proyecto de su madre. Dudaba que Maurice Ramsay quisiera alguna vez ayudarlos. No, eso no sucedería jamás.

Respiró profundo y dejó sola a su madre con sus cavilaciones. Ella intentaría su antiguo método de sonreír y fingir, pero esta vez dudaba que le diera resultado; no se podía engañar dos veces con el mismo truco, al menos que el engaño fuera un auténtico idiota, y dudaba que Maurice lo fuera.

Theresa estaba perdiendo el tiempo.

Abigail entró a la mansión Ramsay, la casa donde Maurice había nacido y crecido, y lo miró todo intentando no mostrarse demasiado asombrada. La casa exudaba un estilo antiguo y sobrio, los jardines inmensos la hacían imponente, y todo en derredor, aunque tranquilo y algo vacío, parecía vivo.

Era precioso.

—¿Te gusta? —le preguntó Maurice guiándola hacia la entrada tomándole la mano, como siempre hacía cuando caminaban juntos. Abigail sonrió.

—Decir que no sería una auténtica grosería. Esto más que gustar... se impone.

—Bien dicho. ¿Te gustaría vivir aquí alguna vez? —Abigail lo pensó seriamente. No tenía nada en contra de los modernos apartamentos, pero no eran nada prácticos a la hora de educar niños. ¿Y si tenían que cambiarse alguna vez, por qué no aquí?

Pero mudarse aquí traía implicaciones. Dirigir una mansión no era nada parecido a dirigir un pequeño apartamento. Mientras Maurice se dedicara a su empresa y su dinero, ella se encargaría de la casa, sus facturas, su personal de servicio y todo lo que la hiciera funcionar. Las casas grandes eran un lujo y un gasto de tiempo y dinero.

Por otro lado, las comodidades que ofrecían compensaban muy bien la inversión.

—Creo que no me opondría —contestó ella, y Maurice sonrió dándole un beso en la mejilla.

Los condujeron al interior de una preciosa sala de estar con muebles en cuero blanco y flores rojas en algunas de las mesas auxiliares. Uno que otro accesorio negro y rojo le daban un toque moderno y juvenil, algo que no se esperó en una casa tan antigua.

Stephen Ramsay entró por una de las puertas y les sonrió. Al verla a ella, su sonrisa se hizo un poco tensa, pero no dijo nada desagradable, sólo se les acercó y les tendió la mano a ambos.

—Bienvenidos —les dijo, y ellos sonrieron agradeciendo. Se sentaron en los muebles y Stephen notó la cercanía de los dos. Parecían una auténtica pareja de enamorados, y eso hizo que mirara a su sobrino expectante. Sólo una vez, hacía tiempo, lo había visto así. Sabía que no había vuelto a tener un romance serio en los pasados siete años, pues se había asegurado de seguir cada uno de sus pasos en todo ese tiempo.

Esto lo preocupaba, lo preocupaba sobremanera.

—Parece que está todo bien entre ustedes dos.

—De maravilla —contestó Maurice sonriendo—. Nos casaremos—. Stephen no pudo evitar alzar

ambas cejas.

—¿Ah, de verdad?

—Ya sé que te opones, tío. Tal como te opusiste hace... años, con Stephanie, pero... esta vez es diferente.

—Es diferente porque...

—Porque yo no soy Stephanie –contestó Abigail con voz más segura de la que se propuso, y Maurice la miró sorprendido. Ella carraspeó, disimulando tal vez el tono de su voz—. A diferencia de mi prima... yo sí amo a Maurice. Yo sí estoy dispuesta a serle fiel hasta el día que me muera, a amarle y cumplir cada uno de los votos matrimoniales.

—Dijiste que era tartamuda –susurró Stephen mirando ceñudo a Maurice, y se dio cuenta de su paso en falso cuando Abigail hizo una fuerte inspiración y miró a Maurice con reproche.

—Le... le... d—dijiste... Maurice! –dijo con dificultad. Si había algo que odiaba, si había algo que detestaba con toda su alma, era que fueran hablando por allí de su condición. Y Maurice lo había hecho, ¡y nada menos que con su tío, una persona que ella necesitaba impresionar!

—Lo siento... ¡Tío, te dije que no lo dijeras!

—¡Lo siento! –Stephen no terminó la frase cuando Abigail se puso en pie dispuesta a salir de la sala tremendamente ofendida porque algo así hubiese salido a relucir en una conversación que esperaba de otro modo. Maurice la detuvo rodeándola con los brazos, pero ella estaba teniendo dificultades para articular palabras, respirar, mirar a cualquier persona.

—No me importa –dijo Stephen con voz fuerte—. Tus defectos... no me importan—. Abigail lo miró, y poco a poco la locura que había intentado invadirla se fue evaporando. Maurice seguía reteniéndola en sus brazos, hasta que pudo aflojar el agarre seguro de que ella no saldría huyendo.

—Po—por... por qué?

—Porque no es tu culpa... o sí? –Abigail bajó su cabeza con los ojos fuertemente cerrados y sacudió su cabeza—. Por eso. No me importa. Siento haberlo dicho tan descuidadamente.

—Y—yo... espero que no se pase... a los niños—. Stephen sonrió.

—¿Deseas niños?

—Antes de un año... aspiro dar a luz al primer hijo de Maurice—. Él sintió un pinchazo en su corazón. Claro, tenía que ser antes del año, porque luego ella moriría.

—Te ves muy segura de ti misma –comentó Stephen.

—Lo estoy—. Sintió las manos de Maurice recorrer sus brazos dulcemente, y ella buscó su mirada. Ahora deseaba reprocharle el haberle contado su terrible defecto a su tío, pues ella se había preparado mentalmente para hablar con normalidad, pero ver esa extraña luz en sus ojos la detuvo. Él estaba pensando en lo que sucedería después del año, estaba anticipando su pérdida.

No, no pienses eso, quiso decirle, pero no pudo. ¿Cómo intentar evitarlo si ella había sembrado esa idea en su mente para que aceptara casarse con ella sin pensarlo demasiado? Con su muerte, ella le estaba dando una salida a lo que él temía se convirtiera en un infierno. Y él había aceptado tal vez por eso, pero eso empezaba a lastimarlo, y ella empezaba a sentirse terriblemente mal. Lo abrazó, y, encerrados en ese abrazo, aislados de todo lo demás, quisieron decirse mil cosas, revelarse mil cosas, pero, sobre todo ella, estaba atada por sus mentiras.

¿Qué voy a hacer cuando te vayas? Quiso preguntar Maurice, pero ella una vez le había pedido entre lágrimas que no hablaran del momento de la partida. Había asegurado que eso simplemente algún día sucedería y ya. Un año de vida.

Tío Stephen parecía haber aceptado a Abigail mejor de lo que jamás aceptó a Stephanie. Con ella las cosas habían sido de otro cariz siempre, las reuniones familiares eran incómodas y por eso hubo muy pocas en el tiempo en que fueron novios y luego esposos. De alguna manera, parecía como si todo en el mundo hubiese estado mal cuando se casó con Stephanie, pero bien cuando de Abigail se trataba. Todo era muy injusto, pues no lo pasarían juntos el resto de su vida.

—¿Te parece bien si hacemos la boda el otro fin de semana? —preguntó él cuando ya iban de regreso a casa, sumidos en un silencio algo denso dentro del auto. Ella miró su perfil y tragó saliva.

—Sí, me parece bien.

—¿Quieres algo grande? Porque... como comprenderás, yo no.

—No. No quiero fiestas grandes. El juez, los testigos, tú y yo nos las arreglaremos bien—. Maurice sonrió.

—No podrá ser así de sencillo. Mi familia y amigos no lo permitirán—. Él suspiró—. Al menos habrá que planear una pequeña recepción—. Abigail asintió. Cuando se casaran, cuando ella tuviera en su vientre a su hijo, le diría la verdad, no la verdad de su supuesta enfermedad, sino la verdad de aquella niña que él conoció en un bosque en invierno. Tal vez esa verdad le ayudara a creer en las segundas oportunidades y aceptara el “milagro” que se iba a producir en ella. Ella no iba a morir en un año, al menos no por la enfermedad que se había inventado.

Había sentido su tristeza al pensar que la perdería, y lejos de satisfacerla el hecho de que se estaba convirtiendo en importante para él, la angustiaba saber que le estaba produciendo dolor en su corazón. Cuando pensó que para él no era más que una molestia, la mentira había venido bien, pero ahora no. Él estaba desarrollando un apego por ella y pensar que la perdería lo lastimaba. Ella lo estaba lastimando, y se odiaba por eso.

Que pasara el año pronto. Que naciera un niño pronto.

Él extendió su mano a ella y la apretó con delicadeza. Eso terminó de arrugar su corazón. Por qué todo había tenido que desarrollarse así? Por qué con ella todo había tenido que ser siempre tan difícil?

Sus ojos se humedecieron, y él no hizo comentarios; llegaron a casa y esa noche durmieron desnudos y abrazados, en silencio, temiendo perderse, pero por tan diferentes motivos.

Charlotte Richardson se sentó en la mesa de un restaurante frente a su hermana Christine como se había vuelto usual en los últimos años, aunque últimamente siempre era ella la que pagaba la cuenta.

Afortunadamente, ella no tenía los problemas económicos de su hermana mediana. Era una pena que la familia de James hubiese perdido gran parte de sus riquezas, y al ser tantos hermanos, la parte que le había quedado a él había sido más bien poca. Su esposo William, por el contrario, estaba haciendo más dinero que nunca. Hacía unas semanas se había asustado bastante cuando él prácticamente le ordenó que redujera un poco sus gastos, pues estaba haciendo inversiones importantes. Cuando le preguntó si era que acaso se estaban quedando pobres, él se echó a reír y le aseguró que eso no sucedería en mucho rato.

Afortunadamente.

No sabía cómo reaccionaría ella si se encontrara en la situación de Christine. Lloraría mucho, supuso.

—Está todo bien? —le preguntó Charlotte a Christine a modo de saludo, y se dieron un beso en cada mejilla.

—Sí. Todo bien.

—Se te ve muy pensativa.

—Estoy pensativa.

—¿Qué ocupa tu mente ahora? ¿Sigue habiendo problemas con James? —Christine hizo una mueca rechazando el tema que su hermana le proponía. Un mesero llegó y Charlotte hizo su pedido.

—Se trata de... Abigail.

—Ah. La ovejita extraviada. Está con Ramsay, ¿no? ¿Cuál es el problema?

—El problema es que ahora mamá quiere que la volvamos a unir a la familia y ella se rehúsa. Rechazó una visita.

—Vaya. Quién lo dijera. Abigail es arriesgada —se echó a reír y Christine notó lo blancos que ahora lucían otra vez sus dientes. Charlotte se había vuelto a hacer un blanqueamiento, otro que no le duraría mucho, pues fumaba.

—¿Qué crees que sucede con esos dos? —preguntó Christine—. Quiero decir... ella... no podemos negar que es... bonita. Pero no tiene nada más; es decir, ni siquiera se puede hablar con ella. ¿Qué propósito tiene Ramsay con ella? O, ¿cómo hizo ella para atrapar a un hombre así?

—¿Así cómo? ¿Qué tiene de especial Maurice Ramsay?

—¿Eres ciega? ¿No lo viste luego del paso de estos años?

—No.

—Es increíblemente guapo. Los treinta le han sentado de maravilla... y por Dios, escuché que su dinero se ha triplicado en este tiempo. Un poco más y entra en la lista de hombres más ricos del país.

—En todo caso, es Stephen Ramsay el que estaría en esa lista.

—¡Y él es su heredero! Y un hombre así... al lado de... Abigail —el nombre lo dijo entre dientes, como si en vez dijera “caca de perro”, o al menos así lo interpretó Charlotte, que se echó a reír.

—Es un desperdicio, lo admito. ¿Pero qué más da?

—No, no. Debe haber algo en todo esto. Algo retorcido, algo extraño... esos dos... ¿Sólo por el mero parecido con Stephanie? No creo a Ramsay tan estúpido.

—¿Qué propones? ¿A dónde quieres llegar?

—No lo sé, sólo es una corazonada. Pero llegaré al fondo de todo esto.

—Si necesitas ayuda... ya sabes que siempre estoy dispuesta a divertirme un poco —Christine sonrió, pues entre las dos habían pasado muy buen tiempo molestando a su hermana mayor cuando eran niñas.

—Sí, lo sé. Seguro que si le digo a Candace también estará encantada de ayudar.

—Eso cuando no esté ocupada de compras. Esa mujer necesita una ocupación.

—Como un par de hijos—. Ambas se echaron a reír, y cuando el mesero llegó con las bebidas, se dedicaron a hablar de otros temas. No siempre eran muy unidas, había muy pocos temas que las hacían cerrar filas, y Abigail era uno de ellos.

Michaela entró a la galería de arte propiedad de Diana Santos con un par de amigos más. Traían consigo trípodes y cámaras, y ella caminaba de un lado a otro dando indicaciones acerca de los ángulos, la luz, y demás detalles.

La semana pasada la había llamado para pedirle acceso a la galería como parte del desarrollo de un trabajo que estaba realizando. Quería hacer un reportaje y le había parecido que la galería de arte era un buen tema, y Diana se lo había permitido. No era ni de lejos la primera reportera, o aspirante a reportera que había venido a fotografiar el lugar, pero a ella le dio más acceso por ser parte de la familia.

—Eres estudiante de primer semestre. ¿Cómo es que ya estás haciendo trabajos de esta envergadura? —le preguntó Diana mientras los chicos que habían venido con ella hacían una pausa para tomar un refrigerio que se les había brindado. Michaela sonrió orgullosa de sí misma.

—Ojalá mis profesores opinaran así, pero no, ellos siempre esperan más.

—Mientras más les des, más te exigirán.

—Eso espero —Diana la miró fijamente, y al sentir su mirada, Michaela la miró de reojo—. ¿Qué? —Diana negó.

—Estás un poco tensa.

—¿Tensa yo? —Diana se encogió de hombros.

—¿Problemas con Peter? —Michaela se echó a reír, pero luego su risa se borró de repente. Miró a Diana preguntándose si acaso podía confiar en ella. Bueno, eso sí. Dudaba mucho que cualquier cosa que le contara la fuera a divulgar. Lo que no sabía era si luego de exponer sus miedos, pudiese encontrar una solución.

—Vaya—. Susurró Diana respirando profundo, pues la mirada que le lanzó Michaela fue un poco desolada—. Cuando termines aquí, ven a verme—. La chica asintió y le dio la espalda encaminándose de nuevo a sus compañeros.

—Me estoy convirtiendo en una experta en bodas —sonrió Marissa mirando las flores en derredor. Habían entrado en una famosa floristería para ver qué le gustaba a Abigail. Si bien la boda iba a ser sencilla, no iba a ser simple, y así se lo había advertido Maurice, que le había dado carta blanca para los gastos.

—Son sólo unos veinte invitados, y todos de Maurice... —susurró Abigail—. No quiero quitarte crédito, pero no creo que sea muy diferente de organizar una cena familiar.

—Pues sí que me estás quitando crédito, porque las fotos de una boda son para conmemorar, los de una cena familiar, no. Créeme cuando te lo digo. Ayudé a organizar la boda de Diana y Daniel cuando estaba en medio de la organización de la mía. ¿Has oído hablar de maratones? Esa fue una—. Abigail sonrió.

—Vale, te creo.

—¿Cuál es tu color favorito? —Abigail alzó su límpida mirada a Marissa, que era más alta que ella.

De verdad, ¿cuál era su color favorito? No supo qué responder y miró en derredor buscando inspiración.

—El... azul... creo.

—Combina con tus ojos, pero no suenas muy segura.

—El rojo. Pero soy pelirroja.

—¿Y eso qué? No vas a ir vestida de rojo a tu boda—. Abigail se echó a reír por la ocurrencia, y siguieron caminando y eligiendo. Con Marissa era fácil conversar, planear y llegar a acuerdos. Exponía sus ideas con sencillez, y cuando insistía en algo, por lo general tenía razón. Se dejó llevar en muchos de sus consejos, al fin y al cabo, ella llevaba mucha más experiencia organizando eventos de todo tipo, mientras que ella lo máximo que hizo alguna vez fue ayudar a su madre en alguna cena, cenas de las que nunca participó.

—Gracias por permitirnos trabajar aquí —le dijo Michaela a Diana, y ésta le sonrió. Miró su reloj viendo que ya estaba avanzada la tarde.

—¿Tienes algo que hacer? —Michaela negó—. Bien, te invito a tomar algo.

—No puedo entrar a un bar.

—Ni yo. Estoy embarazada, lo olvidas —ella se echó a reír.

—Es que... como vamos a hablar de cosas de chicas y eso...

—¿Con Marissa entras a bares para hablar cosas de chicas?

—David la mataría.

—¿Es por eso que no le has confiado a ella lo que te preocupa? —la vio tragar saliva.

—No. Yo confío en Marissa, pero... Supongo que al ser la mujer de mi hermano... es como si se lo estuviera contando a él. Es tonto, pero...

—En cierta forma, te entiendo. ¿Vamos? —Michaela asintió y juntas salieron de la galería donde aún había gente dentro, empleados y otros visitantes. No subieron al auto, sino que Diana la condujo un par de cuadras a una calle más concurrida y llena de cafeterías con sus mesas afuera. Entraron a una de ellas y Diana buscó una mesa en el segundo nivel, una un poco alejada del bullicio.

—Antes de empezar, que sepas que nada me escandaliza —Michaela la miró de reojo, y Diana

sonrió—, no le contaré a nadie que no quieras, y si puedo darte un consejo, lo daré sin sermones.

—Gracias.

—Así que se trata de Peter, ¿eh? —dijo ella, entrando de una vez en materia. Michaela suspiró.

—Él y yo... no lo hemos hecho—. Diana la miró sin parpadear, y Michaela alzó la mirada a ella esperando alguna reacción.

—¿Y?

—Bueno... parece que eres la única que se entera y no tiene nada que decir. Todos opinan que ya... debimos haberlo hecho.

—¿Y por qué? ¿Es obligación? Cada pareja tiene su propio ritmo.

—Bueno... no es porque él no quiera... soy yo quien... —Michaela respiró profundo y sacudió su larga y castaña cabellera—. Supiste que estuve secuestrada por casi veinticuatro horas, ¿verdad? —Diana asintió lentamente—. Esa vez... un hombre intentó... abusar de mí. Usó mucha fuerza, logró someterme bastante—. Diana la vio sumergida en sus recuerdos, a pesar de que de eso hacía ya varios meses, parecía que no le era fácil olvidar—. Por más que grité, por más que supliqué y lloré... La sensación de impotencia... de alguna manera está asociada a la intimidación, así que cada vez que Peter... quiero decir... —se pasó la mano por la cara masajeando sus ojos—. Quiero a Peter. Dios, lo amo. Pero... me asusta tanto... su fuerza.

—¿Crees que él te haría daño?

—Mi conciencia sabe que no lo haría, pero creo que mi subconsciente es otra cosa—. Diana miró lejos haciendo un pequeño gesto de comprensión. Pasaron varios segundos en silencio y ninguna agregó nada. Al final, Michaela suspiró, tal vez pensando en que, después de todo, Diana no tenía un consejo para ella—. En fin, que eso es lo que pasa. Yo...

—Supongo que no sirve de nada que te diga que el sexo realmente es placentero, que no importa qué expectativas lleves, por bajas o elevadas que éstas sean. Al final, siempre es totalmente diferente a como te lo imaginabas —Michaela la miró fijamente a los ojos, bebiéndose cada una de sus palabras, y Diana siguió—, siempre y cuando estés con la persona que amas. La clave está en la confianza, Mikki, y en lo importante que es él para ti. Si confías en él, si no quieres a nadie más que a él, encontrarás la solución. Pero algo te digo, si dejas pasar el tiempo y no luchas por él, te arrepentirás siempre.

—¡Es que no sé... qué hacer!

—Tu cuerpo sabrá qué hacer. Tu corazón te guiará, pero si cierras las puertas, si no te arriesgas... no podrás descubrir el camino. Una vez estás en él —sonrió Diana, y Michaela pensó que nunca la había visto tan hermosa como ahora— ya no puedes dejar de transitarlo. Tal vez tenga Peter que pedirte un descanso luego—. Michaela se sonrojó. ¿Llegaría ella a ese punto con Peter?

Y luego se preguntó, ¿era así la intimidad entre Diana y Daniel? Él parecía tan pasivo, tan... tranquilo...

—Arriesgarme —concluyó Michaela.

—Darlo todo por el hombre que amas.

—Eso... parece un poco...

—No tiene que ser esta noche, así que piénsatelo. Primero debes estar totalmente segura de que es Peter el hombre con el que quieres estar —Michaela frunció el ceño.

—¿No crees que esté segura de él?

—Michaela, apenas tienes dieciocho años. La vida puede enseñarte en este momento que él será desde ahora y para siempre el hombre de tu vida, pero al mismo tiempo, puede que más adelante haya otro... ¿quién sabe? —Michaela negó.

—¿Te sucedió así a ti? —Diana miró lejos.

—Me hubiese gustado comprender apenas conocí a Daniel que él era el hombre de mi vida. Ambos nos habríamos ahorrado años y años de sufrimiento. Pero bueno, esa es nuestra historia. ¡Pero mira a Marissa! Ella creyó que Simon era su príncipe azul, ¡y en menos de nada, toda su vida cambió!

—Tienes razón en todo eso, pero yo... de alguna manera, estoy segura de que no hallaré a nadie como Peter. Él... —Michaela sonrió, y entonces, pareció más mujer ahora—. Lo quiero a él. Ahora me parece increíble que haya estado sin él por tantos años teniéndolo a mi lado como un simple vecino. Dios, ¿en qué estaba pensando? —Diana sonrió sintiéndose identificada con la adolescente, y Michaela siguió con voz muy madura—. No me preocupa el futuro. No me interesa uno donde él no esté—. Diana suspiró y se recostó al asiento con una media sonrisa pintada en el rostro.

—Entonces tómate tu tiempo y la próxima vez que estés a solas con él, relájate. Dios, y no le digas a David que te estoy dando consejos de este tipo.

—No quiero empezar una trifulca entre los adultos, gracias. Mi hermano es terrible.

—Te protege.

—Me sobreprotege, querrás decir —ambas rieron.

—Llegará el día en que tenga que dejarte ir.

—Oh, yo espero ese día, pero creo que él lo teme—. Siguieron riendo, y las bebidas que habían pedido llegaron. Michaela cada día se sorprendía más de poder hablar con adultas como si fuesen las amigas de su edad. Suspiró sintiéndose bendecida, no sabía aún cómo iba a hacer con Peter, pero al

menos, ya tenía una esperanza. Diana parecía hablar desde la experiencia, y aunque no se imaginaba cuál podía haber sido su problema, pensaba hacerle caso.

Le asustaba un poco, pero era preferible arriesgarse a seguir con miedo.

—¿La mansión del tío Stephen? —le preguntó Maurice a Abigail, que le pasaba una lista de las cosas que ya había comprado o contactado, y de las que aún le faltaban. Estaban sentados en la mesa del comedor, con fotografías de flores y centros de mesa desperdigadas por toda ella.

—Si él no se opone, claro. Conseguir un sitio con tan poco tiempo de preparación va a ser difícil, según lo que me dijo Marissa.

—Mmm, es verdad—. Él la miró fijamente. Abigail analizaba algunas cosas de sus listas, y se veía tan hermosa así concentrada que no pudo evitar extender la mano y tocarle el cabello. Ella lo miró un poco sorprendida.

—¿Has pensado qué hacer una vez nos casemos? —Abigail pareció confundida—. Tal vez quieras estudiar, o... —Abigail bajó la mirada, y Maurice quiso morderse la lengua. ¿Para qué estudiar? Ella no lograría completar esos estudios.

—Bueno... Hay algo que me gustaría hacer.

—Dilo.

—Yo... seguramente voy a estar ocupada luego de que nazca nuestro hijo, pero...

—¿Nuestro hijo?

—Ojalá ya esté embarazada... —dijo ella con una sonrisa mordida— porque no has hecho nada para evitarlo, ¿cierto? —él la miró sonriente.

—No. No he hecho nada. ¿Qué es lo que quieres hacer antes de que nazca nuestro hijo? —ella se mordió el labio.

—Quiero... Quiero ayudar a niños sordomudos —dijo, y de inmediato bajó la cabeza. Maurice la miró un poco ceñudo.

—¿Ayudar a niños sordomudos?

—Estuve buscando en internet, y hay varias escuelas especiales para niños... así. Yo no sabía.

—No son muy populares —dijo Maurice elevando una ceja—, pero sí, las hay.

—Y algunas son muy pobres —siguió Abigail—. Apenas tienen recursos, o gente que sepa o esté es —especializada en el tema. Yo... habiendo sufrido la... d—discriminación por ser como soy... quisiera...

—Mmm, te entiendo —ella elevó de nuevo su mirada a él. Maurice parecía concentrado ahora—. Imagino entonces que ya elegiste una escuela a la cual auspiciar—. La mirada de Abigail se iluminó y asintió con un movimiento de cabeza—. Cariño, tus caprichos son muy baratos—. Abigail pareció confundida.

—¿Una escuela de sordomudos es barata?

—Esperaba algo más extravagante, pero bueno, eres tú.

—¿Qué quieres decir con ese “eres tú”? —él no contestó, sólo se puso en pie, rodeó la mesa, y al estar frente a ella, la hizo ponerse en pie.

—¿Quieres encargarte tú misma de todo lo que haya que hacer? ¿O poner a los profesionales pertinentes?

—Creo que será mejor poner a los profesionales pertinentes.

—¿Cuándo quieres iniciar tu proyecto?

—En cuanto nos casemos.

—¿La otra semana entonces? —ella asintió, y cuando él bajó la cabeza para besarla, ella se ladeó un poco para que el beso diera en su cuello. Él rió por lo bajo y tomó lo que ella le ofrecía, besó su cuello con exquisitez y lentitud. Ella olía tan bien.

A un par de días de la boda, Abigail andaba con cierta libertad de un lado a otro por la calle. De vez en cuando, Diana o Marissa la ayudaban llevándola o trayéndola, pero no queriendo abusar, pues ellas tenían sus propias familias y ocupaciones, de vez en cuando tomaba un taxi o cualquier medio de transporte.

Esa mañana llegó un automóvil conducido por alguien de la mansión Ramsay. El tío Stephen quería verla en privado.

Nerviosa, le dijo a Maurice que iría para algunos detalles de la fiesta y él no sospechó nada, pero Abigail sí sospechó para qué sería.

No le extrañó nada cuando vio los papeles que Stephen Ramsay y sus abogados le ponían delante para que firmara. Era una renuncia a todos los bienes de Maurice en caso de viudez o divorcio. Si se llegaban a separar, fuera por la razón que fuera, ella no heredaría nada.

Sin dilación, sin vacilación de ningún tipo, Abigail tomó el esfero que se le ofrecía y lo firmó. Lo que menos le importaba de Maurice era su dinero, pero no tenía ninguna forma de demostrarlo.

—Siento tener que hacerte pasar por esto —se disculpó Stephen, y ella lo miró sin rencor. Al parecer, no sólo Maurice había quedado con cicatrices luego de que su hermosa prima pasara por la vida de ambos.

—No se disculpe. Yo haría lo mismo. ¿Es todo? —Stephen la miró un poco sorprendido, y sonrió.

—Sí. Es todo.

—Bien, porque espero que no se haya arrepentido de prestarme su mansión para la fiesta.

—Claro que no. Si necesitas algo... —Abigail asintió, y salió del despacho privado con paso ligero. Era injusto que ella estuviese pagando por toda la desconfianza que había sembrado su prima Stephanie, pero no tenía opciones al respecto. Era el único camino para llegar a Maurice.

La boda se llevó a cabo de manera impecable. Asistieron todos, aunque sólo fueron veinticinco personas, y las más allegadas: David y Marissa; Diana y Daniel, Agatha, Michaela, Peter y Helen; Arthur, Hugh, Stephen, y unos cuantos amigos del barrio, o de la oficina, que se habrían ofendido terriblemente si Maurice no los hubiese invitado.

Fue algo más bien sencillo, tan diferente a la fastuosa boda con más de cuatrocientos invitados que organizó Stephanie en su momento, y que requirió de músicos, miles de flores, cientos de niños desfilando y regando pétalos en una enorme iglesia que se llenó de gente desconocida para él, y que de igual modo lo felicitaron dándole calurosos abrazos como si se fueran a beneficiar enormemente con esa unión.

No, esta vez todo fue totalmente diferente. Nada de intrusos, ni demasiados camareros entrometidos, ni invitados indeseados preguntando cosas tontas. Aquí en el jardín del tío Stephen, a plena luz del día, y rodeado de los amigos y la familia, Maurice Ramsay se casó por segunda vez. Y esperaba que esta vez de verdad fuera la última...

Bueno, iba a enviudar otra vez, pero esperaba esta vez su vida transcurriera sin sobresaltos hasta su vejez. Y si ella le daba de verdad un hijo, aunque ella sonaba muy segura de poder conseguirlo pronto, se quedaría con ese niño y lo criaría, y lo atesoraría. Sería un excelente papá, aunque lamentaba profundamente y desde ya que su hijo, al igual que él, se fuera a criar sin madre.

Por lo menos, esta vez eso había sido inevitable.

Cerró sus ojos, y cuando una plegaria estuvo a punto de salir de sus labios, se detuvo. Hacía milenios no le oraba a Dios, no le pedía nada. Había descubierto que Dios debía ser sordo, o elegía muy bien qué oraciones contestar. Las suyas, ciertamente, no las había contestado jamás.

—Felicitaciones —le dijo David palmeándole el hombro—. Maurice se lo quedó mirando de reojo.

—¿De veras me felicitas? —David se encogió de hombros.

—No te voy a negar que todavía estoy en shock. Tú, el más alérgico de todos al matrimonio, conoce a una mujer y en menos de un mes se casa... Sí, es curioso, pero soy tu amigo; ante tus decisiones, no puedo más que darte fuerza—. Aquello conmovió a Maurice, sobre todo porque él, cuando David tomó la decisión de casarse, no hizo sino renegar al respecto.

Respiró profundo y se metió las manos al bolsillo.

—Gracias.

—Además —siguió hablando David—, tengo que darte el beneficio de la duda. Has elegido a una hermosa mujer cuando antes no confiaste en ninguna. Ella debe tener algo especial—. Maurice asintió sonriendo, pero de inmediato David agregó—: Espero de verdad puedas hacerla feliz, Maurice,

porque si la pierdes, dejaré de llamarte por tu nombre y ahora me dirigiré a ti como “imbécil más grande del mundo”—. Maurice lo miró ceñudo.

—¿No será mi nuevo nombre muy largo?

—Cuando me canse, lo dejaré en “imbécil”.

—Ya.

—Mis felicitaciones —dijo Daniel llegando, y él sí abrazó a su primo.

—Gracias—. Maurice se lo quedó mirando, pero Daniel no agregó nada más. Sacudió su cabeza pensando en que los locos que lo rodeaban definitivamente lo estaban volviendo loco a él.

¡Se había vuelto a casar! ¡Con una pelirroja igual a Stephanie! ¡Totalmente idéntica!

Cuando ella, rodeada de sus nuevas amigas y luciendo su sencillo vestido blanco se giró a mirarlo y le sonrió, se dio cuenta de que no, ella no era igual, era totalmente distinta.

Y la vida a su lado, estaba seguro, también lo sería. Lástima que fuera a ser tan corta.

No hubo nota en el diario que anunciara la boda, y por eso la última en enterarse fue Theresa Livingstone. Pero en vez de hacer un berrinche, ella y Arnold se mostraron más bien felices, ahora lo que les preocupaba era hacer que Abigail volviera a ser parte de la familia; si no lo conseguían, estarían perdiendo una mina de oro, ¡y de qué manera! Christine todavía no se podía creer lo osada que era su hermana.

—¡No invitó a nadie! —exclamó Candace. Esa tarde estaban las tres en la casa de los padres, pero la visita no se llevaba a cabo en una de las salas, como siempre, sino en la habitación que antes había sido de Abigail y ahora ocupaba la hija de Christine—. ¡Pero te digo que a nadie! ¡La gente ni siquiera está enterada de que se casaron!

—La muy mosquita muerta —sonrió Charlotte—. Mira que llevarse ella todo el lote.

—¿Qué le ves tú a Maurice? —preguntó Candace mirándola con reproche.

—¿Vas a negar que es guapo?

—Nada del otro mundo. No me gustan... así tan... rudos. Los prefiero como mi Leonard; mucho más delicados y bien criados. Además... están olvidando un pequeño detalle, el detalle que le costó un poco a Maurice que en nuestra familia se le aceptara del todo la primera vez a pesar de sus millones. Olvidan que su madre fue una niña tonta que se embarazó y nadie sabe quién es su padre.

—Y no sólo eso —agregó Christine, metiendo una ropa de su niña en el armario—. He escuchado rumores que dicen que el mismo Stephen tiene un hijo ilegítimo.

—¡Entonces tú también lo has escuchado! —exclamó Candace—. Vamos, vamos. Todos ya sabemos quién es, porque son idénticos. ¿Es el que yo pienso? —Christine sonrió.

—El marido de la Alcázar.

—¡Ohhh, sí! ¿Lo ves? ¿Quién quiere entrar a ese círculo? No cabe duda de que hasta en las mejores familias se ven ese tipo de cosas.

—¿Entonces Diana Alcázar se casó con el hijo bastardo de Stephen Ramsay? Vaya cosas. Me siento de mejor familia ahora —rió Charlotte.

—Somos de mejor familia... Pero dudo mucho que a nuestra hermanita le dure mucho la dicha. ¿Han olvidado cómo era? Tan insulsa. Lo único que parecía vivo en ella era su cabello rojo.

—Que gracias a Dios sólo ella heredó —dijo Candace con desprecio; adoraba su cabello rubio—. ¿Qué buscas? —le preguntó luego a Christine, que movía cosas aquí y allí.

—La verdad... es que... —Christine se puso en medio de la habitación con las manos en la cintura y miró todo en derredor—. ¿No tienen curiosidad? Aquí durmió Abigail toda la vida... ¿no creen que alguien como ella pudiera haber dejado... algún secreto escondido aquí?

—¿Algo como un diario diabólico o parecido? —rió Candace, poniéndose en pie y mirando en derredor también, encantada con la idea. Charlotte frunció su delicado ceño.

—Alguien como Abigail, ciertamente, tendría muchas cosas que decir en un diario. Cosas como que nos odia a nosotras; no me sorprendería nada.

—Pero llevo las últimas semanas buscando, y nada.

—Tal vez se llevó todo con ella.

—No. Cuando se fue, sólo se llevó lo que tenía puesto. Ni siquiera sus medicamentos se llevó; ni su identificación, ni nada de nada. Y cuando se cambió de habitación, no llevó más que su ropa. Si hay algo, debe estar aquí.

—Busca allí —le señaló Charlotte apuntando a la ventana con sillón, donde había unos cojines que facilitaban sentarse y mirar a través hacia el jardín.

A Candace y a Christine se les iluminó la mirada, y levantaron las tablas hasta dar con un cajón un poco empolvado en el fondo.

Allí encontraron el tesoro de Abigail: un sobre plástico grande con el logo de una clínica. Al

verlo, las tres hermanas contuvieron el aire y guardaron silencio por un largo momento, sin atreverse a abrirlo o mirar qué contenía, o ver si siquiera era de Abigail.

—¿Cómo... cómo supiste que allí podía haber algo?

—Tengo una hija que a pesar de ser tan pequeña, ya me esconde secretos —explicó Charlotte con una sonrisa triunfante—. Y yo me he vuelto una experta descubriendo sus escondrijos. Abigail no es más que otra niña.

Maurice estaba encantado con su nueva esposa. Ya había estado casado una vez, pero por primera vez se sentía realmente feliz.

Vestir a Abigail era casi tan divertido como desvestirla. Comprarle cosas, llevarla de la mano por la calle y robarle uno que otro beso en el camino.

Había improvisado un viaje de luna de miel en el mediterráneo, y ahora estaba en una isla para ellos solos. Bueno, no tan solos; lamentablemente, necesitaban al personal de servicios.

La cabaña en la que estaban parecía más bien un palacete, y ellos ya habían hecho el amor casi en cada rincón. Y cuando no estaban desnudos y teniendo sexo, estaban hablando. O desnudos y hablando.

¡Era tan fácil hablar con ella! ¡ De cualquier tema! Cuando descubría que había cosas que definitivamente a ella no le interesaban, o que desconocía, como el béisbol, o las leyes norteamericanas, era porque ella se quedaba sin qué decir y simplemente lo animaba a que siguiera hablando, y así él se enfrascaba en interminables monólogos hasta que se daba cuenta, y le reclamaba, y ella sólo sonreía y le decía que solamente escucharlo hablar, aunque fuera en chino, para ella estaba bien.

Y ella era buena. Habían salido en el yate de la isla a las ciudades cercanas a comprar o comer, y con pequeñas actitudes, pequeños gestos dirigidos a ancianos, o niños, o cualquier persona en desventaja él podía ver lo enorme de su corazón.

Abigail se parecía al antiguo Maurice.

La sintió entrar a la bañera en la que él estaba desde hacía un rato, pues había aprovechado que ella estaba dormida para darse un baño, y cuando ella estuvo completamente dentro se encogió en un rincón haciéndole espacio. Ella se echó a reír, y fue en su busca arrinconándolo en uno de los extremos.

—Hey, Maurice, todo está bien. Tengo el torso y la cabeza fuera del agua; ¡puedo respirar!

—Y así vas a seguir —ella volvió a reír y tomó la esponja y el jabón y por los siguientes minutos se dedicó a hacer espuma sobre él. Maurice la miraba sin perderla de vista. Ella parecía muy entretenida peinando hacia un lado y otro los vellos de su pecho.

Poco a poco se fue relajando. La bañera no estaba llena, después de todo; aunque el nivel del agua había subido cuando ella entró, no se estaba desbordando.

—¿Quieres que me quite la barba? —le preguntó con voz perezosa, y ella lo miró algo ceñuda.

—¿Por qué?

—Porque te estoy irritando la piel.

—No te la quites. A mí me gusta.

—¿Me dejo sólo el mostacho?

—¡No! —exclamó ella, y Maurice se echó a reír—. Me gusta tu barba, me gustan tus cejas, todo tu vello corporal me gusta.

—¿Así a lo salvaje?

—Tú siempre has sido un poco salvaje.

—¿Yo? ¿De verdad? —ella volvió a reír, y se fue recostando en su pecho y suspiró.

—¿A quién se parecerá nuestro hijo? —preguntó ella de repente, y Maurice se mordió el interior del labio. Ya antes habían hablado del hipotético hijo de ambos, y habían establecido que lo más probable era que fuese una niña. Los Ramsay no eran muy prolíficos, pero los Livingstone daban abundantes niñas.

Maurice meditó la respuesta. ¿A quién se parecería? Lo mejor es que fuera una nena pelirroja igual que su mamá. Pero si salía morenita como él estaba bien, o rubia como el tío Stephen, aunque eso era improbable.

—¿Cómo era tu mamá? —le preguntó Abigail, y la pregunta lo tomó bastante desprevenido.

—¿Mi mamá?

—Sí. Nunca me has dicho cómo era físicamente.

—¿Hemos hablado de ella antes? —preguntó Maurice confundido. Había hablado de su madre en el pasado, pero con Stephanie. No recordaba haberlo hecho con Abigail.

—Ah... T-tú... —él la tomó de los brazos y la miró a los ojos—. Sé muy poco de ella... lo—lo... que dicen las malas lenguas—. Él siguió mirándola por otro rato más, y la vio apretar los labios

esperando la respuesta. Maurice suspiró.

—Mamá me abandonó cuando yo era un bebé. No hay más qué decir.

—Pero... era la hermana de tu tío Stephen, ¿no?

—Ya. ¿Sólo quieres saber cómo era ella físicamente?

—Si me lo quieres decir... —Maurice hizo una mueca.

—Era rubia, igual que él.

—¿Era?

—Supongo que ES. Debe seguir viva, aunque hace siete años que no sé nada de ella.

—¿Te has comunicado con ella... antes? —Maurice recostó su cabeza en el borde de la bañera y empezó a recoger la espuma que Abigail había hecho y empezó a cubrir con ella sus pechos, a modo de sostén.

—Ya veo que no te vas a quedar tranquila hasta que te cuente la historia.

—Lo siento si parezco muy curiosa—. Él sonrió.

—No hay problema. Eres mi esposa. Mi madre era una adolescente cuando se quedó embarazada —empezó a contar él sin mucha pasión—. Ella era una niña rica y hermosa que tuvo una aventura con un hombre casado—. La miró esperando su reacción, pero ella no se espantó, ni hizo ningún gesto de sorpresa—. ¿Ya lo sabías?

—N-no...

—Estás mintiendo.

—Bueno... Sí, pero...

—No sabía que la gente supiera esa parte. En fin... —siguió diciendo él con un suspiro—. Él, obviamente, no quería líos, así que la mandó abortar. Asustada, parece que ella prefirió contarle a tío Stephen antes de intentarlo... y él mandó lo contrario, así que nací. Mi madre se fue al extranjero y nunca volvió. Una postal en navidad, un regalo en mis cumpleaños... es todo lo que llegué a ver de ella alguna vez.

—Entonces tal vez está viva.

—¿Y qué?

—Tal vez puedas verla.

—No quiero verla.

—¿No quieres verla?

—¿Para qué? No la necesito.

—Siempre necesitamos a... —Abigail se quedó en silencio, y Maurice la miró con una ceja alzada. Cuando ella no completó su frase, se echó a reír.

—Parece que me entiendes.

—Yo no abandonaré a mi hijo... y si naciera con un defecto, yo definitivamente no lo marginaría. ¿Por qué tuvimos tan mala suerte con nuestras madres? —él la miró ceñudo, sintiendo que estaba viviendo un raro *dèja vú*. Sacudió su cabeza y se quedó mirando lejos. A veces se preguntaba lo mismo. Él, definitivamente, había tenido muy mala suerte con las mujeres en general, y su madre había iniciado la cadena.

Abandonado al nacer, no supo lo que era ser mimado por una mamá. Ni siquiera fue amamantado, así que ni de eso se podía jactar. Siempre vivió solo en una mansión, cuidado por nanas, tutores y maestros que se turnaban su vigilancia. Cuando entró a la escuela, era tímido y retraído, pero inteligente, y eso le hizo ganarse a veces la preferencia de las maestras, en quienes encontró un poco de ese amor que veía en las madres de sus compañeros.

Tal vez por eso se había aferrado tanto al amor de Stephanie cuando era un adolescente. Tal vez por eso se había quedado casto hasta llegar a la universidad, pues había creado en su interior un amor ideal, y había creído encontrarlo en ella.

Vaya fiasco de vida.

Y ahora que sentía que todo se ponía al fin en su lugar, ahora que había encontrado una mujer con la que además de tener sexo de una manera insuperable, podía hablarle y desnudarle su alma sin temor alguno, pendía sobre ella una sentencia de muerte.

El destino tenía que ser una mujer, y esa perra lo odiaba.

Pestañeó, alarmándose un poco, cuando vio que ella se iba poniendo a horcajadas sobre él y metía las manos bajo el agua para tocarlo.

—Hey... ¿qué... qué haces?

—Un intento de violación —susurró ella con una sonrisa traviesa. Lo tomó en su mano y empezó a masajearlo suavemente. Sus pechos estaban ante sus ojos, y la espuma se les había escurrido ya, así que podía verlos claramente asomarse por encima del agua. Él se fue endureciendo, sin duda alguna.

—Aquí no —le pidió—. Vamos a la cama—. Pero ella no hizo caso. Siguió tocándolo, acariciándolo, y ahora, además, se inclinó a él, aplastando sus senos contra su pecho y besándole la

oreja, el cuello, la barba.

—Todo está bien —le susurró ella, y asomó su lengua para lamer sus labios. ¿Cuándo se había vuelto tan atrevida?

Elevó sus manos para alejarla, pero ella estaba tan resbaladiza que éstas sólo consiguieron pasearse por su espalda y bajar hasta su trasero y se quedaron allí, como si tuvieran voluntad propia.

Bueno, se dijo, si ella está encima, no creo que pase nada.

Abigail le tomó el cuello con una mano, mientras con la otra lo seguía tocando y acariciando hasta que su erección estuvo a punto. Entonces, guiándose debajo del agua, se puso en su entrada y fue entrando poco a poco. Él abrió sus ojos y la encontró a ella con los suyos cerrados, los labios entreabiertos y la respiración agitada, concentrada en las sensaciones, perdida en su mundo.

No se movió, sólo esperó a que ella terminara de acogerlo en su interior maravillándose de lo perfecta que era ella por dentro. Había encontrado a la mujer con la vagina perfecta.

Se moría por empezar a moverse y a empujar dentro de ella, y agarró los bordes de la bañera para controlarse a sí mismo. Ella había empezado este juego aun en contra de su voluntad, así que ella tendría que terminarlo.

Abigail abrió sus ojos mirándolo de hito en hito, pero ya no era una inexperta que no supiera qué hacer a continuación. Aunque lo estaba matando, Maurice no iba a moverse.

Abigail sonrió reconociendo sus intenciones.

Maurice le había dicho que había un antes y un después en la vida de un hombre, y ella había descubierto que era lo mismo para una mujer. Ahora que lo conocía tan íntimamente, sabía qué botones apretar, cómo y cuándo.

Onduló suavemente debajo del agua, apretándolo con cierta fuerza en su interior. Y el agua apenas si se movió. Maurice lanzó un gemido, y la temperatura de su cuerpo subió aún más. Lo vio apretar los dientes y sisear, pero siguió quieto. Abigail movió su mano y tomó con ella la bolsa de sus testículos, y volvió a apretar. Esta vez Maurice gimió más fuerte y echó la cabeza atrás, exponiéndole a ella su cuello, y como si fuese una vampiresa sedienta de la sangre de su víctima, Abigail se abalanzó a él y besó, mordió y lamió, y acompañó cada mordida y cada lametón con un movimiento de su cadera. Ahora el agua sí se estaba moviendo y las manos de él ya no estaban quietas, sino sobre su trasero, que se movía en movimientos circulares, apretando y aflojando sistemáticamente.

Él estaba durísimo, largo y erecto en su interior. Lo sentía plenamente desde la base hasta la punta, y Abigail, enloqueciendo, empezó a frotarse contra él, a tragárselo entero con su cuerpo, a sacarlo hasta que casi quedaba todo afuera, y a empalarse otra vez en él con fuerza.

Él le decía cosas, entre sucias y cariñosas. La animaba, la alababa, y a veces simplemente dejaba salir alguna palabrota.

Llegó un momento en que no se supo cuál de los dos llevaba el ritmo, o el control. Ya no había control. Él la atrapó en sus brazos y elevó sus caderas moviéndose tan rápida y rítmicamente que la llevó en cuestión de minutos al borde del abismo, y luego, con simplemente un empujón, ambos saltaron.

Pasó largo rato hasta que la respiración de ambos volvió a ser normal, y cuando ella, sin separarse de él, sacó el corcho que detenía el agua, y con el grifo de mano empezó a aclarar la espuma que ambos tenían encima, Maurice se dio cuenta de que, por segunda vez en su vida, se había enamorado.

Sí. El destino era una perra, y la maldita lo odiaba.

:17:

—Qué feliz te ves —sonrió Arthur a Abigail, quien también sonreía espléndidamente mientras entraba al apartamento de su primo. Había regresado apenas ayer de su viaje de luna de miel y ya había echado a andar su nueva vida.

Arthur la miró de arriba abajo. Definitivamente, ésta no parecía la misma mujer triste y disminuida de hacía sólo un mes que no tenía confianza en sí misma, que no sonreía sino rara vez, y caminaba como si le pidiera disculpas al mundo por su existencia. No. Ahora Abigail mantenía su barbilla erguida, tenía un brillo inconfundible en su mirada y parecía más llena de vida que nunca.

Caminó hacia la cocina, donde tenía una botella de vino, pero ella lo detuvo.

—No puedo beber nada de alcohol.

—¿Qué? ¿Ya? ¿Ya estás embarazada?

—No lo sé —rió Abigail—. Pero mejor no exponerme.

—De seguro lo estás. Nadie que tenga tanta cara de “sexualmente satisfecha” como tú podría no estarlo si además no está usando ningún tipo de protección.

—Por ahora es muy pronto para saberlo.

—¿Y qué tal se porta tu galán? —preguntó Arthur dejando la botella y sacando unas mandarinas y dedicándose a exprimirlas.

—Maurice... como un sueño. Como me imaginé que sería.

—Qué bien. Qué bien. De verdad... —Abigail lo abrazó sintiéndose emocionada.

—Ahora tengo una preocupación —dijo ella con la mirada en el suelo—. Yo... Arthur, le estoy mintiendo... quisiera tanto poder decirle la verdad...

—Pero Abby...

—Él... cada vez que piensa en que voy a morir, su semblante se oscurece.

—¡Entonces te quiere!

—Tal vez sí, pero...

—Abby, si le dices la verdad, le estarás haciendo un daño terrible a tu relación. ¡Tal vez piense que no podrá volver a confiar en ti!

—No digo decirle la verdad. Digo... y si... tal vez si le digo que fue un error de la clínica, una

confusión en los nombres de los pacientes... —Arthur la miró fijamente.

—Eso sería una buena idea. Pasa a menudo, lo he visto—. Abigail lo miró con esperanza. Era cubrir una mentira con otra, pero prefería eso a ver un Maurice preocupado creyendo que perdería su esposa.

Se cruzó de brazos y observó a su primo terminar de prepararle su jugo.

¿Y si luego de decirle a Maurice que en realidad no estaba enferma, él perdía interés en ella?, pensó. Él ahora estaba con ella porque creía que sería por poco tiempo. Las semanas que habían vivido juntos hasta ahora habían sido fenomenales, pero no se tenía tanta confianza como para pensar que sería algo duradero, profundo, o siquiera real.

Arthur le pasó su vaso de jugo de mandarina y le levantó la mejilla para que lo mirara.

—Contactaré de nuevo a ese amigo que nos ayudó con lo del diagnóstico. Tal vez me tome un poco de tiempo, pero lo solucionaremos—. Abigail asintió y tragó saliva. Odiaba mentirle a Maurice, pero tampoco quería perderlo. Se sentía entre la espada y la pared, pues tal vez cuando él supiera que estaba casado con una mujer cuya expectativa de vida era como la de cualquier otra mujer sana, las cosas cambiaran.

Tendría que esforzarse mucho más en hacerlo feliz, y hacerse importante para él.

—¿Y dónde está tu flamante esposa? —le preguntó David a Maurice poniéndole una mano en el hombro mientras una camarera ponía sobre la mesa tres cervezas, una para David, otra para Maurice, y otra para Daniel, que miraba a su primo con una sonrisa.

—Está visitando a su primo.

—Vaya, sabías la respuesta —bromeó Daniel—; yo no sé dónde está Diana a esta hora.

—Sí lo sabes —contradijo David—, está con Marissa.

—¿Ah, sí?

—No te hagas el tonto —Daniel se echó a reír.

—No quería quedar como el paranoico controlador —Maurice frunció el ceño ante ese comentario. Era extraño, pero con Abigail no se sentía preocupado al respecto. Luego de lo de Stephanie, había quedado con la eterna desconfianza hacia las mujeres sembrada en su mente. Nunca, nunca creyó a lo que dijera ninguna mujer. Por lo que él sabía, Abigail podía en este mismo momento estar siéndole infiel o tramando alguna patraña contra él, pero él simplemente la creía inocente.

Sonrió sin saber si preocuparse por su confianza, o alegrarse al sentir que al fin viejas heridas

empezaban a sanar del todo.

—No creo que haya nada malo en saber dónde está tu esposa —comentó—. No significa que desconfíes de ella, significa que ella te lo comunica antes de salir.

—Excelente respuesta —dijo Daniel elevando su vaso de cerveza.

Michaela abrió la puerta de la casa al escuchar el llamado y se sorprendió un poco al ver a Peter en su entrada. Le sonrió y lo abrazó, pues no esperaba verlo en toda la semana.

—¡Llegaste antes! —exclamó ella, y Peter la alzó y entró con ella a la sala. Había estado de viaje por cosas de Hugh, para quien trabajaba, y ya que estaba de vacaciones en la universidad, no había podido negarse.

—Sí, las cosas se resolvieron antes de lo pensado—. Antes de terminar bien la frase, Michaela le tomó el rostro entre las manos y lo besó. Peter respondió al beso un poco sorprendido, pero feliz. Amaba esta parte de Michaela.

—¿Ya comiste? —preguntó ella separándose de él y caminando a la cocina. Él la detuvo tomándole el brazo.

—¿Y si salimos? —pero en el comedor, Peter vio los libros y cuadernos de apuntes de ella desparramados sobre la mesa—. Ah... estabas estudiando.

—No importa. Son cosas extra...

—¿Seguro?

—Seguro. He estado un poco liada con un trabajo extenso que nos dejaron, pero ya tengo hecho más o menos el setenta por ciento —rió ella recogiendo los libros y apilándolos unos encima de otros.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Michaela lo miró sonriendo.

—Tú ya tienes bastante con lo tuyo, no quiero cargarte más. Además, ¡trabajas! Yo sólo me dedico a estudiar y a convertir el oxígeno en dióxido de carbono.

—Ya. Tu mera existencia me hace feliz a mí, ¿eso no cuenta? —ella lo miró y tuvo que morderse los labios, pero ese gesto sólo hizo que él la tomara de la cintura, la pegara a su cuerpo y la besara. Michaela arrugó una hoja que tenía en la mano al sentir su boca juguetona sobre la suya.

Relájate, se dijo. Él no te hará daño.

—No te tardes —le pidió él alejándose de ella, y Michaela asintió volando por las escaleras.

Cuando estuvo en su habitación, se empezó a desvestir y se metió de inmediato en la ducha.

Sexo, sexo, esta noche tendría sexo con Peter!

Salió de la ducha y se detuvo a mirarse en el espejo. Afortunadamente, ayer se había depilado. ¡Qué suerte!

Había aprendido a hacerlo con Marissa. Ella le había enseñado que no sólo era lo mejor para la higiene de la mujer, sino que además era estético, y luego de la primera dolorosa sesión de depilado con cera, había decidido seguir la costumbre.

Corrió a su armario y empezó a elegir y a desechar ropa buscando la prenda con el color, la tela y el estilo adecuado. Quería que esta noche fuera especial.

Casi cuarenta minutos después bajó otra vez luciendo un vestido corto a los muslos, una camisa de tela suave negra que cubría sus hombros, y sandalias planas que subían por sus tobillos. El cabello recogido a un lado en una trenza no demasiado elaborada, y un suave toque de maquillaje. Al verla, Peter la encontró hermosa. Había valido la pena la espera.

La llevó a un restaurante, aunque fue uno familiar, y uno que debía ajustarse a su limitado presupuesto. Ella, de todos modos, estaba contenta, y se sentó frente a él con una enorme sonrisa.

—Te prometo algún día llevarte a un restaurante mucho mejor. Por ahora, me temo que...

—Peter... —lo atajó ella poniendo una mano sobre la de él— Para mí está perfecto. No tienes que preocuparte por cosas como esa.

—Sí tengo que hacerlo. Quiero superarme cada día. Mi sueño es, algún día, poder ofrecerte lo mejor—. A ella se le iluminó la mirada, era casi como si él le estuviera proponiendo matrimonio aquí y ahora. Él tomó la mano de ella y Michaela se la quedó mirando recordando las palabras de Diana. ¿Era Peter el hombre con el que ella iba a estar toda la vida y lo estaba conociendo pronto en su vida como le había sucedido a Diana? ¿O aparecería otro príncipe azul como le había sucedido a Marissa?

Una camarera llegó y dejó sobre la mesa el menú. Peter se concentró en leer las opciones, y Michaela pudo observarlo tranquilamente. Peter había conservado el cabello como ella se lo había dejado aquella vez, con la frente despejada, aunque ahora estaba un pelín más largo. Como no usaba gomina, ni gel, ni ninguna cosa pegajosa que lo mantuviera en su lugar, tenía un aspecto muy natural.

Él elevó a ella sus ojos verdes y Michaela tuvo que pestañear.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—Ah...

—Me estabas mirando, ¿verdad? —dijo él con una sonrisa traviesa.

—Eres muy creído.

—Me estabas mirando, vamos, admítelo.

—Sólo estaba pensando en que no te has cortado el cabello —él se echó a reír, sin creerle mucho.

Hicieron su pedido y enseguida se pusieron a hablar de mil cosas. Las conversaciones con ella no habían dejado de ser interesantes, pensó Peter, ni animadas, y por el contrario, cada vez descubría más cosas de ella que le encantaban. Tenían tantas cosas en común que cada vez se estaba acostumbrando más a acudir a ella para compartirle cosas de la vida diaria, tanto, que ya casi no quedaban aspectos de su vida que ella no conociera.

Pero estaba un poco preocupado. Se sentía enamorado, pero había momentos en que dudaba que Michaela le correspondiera del mismo modo. Sabía que le quería, pero al parecer, no pasaba de ser un cariño y una costumbre, y eso lo estaba matando.

Por otro lado, a veces pensaba que él sólo estaba siendo demasiado ansioso y pretencioso. No todas las personas expresaban sus sentimientos de la misma manera, y no tenía que ser con sexo precisamente el modo como ella le estuviera demostrando que también le quería. Además, podía ser que ella aún se considerara a sí misma una niña para vivir ese tipo de experiencias, o que lo considerara un niño a él, a pesar de que trabajaba, se sostenía y ayudaba a su hermana a sostenerse y a su niña; todavía no era un hombre como David, Maurice, o el mismo Daniel, quienes dirigían sus empresas, estaban al frente, y eran unos grandes hombres. Tenía el listón muy alto.

Y estaba ese miedo por el contacto íntimo que ella le había manifestado esa vez.

Salieron del restaurante y Peter miró el reloj. Eran las diez de la noche. Como había llegado de su viaje un poco tarde, no había podido salir con ella más pronto, y ahora tenía que devolverla a casa temprano. David era especialmente quisquilloso con las horas de llegada de su hermana.

—¿A dónde me llevarás ahora? —él sonrió un poco pesaroso.

—A tu casa, me temo.

—Ah... —susurró ella en un tono que denotaba decepción.

—Si hubiese llegado de mi viaje más temprano, habría podido estar contigo más tiempo.

—Sí. Sí—. Él le tomó la mano e hicieron el camino de vuelta andando. Aunque al principio ella estuvo muy callada, poco a poco se fue soltando y terminaron hablando de todo y de nada como siempre.

Y en la puerta de la entrada de la casa, él simplemente le dio un beso sobre los labios y dio la

media vuelta.

—¿Es en serio? —se quejó ella, y Peter se detuvo. La miró algo confundido.

—¿Pasa algo?

—Creí que... ¿Me llevas a comer y ya? ¿De veras? —él permaneció en silencio sin comprender el reclamo de ella—. Hace sólo unos días me estabas reclamando porque entre tú y yo no ha pasado nada, y hoy... —en un par de segundos, él estuvo ante ella, rodeando su cintura con sus brazos y besándola.

—Dios, Dios. ¿Estás hablando en serio?

—¿Por qué siempre tengo que ser tan obvia contigo? ¿Por qué no puedes leer entre líneas?

—¡Oh, nena, porque soy un tonto!

—¡Ya lo creo! —la mente de Peter empezó a trabajar a mil. ¿A dónde podía llevarla? Era claro que aquí no podían quedarse, y si ella le estaba dando luz verde, él no iba a ser idiota como para dejar pasar esta oportunidad.

¿Un hotel? ¿Había uno cercano? En su casa no era posible, ni en la de ella. Maldición, ¿por qué no estaba preparado para esto?

—Mikki! —saludó Marissa llegando, y Peter y Michaela se dieron cuenta de que estaban tan embelesados el uno con el otro que no habían sentido el auto de Marissa llegar.

Se separaron como si hubiesen sido pillados en una grave falta, pero Marissa sólo pasó por el lado dirigiéndose a la puerta.

—Estoy algo cansada —dijo ella, y como si tal cosa, agregó: —David no tarda en llegar.

Era verdad, David no tardaba en llegar, así que si iban a hacer algo, tendría que ser ya.

Esperaron a que Marissa entrara, y en cuanto estuvo al otro lado de la puerta, Peter tomó la mano de Michaela conduciéndola por el camino en que habían venido, pero entonces el auto de David les encendió las luces y se detuvo justo a su lado.

—¿A dónde van a esta hora? —les preguntó bajando el cristal de su ventanilla, y Peter se quedó un poco de piedra.

—Perdí... un colgante —improvisó Michaela, maldiciendo por dentro.

—¿Ah, sí? ¡No me digas! —exclamó David, mirándola con desconfianza.

—Acabamos de llegar de comer —explicó Peter—, acabo de traerla a casa, y...

—Y me di cuenta de que perdí mi colgante —siguió Michaela—. Peter me ayudaba a buscarlo.

—¿Les ayudo también? —se ofreció él, y Michaela quiso matarlo con la mirada.

—No hace falta. Entraré en media hora.

—Quince minutos —regateó David—. O saldré con mi linterna a ayudarlos a buscar.

—Vale —aceptó Michaela con rencor. David siguió de largo y estacionó su auto al lado del de su mujer. Antes de entrar miró al par de jóvenes que simulaban buscar algo en el suelo y se echó a reír sacudiendo su cabeza. Entró, sin encender las luces, pero no subió a su habitación. Entonces Marissa bajó a ver qué sucedía.

Lo encontró atisbando por las ventanas, mirando en la dirección en la que estaban Peter y Michaela.

—¡Qué haces! —le reclamó ella.

—No enciendas la luz —le advirtió David.

—¡Estás arruinando la noche de Mikki!

—Ese par de bribones creyeron que me engañarían. ¡Iban tomados de la mano y muy veloces quien sabe a dónde!

—¡David! ¡Deja a tu hermana en paz!

—¡Claro que no! ¿Qué clase de hermano sería si la dejo a sus anchas?

—¡Ya es una mujer!

—Con sólo dieciocho no eres una mujer. Eres una niña. Michaela es una niña.

—Es una mujer —insistió Marissa, y encendió la luz. David la miró ceñudo—. No le hagas esto a tu hermana; te odiará.

—Tengo que cuidar de ella.

—¡Con tu actitud, sólo estás demostrando que no confías en ella, ni en Peter!

—¡En Peter confío menos que en ninguno!

—David... —la voz de ella ya no era suave, sino de advertencia, y David tuvo que detenerse y mirarla—. Deja a tu hermana en paz, dale un voto de confianza; si la ahogas demasiado, ella entonces huirá de ti, y la perderás, y eso sí que será fatal para los dos—. David hizo una mueca, reacio a aceptar que ella tenía razón.

—No quiero que le hagan daño.

—Pero ella, en algún momento de su vida, va a tener que cosechar sus propias cicatrices para convertirse al fin en una mujer de verdad. Si no la dejas transitar su propio camino, ¿cómo va a saber por dónde tiene que andar?

—¿Y yo por qué diablos tengo una mujer tan sensata? —Marissa sonrió al fin, y se acercó a él para tomarlo del brazo.

—Vamos arriba. Ya les arruinaste sus planes; por lo menos, deja que se despidan bien.

—¿Crees que de verdad se los arruiné?

—¡No suenes tan contento contigo mismo!

Michaela miró a Peter y dejó salir el aire. Peter miró a Michaela e hizo una mueca llena de pesar.

—Desaproveché mi oportunidad. Lo siento—. Ella sacudió su cabeza y se encogió de hombros. Dio la media vuelta y caminó hacia la puerta de entrada. Las luces estaban encendidas dentro, un claro mensaje de que no estaban del todo a solas—. Michaela...

—Es el problema de ser aún unos adolescentes. Estamos en la universidad, pero no somos del todo unos adultos.

—No. No lo somos.

—Y yo, especialmente... me temo que tendré que esperar un poco más para ser considerada adulta.

—Ten paciencia. Tu hermano sólo está un poco loco—. Michaela se echó a reír.

—Un poco?

—Bueno, bastante. Pero esta noche ha sido genial. Al fin tú me has dado una señal. Te quiero, Mikki —Peter la besó, y ella le devolvió el beso y además rodeó sus hombros con sus brazos.

Michaela ni siquiera estaba segura de hasta dónde habría llegado esta noche con Peter, sólo sabía que había pensado ponerse a sí misma a prueba, siguiendo los consejos de Diana.

—Ve —la despidió Peter al fin—. Calma al ogro de tu hermano.

—Te escribiré.

—Estaré pendiente al teléfono —prometió él. Michaela entró al fin, y Peter se quedó allí otros segundos más. Bueno, al menos, ya sabía que podía soñar con una próxima vez.

Maurice se detuvo un poco abruptamente en la recepción del edificio de oficinas de Ramsay & Co y tropezó con Stephen, que iba un paso detrás hablando con uno de sus empleados.

—¿Qué sucede? —le preguntó Stephen mirándolo un poco ceñudo.

—No... jodas —susurró, y Stephen miró en la dirección en la que miraba su sobrino. Había unas tres gallinitas rubias cotorreando entre sí y discutiendo algo con la chica de la recepción. Charlotte Richardson, Christine Stevens y Candace Chandler; las hermanas menores de Abigail.

—Ah, ahí está —exclamó una de ellas, y caminó a él como si fuese una promoción de papel higiénico con el noventa por ciento de descuento.

—¡Mierda, mierda! —exclamó Maurice deseando poder haberse escondido a tiempo.

—Queremos hablar contigo —dijo una de ellas. Si bien Maurice conocía sus nombres, no era capaz de distinguir cuál era Charlotte o cuál Candace. Se llevaban muy pocos años entre sí, eran todas rubias y extremadamente parecidas, con ojos grises o azules, o verdes según la luz. No cabía duda de que eran guapas, y todas unas obsesionadas con la moda y disimular la edad, aunque realmente eran bastante jóvenes.

—¿Y por qué suponen que yo sí?

—Es acerca de la enfermedad de Abigail.

—¿Qué? —exclamó Stephen—. ¿Abby está enferma?

—¿“Abby”? —se preguntó una.

—¿No lo sabe? —preguntó otra.

—Diablos... —Maurice miró a su tío negando. Abigail no quería que nadie supiese acerca de su enfermedad—. Es todo una confusión. Abigail está perfectamente—. Fue curiosa la reacción de las hermanas Livingstone; se miraron entre sí sumamente confundidas—. Déjame yo aclaro esto con ellas, tío.

—Pero íbamos a almorzar juntos.

—Me temo que llegaré un poco tarde.

—Está bien. Si no se puede evitar —refunfuñó Stephen y se alejó. Maurice miró un poco molesto a sus cuñadas.

—Se puede saber qué pretenden al venir aquí?

—Creímos que... —empezó a decir Christine—. Sólo...

—Queríamos decirte la verdad —la interrumpió Candace cuando vio que su hermana no era capaz de hablar con claridad.

—Sí. Ya sé la verdad.

—¿La sabes?

—Lo que quiero saber es cómo se enteraron ustedes—. Las tres mujeres se miraron otra vez en silencio. No sabían qué pensar. Maurice decía que sabía la verdad, pero ¿qué verdad sabía él?

Habían pasado el último par de semanas investigando por todos lados, y en el mayor silencio y privacidad posibles lo que significaba aquél sobre con un dictamen tan terrible para su hermana mayor. Habían descubierto que era falso, que Abigail y Arthur habían instigado todo. Si Abigail había usado ese diagnóstico para manipular de algún modo a Maurice, eso explicaría la razón por la que él había decidido casarse con ella. Pero ahora él había negado que la enfermedad existiera y decía saber la verdad.

—Hablemos y te contaremos todo lo que sabemos —dijo Candace tomando aire—. Me temo que vas a tener que cancelar tu almuerzo con tu tío—. Maurice miró a otro lado bastante fastidiado.

—Es importante —dijo Charlotte.

—Sí. Claro.

—Ramsay —insistió Candace—. Tienes que escucharnos. No es sólo importante. Es crítico.

Maurice miró a sus cuñadas ya bastante preocupado. Si ellas sabían de la enfermedad de Abigail, y venían aquí para decir que era crítico, él tendría que atenderlas.

Pero odiaba el tener que reunirse con mujeres como esas. Las conocía bien, las recordaba bien; eran unas cabeza-huecas concentradas más en lo que dirían sus amistades acerca de su casa, su ropa y sus joyas que en la vida real. Sólo les importaba el dinero, las apariencias y sus propias vidas; por qué tenía él que volver a reunirse con unas brujas como estas? Además, le recordaban terriblemente aquella época en la que fueron una especie de parientes y amigos que incluso llegaron a salir juntos a cine.

Sacudió su cabeza y respiró profundo.

—Por mí, todas ustedes tres pueden irse a la mismísima mierda. Déjenme en paz—. Las tres rubias se miraron la una a la otra sin poderse creer que alguien les hablara de esta manera, y quedaron más perplejas aún cuando Maurice pasó por en medio de ellas y se encaminó a la puerta del edificio sin hacer caso a sus llamados.

—¡Ese estúpido! —exclamó Christine—. ¿Qué se ha creído?

—Se tiene merecido lo que le hagan —refunfuñó Charlotte.

—Exacto —gruñó Candace caminando a la recepción con paso rápido y decidido.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Christine siguiéndola.

—No voy a dejar que ninguno de los dos se salga con la suya. Los odio, ¡a los dos! ¡Dame el maldito sobre! —Christine se lo pasó mirándola un poco perpleja. Candace apoyó el sobre en el mostrador de la recepción, y la chica de detrás le pasó papel y un bolígrafo cuando ésta se lo pidió.

Escribió algo en el papel y luego lo dobló pidiéndole a la recepcionista que por favor se lo entregara personalmente a Maurice cuando éste volviera de su almuerzo.

—Buena idea —aprobó Charlotte—. Por la mala experiencia que ese hombre ha tenido con nosotros, era obvio que no nos escucharía, o que si lo hacía, no nos creería. Es mejor que lo vea todo por sí mismo.

—Ojalá no rompa todo en cuanto lo abra —rió Christine.

—Es un tipo al que ya engañaron, así esté embelesado con nuestra querida hermana, abrirá el sobre, y luego investigará.

—Pareces saber mucho de él —Candace apretó la mandíbula sin contestar de inmediato.

—Yo era casi una niña cuando pasó lo de Stephanie —contestó luego, mientras se encaminaban a la zona donde habían dejado sus autos—. Tuve que pagar las consecuencias de todo, me fue difícil conseguir un novio y luego un marido. Quiero hacerle pagar.

Ni Charlotte ni Christine le aclararon que si la reputación de la familia se había visto afectada, no había sido culpa de Maurice, sino de Stephanie y ellos mismos. Candace parecía decidida a cobrarse venganza de alguien y no importaba de quién.

Ninguna preguntó por qué si ahora lo tenían todo, seguían con sed de venganza.

—¿Dónde estás? —le preguntó Maurice a Abigail por teléfono. Ella miró en derredor. Estaba de visita en una escuela especial para sordomudos desde la mañana, y ahora presenciaba una clase de lenguaje de señas para aquellos que tenían su habla y audición perfectas. Ella estaba recordando sus conocimientos, pues desde hacía tiempo no lo había vuelto a poner en práctica.

—En una de las escuelas para sordomudos —contestó ella saliendo del salón de clases en el que había estado.

—Ah... Hace un momento vi a tus hermanas —le comunicó Maurice. Abigail frunció el ceño confundida.

—¿A mis hermanas? ¿A las tres?

—Sí, a las tres. Llegaron como tres gallinitas cluecas al edificio de oficinas. Querían hablar conmigo.

—¿De qué? —preguntó Abigail extrañada.

—Ni idea. No estuve con ellas ni cinco minutos. Aunque... pensé que me habías dicho que nadie de tu familia está enterado de tu enfermedad.

—Y no... no lo están —contestó Abigail sintiendo un nudo en el estómago. Odiaba tener que hablar de eso.

—Pues ellas parecían enteradas. Dijeron que era crítico.

—¿Qué?

—¿Qué tan crítico es, Abby? ¿Hay algo que me estás ocultando? —Abigail cerró los ojos. Se recostó a la pared y decidió poner a echar en funcionamiento el plan que había ideado con Arthur.

—Yo... la verdad... Es... extraño, po-porque... me he sentido bien últimamente. No me siento

enferma.

—¿De verdad? ¿Estás segura?

—Claro que sí. Incluso... creo que quisiera repetir esos exámenes.

—Me parece una excelente idea. Podríamos hasta demandar al estúpido que te dio ese diagnóstico en caso de que haya sido negligencia—. Abigail se echó a reír.

—Cariño. Ni siquiera sabes qué podría resultar y ya estás dando por hecho que todo ha sido un error.

—Es lo que me gustaría creer —dijo él con voz grave—, que todo es un error—. Abigail cerró fuerte sus ojos.

—¿A pesar de que... de aquí en adelante, tendrás que hacerte a la idea de que tendrás una esposa... permanentemente?

—¿De qué hablas? ¿Crees que si me he quedado contigo es porque creo que es por poco tiempo?

—Bueno... tú no estás enamorado —eso dejó en silencio a Maurice. No había nada más falso, pero simplemente, no era capaz de decir “te amo”.

Había agotado el valor de esas palabras tiempo atrás. Ahora, había abierto muchas veces la boca con toda la intención de decirlo, pero simplemente el sonido no salía, al igual que ahora.

Escuchó a Abigail respirar profundo.

—No importa —dijo ella—. Yo sí te amo. Por encima de todo. Y ahora tengo que colgarte; me necesitan aquí. Adiós—. No escuchó que él se despidiera, pero estaba segura de que sí le estaba oyendo.

Cortó la llamada y se recostó a la pared del pasillo cruzándose de brazos. No, Maurice no la amaba, y se estaba arriesgando a que él se cansara de ella por simplemente seguir viva y a su lado.

¿Sería ella capaz de afrontar su abandono? ¿Un divorcio?

—No pienses en eso —se ordenó a sí misma—. No pienses en eso.

Entró de nuevo al salón y secó sus humedecidos ojos disimulando. Se sentó de nuevo en el pupitre a seguir escuchando a la maestra que le enseñaba a un grupo de adultos cómo se decía “gracias” y “por favor” en lenguaje de señas, y entonces una pregunta llegó a su mente. ¿De qué exactamente habían estado hablando sus hermanas cuando le dijeron a Maurice que su enfermedad era crítica?

Sintió un nudo en el estómago cuando recordó que los papeles de la clínica que había falsificado seguían en casa de sus padres. Afortunadamente, las había dejado en un buen escondite. No sabía de lo

que serían capaces sus hermanas si descubrieran algo así.

—Tengo que recuperar esos papeles —dijo, de repente con el estómago revuelto. Pero, ¿cómo? ¿Volver a esa casa y decirle a su madre que por favor la dejara entrar a su antigua habitación porque tenía algo allí importante y escondido?

—¡ Señor! —exclamó Juliette, una de las bonitas recepcionistas, cuando los Ramsay pasaron por allí.

Stephen y Maurice se giraron un poco escandalizados por la poca delicadeza de la chica al llamarlos.

—Perdonen —se disculpó ella, y Maurice vio que traía un sobre grande, blanco y plástico—. Dejaron esto para usted antes de que se fuera. Dijeron que era importante y debía ser entregado cuanto antes en sus manos—. Maurice lo recibió. Lo reconoció luego de echarle un vistazo, y lo dejó un poco confuso. Era el sobre que Abigail le había pasado aquella vez en su apartamento viejo, y él ni lo había recibido. Según ella, era la prueba que confirmaba que estaba enferma.

—¿Qué es? —preguntó Stephen, y Maurice bajó las manos encogiéndose de hombros quitándole importancia e impidiendo que Stephen lo viera.

—Oh, nada. Basura—. Miró el gafete de Juliette para ver su nombre y le devolvió el sobre—. Conserva esto.

—Pero señor...

—Haz lo que te digo. Y por favor, no vuelvas a gritar en la recepción—. Un poco avergonzada, Juliette asintió. Recibió el sobre y se devolvió a su lugar.

—¿Qué sucedió? —le preguntó su compañera.

—Que voy a ser despedida.

Maurice entró a su oficina y de inmediato mandó por el sobre a recepción. Lo había devuelto sólo para que Stephen no hiciera preguntas, pero necesitaba ver de qué trataba todo esto. Las tres gallinitas rubias lo habían dejado, eso seguro. ¿Pero, para qué?

Tal vez era importante para Abigail y ella lo había dejado en casa, y ellas simplemente lo estaban devolviendo. Sonrió ante lo ingenuo de su análisis; las hermanas de Abigail simplemente no eran así de buenas.

Pero entonces, ¿de qué iba todo esto?

Juliette asomó en su oficina y Maurice se extrañó de ver a la recepcionista aquí. Ella traía el sobre.

—Señor...

—¿Qué haces aquí? —la interrumpió Maurice—. No pedí que tú personalmente trajeras el sobre.

—Sí, lo sé, pero quería disculparme por... mi desempeño de hace un rato. No debí gritar... —

Maurice miró al techo exasperándose, pero la chica siguió— Es que esas mujeres dijeron que era extraordinariamente urgente, y que debía entregarlo yo personalmente en sus manos, por eso...

—¿Qué? —rió Maurice—. ¿“Extraordinariamente urgente”?

—Así dijeron—. Maurice extendió la mano y Juliette le entregó el sobre—. Y además... —agregó ella— me pidieron que por sobre todo, le hiciera llegar esto —le extendió un papel doblado y Maurice miró el remitente. Sólo decía su nombre en una letra cursiva y de trazos fuertes, parecía haber sido escrito con furia.

—No lo has leído tú, ¿verdad?

—Lo juro por mi vida —dijo Juliette, e incluso levantó su mano derecha—. Hace un rato lo llamé, pero usted iba concentrado hablando con el señor Stephen. Sabía que esto era importante y...

—Ya, ya. No te disculpes más. No te voy a despedir—. Vio a la chica respirar profundo, como si de verdad hubiese estado preocupada. Abrió el papel y caminó unos pasos preguntándose por qué tanta alharaca de estas tres brujas con esto.

Empezó a leer la nota.

“Ya sé que no nos quieres escuchar —decía—, pero es de vital importancia que le eches un vistazo a este sobre y a todo su contenido. Es falso. Si Abigail de casualidad te ha dicho que está enferma y te ha mostrado este sobre como evidencia, te ha mentado.

Si no ha sido así, o si ella misma te admitió que es mentira, entonces no importa. Ya nuestra familia te hizo daño una vez, no quiero que esto vuelva a suceder. Sería lamentable que otra pelirroja de nuestra familia se burle de ti.”

Maurice leyó la nota de nuevo y su corazón empezó a acelerarse. Por más que decía que todo era una patraña de esas tres brujas, no pudo evitar que sus viejos temores volvieran a asomar su fea cabeza.

Arrugó la nota y puso el sobre plástico sobre su escritorio mirándolo fijamente, como si fuese una víbora especialmente venenosa.

No, no. No podía ser real.

¿Era un diagnóstico falso? ¿Abigail había mentido?

¿Por qué?

Recordó la primera vez que ella vino a su apartamento. Ella había esperado a su puerta más de cuatro horas para hablar con él, y cuando la había despreciado, ella había sufrido un ataque extraño que la había hecho caer al suelo. No había sido fingido, pues la encontró sudorosa y fría.

Las hermanas estaban mintiendo.

Tomó el sobre en sus manos, y cuando se disponía a destruirlo, se detuvo. No tenía una memoria eidética como la de su primo Daniel, pero este se parecía a ese mismo sobre que ella le había extendido y él se había negado a recibir o siquiera mirar. Luego, él simplemente había aceptado su palabra en cuanto a que estaba enferma sin haber visto un diagnóstico médico.

Volvió a dejar el sobre sobre el escritorio sin saber qué hacer. No quería ni siquiera pensar en que lo estaban engañando, no quería volver a ser el juguete de nadie. Aquí alguien estaba mintiendo, o las tres brujas o Abigail, y sinceramente, no creía a Abigail capaz.

Tomó de nuevo el sobre y lo guardó sin atreverse a hacer nada respecto a él.

No quería ver la verdad.

Maurice llegó a casa por la noche como era costumbre, y en esta ocasión, encontró a Abigail en la cocina preparándole la cena. Ella lo recibió como siempre con una sonrisa y un beso, y Maurice la abrazó fuertemente.

—¿Está todo bien?

¿Me estás mintiendo? Quiso preguntarle Maurice, pero guardó silencio.

—Sí. Todo está bien.

—Espero que tengas apetito —sonrió ella, y señaló la estufa—. Estuve un poco ocupada.

—¿Ah, sí? ¿Qué has preparado?

—Langostino al whisky —él la miró fijamente un poco perplejo, y Abigail se echó a reír—. Encontré whisky en tu despensa, y esta tarde fui al súper, así que... mi imaginación voló, creo.

—Ya lo veo. Huele delicioso.

—Qué bien. Siéntate, ya te sirvo—. Maurice la vio entusiasmada ir a la cocina y servir. En otro momento, se habría levantado para ir a ayudarla, pero ahora simplemente tenía la cabeza en otro

lado.

Esa tarde, el sobre del diagnóstico médico lo había estado llamando desde el lugar en que lo había guardado, gritándole, burlándose, hasta que no pudo más y llamó una persona de alta confianza de la oficina y le encargó investigar.

Se trataba de su esposa de quien estaba indagando, así que le habían tenido que jurar que todo quedaría bajo el más absoluto secreto.

Y ahora sólo quedaba esperar el veredicto. Cierto o falso. Abigail simplemente estaba enferma, o le habían mentado a ella, o ella le estaba mintiendo descaradamente a él.

Se sentía desleal, y al tiempo, engañado. ¿Pero qué podía hacer? No podía esperar y ver cómo se burlaban de nuevo de él. Ya que había empezado, no pararía hasta descubrir la verdad.

—Está delicioso —le dijo a Abigail con una sonrisa dejando el plato limpio.

—¿No te asombra pensar que un plato como este en un restaurante te podría costar hasta tres veces más que lo que costó el hacerlo aquí en casa? Es increíble.

—¿Eres tacaña? —preguntó Maurice entrecerrando sus ojos, y Abigail abrió grandes los suyos.

—Claro que no. Y ahora, por favor, no dejes de llevarme a cenar sólo porque yo hice este comentario —Maurice se echó a reír.

—Vale. Te llevaré a cenar así me salga tres veces más caro que ponerte a cocinar en casa.

—Eso. Qué buen marido —él sonrió mirándola con ternura.

—¿Te has sentido bien hoy? —Abigail lo miró borrando poco a poco su sonrisa.

—Sí. Perfectamente.

—¿Cuándo... cuándo irás de nuevo al médico? —Abigail se puso en pie y empezó a recoger los platos, tal vez tomándose su tiempo para contestar.

—Ya aparté cita.

—Qué bien. ¿Quieres que te acompañe?

—No... bueno... imagino que será sólo para hacerme exámenes y eso.

—No importa. Quiero ir contigo—. Abigail lo miró fijamente. Era comprensible que él quisiera estar a su lado en todo lo referente a su salud. Pero ahora no sabía si eso era posible.

—Está bien. Me haría sentir mucho mejor si estás a mi lado—. Maurice sonrió sintiéndose un poco aliviado. Ella no podía desear que estuviera a su lado en la comprobación de una mentira si no fuese

inocente.

Esa noche, incluso tuvo la tentación de llamar a su investigador para decirle que ya no era necesario indagar más, pero otra vez, se contuvo.

No importaba qué. Si ella era inocente, eso saldría a la luz, la investigara o no.

Si ella se daba cuenta de que había mandado investigar con lupa este asunto, seguro se molestaría, la conocía y sabía que no era una tonta que se dejara pasar por encima. Pero él la convencería, si era necesario, le pediría perdón del modo que fuera necesario.

Tenía que saber la verdad.

Abigail amaneció con el estómago revuelto. Los langostinos debían tener un problema. Eso por no ir a un restaurante y pagar el triple, se dijo.

Pero Maurice estaba bien.

Vomitó.

—¿Estás bien? —le preguntó Maurice al escucharla trasbocar en el váter.

—Creo que los langostinos me pusieron mala.

—Mierda. ¿Te llevo al médico?

—No. No... si es sólo problema de estómago... ya lo solucionaré...

—Nena... estás verde.

—Lo siento—. Ella intentó ponerse de pie, pero no fue posible. Maurice tuvo que alzarla y llevarla de vuelta a la cama. Cuando la puso con cuidado sobre el colchón y acomodó la almohada debajo de su cabeza, ella se echó a llorar.

—¿Qué sucede? —le preguntó él. Abigail lo abrazó con fuerza sin contestar, y Maurice se estuvo allí hasta que ella se calmó.

—¿A dónde vas? —le preguntó cuando él se separó.

—Tengo que ir a trabajar.

—Ah—. Abigail lo vio ir al baño. Ella lo había dejado hecho un desastre, y él ahora tendría que enfrentarse a eso. ¡Qué vergüenza!

Se tapó de pies a cabeza con la sábana sintiendo otra vez deseos de llorar. ¡Estaba siendo un fracaso

como esposa! ¿Cómo pudo dejarle el baño sucio a Maurice?

Pasada media hora, se sintió mejor, y Maurice ya estaba vestido para salir. Ahora, ni siquiera recordaba por qué había estado llorando más temprano.

Le preparó un rico desayuno y él se despidió como siempre, con un beso.

Tomó el teléfono y llamó a su primo. Tenía que ponerlo al tanto del deseo de Maurice de acompañarla a hacerse esos exámenes.

—Mierda, eso lo complica todo –dijo Arthur—. La idea era que tú simplemente tuvieras que mostrarle el nuevo diagnóstico médico, no que te acompañara a hacerte los exámenes. ¿No podrías convencerlo de que desista?

—Lo dudo. Él de verdad está preocupado por mi salud –contestó ella abriendo la nevera para tirar los restos de los langostinos, pero sólo verlos la puso mala de nuevo. Caminó corriendo al baño por si vomitaba de nuevo. Las ganas estaban allí.

—¿No tiene él un viaje programado pronto? –preguntó Arthur—. Podríamos hacerlo en su ausencia.

—No, que yo sepa.

—¡Ah! –exclamó Arthur, exasperado—. ¿Por qué tiene que ser tan terco?

—Lo siento...

—No, no es tu culpa... ¿Abby? –volvió a llamarla él, pues ella se había quedado callada.

—Perdona. Es que anoche comí langostinos y no me sentaron bien.

—¿Estás mala?

—Náuseas. Esta mañana vomité, y creo que ahora volveré a hacerlo.

—Vaya. ¿Ya te hiciste la prueba de embarazo? –Abigail se recostó en la pared del baño sintiéndose fría.

—¿Qué?

—Náuseas matutinas, náuseas matutinas. ¿No te suena eso sospechoso? –Abigail abrió grandes los ojos.

—¿Lo crees?

—Nena, ve ya mismo a una farmacia y compra una prueba casera, ¿quieres?

—Pero...

—¡Andando!

—¡Sí! —exclamó Abigail, y empezó a desvestirse para meterse a la ducha. ¡Era posible! Y además, ¡tenía un retraso!

Sin embargo, tuvo que esperar bastante para poder salir. Tuvo náuseas toda la mañana, y no se sentía capaz de salir de casa de esa manera, a menos que llevara a la mano alguna bolsa en la que traspasar en el caso de que le diera un acceso.

—Es posible? —exclamó Diana cuando le comentó por teléfono su sospecha. Ella estaba embarazada, a lo mejor podía recomendarle un médico al que ir.

—Es muy posible —le contestó Abigail. A pesar de que se había duchado y estaba lista para salir, seguía en casa.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! —celebró Diana—. Ahora mismo estoy en la galería, pero te llevaré al médico que está llevando mi control prenatal.

—Vale. Sabía que me ayudarías.

—Paso por ti en media hora, ¿vale? —Abigail asintió. ¿Y si sólo era un daño estomacal a causa de los langostino? ¿Y si salía negativo?

No se perdía nada, se dijo. En cambio, si en su vientre llevaba al fin un bebé de Maurice, ah, ella sería la mujer más feliz del mundo.

Maurice recibió al investigador bastante nervioso. Sentía las manos frías. Le ofreció asiento en uno de los muebles y se sentó en frente mirando con detenimiento los sobres que traía.

Marcus Walker apretó los labios y juntó las yemas de sus dedos mirándolo seriamente, y el estómago de Maurice empezó a revolverse.

—Con los datos que me dio —dijo Marcus— decidí empezar por la clínica. Fue fácil. Demasiado fácil. Simplemente, este diagnóstico no coincide con la historia clínica de la señora Ramsay—. Maurice cerró sus ojos con fuerza, pero el investigador siguió—. Indagué un poco más, y... encontré que todo lo referente a este diagnóstico es una copia de otro.

—Pero... pudo ser un error... un error de los médicos. Suele suceder —Marcus hizo una mueca, comprendiendo que Maurice estaba buscando alguna exención de culpa para su esposa, pero no le traía buenas noticias.

—No fue cosa de un error en el diagnóstico. Fue deliberado. Hace alrededor de tres meses, una paciente tuvo que pedir de nuevo la impresión de los resultados de sus exámenes, pues éstos se habían extraviado—. Maurice no soportó escuchar más, y se puso en pie dándole la espalda, sintiendo cada palabra como un golpe certero en su corazón—. El diagnóstico es falso, fue recreado a partir de otro verdadero. Alguien dentro tuvo que manipular los archivos para conseguir esta copia tan buena.

—Pero ella... yo la he visto. Sufre de algún ataque...

—Viendo su historia clínica, ella sólo es asmática. Además, el médico que siempre la trató apunta a una posible histeria, y otros trastornos psicológicos desde la temprana infancia... —Maurice ya no escuchaba. Incluso había elevado las manos y se cubría los oídos. No quería seguir escuchando.

El investigador se puso en pie dándose cuenta de que su jefe ya no estaba aquí con él, y que sería inútil seguir diciéndole las cosas que había descubierto. Ahora él no estaba sereno.

—Si me necesita para cualquier otra cosa... —pero Maurice no contestó, sólo permaneció allí, de pie, dándole la espalda.

Marcus Walker simplemente se giró y se encaminó a la puerta lamentando la situación, pero sin el poder de cambiar las cosas. Se le había contratado para decir la verdad, y eso había hecho.

Maurice estuvo allí de pie, con sus ojos y sus oídos cerrados por varios minutos.

No, no, se decía. Esto no es cierto.

Abigail no era capaz, ella ni siquiera podía hablar claro cuando decía mentiras. ¿Cómo podría

haber ideado una monstruosidad como esta, ejecutarla y mantenerla? No Abby, ¡no ella!

Ella era buena, era hermosa. Lo daba todo de sí, no tenía ambiciones, le importaba poco el dinero. ¡Había pedido ayuda para una escuela de sordomudos, algo con lo que no lucraría nada!

Ella no era capaz de algo así. ¿Por qué mentirle y de esa manera tan cruel?

Se trataba de su vida, de su salud, de su futuro, ¿por qué idearía ella una mentira que tarde o temprano se descubriría por sí misma?

¿Pero por qué se iba a cegar otra vez cuando estaba más que demostrado que con la misma boca con que decías “te amo”, decías también mentiras?

Ah, él lo sabía mejor que nadie.

Apenas anoche él le había preguntado cómo se sentía, y ella le había dicho que bien, que estaba pensando en repetir los exámenes porque sospechaba que algo había ido mal, pues ella se había sentido bien. Ella había planeado decirle la mentira para engatusarlo tal vez, ganarse su compasión, o su simpatía, y luego, antes de que se cumpliera el año y se le cayera el teatro, decir que todo había sido un error de los médicos.

No podía engañarse más a sí mismo, él simplemente había sido demasiado crédulo otra vez.

Abigail le había mentido, y lo había engañado. Esa tartamuda tímida y virgen había aparecido de la nada ante él diciéndole que moriría en un año, pretendiendo conseguir así su compasión, su atención. ¿Por qué? ¿Por qué a él? ¿Ya no había tenido suficiente? Ella, sabiendo quién era él y por lo que había tenido que pasar en su vida con Stephanie y su familia... ¿por qué?

Empezó a dar vueltas por la oficina intentado comprenderla, intentando hallar una razón, pero en su mente sólo retumbaba la palabra “mentira”, “engaño”. Dos monstruos ante los que había perdido ya una vez.

¿Tan estúpido era? ¿Cómo no comprobó por sí mismo cuando ella le dijo esa sarta de mentiras? ¿Cómo no fue más avisado?

Abigail no se había inventado cualquier mentirijilla para llegar a él. Las típicas tonterías que se decían para poder acercarse a una persona, no. Ella había ido mucho más lejos, había dicho que moriría, que le quedaba un año de vida. ¿Era una loca a la que no le importaba jugar con esa clase de cosas tan importantes e incluso peligrosas? Había falsificado un documento, lo que expresaba no sólo que todo había sido premeditado, sino que en ningún momento de ese largo proceso se había arrepentido ni había recapacitado. Cuando estuvo en su cama, en su mente estaba la mentira, cuando le dijo que lo quería, ya antes le había mentido. ¡Había llegado tan lejos como para casarse con él y vivir una luna de miel y aun así dejarlo pensar que moriría en un año!

Qué estúpido debió parecer ante ella cuando le preguntaba si se sentía mejor. Cuando mostraba su preocupación por ella, cuando hablaron acerca de la posibilidad de que todo fuera un error de los

médicos, ¡y eso no era más que otra red de mentiras en las que él muy posiblemente habría vuelto a caer!

Necio, necio. Creerle a la mujer que era el clon de Stephanie, alguien tan parecido por fuera, y al parecer, también por dentro. Estaba claro que él no era más que un ciego imbécil por caer dos veces en la misma trampa.

Para siempre, esta vez.

Salió de la oficina y no hizo caso cuando su secretario le habló preguntándole a dónde se dirigía, sólo caminó hasta el ascensor con los papeles y las evidencias en su mano.

Subió a su auto y salió como un bólido a su apartamento, donde seguramente la encontraría.

Tenía que encararla, tenía que preguntarle, tenía que saber por qué otra vez se habían burlado de él.

Se dio cuenta de que lloraba porque ya no pudo ver la carretera, o el tablero del auto, y con furia, se secó las lágrimas. Esta vez no iba a llorar, ni a maldecir, ni a hundirse. Ésta vez, su agresora estaba viva, así que podría vengarse; podría primero reclamarle, y luego destruirla.

Pero el recuerdo de ella siendo dulce, tierna; la imagen de ella desnuda en sus brazos, aceptando y anhelando sus besos, lo invadieron. Mentira, mentira. Todo era mentira.

Llegó al edificio y entró sin hacer ruido. Se aseguró de que no hubiese rastro de lágrimas en su rostro y caminó decidido a la cocina.

No estaba.

Fue a la habitación, pero tampoco estaba allí, y con el corazón latiendo fuertemente, entró al baño. Allí tampoco había nadie.

Se recostó a la pared y apoyó sus manos en sus rodillas tomando aire. Ah, esto era difícil.

Volvió a la sala y dejó sobre la mesa del comedor el sobre. Tomó su teléfono, pero prefirió no llamarla, a quien llamó fue a su abogado.

—Señor Ramsay! —exclamó Gordon Hayes, el hombre que llevaba los asuntos legales de los Ramsay—. Qué grata sorpresa...

—Necesito un favor de usted —lo cortó Maurice manteniendo serena su voz—. Quiero que empiece ya mi proceso de divorcio—. Gordon se quedó en silencio por varios segundos—. Me escuchó? —preguntó Maurice.

—Eh... fuerte y claro, señor Ramsay, pero... Bueno...

—Perfecto —dijo Maurice, y cortó la llamada.

Divorciado, cuanto antes, separado de otra mentirosa. Divorciado luego de haber enviudado.

Por lo menos, esta vez la sociedad en general no se había enterado de lo estúpido que era, pues ella le había pedido que no se lo contara a nadie, ni a su familia ni sus amigos más íntimos.

Al menos ellos no habían caído víctimas de sus intrigas, estaban a salvo.

Y él estaba solo sufriendo esta terrible verdad.

No pudo con eso. Poco a poco se fue resbalando en la pared hasta que llegó al suelo. Su respiración era dificultosa, y todo él estaba sudando, pero levantó la cabeza y se obligó a sí mismo a tragarse todo ese dolor, toda esa rabia. Ahora no podía desmoronarse. Ahora tenía que ser fuerte. No le iba a pasar lo de hacía siete años. No otra vez.

Pero ya le estaba pasando, dijo una vocecita. Estaba en las mismas.

Caminó al guardarropa y empezó a sacar todo lo que era de Abigail y a trasladarlo a la sala. Todo, hasta que no quedó ni una pinza para el pelo, ni un perfume, ni su cepillo de dientes.

No había podido hacer esto con Stephanie, las cosas de ella habían quedado por todas partes. No sería así esta vez.

Cuando hubo desocupado el armario, caminó por la casa buscando entre los armarios, aparadores y cualquier otro sitio alguna cosa que le perteneciera a ella.

La puerta se abrió, y sintió los pasos de unos tacones detenerse en medio de la sala.

—¿Maurice? —preguntó la voz de Abigail.

Maurice respiró profundo, muy profundo, todo lo que le dieron sus pulmones, y caminó a la sala. La encontró mirando confundida su ropa y sus cosas encima de los muebles. Traía algo en las manos, un papel y un pequeño paquete envuelto en papel de regalo, pero sólo pudo mirar su cabello rojo brillando hoy más que nunca, cada hebra caoba, hasta la espalda. Sus ojos azules lo miraron confundida.

—¿Pasó algo con el armario?

—¿Dónde estabas? —la mirada de ella se iluminó.

—Fui al médico —dijo con una sonrisa—. Me hice unos exámenes y...

—¿Y te dijeron que milagrosamente ya estás sana? —la interrumpió él—. ¿Que no tienes nada, que el primer diagnóstico fue errado? —ante su mirada, él señaló hacia la mesa y Abigail vio el sobre. El sobre que ella había dejado muy bien escondido en su habitación de la casa de sus padres.

El mundo se hundió bajo sus pies, así, tan llanamente, al comprender. Maurice ya lo sabía todo. De alguna manera, había descubierto su mentira.

Empezó a ver todo como a través de un oscuro pozo, donde estaba cayendo.

Maurice la vio palidecer y mirarlo con aprehensión. Se echó a reír con mucha amargura y dio unos pasos pasándose las manos por la cabeza. Ella era consciente de su mentira, de su enorme mentira, ¿y ahora que había sido descubierta, qué nueva mentira inventaría?

—¿Cuánto tiempo más me ibas a tener engañado, Abigail? —ella abrió su boca para decir algo, pero no salió ningún sonido de ella—. ¿Por cuánto tiempo más iba a ser un estúpido delante de ti? —ella sacudió su cabeza negando, y los ojos se le humedecieron—. ¿Sabes cuánto, cuánto miedo tuve porque te iba a perder?, ¿porque estabas enferma? —Caminó hacia ella, y Abigail empezó a retroceder—. ¿Por qué me mentiste, Abigail? —ella no pudo retroceder más, estaba contra una pared, y ahora él se acercó hasta quedar nariz con nariz—. ¡¡POR QUÉ!! —gritó, y Abigail cerró sus ojos. Lágrimas empezaron a salir de ellos—. No, no, no me vengas con dramas. ¡¡CONTÉSTAME!! ¡Quiero una maldita respuesta! ¡Quiero la verdad!, si es que eres capaz de decir algo con verdad. ¡¡Dime!! ¿Qué clase de estúpido fui? ¿Tan fácil fue engañarme? ¿Cómo es posible que haya caído en semejante trampa? ¡¡HABLA, MALDITA SEA!! —él golpeó la pared al lado de su cabeza con terrible fuerza, pero ella, a pesar de que el estruendo la asustó un poco, permaneció en silencio; con los labios abiertos y la respiración agitada, pero sin producir ningún sonido.

Ante su silencio, que a su modo de ver no era otra cosa más que la ausencia de argumentos, Maurice caminó a la puerta y la abrió de par en par, tomó a Abigail fuertemente del brazo y la arrastró echándola fuera del apartamento, pero ni así ella gritó o dijo algo, sólo permanecía en silencio, mirándolo con sus ojos azules muy abiertos, quieta, con los brazos caídos.

Luego de sacarla, y más furioso aún por su actitud, Maurice atacó la ropa, la sacó toda; sus bolsos, zapatos, abrigos, maquillaje. Todo. Incluso llegó a patear con el zapato los pequeños estuches donde guardaba sus relojes y pulseras.

—No quiero nada de esto aquí —le dijo—. No quiero más de la mierda de tu familia, ni de ti. De tu boquita no salen más que mentiras, y cuando estás callada, sólo estás maquinando otra más gorda, así que puedes largarte ya—. Cuando él dio la vuelta para alejarse, ella le tomó el brazo, pero Maurice se sacudió tan furiosamente que hizo que ella se tambalara—. ¡No me toques! —le gritó—. ¡No te atrevas a volver a acercarte a mí! —la escuchó sollozar, pero aun así, ella no dijo nada.

¿No tenía nada que decir? ¿Sólo llorar?

—Mierda, Abigail, ¿por qué? —le preguntó con voz dolida, y Abigail lo vio ponerse las manos detrás de la cabeza y dar vueltas por el pasillo. Ella permanecía allí, en medio del desorden de sus pertenencias—. ¿Por qué me mentiste así? ¿Por qué no te corregiste? ¿Pensaste de verdad que permanecería oculto para siempre? ¿Por qué no hablas, ah? ¡Di algo! ¡Una cosa en tu boca que al fin sea verdad! —Abigail se recostó a la pared del pasillo bajando la cabeza. ¿Ella iba a permanecer en silencio? Pues bien—. He pedido el divorcio —le anunció él, y la vio encogerse, pero no alzó la cabeza—. Haz el favor de firmar cuando te llegue la notificación. Desde ahora está bloqueada tu

entrada aquí y en cualquier lugar donde yo pueda estar. Si te acercas a alguien de mi familia, te destruiré, y no sólo a ti, también al único familiar que te importa, a Arthur Gardner—. Ella no dijo nada, sólo se encogió un poco más allí donde estaba—. No creas ni por un instante que te perdonaré por esto que me hiciste. Y ya que has desaprovechado tu oportunidad para defenderte y decir algo, está claro que no queda nada más qué decir entre tú y yo. Por favor, no te vuelvas a acercar en lo que te queda de vida... Ahora mismo me estoy alegrando de que tu vida no vaya a ser corta, pues así podré vengarme como se debe de ti.

Maurice se dio la vuelta y entró a su apartamento cerrando fuertemente la puerta. Un vecino había estado asomado, pero ella ni cuenta se dio, sólo permaneció allí, encogida contra la pared, en silencio, en medio de la ropa que Maurice había comprado para ella.

Maurice se quedó al otro lado de la puerta mirando la lámina de madera sin saber qué hacer, qué decir, qué pensar. Quería poner su mente en blanco, no sentir este dolor. Pero ah, dolía, dolía. ¡Dolía!

¿Cómo había sido posible? ¿Qué le pasó?

Y lo más terrible, ¿por qué se enamoró? ¡Todo estaba bien! Él había vuelto a su vida, había levantado de nuevo cabeza, tenía propósitos un poco oscuros, pero propósitos al fin y al cabo. Al lado de su familia y sus amigos, había vuelto a sonreír, había aprendido a aceptar lo que era su vida... y había venido Abigail con su cara y sus mentiras. Había creído, había vuelto a creer en la vida, en el amor. ¡Se había enamorado! Había vuelto a planear su vida con colores y luz, ¡había deseado algo con toda su alma otra vez! Para nada, para volver a quedar en ruinas, más profundo, más oscuro que antes, destruido, burlado.

Engañado como se engaña a un tonto.

Caminó hacia el bar y se sirvió un vaso de whisky, pero cuando tuvo el licor en los labios, tiró el vaso contra una de las paredes y éste se rompió.

No, tampoco iba a caer en el licor como hacía siete años.

Quería salir y correr, correr mucho, pero afuera estaba ella, con su boca sellada, sus ojos avergonzados y su ropa tirada. No quería volver a verla, seguro que se echaría a llorar.

Y no iba a llorar, esta vez no.

Su teléfono empezó a sonar, y él lo sacó de su bolsillo mirando en la pantalla. Era su tío Stephen, tal vez para preguntarle dónde estaba y por qué había salido de la oficina de una manera tan abrupta.

Apagó el teléfono.

Se sentó en el brazo de un mueble mirando el suelo tratando de encontrar algo en lo que pensar mientras la fuerza volvía a él, mientras toda esta tormenta pasaba y barría con su furia, su ira, y su

tristeza. Porque estaba triste, sí.

No, no llores, se dijo de nuevo.

Y así pasó un largo rato, entre la ira, la determinación y la soledad. No se dio cuenta de que el sol había empezado a ponerse. Abigail no había golpeado la puerta ni una vez, no pidió que por favor la escuchara, que la dejara entrar para darle sus razones. Ella sabía que había mentido, y tal vez no tenía ánimo para intentar reconciliarse con él, aunque habría sido en vano, él no pensaba reconciliarse con ella por más que le tuviera una espectacular razón. No era más que otra mentirosa.

Abigail se separó de la pared sintiéndose entumecida hasta los huesos. El momento que más había temido desde que dijera esa mentira había llegado. No, no había llegado, había estallado en su cara.

Miró en derredor pestañeando, mirando su ropa, pero simplemente no supo qué hacer.

Le había mentido a Maurice, él estaba herido por haberlo descubierto, y tenía toda la razón del mundo. Ella había sido una ilusa al pensar que su hermoso castillo de naipes resistiría el vendaval. No resistió. Él incluso había pedido el divorcio.

Volvió a sentirse mareada, sin aire, pero otra vez controló el ataque de asma. Estaba embarazada, tener ataques de asma sería malo para el bebé.

De alguna manera, pensar en eso la había ayudado a superar la crisis mientras él le gritaba una cosa tras otra, y con tanta razón. Por primera vez, había superado un ataque de asma, pero habían sido demasiadas cosas al tiempo, y ahora estaba aquí, mirando la puerta tras la cual se hallaba él, sintiendo cómo cada vez se alejaba más y más de sí, cómo se iba construyendo un enorme y pesado muro entre los dos.

Miró en su mano el papel que indicaba que la prueba de embarazo había dado positivo, que en su vientre llevaba un hijo de Maurice. Se había detenido en una tienda para comprar unos zapatitos de bebé, recordando que hacía tiempo él había intentado hacerle la propuesta a Stephanie con unos, y en vez, la había encontrado muerta bajo el cuerpo de su amante en la bañera.

Se secó las lágrimas. Esta vez también había sido nefasto.

Mientras él le había estado gritando, exigiéndole una explicación al tiempo que le reclamaba, intentó decir lo siento, intentó decir perdóname, pero había quedado muda, muda de verdad. Su garganta se había cerrado y no había podido decir nada, ¡nada de nada! Y cuando intentó tocarlo, él había reaccionado como si le diera asco, como si no soportara su contacto.

Lo había perdido. Había perdido al amor de su vida, y esta vez se debía de nuevo a las mentiras, pero la mentira había venido de parte suya, no de Stephanie, ni de cualquier otro miembro de su familia. Ella misma había destruido lo que pudo haber sido hermoso, eterno.

Lágrimas gordas y pesadas empezaron a salir de sus ojos pensando en que, en primer lugar, fue gracias a esa mentira que ella pudo estar por lo menos estas pocas semanas con él. Pudo conocerlo, hacer realidad lo que antes fueron vagas ilusiones de una niña, y luego, de una mujer que siempre vio el mundo a través de su ventana; pudo saborear su amor.

Pero perder su amor luego de haberlo probado era peor, dolía más, mucho más, porque ahora su alma sabía exactamente de qué se estaba perdiendo; no era una ensoñación, no era una imaginación. Ella había tenido el paraíso en las manos, lo había visto, lo había vivido... y lo había echado a perder.

Se agachó para recoger algunas cosas del suelo casi por inercia, con la mente perdida, y cuando una mujer pasó por allí con su carrito de limpieza, recibió un par de bolsas negras y grandes de basura para echar todo en ella.

Empacó todo como una autómatas. Eran las cosas que le había dado Maurice. Era algo simbólico que las estuviera guardando en una bolsa de basura. Tal vez si él la viera, la acusaría de haber echado su relación con él exactamente allí, donde debía estar la basura.

No, no, quiso decir a la vez que meneaba su cabeza y las lágrimas seguían saliendo. Para mí tu amor es lo más hermoso, lo más dulce, lo más especial. Para mí, tu amor me salvó la vida, me hizo vivir.

Cuando hubo empacado, bajó por el ascensor, y afortunadamente, no tuvo que hablar con el conserje para pedir un taxi, pues había uno que acababa de ser desocupado en la entrada.

Escribió en su teléfono la dirección de Arthur y se la mostró al taxista, que la miró interrogante, pero al parecer comprendió que ese era el destino al que quería que la llevara, pues no puso objeciones y arrancó.

Arthur abrió la puerta, y al ver a su prima con los ojos enrojecidos, y dos bolsas negras de basura a sus pies, frunció el ceño.

—¿Qué pasó? —Abigail, incapaz todavía de hablar, simplemente se echó a sus brazos y lloró. No fue necesario decir más; Arthur comprendió lo que estaba pasando.

La condujo, a ella y a sus bolsas de basura, al interior de su sala. La sentó en el sofá y le dio un vaso de agua sentándose él también a su lado.

—¿Se lo dijiste y no lo quiso comprender? —ella negó—. ¿Lo descubrió por sí mismo? —ella asintió—. Pero... ¿cómo? —ella se encogió de hombros—. Estás en medio de una crisis, ¿verdad? No puedes hablar —ella se quedó quieta, sin negar ni asentir.

Arthur sabía que esto era posible. Había sufrido una crisis como esta hacía años, hacía ocho años, exactamente, y fue mientras Maurice se estaba casando con Stephanie, y a ella se le impidió ir y se quedó sola en casa mientras todos estaban en la fiesta. En la fiesta del hombre que ella amaba con la arpía de su prima.

Los ojos de Abigail se llenaron de lágrimas.

Tal vez se lo merecía, se merecía que Maurice la dejara; ella había ido a él con mentiras, ¿no era así? No debió mentir. Viéndolo bien, la mentira no había ayudado significativamente a conseguir que él se casara con ella, así que al final no había sido muy necesaria, pero ella había creído que sí y había sido la primera arma con la que atacara. Y ahora esa arma se había disparado por la culata y le había estallado en la cara.

Pero el más afectado aquí era Maurice, que muy seguramente estaba en esa casa pensando que no era más que un tonto al que habían vuelto a engañar, y eso le dolía más que nada.

—Ya, nena, no llores más —la consoló Arthur abrazándola—. Ven aquí—. Ella se puso en pie rechazando su consuelo. No se lo merecía.

Su teléfono timbró, y vio que era un mensaje de Diana preguntándole si ya había planeado cómo decirle a Maurice de su embarazo. Había estado con ella gran parte de la tarde en el consultorio, y ahora no sabría cómo decirle que todo, su matrimonio y su vida, se habían ido por el retrete.

Apagó el teléfono sin contestarle y volvió a sentarse sin poder evitar llorar. La que debía ser una noche de celebración porque ella estaba embarazada, porque podría al fin decirle que esa niña que él conoció esa vez no era Stephanie, sino ella; la noche en la que podían iniciar desde cero una vida juntos, se había convertido en su pesadilla hecha realidad.

Lloró y lloró, y ya no se dio cuenta de si Arthur la consolaba o no, o si se merecía ese consuelo. Estaba en ese pozo sin fondo en el que seguía cayendo y cayendo.

Y todo, cada vez, se volvía más oscuro.

Arthur la dejó llorar todo lo que quiso, todo lo que pudo, y todo lo que fue capaz de llorar. Era triste verla así, pero no era la primera vez que esto pasaba. Recordaba muy bien aquella vez, cuando su hermana se casó con Maurice Ramsay, y la prima Abigail no fue a la fiesta. Ella había planeado con él hacer algo, hacer que Maurice la viera, que la descubriera, que se diera cuenta de que se estaba casando con la equivocada.

No había podido ser. En primer lugar, luego de que supuestamente se le había permitido ir a la fiesta, la tía Theresa simplemente la había dejado bajo llave en su habitación, y dado orden al personal de que hiciera lo que hiciera, Abigail no podía salir de la casa.

Él había ido a la fiesta con el plan casi en marcha, dispuesto a ayudar a su prima por encima de su propia hermana, pero se había quedado sin su socia. Cuando vio que Abigail no iría, se fue de la fiesta y fue a buscarla a la casa.

La encontró en un estado lamentable. Llorando en su habitación, golpeando la puerta, pero sin poder hablar.

Sus ojos se humedecieron.

¿Qué había pasado? ¿Cómo se había enterado Maurice?

Se sentía culpable, muy culpable. Él la había apoyado en esta loca idea, y había convencido a un amigo que trabajaba en una clínica para conseguirle ese diagnóstico. Había estado en desacuerdo, pero no logró convencerla, y al verla decidida, había preferido apoyarla para que todo le saliera bien.

Suspiró y fue a la cocina por una copa de vino. La necesitaba.

Quién sabe qué sería de Maurice ahora. Él cuidaría de su prima, la ayudaría hasta que su crisis pasara, y la apoyaría en todo lo que necesitara. No sabía qué haría él. Si bien tenía familia y amigos, era el segundo golpe mortal que le daba la vida. Había resistido a duras penas el primero, no estaba muy seguro del segundo.

—Estoy preocupado por Maurice —le dijo Stephen a Daniel por teléfono—. Hace dos días que no viene a la oficina. Lo he llamado y su teléfono permanece apagado, y en el edificio no dan razón de él—. Daniel sonrió.

—Bueno, tal vez se tomó unos días de descanso.

—Él no haría eso sin avisarme primero. ¿Y por qué se tomaría unos días de descanso? Acaba de venir de su luna de miel.

—¿No te has enterado?

—No. ¿Qué pasa?

—Abigail está embarazada.

—¿Qué?

—Me lo dijo Diana. Fue a hacerse la prueba y salió positivo.

—¿De verdad? —Daniel volvió a sonreír.

—He intentado llamarlo yo también, pero tal como tú dices, su teléfono permanece apagado. Me imagino que quiso celebrarlo en intimidad, o ¿quién sabe? Tal vez están fuera del país otra vez—. Stephen hizo una mueca poco convencido. Si Maurice estuviera celebrando, lo habría llamado al menos para darle la grata noticia.

—Algo no va bien —insistió.

—Bueno, esta noche arrastraré a David para ver cómo está.

—Sí, quedaré más tranquilo si uno de ustedes va y comprueba la situación. La última vez que él desapareció de este modo fue... bueno, prefiero no recordarlo.

—Diana también ha estado intentando comunicarse con Abigail, y ella tampoco le contesta, así que si desapareció, lo hizo con ella. No te hagas líos en la cabeza, esta noche nos sacará a patadas de su apartamento por invadir su intimidad, ya lo verás.

—Eso espero. Dame noticias en cuanto sepas algo, por favor.

—Claro que sí —contestó Daniel, pero al cortar la llamada, miró preocupado el teléfono. No conocía lo suficiente a su primo como para saber si era normal en él desaparecer de esa manera.

Llegaron, él y David, al edificio donde desde hacía sólo un par de meses Maurice vivía. El conserje les dijo que el apartamento permanecía cerrado, y, al menos en sus turnos, nadie había entrado ni salido.

Eso los preocupó.

Subieron al piso donde tenía el apartamento y llamaron a la puerta. Nadie contestó.

—Esto es extraño —dijo David—. El teléfono está apagado, y el de Abigail también.

—No quiero estar interrumpiendo nada —bromeó Daniel.

—No. Maurice ya habría contestado. Sabe que nos preocupamos por él. Mierda... —David empezó a golpear la puerta con sus nudillos—. ¿Maurice? —llamó—. ¡Maurice! ¿Abigail?

Un vecino se asomó desde su apartamento por el ruido, y disculpándose, Daniel le preguntó si de casualidad había visto a los inquilinos de este apartamento salir o entrar.

—Vi a la mujer —dijo el hombre—. Fue una pelea monumental. Él tiró su ropa al pasillo—. Con ojos grandes de sorpresa, David y Daniel se miraron.

—¿Una pelea?

—¿Él tiró su ropa?

—Es lo que vi. Ella se marchó.

—¿Seguro que son los de este apartamento?

—Ella es una pelirroja muy guapa, ¿no?

—Eh... sí.

—Pues ellos mismos—. Daniel de inmediato tomó su teléfono, a la vez que David seguía llamando a la puerta.

—Dijiste que Abigail estaba embarazada, ¿no? —le preguntó Daniel a su mujer cuando ésta le contestó.

—Sí. Yo misma la acompañé a hacerse la prueba.

—Es... es extraño. Estamos en el apartamento de Maurice. No nos abre la puerta, y un vecino nos acaba de decir que vio cómo él la echaba del apartamento...

—¿Qué? —interrumpió Diana conmovida.

—¡Él echó su ropa fuera!

—¡No es posible! ¡Ella le iba a dar la noticia del bebé!

—Diablos... —Daniel se detuvo cuando vio a David caminar hacia el ascensor.

—¿Qué vas a hacer?

—Pedir que abran esa puerta antes de que yo mismo la tumbe.

—Crees que...

—Daniel... no viste a ese hombre hace siete años. Sé que esa vez fue por una mujer, y me temo que él nunca se recuperó del todo de ese daño. Si de casualidad algo parecido sucedió... —Daniel se internó con él en el elevador más preocupado que antes.

—¿Está bien Maurice? —preguntó Diana por el teléfono, que seguía en la línea.

—No lo sé, amor. Vamos a averiguarlo.

Necesitaron una orden policial, lo cual tardó un poco, a pesar de que ambos tenían buenos contactos dentro. Entraron junto con el conserje del edificio y a David lo alivió que al menos no había ningún olor sospechoso en el ambiente.

Las luces estaban apagadas, todo parecía normal en la oscuridad.

—¿Maurice? —llamó David, con voz preocupada. Daniel encendió la luz, pero no lo vieron—. Miraré en la habitación —dijo Daniel al tiempo que se encaminaba a ella.

David lo encontró. Estaba detrás del sofá, sentado en el suelo, con los ojos abiertos mirando el suelo. Se agachó de inmediato y llamó dando voces a Daniel.

—¿Maurice? —pero él no reaccionó. Le tomó el pulso, pero al tocarlo, descubrió que tenía la temperatura altísima.

—¿Está vivo? —preguntó Daniel acercándose.

—Sí. Ayúdame a levantarlo —entre los dos lo alzaron, pero él parecía inerte, pues no opuso resistencia, y tampoco colaboró. Parecía desmayado, pero tenía los ojos abiertos.

—¿Llamo a una ambulancia? —preguntó el conserje con el intercomunicador en la mano.

—Ahora no —contestó David—. Pero si se hace necesario, le avisaremos—. El conserje asintió, y girándose repetidas veces para ver cómo entre los dos hombre lo llevaban a la habitación, salió del apartamento.

Tanto David como Daniel sabían qué hacer en caso de fiebre. Ambos habían crecido hasta cierta edad con una madre amorosa que los cuidó en la enfermedad, y en el caso de David, siempre estuvo allí junto a Agatha cuando Michaela no se sintió bien.

David le quitó la ropa a Maurice a la vez que le revisaba la cabeza buscando golpes; no halló ninguno. Daniel corrió al baño y trajo toallas y agua fría. Se lo paseó por el cuerpo tratando de refrescarlo, pero pasados los minutos, esto no surtía efecto.

—Tal vez deba llamar a la abuela —sugirió David. Daniel agitó su cabeza negando.

—¿Qué pudo ponerlo en este estado?

—No lo sé. He buscado golpes, pero no hay ninguno. ¡Maurice! —lo llamó, pero otra vez, no hubo respuesta. David le movió la cabeza haciendo que lo mirara, pero sus ojos estaban vacíos—. ¡Maldita sea, Maurice, escúchame! ¡Regresa! ¡De donde sea que estés, por favor regresa! —los ojos de Maurice se enfocaron al fin y miraron a su amigo—. ¡Oh, diablos! ¿Por qué me preocupas de esa manera? —pero Maurice empezó a temblar.

—¡No, no! —exclamó Daniel—. Si no le baja la temperatura, convulsionará.

—Tengo una idea. Llena la bañera con agua fría.

—¿Estás loco?

—Tenemos que bajarle la temperatura como sea. ¡Llena la bañera!

—Si muere, será tu culpa —refunfuñó Daniel, pero hizo caso. Mientras tanto, David le quitó a Maurice lo que le quedaba de ropa y cubrió sus partes con una toalla. Maurice seguía temblando e hirviendo.

—¿Qué te pasó? —le preguntó David con voz preocupada y un poco tierna—. Dime. ¿Qué te hicieron esta vez? ¿Fue Abigail?

—No... —contestó Maurice con voz débil, y movió su cabeza cerrando sus ojos. Daniel regresó del cuarto de baño, y David le hizo señal para que le ayudara a llevarlo. Entre los dos lo movieron y a paso lento, entraron al cuarto de baño y lo metieron a la bañera, que aún no se llenaba de agua.

Fue extraña la reacción de Maurice. Al entrar en la bañera, prácticamente lanzó un alarido y se sentó agarrándose del borde para salir.

—Quédate allí —le ordenó David con voz dura.

—No quiero estar aquí —su cuerpo temblaba y su piel estaba toda erizada. David lo tocó, la fiebre parecía más bien subir a cada segundo.

Tomándolo del cuello, David lo hundió. El nivel del agua había subido y pudo sumergirlo.

Dentro del agua, Maurice vio los rojos cabellos de Stephanie flotar en un agua sanguinolenta. Su cuerpo hinchado y amoratado, con los ojos azules abiertos mirando con terror a la muerte.

Nunca supo cuál fue último pensamiento de Stephanie antes de morir, pero al menos, sabía cuál era el suyo: la muerte, cuando sufrías, era hermosa.

Este era su fin. Él también moriría.

Cerró sus ojos y se dejó ir, pero la misma mano que hacía presión hundiéndolo, lo sacó del agua y él pudo respirar. Una vez afuera, el instinto de supervivencia le hizo boquear por aire, y fue consciente de dónde estaba, y con quién. David y Daniel estaban a cada lado de la bañera y lo miraban preocupados. Él estaba desnudo y en el agua.

¿Por qué?

Vio a Daniel tomar el grifo de mano y rociarle agua sobre su cabeza.

—¿Ya bajó? —preguntó.

—No lo sé. Tendríamos que secarlo—. Estaban hablando como si él no estuviera allí, y los miró a uno y a otro.

—Parece que ya está consciente.

—¡Eres un maldito idiota! —espetó David mirándolo, y Maurice se concentró en él, una cara familiar, una cara del presente—. ¿Qué diablos estabas haciendo? Poniendo en peligro tu salud y tu vida. ¿Sabes lo preocupado que estuve?

—¿Qué pasó con Abigail? —preguntó Daniel, sin dejar de rociarle agua.

Abigail, pensó Maurice. Abigail.

Recordaba haberla sacado del apartamento. ¿Por qué?

Porque le mintió. Porque le había dicho que en un año moriría, y había usado esa mentira para acercarse a él y despertar su lástima. Y siguió mintiendo y mintiendo sin parar.

Se abrazó las rodillas. No, no iba a llorar, no iba a parecer un débil otra vez. No se iba a desmoronar. No y no.

—Otra vez lo perdimos —se quejó Daniel—. ¿Entra en estado de shock si le mencionamos a Abby?

—¿Qué pasó, Maurice? —preguntó David, con voz más suave.

Maurice cerró sus ojos con fuerza y escondió la cabeza bajo los brazos, otra vez repitiéndose a sí mismo la orden de no caer, de ser fuerte, de soportar el dolor no importaba cuán fuerte fuera éste. Sintió una mano sobre su piel, y entonces perdió la batalla. La batalla que había estado peleando desde el mismo instante en que había sacado a Abigail por la puerta, y se echó a llorar.

—Mierda —masculló Daniel, sentándose en el suelo al lado de la bañera y dándole la espalda a Maurice para no verlo así. David cerró sus ojos, pero no quitó la mano que tenía en su hombro, por

el contrario, apretó más fuerte, tratando de infundirle un poco de fuerza, haciéndole saber, de algún modo, que no estaba solo.

Por varios minutos estuvieron allí, quietos y sin palabras mientras el sonido del llanto de un hombre hecho y derecho llenaba la habitación. Si pasaron minutos u horas no fueron conscientes, sólo estuvieron allí acompañándolo, cuidándolo, sintiéndolo por él.

Al cabo de lo que pareció una eternidad, Maurice se detuvo, y ahora sólo respiraba con cierta dificultad. David lo miró, y llamó la atención de Daniel para sacarlo de la bañera.

—Estoy bien —dijo Maurice.

—No. Estás como la mierda de mal.

—Lo... lo siento. Siento haberlos preocupado.

—Sí. Eres tonto del culo. Si estás bien, sal de ahí —Daniel se puso en pie y salió.

—Iré a preparar algo de comer. Supongo que no comes nada desde hace días—. Maurice no dijo nada. Quería estar solo, pero conociendo a este par, sabía que aunque les rogara de rodillas, jamás se irían de aquí.

—Sal del agua. Te vas a resfriar —le ordenó David, y Maurice cerró sus ojos agradeciendo que ninguno de los dos le hiciese preguntas. Pero bueno, así eran ellos, y David tenía su particular forma de decir te quiero, y ahora estaba desbordando amor. Sonrió.

—¿No fuiste tú quien me metió aquí? —David le puso el dorso de los dedos en la frente comprobando su temperatura. Ésta había bajado.

—Estabas quemando de la fiebre.

—Ya estoy bien —dijo Maurice saliendo del agua, y entonces se dio cuenta de que estaba desnudo—. ¿Fuiste tú?

—No me mires así —le pidió David pasándole una toalla. Maurice la recibió y se secó con ella para luego rodearse la cintura. Salió de la bañera y se detuvo sintiéndose débil.

¿Por qué había enfermado? ¿Por qué había tenido fiebre?

Miró el reloj sobre la encimera del baño. Eran las diez de la noche. ¿Había estado así desde esta tarde?

—Cuidado ahí —dijo David sosteniéndolo, y Maurice tuvo que apoyarse en él para volver a la habitación.

Al ver la cama, los ánimos de Maurice volvieron a caer. No quería estar aquí.

—Necesito... necesito...

—Necesitas un caldo de pollo, ropa seca y una aspirina. Luego de eso, dormir doce horas seguidas. Daniel está haciendo algo en la cocina, y aquí tienes tu ropa —le dijo, lanzándole camisetas y sudaderas desde el armario. Maurice lo atrapó mirando a David escarbar entre sus cosas—. Marissa guarda sus analgésicos en el armario. Dónde... —dejó la pregunta a la mitad, tal vez pensando que no debía pronunciar el nombre de Abigail. Chico listo.

—En la cocina —le dijo, y David salió raudo por ellas.

Maurice se sentó en la cama, solo al fin.

Ahora seguía una vida solo otra vez. Una etapa en la que él procuraría recoger todos los pedazos de sí mismo que habían quedado por allí de cualquier manera y volver a armarse.

Ah, otra vez.

Sintió de nuevo el nudo en la garganta y los ojos humedecidos. Ahora que se había permitido llorar, las lágrimas venían demasiado fácilmente, una fuente que no se secaba.

¿Qué había hecho mal? Él debió ser alguien peor que Hitler en su vida pasada como para merecer algo así. ¿Ninguna mujer? ¿En serio? ¿Ni su madre?

No, ninguna mujer lo había amado sinceramente, sin mentiras, engaños o subterfugios. Y él que siempre había sido un tonto con demasiado amor para dar. Se lo había dado todo primero a Stephanie, luego había sido capaz de volver a amar... para que pudiesen volver a hacerle daño. Su peor pesadilla hecha realidad aquí y ahora.

Se recostó en la cama con sus ojos cerrados y sintiéndose patéticamente débil, agotado y adolorido. Sufrir cansaba.

Un delicioso aroma lo despertó. ¿Agatha?

Abrió los ojos, pero no era Agatha, era Daniel con un plato de humeante caldo de pollo en la mesilla del desayuno.

Al lado del plato, David dejó un par de aspirinas y un vaso de agua.

—Andando —dijo con voz mandona, y Maurice miró el plato. No sabía que Daniel era capaz de cocinar.

Bajo la atenta mirada de David y Daniel, empezó a tomarse el caldo. Cucharada a cucharada, y sintió poco a poco la calidez entrar en él.

Hasta hacía unos minutos, había estado hundido en la desesperación y la autocompasión. De hecho,

sospechaba que si pensaba sólo un poco de nuevo en su miseria, volvería a hundirse en ella, pero por lo menos en este mismo instante no se sentía solo. No lo estaba. Tenía un par de hermanos que cuidaban de él no importaba lo patético que fuera. Ante ellos, había dejado de ser un hombre para llorar como un niño, y aquí seguían, a su lado, protegiéndolo.

Salió un suspiro, pero nadie dijo nada, y luego de unos minutos, acabó el caldo, se tomó la aspirina, y se levantó para ponerse ropa limpia y seca.

—Necesitas dormir —le dijo Daniel, y Maurice asintió. Cuando vio a ambos tomar sus teléfonos, los miró curiosos. Ambos le estaban avisando a sus esposas que dormirían aquí.

Sonriendo, se recostó en la almohada. No necesitaba hacer de anfitrión para ellos y prepararles una cama, así que se fue quedando dormido poco a poco.

Ya había llorado, ya había sacado fuera gran parte de su miseria. Ya no tenía que luchar contra nada dentro de sí. Fuera lo que fuera, esta era la vida que le había tocado vivir.

No fue consciente de la mano de David tocando de nuevo su frente para comprobar su temperatura, o de Daniel cubriéndolo con la sábana para que no se enfriara. En un instante, había quedado profundamente dormido.

Arthur entró al apartamento, y como siempre, todo estaba silencioso. A pesar de que ahora tenía una compañera de piso, parecía que no fuera así; Abigail parecía más bien un fantasma.

En las últimas dos semanas no había abierto su boca para hablar. Esta crisis le estaba durando más que la pasada, y él lo había intentado todo, pero ella nada que rompía su silencio, y eso lo estaba preocupando.

No había ido a buscar a Maurice respetando el deseo de ella de mantenerse al margen. Maurice no sabía que Arthur estaba implicado en la mentira, y si él planeaba tomar venganza, lo involucraría a él, y Abigail no quería.

Avanzó a través de la sala y dejó en la cocina algunos víveres que había comprado, entró a la pequeña habitación donde seguramente hallaría a su prima mirando con ojos vacíos por la ventana y no se equivocó; allí estaba Abigail, sentada en un sillón, abrazando sus piernas, con el cabello trenzado sin mucho cuidado y mirando lejos.

—Te traje algunas cosas —dijo él y puso la bolsa sobre el edredón de la estrecha cama—. Vi una blusa que me gustó y te la compré, al igual que toallas y tampones. Me imagino que pronto lo necesitarás, y como no sé cuál prefieres, traje de varias marcas...

—No —lo interrumpió ella girándose a mirarlo, y Arthur la miró algo sorprendido. Ella al fin había hablado.

—¿No... qué?

—No necesitaré los tampones. Estoy embarazada —Arthur abrió grande la boca y los ojos por la sorpresa. Sonrió y corrió a abrazarla.

—¡Pero eso es una excelente noticia! ¡Abby! —Abigail sonrió sólo de verlo tan feliz.

Arthur se arrodilló frente a ella y le tocó el vientre, pero no se sentía nada. Poco a poco la sonrisa de Arthur se fue borrando, y la miró preocupado. Abigail respiró profundo sabiendo exactamente en qué estaba pensando su primo.

—No se lo puedo decir. No todavía.

—¿Por qué? Abby, si él se entera, tal vez... tal vez te dé una oportunidad. No eres cualquier persona, ¡eres su esposa y madre de su futuro hijo! —Abigail negó.

—No lo creerá —Arthur la miró en silencio negando—. Me tiene por una consumada mentirosa; si ahora voy y le digo que estoy esperando un hijo suyo, simplemente no me creerá.

—¿Y entonces? ¿Tu hijo crecerá sin un padre?

—No. Se lo diré, pero no es... no es el momento.

—¿Y cuándo llegará ese momento?

—Cuando sea capaz de verme sin querer arrojarme fuera... —Los ojos de Abigail se humedecieron y volvió a sumirse en el silencio. Arthur se sentó en el filo del colchón mirándola sin agregar nada más. Ella tenía razón. Si iba y le contaba lo del bebé, él no le creería, y tal vez ella no tenía la fuerza para volver a resistir un rechazo más.

—Está bien. Tienes razón en esto. Esperaremos. No ganaremos nada arrojando verdades sobre él que de todos modos no será capaz de escuchar—. Al ver que Abigail cerraba los ojos con fuerza, extendió su mano y tocó la suya dándole fuerza—. Tú estarás bien, ya lo verás. No estás sola, prima. Y me alegro de que... hayas podido hablarme al fin —ella asintió sin decir nada más, y Arthur se puso en pie para salir de la habitación y dejarla sola.

Necesitaba hablar con Maurice, pero más que hablar y hablar, necesitaba que él lo atendiera, que le escuchara y le creyera. ¿Cuándo podrían las aguas calmarse para conseguir tal milagro?

Maurice miró desganado los papeles que tenía frente a sí. Sabía que Stephen lo estaba mirando, vigilando su comportamiento, pero no había nada extraño en él, sólo el desgano que sentía frente a todo.

Él, hace mucho tiempo, había tenido una razón para salir al mundo cada día.

Pero bueno, sería capaz de encontrar otra razón. No sabía cuándo ni cómo, pero la encontraría. Ahora mismo, sólo lo mantenía cuerdo el saber que había gente que se preocupaba por él. Dios bendijera a los amigos.

—¿Estás conforme con eso? —le preguntó Stephen refiriéndose a un nuevo contrato donde especialmente Maurice ganaría mucho dinero, pero su sobrino sólo se alzó de hombros como si simplemente estuvieran hablando de unos huevos fritos.

—Está bien para mí—. Stephen hizo una mueca mirando su oficina en derredor.

Maurice no le había contado aún lo que había sucedido con Abigail, sólo que había iniciado los trámites del divorcio.

Maurice no lo sabía, pero Stephen había dado orden al abogado de parar el proceso. Estaba poniendo una traba tras otra para que no se llevara a cabo. En este momento, los papeles ni siquiera le habían llegado a Abigail, y la cabeza de Maurice estaba llena de trabajo y más trabajo intentando distraerlo. Antes de que firmara, quería saber qué había sucedido, qué era eso tan grave que Abigail había hecho que Maurice no era capaz de perdonar.

Habiendo pasado por una decepción en el pasado, era consciente de que su sobrino era bastante intolerante con las faltas de los demás, en especial, de las mujeres. Tal vez la estaba juzgando y castigando demasiado duro por algo que no merecía tanto.

Le daba un voto de confianza a Abigail. Una mujer que firma un acuerdo prenupcial sin pensárselo dos veces unos días antes de la boda, no podía haberse equivocado tan gravemente.

—Bien, si es suficiente para ti...

—Quería hablarte de otra cosa —Stephen lo miró atento—. Hace tiempo dijiste que me apoyarías si decidía vengarme de los Livingstone. ¿Eso aún es cierto? —Stephen elevó una ceja y Maurice sintió estar viendo a su primo Daniel.

—¿Se acabó el tiempo de gracia para esa familia?

—Ese tiempo de gracia nunca debió existir.

—Entonces, ¿la tomarás contra ellos?

—Y con renovadas fuerzas.

—Dirás “renovado rencor”.

—Me apoyarás o no—. Stephen hizo una mueca.

—¿Qué planeas?

—¿Qué es lo que más le duele a esa gente?

—La familia no.

—El dinero —contestó Maurice—. Lo que más le importa y le duele es el dinero. Quiero dejarlos en bancarrota.

—Tendrás que invertir tú mucho dinero y tiempo para conseguir. Si bien no son exageradamente ricos, sí tienen yernos que podrían financiarlos en caso de que se vean en apuros.

—Dos de ellos no lo harán.

—¿Y el otro?

—Se lo pensará dos veces, y no es muy apegado a ellos; tampoco es como si los Livingstone se ganaran la lealtad de todos alrededor al punto de poner en riesgo una fortuna por salvarlos.

—¿Tienes algo más concreto en mente?

—Nada ilegal. Sólo sacar a la luz unos cuantos trapos sucios escondidos; eso afectará su

estabilidad y confiabilidad, y poco a poco perderán la confianza; y si además sus empleados empiezan a darles la espalda...

—Mmmm —murmuró Stephen, odiando ver a su sobrino otra vez maquinando la destrucción de otro.

—Tengo muy buenos contactos en bancos y financieras. Sólo es hacer unas cuantas llamadas para que se les nieguen préstamos y demás.

—Dime una cosa —dijo Stephen cuando Maurice una pausa—. ¿Qué sacarás tú con todo esto?

—Satisfacción —contestó él con una sonrisa un poco maquiavélica.

—Y luego de que hayas conseguido dejar a los Livingstone en la bancarrota, ¿qué harás? —Maurice se revolvió un poco incómodo en su puesto.

—Qué importa el después. Por lo pronto, disfrutaré la planeación y ejecución de esta misión.

—Ya veo.

—Entonces, ¿me apoyas? —Stephen miró a su sobrino fijamente por casi un minuto, y él no lo interrumpió, asumiendo que su tío estaba analizando los riesgos de apoyarlo en esta campaña. Al final, Stephen suspiró asintiendo.

—Sí, cuenta conmigo. Pero me parece un poco extraño que insistas en pedirme ayuda a mí y no a Daniel, o David—. Maurice sacudió su cabeza.

—Ellos ahora están rodeados de dicha y felicidad. Invitarlos a hacer parte de mi venganza sería poner sobre ambos una nube que obstaculice el brillo del sol. No quiero eso para ellos.

—Pero te apoyarían, ¿no?

—Sí. Tal vez antes me darían una buena cantinela acerca de por qué no debo hacerlo, pero al verme decidido, preferirán acompañarme. Pero no quiero que me acompañen. En esto estamos en caminos separados.

—Ya veo. ¿Y yo?

—¿Tú qué?

—¿No estarás tapando la radiante luz de mi sol con tu nube de venganza? —Maurice se echó a reír.

—Tío, no bromees.

—Qué. ¿Acaso no tengo corazón?

—No lo tienes tío.

—¿De veras piensas así?

—Si tuvieras un corazón, no estarías solo. Alguien te lo arrancó hace mucho tiempo, como a mí—. Y con estas palabras, Maurice se puso en pie y salió de su oficina.

Stephen lo vio salir más preocupado por su sobrino que antes. Maurice planeaba seguir sus pasos y se justificaba en que su propio tío ya lo había hecho, y si esto era así, le esperaba una terrible vida en soledad.

Diana bajó del automóvil y miró el edificio de oficinas de Ramsay & Co, la firma de abogados que dirigía Stephen junto a su sobrino y entró con el paso de quien está acostumbrada a ser atendida en sitios como este.

Quería hablar con Maurice.

No tenía una cita con él, y así se lo dijo a la recepcionista, y luego al joven secretario y pasante de Maurice, pero como sabían que era la esposa de uno de sus amigos, no la rechazaron, y por el contrario, le notificaron pronto al joven jefe que lo solicitaban.

Al verla, Maurice se extrañó. Su prima nunca había venido a este sitio a verlo, y menos sola y sin una cita. ¿Qué pasaba?

—¿Está todo bien? —le preguntó recibéndola con una sonrisa. Diana vio que si bien sus labios sonreían, sus ojos estaban apagados.

—Quería ver cómo estás.

—Estoy bien —contestó Maurice con la misma sonrisa, que a ojos de Diana, era más bien escalofriante.

—Sí, así parece—. Ella miró en derredor la oficina de Maurice, bastante espaciosa y con muebles y estanterías de madera llenas de libros formando figuras geométricas, muy moderna y de tonos suaves.

—¿Te apetece tomarte algo? —le preguntó Maurice ofreciéndole una silla.

—No tardaré —rechazó Diana—. Sólo quería venir y preguntarte qué... Por qué, a pesar de saber que Abigail va a tener un hijo tuyo, te has separado de ella—. Maurice la miró sorprendido por largos segundos, luego se echó a reír.

—¿Qué?

—¿Me vas a decir que no sabes de qué te hablo?

—No tengo la menor idea. Y si hubiera sabido que venías a hablar de ella...

—No vengo a hablar de Abigail. Vengo a hablar de tu hijo.

—¿Por qué dices cosas como esa? ¿Cuál hijo?

—Acompañé a Abigail a hacerse una prueba de embarazo y ésta dio positivo —Maurice dio unos pasos alejándose y agitando su cabeza, y su sonrisa no se borró.

—Diana, cariño, no creas... no creas nada que venga de Abigail.

—¿De qué estás hablando?

—Es mentira.

—¿Qué cosa es mentira?

—Eso, Abigail... Es mentira.

—Yo la acompañé al consultorio —Maurice suspiró.

—Es duro, lo sé. Pero yo ya lo acepté.

—No... no entiendo de qué me estás hablando, Maurice. ¿Quieres ser claro? Te estoy diciendo que me llamó preocupada porque tenía raros síntomas y yo misma le aconsejé que se hiciera la prueba de laboratorio. La llevé, estuve con ella. Dio positivo—. Era increíble, pero Maurice seguía mirándola y negando.

—Sólo si me dices que estuviste con el médico que le sacó la sangre, y lo acompañaste a hacer la prueba, y viste con tus propios ojos que la sangre decía eso que dices te creeré.

—¡Pero eso es absurdo!

—¿Sí, verdad?

—¿La tienes por una mentirosa? —Maurice hizo una mueca y no contestó, dándole a Diana su respuesta. Diana sacudió su cabeza sin poder creérselo. Se tocó su vientre casi distraídamente como si en vez del hijo de Abigail, al que estuvieran negando y rechazando fuera al suyo.

Maurice vio el gesto y tuvo que tragar saliva.

No podías creer en una persona cuando descubrías que te había hecho creer una mentira de especial gravedad.

—Es decir, que tendrías que verla con su vientre crecido, o con el niño en brazos —Maurice miró su reloj.

—¿Eso tendrá que suceder en unos ocho meses, verdad?

—Sí.

—Bueno. Ocho meses están bien para verlo.

—¿Estás seguro? Daniel... Daniel no ha querido perderse ni una sola etapa del crecimiento de su hijo. Me acompaña a todas las citas del control prenatal. Aunque bueno, no han sido muchas hasta ahora. Le habla al bebé, y es... es desde ya un papá. Cuando mi hijo nazca, lo reconocerá de inmediato como tal.

—Diana, todo eso que me dices es hermoso, pero yo, por el contrario, creo que en ocho meses, o diez, o doce, la veré y estará tan sana y viva como ahora. ¿Necesito decirte más?

—¿Sana? No estoy hablando de una enfermedad, sino de un...

—¡Sé de lo que me estás hablando! —exclamó él en voz un poco alta. Al notarlo, bajó la mirada—. Lo siento, no quise gritarte.

—Lo que pienso, es que tienes miedo de algo y no quieres ver la verdad.

—Diana, hermosa, he tenido demasiadas verdades últimamente.

—Tal vez sólo necesitas una que vuelva a poner tu corazón en su lugar.

—Tú y Daniel deberían abrir una tienda de tarjetas, dicen unas cosas de lo más bonitas.

—Se lo diré. Y cuando nazca tu hijo, le repetiré estas palabras que me estás diciendo hoy.

—Sí, bueno. Como tú digas—. Viendo que estaba perdiendo su tiempo, Diana se dio la media vuelta y salió sin agregar nada más. Maurice estuvo allí en silencio por unos minutos, al cabo de los cuales, tomó su teléfono y citó al mismo investigador privado que le trajo la verdad sobre la enfermedad de Abigail para verse de nuevo. Tenía una nueva misión que encomendarle.

—¡Lo conseguí! —exclamó Arthur entrando en medio de un baile en el apartamento. Abigail, que había estado en la pequeña cocina, se giró a mirarlo un poco sorprendida.

—¿Qué conseguiste?

—¡Mi ascenso! ¡Mi soñado ascenso! ¡Ohhh, Dios! ¡Estoy tan emocionado!

—¿Te ascendieron? ¡Felicitaciones! —exclamó Abigail abrazándolo. Arthur la alzó con cuidado riendo también.

—Sí, sí. Felicítame. Me costó mucho llegar aquí.

—¿Y ahora qué cargo tienes?

—Ya no seré un simple maquillador de las presentadoras de televisión local —contestó él haciendo amplios ademanes con sus brazos—. ¡Estoy en una cadena nacional!

—¡Eso es maravilloso! —sonrió Abigail sonriendo por primera vez en mucho rato de verdad. Sabía cuánto se había esforzado su primo por conseguir este logro.

Sin embargo, cuando la sonrisa de Arthur se borró abruptamente, se preocupó.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—No... bueno, sí. Es que... es en New York —Abigail elevó sus cejas.

—Tendrás que irte.

—Podría volver los fines de semana...

—Eso es una tontería. ¿Para qué ir y volver si puedes tener un apartamento allá?

—¡Pero... te dejaría sola! —Abigail suspiró.

—No sería así. Yo... también quiero trabajar —Arthur la miró un poco sorprendido.

—¿Qué?

—Ya sé que nunca he trabajado... no tengo experiencia en nada... Pero hay algo que sé hacer, y es comunicarme con sordomudos.

—¿Estás dispuesta a venirte conmigo a New York?

—Claro que lo estoy —sonrió Abigail, pero su sonrisa no llenaba su corazón, y Arthur se le acercó y la tomó de los brazos haciendo que lo mirara a los ojos.

—¿Estás dispuesta a alejarte de Maurice? Si permaneces cerca de él, tendrás más opciones de...

—En este momento, no tengo opciones de nada con él. Lo tengo más que asumido. He... he hecho un plan, y por ahora no podré ejecutarlo. No mientras él me odie de la manera en que me odia.

—¿Y planeas que deje de odiarte alejándote de él?

—Sí...

—No funcionará.

—Sí lo haré.

—¿Por qué estás tan segura? —Abigail suspiró.

—Porque conozco a Maurice. Entre más intentes hacerle creer o entender algo, más se cerrará su corazón.

—Tal vez sólo necesite unos golpes —Abigail sonrió ante la sola idea de Arthur dándole golpes a Maurice.

—Sólo se requerirá algo de tiempo. Estoy segura. ¿Me apoyas? —Arthur hizo una mueca y se alzó de hombros.

—¿Cómo iba a estar en desacuerdo? Es... es arriesgado, pero tiene su lógica.

—Entonces, ¿nos vamos a New York?

—No es como si nos estuviéramos yendo al otro lado del mundo, después de todo —sonrió Arthur rodeando los hombros de su prima con su brazo—. ¿Qué te parece un apartamento cerca de la quinta avenida?

—Estás un poco loco.

—Ese sitio se ha recreado en miles de ocasiones para las películas. ¡Y tu bebé nacerá en New York! Oh, ¿podrás trabajar mientras estés en estado?

—No es como si fuera a trotar todos los días.

—Mmmm... pero no tienes contactos...

—Sí los tengo.

—¡Picarona!

—¿No está? —le preguntó Maurice a Marcus Walker levantándose de su asiento. Éste negó meneando la cabeza a un lado y a otro.

—Desocuparon el apartamento esta misma semana —contestó.

—¿Qué? ¿No hay noticias de a dónde fueron?

—Los vecinos no tienen ni idea.

—Pero ella está viviendo con él, ¿no? —preguntó Maurice, y Marcus se preguntó si su jefe no estaba empezando a obsesionarse con Abigail Ramsay.

—Sí, la señora estuvo viviendo con su primo, pero ambos abandonaron el apartamento y se marcharon. No hay noticias de a dónde fueron o por qué razón.

—Ya, ya —lo cortó Maurice dando vueltas por la habitación. Pasaron varios minutos, y al ver que Maurice no decía nada, Marcus se puso en pie también.

—Si no es más... —Maurice reaccionó como si se hubiese olvidado de que había alguien con él en su oficina.

—Oh, sí. Siento retenerte aquí.

—¿Quiere que investigue su paradero? —Maurice se lo pensó por un momento.

Pero, ¿para qué? ¿De qué le servía saber dónde estaba ella?

Respiró profundo y negó. Aunque la necesitaba para que firmara el divorcio, no había afán en esto, sobre todo porque estar casado con ella le servía en cierta forma para llevar a cabo su venganza. No quería saber dónde estaba, ni cómo, ni por qué, ni con quién, ni nada de nada.

El que se hubiese ido sólo confirmaba lo que ya había venido sospechando, y era que a ella le importaba muy poco ya lo que pensara de ella. Había convencido a Diana de una mentira, y al verse descubierta, ya no interesaba mucho mantenerla. Esa era Abigail, la genial mentirosa.

¿Qué más en ella era mentira? ¿Acaso su tartamudez? ¿Su historia de maltrato en casa? ¿Eso de que lo amaba “desde siempre”, y todo lo demás que lo había conmovido acerca de ella?

Bueno, ¿pero qué más pruebas quería? Ella se había marchado. Ya no era que él la hubiese echado, ella se había ido lejos, había perdido el contacto con él definitivamente. En casa de los Livingstone no estaba, y él no planeaba ponerse a buscar una mentirosa sólo para comprobar cuántas mentiras más había dicho.

Se acercó al ventanal y miró a la distancia moviendo un poco las persianas para ver al exterior.

Su corazón estaba cauterizado. Ni por un momento se le ocurrió darle el beneficio de la duda. ¿Para qué?

Arnold Livingstone entró a su despacho privado en su casa hecho una furia, tiró la puerta haciendo que se golpeará fuertemente y fue directo al pequeño bar que tenía en una de las esquinas para servirse un trago de whiskey.

¿Qué estaba pasando?, se preguntó. ¿Por qué de un momento a otro todo se estaba yendo a pique?

Su pequeña compañía, a la que se había dedicado en cuerpo y alma para hacer crecer, de un momento a otro se estaba tambaleando. Rumores, pérdidas, renunciás inesperadas. Todo estaba contribuyendo a que su pequeño imperio se cayera a pedazos. Y no podía ser, era su medio de vida, lo que le permitía darse gustos. Era cierto que muchos de sus empleados ganaban menos de lo que merecían, pero no era para tanto.

—¿Está todo bien? —le preguntó Theresa con tiento, entrando al despacho sabiendo que cuando estaba en ese estado era mejor no molestarlo, pero sabía que el asunto era de dinero y por eso se preocupaba. Arnold se recostó en su sillón sin contestarle, y empezó a menear el whiskey en el vaso, como si estuviera meditando profundamente en una posible solución para su atasco.

—Estamos en graves problemas —contestó luego de un largo silencio.

—¿Financieros?

—Sí —contestó él, como si le molestara admitirlo—. Financieros.

—¿Y... y qué podemos hacer?

—Cualquier cosa que se pueda hacer la haré yo. Tú no puedes ayudar en nada—. Theresa miró a otro lado haciendo una mueca. Como siempre, Arnold haciéndola sentir como una inútil.

Y en cierta forma era verdad. Ya su familia no tenía dinero, ni su hermana, ni nadie.

—¿Has... has hablado con William? O Leonard. Ellos te podrían ayudar.

—No había querido llegar a eso, pero parece que tendré que hacerlo y pedirle un préstamo a uno de los yernos. Lamentablemente se nos acortó el número de ellos al que podíamos acudir en caso de necesidad —dijo, refiriéndose a James Stevens, que desde hacía varios meses estaba prácticamente arrimado en la casa.

—Contamos todavía con dos... —señaló Theresa— y siempre está...

—¿Ramsay? —rió Arnold con voz ponzoñosa—. ¿Eres estúpida? Ese sólo nos sirve muerto, para que Abigail herede todo—. Theresa elevó una ceja—, de otro modo, jamás obtendremos algo de su dinero... A propósito, ¿has podido verte con tu hija? —Theresa hizo una fuerte inspiración, sabiendo que se refería a Abigail; Arnold ni siquiera la llamaba por su nombre, y nunca le decía hija, como si

sólo ella la hubiese hecho tal y como vino a este mundo.

—No, no me he podido comunicar con ella. Ni siquiera he podido saber dónde vive.

—Eres bastante inútil, ¿sabes?

—¡No he podido!

—Quizá si se lo pido a Candace, ella lo averiguará.

—¿Y para qué quieres verla? ¿No dices que la fortuna Ramsay no nos sirve mientras él esté vivo?

—Sí, dije eso, pero Abigail es una Livinstone; su deber es ayudar a la familia cuando ésta está en apuros. Sin embargo, lo intentaré primero con Chandler y Richardson, con quienes tengo más opciones de ganar algo. Por lo pronto, evita ir de compras inútilmente.

—¿Qué? —se escandalizó Theresa—. ¡Pero... pronto será invierno!

—¿Y eso qué?

—Necesito...

—Qué, ¿abrigos? ¿Ropa? Tienes para regalar, úsalos.

—¡Son de la temporada pasada!

—Para estar aquí en la casa sin hacer nada no necesitas estar al día en la moda. En caso de que tengamos que ir a una cena o fiesta, lo arreglaremos. Por lo pronto, intenta ahorrar—. Theresa se cruzó de brazos queriendo hacer un berrinche como lo habría hecho cualquiera de sus hijas, pero a diferencia de ellas, Theresa nunca había conseguido nada con eso—. Vete —le ordenó Arnold—. Necesito pensar.

Respirando audiblemente, Theresa dio la vuelta y salió del despacho. Arnold siguió dándole vueltas a su situación. Todavía tenía de dónde echar mano, pero no le gustaba tener que hacerlo.

Por lo pronto, debía capear este temporal, y lo importante era salir a flote como fuera.

Abigail se miró al espejo ubicándose de medio lado y sonrió. Veinte semanas. Su hijo llevaba veinte semanas en su vientre. Y era un niño.

Había tenido que comprar ropa interior mucho más grande, lo cual la había aterrado al principio, pero luego le dijeron que era absolutamente normal y se tranquilizó. Había subido de peso de manera escandalosa, y nada de su ropa normal le quedaba ya. No se había imaginado que fuese a ser de esa manera, tenía el tamaño de una casa ¡y todavía le faltaba la mitad del embarazo!

Por otro lado, su piel parecía haber rejuvenecido, se le veía radiante, y el cabello le había crecido también de una manera vertiginosa. El embarazo era todo un acontecimiento en el cuerpo de una mujer, comprobó, pero ella estaba feliz de poder vivirlo al fin.

Cuando estaba en casa, siempre que vio a sus hermanas embarazadas fueron épocas un tanto difíciles para ella. Se alegraba por ellas, pero muy en el fondo las envidiaba; se había preguntado: ¿podré yo algún día vivir esto? ¿Podré tener en mis brazos a mi propio hijo alguna vez?, y ahora estaba viviendo esa parte de la vida de una mujer que tanto había añorado. Tendría al fin un bebé suyo, suyo y del hombre que ella amaba.

Sólo pensar en Maurice su sonrisa tambaleaba. Qué diferente sería todo si él estuviera aquí. Casi podía imaginarse su mano sobre la piel estirada de su vientre, acariciándola, y feliz junto a ella, pero entre los dos había un abismo insalvable en este momento.

Se puso la blusa y encima un abrigo. Estaba avanzando el invierno, las noches eran cada vez más frías, y pronto caería la primera nevada, y con ella la navidad.

No pasaba nada, sus navidades nunca eran especiales, y ésta en especial, estaba llena de trabajo. Había encontrado un lugar en un instituto para sordomudos. Era increíble cómo en las pocas semanas que estuvo al lado de Maurice perdió gran porcentaje de su miedo a socializar con desconocidos, y ahora era capaz incluso de entablar una conversación con alguna persona en el metro, o en el supermercado. Y esto le pasaba a menudo; las mujeres embarazadas o las madres parecían tener un hilo que las conectaba a todas y cada una, y cuando la veían con su pequeña barriga, enseguida le preguntaban si ya conocía el sexo del bebé, cuántas semanas llevaba y cuáles habían sido sus síntomas; compartían los suyos, y Abigail a su vez les preguntaba acerca de procesos y misterios tan grandes como lo eran el parto y la lactancia.

Había expandido sus horizontes. Si sus padres la vieran ahora, no la reconocerían. Si sus hermanas la vieran también, ya no serían capaces de intimidarla. Su vida había cambiado.

Pero echaba tanto de menos a Maurice que a veces, por la noche, se sorprendía a sí misma llorando. Lo extrañaba y le estaba costando acostumbrarse a esta nueva vida sin él, aunque ponía en ello todo su empeño cada mañana.

Pero debía esperar.

Su plan era ir a él otra vez. Esperar el momento en que el bebé estuviera cerca de nacer para tocar de nuevo su puerta. Tal vez él no fuera capaz de perdonar su gran mentira, pero quería que él estuviera allí en el momento del nacimiento de su hijo para que al menos este momento de su vida él no se lo perdiera, y por muy enojado y decepcionado que estuviese, incluso él sería condescendiente con una mujer embarazada.

Sabía que su plan tenía muchos fallos. Podía ser que Maurice hubiese perdido parte de su humanidad y aun con un vientre crecido con su hijo dentro él la echase fuera, podía ser que el rencor y el odio hubiesen invadido su vida por completo al punto de hacer de él un hombre irreconocible, y

en eso ella habría tenido gran parte de la culpa. Rezaba cada día porque no fuera así.

Maurice estaba sentado en uno de los muebles del apartamento mirando al vacío. Era prácticamente lo que hacía todas las noches, sobre todo, cuando no había una invitación por parte de sus amigos a sus casas, o a tomar algo por ahí.

Estas invitaciones eran cada vez más escasas, concentrados como estaban en su propia felicidad y sus hogares, y cada vez más, él se sentía como un intruso, solo.

Realmente, se sentía solo, y lo peor era que esta soledad apenas estaba empezando.

En los últimos meses, había tenido alguna cita con viejas amigas que aun sabiéndolo casado, lo llamaban, pero no había habido encuentro sexual con ninguna. Tal vez debía pasar más tiempo para ello; por lo pronto, se mantenía célibe.

La venganza no le había dado la satisfacción que esperaba y eso lo molestaba. Arnold y Theresa Livingstone estaban cada vez más cerca de quedar en bancarota, pero al notar que hasta esto se estaba volviendo aburrido, había dejado de intervenir. Si lo perdían todo o no, ya no le interesaba y no dependía de él. Tal vez sus yernos los dejaran caer en el abismo, después de todo, pero entonces eso para Arnold sería cosecha de su propia siembra, y él no tendría mucho que ver.

Recostó su cabeza al mueble mirando al techo y respirando profundo.

¿Dónde estaba Abigail?

Era una pregunta que se hacía a menudo, pero hasta ahora, no había movido ni un dedo para encontrarla. Debía divorciarse de ella, pero los meses habían pasado y a pesar de que estaban separados, seguían casados.

Le había costado admitirlo; de hecho, sólo lo admitía cuando ya no quedaba alternativa, como cuando estaba en lo que también había reconocido como lapsus de melancolía, pero lo cierto era que la extrañaba. Sólo un mes con ella y la extrañaba luego de su ausencia.

Extrañaba su sentido del humor, su sonrisa, sus bromas, la manera como se abrazaba a él cuando miraban la televisión, o dormían, o iban por la calle. La extrañaba más de lo que extrañó a Stephanie, y ahora había tenido que reconocer que cuando su primera esposa murió, en el fondo, muy en el fondo, había sentido cierta liberación. Con la separación de Abigail no se sentía liberado sino incompleto, desequilibrado, como si le faltara un brazo y el peso del cuerpo se le fuera para el otro lado. Su costado estaba muy vacío últimamente.

Pero extrañar a una mentirosa era una debilidad, y aunque esos lapsus venían cada vez más a menudo, él tenía que concentrarse en otra cosa para dejar de pensar, de sentir, de añorar.

A veces incluso se ponía a pensar si no había exagerado. Le había mentido para acercarse a él, de todos modos; ¿por qué iba a ser tan malo?

Abigail nunca había presentado un comportamiento obsesivo con él, ni parecía desequilibrada mental o emocionalmente, así que tal vez no era una loca obsesa dispuesta a usar la más baja mentira para capturar a un hombre.

Pero cuando llegaba a este pensamiento, se reprendía a sí mismo. Ella había mentido, y no sólo eso, sino que luego había hecho todo lo posible para sostener su mentira hasta el punto de hacerlo convivir con ella, y con eso, había resquebrajado para siempre la confianza que le hubiese podido tener.

Pero diablos, la extrañaba... en su mesa en su sala, en su cama; tanto, que a veces se sentía débil y propenso. Propenso a pasar por alto.

Se puso en pie y caminó al ventanal a través del cual se podía ver la ciudad al otro lado del río. Había permanecido aquí después de que la echara de casa, no se había desaparecido como luego de la muerte de Stephanie. Había plantado cara al qué dirán, a los comentarios, a los rostros preocupados de sus amigos.

Abigail estaba viva, no muerta, así que ella debía imaginarse muy bien cómo estaba él; entonces, ¿por qué no lo había buscado ni una vez para explicarle o pedirle perdón? ¿Era esto una muestra de que en verdad todo había sido mentira y no le importaba él?

¿Y si se hubiese presentado, cómo habría reaccionado él?

Mal, se contestó a sí mismo. Firme con el pensamiento de castigarla, la habría vuelto a arrojar lejos. Tal vez ella sólo estaba siendo inteligente manteniéndose lejos.

Caminó a paso lento hasta su habitación y empezó a desvestirse sin muchas ganas. Esta noche tampoco cenó, y se tiró de cualquier manera sobre el colchón, sabiendo que le esperaba otra noche larga sin poder dormir mucho. Su vida se estaba volviendo una pesada carga.

—Qué bebé tan guapo —dijo Marissa mirando a George, el hijo de Diana y Daniel y que había nacido hacía sólo unas pocas semanas. Tenía el cabello negro y los ojos verdes, y era de un temperamento muy suave; poco lloraba, y dormía la mayor parte del día.

Diana lo acomodó en el portabebés atado a su pecho, con el bebé muy cerca a su seno y recibiendo todo su calor corporal, y juntas entraron al centro comercial.

Diana y Daniel se trastearían a la gran mansión muy pronto y quería renovar la habitación de los

niños para George, así que iba a requerir pintura nueva, cunas, camas y etc. Marissa esperaba que no se emocionase demasiado y cambiara todo el mobiliario, aunque observarla la llenaba de alegría; su amiga había sufrido una gran transformación en el último año, al igual que ella misma. Quería tener también un bebé, y lo quería ya.

Había ido al médico recientemente y habían retirado de su cuerpo el dispositivo que evitaba que quedara embarazada, y junto a David se habían embarcado en la búsqueda de un bebé.

No sería tan fácil, ya le habían advertido, pero ella estaba entusiasmada y no descansaban en la actividad que permitía la procreación, lo cual era un absoluto placer.

Diana miró a su amiga y sonrió. Tener un hijo cambiaba absolutamente la vida de una mujer. En el último mes, su vida había estado patas arriba, pero esperaba que con el tiempo tanto ella como Daniel se acomodaran a este nuevo ritmo, y se aligeraran las cargas. Miró a su hijo, que permanecía con su cabecita apoyada en su pecho y dormido, y se encaminó a una tienda de ropa especializada para bebés. Afortunadamente, llevaba a Marissa como freno. Había descubierto que enloquecía comprándole cosas a su hijo, y como crecía absurdamente rápido, éstas se le quedaban pequeñas antes de que siquiera pudiera usarlas.

—¿Primero ropa? —preguntó Marissa, mirando hacia la sección de cunas y juguetes, y Diana suspiró resignándose a dejar en su sitio unos diminutos calcetines.

—George no necesita ropa. Por ahora.

—Entonces vamos allá —señaló Marissa, y Diana caminó con ella en esa dirección.

—Estuve viendo en internet algunos estilos de cuna —dijo, sacando su teléfono y mostrándole a Marissa algunas fotografías—. ¿Qué te parecen?

—Preciosas —sonrió Marissa pasando las fotos—. Cada vez se las ingenian más para sacar cosas hermosas. Estos chicos de hoy en día son afortunados—. Diana se echó a reír mostrándose de acuerdo, pero entonces su sonrisa se apagó. En la sección de cunas estaba Abigail, con un vientre enorme, blusa materna, su cabello rojo recogido en una trenza—. ¿Es Abby? —preguntó Marissa, aunque la respuesta era obvia—. ¡Dios, mírala! Debe estar cerca del parto, ¿no?

Diana no contestó, lo que hizo fue tomar su teléfono de manos de Marissa y sacar una fotografía, dos, tres.

—¿Qué haces? —preguntó Marissa mirándola extrañada.

—¿Recuerdas que te conté que Maurice no me creyó cuando le dije que Abby estaba embarazada?

—Sí, y eso demuestra que los hombres a veces son unos completos idiotas.

—Exacto. Quiero mostrarle que debió creer. Quiero que se muerda la lengua por haber dejado a Abby cuando ésta estaba embarazada de su hijo.

—¡Dios querido, eso va a ser un completo shock!

—Ah, quiero verle la cara cuando le enseñe estas fotos.

—¿No vamos a saludar a Abigail? —le preguntó Marissa, dándose cuenta de que Diana no hacía ademán de acercarse.

—¿Crees que debemos? ¿Ella ha estado prácticamente escondida, no?

—¿Pero y si la perdemos de vista? Será difícil volverla a encontrar por casualidad, y si es verdad y está a punto de dar a luz... —Diana miró de nuevo a Abigail mordiéndose el interior de la mejilla preguntándose si era prudente o no acercársele, pero no tuvo ocasión de decidir, pues Abigail se giró y las vio.

Ella abrió los labios sorprendida y de inmediato se llevó una mano al vientre, como protegiéndose de algo. ¿De qué?

—¡Vaya! Menuda sorpresa —sonrió Abigail como si nada acercándose a ellas paso a paso—. ¡Ya nació tu bebé! —exclamó mirando a George, extendió una mano y tocó con delicadeza su cabello oscuro. Diana sonrió y se acercó para abrazarla.

—Me alegra tanto que estés bien. Y esto de aquí crece y crece, ¿no? —bromeó Diana, señalando el vientre de Abigail, quien sólo sonrió, y recibió el saludo de Marissa.

—¡Nos has tenido preocupada! —la regañó Marissa—. ¿Cómo es que te desapareces de esa manera? Está bien que te hayas peleado con Maurice, y si te sentías con derecho de mandarlo a la mierda, nosotras te hubiésemos apoyado, ¿pero por qué también te separaste de nosotras? —Abigail miró a ambas y se sintió emocionada, incluso sus ojos se humedecieron. Las había echado de menos también a ellas, a sus primeras amigas, a las únicas que había tenido.

—Lo siento... no fue mi intención.

—Sí, claro —siguió Marissa con tono ofendido.

—Y no fui yo quien mandó a Maurice a la... mierda. Fue él quien me mandó a mí.

—¿Por qué? —preguntó Diana sin tapujos, y Abigail apretó sus labios en una mueca triste.

—Yo... cometí un terrible error —Diana y Marissa la miraron ceñudas, esperando a que continuara, pero Abigail no siguió.

Marissa, impaciente, respiró profundo.

—¿Estás viviendo aquí en New York? —Abigail asintió—. Estás muy apurada ahora mismo?

—Bueno... no.

—Entonces podrías acompañarnos —propuso Diana, reconociendo las intenciones de Marissa—. Te prometo que no te cansaremos demasiado—. Abigail sonrió pensándoselo, pero no pudo negarse, y a paso lento, pero firme, estuvo con ellos en la escogencia del mobiliario de la nueva habitación de George. Diana le compartió a su amiga su experiencia en el parto, y le relataba lo hermoso que era darle del pecho. Lo de siempre entre mamás.

—¿Te molestará si le decimos a Maurice que nos vimos hoy? —Abigail se encogió de hombros. Ahora estaban sentadas en un café, descansando y tomando algo. George se había despertado y Diana lo arrullaba suavemente.

—No me he estado escondiendo.

—¿Qué quieres decir, que Maurice pudo haberte contactado mucho antes?

—No creo que tuviese ánimos de hacerlo. Tomé distancia por prudencia, pero sé que pronto será hora de que nos reencontremos —y al decirlo, se puso la mano en el vientre.

—¿Él lo sabe? —preguntó Marissa, y Abigail negó.

—No me quiso escuchar.

—¡Vaya! ¡Pero será cabezota! —Diana se guardó la información de que ella misma había ido a notificarle de su embarazo. La entristecería saber que a él no le había importado mucho, descartando la posibilidad desde el principio hasta el final.

No, eso la entristecería, y estando tan cerca de la fecha de dar a luz, eso no sería bueno para la futura mamá.

Al parecer, ella estaba planeando presentarse de nuevo frente a su puerta y darle la noticia con la misma imagen de su embarazo, y Diana se preguntó acerca de la reacción de Maurice. ¿La aceptaría esta vez? ¿La rechazaría?

Estuvieron con ella largo rato, y luego la llevaron hasta el edificio mismo donde vivía con su primo. Abigail no les pidió que por favor no le dijeran nada a Maurice, y Diana se aferró a eso. En su concepto, para que estos dos se reencontraran, era mejor preparar el terreno, tal vez no era bueno tomarlo tan de sorpresa.

—Vamos a Ramsay & Co —le pidió a Marissa cuando volvieron al auto. Marissa la miró de reojo.

—¿Vas a hacer lo que creo que vas a hacer?

—Maurice es tonto de remate. No es justo que Abigail esté sola un día más. Un embarazo es una etapa que quieres compartir con el padre de tu hijo—. Marissa respiró profundo.

—Me pregunto cuál fue ese terrible error que ella dice que cometió y que él no puede perdonar. ¿Por qué se dañó tanto la relación al punto de que él no cree cuando le dicen que su mujer está embarazada cuando realmente lo está?

—Yo también me pregunto lo mismo, pero sea lo que sea, no tiene por qué recaer en un bebé que es inocente de todo.

—Sí, es verdad.

Con George a cuestas, ambas entraron al edificio de oficinas donde seguramente encontrarían a Maurice. Éste no negó su entrada a ninguna, y Diana preparó las fotografías que le había tomado a Abigail como un arma. Con ellas, sería imposible que Maurice volviera a decir que todo alrededor de Abigail era una mentira, tal como dijera la última vez.

Maurice sonrió al ver al par de mujeres, pero se mostró realmente feliz al ver a su sobrino, George, tanto, que prácticamente le rogó a Diana que se lo dejara alzar.

Tomó al bebé en brazos y lo acercó para besarlo y decirle cosas tiernas. Adoraba al hijo de su primo, se había mostrado extremadamente emocionado desde el mismo día en que se había enterado de que Diana estaba embarazada, y la mitad de los juguetes que el niño tenía aun desde antes de nacer, habían sido regalos suyos.

Diana miró a Marissa y ésta asintió en una muda comunicación. Si así era con un sobrino, ¿cómo sería con su propio hijo?

Ahora Diana recordaba lo que había dicho cuando le dieron la noticia de que estaba en estado: los hijos son para siempre.

Y tenía razón; los matrimonios no siempre lo eran, y él lo había comprobado, pero los hijos, los hijos sí son para siempre.

—Me has alegrado el día —dijo Maurice acomodando a George en su brazo—. Gracias por traerlo.

—No vine aquí a que vieras a George.

—¿Ah, no? —preguntó elevando una ceja y mirando a Marissa interrogante—. ¿Entonces a qué?

Diana respiró profundo y le pidió el niño de vuelta. Extrañado, él lo extendió. Más raro aún, ella se lo pasó a Marissa, como si simplemente no quisiera que él lo tuviera en brazos más tiempo; luego buscó algo en su bolso que hacía de pañalera, sacó su teléfono celular y se puso a buscar algo.

—¿Recuerdas que te dije que acompañé a Abigail a hacerse una prueba de embarazo y ésta dio positivo? —Maurice miró al techo.

—Diana, ¿otra vez con eso?

—¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —contestó él de mala gana, mirando a George e intentando hacerle sonreír.

—Pues es verdad —Maurice miró a Diana con expresión de hastío.

—Diana...

—Ella está embarazada —y le presentó delante de los ojos una fotografía donde se veía a Abigail admirando un juguete para bebé en una tienda. Maurice pestañeó observándola. Ella estaba, evidentemente, embarazada, muy embarazada. Tenía un vientre enorme, de esos que parecía que si se les tocaba con la punta de un alfiler estallarían como un globo, y tenía en su mirada una mirada

extraña, como melancólica y a la vez llena de ilusión.

¡Abigail estaba embarazada!

Sintió toda la sangre bajar a alguna parte de su cuerpo, y Diana lo vio palidecer, cerrar sus ojos y buscar equilibrio apoyándose en el espaldar de una silla.

—¿Ahora crees? —preguntó Diana dando unos pasos a él sosteniendo el teléfono como se sostiene una cruz de plata frente a un vampiro y Marissa sonreía mirándolo, sosteniendo a George y arrullándolo, mientras Maurice sentía que perdía el sentido.

Se sentó en el sillón más cercano y se puso ambas manos en la cabeza.

—Ese día —siguió Diana ante el silencio de Maurice—, luego de hacerse la prueba, la dejé en una tienda para bebés. Todavía no había decidido cómo decírtelo, y quería que fuera algo memorable para ti. Estaba feliz. Y luego, desapareció; no contestó más sus llamadas, y nos enteramos después de que te habías separado de ella.

—Yo... yo no...

—Sí, es evidente que ni siquiera la dejaste hablar —lo interrumpió Marissa con voz llena de sarcasmo, sin quitarle la mirada de encima—. Conociéndote, seguro la gritaste y le impediste darte sus razones—. Maurice cerró con fuerza sus ojos. Ah, esas dos lo conocían tan bien.

—De todos modos... —quiso explicarse él.

—De todos modos nada —lo interrumpió Diana—. Cuando alguien comete un error, por terrible que éste sea, tiene derecho a explicarse. Si su explicación no es convincente, entonces tomamos decisiones, pero... parece que esa parte te la saltaste, o nunca la aprendiste...

—O estabas tan predispuesto a creer que todas las mujeres somos tan malas —intervino Marissa— que ni siquiera le diste una oportunidad—. Maurice se levantó de su silla y les dio la espalda, se pasó la mano por la cara, sintiéndose frío y sudoroso. Abigail embarazada, ¡Abigail embarazada! Ese hijo era suyo, tan suyo como de ella.

No, lamentándolo, Marissa y Diana estaban equivocadas. Él sí le había dado oportunidad de hablar, pero ella se había mantenido en silencio. Se quedó callada y se guardó lo del bebé.

Cerró sus ojos otra vez y se cruzó de brazos abrazándose a sí mismo. Ese bebé era suyo, suyo.

Se escuchó un suspiro por parte de Diana, una queja de George, que volvía a tener hambre, y el retumbar del corazón de Maurice, que parecía ensordecerlo.

—¿Qué vas a hacer ahora, Maurice? —preguntó la voz de Diana. Maurice tragó saliva intentando deshacer el nudo en su garganta. ¿Qué hacer? ¡Apenas estaba interiorizando esta nueva información! ¡Iba a ser papá!

—No... no lo sé.

—Vaya que eres terco, eh? —lo regañó Marissa.

—Cuando te decidas —dijo Diana, y tomó del escritorio de Maurice papel y bolígrafo para escribir algo—, ésta es la dirección donde ahora vive. Deberías ir por ella, dejarla hablar por fin, escucharla. Pregúntale todo lo que tengas que preguntarle, y por favor... Maurice, atiéndela—. Él se giró a mirar al par de mujeres que habían entrado en la vida de sus amigos y que, hasta ahora, estaban siendo buenas esposas. Siempre las había mirado como esperando el momento en que defraudaran a todos. Cuando Marissa se fue dejando a David, no le extrañó mucho; ella era una niña rica saliendo con un chico pobre, y a su modo de ver, esa relación estaba condenada al fracaso. Pero ella había vuelto, y no sólo eso, sino que había reclamado a David como su esposo. Él había intentado disuadir a David de casarse, pero esto no fue posible.

Y con Diana no fue muy diferente. Ella siempre se comportó como si Daniel fuese invisible; cuando Daniel les anunció que se casarían, él incluso le había puesto fecha de caducidad a ese matrimonio, pero otra vez se equivocó. Ya tenían un año de casados y parecían seguir de luna de miel, todo lo contrario a su caso.

Apretó sus labios pensando, pensando. Ahora, estas dos mujeres le estaban pidiendo, no, ordenando, que fuera a buscar a Abigail y la escuchara.

Oh, iría por ella, claro que sí. ¿Pero escucharla? Difícilmente. Que lo del embarazo fuera verdad no la eximía de sus otras culpas. De hecho, Abigail, luego de su separación, se había comportado como si no tuviese intención de informarle de algo tan importante como que sería papá.

Respiró profundo y miró a George.

Daniel estaba loco con su bebé, y hasta ahora se daba cuenta de que él también quería uno, uno suyo.

La ilusión había empezado cuando Abigail le metió la idea en la cabeza, y a toda hora le decía lo mucho que quería quedar embarazada.

—Gracias —dijo con voz un poco plana— por venir a avisarme—. Diana tomó a su hijo de brazos de Marissa y lo miró asintiendo.

—Haz las cosas bien, Mao —le aconsejó—. Por favor, se trata de tu felicidad. Ya no eres sólo tú, ahora hay un bebé de por medio.

—Sí —admitió Maurice—. Otra vez gracias—. Diana asintió aceptando su nueva actitud, pero Marissa siguió mirándolo de reojo. Antes de salir, ésta última se devolvió y lo señaló con su dedo índice mientras decía:

—No importa las diferencias que haya entre ustedes, Abigail ahora es nuestra amiga. Así que ten

mucho cuidado con la forma en que la tratas.

—Mujer, no tienes que...

—¡Mucho cuidado! —insistió Marissa ceñuda.

—Vale, vale—. Las dos salieron y Maurice se quedó largo rato allí, recostado a la puerta, con el corazón aún acelerado. Se encaminó a la mesa de escritorio donde Diana había dejado la nota con la dirección de Abigail. New York, ella había estado en New York. ¿Sola? ¿O con su querido primo?

Tomó el papel y salió de la oficina, asegurándose de que ni Diana ni Marissa estuviesen ya por los pasillos. Caminó hacia el elevador, y luego a la zona de parking donde tenía su auto. Llegaría ya al anochecer, pero no importaba, tenía que ver con sus propios ojos la verdad, no importaba qué tan dulce o amarga fuera.

Abigail salió de la bañera de agua caliente sintiéndose mucho mejor. Últimamente los pies se le cansaban más de lo normal, tal vez desacostumbrados a su nuevo peso, y se sentía irritada.

Era normal, decían todos, pero no había nada que contrarrestara la fatiga. Deambuló un rato por la estrecha habitación buscando su pijama. Era temprano, apenas las seis de la tarde, pero como no tenía planeado ir a ningún lugar, decidió ponerse cómoda desde ya.

El timbre de la puerta sonó, y eso la extrañó. Arthur tenía sus llaves, no había pedido nada a domicilio, entonces, ¿quién sería? ¿Tal vez un vecino pidiendo un poco de sal o azúcar como sucedía en las series? ¿O el casero?

Era un edificio de apartamentos pequeños y un ascensor bastante viejo, pero aún eso tenía cierto encanto. No había conserje, y cada inquilino tenía la llave de entrada.

Abrió la puerta y se quedó de piedra. No era ni el casero, ni un vecino, ni Arthur que había olvidado las llaves. Era Maurice.

Éste la miró de arriba abajo, como comprobando algo. Abigail sintió que su corazón se saltó un latido.

—T-tú... —tartamudeó ella, y lo vio abrir más la puerta y entrar. Ella retrocedió lentamente, mirándolo de hito en hito, como si en cualquier momento se fuera a convertir en una bestia salvaje y a atacarla.

—Entonces es verdad —dijo él—. Estás embarazada—. Abigail tragó saliva y se puso las manos sobre el vientre—. Es mío, ¿verdad? —ella abrió sus ojos como platos.

—¡Claro que lo es!

—Sí, por supuesto. No te dejé ni a sol ni a sombra. Entonces eso empeora las cosas, querida —él sonrió, pero su sonrisa le produjo escalofríos—. Si es mío, ¿por qué no me lo dijiste? —Abigail abrió la boca con intención de hablar, pero Maurice se le adelantó—. ¿O tenías pensado quedarte tú sola con él?

—¡No!

—¿Pero qué puedo concluir? ¡No me dijiste nada! —los ojos de ella se humedecieron y empezó a parpadear para ahuyentar las lágrimas—. ¿Planeaste esto desde el principio? ¿Robarme un hijo?

—¿Pero... de qué hablas? Yo... yo te lo iba a decir...

—¿Cuándo?

—Cuando... cuando se te hubiese pasado... la ira.

—¡Eso no va a suceder nunca!

—Te lo dijeron Diana y Marissa, ¿verdad?

—Y al parecer, de no ser por ellas, nunca me entero.

—¡No! ¡No! Yo siempre quise decírtelo. Te lo iba a decir esa vez... Maurice...

—¿Por qué todo a tu alrededor siempre tiene que estar lleno de misterios y malentendidos? ¿Por qué siempre tienes que estar ocultando cosas?

—Lo... lo siento.

—Sentirlo no es suficiente, Abigail! —exclamó él con voz dura, y las lágrimas rodaron de los ojos de Abigail—. ¡No, no llores!

—Lo siento.

—¡Maldita sea, por qué! —Abigail cerró sus ojos y se mordió los labios. Tal como había imaginado, Maurice estaba terriblemente ofuscado, pero en un momento él miró al techo y respiró profundo como intentando calmarse—. ¿Sabes... sabes lo que será? —le preguntó. Ella alzó su mirada a él.

—Un... un niño.

—¿Y cuánto falta para que nazca?

—Según los médicos —contestó ella con voz trémula—, unas pocas semanas.

—Bien. Que sepas que me quedaré con ese niño—. Al oír eso, Abigail palideció. Sentía que la sangre no llegaba a todas partes de su cuerpo.

—¿Qué?

—Si me presento ante una corte y cuento todo lo que ha sido tu vida hasta ahora, tus mentiras e intrigas, cualquier juez sabrá que no puedes hacerte cargo de nadie.

—¡No! ¡Maurice... por favor, no! —ella caminó a él e intentó tomar su brazo, pero Maurice se zafó de ella con algo de fuerza.

—Ese hijo es mío. No me equivocaría si digo que me lo robaste. Llegaste a mí con mentiras y me engañaste. Eso nunca te lo perdonaré, Abigail.

—Castígame de cualquier forma que quieras —lloró ella—, ¡pero no me quites a mi bebé!

—¿Crees que tus ruegos me conmoverán?

—No intento conmoverte. Moriré si me quitas a mi hijo. ¡Es mi vida! ¡Es todo lo que tengo!

—¡No es más que otra cosa que me robaste!

—¡No! —gritó ella, y se puso ambas manos en el bajo vientre.

—¡Oh, deja ya el maldito teatro! —reclamó él al verla doblada sobre sí misma— ¿Crees que no sé cuándo intentan manipularme? ¡Te metiste con el hombre equivocado, Abigail! Si creíste que por lo que pasó con tu prima yo sería una presa fácil, estuviste muy equivocada. Me equivoqué al confiar en ti, pero arreglaré eso ahora mismo. Yo me quedaré con ese niño, y te juro que si me empeño, ¡impediré que lo veas aunque sólo sea una vez! —ella no contestó, y él se quedó allí, en medio de la sala, mirándola.

Pasaron los segundos, y sólo se escuchó un largo quejido de Abigail, que se agarró del brazo de un sillón para no caer al suelo con la otra mano en el vientre. Maurice siguió mirándola, preguntándose si tomarse en serio su cara de dolor.

Sin embargo, un líquido empezó a fluir entre las piernas de Abigail, y formaron un charco en el suelo.

—¿Ab... Abigail? —ella lo miró, preguntándose si acaso eso había sido un intento de llamarla por su diminutivo. Pero de su boca sólo salió un largo quejido. Estaba sufriendo dolor.

La puerta se abrió en el momento, y tras ella apareció Arthur, que analizó la escena rápidamente.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó. Maurice no dijo nada, sólo siguió mirando a Abigail sostenerse el vientre y apretar los dientes. Arthur corrió a ella—. Oh, Dios, ¿qué está pasando, nena?

—El bebé —susurró ella, sudorosa y fría—, ya viene.

—¿Qué? ¡Pero no es hora! —dándose cuenta de que esto era su responsabilidad, y que no era fingido, pues Abigail de verdad estaba sufriendo dolores de parto y aquel líquido bien lo demostraba, Maurice dio unos pasos atrás—. Debemos llevarte a la clínica. Maurice, por favor...

—¡NO! —gritó Abigail con voz desgarrada—. No le permitas que se acerque. ¡Aléjalo!

—¿Por qué? ¡Es el padre!

—¡No! —volvió a gritar Abigail—. ¡Me quiere quitar a mi bebé! —explicó ella—. ¡Dijo que me lo quitará!

—No lo hará. Sólo amenazaba. ¿Verdad, Ramsay? —Arthur lo miró con ojos acerados, como retándolo a que dijera lo contrario, pero él no dijo nada. Arthur la dejó allí y corrió a la habitación. Lo vio entrar y salir varias veces como buscando cosas por todos lados de la casa.

Maurice tenía la respiración acelerada, y a cada grito de dolor de Abigail el corazón se le encogía más y más. Cuando ella cayó al suelo, intervino al fin, y la alzó en brazos sacándola del apartamento.

—¡No! ¡Suéltame! —gritó ella—. ¡No me toques! ¡Déjame!

—Deja que te lleve —pidió Arthur, pero Abigail empezó a luchar contra él, pegándole, mordiéndolo. Sin embargo, los dolores eran demasiado fuertes, así que, sin remediarlo, mientras él bajaba con ella por las escaleras, quedó flácida, llorosa y cansada.

—No me lo quites —decía entre lágrimas, dándole con el puño en el pecho, aunque sin mucha fuerza—. Quítame lo que quieras, pero no mi bebé. Por favor, por favor, por favor—. Él la subió a su auto, y Arthur entró tras ellos llevando consigo una pequeña maleta. Maurice no necesitó preguntar, él le dijo de inmediato en qué clínica la esperaban.

Condujo todo lo rápido que pudo a esa hora de la noche. Abigail no dejó de quejarse y llorar y a cada lamento sentía que le rompía más el corazón.

¿Y si le había hecho daño al niño? Al parecer, no era el tiempo para nacer. ¿Y si por su culpa, su hijo venía a este mundo con problemas?

Idiota, idiota, ¡mil veces idiota! ¿Cómo había podido pasar por alto lo delicado que era el estado emocional de una futura mamá en los días cercanos al alumbramiento?

Bueno, él no sabía gran cosa de esos asuntos. Lo que sabía era gracias a Daniel, que les había relatado en una que otra ocasión su experiencia vivida con Diana.

Si su hijo nacía enfermo, sería su culpa, y eso jamás podría perdonárselo.

Se mordió los labios mirando por el retrovisor a Abigail, que ya estaba sudorosa, y los cabellos

rojos se le pegaban a la frente y el cuello. Arthur intentaba consolarla, ayudarla, aunque eso no era posible.

También podía ser que a ella le pasara algo.

Al pensar en eso, el estómago de Maurice se encogió. Cualquier cosa que sucediera, sería su culpa, y cada posibilidad fue cayendo sobre él como pesados ladrillos de hormigón, oprimiéndolo a cada kilómetro que avanzaba.

Llegaron a la clínica y volvió a alzarla en brazos. Ya Abigail no tenía fuerzas para luchar contra él, y en la recepción la atendieron de inmediato llevándosela a otro lugar.

En la sala de espera, Arthur le tomó el brazo a Maurice.

—¿Fuiste tú quien provocó esto, verdad? —le preguntó. Maurice guardó silencio y miró a otro lado, pero Arthur insistió halándolo de nuevo del brazo—. Si algo le pasa a mi prima o a su bebé...

—No me lo perdonaré —le contestó Maurice. Arthur lo miró entrecerrando sus ojos, pero la preocupación de Maurice era auténtica. Lo vio pasarse la mano por los cabellos y la barba y tuvo que respirar profundo.

—Ven conmigo afuera —le pidió—, tengo algo importante que decirte.

Maurice lo miró interrogante.

—No quisiera alejarme mucho...

—No tomará mucho tiempo. Abigail no querría que fuese yo quien te lo dijera, pero tal como están las cosas, si no hablo ya, todo se irá a la mierda. Ven conmigo—. Tomando la delantera, Arthur dio unos pasos alejándose. Maurice miró a la sala por la que se había ido Abigail, y resignado, siguió al primo de su esposa.

Una vez fuera, Arthur no esperó siquiera a que él preguntara qué era eso tan importante que quería decirle y que requería que estuvieran fuera, sino que, tomándolo por sorpresa, empuñó su mano y le asestó un golpe en la mandíbula tan fuerte que Maurice se tambaleó.

—¡Qué te pasa! —le gritó cubriéndose la boca una mano y escupiendo sangre, pues le había roto la mejilla por dentro.

—Te lo mereces, y lo sabes —contestó Arthur sacudiendo su mano—. Sí que tienes la cabeza dura.

—¡Maldita mierda! —exclamó Maurice, dándole la espalda y dirigiéndose de nuevo al interior del hospital, sabiendo que si lo que Arthur buscaba era pelea, él terminaría interno en el edificio que tenían detrás.

—¡No he terminado! —gritó Arthur.

—¡No me jodas!

—Esto no es más que la introducción, Ramsay —sonrió Arthur—. No te preocupes, no te voy a pegar más, al menos no con mis puños.

—No me hagas reír. Sólo porque eres un flacucho de mierda me contengo. ¡Podría acabar contigo!

—Sí, sí. El súper macho—. Cuando Maurice dio unos pasos amenazantes hacia él, Arthur retrocedió enseñando las palmas de las manos—. Provocaste todo esto, has hecho llorar a mi prima inconsolablemente los últimos ocho meses. ¿Crees de veras que tienes derecho a reclamar porque alguien la defiende? Ya sé que no soy un grandulón como tú, pero soy la única persona que siempre ha estado del lado de Abigail. Aun cuando mi hermana le hizo tanto daño, yo fui quien cuidó de ella. Y ahora tú, de quien se esperaba la protegería hasta siempre, le has provocado el más grande daño que le puedes hacer a una mujer—. Maurice lo miró interrogante.

—¿Stephanie le hizo daño? —Arthur dejó salir una risita y meneó la cabeza poniéndose ambas manos en la cintura.

—Es verdad. Aún no sabes nada.

—¿De qué hablas?

—Hijo... —empezó a decir Arthur, y Maurice frunció el ceño ante semejante atrevimiento. Un crío como Arthur llamándolo “hijo” era entre irrisorio e irritante—. Stephanie te mintió.

—Ah, no me digas —rió Maurice.

—Ella no era la niña que viste en ese bosque nevado cuando tenías doce años—. Ahora, Maurice lo miró confuso. ¿Cómo sabía él de ese episodio? Sólo lo sabían él y Stephanie... y luego Abigail, cuando se lo contó—. Esa niña, cuñado, era Abigail.

Maurice tragó saliva, y sintió cómo de repente su corazón iniciaba una loca carrera.

—¿Qué... De qué hablas?

—¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas cómo fue? —Maurice lo recordaba, claro que sí. La niña con el abrigo blanco y los cabellos rojos, sentada en un tronco en medio de un bosque de árboles desnudos, llorando porque sus compañeras de juego la habían dejado atrás.

Palideció. No podía ser. Simplemente no podía ser. Ahora que miraba el escenario con otros ojos, estaba más que claro.

—¿Ella habló muy poco, verdad? —sonrió Arthur, sabiendo que Maurice poco a poco iba

comprendiendo—. Y no te dijo su nombre. Es porque Abigail no puede hablar con desconocidos—. Maurice empezó a sacudir su cabeza negando, pero Arthur alzó la voz, como si en el ambiente hubiese un ruido que le fuera a impedir ser escuchado—. De alguna manera, tú creíste que esa niña era mi hermana, Stephanie. Recuerdo claramente el día que llegó a casa riendo y contando el suceso. Cuando averiguó que eras tú, Ramsay, el millonario heredero, te hizo creer que ella era esa niña. Y tú, ignorando la existencia de una mujer idéntica a ella, caíste en la trampa.

—No puede ser —susurró Maurice, cerrando sus ojos y agachándose en el suelo—. No puede ser.

—Pero lo fue —siguió Arthur—. Hay muchas cosas que debes saber, Maurice, muchas verdades que desconoces. Abigail pensaba decírtelas, pero... bueno, descubriste que te mintió y ya no quisiste escucharla. Le hiciste pagar a Abigail toda la desconfianza y el odio que sembró en ti Stephanie. Admito que tienes todo el derecho a sentirte molesto por la mentira de la enfermedad; siempre estuve en contra de eso, aunque la ayudé cuando me lo pidió, pero esa mujer te ha amado desde siempre.

“Desde siempre”, se repitió Maurice en la mente. Al fin conocía el significado de esa frase.

Aún en el suelo, Maurice miró a Arthur con una mirada desnuda y angustiada.

—Cuéntame todo lo que sabes —le pidió, y Arthur tomó aire. Sí, le contaría todo lo que sabía. Tal vez no le correspondía a él hacer esto, pero Maurice necesitaba conocer al fin la verdad.

—Algunas de las cosas que sé, las presencié —empezó a decir Arthur. Maurice seguía agachado en el suelo, con la cabeza baja, pero Arthur sabía que lo escuchaba atentamente—. Stephanie era una arpía. Era mi hermana, pero ya desde pequeño se metía conmigo y me decía sin tapujos que me odiaba, así que nunca pude ponerme de su parte en nada. Abigail, por el contrario, era buena—. Respiró profundo y siguió. Era necesario contar un poco de sí mismo para que Maurice comprendiera ciertas cosas—. Era sólo un niño cuando llegó a casa contándole por teléfono a una amiga que te había conocido, pero que al parecer, tú la confundías con alguien, y ese alguien era Abigail. Ella no se podía creer que alguien como Abigail pudiese obtener a un hombre como tú, así que decidió suplantarla. Por esos días se hizo amiga de ella y le sacó la información. Días después, llegaste tú a casa y luego te hiciste su novio.

—¡Y tú lo sabías! —le reclamó Maurice poniéndose en pie—. ¡Sabías lo que estaba pasando!

—Sí, lo sabía. ¡Pero sólo era un niño!

—¡Hubieses hablado! —la voz de Maurice salió un poco rota y se odió por eso, tomó aire intentando calmarse, pero Arthur siguió.

—Sí, debí hablar. Cada día me odio por haberle tenido miedo a mi hermana, por haber temido sus amenazas... Pero no me quedé quieto —Maurice lo miró de reojo—. Le conté a Abigail lo que estaba pasando, y ella, luego de llorar, se llenó de valor e ideamos juntos un plan. En la boda ella te buscaría, con mi ayuda, claro, y te contaría toda la verdad. Ella no podía salir como las otras; no sabía conducir, no tenía autoridad para decirle a nadie del personal que la llevase fuera de la casa... Dependía completamente de la tía Theresa y su horrible marido... así que no pudo buscarte antes, y tuvo que resignarse a esperar a verte el día de la boda—. Maurice lo miró confundido.

—Ella no...

—No, no la viste —corroboró Arthur—. No fue.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque Stephanie convenció a tía Theresa para que Abigail no se presentase en la boda; le regaló unas joyas costosísimas para que a cambio dejara encerrada a su hija en casa. La excusa de Stephanie fue que no quería otra pelirroja en su fiesta, pues la opacaría y ese día quería brillar, y Theresa, más interesada en la joya que en cualquier otra cosa, aceptó. Pienso que si ahora supiera la verdad se arrepentiría terriblemente. Tú pudiste haber sido uno de sus yernos y te perdió a cambio de unas joyas—. Maurice sacudió su cabeza sin podérselo creer. Sabía que Stephanie era taimada, pero no se imaginó que maquinara sus maldades con preciso detalle.

—Por eso no fue... y no la vi... y no me enteré de nada—. Arthur se quedó en silencio y Maurice se giró a mirarlo. Se sorprendió al ver su rostro. Parecía muy triste.

—Me preocupé cuando no la vi en la fiesta —siguió—. Así que convencí a alguien de la familia para que me diera dinero y me escapé. Me fui a casa de los Livingstone y... Dios, lo recuerdo y... Fue triste, fue muy triste. Abigail estaba encerrada en su habitación, vestida para la fiesta. Golpeaba la puerta, pero... ¡estaba muda! ¡No podía hablar! ¡La llamé a través de la puerta, pero ella no podía contestar sino con golpes! Estaba en una crisis de mutismo, la primera que le había visto y no sabía cómo ayudarla. ¡Maldición, sólo era un niño!

—¿Crisis de mutismo?

—Que yo sepa, sólo le han dado dos en toda su vida; esa vez... y cuando la echaste de tu casa al descubrir la mentira. Estuvo dos semanas sin hablar, no podía. Afortunadamente, aprendí con ella el lenguaje de señas... —Maurice se pasó la mano por la cara.

—No sabía... no sabía eso—. Y con razón no dijo nada cuando le gritaba, comprendió Maurice. Con razón no pudo defenderse, ni explicarse, ni pedir perdón.

—Sus hermanas toda la vida la han intimidado por ese pequeño defecto. La odian, y no entiendo por qué. Sólo puedo deducir que la envidian a muerte; Abigail es más guapa, siempre llamaba mucho la atención a donde fuera... Por eso se metían con ella terriblemente. Le hacían maldades que la dejaban llorando... como ese día en el bosque. La convidaron para jugar, y ella, feliz, aceptó. Pero luego la dejaron allí, tirada en medio de la nieve. De no ser por ti, Abigail habría muerto ese día por hipotermia—. Maurice asintió, sabiendo que aquello era verdad.

—¿Por qué... por qué la mentira? ¿Por qué decirme que en un año iba a morir? —Arthur hizo una mueca.

—Porque no creyó que tú la aceptarías. Sabía que su mero parecido con tu difunta esposa te haría rechazarla. Quería hacerte creer que no duraría mucho, que no sería una esposa con la que tú tendrías que cargar para siempre, como si fuese una pesada carga... La autoestima de Abigail nunca fue siquiera aceptable; ella toda la vida se ha considerado fea, inútil, indigna.

—No... —susurró Maurice, y Arthur sonrió al detectar en su voz cierta ternura. Respiró profundo y decidió terminar con su relato.

—Por todos los años pasados, te buscó y te buscó. Estuvo siempre pendiente de tu reaparición, y cuando ésta al fin se dio, fue a ti. No perdió tiempo; fue a ti. Y ahora está dando a luz un hijo tuyo. No se lo quites, Maurice. Morirá. Si le quitas a su hijo, Abigail morirá de tristeza; será un golpe que no podrá resistir. Ya ha resistido demasiados en su vida—. Arthur tragó saliva y no dijo nada más. Entró de nuevo a la clínica donde estaban atendiendo a Abigail dejando a Maurice solo con sus pensamientos.

Luego le pediría perdón a su prima por ser él quien le contara la verdad a Maurice, por lo pronto, sólo le quedaba esperar qué efectos tendrían en él este nuevo conocimiento.

Maurice miró en derredor y no pudo evitar sentirse un poco mareado, como si hubiese bebido demasiado rápido un trago especialmente fuerte y su cuerpo no pudiera resistirlo.

Por su mente empezaron a pasar las escenas más importantes de toda su vida, las situaciones que lo habían puesto en este aquí y en este ahora.

Cuando tenía doce años, un invierno, el tío Stephen lo llevó a celebrar la navidad en una cabaña en el campo, y mientras el tío salía y se reunía con sus socios, él estaba en una enorme casa rodeado de todos los del servicio y mirándolos preparar y decorarlo todo para nochebuena.

Era aburrido, como siempre, estar solo, así que a diario deambulaba por el bosque buscando algún animalito perdido, o piedras raras, o cualquier otra cosa que lo distrajera.

Ese día, conoció a la niña de cabellos rojos.

La escuchó llorar, y eso llamó su atención. Ella le daba la espalda, así que sólo pudo ver el cabello rojo que se salía de su gorro blanco, y cuando le preguntó qué sucedía, ella reaccionó como si hubiese visto un espanto. Y lo primero que llamó la atención a aquel chico de doce años que apenas estaba descubriendo que las chicas eran guapas, era que ésta en especial era más guapa aún, con sus ojos azules eléctricos y cabellos rojos más escandalosos.

—No te voy a hacer nada —le dijo él sonriendo y quedándose quieto. Ella parecía un conejito asustado, y él sabía cómo manejar estas situaciones, se le daba bien tratar con animalitos asustados—. ¿Estás perdida? —ella lo miró recelosa un rato más, y luego, asintió—. ¿Te ayudo a buscar tu casa? —la niña lo miró preguntándose si se podría. Ella no tenía ni idea de hacia dónde ir, ¿cómo podría ayudarla él que tampoco sabía hacia dónde quedaba la casa? —¿Cómo te llamas? —le preguntó él, pero ella no contestó.

Maurice se puso las manos en la cintura. Miró el camino que había tomado para llegar hasta aquí preguntándose qué hacer. No podía dejarla sola, pero ella no se estaba dejando ayudar.

Caminó en derredor buscando huellas, pero ella, al ver que él se alejaba, se puso en pie y lo siguió.

Era más alta que él, notó Maurice. Últimamente todas las niñas eran más altas que él, qué injusto. Pero a ella eso parecía no importar mucho, lo siguió en silencio, y Maurice siguió buscando huellas para saber qué camino tomar.

—No sabía que había otra casa cerca —dijo—. Mi casa queda por allá —acompañó las palabras con un gesto señalando la dirección de donde había venido—. Hacia allá están las montañas... no creo que vinieras de allí, y hacia allí está el arroyo. ¿Atravesaste el arroyo? —ella asintió—. Debe estar congelado—. Ella volvió a asentir—. Bueno, vamos para allá—. Siguieron caminando. La nieve les llegaba a media pierna, cubriendo sus tobillos. Ambos iban calzados con botas resistentes y gruesos abrigos y guantes de lana, pero en un momento, ella resbaló y gritó. Cuando él se giró, la encontró patas arriba en la nieve, y no pudo evitar echarse a reír. La ayudó a levantarse, pero entonces él resbaló y cayó también. Ahora ella se burló de él.

—¡No! —gritó ella entre risas cuando él empezó a arrojarle nieve.

—Puedes hablar —acusó él poniéndose las manos en la cintura. Ella lo miró como si apenas lo viera por primera vez, pero no dijo nada, sólo apretó los labios sin borrar su sonrisa—. Eres rara. Pero vamos. Si oscurece y nos quedamos aquí, estaremos en peligro. Hay osos en la zona—. Ella lo miró espantada—. Pero no te preocupes, sé cómo ahuyentarlos —inventó, sacando pecho. Cuando se giró a mirarla, vio que ella lo miraba un poco incrédula—. He estado en cientos de campamentos de verano. Allí te enseñan cómo ahuyentar osos, y pumas, y hienas...

Ella sólo sonrió, aunque ya no tan incrédula.

Maurice siguió caminando y pronto dieron con el arroyo. Era angosto y estaba totalmente congelado. Buscó piedras sobre las cuales pisar y le tomó la mano para ayudarla a cruzar. Cuando estuvieron al otro lado, no la soltó, y como ella tampoco hizo ademán de separarse, siguió sujetándole la mano.

Caminaron un largo tramo, pero empezó a oscurecer.

Se preocupó. Si su tío Stephen volvía a casa y no lo encontraba, mandaría a todo un equipo de rescate por él, pero no podía dejar a esta niña sola por aquí. Le extrañaba que no la estuviesen buscando a ella.

Se detuvo y notó algo que lo asustó de veras. Esta parte del bosque él no la conocía pero ya habían pasado por aquí... estaban dando vueltas.

Se giró a mirarla, y al verla completamente tranquila siguiéndolo, tragó saliva. Ella confiaba en él, y él estaba perdido.

—¿Estás de vacaciones? —le preguntó, y ella asintió—. ¿Con tus padres? —ella volvió a asentir—. Yo vine con mi tío. No tengo mamá. O bueno, sí tengo, pero nunca viene. Ya ni me acuerdo de ella—. Ella lo estaba mirando con pesar, pero él se encogió de hombros—. No importa, yo estoy bien —miró las copas de los árboles, que no eran más que ramas desnudas como buscando iluminación del cielo. ¿Hacia dónde debía ir ahora?

Siguió caminando, y su peor temor se hizo realidad: empezó a nevar. ¡Morirían congelados!

A pesar de que lo estaba invadiendo el miedo, siguió andando, pero en vez de encontrar una casa, encontró una vieja cabaña de madera. Ya estaba oscuro, y la mano de su nueva amiga estaba cada vez más fría.

—Creo que será mejor que entremos allí mientras pasa la nevada—. Ella no hizo escándalos, ni se asustó, ni nada. Por el contrario, lo ayudó a abrir una de las ventanas para poder entrar y abrir desde dentro la puerta.

Dentro, encontraron un montón de madera apilada en pequeños troncos frente a una enorme chimenea, un catre, una mesa y una silla. En el catre, doblada, había una manta de lana.

Apenas verla, ambos se precipitaron a ella. Maurice llegó primero y se apropió de ella. La niña, resignada a haber perdido su oportunidad, se abrazó a sí misma buscando otra, pero antes de que pudiera alejarse, él la llamó.

—Compartámosla, o moriremos de frío los dos—. Ella lo miró con ojos grandes de incredulidad—. ¡Vamos, hace frío! —la apuró él, y ella hizo caso de inmediato. Se metió entre las mantas a su lado, y él se aseguró de que estuviesen completamente cubiertos. Se recostaron al muro contra el que estaba apoyado el catre y allí se estuvieron largo rato, pero el frío seguía azotándolos.

—Fuego —susurró ella, y fue casi como una súplica. Él se giró a mirarla sorprendido. Al fin escuchaba su voz.

—Yo... sé encenderlo, pero... —antes de que terminara, ella se salió de la manta y se acercó a la repisa de la chimenea donde había una botella con lo que parecía ser combustible y una piedra de yesca. Temblando de frío, se los ofreció, y él no tuvo más alternativa que tomarlos y prepararlo todo para encender fuego. Ella le fue pasando los troncos, y luego de un poco de esfuerzo, entre los dos, lo consiguieron.

Rodaron el catre y lo acercaron lo más posible a la chimenea, y volvieron a meterse bajo las mantas a conservar el calor corporal.

Pasó lo que parecieron ser horas, y ambos se mantuvieron en silencio.

—Mi nombre es Maurice —dijo él al fin, pero ella no correspondió diciendo ella también su nombre. Maurice hizo una mueca. En el colegio las chicas tampoco eran muy comunicativas con él—. Vivo con mi tío, ¿sabes? Apuesto a que tú vives con tus papás —ella asintió.

—Es... es... di-divertido? —tartamudeó ella, y él sonrió pensando que el frío le entorpecía la lengua.

—¿Vivir con mi tío? Más o menos. Él siempre está de viaje. ¿Tú... tienes hermanos? —ella asintió—. ¿Y primos? —sonrió cuando ella volvió a decir que sí moviendo su cabeza—. Eso sí que debe ser divertido—. La mueca que ella hizo lo dejó un poco pensativo—. ¿Por qué estabas sola en el bosque? —ella abrió su boca para contestar, pero le tomó bastante tiempo hasta que salieron las palabras.

—Estaba... jugando.

—¿Sola? —ella agitó su cabeza negando.

—Me dejaron... Se fueron y... se olvidaron.

—Qué malos. Yo no quiero unos primos así —comentó él asumiendo que eran sus primos los que habían hecho esto. Por su mente no pasó que los mismos hermanos fueran capaces de hacer tal maldad a una niña, y que esos hermanos fueran otras niñas más pequeñas—. Yo no tengo papá —dijo él, como si tal cosa—. O bueno, sí tengo, ya sabes. Pero no sé quién es. Tío me dijo que era un

hombre casado y que por eso no se pudo casar con mi mamá. No se lo cuentes a nadie, es un secreto —. Ella sonrió.

—No lo contaré—. Él se la quedó mirando fijamente.

—Eres muy guapa —al verla sonrojada e incómoda, se agitó—. No... no lo digo por nada malo. Es que... es verdad, eres guapa. Me gusta tu cabello rojo. ¿Puedo tocarlo? —él extendió una mano antes de que ella pudiera contestar, y él hizo pasar unas hebras por entre sus dedos—. Vaya, es muy suave —. Ella sonrió, y él, embobado, se quedó mirando sus labios.

—Tú... —empezó a decir ella— también eres guapo.

—¿De verdad? ¿Te parece? —Ella asintió—. ¿Quieres ser mi novia? —asombrada ante tal petición, ella abrió su boca.

—¿Para... para qué?

—No lo sé. Pero quiero que seas mi novia. Eres guapa... y no eres como las niñas de mi colegio que no paran de incordiar y poner quejas a toda hora. Me gustas.

—¿Yo... te gusto? —él asintió agitando fuertemente su cabeza, y se la quedó mirando peca a peca, los ojos, las cejas, los labios.

—Entonces, ¿dices que sí? —al verla dubitativa, intentó mejorar su oferta—. Nunca he tenido novia, pero soy muy generoso. Te llevaría chocolates. ¿Te gustan los chocolates? —con la mirada iluminada, ella dijo que sí agitando su cabeza—. ¿Te gusta Mark Twain? —ella volvió a asentir, ahora con más fuerza—. Entonces, sé mi novia y te regalaré libros de Mark Twain. ¿Qué dices? —ella se echó a reír, y Maurice sintió una suave calidez en su pecho. Tal vez era porque el fuego en la chimenea consumía rápidamente los troncos de madera y la pequeña cabaña se había caldeado, pero verla reír fue agradable, y su expectativa aumentó.

—¿Serás mi novia? —insistió él, cada vez más tenso por su respuesta. Era como si de repente esto fuera vital, como el mismo fuego que habían encendido entre los dos.

—Está bien —contestó ella.

—¡Sí! —celebró él—. Ahora toca un beso.

—¿Qué?

—Un beso. Los novios se besan —él se movió dentro de las mantas para estar frente a ella. Se le fue acercando poco a poco, y ella fue esquivándolo.

—¿Sa-sabes... cómo se hace? —él se detuvo.

—¿Hay que saber? —ella se encogió de hombros—. Entonces no importa —cerró la distancia entre

ambos y tocó los labios de ella con los suyos sellando el pacto entre los dos.

Y de inmediato dos hombres abrieron la puerta de la cabaña y los riñeron fuertemente por haber entrado aquí sin permiso.

Casi de la oreja, los llevaron a sus respectivas casas, primero a ella, y luego a él.

Se despidieron mirándose apenas, y cuando ya regresaba, Maurice sonrió sintiéndose afortunado por tener una novia tan guapa y a la que le gustaba Mark Twain.

Y luego se dio cuenta de que no sabía el nombre de su novia.

Ahora, veinte años después, no pudo sino reír y llorar al tiempo. Era como ver en cámara rápida una herida cicatrizar. Ya no importaba lo que Stephanie hubiera hecho, si era una ramera que lo daba por un dólar y había tenido a mil hombres entre sus piernas. No importaba, porque ella no era esa niña a la que él le había dado su primer beso, la mujer que había estado esperando volver a encontrar.

Y como ella no era esa niña, lo que le hubiera hecho en el pasado perdía importancia.

Entró de nuevo a la clínica secándose las lágrimas, pero no eran lágrimas de dolor o ira, como sucedía últimamente. Eran lágrimas de alivio.

Ella lo había amado desde entonces, así como él había estado esperando por ella. ¡Oh, qué alivio! ¡La chica del bosque nevado era su esposa!

Una esposa furiosa porque él, el imbécil más grande del mundo, la había amenazado con quitarle a su bebé.

Llamaría a David para notificarle que ya podía empezar a llamarlo como quisiera, se merecía todas las regañinas del mundo, el golpe de Arthur, la mirada desconfiada de Marissa, todo. Le había hecho daño a Abigail.

Sí, ella le había mentado, pero él la confundió con su prima la arpía y la dejó sola todo este tiempo, ¿no? ¿Qué era peor?

Bueno, lo de él no fue intencional.

—¿Es el esposo de Abigail Ramsay? —preguntó una enfermera acercándose, y Maurice asintió—. ¿Quiere acompañarla durante el parto? —¿acompañarla él? Se preguntó.

Pero de un momento a otro, decidió que quería estar allí, ver a su hijo nacer, secar las lágrimas de Abigail, su esposa.

—Sí —le contestó—, quiero estar.

—Sígame —le pidió la enfermera y lo condujo por varios pasillos hasta entrar en una sala, donde encontró a la pelirroja del bosque nevado en plenos dolores de parto.

Abigail se hallaba en la mesa de partos vestida con una bata azul, una mujer con mono también azul estaba frente a ella examinándola y todo parecía bastante tranquilo, incluso la parturienta, pero al verlo, Abigail empezó a exaltarse.

—¡Qué haces aquí! —le preguntó—. ¡Vete! ¡Vete! —los médicos presentes se extrañaron de la situación, pero al ver a Maurice calmado, pensaron que tal vez todo se debía a la vergüenza de ser vista en labor de parto por parte de la futura madre.

Maurice le tomó la mano, pero ella le rehuyó.

—Quiero que te vayas.

—Quiero estar aquí.

—No te permitiré que...

—Abigail, por favor...

—¡No te lo permitiré! —volvió a decir ella, pero la severidad de sus palabras se esfumó cuando tuvo una nueva contracción.

—No tienes las cuarenta y dos semanas —dijo el obstetra con una planilla en la mano y meneando la cabeza—. Pero ya quiere nacer.

—¿Puede... puede hacer algo para retrasarlo? —preguntó Abigail, y Maurice vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No hay nada que detenga a un bebé cuando ya se rompió la fuente.

—Pero... le faltan varias semanas. No quiero...

—Lo único que podemos hacer es esperar un poco para ver si es necesario hacer una cesárea o no. Un parto natural es preferible, pero no vamos a esperar mucho para decidir.

—Está dilatando adecuadamente —dijo la mujer que la revisaba—. Parece que tendrás un parto natural—. Ante la noticia, Abigail empezó a llorar.

Nadie del personal que estaba en la sala preparándolo todo, le prestó mucha atención, tal vez acostumbrados a los altibajos emocionales de las madres en este momento, pero Maurice, sabiendo a qué se debía su llanto, se sintió como un verdadero malnacido por provocarle este dolor.

Le tomó de nuevo la mano, esta vez, más firmemente, impidiéndole que lo rechazara, y Abigail ladeó la cabeza al otro lado cuando vio que él se le acercaba.

—No te lo quitaré —le susurró en el oído—. Siento haber dicho eso —ella se giró a mirarlo al fin, incrédula—. Crecí sin una mamá —le explicó—. No le haré lo mismo a mi hijo. Te lo juro, Abigail; no te lo quitaré—. La respiración de ella estaba agitada, pero cerró sus ojos cuando él se acercó a ella, retiró los cabellos mojados por el sudor y le besó la frente—. Si quieres que me vaya, me iré —le dijo—. Sólo te pido que hagas caso a los médicos...

Ella, sin decir nada, apretó su mano. Y luego se la apretó mucho más, causándole un poco de dolor, pues ella estaba sufriendo otra contracción.

Pasaron varios minutos, y en un momento dado, todos los médicos se pusieron en movimiento. Hicieron algunos comentarios acerca de lo increíble que era que a pesar de ser primeriza, el parto estuviera tan acelerado.

—Bien, cuando sientas la contracción —le indicó la mujer que se había ubicado entre sus piernas y frente a ella en posición de recibir al bebé en cuanto asomara—, apoya la barbilla en el pecho y puja, ¿vale? Intenta no elevar la cadera y puja con toda tu fuerza—. Abigail asintió sin soltar la mano de Maurice, que se hallaba a su lado.

No tenía la menor idea de qué estaba sintiendo ella, o si la irritaría si la tocaba, o por el contrario necesitaba su contacto. Sacó de su bolsillo un pañuelo y le secó el sudor. Ella no protestó, sólo cerró los ojos apoyando su cabeza en la mesa y respirando profundo.

Las contracciones vinieron con su respectivo dolor, y Abigail hizo caso del consejo de la matrona. Parecía tardar una eternidad, pero entonces nació su hijo.

Tan pronto como estuvo en este mundo abrió sus manitas, llenó por primera vez sus pulmones de aire, y gritó en protesta por tanta hostilidad. Luz, frío, manos extrañas que lo giraban de un lado a otro poniéndolo de cabeza, separándolo para siempre del confortable espacio donde había estado.

Al verlo, Maurice sonrió. Era la cosa más fea de este mundo, con el cabello negro mojado pegado al cráneo, pero ese era su hijo.

Lo pusieron sobre el vientre de Abigail, y sorprendentemente, el bebé dejó de llorar.

—Reconoce a su mamá —sonrió Maurice, y guardó silencio cuando se dio cuenta de que no lo reconocería a él, ni a su voz, ni nada, porque no había estado allí mientras se gestaba.

No importa. Estaría con él de ahora en adelante, no lo abandonaría jamás. Ni a él, ni a su madre.

Lo llevaron a una especie de balanza, lo midieron, lo secaron, y luego lo envolvieron en unas mantas para regresárselo a su madre.

¿Cómo lo llamarían? ¿Qué nombre había pensado Abigail?

No preguntó, casi se sintió como un intruso cuando le devolvieron el niño a la nueva madre, que no lo había perdido de vista ni un instante y parecía haber olvidado todo el dolor mientras sonreía

recibiendo a su bebé.

—Es aconsejable que lo dejemos en observación —dijo el pediatra—. A pesar de que ese llanto indica que sus pulmones están desarrollados, no deja de ser un bebé que nació cuatro semanas antes—. Abigail lo miró un poco aprehensiva.

—Puedo quedarme con él?

—Claro que sí. Las primeras veinticuatro horas serán vitales, y estaremos pendientes de su evolución.

—Quiero... quiero darle el pecho. ¿Puedo? —preguntó Abigail con timidez. El pediatra la miró con una sonrisa.

—Estás en todo tu derecho. Inténtalo—. A Maurice no le gustó la palabra “intentar”, era como si hubiese una posibilidad de que no se pudiera, y puso su mano sobre el hombro de Abigail como diciéndole que no se preocupara, que su hijo mamaría de ella como todos los bebés del mundo.

Y realizando el acto más sencillo, pero más significativo, Abigail pegó a su hijo a su pecho. Al principio, éste no supo qué hacer, pero el instinto lo llevó a meterse el pezón en la boca, cerrar sus labios sobre él y chupar.

—Ese es mi hijo —celebró Maurice, y miró a Abigail con una sonrisa, pero ella ni lo miró, estaba concentrada en la preciosa carga que tenía en sus brazos y lo ignoraba con toda intención.

Bueno, no esperaba que fuera diferente. No había olvidado que esta mujer tenía carácter, y que ya antes lo había mandado a la mierda y había sido él quien tuviera que ir detrás. Parecía que la historia se iba a repetir.

Mientras las enfermeras se hacían cargo de Abigail y del bebé llevándola a ella a una habitación privada, y a él al departamento de neonatología, Maurice aprovechó para llamar a sus amigos, quienes se mostraron bastante sorprendidos por la noticia. Vendrían a conocer a su hijo por la mañana, le aseguraron todos, y él sonrió mirando el teléfono y recostándose a un muro sintiéndose exhausto. Si él estaba así, ¿cómo se sentiría ella?

Entró a verla y la encontró junto a Arthur, que le hablaba de lo precioso que era el niño, de lo valiente que había sido ella, y que no se preocupara, que todo estaba bien.

Abigail cerró sus ojos quedando dormida poco a poco con una sonrisa de satisfacción en el rostro, y Arthur se puso en pie y se encaminó a él.

—Te dejaré con ella —le dijo—. Yo iré a cuidar del bebé.

—O a vigilarlo, para que yo no me lo lleve —Arthur hizo una mueca.

—No fue mi idea. Tú sembraste esta desconfianza en ella; la has impactado de un modo que tal vez sea irreparable, así que tu deber ahora es hacer que te vuelva a creer —Maurice asintió aceptando sus palabras, y Arthur pasó por su lado saliendo de la habitación.

Abigail estaba profundamente dormida, aunque de vez en cuando su ceño se fruncía y se movía un poco. Se acercó a la cama donde reposaba y la observó por largo rato sintiendo en su corazón una revuelta de sentimientos y sensaciones. El mundo entero podía encerrarse aquí; ella era su hogar, su pasado y su futuro. La echaba de menos, hoy más que nunca, y se sentía un poco solo si no podía abrazarla libremente.

Respiró profundo prometiéndose a sí mismo luchar hasta conseguir una auténtica armonía entre los dos.

Sin que ella se diera cuenta, tomó entre sus dedos sus cabellos rojos y los acarició. ¡Habían perdido tanto tiempo! Pero, ¿de quién era la culpa?

Si ella le hubiese dicho su nombre cuando eran niños, él jamás la hubiese confundido con su prima, pero si él hubiese sido un poco más astuto, se habría dado cuenta de que esa perra taimada no era la verdadera, que era una impostora.

¡Ah, tanto tiempo perdido!, se repitió, con mucha melancolía.

¡Habrían podido casarse hacía casi diez años! Tendrían ahora dos o tres niños, ya grandecitos y en la escuela primaria. Tendrían llenos los álbumes, vacío el refrigerador, rayadas las paredes y la sala llena de juguetes, pero no importaría, porque habrían vivido la vida plenamente.

—Lo haremos —se prometió a sí mismo en un susurro—, viviremos la vida plenamente. Sólo es que me perdones... que me perdones, Abby.

Ella no escuchó. Tan cansada estaba que se había quedado dormida de inmediato.

Fue una noche agitada. Cada dos horas, la enfermera traía al bebé para que Abigail le diera de mamar, y ésta despertaba a veces rápidamente, pero otras le costaba un poco. Maurice no durmió nada. Estuvo aquí con ella velando su sueño una parte, y la otra, velando el sueño de su hijo, y allí estuvo Arthur, como un vigía en la torre más alta.

Sin hacer mucho caso, pidió permiso a una de las enfermeras, y ésta, menos recelosa que el primo de su esposa, le permitió alzar al bebé.

Maurice lo tomó delicadamente en sus brazos, con el típico temor de hacerle daño. ¡Se sentía tan frágil! Comprendió entonces a Daniel; un hombre podía enloquecer tan sólo de felicidad.

—Eres perfecto —le susurró besando su cabecita. El niño, dormido, apenas si abrió sus manitas,

pero otra vez se tranquilizó—. Eres precioso.

Era muy pronto para decidir a quién se parecía. Sólo tenía el cabello oscuro como él, y los típicos ojos azules de los recién nacidos, aunque los había abierto muy poco. Su piel era clara como la de Abigail, pero al tener sólo unas horas de nacido, esto podría cambiar también.

Afortunadamente, y según los médicos, a pesar de que no tenía el peso ideal para un recién nacido, a cada hora se confirmaba que estaba sano. Sería fácil para él ganar peso alimentándose de la leche de su madre, y pasada unas semanas, estaría ya a salvo de todo riesgo. Requería cuidados, y revisión constante, pero él confiaba en que su hijo sería fuerte.

Escuchó un carraspeo y se giró a mirar a Arthur, que lo miraba con los brazos cruzados y una ceja alzada.

—Ya le prometí a Abigail que no la separaría de su hijo —le dijo.

—¿Cómo podría ella creerte? Has demostrado que los pactos para ti pueden enviarse a la... distancia—. Maurice sonrió al ver que él evitaba usar palabrotas frente al bebé.

—Fui un idiota.

—Y que lo digas.

—Un completo idiota. No creo que luego llevara a cabo tal amenaza —acunó al bebé como si quisiera protegerlo de algo, tal vez de sí mismo en ese momento—. Yo... creo que sólo quería asustarla, hacerle pagar. Habría sido cruel de mi parte separar a un bebé de su madre, sobre todo si ese es mi bebé, y su madre, la mujer que amo—. Arthur lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿La amas? —él la miró extrañado.

—Claro que sí.

—Pero... ¡nunca se lo has dicho! —Maurice hizo una mueca.

—Lo sé.

—¿“Lo sé”? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Ya sé, ya sé. Déjame reparar mis errores uno a uno.

—Tal vez no te alcance la vida —se burló Arthur, y Maurice no pudo rebatirle. Tal vez era cierto.

Se quedó otro rato allí, mirando a su hijo dormir, y aunque no hacía otra cosa, era la personita más extraordinaria en el mundo para él.

En horas de la mañana, su familia y amigos aparecieron casi todos en la clínica, sin importarles que hubiese que hacer un largo camino para llegar aquí y que fuera un día laboral normal, y se fueron turnando para admirar al hijo de Maurice desde la ventanilla de la habitación donde se hallaban los recién nacidos en sus incubadoras.

Stephen se mostró especialmente emocionado, y Agatha incluso lloró de alegría abrazándolo y felicitándolo; era como si hubiese nacido su primer nieto.

Él se sentía pletórico. Era indescriptible esta sensación. Casi se sentía todopoderoso. ¡Su primer hijo había nacido!

Aunque su sonrisa se diluía un poco cuando recordaba a qué se debía que su nacimiento se hubiese adelantado un poco, el pequeño había soportado la prueba y estaba aquí. Lo amaba sólo por eso, era un guerrero de nacimiento.

Según los médicos, parecía estar en perfecto estado. Se alimentaba con regularidad y hasta el momento no había presentado ningún síntoma anormal en ninguno de sus órganos o sistemas.

Respiró profundo y entró a la habitación donde se hallaba su esposa. Allí se encontró a Marissa y a Diana, que al verlo no hicieron ademán de irse y dejarlos a solas, sólo le echaron malos ojos y le dieron de nuevo la espalda.

—¿Cuándo te darán el alta? —preguntó Diana. Abigail respiró profundo.

—Mañana. Me gustaría quedarme más tiempo, pues el bebé tendrá que quedarse, pero al parecer, deberé dejarlo aquí en observación.

—Si necesitas ayuda de cualquier tipo —ofreció Marissa—, cuenta conmigo.

—Yo me hago cargo —dijo Maurice—, no hace falta, así que gracias.

—¿Y cuidarás de ella como se debe? —lo retó ella elevando una ceja. Maurice entrecerró sus ojos mirándola.

—Claro que sí.

—No es necesario que ninguno haga nada —dijo Abigail—. Arthur está aquí.

—¿Prefieres a ese... flacucho? —protestó Maurice, y la mirada que Abigail le dirigió fue tan dura que dejó a Maurice clavado en su sitio.

—Confío más en él que en cualquier persona en el mundo—. Tanto Marissa como Diana hicieron expresiones como de “uff”, pero sin voz, y Maurice apretó fuerte los dientes.

—Yo... estaré pendiente de ti y él del bebé —propuso Maurice—. ¿Eso te tranquiliza?

—No. Vete a casa.

—No lo haré. Me quedaré aquí el tiempo que me dé mi gana.

—Maurice, ¿te parece que es el momento y el lugar para discutir? —lo regañó Diana.

—No estoy discutiendo. He dicho que me quedaré y lo haré. Ninguna de ustedes dos tiene por qué ocuparse, tienen su familia a la que cuidar. Cuidar de Abigail es mi deber, así que asunto resuelto—. Marissa iba a discutir, pero Diana le tomó el brazo silenciándola.

—Está bien, como quieras —miró de nuevo a Abigail y sonrió—. Felicidades de nuevo por tu bebé.

—Gracias.

—Diga lo que diga este ogro —le susurró Marissa, aunque Maurice pudo escucharla perfectamente—, estaremos pendientes de ti. No te cortes y pega el grito, ¿vale?

—Vale —contestó Abigail casi riendo. Marissa se acercó a Abigail y le dio un beso en la frente, al igual que Diana. Al pasar por el lado de Maurice, ambas le lanzaron miradas hostiles y llenas de advertencias.

Maurice respiró profundo quedándose solo con Abigail, que no tuvo ningún reparo de ladear un poco su cabeza y cerrar sus ojos dispuesta a dormirse.

Al día siguiente le dieron el alta a Abigail y se produjo una nueva reyerta. Abigail quería volver a la casa de su primo, y Maurice insistía en que se viniera con él. Lo que en verdad molestó a Abigail fue ver que su propio primo le daba la espalda y la dejaba sola.

—Nena, tú sabes que de corazón yo te recibiría pero...

—¡Yo quiero estar contigo! —le dijo ella, con los ojos llorosos. Tenía el cabello recogido en una trenza y vestía ropa cómoda de algodón que la hacía ver más ancha de lo que era, pero aun así, Maurice la encontraba absolutamente preciosa—. Has cuidado de mí todo este tiempo, ¿por qué no ahora?

—Porque ese pobre trabaja —contestó Maurice con voz plana—, y un bebé llorando a media noche será una molestia por más que seas su prima adorada. Además, ya lo has incomodado bastante, ¿no te da pena por él que es un hombre soltero? ¡Necesita su espacio! —Abigail miró a Arthur preguntándose si de verdad había sido una molestia hasta ese punto. Arthur sonrió negando, pero era una sonrisa incómoda.

—Si es por lo del trabajo... —refutó Abigail mirando de nuevo a Maurice— tú también trabajas.

—Pero ese bebé es mi bebé. Mi obligación es aguantarme todo lo que venga de él—. Abigail parpadeó, tal vez un poco enternecida por esa respuesta, pero la vacilación sólo le duró un microsegundo; de inmediato se compuso.

—Sólo quieres una oportunidad para encontrarme dormida y llevarte a mi hijo.

—Ya te dije que no te separaré de él. ¿Por qué no me crees? —ella miró a otro lado sin contestarle, y Maurice dejó salir el aire tratando de calmarse—. Está bien si no me crees, sin embargo, eres mi esposa y volverás a mi casa—. En el momento entró Stephen con una amplia sonrisa a la habitación, encontrando el ambiente bastante tenso.

—Ya está todo listo para la salida de la mamá —dijo él sin borrar su sonrisa. Abigail le echó malos ojos.

—En ese apartamento no hay espacio para un bebé —dijo.

—No irás de nuevo al apartamento —volvió a sonreír Stephen cruzándose de brazos—. Le he cedido la mansión a Maurice.

—¿Qué? —preguntó ella mirándolo completamente sorprendida. Stephen se encogió de hombros.

—Ya lo tenía decidido desde antes —contestó—. Esa casa es demasiado grande para mí solo, y se merece que una familia la habite de verdad. ¿Quién más que mi sobrino y sus hijos?

—Pero...

—¿Vas a rechazar mi regalo?

—Ella es capaz —rezongó Maurice, y Arthur soltó una risita acercándose a su prima que seguía sentada en el borde de la camilla y la abrazó por los hombros.

—Prima, están cuidando de ti, te están mimando. Todo lo que no hicieron estos meses lo quieren hacer ahora—. Abigail lo miró con expresión confundida. Arthur se alzó de hombros—. Aprovechate de ellos; a ese —dijo, señalando a Maurice—, le has dado un hijo, y a ese otro —señaló ahora a Stephen—, un nuevo heredero Ramsay. A mi modo de ver, eres como una especie de reina. No sería extraño si al llegar a la mansión intentan comprarte con joyas y un viaje por el mundo—. Stephen y Maurice se removieron un poco incómodos en sus lugares pensando en las preciosas esmeraldas que la aguardaban en la mansión. Pero era tradición en la familia regalarle joyas a las madres por los hijos que daban a luz, se excusó Stephen a sí mismo sonriendo.

—De mi parte —intervino Stephen—, puedo asegurarte que nada te faltará, ni a ti ni a tu hijo. De parte de Maurice, creo que no me equivoco si digo que será el hombre más incompleto y miserable si te vuelves a separar de él—. Maurice no negó esas palabras, sólo se cruzó de brazos y miró el suelo. Abigail frunció el ceño al ver su docilidad—. Además —siguió Stephen—, he contratado personal médico para que atiendan al bebé en la mansión. Si aceptas, estarán con él las veinticuatro horas del

día hasta que todo riesgo haya pasado. ¿Te parece? —eso iluminó los ojos de Abigail. En principio, y desde antes de dar a luz, la había preocupado que el apartamento de Arthur tuviera corrientes de aire y no muy buen sistema de calefacción. Para un bebé recién nacido eso habría sido fatal.

Respiró profundo resignándose. Miró a Maurice, que seguía mirando el suelo y se preguntó si era su manera de quedarse con el bebé, no arrebatárselo, sino cargando también con ella.

No sabía por qué había cambiado de idea y ahora quería que volviesen a vivir juntos. Tal vez la sola presencia del bebé había conseguido tal cambio en él.

—Está bien —contestó al fin—. No me dejan otra alternativa—. La mirada que le lanzó Maurice, tan llena de una extraña esperanza, estuvo a punto de hacerlo correr a él y abrazarlo, pero se contuvo muy firmemente. Le echó malos ojos y miró a Stephen—. Agradezco todo lo que hace por mí.

—No digas tonterías. Eres parte vital de la familia. Y me has dado un sobrino nieto. Te mereces el cielo—. Abigail sonrió por fin. Tratar con Stephen era mucho más cómodo.

Maurice, por otro lado, era cosa aparte. Se estaba comportando de una manera extraña y eso le hacía desconfiar aún más. No creía en su docilidad, en su nueva actitud.

Tendría que andarse con cuidado si otra vez iban a vivir juntos.

Y al pensar en eso, sintió algo en su pecho y su estómago. Ella, tonta, seguía enamorada de él.

Abigail fue conducida en silla de ruedas hasta un auto, aunque no paró de protestar todo el camino diciendo que podía andar perfectamente. Nadie le hizo caso e igual la condujeron por los pasillos mientras ella llevaba a su bebé en brazos.

Ya en la preciosa mansión Maurice la alzó, mientras Arthur llevaba al bebé, al piso de arriba. La llevó primero a la que sería la habitación del niño, y Abigail no pudo evitar abrir su boca sorprendida.

Era un espacio absolutamente precioso, iluminado, con una cuna, una cama, cómodas, lámparas con motivos infantiles. Una pintura que representaba una pradera llena de flores y bichos decoraba la pared de extremo a extremo.

—Todavía huele a pintura —se excusó Maurice—, así que creo que no será aconsejable que el bebé duerma aquí por un par de noches.

—¿Cuándo... cuándo hiciste esto? —preguntó ella sin mirarlo.

—La noche que diste a luz di la orden. El personal se pasó dos noches y un día preparando todo. ¿Te gusta? —ella sonrió asintiendo, y él suspiró aliviado—. Cualquiera cosa que quieras cambiar, estás en tu derecho—. Ella volvió a asentir.

Él extendió su mano a la de ella, tal vez para tomársela y conducirla a otro lado de la mansión, pero ella se lo impidió cruzándose de brazos.

Arthur entró con el bebé y admiró con más aspasientos que Abigail la belleza de la habitación, y hablaba con el niño en sus brazos explicándole de qué se trataba todo. Abigail los miró sonriendo.

—Ven conmigo —le pidió Maurice, y ella lo siguió sin decir nada.

Entraron a la puerta que estaba justo al frente de la habitación que acababan de dejar, y Abigail se encontró con la habitación más grande y más hermosa que hubiese visto antes. Parecía una casa en sí misma, pues tenía una mesa de desayuno con cuatro sillas muy cerca al ventanal, una sala de estar en un extremo con sus equipos electrónicos dispuestos en un estante diseñado para eso. Una amplia chimenea que en invierno debía hacer aún más acogedor el lugar, y, separada por unas persianas y dándole bastante privacidad, estaba la enorme cama de madera oscura y sábanas de color beige y rojo vino.

—Te gusta? —le preguntó él al verla admirar todo con ojos de sorpresa.

—Sí... gracias —contestó ella. No estaba siendo muy expresiva, pero Maurice sabía que le había encantado.

Alguien llamó a la puerta y Abigail vio entrar a una mujer y dos jóvenes cargando con sus bolsas

de basura donde, todo este tiempo, ella había tenido la ropa que Maurice le aventara en la cara el día que la echó del apartamento. Avergonzada, Abigail apretó los dientes y se giró a mirar un cuadro.

—¿Qué es esto? —preguntó Maurice.

—Eh... la ropa de la señora —contestó la mujer.

—¿Tu ropa? —Abigail se giró a mirarlo; la expresión de ella había cambiado completamente.

—Me arrojaste la ropa en la cara —le contestó ella—, y no me diste una maleta donde echarla al menos—. Sonrojado, Maurice despidió al personal y tomó las dos enormes bolsas de basura, que contenían dentro la ropa doblada de Abigail, sus bolsos, zapatos, relojes y demás, y las puso sobre un mueble. Cerró sus ojos. Él había arrojado fuera a su mujer embarazada sin haber pensado en los peligros o necesidades que podría haber sufrido. ¿Y si no hubiese tenido a Arthur? ¿Habría vuelto ella con los Livingstone?

El sólo pensarlo lo dejaba frío.

—Yo...

—Imagino que esta habitación es para mí sola —lo interrumpió ella, y él parpadeó.

—No. La compartirás conmigo —Abigail se echó a reír.

—No sueñes.

—Dormiremos juntos a partir de ahora.

—Tú quieres que tome a mi hijo y me largue de aquí, ¿verdad?

—Abigail...

—He accedido a quedarme aquí por el bien de Samuel, pero en cualquier momento...

—¿Samuel? —preguntó Maurice, interrumpiéndola. Abigail miró a otro lado.

—Es el nombre que quiero ponerle a mi hijo—. Maurice sonrió.

—Samuel. Samuel Ramsay. Me gusta, impone—. Ella lo miró de reojo.

—Si no te gustase, igual se lo pondría—. Él sonrió sacudiendo su cabeza.

—Tienes afiladas las espuelas y muchas ganas de pelear conmigo —miró las bolsas de basura y la habitación en derredor respirando profundo—. Está bien —dijo al fin—, quédate aquí sola. No voy a discutir ahora por eso... pero quiero que sepas que intentaré una y otra vez meterme en tu cama —cuando ella abrió su boca para decir algo, él, con voz un poco más dura, agregó—, y no tolero que en mi propia casa me cierren las puertas con llave. Te lo advierto, Abigail—. Ella lo miró con

desdén.

—No hace falta echarle llave. Si intentas meterte en mi cama, encontrarás un bloque de hielo entre las sábanas —él se acercó sonriendo de medio lado, y Abigail consiguió no cambiar la expresión de su rostro. Él se veía excepcionalmente guapo ahora.

—Acepto el reto —le susurró Maurice.

—¡No te estoy retando!

—Te amo, Abigail —susurró él, y eso la dejó de piedra, clavada en el suelo—. Lograré derretir tu corazón—. Y dichas estas palabras, salió de la habitación, dejándola sola lidiando con la bomba que le acababa de soltar.

Abigail alcanzó a dar unos pasos hacia la puerta cuando Maurice hubo salido por ella. Puso la mano en el picaporte a punto de girarlo y salir tras él.

Aclárame esto, quiso preguntarle. ¿Qué es eso de que me amas? ¿Y lo dices así, tan tranquilamente? ¿Qué red estás tejiendo sobre mí? ¿Esta es tu verdadera venganza?

Apoyó la frente en la lámina de la puerta sintiendo su respiración agitada. ¡Qué hombre tan malvado! ¿Por qué le hacía esto? En el pasado, él nunca le dijo que la quisiera, y mucho menos que la amara. Ni cuando ella fue la esposa más tierna y atenta, cuando lo hizo todo por él... Y ahora que ella era hostil, lo encaraba y lo echaba fuera de su habitación, él le decía que la amaba.

—Tiene que ser falso —susurró—. No tiene lógica—. Algo le hizo quedarse tensa y agudizó el oído. ¡Samuel!

Salió velozmente de la habitación y encontró que Maurice se le acercaba a Arthur intentando alzarlo. El bebé se quejaba. Claro, era hora de comer.

Antes de que siquiera Maurice lograra tocarlo, Abigail lo tomó en brazos, y se fue de la habitación para amamantarlo, dejando a todos un poco pasmados. El bebé no había llorado en voz alta, sólo se había quejado un poco y la intención de Maurice era calmarlo mientras se lo llevaba a su madre, pero ésta se había adelantado. Tenía el instinto materno ultra desarrollado.

El día fue pasando y Abigail, sentada en una mecedora que habían instalado en su habitación, mecía al bebé mientras lo alimentaba y observaba a dos muchachas uniformadas con trajes azul cielo y blanco organizar su ropa y sus cosas en el enorme armario que ocupaba tres de las cuatro paredes de la habitación a lado del cuarto de baño. Tenía una división que indicaba que era para dos personas. Maurice, supuso, pero ese lado estaba vacío. ¿Dónde estaban sus cosas?

¿Y qué le importaba? Se contestó.

Miró a su hijo sintiendo un poco de vértigo. ¿De verdad había estado a punto de perderlo? ¿Si Maurice no hubiese cambiado, de verdad se lo habría quitado?

Los ojos se le humedecieron. Sólo llevaba un par de días de nacido y ya sentía que todo su mundo giraba en torno a él. Sus necesidades, sus horas de sueño, su hambre y su cansancio se habían desplazado o reacomodado para ajustarse a él.

Si lo perdiese, enloquecería.

Acarició el suave cabello negro del niño suspirando. Había nacido moreno como su padre, y los ojos seguían azules. Había leído que tardaría un poco en definirse el color, pero fueran como fueran, estaba seguro de que serían los ojos más hermosos del mundo.

La puerta se abrió y entró Arthur sacándola de sus ensoñaciones. Él miró en derredor admirando la fina elegancia de la habitación, y se sentó a su lado en un sillón sonriéndole.

—Si tus hermanas vieran dónde estás y cómo, morirían fulminadas por la envidia—. Abigail hizo una mueca.

—Charlotte vive en una mansión.

—Mmm, es cierto. Pero ella siempre quiere más, ¿no? —Arthur apoyó la cabeza en el codo y se cruzó de piernas—. Christine en especial te odiaría —sonrió—, he escuchado que su situación es un poco precaria.

—No lo es —contradijo Abigail—. Puede ser que James ya no gane tanto dinero como antes ni pueda mantener una casa enorme y el estilo de vida que llevaban, pero aún puede sostener a su familia. Es ella la que se rehúsa a bajar de estrato.

—Es por eso que se fue a casa de su madre arrastrando con ella a su marido.

—Sí. Incluso me sacó de mi habitación para dársela a su hija—. Al decir esto, se quedó callada, sintiendo punzadas de nervios en su estómago—. ¡Fue ella! —Arthur la miró extrañado.

—¿Qué cosa?

—¡Ella! ¡Ella encontró... la prueba médica falsa! —Arthur la miró entrecerrando sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

— Ese día... el sobre estaba sobre la mesa. ¿De qué otra manera pudo llegar a sus manos? Alguien le tuvo que entregar a Maurice el sobre con la prueba. Alguien se lo dio. Dios mío, no me di cuenta hasta ahora, ¡pero no pudo ser nadie más que Christine! ¡O mi madre!

—¿Maurice vio esa prueba? —Abigail se sonrojó un poco, y al notar que Samuel estaba dormido ya, lo apoyó en su seno dándole suaves palmaditas en la espalda.

—Sí.

—Siendo un abogado, seguramente investigó antes de confrontarte —Abigail cerró sus ojos.

—Sí. Es obvio que lo hizo.

—Y tú nunca le has explicado...

—Eso ya no importa.

—¿Te parece que no importa?

—Él ya me hizo pagar, y muy duro, mi error.

—Pero no le has pedido perdón, Abby.

—¿Necesito hacerlo?

—Nena...

—¡Amenazó con quitarme a mi hijo!

—¡Y tú le dijiste que morirías!

—¿Estás de parte suya ahora?

—Estoy siendo justo—. Ella le echó malos ojos. Apoyó sus labios en la cabecita del bebé sintiéndose molesta.

—Él cree ahora que con regalos y frases bonitas me ablandará. En el momento en que yo ceda, me quitará al niño—. Arthur suspiró audiblemente y cambió su posición en el sillón.

—Tienes que calmarte, Abby. ¿O quieres de veras divorciarte? ¿Te sientes preparada para afrontar la vida sola, sin el hombre por el que toda tu vida estuviste esperando? —Abigail bajó la mirada, pero siguió terca.

—La vida cambia.

—De eso no hay duda. Pero si los sentimientos permanecen, los cambios no importan mucho. Recuerda eso cuando estés de nuevo sola en esa enorme cama.

—¡Arthur!

—Llevas ocho meses sin sexo. Estás insufrible.

—¡Eres una bestia! —él sólo se echó a reír poniéndose en pie dispuesto a salir, pero ella lo llamó de nuevo—. Gracias... por todo lo que hiciste por mí estos meses. Me has salvado la vida otra vez. ¡Te debo tanto, Arthur! —él sonrió enternecido y parpadeó.

—¡Deja de decir cosas tan tontas o me harás llorar!

—Ven aquí —le pidió ella extendiéndole una mano, y él la tomó sin dudarle y la abrazó—. Te quiero.

—Ah, niña mala. Me has hecho llorar. Yo también te quiero—. Ella besó su mejilla y él besó la coronilla de la cabeza del bebé, que permanecía recostado en el pecho de su madre ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor—. ¿Te opones a que vaya a casa de la tía Theresa para darle la noticia? Abigail hizo una mueca. No podía estar en contra de que su madre se enterara de que había tenido otro nieto, pero se reusaba a que invadiera su espacio—. Si me pregunta si puede venir a visitarte...

—No quiero que me visite.

—Abby... es tu madre, de todos modos.

—Una madre que arruinó mi vida por unas joyas.

—No. Fue mucho antes —Abigail meneó la cabeza negando.

—Además... Maurice la odia. No creo que quiera que esté en su casa siquiera.

—Consúltaselo.

—Tampoco quiero hablar con él.

—Qué testaruda —suspiró de nuevo Arthur, y ésta vez sí salió de la habitación dejando a Abigail sola de nuevo.

Ella siguió pensando en por qué su hermana habría querido hacerle tal daño. Era seguro que había encontrado en su habitación la prueba, y en vez de preguntarle a ella qué significaba, había averiguado por su cuenta y luego llevarle la revelación a Maurice, dañando su matrimonio.

¿Por qué la odiaban tanto? ¿Qué les había hecho?

Ahora, no sabía qué pensar acerca de las vueltas que había dado su vida. Estaba casada con el hombre que había amado desde niña. Aquél chico que la salvó en aquél bosque y le robó su primer beso había engendrado en ella un hijo, pero todo estaba echado a perder ahora, y ella se sentía todavía tan enojada y herida que no se sentía capaz de siquiera comprender sus emociones.

No sabía si con el tiempo lo perdonaría. Por lo pronto, estaría en esta casa aceptando el cuidado que le brindaban a ella y a su hijo.

El día se fue pasando. Una enfermera se presentó ante Abigail para decirle que sería ella quien cuidaría del niño en todo lo referente a sus cuidados especiales, y le informó que un médico especialista vendría a diario para hacerle una revisión.

Sonrió aliviada. Aunque el niño hasta ahora se había portado muy normalmente, prefería estos cuidados.

Luego de airear lo suficiente la habitación recién pintada, por fin Samuel pudo dormir tranquilo en ella. La enfermera estaría con él todo el tiempo.

Había suficiente personal para cuidar de él. Las muchachas del servicio, una llamada Katie y la otra Julie, estuvieron a su lado cuando ella empezó a organizar la ropita del bebé ayudándola a guardar todo en el armario de la habitación. Notó que aunque ella era suficiente para hacerlo todo, ellas estaban ansiosas por ayudar.

—Debería descansar un poco —aconsejó Katie. Abigail miró a su hijo dormir en su cuna. La calefacción de la habitación era perfecta, ya no se sentía el olor a pintura como antes, y la enfermera estaba sentada cerca de la cuna leyendo los datos referentes al nacimiento de Samuel para empaparse en el caso.

Sabía que estaba bien cuidado, pero todas estas personas eran pagadas por Maurice. Si él decidía llevarse lejos al niño, ellas harían lo que él dijese y ella sería la última en enterarse.

Pero estaba cansada. Todavía un poco adolorida. Había salido esta mañana del hospital, y supuestamente debía estar recostada, pero la mayor parte del tiempo había estado de un lado a otro.

—No quiero ser insolente —dijo la enfermera en voz baja para no despertar al niño—, pero usted debería cuidarse mejor a sí misma. Le aconsejo que descanse aunque sea una hora.

—Pero...

—Hay casos —insistió la enfermera— en que por el mismo agotamiento, la mamá deja de producir leche—. Ella se puso ambas manos sobre las mamas—. Eso perjudicará terriblemente al bebé, pues él la necesita sana—. Abigail asintió. Le echó un último vistazo al niño y salió renuente.

Entró a su habitación, pero su mente todavía estaba en otro lado. Era como si un hilo tirara de ella para estar al lado de su hijo.

¿Y si se lo traía para que durmiera a su lado en su cama? Era enorme, podía dormir aquí sin problemas.

Ya, tranquilízate, se dijo. Todo estará bien.

Se recostó en la almohada, y en cuanto cerró sus ojos, se fue quedando dormida.

Maurice subió por las escaleras curvadas que llevaban al segundo piso con un poco de prisa y las manos llenas de paquetes. Había estado fuera de compras; había visto que la ropa de su hijo era más bien escasa, y había enloquecido en la tienda.

Le hubiese gustado ir con Abigail para que enloqueciera un poco también, pero en primer lugar, su parto estaba muy reciente como para que fuera por ahí de compras; y segundo, ella habría dicho tajantemente que no a cualquier plan de salida con él.

Entró a la habitación del bebé dejando los paquetes que traía, pero allí no estaba Abigail. Le preguntó a la enfermera que en el momento terminaba de vestir a Samuel, pues al parecer había tenido un cambio de pañal, y ella le indicó que descansaba en la habitación.

Eso le extrañó. Había pensado que ella estaría por aquí vigilando y rondando a su hijo.

Entró a la habitación de ella abriendo suavemente la puerta y la encontró acostada de medio lado y los ojos cerrados. Se acercó con una sonrisa en su rostro; ella era hermosa cuando dormía, sus pestañas castañas reposaban suavemente sobre sus mejillas pecosas, y él sintió mucha tentación de elevar su mano a ella y tocarle aunque fuera la punta de la nariz.

Fue al armario y buscó una frazada para ponérsela en las piernas. El ambiente estaba todavía frío y ella no estaba abrigada. Luego, sin pensárselo mucho, se acostó a su lado. No la tocaba, pero al menos estaba a su lado.

Se quedó dormido pronto, después de todo, llevaba dos noches sin poder descansar adecuadamente.

Cuando Abigail despertó, se descubrió a sí misma apoyada en el hombro de Maurice, que le daba su calor, y el brazo de él la rodeaba y ponía una mano sobre uno de sus pechos. Abrió sus ojos un poco asustada y se giró a mirarlo lista para reñirle, pero él estaba dormido; poner su mano sobre su pecho era sólo un acto reflejo.

Volvió a apoyar su cabeza sin decir nada, ni hacer muchos movimientos. No sabía cuánto tiempo llevaba aquí durmiendo, pero se sentía mucho mejor, más descansada.

¿Desde cuándo estaba él aquí? ¿Cuánto tiempo llevaban así?

Luego sintió cierta presión en sus senos y se acordó de que llevaba un buen par de horas sin darle de comer a su hijo. ¡Samuel!

Se levantó un poco bruscamente y esto despertó a Maurice.

—¿Pasa algo? —preguntó con voz un poco soñolienta y sentándose en el colchón, pero sólo vio la cabellera roja de Abigail perderse de vista. Volvió a tirarse en la almohada. Y él que quería una sesión de besos en la cama esta tarde.

Los días con Samuel en casa marcaron un ritmo, él parecía el más adaptado a estar en la mansión. Todo el personal respondía a sus necesidades, además de que tenía una madre con provisión al parecer infinita para su alimentación.

Abigail no estaba acostumbrada a dar órdenes, en casa de su madre, éstos hacían lo que Theresa dijera y a ella la pasaban por alto, y en muchas ocasiones fueron insolentes, pero ella nunca se quejó, y las veces que lo hizo, no tuvo ningún efecto.

Aquí era distinto. En una ocasión le pidió, que no ordenó, un favor a una de las muchachas de la cocina, y ésta no sólo se demoró, sino cuando llegó su encargo, llegó mal. Maurice, furioso, casi la despide allí mismo, pero Abigail intervino dándole otra oportunidad a la chica, y así el resto del personal comprendió que a la señora se le obedecía y sin dilación.

Conforme fueron pasando los días, y sin poder evitarlo, ella fue tomando el control del funcionamiento de la mansión. Antes, cuando vino aquí con Maurice, creyó que sería algo demasiado difícil y lleno de trabajo, pero poco a poco el personal empezó a acudir a ella para cada cosa y terminó al mando de todo. Aún no podía volver a su trabajo por su licencia de maternidad, y ya que tenía tiempo en sus manos, decidió hacer de señora de la mansión.

Por otro lado, la enfermera sólo estuvo en casa dos semanas más, pues Samuel estaba en perfecto estado, creciendo con normalidad y sin signos de problemas por haber nacido un poco antes de la fecha. Stephen venía a visitarlo casi a diario.

Vivir aquí era agradable y muy cómodo, la única pega era su esposo.

Maurice no estaba siendo desagradable con ella, ni se imponía, ni la buscaba para cosas que ella no quería. Aunque de vez en cuando se sentaba a su lado e intentaba ponerle conversación, ella sólo tenía que quedarse callada u ocuparse de su bebé y él dejaba de insistir lanzándole a veces una lánguida mirada cuyo significado no quería analizar.

Los amigos de Maurice y las familias de éste habían venido todos para traerle regalos al bebé, visitarlos a ellos y de paso conocer la mansión. Se habían hecho cenas con largas y animadas charlas, historias, y en más de una ocasión, fotografías. Era agradable estar otra vez aquí, pensaba Abigail, y en esos momentos volvía a ser la misma de antes.

Había echado de menos esto, y, tenía que reconocer, echaba de menos a Maurice; pero simplemente, la imagen de él gritándole y amenazándola con quitarle a su hijo la lastimaba todavía. Sus heridas seguían demasiado abiertas, y a diferencia de él, no podía mandarlo lejos ni tirarle la ropa en la cara, por el contrario, había tenido que aguantarse su presencia y su cara de perrito

apaleado todos estos días.

Era extraño. Dos personas que aseguraban amarse vivían juntos, pero separados al mismo tiempo, con heridas cada uno infringidas por el otro. ¿Les tomaría a ambos mucho tiempo para curarlas? Se preguntaba cada día.

Mientras tanto, el tiempo pasaba, ella se hacía cada vez un poquito más vieja, y él, condenado, cada día estaba más bueno.

Necesitaba una voluntad de hierro.

Un largo suspiro salió de labios de Michaela, que yacía boca arriba en su cama mirando el techo.

¿Por qué?, se preguntó. ¿Por qué las cosas eran así? ¿Por qué no era una chica normal viviendo en su propio espacio lejos del ruido y la falta de privacidad?

Ni ella ni Peter podían desligarse de la familia, y eso estaba trayendo consecuencias para su relación. ¡No habían podido estar juntos!

Primero, él tenía que cuidar de su hermana y su sobrina. Su presupuesto siempre era bastante ajustado, y en el caso de que empezara a ganar más dinero por los trabajos que constantemente hacía para Hugh Hamilton, entonces su plan era sacar a su hermana y a su sobrina de ese barrio en el que vivían. Si bien el edificio había tenido varias mejoras desde que Maurice era el dueño, el barrio seguía siendo el mismo.

Helen no presionaba, por el contrario, trabajaba duro día con día para quitarle a su hermano las presiones, pero no dejaba de ser una madre soltera que tenía que contratar niñeras para que cuidasen de su hija mientras ella salía a ganarse el pan.

Por su parte, Michaela estaba rodeada; por un lado David y su vigilancia constante. Aunque había aflojado un poco y ya no hacía caras si de casualidad Peter la traía de vuelta pasadas las diez, no se le veía muy feliz y luego venía a ella y le hablaba de lo importante que era prevenir y cuidarse y etc. Si él supiera que seguía siendo virgen, la dejaría en paz. Y por otro lado, estaba la abuela.

¡Oh, Dios, no había nadie más inoportuno que Agatha! Estuvieran en la sala, en su habitación o en el antejardín, ella llegaba, aunque silenciosa, y les apagaba cualquier fuego que se hubiese encendido con su mera presencia.

Podían verse por fuera, pero los viajes de Peter les quitaban a ambos las vacaciones, y luego, en temporada de clases, los deberes de ambos impedían que pudiesen verse algo más que unos minutos, aunque hablaban mucho por teléfono y mensajes.

Y así se habían pasado los meses. ¡Iba a enloquecer!

—Mikki —dijo Agatha entrando—, abajo está Peter—. Ella se sentó en la cama e hizo una mueca. Él venía a hablar de trabajo con David, no a visitarla a ella, pero igual bajó a verlo. David no estaba, no había llegado aún de la oficina, ni él ni Marissa.

Bajó las escaleras, y aunque se hallaba bastante molesta con la vida y todo en derredor, no pudo evitar sonreír al verlo.

Se había recortado el pelo recientemente, y lucía una chaqueta de mezclilla negra con jeans blancos y deportivos rojos. Peter no usaba pendientes ni piercings, no estaba tatuado, no fumaba, y siempre olía bien, a limpio. Suspiró enamorada. Su defecto era ser demasiado joven, pero bueno, no era su

culpa, y ella también lo era.

—Hola, ciudadano —dijo, y él se giró a mirarla. Le sonrió.

—Hola —ella se acercó a él, y, sin dudarle, él le besó los labios. Enseguida se escuchó el carraspeo de Agatha.

—¿Quieres algo de comer, chico? —le preguntó la anciana, y Michaela torció el gesto. ¡Un poco de privacidad, por favor!

—No, gracias, abuela.

—¿Seguro?

—Sí, señora.

—¿Qué hay de Helen? —Michaela le envió una plegaria al cielo con todo su corazón. Siempre sucedía lo mismo, el poco tiempo que tenían para conversar, se lo robaban los demás, y así, sus visitas carecían de sentido.

—Ella está bien. La niña también.

—Dale saludos y cariños de mi parte. Echo de menos a esa chiquilla—. Peter no agregó nada a ese comentario, y ella lo miró un tanto extrañada. Él estaba raro.

Ella le tomó la mano y lo condujo a la sala alejándolo de Agatha y sus preguntas. Por lo menos en este rato, lo quería para ella.

—¿Estás bien? —le preguntó, él sólo sonrió.

—Perfecto —contestó, pero su mirada se veía algo apagada.

—No estoy muy segura —dijo ella un poco aprehensiva. Él nunca le ocultaba cosas. Llevaban más de un año saliendo y siempre se lo habían contado todo. ¿Por qué ahora todo estaba así?

Él abrió la boca para contestar, pero entonces apareció Agatha en la sala.

—Mikki, David viene en unos minutos —dijo, y Michaela asintió con ganas de gritar. No podía hacerlo, obviamente, pero sí que tenía ganas—. Yo tengo que ir a un lugar ahora.

—¿Vas a salir?

—Sí —contestó Agatha.

—¿Te demoras? —ella miró su reloj. Iban a ser las siete.

—La cena ya está lista. Tendrás que servirla tú. Dile a David que tomaré un taxi de venida, que no

se preocupe.

—Sí, señora.

—David viene en unos minutos –volvió a decir la anciana, y ahora su mirada quería decir algo más, era como “no hagan tonterías”. El nombre de David funcionaba como un efectivo mata pasiones.

—Ya lo dijiste, abue.

—Bien. Compórtate –afortunadamente, lo dijo cuando ya estaba en la puerta, y las recomendaciones no se siguieron. Desanimada, Michaela dejó caer los hombros y se giró a mirar a Peter, que tenía los codos apoyados en sus muslos y se miraba las manos con aspecto pensativo.

—¿Estás molesto, verdad? –él frunció el ceño.

—No molesto –contestó, y ella le tomó el rostro para besarlo y calmar sus ansiedades—. David viene en unos minutos –dijo él con una sonrisa.

—Te juro que hay momentos en que me tengo que contener seriamente para no gritar.

—¿Como ahora?

—Justo como ahora. Y tú al fin sonríes. Me tenías preocupada –él hizo una mueca.

—No puedo evitar sonreír si me besas—. Ella sonrió también.

—Me alivia que no hayas dejado de quererme.

—¿Y cómo iba a hacer eso?

—No pienses que voy a enseñarte –él se echó a reír, y el teléfono timbró. Ella extendió la mano para tomar el inalámbrico y contestar. Era David.

—Se alargó mi reunión –dijo él—. Dile a Peter que no podremos encontrarnos, llegaré tarde. Marissa también está aquí.

—Ah... vaya –susurró ella abriendo grandes sus ojos. ¡Estaría a solas con Peter! ¡Al fin!

—¿Está la abuela allí? –preguntó su hermano, y, sin pizca de remordimiento, Michaela mintió.

—Sí. Está en la cocina.

—¿Seguro?

—¡¡Abuela!! –gritó Michaela, y Peter la miró extrañada. Al otro lado de la línea, se escuchó la risa de David.

—Vale, vale, no seas tonta. No tengo tiempo para hablar con ella. Dale mi mensaje.

—Se lo daré—. David cortó la llamada y Michaela no perdió tiempo en tomar la mano de Peter y prácticamente arrastrarlo a la habitación.

—¿Qué pasa?

—¿Tú qué crees? —contestó ella sacándole la chaqueta. Él la miró un poco sorprendido—. ¡No me mires así! David no va a venir, la abuela no está. ¡Es el momento! —ella le sacó la camiseta y vio el pecho desnudo de su novio. Había pensado que él sería un flacucho con costillas a la vista, pero no era así. Él estaba bien proporcionado, con pectorales lampiños y cintura estrecha. ¡Le encantaba!

Le pasó la mano y se inclinó para besarla.

—Mikki...

—No quiero perder esta oportunidad. Si David llamó desde la oficina, y su reunión se alargó, tenemos más o menos dos horas. ¿Dos horas serán suficiente? —él elevó sus cejas.

—A este ritmo, quince minutos serán suficientes —ella lo miró pasmada.

—¿Eso es todo? —Peter se echó a reír y tomó sus manos entre las suyas, alejándolas.

—Mikki...

—¡No, no, no! —exclamó ella—. Nada de “Mikki” en ese tono de “tenemos problemas”. ¡Tú y yo hemos estado esperando este momento desde hace siglos! —él la calló con un beso, y ella, encantada, se dejó callar. Lo abrazó fuertemente y se pegó a él. Poco a poco caminaron hasta caer juntos en su cama. Al mirarlo desde abajo, Michaela tragó saliva. Así, él dominaba la situación, podía hacer fuerza sobre ella y aplastarla contra el colchón.

—¿Lo ves? —dijo él, sentándose en la cama. Ella abrió los ojos asustada.

—¿Qué... qué hice mal?

—Estás terriblemente asustada.

—No estoy asustada. ¡No estoy para nada asustada! ¡Quiero esto, Pete! —él la miró y suspiró. Los ojos de Michaela se humedecieron. ¿Ahora la dificultad no serían ni David ni Agatha, sino ella? Estaba loca? —Peter... —lo llamó ella apoyando su frente en el hombro de él.

Peter le puso ambas manos en la cintura y la alzó para sentarla a horcajadas sobre su regazo mientras él permanecía sentado en el orillo del colchón. Ella lo miró un poco sorprendida, pero él le sonrió.

—He comprendido un par de cosas acerca de ti —dijo con voz suave—. Te asusta la intimidad, te asusta terriblemente. Te gusta besarme, y muchas veces toquetearme, y eso me encanta, pero siempre que estoy tomando la delantera, tú rehúyes y finalizas el contacto—. Ella abrió grandes los ojos.

—¿Eso hago?

—Nena —sonrió él—, si no ha pasado nada entre los dos no ha sido por falta de oportunidades.

—No es así. Siempre, si no es David, es la Abuela la que está allí.

—No, Mikki. No somos diferentes a cualquier par de adolescentes que están ansiosos por tener su primera vez y que tienen que esconderse de sus padres. La mitad de las veces lo hemos dejado pasar porque tú te asustas, y la otra mitad, desistí yo por no asustarte —ella lo miró un poco horrorizada.

—¿Es así? —el movió su cabeza contestándole. Michaela tragó saliva.

—¿Qué... qué puedo hacer? Ya... incluso he pedido consejo. ¡No quiero perderte! —las lágrimas de ella rodaron y cayeron sobre él, que elevó sus manos a ella y se las secó.

—No llores.

—No quiero perderte —repitió.

—Michaela, si fuera un chico que no te amara lo suficiente y que sólo piensa en sexo, ya me habría ido. Pero te amo, y todavía soy paciente —pero mientras hablaba, sus manos no estaban quietas, sino que se paseaban por los muslos de ella por encima del pantalón y en un momento dado, se quedaron sobre sus nalgas. ¿Paciente?, pensó Michaela. Sí, claro.

Apoyó su frente en la de él, y vio que cerraba los ojos. Qué pestañas tan bonitas. Qué cejas tan bonitas.

Besó sus párpados y él permaneció quieto.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo dominar su subconsciente?

Pero mientras pensaba esto, siguió besándolo. Peter metió las manos debajo de su blusa, y eso no la asustó para nada, por el contrario, se sintió muy agradable, tanto, que en un momento dado se la sacó por encima de su cabeza.

—Vaya —susurró él mirándola ávidamente, y ella sonrió. Peter besó su cuello y sus clavículas. Al llegar a sus senos, fue como si se lo pensara un poco, pero dado que hoy estaba decidido a llegar todo lo lejos que ella le permitiera, hizo caso a su deseo y la besó también allí.

Michaela le dio más acceso sacándose también el sostén, y por primera vez, Peter vio a su novia desnuda de cintura para arriba. Tenía pezones rosados; sus senos, aunque pequeños, tenían una bonita forma de naranja y sus manos actuaron por cuenta propia, apretándolos y masajeándolos suavemente,

y luego, como un niño ansioso, se los metió en la boca. Michaela echó la cabeza atrás y gimió quedamente, balanceando su cadera y sintiendo algo duro en su entrepierna. ¡Era Peter, Peter la deseaba!

Él se fue echando en la cama, con ella encima, sin dejar de besarla, de lamerla, ni acariciarla. Había hecho hoy un importante descubrimiento acerca de su novia, y no diría nada hasta haberlo ratificado. Todo dependía de dominar sus propias ansias y que las de ella más bien aumentaran.

Le sacó el pantalón y la volvió a sentar sobre su cintura. Ella lo miró con sus ojos café verdosos iluminados.

—¿Nunca... nunca hemos llegado tan lejos, verdad? —él sonrió.

—Lo recordaría—. Tímida, ella bajó la mirada hasta su ombligo, y, si bien allí abajo había un bulto, no era nada que ella pudiera identificar. Tenía una forma extraña.

—Puedo... —antes de que ella terminara la pregunta, él agitó su cabeza asintiendo, y Michaela empezó a desabrocharle el pantalón. Una línea de finos vellitos empezaba en su cadera y se perdía en el interior de su calzoncillo. Comprendió por qué ese bulto tenía forma extraña. Él estaba excitado, pero contrario a lo que se había imaginado, su miembro buscaba espacio dentro de su ropa interior y se encajaba en su cadera atravesado.

Pero claro, ¿en qué había estado pensando? Lo miró a los ojos, pero él los tenía cerrados. Debía estar sufriendo, el pobre. ¿Y cómo no? ¡Había estado esperando por más de un año!

Se inclinó a él y lo besó, lo besó largamente, y él la abrazó sin cambiar de posición. De alguna manera, el estar arriba no la asustaba, y por el contrario, le daba cierta confianza.

—Te quiero, Michaela —susurró él—. Te quiero—. Dijo esto como una especie de solicitud, pues sus manos estaban casi dentro de sus braguitas. Ella asintió y él introdujo sus dedos. La tocó suavemente y Michaela sintió humedecerse. Ambos gimieron de expectativa. Él se elevó un poco del colchón y continuó tocándola y diciéndole cosas igual de bonitas.

Sus dedos se sentían un poco ásperos, pero tal vez era que su piel allí era más sensible de lo normal. Sentía un poco de vergüenza, pues nunca nadie la había tocado allí, pero al ser Peter, ah, era como un secreto que ella quería seguir escuchando y atesorando. La temperatura corporal de Michaela subió al punto que sentía que hervía, toda su piel estaba ultra sensible, las sensaciones se arremolinaban dentro de ella, y de pronto, todo estalló. Su primer orgasmo, y había sido maravilloso.

Lo encontró sonriendo, orgulloso de sí mismo y de ella, pero antes de que pudiera terminar de sentir las pequeñas explosiones dentro y fuera de su cuerpo, él se desnudó completamente y la desnudó a ella. Buscó algo en su billetera y ella vio que era un preservativo. Tragó saliva.

—Si te dejara embarazada —dijo Peter con voz ronca—, mi vida se acortaría abruptamente —ella sonrió sin poder articular palabras, pero, curiosa, observó todo el proceso. Tremendamente

sonrojada, lo vio ponerse el preservativo, y cuando hubo concluido, él la acercó más para empezar por fin el proceso de unirse a ella por completo.

Peter se sentó de nuevo en la orilla del colchón y la fue guiando suavemente. Ella estaba tan húmeda y resbaladiza que no sintió dolor sino cuando ya estaba completamente invadida. Dios bendito, él la colmaba, se sentía apretado, cálido, oscuro y luminoso a la vez. Él le preguntaba cómo se sentía, si estaba todo bien, y ella no era capaz de contestar, sólo de seguir el ritmo, de buscar y ansiar más.

Estaba haciendo el amor con Peter.

Eso le hizo llorar de alegría. Comprendía por fin algo que le había dicho Diana hacía ya mucho tiempo; su cuerpo sabía qué hacer, su corazón la guiaba. La mente parecía recluida en algún lugar de su conciencia, acallada y tranquila, mientras todo lo demás tomaba su posición en el universo, el universo que ahora compartía con Peter.

Cuando todo pasó, y pasó por encima de ambos como una ola furiosa, dejándolos exhaustos, desnudos y sin respiración, se preguntó por qué era que se había retrasado tanto este momento tan maravilloso. Ella cayó sobre él sin fuerzas en sus miembros, y él la acunó en sus brazos, sosteniéndola y como protegiéndola del mundo exterior.

La habitación volvió a su temperatura normal, junto con ellos, y al notar que ella estaba un poco adormecida, él tuvo que moverla.

—David no tarda en llegar —fueron palabras mágicas. De inmediato, ella encontró energía y empezó a vestirse de nuevo, a preocuparse por su cabello y toda su apariencia exterior. Él sólo sonreía mirándola, tan hermosa, inquieta, vivaracha.

Antes de salir de la habitación para volver a la sala y fingir que no había pasado nada, él la tomó de la cintura y le dio un beso que le hizo desear estar de nuevo desnudos y en la cama. Había iniciado una nueva etapa de su vida, y estaba feliz, sobre todo, porque era con el hombre que amaba.

—¡Samuel! —exclamó Abigail, y corrió a la cuna antes de que Maurice pudiera alzarlo.

Esto se estaba convirtiendo en leitmotiv de esta casa, y no pudo evitar apretar los dientes.

—¿Cuándo podré alzarlo sin que estalles en una crisis de nervios? —le reclamó él—. Es mi hijo. Tengo derecho a alzarlo.

—¡No alces la voz frente a Samuel —lo reprendió ella, y comprendiendo que ella tenía razón, salió de la habitación del niño bastante furioso. Abigail se tardó bastante con su hijo, que había empezado a llorar segundos antes de que llegara. Le cambió el pañal y lo preparó para irse a dormir. Le habló y

le dijo cosas hasta que el niño se quedó dormido y tranquilo en su cuna.

Regresó a su habitación y se encontró allí a Maurice, sentado en uno de los muebles y mirándola de una manera ominosa.

—Has venido a buscar pelea —advirtió ella, y Maurice se puso en pie.

—Quiero aclararte un par de cosas —ella se cruzó de brazos.

—Adelante —dijo, sin mucho interés.

—Se te ha olvidado un pequeño detalle. Samuel es mi hijo. Tengo tanto derecho como tú a alzarlo y mimarlo. No es necesario que te pongas histérica cada vez que me acerco a él.

—No me pongo histérica.

—¡Sí lo haces! —exclamó él—. Ahora, por ejemplo, ¿qué tanto era que yo ayudara a cambiar su pañal o arrullarlo para que se durmiera? ¿No son tareas que puedo hacer? Acerca de esos menesteres, en lo único en lo que eres irremplazable es en su alimentación. ¿Por qué no me dejas ayudarte?

—Y qué tal que en cualquier momento tú decidas...

—Qué, ¿llevármelo lejos?

—¡No puedes culparme de que tenga ese miedo! —exclamó ella—. ¡Tú mismo lo sembraste en mí!

—¡Y te pedí perdón! —dijo él—. ¡Te he pedido perdón casi cada día!

—¡No puedo perdonarte! Es... es simple instinto, ¡te veo cerca de él y quiero correr y arrebatártelo! —él la miró en silencio, un poco impactado por esta revelación—. ¿Sabes de qué tratan mis pesadillas? ¡De ti llevándose lejos a mi hijo! ¡Todos los días sueño con eso!

—Amor, pero yo no te quitaré a Samuel —dijo él con voz suave y acercándose lentamente a ella.

—¡Pues debiste pensar eso antes de gritármelo! ¡Incluso aceleraste el parto! ¡Fue tu culpa! —él se pasó la mano por la cabeza sintiendo angustia.

—Yo... no quería hacerte daño.

—¡Mientes! Sí que querías hacerme daño, querías castigarme por haberte mentido. ¡No te lo perdonaré, Maurice! ¡No puedo perdonártelo!

—Estaba molesto —susurró él—. Estaba ciego de ira. Estabas esperando un hijo mío y te callaste, tú, que mentiste para conseguir casarte conmigo. No sabes todo lo que pensé. Te tenía por una mentirosa consumada, taimada al igual que Steph...

—¡No me compares con esa zorra si quieres que permanezca aquí! —gritó Abigail con fuerza.

—Pero tienes que reconocer que mentiste —insistió él—. Lo que hiciste conmigo, no fue algo que estalló en el calor de una discusión y producto de la ira como me sucedió a mí. Lo tuyo fue frío y premeditado, y no sólo eso, ¡lo mantuviste por semanas!, ¡y tenías toda la intención de deshacer tu mentira contándome más mentiras! ¿Lo vas a negar? —los ojos de ella se llenaron de lágrimas, y esquivó su mirada—. Si te dijera todo lo que pensé de ti, en realidad que me odiarías.

—Dilo.

—No, nena. Ya me odias lo suficiente.

—Dilo. A ver si así puedo intentar ponerme en tu lugar esa noche. ¡Dilo a ver si hay una razón en el mundo para que un padre quiera impedirle a una madre ver a su hijo para siempre! —él apretó los labios asintiendo.

—Está bien, ya que lo pides —contestó—. Hablaré con la verdad, aunque ésta puede herirte un poco, más de lo que ya estás. Pero a cambio, quiero algo, Abigail—. Ella lo miró esperando a que continuara—. Tú también hablarás con la verdad. Toda la verdad, por dulce o amarga que ésta sea. Por primera vez en nuestras vidas, dejemos todo claro, sin ocultarnos nada. El pasado, el presente, y lo que esperas del futuro. Sin sobreentendidos ni sutilezas. ¿Lo prometes?

Ella lo miró en silencio por un momento. Si hacía la promesa de decir la verdad, solamente la verdad, y nada más que la verdad, tendría que contarle que ella era esa niña en el bosque de nieve, la razón por la que no pudo ir tras él cuando se enteró de que Stephanie lo estaba engañando, lo sucedido el día de la boda...

Y luego, por qué le había mentido.

Tendría que desnudar su alma, y sabía que ésta, desnuda, no era muy bonita.

Pero no podía negar que él tenía razón. Puede que él hubiese gritado esas cosas horribles y hecho esas amenazas en el calor del momento, y era más difícil ofrecer una razón para haber calculado un engaño tan fríamente.

—Está bien —dijo al fin—, hablemos con la verdad. Sea dulce, o sea amarga.

—Empezaré yo —dijo Maurice caminando en medio de la sala de la habitación de Abigail y mirando por el amplio ventanal. Desde allí se admiraba el jardín por el que él de niño había corrido de un lado a otro atrapando bichos o sintiéndose solo.

En aquella época, si bien las cosas no eran completamente felices, por lo menos, eran tranquilas. Tenía un plan de vida bastante acorde con su realidad y no había demasiados sobresaltos. Nunca se imaginó estar aquí en esta situación, pero tenía que salvar su matrimonio, como fuera.

No se trataba ya de sus sueños de felicidad de cuando era un muchacho enamorado del amor; ahora había mucho más en juego, y lo más importante descansaba en su cuna inocente de todo lo que estaba sucediendo con sus padres.

Caminó a la chimenea y se recostó en la repisa tomando aire antes de hablar.

—Cuando descubrí lo de tu mentira —empezó a decir—, supe que no podías haberlo hecho sola, y pensé... pensé que estabas actuando aliada con alguno de tus padres.

—¿Qué?

—¿De qué otra manera alguien que no puede hablar con extraños podía conseguirse una prueba médica falsa? —preguntó él mirándola de nuevo—. A menos que lo de tu tartamudez fuera mentira también —ella lo miró con ojos grandes de sorpresa. ¿Hasta dónde había llegado su incredulidad?, pero no dijo nada, ni lo interrumpió—. Si te habías aliado con tus padres, eso indicaba que desde el principio habías tenido un objetivo muy claro: el dinero, y estabas dispuesta a conseguirlo como fuera.

—¿Como fuera? ¿Fingiendo amor por ti?

—Cariño, ¿no es eso muy fácil de hacer?

—¡No para mí!

—¿Pero qué podía pensar yo? —él respiró hondo y siguió hablando—. Para mí, no eras más que la prima idéntica de una mujer que hizo de mi vida un infierno, hija de dos personas que intentaron llevarme a la cárcel, ¡hermana de tres brujas más interesadas en el dinero que en cualquier cosa en el mundo! En el pasado yo... a pesar de todo, pasé por encima de todo eso y me enamoré de ti... y tuve miedo —la miró a los ojos, encontrando que ella lo miraba fijamente, como queriendo traspasarlo—. Tuve miedo cada día —repitió—. Tuve miedo de decirlo y que se volviera contra mí. Todo ese tiempo que estuve contigo oculté mis sentimientos intentando protegerme, para que no me volvieran a hacer daño.

Abigail cerró sus ojos y una lágrima rodó por sus mejillas. Lloró porque él le estaba contando eso que ella había temido por meses. Le estaba confirmando el más grande temor que había tenido.

—Pero, contra todo pronóstico, me enamoré de ti, y me odié por eso. Después de tantos años había un sentimiento que no era odio ni resentimiento en mi corazón. Y a pesar de que intenté ir con cautela... el sentimiento sólo fue creciendo más. Por eso... Dios, por eso cuando comprobé que la prueba era falsa, que me habías mentido... Me sentí idiota, inútil, como una mosca que cae de nuevo en la red de una araña especialmente venenosa —cuando la miró a los ojos, Abigail vio que éstos estaban brillantes—. Había vuelto a ser engañado, Abby. Otra vez. ¡Otra vez!

—Yo... —empezó a decir ella, pero su voz fue tan baja que él no la escuchó.

—Me di cuenta de que sí, yo había tenido un pie afuera de la relación todo el tiempo para poder salir corriendo en cualquier momento, pero a pesar de todo... Abby, no me merecía ser engañado de esa manera. Me preguntaba: ¿y cuando hablábamos de su enfermedad, yo, tan preocupado y triste porque cada día era un día menos a su lado, no le dolía el corazón de verme así? Se engaña a la gente que no te importa. ¿Te importaba yo?

—¡Sí me importabas! —exclamó ella, sin poder contenerse.

—Pero se ve muy distinto desde este lado. Y por eso... durante todos estos meses no hice sino rumiar mi odio. Llevé a cabo mi venganza contra tus padres —ella levantó de nuevo la cabeza. Arthur no le había comentado nada de eso, pero claro, tal vez no lo sabía—. Los llevé al borde de la quiebra, y ahora la empresa de tu padre está en un estado casi insalvable, pero ya luego ni siquiera la satisfacción de verlos en la ruina me dio tranquilidad. Tal como tú dijiste, la venganza no era suficiente motivación para levantarme cada mañana, pero tú me habías quitado toda esperanza. Tú y tu mentira, Abby.

Lentamente, ella se sentó en un mueble y se secó las lágrimas. Él, viéndola así, tragó saliva y respiró profundo.

—Poco después de que... te echara de casa, Diana fue a verme y allí me dijo que estabas embarazada, que ella te acompañó al médico y vio el resultado—. Pestañeando, Abby supuso lo que seguía: —No le creí —le confirmó él—. Pensé que era otra estratagema tuya para alcanzar tus objetivos, cualesquiera que estos fueran. Pero ese día que fui a verte ella volvió a mi oficina con Marissa para mostrarme una fotografía de ti, embarazada. Me sentí furioso, más que feliz. Ya que estaba convencido de que todo a tu alrededor no eran más que mentiras, traté de conseguir la razón por la cual te embarazabas y no me lo decías. ¿Pero qué más podía ser? Otra vez, el dinero —Abigail meneó la cabeza. Maurice sonrió con amargura—. No me acuses, tengo un largo historial donde todo el que se me acerca sólo busca la herencia del tío Stephen, y con un hijo mío tú podrías haber conseguido el dinero Ramsay más fácilmente, manipularme a tu antojo, y si no lo hacías tú, tus padres sí que lo harían gustosos. Así que antes que tener que pasar por un infierno como ese, decidí cortar por lo sano.

—Quitándome a mi hijo.

—De todos modos —siguió él—, no estoy seguro de que hubiese llevado ese plan hasta el final. No soy tan malo, ¿sabes? Y en ese momento estaba cegado por la ira y el miedo de ser lastimado de

nuevo por ti en caso de que todo lo que sospechaba fuera cierto. Yo sufrí las consecuencias de no tener una madre, de estar solo en esta enorme casa, sin nadie que me expresara amor como se debía, ¿cómo podía hacerle eso a mi hijo? Estoy seguro de que me habría obligado a mí mismo a llegar a un acuerdo. Lo más probable es —dijo riendo sin humor— que si tu plan hubiese sido sacarme dinero, habría funcionado a la perfección. Habría funcionado, porque soy todavía un idiota.

—No —contradijo ella en un susurro. Se puso en pie y caminó a él. Puso sus manos en su barba y él le rodeó la cintura abrazándola, sin darle tiempo a escaparse si se arrepentía de haber hecho este contacto con él. Ella se dejó abrazar, y suspiró comprendiendo en cierta manera su explosión de esa vez. Ah, qué nefastas pudieron ser las consecuencias, y todo se debía a una red de mentiras, errores y malentendidos que inició desde que ambos no eran más que niños.

—Te he extrañado tanto —susurró él besando su cuello y pegándola más a su cuerpo, aspirando su aroma con exquisita delicia—. Abby. Mi abby.

Ella no correspondió a sus besos, pero tampoco se apartó, y Maurice no perdió oportunidad de recorrer su rostro otra vez con sus labios besando cada centímetro. Cuando se apartó un poco para mirarla, encontró que ella tenía la mirada perdida y el ceño fruncido. Tal vez estaba digiriendo todo lo que acababa de decirle.

Suspirando, se alejó de ella unos pasos.

—Ahora es tu turno —dijo—. Es tu turno de decir la verdad—. La vio menear la cabeza, como si se rehusara a hablar, y permanecieron en silencio por largo rato—. ¿Tienes miedo? —preguntó él, y ella al fin lo miró.

—Te he amado desde siempre —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Pero no soy, ni por asomo, la mujer que piensas que soy. No soy una heroína digna de tu historia; no soy decidida, no soy una guerrera que puede luchar siquiera por sí misma.

—¿De qué estás hablando?

—¿Chocolates? —preguntó ella—. ¿Mark Twain? —él, sabiendo a qué se refería, sólo ladeó su cabeza preguntándose si al fin admitiría delante de él quién era ella—. ¿Lo recuerdas? —él asintió lentamente, sin quitarle los ojos de encima, ansioso—. Yo era esa niña, Maurice. La niña que te encontraste en aquel bosque esa vez—. Él puso un rostro totalmente inexpresivo, pero ella no lo miraba, se cubría la boca con su mano mientras, con los ojos cerrados, empezaba a contar su versión de la historia.

—Esa fue una ocasión especial donde papá alquiló una cabaña en el que celebrar la navidad. Como siempre, mis hermanas salían a la nieve y al sol invernal a jugar. Yo me quedaba dentro porque mamá odiaba que el sol oscureciera mis pecas. Y una vez ellas me convidaron a jugar a las escondidas. Acepté feliz —sonrió ella—. ¡Por primera vez mis hermanas me convidaban a jugar! Pero era una trampa —dijo cambiando el tono de voz—. Todavía me pregunto qué intenciones tenían en realidad, si el juego sólo se les salió de las manos, porque de no ser por ti, yo en realidad habría muerto—. Alzó la mirada para verlo, pero él sólo la observaba como analizando cada detalle de su historia, así que

se esmeró en recordar todos y cada uno de ellos para que sus recuerdos pudiesen coincidir perfectamente con los de él.

Respiró profundo y se mordió los labios.

—Me pusieron a contar —siguió—, me dijeron que debía llegar hasta cien, y lo hice, pero cuando empecé a buscarlas, ya no estaban por allí. Caminé y caminé, pero no estaban detrás de los árboles, ni las piedras, ni nada. Ni siquiera en ese momento pensé que me habían dejado allí a propósito; pensé que simplemente era una tonta que no podía llevar a cabo un simple juego, y entonces apareciste tú —sonrió—. Tan... diferente, tan... vital.

¿Vital? Se preguntó él. Siempre había sentido curiosidad por saber cómo lo había visto ella esa vez. Vital no era una palabra que se le hubiese ocurrido.

—Y tan valiente —siguió ella—. Tenías los ojos de alguien muy listo, y por eso te seguí. Cuando llegaste a esa cabaña lo agradecí inmensamente. Estaba aterida de frío, no soportaba el dolor en los pies, no creo que hubiese aguantado el camino hasta casa sin un descanso antes—. Escuchó la risa de Maurice entonces, y se giró a mirarlo con un ceño de confusión.

—No hallé la cabaña a propósito —dijo él—. Yo también me perdí.

—¿Qué?

—Después de cruzar el arroyo... todo el camino para mí era desconocido.

—Quieres decir que...

—Estábamos perdidos. Pudimos haber muerto ambos.

—¡Pero tú parecías tan seguro...!

—¡Tenía que parecerlo! No iba a admitir delante de una chica tan guapa que me había perdido, sobre todo después de que alardeé tan alegremente de saber cómo espantar los osos y las hienas—. Ella lo miraba con ojos casi desorbitados, y luego cayó en cuenta de algo. Él no estaba haciendo toda la alharaca que correspondía en caso de que esta información lo estuviera tomando por sorpresa.

—¿Ya lo sabías? —él hizo una mueca.

—¿Que eras esa chica y no Stephanie? Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche que nació Samuel —admitió él con una honda inspiración—. Arthur me lo contó—. Ella se cruzó de brazos. ¡Le correspondía a ella contarle! —No te molestes con él, lo hizo por tu bien. No olvides que yo estaba furioso, y saber eso... cambió mi mundo.

—Si yo no fuera esa chica... ¿aún tendrías la intención de separarme de mi hijo?

—No. Así fueras una usurpadora como lo fue Stephanie... no te lo habría quitado, porque a pesar de todo eres una buena mujer, la más adecuada para ser la que críe a mi hijo—. Ella se mordió los labios para impedir echarse a llorar—. Pero sigue contando —la animó él—. Siempre tuve curiosidad por conocer tu lado de la historia —ella lo miró de reojo—. Cuando aceptaste ser mi novia —preguntó él con una sonrisa— ¿sabías en lo que te metías? —ella se echó a reír.

—¡No tenía ni idea!

—Pero dijiste que sí.

—Era la primera vez que trataba con un niño del sexo opuesto. Y la primera vez que alguien me decía que era guapa.

—Pero en verdad lo eras... y lo sigues siendo —ella esquivó su mirada, pero, notó él, se había sonrojado. Ella aún no se acostumbraba a los cumplidos.

—Nunca olvidé esa vez —admitió ella.

—Ni yo —correspondió él. Ella lo miró a los ojos.

—Todos los años... todos los inviernos después de ese, rezaba porque de nuevo fuéramos a esa finca a donde habíamos ido esa vez, pero nunca se repitió la ocasión. Creía, inocentemente, que si iba allí, te encontraría otra vez. Pero nunca sucedió. Cuando era adolescente, deseaba poder ir a la escuela. Quién sabe, tal vez me encontrara contigo, pero no sucedió. Y luego ya no fui a la universidad, ni fui de compras por la calle, ¡ni... nada! —ella elevó su mirada a él—. Y un día, Stephanie, que nunca me determinaba más que para repetirme que a pesar de ser muy parecidas como todos decían, ella era más guapa, más lista y más mujer, vino a casa y entró a mi habitación pidiéndome ser amigas.

Maurice entrecerró sus ojos imaginándose la escena. Alguien como Abigail, completamente solitaria; una propuesta así debió parecerle absolutamente hermosa.

Abigail tragó saliva y respiró profundo. Muchas de esas cosas que Stephanie decía tal vez eran ciertas. Ella era más lista, más alegre, y sabía utilizar su atractivo para conseguir lo que quería.

—¡Somos primas! —le dijo esa vez—. Es increíble que nos comuniquemos muy poco, ¿no te parece? —ella la había mirado pensando en que eso no era culpa suya, y Stephanie rió como solía hacerlo, enseñando su blanca dentadura y mostrando su sensualidad aunque no era necesario con ella—. Deberíamos tener esas conversaciones donde nos contamos nuestros amores y desamores. ¿Sabes? Con tus hermanas no me llevo demasiado bien. No son muy amables que digamos.

Era verdad. Sus hermanas no eran amables. Pero no dijo eso, sino que siguió callada. Ella, sin rendirse, siguió:

—Me imagino que tú tampoco confías en ellas. Si fueran mis hermanas... yo también estaría muy triste, pero ¿quieres que te diga qué pienso? Yo... creo que ellas te tienen un poco de envidia —Abigail abrió grandes los ojos al escuchar semejante locura.

—En-envidia?

—Claro que sí! Ellas te miran y dicen... si tan sólo se vistiera como la prima Steph, acabaría con nosotras. ¡Mírame! ¡Yo soy tú! Claro, yo soy la versión moderna, ¡pero tienes todo mi potencial! Vendríamos siendo el mismo diamante, sólo que tú en bruto. Si el chico que te gusta te viera, se enamoraría de ti! —Abigail se había sonrojado, y Stephanie no perdió oportunidad—. ¿Te gusta alguien, eh, picarona? —ella sonrió.

—N-no.

—¡Mentirosa! ¡Te gusta alguien! ¡Vamos, cuéntame! ¿Es alguien que conozco? —Abigail volvió a negar—. ¿Alguien joven?

—¡Claro que sí!

—¡Ah! ¿Ves que sí te gusta alguien? ¡Dime quién es! ¿Dónde lo conociste? —la mirada de Abigail se iluminó, y sin pensar, contestó.

—En... en un bosque nevado —sumamente interesada, Stephanie se acomodó mejor a su lado y la miró atenta.

—¿En un bosque nevado? ¡Eso suena idílico! ¡Quiero conocer la historia!

—¿De verdad?

—Claro que sí, ¡vamos, cuéntame! Mis libros favoritos, son los de cuentos en la nieve —Abigail pestañeó mirándola. Nunca había visto a Stephanie con un libro en la mano, pero no puso en duda su palabra.

—Éramos... niños —sonrió ella—. Me... salvó de morir congelada.

—¡Qué romántico! ¡Pero quiero detalles, detalles! ¡Qué ropa tenías, qué cosas te dijo, cuántos años tenían! ¡Todo!

—¿Por qué te interesa tanto?

—Ya te dije que amo las historias como ésta. ¡Son tan románticas!

—No... no sabía que te gustaran las historias románticas.

—¡Las adoro! ¡Absolutamente! Quizá algún día escriba un libro, ¿sabes?, y tú serías mi inspiración... ¿te parece? “Los niños perdidos del bosque”, sería el título —Abigail sonrió

preguntándose si ese sería un buen título para una historia de amor. ¿Pero qué podía saber ella?

—Le conté todo —le dijo ahora a Maurice, apretando los dientes y cerrando sus ojos con fuerza—. Le conté cada detalle; qué ropa tenía, qué cosas dijiste, qué cosas dije yo... hasta... lo del beso. Se lo conté todo—. Vio a Maurice sentarse en un sillón meneando su cabeza, y sintió el nudo en su garganta apretarse aún más—. No tuve ninguna malicia por su interés. ¡No creí que... me fuera a robar con eso mi vida! ¡Fui tan tonta!

—No... no. El tonto fui yo. La mujer que conocí sólo se parecía en el aspecto físico a la niña de ese bosque. Yo debí darme cuenta de que no podía ser ella. Es mi culpa —ella se retorció los dedos con fuerza y sin poder mirarlo a la cara.

—¿Entonces me crees? ¿No necesitas una clave secreta para estar seguro de que esa chica soy yo realmente?

—No, Abby. Te creo —él sonreía, y Abigail sintió deseos de echarse a llorar allí mismo—. Porque cuando lo vi todo desde esta nueva perspectiva, me di cuenta de que había demasiados detalles incongruentes... Por ejemplo, Stephanie no recordaba lo que le había contado de mis padres y mis orígenes.

—Es que te prometí que no se lo contaría a nadie —susurró ella.

—Y tú, cuando te lo conté ya de adultos, reaccionaste como si ya lo supieras. Tuve tiempo para pensar mientras Samuel nacía. Todo apuntaba a que era verdad, tú eras esa niña, y eso me salvó la vida, se llevó todo mi dolor... Bueno, parte de mi dolor—. Ella hizo una mueca.

—¿A quién... a quién podríamos culpar?

—Al destino, obviamente. Tú eras la princesa recluida en la torre esperando por su príncipe, y mientras, el príncipe se estaba casando con la bruja malvada del cuento. ¿Dónde estaban las hadas madrinas en ese momento? —Abigail se echó a reír.

—No puedo creer que tú estés usando una analogía de cuentos de hadas con lo que hasta ahora ha sido nuestra vida... ¿y te pones a ti mismo en el papel de un príncipe?

—Soy un príncipe, cariño... Un príncipe que en ocasiones se vuelve ogro... —Ella sonrió de medio lado. Había olvidado que Maurice había sido un chico solitario toda su vida también, y que había puesto todas sus esperanzas de felicidad en un amor de la infancia, para descubrir luego que había sido terriblemente traicionado. Dos veces traicionado, la primera vez por la que creyó era aquella niña, y luego por ella, que era la verdadera niña.

—Arthur me contó lo que planeaste el día de la boda —dijo él interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Qué era, exactamente, lo que penabas hacer? —Abigail sonrió con tristeza.

—El plan era colarme en la habitación donde tú estarías y hablarte, decirte que yo era esa niña, no Stephanie, y que mi nombre era Abigail. Te hablaría de todo para que me creyeras... tenía planeado

sacar a colación todo lo que hablamos y vivimos, hasta de qué color era la cobija que usamos para protegernos del frío...

—Pero no se pudo.

—No. Mamá no me permitió ir. Me dejó en casa a cambio de unas joyas.

—Stephanie debió intuir que si ibas, yo haría preguntas y descubriría la verdad—. Abigail asintió.

—Luego de que te casaste... —siguió, omitiendo la parte donde ella, encerrada en su habitación, lloró su derrota— intenté comunicarme contigo en muchas ocasiones —le dijo ella—. Siendo parte de la familia, podríamos encontrarnos en alguna reunión, fuera acción de gracias, o navidad... Pero simplemente, siempre había algo o alguien que lo impedía.

—Stephanie odiaba las reuniones familiares —explicó él... —Y estuvimos casados muy poco tiempo como para disfrutar muchas de ellas —Abigail agitó su cabeza comprendiéndolo.

—Y luego ella murió y... desapareciste.

Maurice asintió. Había desaparecido al principio sin intención. Borracho, se había internado en un barrio muy alejado, donde encontró camorra sin haberla buscado, unos sujetos habían considerado que su reloj y sus zapatos valían una pelea y se había iniciado una reyerta. David, que pasaba por allí camino de su casa, vio la desventaja en el número de contrincantes y se unió, salvándole la vida, y lo llevó a casa. Luego de haberlos conocido tuvo la idea; aquí podía empezar de cero, aquí nadie lo miraba con lástima por lo que le había hecho su mujer.

Fue una época terriblemente oscura, donde cada cumpleaños era una tortura, cada noche, cada día era una pelea por la supervivencia de su corazón moribundo. Su nueva familia le curó las heridas internas y externas. Los ojos inocentes de Michaela y su sonrisa traviesa y comentarios fuera de lugar, los cuidados y la preocupación de Agatha, que hasta le planchaba las camisas para que no fuera por allí como un loco desadaptado, y David, que nunca hizo preguntas, y con su risa y su apoyo lo fue sacando poco a poco de su hoyo.

Respiró profundo. El gran dolor de aquella época ya había desaparecido, recordarlo ya no le traía punzadas de rencor ni tristeza. Muchas cosas habían sucedido desde entonces; el verdadero amor de su vida estaba frente a él, la niña que había hecho su novia aun sin saber su nombre y ahora tenían un hijo.

Sonrió por las ironías de la vida, por las jugarretas del destino.

No entendía todavía qué propósito había con tanto sufrimiento, si es que había un propósito, pero al fin era capaz de aceptarlo. El tiempo perdido dolería siempre, pero el presente estaba aquí, y por eso estaban hablando ahora, para sacar fuera todas sus verdades.

—Viéndolo todo ahora —dijo él, rompiendo el silencio que se había instalado en la habitación—, fue una bendición que Stephanie muriera... si fuera la prima divorciada... sería diferente entre los dos—. Ella asintió.

—De todos modos, divorciarse era su propósito desde el principio, según lo que me contó Arthur.

—¿Divorciarse?

—Claro. Divorciarse, y conociéndola, de fracasar en ese cometido... enviudar... —él la miró elevando una ceja.

—¿Hasta allá? ¿Crees que hubiera sido capaz? —ella se encogió de hombros.

—Ella lo quería todo. Tu dinero, tus casas, todo, y empezó a maquinarse una acusación de infidelidad para ti. Es decir... ella... quería hacerte pasar por infiel, o que en realidad lo fueras, pero... tú le eras fiel —Maurice la miraba ceñudo, esto no se lo había imaginado—. Te puso varias trampas; en la oficina, en la casa, en la calle... tú simplemente no caías.

—¿Qué?

—Desde el principio estuvo trabajando en eso, pero era increíble porque, aunque ella... te negaba sus obligaciones en la cama... tú no buscabas a otra para calmar... tus apetitos —Maurice se puso en pie sin poder aguantar más la risa, y Abigail lo miró extrañada. En el pasado, siempre que hablaban de Stephanie y sus engaños, él siempre había terminado muy alterado, triste y deprimido. Que ahora se burlara de ella era nuevo.

—¿De veras? —preguntó él entre risas.

—Arthur lo decía. Ella se quejaba a menudo en voz alta.

—¡Qué... qué mujer! ¡Increíble! ¡Dudo mucho que nazca otra como ella!

—En caso de que eso suceda... Dios proteja a los hombres —Maurice reía aún negando. Ella lo siguió mirando dándose cuenta de que en él se había producido un cambio y ella no lo había notado. Él ya no andaba por ahí como si cargara en sus hombros el peso del mundo. Tal vez era porque ahora él conocía la verdad, y tal como dijera aquel dicho, la verdad lo hacía a uno libre. Tanto al que la escucha, como al que la dice.

Maurice respiró hondo calmándose.

—Yo, de todos modos, debí nacer marcado —dijo—. Y no es autocompasión, sólo señalo un hecho. Mi madre desapareció sin dejar rastro, tú desapareciste sin dejar rastro. Stephanie murió dejando un terrible rastro, y cuando tú reapareces... lo haces con una mentira bajo el brazo —ella bajó la mirada.

Él había señalado el camino en la conversación para que ella al fin confesara su pecado. Cerró sus ojos.

—Creí... que era mi única salida.

—¿Por qué simplemente no viniste a mí diciéndome que eras esa niña?

—Estaba segura de que no te importaría —él la miró serio, tal vez preguntándose si eso era cierto—. Fue cuando me contaste lo que sucedió con Stephanie que me di cuenta de que te importaba, de que aún te importaba... y lamenté no haber usado la verdad como arma, sino la mentira—. Él agitó su cabeza negando dándole la espalda—. Fui una estúpida —siguió ella—, pensé que te estaba haciendo una buena oferta... una esposa por poco tiempo, la salida para alguien que ya había experimentado un mal matrimonio.

—¿Y qué hubieses hecho al pasar el año tú siguieras... viva y sana?

—Al principio no lo pensé siquiera.

—Al principio. O sea que luego pensaste en algo.

—Arthur me dio un par de ideas —contestó ella bajando la cabeza.

—Es decir, que fue Arthur tu cómplice desde el principio...

—Él no quería... pero prácticamente lo obligué. Creí que no tenía otra salida, creí que... tú no me verías por mí misma. ¡Me parecía demasiado a tu esposa muerta, odiabas mi cara! Me odiabas tan sólo porque era una Livingstone, no tenía ni una sola oportunidad por mí misma. ¡Al menos eso tienes que admitirlo! ¡Me echaste de tu casa la primera vez que fui, intentaste por todos los medios asustarme! —Maurice entrecerró sus ojos mirándola.

—Es decir que la primera vez que fuiste...

—No tenía planeado lo del fraude médico —completó ella—. Se me ocurrió en una visita a la clínica. Una mujer dejó caer el sobre y yo... no lo devolví, se me ocurrió esto y... lo llevé a cabo—. Él se pasó la mano por la cabeza como siempre hacía cuando algo lo molestaba.

Hubo un largo silencio entre los dos, como si ya no hubiese más que decir, pero sí había algo.

Maurice se quedó allí, cruzado de brazos sobre la repisa de la chimenea, con los dientes apretados y mirando a un rincón esperando, esperando, pero pasaron los segundos y ella no parecía dispuesta.

No lo diría. Ella no pediría perdón. Como él la había maltratado amenazándola con quitarle a su hijo, ella tal vez sentía que ya había pagado su culpa y no tenía por qué hacerlo. Descruzó sus brazos y caminó hacia la puerta de salida, pero entonces escuchó su voz llamándolo.

—¿Te... te vas? —le preguntó ella con voz vacilante. Él se giró a mirarla.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—Pensé... pensé que habías venido aquí para...

—Para pedirte perdón? Ya lo he hecho, Abby, muchas veces —ella meneó su cabeza negando.

—Pensé que te interesaba... que nos reconciliáramos.

—Me interesa mucho.

—Entonces... —él sonrió con un poco de amargura.

—Ya has explicado todo, Abigail... ya escuché la verdad.

—¿Y... me crees?

—Sí.

—¿Y me entiendes? —él guardó silencio por unos instantes. La entendía, ella había estado desesperada, y por eso había tomado esa medida tan descabellada. Ella lo amaba, de eso no había duda. Pero estaba comprobando que a veces, el amor por sí mismo, no era suficiente en una relación.

—Sí, entiendo por qué lo hiciste, en cierta forma.

—¿Y... puedo estar tranquila... por Samuel? —él tragó saliva. ¿Esa era su preocupación? ¿Eso era todo lo que le importaba?

Trató de mantener su rostro inexpresivo, pero fue incapaz. Tal vez, después de todo, el daño que él había causado en ella era irreparable, tal como había dicho Arthur.

¿Debía arrastrarse él? ¿Ir y abrazarla y decirle que la perdonaba y la entendía y que por favor volvieran a ser como eran antes?

No. En el “antes” hubo muchas mentiras. No había un punto en su relación al que quisiera volver. Eso le produjo mucha tristeza.

—Puedes estar tranquila —le dijo al fin, aunque sin mirarla—. Te juro por mi vida que no te separaré de él jamás.

—Gracias —suspiró ella caminando hacia él, tal vez para que la abrazara de nuevo, pero entonces él abrió la puerta y salió de la habitación.

Aturdida, Abigail se quedó allí, de pie, sola, en medio de su enorme habitación. Hacía sólo unos instantes él parecía deseoso de abrazarla. No la había besado en los labios, pero había parecido que lo

deseaba. Por qué...

¿Ya no la amaba? ¿Escuchar su confesión era demasiado para él?

Abrió la puerta para ir detrás de él y pedirle una explicación, pero no estaba en el pasillo, y no sabía cuál era su habitación.

Bajó a la primera planta y miró en las diferentes habitaciones y salas, pero no lo vio por allí. ¿A dónde había ido en tan sólo unos minutos?

Se cruzó de brazos sintiendo un poco de frío. Todo se sentía demasiado vacío para ella.

Desanimada, volvió a su habitación. Se acostó en su cama sintiéndose cansada. Había parido un hijo hacía sólo dos semanas, después de todo, aunque su cansancio de hoy era más bien interno.

Se había imaginado esta noche muy diferente. No podría haber tenido sexo con Maurice, pero al menos, había pensado que esta noche dormiría abrazada a él, y él se había ido.

Maurice alzó a su hijo, a pesar de que estaba dormido, y lo acunó en su pecho. Cuando él se quejó un poco molesto porque alguien interrumpía su descanso, él susurró palabras tranquilizantes y lo abrigó para que estuviese calentito. Había leído mucho acerca de recién nacidos últimamente, y algo importante era mantenerlos cálidos, así que puso su cabecita casi en su cuello y lo abrazó cubriéndolo totalmente.

Amaba a este pedacito de ser humano, lo amaba con todo su ser.

Había quitado del corazón de Abigail el peso del miedo a perderlo. Si a él lo amenazaran con quitárselo, también enloquecería, y esperaba que ella al fin comprendiera que en su corazón no había intención de alejarlos. Al menos ella, esta noche, podría dormir tranquila.

—Tu madre es testaruda —le dijo a Samuel—. Dos veces testaruda. Y orgullosa—. Respiró profundo y se sentó en la silla mecedora que habían trasladado aquí. No quería irse a su cama, estaría demasiado solitaria—. Necesito que crezcas rápido —le dijo a su hijo—. Nos iremos de pesca juntos... aunque es probable que el tío Stephen se meta en medio. Y David, pero él dirá: “Mejor vamos a jugar béisbol”, me lo conozco. O simplemente tú preferirás ir a jugar al pilla-pilla con tu primo George—. Sonrió al imaginarlo—. Quiero que seas un niño feliz —le susurró—. Haré todo lo que esté en mi mano... Por ahora... dame un poco de tiempo. Las cosas no van bien entre tu madre y yo. Lo siento por eso.

Se estuvo con él largo rato, hasta que intuyó que pronto vendría Abigail a darle su ración de la noche. Lo dejó de nuevo en la cuna, se aseguró de que estuviera bien cubierto y salió sin hacer ruido. Por primera vez en mucho rato, no quería encontrarse con ella.

Amaneció y Abigail bajó a desayunar a la mesa principal. Maurice siempre desayunaba solo, así que fue una sorpresa verla allí. Ella le sonrió radiante, y él sintió una punzada en el estómago... y otros sitios.

—¿Está todo bien? —le preguntó él. Ella asintió.

—El día está precioso —dijo ella señalando por los ventanales que daban al jardín. Él miró, y era verdad. Era un día de primavera realmente hermoso—. Según el pronóstico del tiempo —siguió ella—. No habrá lluvia.

—Qué bueno —farfulló él. Era una conversación excitante: el clima.

—Tal vez... salga con Samuel para aprovechar el sol—. Él asintió.

—Me parece bien.

—Y... ¿Puedo... salir? Necesito comprar algunas cosas.

—Abigail, no eres mi prisionera. Puedes salir a donde te apetezca y cuando te apetezca. Sólo tienes que pedirselo a Carl y él te llevará.

—¿Carl?

—El chofer de la familia.

—Ah...

—Si necesitas a alguien que te ayude, pídeselo a Katie o a Julie. Creo que odian salir en uniforme, pero si es importante para ti, te harán caso —ella negó mirándolo extrañada—. Si necesitas dinero... —siguió él metiendo su mano en el bolsillo de su saco y sacó una billetera de cuero un poco alargada. La abrió y sacó de ella varias tarjetas— aquí las tienes de vuelta.

—Son mis... tarjetas.

—Todavía están vigentes.

—Gracias.

—No es nada —dijo él levantándose. Ya había terminado su desayuno.

—¿Ya te vas?

—Sí —contestó él en tono seco—. Tengo mucho trabajo acumulado.

—Ah... —él se abrochó el saco y tomó el maletín de cuero que descansaba en otra silla y, luego de dedicarle una sonrisa, salió de la sala. Abigail se quedó allí mirando su plato aún vacío. En el pasado,

él siempre le daba un beso antes de salir, era una costumbre que ella misma había iniciado. Ocho meses de separación la habían hecho perderse.

Miró al centro de la mesa y se sirvió unas tostadas, un poco de queso y miel. No era gran cosa, pero quería bajar de peso. Tal vez uno de los motivos por los que él no la besaba era que estaba gorda como una vaca. Sí, tal vez era eso.

—Señora —dijo Katie entrando a la sala comedor—. Una mujer... que dice ser su madre, está en la sala y pide hablar con usted.

Abigail palideció.

¿Theresa aquí? ¿A qué había venido? ¿Arthur se lo había dicho, después de todo? ¿Y cómo había averiguado su dirección?

Miró a Katie poniéndose en pie.

—Hazme un favor —le dijo—. Ve a la habitación de Samuel y quédate con él.

—Sí, señora —asintió Katie, aunque la orden le pareció un poco extraña.

—Por nada te separes de él. Por favor.

—No se preocupe, señora. No me separaré de él—. Abigail asintió, y le pidió que le dijera en qué sala se hallaba su madre.

La encontró de pie en medio de una sala mirando todo en derredor con ojos extasiados. En su mano tenía una porcelana especialmente fina como si la hubiese estado admirando y se conducía como si tuviese miedo de tocar o romper algo.

Al ver a Abigail, abrió grande su boca y sus ojos como si estuviese extremadamente complacida de verla, caminó a ella y la abrazó efusivamente. Abigail se sintió extraña; su madre nunca la había abrazado de esa manera.

—¡Hija mía! —tampoco la había llamado así en el pasado, analizó Abigail mirándola inexpresivamente—. Estás, estás... Oh... Dios, tienes toda la apariencia de una reina, y esto... ¡esto es tu castillo! ¡Tienes una casa preciosa!

—Es la casa de Maurice —dijo ella en voz queda. No había tartamudeado, se dio cuenta.

—¡Tonterías! Eres su esposa, por lo tanto, ¡ésta también es tu casa!

—¿A qué has venido, mamá? —Theresa la miró deteniéndose en su baile de admiración y felicidad. La miró un poco seria elevando una pulcra ceja.

—¿No te complace verme? ¡En cambio yo estoy tan feliz! Estás... bueno, estás un poquito gorda,

pero no te preocupes, ya bajarás de peso, es normal. ¡Creí que estarías feliz de verme!

—No conozco... tu propósito al venir aquí —masculló Abigail, resintiendo aún el que la hubiese llamado gorda.

—¿Debe tener una madre un propósito al venir a ver a su hija?

—Tú sí —Theresa borró su apariencia complacida de inmediato y se sentó en uno de los muebles, aunque Abigail todavía no la había invitado a hacerlo.

—Eres, después de todo, una mala hija —dijo Theresa masajeándose la sien con sus dedos—. ¡Hemos estado tan preocupados por ti! Tanto tiempo sin saber nada, ni una llamada, ni una explicación... Desde esa vez que te fuiste en esa motocicleta, ni siquiera una vez te preocupaste por nosotros. ¿No te preguntaste lo mucho que nos angustiaríamos por ti? Y ahora... por una casualidad me entero de que estás casada con Maurice Ramsay ¡y le has dado un hijo!, ¡hemos sido los últimos en enterarnos!

—¿Y por qué ahora te importa tanto mi vida?

—¡Eres mi hija! ¡Mi hija mayor! ¿Cómo no me iba a importar lo que haces?

—En el pasado no te interesó nada que tuviera que ver conmigo.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Por el contrario! Siempre fuiste tan enfermiza que te tuve que prestarte más atención a ti que a tus hermanas; tanto, que tal vez por eso ellas te tengan un poco de celos...

—Qué mentira —farfulló Abigail entre dientes, pero Theresa siguió como si nada.

—Tengo que admitir ante ti que nunca me imaginé que fueras tan... ¡Oh, Dios, atrapaste a Maurice Ramsay! ¡Pero claro! Eres idéntica a Stephanie, ¿cómo no se nos había ocurrido antes? Debió ser tan fácil...

—Quiero que te vayas, mamá —eso la detuvo al fin. Theresa la miró como si no se lo pudiera creer.

—He venido aquí a verte, saber cómo estás y conocer a mi nieto...

—¿Crees que te dejaré estar cerca de mi hijo?

—¡Soy su abuela! ¡Tengo derecho!

—¡No tienes ningún derecho! —Theresa la miró de arriba abajo poniéndose en pie de nuevo y mordiéndose el interior del labio.

—¿Estás diciendo que no... no te importa que se rompan los lazos familiares?

—¿Qué lazos, mamá? ¿Tú, que nunca titubeaste para hacerme sentir menos, inútil y rebajada? Nunca te mordiste la lengua antes de decirme que era una mantenida que no aportaba nada a la familia, que todos se avergonzaban de mí y por eso había que mantenerme oculta, encerrada en una habitación, escondida de los amigos y los socios de papá.

—¿Cómo dices algo así?

—Siempre la solterona Abby, la inútil, era la última hasta para unirme a la fotografía familiar de cada año... Ahora que estoy con Maurice, y, casualmente él es un hombre adinerado, soy tu hija favorita, ¿verdad? ¿Te defraudaron Candace y Charlotte? ¿Te negaron sus esposos su ayuda financiera? —Theresa tuvo la decencia de sonrojarse.

—Los maridos de Candace y Charlotte podrían ser más ricos que tú, por qué tendría yo que...

—Porque, a tu manera de ver, yo sigo siendo la hija enfermiza y fácil de manipular que toda la vida creíste. Pero te equivocas, mamá; ya no soy la misma de antes, he cambiado. Y te advierto una cosa... no te metas con mi familia, no te metas con mi hijo o con mi esposo, porque hace mucho tiempo que dejé de ser esa torpe tartamuda a la que humillaste e hiciste desgraciada una y otra vez—. Al escuchar eso, la expresión de Theresa volvió a cambiar, pero esta vez Abigail sintió un escalofrío, como si la temperatura de la habitación hubiese bajado drásticamente.

—Eras una chica tonta y enfermiza, a la que hubo que llevar muchas veces a psicólogos y psiquiatras. Una enferma mental.

—¡Eso es mentira y lo sabes!

—Esos psiquiatras podrían atestiguar ante una corte que eres terriblemente inestable...

—¿Qué... qué...?

—¡Podrías perderlo todo! Todo tu castillo de oropel podría caerse... ¿Y quién sería la persona más apta para criar a tu hijo? —Abigail tuvo que llamar todo el autocontrol del que se había hecho dueña el último año. Desde que se casara con Maurice, nunca más había vuelto a tener un ataque de asma, ni ningún episodio de ataque de pánico. Además, su tartamudeo había mejorado considerablemente.

Respiró profundo intentando no dejarse vencer de las amenazas de Theresa. Aunque podía hacerle daño si se empeñaba, aunque podía hacerle las cosas difíciles de ahora en adelante, recordó que ya no era esa chica sola a la que había encerrado en una habitación una vez, a la que le impedía salir al jardín para que sus pecas no se oscurecieran. Ahora tenía coraje dentro de sí, un marido que cuando se lo proponía era temible... y amigos, Abigail ahora tenía amigos.

Luego de que se supo capaz de encontrar fuerza dentro de sí, relajó su expresión y miró a su madre desde su estatura. Ella era más alta, más alta que cualquiera de sus hermanas, y tal vez, hasta más lista.

—Me encantaría que lo intentaras —dijo con voz clara y suave—. Inténtalo, mamá; intenta quitarme a mi hijo —Theresa la miró fijamente, un poco sorprendida por el cambio en Abigail. Antes que amedrentarse, antes que salir corriendo y llorando, su hija mayor le estaba plantando cara.

—¿Estás hablando en serio? —rió Theresa, esperando que este arranque de valentía sólo fuera momentáneo. ¡Ella la había parido, la conocía mejor que nadie!

—No me conoces, mamá —siguió Abigail mirándola fijamente con sus ojos entrecerrados y con una amenaza casi escrita en sus pupilas, dando unos pasos a ella y sonriendo como si de verdad deseara iniciar una pelea, cualquier tipo de pelea—. Realmente, no me conoces. Si quieres seguir viviendo en esa casa bonita donde vives, seguir gozando de tu estabilidad, de tu dignidad y tus hipócritas amistades, no te metas con mi familia—. Theresa se echó a reír.

—No sabes ni lo que dices —dijo, pero su corazón empezó a latir más rápido—. No hay nada que puedas hacer contra un psiquiatra cuando éste ha dicho que estás más loca que una cabra.

—Inténtalo, y misteriosamente saldrá a la luz que le has sido infiel a mi padre toda la vida con el que supuestamente era mi médico —Theresa palideció, perdió todo el color de los labios—. Y luego, todos sabrán también que papá tiene... ciertas preferencias en la cama que te dejan a ti un poco adolorida, y por eso le diste permiso de que mantuviera a sus amantes aunque eso te recortara un poco el presupuesto para tus gastos.

—Eres... eres...

—Hazlo —siguió Abigail—, y mis hermanas sabrán que...

—¡Cállate! —gritó Theresa—. ¡¡Cállate!! —Abigail hizo caso y se cruzó de brazos respirando profundo. Sonrió como si de verdad la hiciera feliz el haber provocado al fin esta reacción en su madre.

—¿Es un trato?

—¡Eres una infeliz! ¡Maldita infeliz!

—Te lo advertí desde el principio: “No te metas con mi familia”, ¿lo recuerdas? Pero no me hiciste caso. Como siempre, te creíste intocable—. Theresa la miraba aterrada, como preguntándose a qué horas esa sosa y callada tartamuda, que temía hasta a su misma sombra se había convertido en esto que tenía delante.

Abigail se acercó más a ella y extendió su mano. Un poco asustada, Theresa retrocedió, pero Abigail sólo le quitó la fina porcelana de las manos.

—Conozco tu costumbre de arrojar cosas, y, aunque podría reponerla fácilmente, ésta le gusta a Maurice—. Theresa empuñó sus manos.

—¡Demonio! ¡Eres un demonio!

—Es el mejor cumplido que me has dicho jamás.

—Eres... eres...

—¿Estás asustada? Ahora tendrás que ir a explicarle a papá que has fracasado en tu plan de manipularme—. Theresa lanzó un gruñido de frustración, dio media vuelta y salió de la sala a paso rápido.

Abigail se quedó allí, sola, sin poder creer lo que ella misma había hecho. ¡Había amenazado a su madre, la había enfrentado y había vencido, ella sola!

Se sentó en un mueble con la porcelana aún en la mano y sintió deseos de llorar. A pesar de todo, comprobar que su madre había venido aquí sólo para hacerle daño, le dolía.

:30:

—¿Abigail? —preguntó Maurice por teléfono. Que ella lo llamara era de verdad una sorpresa.

—Ma... Maurice... —y estaba tartamudeando, notó.

—¿Pasó algo? ¿Samuel está bien?

—No... quiero decir... sí... es que... ¿Puedo... puedo ir a verte? —Maurice miró en derredor. Su oficina estaba un poco llena de gente, y de verdad tenía mucho trabajo, pero algo que sabía de Abigail es que nunca intentaba llamar la atención sobre sí misma si no era por una importante razón. Ni siquiera en el pasado lo llamó interrumpiendo su trabajo, y ahora ella tenía un tono de voz casi angustioso.

—Claro. Ven a verme —le contestó. Esto trastornaría un poco su horario, pero era lo mejor para enterarse de una vez acerca de qué estaba pasando.

—Estaré allí en poco tiempo. Gracias, Maurice—. Él iba a decir algo, pero ella cortó la llamada. Miró el teléfono sumamente extrañado. Qué estaba pasando?

Si hubiese sido algo con respecto a la salud del niño, ella se lo habría dicho sin titubear, y no habría venido aquí, sino a una clínica, y sólo lo habría llamado para informarle.

Respiró profundo y miró su reloj. A ella no debía tomarle mucho tiempo venir si tomaba uno de los autos de la casa con su chofer.

Llegó una hora después. Ella entró con su bebé en brazos y su cabello rojo suelto y largo hasta la espalda baja. Al verlo, prácticamente corrió a él y lo abrazó. Con el bebé en medio de los dos, él aceptó el abrazo un poco sorprendido. Cuando ella se separó, vio que tenía los ojos llorosos.

—¿Está todo bien? Le pasa algo al niño? —él hizo ademán de tomarlo en brazos, pero se detuvo, pues siempre que intentó hacerlo en el pasado, ella se lo impidió. Pero por el contrario, ella se lo puso en el pecho, y él no tuvo más remedio que recibirlo.

Abigail empezó a dar vueltas por la oficina. Nunca había estado aquí, y si hubiese tenido cabeza para ocuparse de ello, habría admirado lo elegante del lugar.

—¿Abby?

—Mamá fue a verme —dijo ella de repente. Maurice elevó ambas cejas acomodando a Samuel en su pecho.

—Ya. Me imagino—. Molesta, Abigail se sentó en uno de los muebles.

—Al principio... al principio parecía dispuesta a engatusarme, con historias de que estaba feliz por mí y todo eso. Me felicitó por casarme contigo y por lo del bebé... Me pregunto cómo se enteró, si Arthur se lo dijo...

—No es un secreto que estamos casados... y cualquier conocido común pudo hacerle el comentario—. Abigail hizo una mueca odiando la idea, pero sólo era consecuencia de vivir en el mismo planeta—. ¿Hizo o dijo algo que te preocupara? —preguntó él. Abigail lo miró a los ojos.

—Me amenazó con... Cuando se dio cuenta de que no caería en sus mentiras, dijo que... — Maurice se sentó a su lado y le tomó una mano. Abigail respiró profundo—. Dijo que iría a los psicólogos y psiquiatras que me atendieron desde niña para que dijeran que estoy loca y no soy apta para educar a mi hijo—. Al escuchar eso, Maurice sintió que perdía un poco el color de la misma furia. De repente, Samuel empezó a llorar como si hubiese sentido su cambio de humor y no le gustara.

Intentó relajarse, y empezó a arrullarlo y a decirle que todo estaba bien. Abigail lo miraba, y por primera vez, no tuvo esa desesperación por ir a tomar a su hijo y calmarlo ella misma. En este momento, los brazos de su padre eran el lugar más seguro para él.

—¿Y te lo dijo así? ¿Tan claramente? —preguntó él con voz sibilante. Abigail asintió.

—Ellos... seguramente están planeando algo más allá que quedarse con el niño. Él sólo será un medio para conseguir su verdadero objetivo... No quiero, Maurice... esa casa es un infierno. No quiero que mi hijo siquiera se vea bajo la amenaza de vivir lo que yo...

—No será así. Puedes estar tranquila.

—De todos modos...

—Tan sólo unos días luego de que Samuel naciera —dijo Maurice moviéndose suavemente para arrullar a Samuel, que se había vuelto a calmar y apoyaba su cabecita en el hombro de su padre— hice una especie de... testamento—. Abigail lo miró sorprendida.

—¿Un testamento? ¿Por qué? ¡Eres... eres muy joven! Maurice...

—Sólo por precaución. En ese documento especifico muy claramente que si algo me llegara a pasar a mí o a ti, o a los dos, sería el tío Stephen quien cuidara de nuestro hijo. En su defecto, David y Marissa serán unos buenos padres sustitutos para nuestro hijo, y en última instancia, Daniel y Diana. Créeme que hasta consideraré poner a Michaela en la fila. Prohíbo muy estrictamente que cualquiera de los Livingstone se acerque a él con cualquier intención. Puedes estar tranquila al menos en eso — Abigail pestañeó sorprendida, no había imaginado que Maurice se previniera de esta forma—. Si algo me llegara a pasar a mí y tú enviudaras —siguió él—, nada te faltará, y tendrás total independencia... Sólo que deberás seguir en contacto con mi familia, es lo único que te pido—. Ella se puso en pie rechazando la idea de que a él le pasara algo. Sólo pensarlo le enturbiaba el espíritu.

—¿Crees que ellos... intenten hacerte daño?

—Sí, es muy probable que lo intenten.

—Maurice...

—No te preocupes, no voy a quedarme sentado esperándolos. Puede que lo intenten, pero antes tendremos que contraatacar—. Abigail lo miró fijamente.

—¿Podemos hacer algo así?

—Claro que sí, aunque no quisiera tener que llegar a ese extremo. Sin embargo, no se están metiendo con cualquier cosa, Abigail; están intentando dañar a mi familia, lo más precioso para mí—. Ella asintió sintiéndose otra vez segura y a salvo. Cerró sus ojos.

—Yo le advertí lo que le podía pasar en caso de que siguiera adelante con su plan.

—¿De verdad?

—Mis padres guardan muchos secretos que estoy segura que ninguno quiere que salga a la luz.

—Eso suena muy interesante —sonrió Maurice sentándose de nuevo a su lado. Ella lo miró fijamente y tuvo que tragar seco. Extendió la mano a él y la puso sobre su barba, atrayendo su rostro para besarlo. ¡Lo echaba tanto de menos! ¡Extrañaba tanto sus besos!

—Yo también conozco unos cuantos secretos de ellos —dijo Maurice, esquivando el beso de Abigail sin dejar de sonreír y ocupándose de Samuel, que se metía las manitas a la boca y hacía ruidos al succionar—. Podemos unir toda esa información, ¿sabes? Pero no te preocupes, todo estará bien—. Cuando volvió a mirarla, ella tenía sus ojos húmedos—. ¿Pasa algo? ¿Sigues preocupada? —Abigail sacudió su cabeza.

—No... no... —se puso en pie, y Maurice notó que se ponía los brazos sobre la cintura, como intentando ocultarse a sí misma.

—¿Te sientes bien?

—Sí... ahora... me volveré a casa. Tal vez... no fue prudente que sacara a Samuel tan pronto.

—Diana sale con George a todos lados, no creo que sea malo para ellos.

—Sí, tal vez.

Ella tomó al niño en brazos y se despidió dando media vuelta. Cuando hubo salido, Maurice dejó salir el aire. Eso de hacerse el digno era difícil. Había tenido los labios de ella a escasos milímetros, y había tenido que resistirse a la tentación con todo lo que tenía.

Se recostó a la puerta suspirando, y, mirando hacia su escritorio, intentó dejar de lado todos los pensamientos acerca de su esposa, su cuerpo y sus besos para concentrarse en lo que tenía que hacer. Proteger a su familia era prioridad, los Livingstone iban a tener que probar un poco de su propia medicina.

—¿Conseguiste algo? —le preguntó Arnold a Theresa, que se bebía un té muy concentrada en su sillón favorito. Miró a Arnold de reojo.

—No—. Arnold farfulló algo en voz baja sentándose en un sofá y mirando al techo como si su esposa fuera una completa inútil.

—¿Tendré que hacer esto yo? ¿No puedes hacer una maldita cosa bien?

—Yo... no te aconsejo que...

—¡Qué!

—Ella... ella sabe... lo de tus... mujeres —Arnold deshizo su ceño mirándola con sorpresa.

—¿Qué sabe?

—Sabe que... ¡lo sabe!

—¡Qué tanto sabe!

—¡Creo que lo sabe todo! —contestó Theresa con voz asustada—. Sabe que... mantienes a dos mujeres... que... las visitas y... les das dinero...

—¿Cómo lo sabe?

—¿Y yo qué voy a saber?

—¡Cómo se enteró de algo así, maldita sea! —Theresa se pegó la taza de té a los labios sin tomar nada, con el corazón palpitando rápidamente, agradeciendo que Abigail no sólo hubiese develado su secreto, sino también el de Arnold. Arnold no debía saber de su relación con el médico. No debía.

Arnold se puso en pie y empezó a caminar por la sala pensando. Theresa cerró sus ojos esperando que él no decidiera que no le importaba que la gente se enterara de sus actividades extramatrimoniales, después de todo, era un hombre, y la mayoría de ellos tenían sus aventuras y no se avergonzaban.

Cruzó sus dedos interiormente para que su marido pusiera su reputación de hombre decente por

encima de la necesidad del dinero.

Habían pensado que sería muy sencillo. Abigail estaba casada, y el niño era un Ramsay. Si él desaparecía, la viuda podría volver a casa de sus padres, ella, desequilibrada mentalmente por su pérdida, languidecería hasta ser incapaz de ver por sí misma y por su hijo, y ellos, en bien del niño, serían los fideicomisarios de su fortuna hasta que se hiciera mayor de edad. Manipular un niño era extremadamente fácil, y para cuando él alcanzara la edad adulta, lo tendrían completamente de su lado y haría lo que los abuelos le pidiesen, como firmar poderes, traspasos y etc.

Todo el plan había sonado maravilloso de principio a fin, fácil de conseguir, con beneficios a corto y largo plazo. Nunca se imaginaron que tendrían tropiezos no más comenzar.

Abigail era el principal obstáculo, ¿quién lo hubiera creído? Estaba quedando más que claro que las personas, a pesar de que intentaras moldearlos desde niños, no siempre se comportaban de la manera en que esperabas.

¿Cómo se había enterado Abigail de todo? ¿Cómo había sabido lo de su relación con el médico?

John Frederick había sido su solaz todo este tiempo, la única cosa que la mantenía cuerda en medio de la locura de su casa. Cuando le pidió a Arnold que saliera para siempre de su cama, y él muy campante aceptó, su autoestima como mujer había quedado devastada, y un día, simplemente el doctor la sedujo.

No era un amorío cualquiera, lo único que impedía que ella dejara todo y se fuera con él eran las conveniencias sociales. Hace mucho tiempo, John Frederick no era más que un médico cualquiera, sin bien ni fortuna, pero luego de veinte años, él ya era un gran doctor reconocido. Se había divorciado, y su única relación era con ella.

Ni una sola vez le sugirió que se divorciara, ni se portó celoso, ni nada; parecía que comprendía muy bien cuál sería la respuesta de ella en caso de que lo hiciera. Ella muy escasas veces fue a verlo fuera de su consultorio, y no se llamaban para nada que fuera de verdad urgente. ¿Cómo se había enterado Abigail?

¿Tal vez los había visto?

La rutina era que John la atendería primero a ella, la niña saldría del consultorio mientras ella estaba con él, y luego ella salía como si nada... la consulta con ella siempre era más o menos de una hora, aunque a veces se extendían un poco. ¿Se había dado cuenta por eso?

—Tendremos que buscar otra manera —dijo Arnold sacándola de sus pensamientos—. Tenemos que hallar la manera... Siempre he sentido que esa fortuna nos pertenece... hemos estado tantas veces tan cerca, que creo que ya tengo derecho a ella.

Theresa asintió, pero sólo le llevaba la corriente. Se estaba cansando de esta situación. ¿Las apariencias valían todo esto? ¿Valían que hubiese sacrificado su vida y su felicidad? ¿Realmente?

—¡La tía, verdaderamente, es un asunto serio! —dijo Arthur poniéndose en pie y cruzándose de brazos mientras caminaba por el jardín. Abigail estaba sentada en un diván de exterior hecho en rattan oscuro, con su techado del mismo material, mientras Samuel descansaba en su sillita, parpadeando tal vez por el exceso de luz, y moviendo sus piernitas y bracitos. De vez en cuando, Abigail lo mecía y él se quedaba quieto por unos segundos, pero luego volvía a moverse como exigiendo la misma atención.

—Por un momento pensé... que tú se lo habías dicho —siguió Abigail en voz baja, y Arthur la miró de reojo.

—Me pediste que no lo hiciera, ¿no?

—Pero...

—Ahora me alegro de haberte hecho caso. Debió enterarse de otro modo, igual... no es un secreto que vives aquí y tienes un hijo—. Abigail asintió recordando que esas habían sido las palabras de Maurice—. Tu esposo hallará la manera. Fue sabio que acudieras a él de inmediato.

—Claro, ¿a quién si no?

—A propósito —preguntó Arthur mirándola con un poco de picardía—. ¿Ya se arreglaron? —Abigail hizo una mueca.

—En cierta forma.

—¿En cierta forma? ¿Qué clase de respuesta es esa?

—Él... parece que, después de todo, no puede perdonarme completamente el que le haya mentido—. Arthur frunció el ceño mirando hacia los jardines.

—Eso es extraño. Cuando le dije quién eras tú, él pareció olvidar eso.

—Pues no lo olvidó. Le conté... le conté por qué lo había hecho, y, aun así...

—Vaya, me esperaba algo totalmente distinto —suspiró Arthur—. No me imaginé que se hiciera el duro aun cuando le pediste perdón—. Abigail lo miró fijamente a los ojos, y Arthur abrió su boca como si pudiese adivinar lo que pasaba exactamente por la mente de su prima—. ¿Le pediste perdón, verdad, Abby? —ella sólo pestañeó, recordando palabra a palabra la conversación. No, ella no había pedido perdón.

—Pero le expliqué...

—¡Explicar no es lo mismo que pedir perdón! —exclamó Arthur—. ¿No te pidió perdón él a ti por lo que pasó esa noche? ¡Incluso casi se arrastró!

—Bueno... es diferente...

—¿Es diferente? ¿Por qué es diferente? ¿Porque lo normal es que los hombres pidamos perdón siempre? ¿No puedes hallar dentro de ti la misma humildad? ¿O es que... no lo amas, Abigail?

—¡Claro que lo amo!

—Pero no eres capaz de bajar la cabeza, ¿no es así? Como él te hizo daño, ¿no tienes por qué pedir perdón? ¿Acaso no era ese tu plan? “Cuando el niño esté por nacer lo buscaré, y entonces le pediré perdón, le pediré que me perdone hasta que se vea obligado a hacerlo”. ¡Lo dijiste cientos de veces! Estabas determinada a ir tras él hasta el fin del mundo con tal que te aceptara de nuevo. Pero como le diste un hijo y ahora él sabe que eres esa niña... ¿de veras te sientes tan segura de que no necesitas que él te perdone? ¡Mentiste, Abigail!

Los ojos de ella se habían humedecido. No se había dado cuenta de lo arrogante que había sido su actitud. Arthur tenía razón en todo.

—Yo...

—Pobre hombre, de veras, pobre hombre. El amor, si no va acompañado de humildad, Abby, puede morir. El más grande amor puede morir por culpa de la arrogancia.

—¡No! —exclamó ella, asustada.

—Entonces pídele perdón, esta misma noche. No dejes pasar la situación para mañana—. Ella se cubrió los ojos con una mano, y Arthur se sentó a su lado—. Sólo piensa en lo mucho que lo quieres... y en lo mucho que lo echas de menos...

—Sí, lo echo de menos —sollozó ella—. ¡Lo amo tanto! Pensé... oh, Dios, pensé que simplemente ya no me... ¡pensé que ya no me quería! —Arthur sonrió. A pesar de estar casada y haber parido un hijo, Abigail era terriblemente ingenua aún.

—A propósito... ¿cuánto tiempo debe esperar una mujer para tener sexo luego de un parto? —preguntó, sacando su teléfono móvil y buscando algo. Abigail se sonrojó.

—¡Arthur!

—¡No te portes mojigata de nuevo! ¡Es importante! ¿El médico no te lo dijo? —ella se mordió los labios.

—Dijo... dijo... que... esperara... al menos... cuarenta días.

—Cuarenta días, de los cuales sólo van quince... —Arthur soltó un silbido—. Y si a eso le sumas los ocho meses que llevan sin verse... pobre hombre. ¡Ah, mira! —sonrió mostrándole algo en la pantalla del teléfono—. Puedes tener sexo sin coito. Es sano para ti, y satisfactorio para él—. Abigail

lo estaba mirando como si de repente Arthur se hubiese desnudado y le mostrara que se había implantado tetas—. No me mires así. ¿Tengo que enseñarte cada cosa? Y eso que eres diez años mayor que yo —masculló.

Abigail miró a su hijo, que seguía moviéndose en su sillita. Hablar de estos temas todavía la sonrojaba, pero Arthur tenía razón otra vez, ella ya era una mujer casada que debía velar por la felicidad de su marido, hasta en esos aspectos.

Sonrió agradeciéndole al cielo el tenerlo de su lado. Arthur había sido una bendición en su vida casi desde que había nacido.

—Te quiero, primo —dijo, y él se giró a mirarla sumamente extrañado.

—Parece que es verdad —dijo—. Los cambios hormonales en las mujeres que recién parieron son drásticos.

—¡No te digo que te quiero por mis cambios hormonales!

—Sí, sí, sí. No vayas a llorar por eso. Yo también te quiero.

—Eres un idiota —él se echó a reír, y Abigail meneó la cabeza y suspiró.

Cuando Arthur se fue, Abigail decidió entrar de nuevo en la casa con su hijo. Le cambió el pañal, lo alimentó y mientras, no dejó de pensar en cómo abordar el tema cuando viera a Maurice otra vez.

Vaya, pobre hombre. ¡Había tenido que aguantarle tanto!

Bueno, si era objetiva, no había sido fácil para ninguno de los dos.

Salió de la habitación de Samuel marcando un número por teléfono. Diana le contestó, aunque parecía en medio de una conversación, pues había estado riendo cuando habló.

—Oh... lo siento... si interrumpo algo...

—No pasa nada... ¡Daniel! —susurró Diana, intentando que su interlocutora no escuchara, pero fue imposible—. Háblame —le pidió.

Bien, ya la había interrumpido, ¿qué importaba si le tomaba un minuto más?

—Es que... quería preguntarte... bueno... —respiró profundo. No era fácil.

—¿Pasa algo? —preguntó Diana, en tono preocupado.

—Maurice...

—¿Te hizo algo? —volvió a preguntar ella, esta vez en tono serio.

—¡No, no! Creo... que esta vez fui yo... Dios... Quiero que me perdone por algo y no sé qué hacer. Cómo hago... esto es tan vergonzoso... pero no sé cómo...

—¿Reconciliación? —sonrió Diana, que en ese momento, volvía a disfrutar de los encuentros con su marido luego de todo el período de dieta posparto, y estaba casi encima de ella rogándole que dejara a un lado el teléfono y le prestara un poco de atención—. Es muy fácil.

—No para mí.

—Ah, cierto... vaya. Te va a tocar jugar limpio.

—¿Qué? —preguntó Abigail confundida. Diana se echó a reír tontamente.

—Vale, vale, no me prestes atención. Creo que los hombres en general son algo así como una niñas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la voz de Daniel, y Abigail abrió grandes sus ojos; ¡Daniel había terminado metiéndose en una conversación que se suponía era íntima!

—Son unas niñas, admítelo cariño.

—¿No somos unas niñas, qué clase de conclusión es esa?

—A ustedes también les gusta que se les conquiste. Flores, chocolates, serenatas... es una calle de doble sentido. Funciona en nosotras, pero a ustedes los derrite.

—¡Eso no es cierto!

—Abby —dijo Diana, volviendo a ella—, me temo que una larga charla tratando de sacar en claro lo que está bien y lo que está mal entre los dos no será muy productivo. Charlen después. Primero, haz que vuelva al redil.

—¿Ahora no somos niñas, sino ovejitas? —preguntó Daniel.

—Querido, esta es una charla de chicas.

—No me iré. Intentan engatusar a mi primo.

—¡Eso! —exclamó Diana—. ¡Engatúsalo! Me temo que vas a tener que tragarte un poquito tu orgullo y admitir que te equivocaste... si es cierto que te equivocaste, reflexiona mucho al respecto.

—¿Qué clase de consejo es ese? —preguntó Daniel.

—Ya lo hice —contestó Abigail—, he reflexionado mucho.

—Eso está muy bien. Sé honesta. Dile que lo echas de menos, que lo quieres de vuelta.

—¿Y... ya? —Diana se echó a reír.

—Te garantizo que no terminarás de hablar.

—¿Por... por qué?

—Oh, Abby. Deja que él te muestre por qué. Y como toque final, dile que le recompensarás—. Ella tragó saliva. Recompensarlo.

Sonrió. Tenía muchas ganas de hacerlo.

—Gracias —le dijo—. Mil gracias por tu ayuda.

—Oh, de nada, hermosa —apenas decirlo, Diana cortó la llamada, y Abigail sonrió imaginándose el motivo de su prisa.

Abigail caminó por los pasillos entre las habitaciones preguntándose, no sólo qué hacer, sino cómo hacerlo.

Quería reconciliarse con Maurice, hoy mismo. Lo necesitaba, lo echaba de menos, lo quería.

Hizo varias llamadas, hizo varios pedidos. Se metió en su armario buscando la ropa adecuada para el momento. Lástima que no fuera recomendable aún que usara tacones altos.

Su teléfono timbró, era Maurice.

—¿Hola? —contestó ella con voz sonriente.

—Abby, se alargó mi reunión —se excusó él—. Llegaré tarde esta noche.

—Ah... —él le explicó las razones, y ella escuchó atenta, aunque llena de decepción. Tendría que aplazar su cena de reconciliación.

Maurice entró a la mansión y encontró las luces apagadas. Miró su reloj, eran las diez de la noche.

Suspirando, subió las escaleras, y antes de internarse en su habitación, entró a la de su hijo. Encontró allí a Katie, que intentaba calmar a Samuel.

—¿Le pasa algo? —preguntó Maurice acercándose y tomando al niño en brazos.

—Él... tiene hambre —él miró a la joven extrañado—. No... no quiere recibir el biberón. Quiere a su mamá.

—¿Y Abby?

—La señora está dormida.

—¿Qué? —preguntó él sumamente consternado. Algo que sabía él era que Abigail tenía el sueño del gato, tan ligero, que el más mínimo ruido la despertaba, sobre todo si el ruido provenía de su hijo.

Salió con Samuel de la habitación y se encaminó a la de Abigail. Ella estaba acostada de medio lado, luciendo un vestido y no una pijama. Samuel hacía ruido chupándose las manitas, y aun así, ella seguía dormida.

—No me digas que tengo que hacerlo yo —susurró él, y luego de pensarlo, acostó a Samuel al lado de ella; con dedos cuidadosos, desató los pequeños botones de la parte delantera de su vestido y le sacó un pecho para luego metérselo en la boca a Samuel, que feliz, empezó a succionar.

Maurice sonrió meneando su cabeza, y observó el proceso de alimentación de su hijo, pero el tiempo pasaba y parecía que él no estaba sino a la mitad, y, por otro lado, Abigail dormida era una tentación muy grande para él.

Se acercó a ella y besó su mejilla, aspiró su aroma y terminó acomodándose a su espalda y enterrando la nariz en su cuello.

Abigail despertó.

—Maurice —susurró entre dormida, y luego pestañeó al ver a su hijo pegado a su pecho y a su marido a su espalda. Estaba atrapada, pero sonrió. No había mejor lugar en el mundo—. Has vuelto —sonrió ella girando su cabeza y buscando su boca. Él no se hizo rogar ésta vez y la besó. Él parecía tan hambriento como Samuel, pero de otras cosas, y se pegó a ella y la besó con avidez.

—Estoy tan feliz —volvió a decir ella, sintiendo las manos de él recorrerla, amoldándose y pegándose a ella—. Te he echado tanto de menos.

—Abby —susurró él, apretando suavemente en su mano el pecho que ella tenía libre. Se sentía como

otro niño necesitado de ella, sediento, hambriento de su cuerpo.

—¿Me... me perdonaste? —preguntó ella, y él se quedó quieto.

—¿Qué?

—¿Me has perdonado? —él se alejó un poco mirándola un tanto confundido.

—¿Que si te he perdonado? —Abigail se enderezó, y de inmediato la protesta de Samuel se hizo sentir. Ella lo tomó en brazos y lo cambió de posición para pegarlo al otro pecho, no fuera a ser que, al alimentarse de un solo lado, la dejara asimétrica.

Luego lo miró a él, que tenía la mirada clavada allí donde Samuel tenía su boca. Siguió un denso silencio en el que ella esperaba, ansiosa, su respuesta. ¿Qué respuesta? Se preguntó Maurice. ¿Qué respuesta?

Pero la mirada de ella era tan cándida y esperanzada que tuvo que cruzarse de brazos.

—No he escuchado que me pidieras perdón. Tal vez debas repetírselo a mis oídos.

—Ah...

—No te he escuchado decir siquiera que lo sientes.

—Pero hace un momento tú...

—Te besé, sí. Te vi allí, dormida, y quise besarte —se encogió de hombros—. Una debilidad mía—. Ella tragó saliva y bajó la cabeza—. En fin, que tengas buenas noches —dijo él. Ella quiso llamarlo, pero para poder hablar con él, primero debía terminar su tarea aquí, y Samuel parecía querer pasarse toda la noche pegada a ella, y no era cosa de ir tras él para seducirlo con su hijo pegado a la teta.

—Vamos, hijo, tengo que hablar con tu padre —lo apuró, pero Samuel tenía esa expresión de enfado de quien ha tenido que esperar mucho por su comida.

Maurice entró a su habitación sintiéndose molesto, muy molesto. ¿De veras debía perdonarla sin haber escuchado un “lo siento”? Dios, no le estaba pidiendo diamantes, tan sólo que reconociera que se había equivocado. Él había tenido que hacerlo, múltiples veces, ¿por qué ella no podía?

Lo que más lo irritaba era que cada vez estaba más cerca de pasarlo por alto y volver alegremente a ella, como si no importara que le hubiese dicho una mentira tan grande que pudo haber destruido por completo su relación.

Se quitó el saco con ademán furioso, pero entonces se quedó congelado en esa extraña pose. En la mesilla de noche al lado de su cama había unas rosas rojas que llamaban la atención por lo vivo de su

color. Se acercó y vio que estaba encima de una caja de chocolates, y debajo de los chocolates, un libro; Las aventuras de Huckleberry Finn.

Abrió el libro, y dentro, encontró una nota.

“Lo siento —decía—, lo siento, lo siento, lo siento”.

Y no decía nada más.

Él se echó a reír, y acercó el libro a su rostro al sentir los ojos húmedos de puro alivio.

Ella tenía razón, no era necesario decir nada más. Ya las flores, los chocolates y el libro hablaban por sí mismos.

Se giró para ir a buscarla, pero al abrir la puerta, la encontró al otro lado con la mano levantada como si hubiese estado dispuesta a llamar.

—Maurice... —empezó a decir ella, pero él la interrumpió tomándola, besándola y abrazándola con fuerza, descubriendo que todo el discurso que había estado esperando para que pidiera perdón, reconociera sus errores y todo lo demás no iba a ser necesario. Él ya estaba rendido, ansioso por reconciliarse tan sólo porque ella había mostrado una actitud de necesidad hacia él.

—Te perdono —dijo—. Hace tiempo que te perdoné.

—Mentiroso —sonrió ella. Él se separó un poco para mirarla.

—Es verdad.

—Pero te has portado como si...

—Tengo orgullo, mujer—. Ella sonrió negando y volvió a abrazarlo apoyando su cabeza en su hombro.

—Te amo —le dijo—. Te he echado tanto de menos—. Él siguió abrazándola y ahora besaba sus cabellos cerrando sus ojos, feliz de escuchar otra vez esas palabras.

—Yo también te amo —Abigail sonrió.

—Pensé que no me perdonarías... parecías tan molesto...

—No había visto tus regalos. Lo siento.

—Ah... pensé que cuando entraste a la habitación era porque...

—No... no los había visto.

—¿Y... te gustaron? —él sonrió de una manera tan dulce que Abigail sintió que su corazón se

derretía.

—Me has conquistado –admitió él—. Nunca me habían hecho un regalo así.

—Me alegra. Sólo pensé en engatusarte un poco –lo provocó ella poniendo sus brazos alrededor de su cuello. Él se echó a reír.

—Lo has conseguido –confesó humildemente.

—Entonces, cuando me besaste en la cama, ¿lo hiciste sin haberme perdonado? –él se encogió de hombros.

—Llevo casi nueve meses sin hacerte el amor –ella, en vez de escandalizarse, se echó a reír, y se quedó allí en sus brazos disfrutando el momento. Él la rodeaba y besaba sus cabellos, enterraba su nariz en su cuello aspirando su aroma, y, sintió, estaba excitado, tal como hacía unos momentos, cuando la besó en la cama.

Se separó de él y le tomó la mano conduciéndolo a su habitación.

—Creo que es hora de que vuelvas a mi cama –susurró ella. Él la miró con ojos ávidos, pero luego sacudió su cabeza como espantando una idea.

—Cariño... tú... debes esperar.

—Sí, tengo que esperar.

—¿Entonces por qué...?

—Eres mi esposo –contestó ella abriendo la puerta de su propia habitación e internándose con él en ella—. Es tu deber dormir a mi lado—. Ella empezó a deshacer el nudo de su corbata y a sacársela.

—¿Sólo... dormir? –preguntó él cerrando sus ojos. Eso sonaba como a tortura. Abrió sus ojos y la encontró sonriendo. Ah, la Abigail pícaro y sensual estaba aquí, estaba de vuelta. ¡Cuánto la había extrañado!

—¿Me esperas mientras entro al baño un momento? –le preguntó ella con voz sumamente seductora. Él la miró de arriba abajo asintiendo, aceptaría todo lo que ella dijera en este momento, tan embelesado estaba.

Abigail entró al enorme cuarto de baño y se desabrochó el vestido a la velocidad de la luz. Siempre que alimentaba a Samuel quedaba cierto vestigio de su propia leche materna en su ropa o en su piel y no quería que nada distrajera a Maurice. Era verdad que no podría estar con él como realmente ansiaba, pero Arthur le había dado una idea acerca de qué hacer, y aunque la ponía nerviosa, quería estar perfecta para él.

Buscó entre su ropa de dormir una pequeña pijama, que aunque le quedaba un poco más ajustada

que antes, era de su talla. Miró su vientre un tanto flácido e hinchado... “¡No te desanimes!” se dijo. Esperaba que Maurice no se pusiera exigente esta noche.

Luego de acicalarse, aplicarse una gotita de perfume y acomodar su cabello, salió a la habitación, esperaba encontrar a Maurice también preparado y tal vez en la cama, pero él no estaba por allí.

—¿Maurice? —lo llamó, a medida que un mal presentimiento se apoderaba de ella. Caminó por la estancia buscándolo, pero no lo halló, y cada vez que lo llamó, sólo el silencio le contestó.

Claro, pensó sentándose en el borde del colchón. Él no debía querer una noche donde sólo se abrazaran el uno al otro. Sólo besos no debían ser suficientes para él.

Sintió un peso en su pecho y le entraron ganas de llorar, sobre todo cuando pasaron los minutos y él no aparecía.

Tal vez no estaba tan guapa. Tal vez no lo atraía ya como antes. Después de todo, estaba tan gorda y fofa...

La puerta se abrió y Maurice apareció con dos enormes bolsas de basura. Caminó trastabillando y las dejó caer sobre los muebles. Confundida, ella caminó acercándose para ver de qué se trataba. Él la miró y sonrió como un niño que acaba de hacer una travesura muy grande.

—Mi ropa —explicó él—. Debería estar aquí. No más habitaciones separadas —luego él la miró de arriba abajo dándose cuenta de que estaba usando una diminuta pijama.

—Fuiste... fuiste a...

—Tuve que ir a la cocina por las bolsas —siguió él, dando unos pasos a ella sin quitarle la mirada de encima. Ella tenía nuevas curvas y quería explorarlas ya, además, se veían sus pecas por todo el escote y moría por volver a besarlas.

—¿Y por qué unas bolsas?

—Porque no me cabía todo en las manos —dijo él llanamente, como si fuera lo más lógico.

Cuando estuvo a escasos centímetros de ella, se detuvo preguntándose qué hacer. No quería hacerle daño, pero estaba ansioso, desesperado por tocarla.

—Pensé... pensé que te habías ido —murmuró ella, cabizbaja.

—¿A dónde? —preguntó él, confundido.

—Yo... pensé que no querías estar conmigo —ella tenía los ojos húmedos, y Maurice tuvo que abrazarla calmando sus temores.

—Lo siento. No quería que pensaras algo así... sólo... quería hacer nuestra reconciliación oficial

trayendo mis cosas aquí, tal como debió ser desde el principio.

La escuchó respirar profundo, y sintió sus delicados brazos rodearlo, abrir sus palmas y pasearlas por su espalda por encima de la tela de su camisa aliviada, tal como había estado él hacía unos minutos.

Sonrió, y acto seguido, la alzó en brazos para llevarla a la cama. Ella sonrió rodeándole el cuello, y cuando la depositó sobre el colchón, con sumo cuidado, Abigail no pudo más que sentirse bendecida, afortunada.

—Te amo —le dijo, como si fuese un hechizo que se cerniera sobre él, y en ese momento, era él el que se cernía sobre ella, recostándose a su lado y llenándose los ojos con ella. Abigail le tomó la barbilla para que mirara sus ojos, le daba cierta vergüenza que él la estudiara de esa manera.

—Yo... estoy un poco... gruesa —se excusó.

—También yo —dijo él, y le tomó la mano para ponérsela en la entrepierna. Abigail abrió grandes los ojos al comprender de qué clase de “grosor” hablaba él, y no pudo sino reír.

Maurice se inclinó a ella besando su risa, y ella no quitó su mano de su entrepierna mientras sentía que él profundizaba el beso, la rodeaba con sus brazos pegándola a él, y ella sentía que se derretía.

—Te he extrañado tanto —susurró él—, tanto, tanto—. Abigail no tuvo necesidad de preguntar si en todos estos meses él le había sido fiel, si había estado con alguna otra mujer. Tenía la respuesta casi por instinto.

Subió sus manos a su pecho y terminó de desabrochar los botones de su camisa, retirando la tela despacio, y cuando tuvo la piel expuesta, abrió las palmas para sentirlo, acariciarlo, reencontrarse con ese cuerpo que tanto había extrañado.

Él se sentó entre sus piernas y la trajo consigo para que lo imitara, la miró largamente, y luego se inclinó con la firme intención de, ésta vez, besar todas sus pecas.

—¿Cuánto... cuánto tiempo...? —preguntó él.

—Un mes... —él la miró casi espantado. ¿Un mes? ¿Un mes más sin hacer el amor con ella? ¡Iba a morir!

Respiró profundo y elevó el rostro mirando al techo dejó sus manos sobre sus muslos intentando llamar la calma. Parecía que, después de todo, sólo podría dormir abrazado a ella esta noche.

—Sólo podré besarte, me temo —dijo ella—. ¿Te conformarás con eso? —él tragó saliva. Abigail vio su nuez de Adán subir y bajar. No era que se conformara con eso, era que no tenía otra opción.

Abigail paseó sus manos por todo el dorso de Maurice, y él abrió sus ojos mirándola con una súplica. ¿Por qué lo torturaba de esa manera?

Cuando ella abrió su bragueta, él le tomó ambas manos.

—¡No, no, no! —dijo—. Nena... está minado por allí—. Ella se echó a reír.

—Ya lo sé —ella, con la confianza que sólo tiene una amante que sabe que no será rechazada, se acercó a él mucho más y lo acarició de arriba abajo. Maurice lanzó un gemido que intentó ahogar, pero no le fue posible.

—Abby —susurró, pero, dándose cuenta de que ella no cambiaría de idea decidió dejarla; la acercó a sus labios para besarla, pero la boca de ella fue a otro lado.

Casi se cae de la cama. La cabellera roja de Abigail estaba sobre su vientre como una lluvia de caricias, y sus labios y su lengua lo rodeaban, lo acariciaban, y lo succionaban al principio de una manera algo tímida, pero luego con confianza, y hasta avidez.

Iba a morir, de pura dicha y placer.

Le retiró el cabello para mirarla a los ojos y advertirle, esto iba por mal camino, estaba al borde del precipicio, pero los ojos de ella dijeron: ¿y qué?

Fue demasiado para él, verla y sentirla, recibir esta especie de regalo y ofrenda. Se sintió más enamorado que nunca, tocado tal vez por los ángeles y entonces se corrió, en su mano y sobre todas partes. Qué desastre, pensó luego, pero ella no parecía molesta, ni asqueada, sino más bien, traviesa y sonriente. La abrazó y cayó con ella suavemente en la cama, la metió entre sus brazos deseando fundirla con él, agradecido, enormemente satisfecho, y cuando intentó tocarla e intentar hacer algo por ella tal vez para devolver sus atenciones, Abigail simplemente le tomó la mano retirándola.

—Está bien así, no hay problema —él no dijo nada, asumiendo que tenía razón, pues ella no se callaría si fuera al contrario, y sólo se quedó allí en silencio, disfrutando del momento.

Los minutos pasaron y en la habitación predominó el silencio. La respiración de Maurice se normalizó poco a poco hasta que pareció que se había quedado dormido. Abigail sonrió apoyando su cabeza en su hombro, rodeando su espalda en un abrazo y una sonrisa en el rostro.

—¿Qué piensas? —preguntó él moviendo un poco su cabeza, y ella lo miró a los ojos algo sorprendida. No imaginó que estuviera despierto.

—Pienso en ti —sonrió ella—. Me gustas —él sonrió también.

—Tú también me gustas. Siempre me has gustado.

—Ha habido momentos en que no.

—Pero aun en esos momentos, me gustabas —Abigail se echó a reír, acomodándose mejor en el círculo de sus brazos para mirarlo a los ojos.

—Te hago una promesa —susurró ella más seria—. No te volveré a mentir en toda mi vida, en ningún aspecto, importante o común. Te lo prometo, mi amor—. Él cerró sus ojos respirando profundo, como recibiendo su promesa de tal manera que quedaba guardada y sellada en su corazón.

—¿Ni siquiera cuando Samuel esté adolescente y tú quieras que él vaya a una fiesta y yo me oponga? —ella hizo una mueca, él se lo estaba poniendo difícil.

—Negociaremos entonces —él rió.

—Y yo te prometo —dijo luego— no volverte a dejar jamás, no permitir que nada nos separe, y no enfadarme sin antes haber obtenido tu explicación—. Eso hizo reír a Abigail.

—Lo dices como si estuvieras seguro de que en el futuro haré que te enfades de nuevo —él se encogió levemente de hombros.

—Nos espera una larga vida juntos. Tal vez sea yo quien te haga enfadar a ti.

—Sí, la vida es un camino de muchos giros... Míranos nomás, ese par de niños que se besaron en una cabaña en medio de la nieve... luego de estar tantos y tantos años horriblemente separados... hicieron un hijo y están aquí juntos y casi desnudos —él levantó la mano para acariciar con la yema de sus dedos el suave rostro de ella lleno de pecas. Tomó entre sus dedos sus cabellos retirándolos.

—Te amo, Abigail —ella sonrió apretando sus labios, como siempre sucedía cuando él decía esas palabras —Has sacado de mí toda la amargura que me ahogaba, todo el resentimiento contra la vida y tu sexo. Toda la desconfianza hacia el amor, todo el dolor. Tu amor me ha curado.

—Las heridas que ese mismo amor te hizo...

—No. Tú no me heriste. La vida nos separó de una manera brusca, y luego se burló de nosotros haciéndonos víctimas de sus jugarretas, pero estás aquí, le ganamos a la vida y te tengo en mis brazos. Por favor, vive a mi lado, vive siempre a mi lado —las últimas palabras las dijo mientras la atraía y la apretaba contra él. Abigail suspiró sin decir nada, pero él insistió con otro “por favor”, y ella sonrió cerrando sus ojos.

—Cuidaré de mi vida y de mi salud por amor a ti—. Lo escuchó sonreír, pero la respiración de él era algo agitada, y, pensando en que a lo mejor estaba llorando en silencio, ella respetó su privacidad no insistiendo en querer mirarlo a los ojos. Poco a poco se fueron quedando dormidos, entrelazados más que abrazados, y él siempre tuvo cuidado, a pesar de estar profundo en su sueño, de no poner su peso sobre ella y lastimarla. La sintió en la madrugada levantarse, pero la acogió de nuevo entre sus brazos cuando regresó, sintiendo su cuerpo frío y calentándolo con el suyo.

Así serían sus noches de aquí en adelante, y era perfecto.

Agatha miraba a Michaela hablar en voz baja con Peter, mientras ella sostenía una libreta en la mano con un lápiz y él su teléfono haciendo cuentas y dictándole cifras. Hablaban en voz muy baja, y no podía saber de qué trataba exactamente lo que hablaban, pero esto no le daba buena espina.

David llegó junto a Marissa y poco le prestó atención al par de jóvenes que algo planeaban, y caminó a ella dándole su saludo.

—Ten cuidado con esos —dijo Agatha mirando a su nieta de reojo. David miró también hacia ellos, pero al no ver nada sospechoso, se giró a su abuela—. Algo planean —siguió la anciana.

—Abue, son chicos; los chicos siempre están planeando algo. Sus ojos se fueron tras Marissa que caminaba hacia las escaleras quitándose el abrigo que tenía, y el movimiento fue tan sensual, que apretó sus labios, pues estuvo a punto de relamerse.

Escuchó el resoplido de su abuela y volvió a prestarle atención.

—¿Está todo bien?

—Lo de siempre —contestó ella moviendo la sartén que tenía en el fuego. David hizo una mueca.

En los últimos meses, había contratado a dos chicas para que ayudaran en los quehaceres de la casa, pero la abuela simplemente les hacía la vida imposible y éstas terminaban renunciando. Una incluso se había ido llorando.

La abuela no era mala, y eso él lo sabía, pero le preocupaba la actitud que estaba teniendo. ¿Por qué no dejaba que le pusiera ayuda?

Sólo recibía la ayuda de Marissa, y eso, de vez en cuando. Ella tampoco era muy diestra en la cocina, pero a ella le daba cierta vergüenza que Agatha quisiera hacerse cargo hasta de su ropa.

—Hemos encontrado la casa apropiada —dijo él de repente y con una sonrisa. Todos estos días había estado saliendo con Marissa buscando una casa mucho más grande para ellos—. Sólo esperamos a que los papeles estén en regla para cambiarnos. ¿Qué te parece? —la abuela se alzó de hombros—. Es mucho más grande que ésta —siguió David—, tiene siete habitaciones, una para Marissa y yo, otra para Mikki, otra para ti...

—¿Y el resto? —preguntó ella, pensando en que eran demasiadas habitaciones.

—Para nuestros hijos... y los huéspedes, claro.

—¿Acaso cuántos hijos planeas tener?

—Por mí, uno solo —dijo con ceño. No quería compartir a su mujer con nadie más, y los hijos significaban eso, tener que compartirla. Agatha lo miró con ojos entrecerrados, y David hizo una mueca—. Marissa quiere tres —dijo al fin, y Agatha sonrió.

—Tres está bien. Es un buen número. Jocelyn quería otro bebé... pero sufrieron ese accidente—. David miró a su abuela pensativo. Ella sólo había tenido una hija, Jocelyn, y la vida se la había arrebatado cuando ésta era muy joven, le había dejado dos nietos, y los había criado con mucho esfuerzo. Por eso ni se le pasaba por la cabeza dejar de lado a su abuela; para él, ella estaría aquí, en su casa, hasta el día que tuviera que partir, y pensar eso le arrugaba el corazón.

Su teléfono timbró, y al ver que era Daniel contestó de inmediato.

—Habla —dijo por todo saludo.

—Iremos para allá —contestó Daniel—. Con George a bordo. Llevaremos la cena, dile a Agatha que se relaje.

—Vale. Trae tus videojuegos...

—¿Seguro?

—Tú tráelos —insistió David, sabiendo que cuando George venía, las mujeres de la casa se embelesaban alrededor de él hablando de todo lo referente a bebés y maternidad, y terminaban los hombres deseando haber traído una baraja de póker o cualquier otra cosa.

El timbre de la puerta sonó y fue a abrir. Tras él apareció Maurice y su pelirroja esposa. Él traía a Samuel en brazos, y una sonrisa que mostraba toda su dentadura.

Ésta prometía ser una noche agitada, pensó David suspirando, y en vez de saludar a su amigo, extendió los brazos para tomar a Samuel. El bebé no tenía la culpa de nada, y él sí que le caía bien.

También Maurice, pero era una regla tratarlo a patadas.

—¿Tú también? —refunfuñó David, pero de todos modos le abrió paso para que entrara a la casa, y al ver la expresión de Abigail, se corrigió— No, no, no; no tiene nada que ver contigo, siempre eres bienvenida.

—¿Es decir que yo no? —se quejó Maurice quitándole a Abigail la pañalera, y en la otra mano, vio, traía cajas de comida de KFC.

—¿Por qué todos creen que mi casa es algo así como una plaza o un parque? —se quejó David, pero su cara decía otra cosa, pues miraba embobado a Samuel y lo consentía. Lo vio grande, y paseó suavemente sus dedos por el cabello negro y abundante. No se parecía a nadie aún, pero tenía todos los colores de su padre.

Caminó con él a la sala, y convidó a los recién llegados a sentarse. Michaela, al ver a Samuel, le fue detrás insistiéndole que le diera el bebé, y David no tuvo más remedio que pasárselo.

—Daniel viene en pocos minutos —le informó David a Maurice—. También tuvo la idea de pasarse el rato acá.

—Bueno, hacía tiempo no hacíamos esto —contestó Maurice con una sonrisa, y era verdad; hacía mucho rato no se reunían los tres en su casa para charlar, ver películas o jugar videojuegos. Aunque ahora había una pequeña diferencia, los tres estaban casados, y dos de ellos tenían incluso un hijo.

Marissa llegó a la sala con ropa más cómoda y se sorprendió un poco al ver a Maurice y Abigail. Se emocionó cuando vio al bebé y se unió al grupo de mujeres que lo admiraban y consentían.

—Debiste traerlo hace mucho —le reclamó Agatha con una sonrisa, y Maurice la acercó para plantarle un beso en la frente.

—¡Qué libidinosamente hermosa estás hoy!

—Deja tus guarrerías —lo reprendió Agatha, pero no había firmeza en su tono.

—Si ya no estuviera casado... —Agatha se echó a reír meneando su cabeza. Vio a Abigail que los miraba con ojos llenos de luz. Esa parecía una chica feliz.

—¿Lo estás haciendo bien? —le preguntó ella a Maurice en voz baja.

—¿Cómo voy a poder hacerlo? Ella está en la dieta postparto —Agatha le pegó varias veces en el brazo por torcer su pregunta, pero él sólo se echó a reír—. Sí, sí, me estoy comportando —contestó al fin—. Esta vez quiero hacerlo bien.

—Me alegra. Parece que por fin puedo dejar de preocuparme por ti.

—¿Crees que podrás librarte de mí? —Él siguió bromeando, pero al rato ella no pudo resistir la tentación y reclamó a Samuel para poder alzarlo.

Daniel llegó con su familia y se sumó a la locura reinante. Abigail y Diana se metieron a la cocina y sirvieron lo que habían traído, Agatha insistió en ayudar, pero entonces Michaela le puso en el otro brazo a George, y con los dos bebés a cargo no pudo ni levantarse del puesto. David sonreía al ver a su abuela así, pero se alegraba de que los demás también pensarán que era hora de que al fin se tomara las cosas con calma.

De todos modos, eso sólo podía detenerla unos minutos. El día de mañana, o incluso esa misma noche más tarde, ella volvería a la carga tratando de estar en todas partes al mismo tiempo.

Suspiró preguntándose qué podía hacer.

—¿Y cómo te fue... esa vez? —le preguntó Diana a Abigail en la cocina, aprovechando que sus hijos estaban bien atendidos y que estaban solas aquí mientras servían en platos desechables la comida. Abigail se sonrojó un poco—. Esa cara me dice que muy bien —se burló Diana, y ella no pudo evitar sonreír.

—Gracias por tus consejos.

—Ah, cuando quieras. Creo que abriré una oficina de consejería a parejas.

—¿Alguien más te ha pedido ayuda? —Diana miró a Peter y a Michaela, mientras el uno se unía a los hombres que elegían un videojuego, y la otra, junto a Marissa y Agatha, se ocupaban de George y Samuel.

—Sí, y parece que también funcionó.

—Eres muy buena en eso, entonces.

—No, sólo... la vida te enseña—. Abigail sonrió asintiendo. Después de lo que ella había vivido, sí que había aprendido un par de cosas. No imaginaba qué clase de dificultades pudo tener ella con Daniel, que parecía un hombre calmado y muy paciente, todo lo contrario de Maurice.

Diana siguió hablándole, pero esta vez, de sus experiencias en común con la maternidad, cómo ambas lo llevaban y compartiendo consejos y trucos.

—Me imaginé que estarían hablando de algo así —dijo Marissa llegando a la cocina y apoyando la barbilla en la mano y el codo en la barra. Diana y Abigail la miraron con idéntica sonrisa.

—Nos comprenderás cuando tengas tus hijos —Marissa hizo una mueca.

—Pero parece que, mientras, no tendré muchos temas en común con las dos. Abby, me alegra mucho que las cosas entre Maurice y tú se hayan resuelto.

—Gracias.

—¿Diana no te ha contado que tuvimos que ir a decirle que era cierto que estabas embarazada? — Abigail se mordió los labios antes de hablar.

—No, me lo dijo él mismo. Estaba furioso. Creía que le había escondido el hecho de que estaba embarazada.

—Hay que ver lo idiotas que son los hombres —refunfuñó Diana troceando una porción de pollo y poniéndola sobre un plato.

—¿Qué tal me veo? —bromeó Michaela llegando a la cocina y sosteniendo a George en un brazo y a Samuel en el otro, luciéndolos como si fuesen en vez de bebés muy frágiles, accesorios. Marissa miró a la distancia a Agatha, que parecía tener ganas de venir tras Michaela, pero se contenía.

—Lucen bien en ti —contestó Diana riendo.

—Pero intenta que David no te vea —dijo Marissa en voz neutra. Michaela miró al techo.

—David pretende que me quede en casa hasta los treinta —se quejó.

—Pero tú planeas darle una sorpresa, ¿verdad? —Michaela miró a su cuñada con ojos grandes.

—¿De qué hablas? —Marissa sonrió con suficiencia.

—Estás calculando cuánto te costaría vivir sola, ¿no es así? Y cuántas horas necesitarás trabajar para sostenerte a ti misma; quieres dejar la casa. Y Peter, que sabe que pierde su tiempo si intenta disuadirte, te está ayudando.

—¿Cómo es que siempre sabes todo?

—Yo también fui adolescente —suspiró Marissa, y Michaela se fue con los niños meneando su cabeza. Marissa miró a Diana y a Abigail que parecían intrigadas.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó Diana.

—Fue hace unos días —contestó ella quitándole importancia—. Perdí un papel importante y tuve que buscar en la basura, y allí encontré las cuentas de ella. No decía: ropa, libros, transporte, no; decía: alquiler, alimentación, ingresos mínimos, y todo eso—. Diana elevó una ceja.

—¿Con tan poca información pudiste deducir eso?

—Cariño, es obvio, ¿para qué quiere una niña como Mikki hacer un balance como ese? —Abigail y Diana se miraron la una a la otra alzándose de hombros como si para ellas eso no estuviera tan claro.

—¿Por qué quiere vivir sola siendo tan joven? —preguntó Abigail un poco asombrada.

—No tiene nada de malo —opinó Diana—, yo viví independientemente muchos años.

—David no piensa como tu padre —rió Marissa arrugando su nariz—. No quiero pollo —dijo de repente, tapándose la nariz—. Ni carne. ¿Por qué huele así? —Diana y Abigail se miraron la una a la otra.

—Cariño... ¿te molesta el olor de la comida?

—Claro que no. Sólo que... —las miró fijamente abriendo más sus ojos—. Cielos, ahora que lo dices...

David miró hacia la cocina cuando escuchó la gritería de las mujeres allá, pero como en vez de correr en todas direcciones se abrazaban y saltaban, no les prestó mucha atención.

—¿Call of Duty o Grand Theft Auto? —preguntó mirando a Maurice y a Daniel.

—Super Mario —contestó Peter sonriendo.

—No te convidé a ti —pero a pesar de decir eso, terminó aceptando su sugerencia.

La velada se fue pasando muy animadamente, y todos comieron de las montañas de comida que habían traído Daniel y Maurice.

Agatha sonrió mirándolos a todos. Maurice tenía una sonrisa en sus ojos más que en su rostro, y a cada momento se giraba para comprobar dónde estaban su mujer o su hijo en caso de que los perdiera de vista. Él estaba bien ahora. Se había preocupado mucho cuando se separó de su esposa, pero nunca volvió al horrible estado en que estuvo cuando lo conoció hacía ya casi ocho años.

Su nieto también estaba bien, su carrera iba avanzando, y su familia pronto se agrandaría, estaba segura. El deseo de Marissa de tener bebés era latente y ahora que sus amigas eran mamás, ella se daría prisa en tener su propio hijo.

Michaela también, algún día, formaría su familia; y así sus dos nietos, por los que había luchado y trabajado duro en los últimos trece años se habrían realizado como personas, y entonces su propósito se habría cumplido. Podría reencontrarse con su hija con el corazón y la conciencia tranquilos.

—¿Abuela? —preguntó Marissa acercándosele al verla pálida y con los ojos cerrados. David escuchó la voz de su mujer y se giró a mirar qué pasaba. Una muda comunicación entre los dos se estableció, y él se puso en pie de inmediato.

—¿Abuela? —la llamó él, y Agatha cayó desmayada en el asiento en que estaba.

Todos se pusieron en movimiento, abrieron un espacio en el sofá en el que la recostaron y Marissa

fue en busca de un poco de alcohol y algodón, pero a pesar de eso, Agatha no despertaba. Abigail, que al parecer era la única que sabía establecer la tensión arterial con sólo tomar el pulso, le hizo una señal a David que le indicó que su abuela no estaba bien.

David, sin pensarlo dos veces, alzó a la anciana en sus brazos y se dirigió de inmediato a su auto. Michaela, a pesar de que estaba sumamente nerviosa, tuvo la suficiente cabeza fría como para ir arriba a buscar los documentos de Agatha, y las tres familias, con bebés a bordo, se subieron en los diferentes autos para ir a la clínica donde atenderían a Agatha.

Para cuando llegaron, ya Agatha había despertado, y aseguraba estar perfectamente. Sin embargo, David fue aún más terco e hizo que un médico la revisara. Éste, para sorpresa de la anciana, la dejó bajo observación toda la noche.

Marissa miró a David un poco preocupada, que se paseaba de un lado a otro mientras a su abuela la examinaban. Podía ser que el desmayo de Agatha se debiera a simple agotamiento, pues tal y como él mismo se quejaba, ella no paraba en todo el día; pero al ser una anciana de setenta años, esto era de cuidado.

—Deberían irse a casa —le aconsejó David a Daniel y a Maurice, pues sus mujeres sostenían a sus bebés, y uno de ellos había empezado a llorar.

—No hasta que sepamos cómo está Agatha —contestó Maurice.

—George sólo tiene sueño —se excusó Daniel mirando a su hijo, que era quien lloraba—. Pronto se quedará dormido.

Minutos después salió el médico, y todos lo rodearon. Este habló de la posibilidad de una deficiencia cardíaca, y aconsejó dejarla toda la noche en observación. David estuvo de acuerdo, y autorizó realizarle todos los exámenes que fueran necesarios.

—¿Podemos verla? —preguntó Marissa, y el médico asintió.

Entró antes que David, pues siguió hablando con el médico y firmando documentos. Agatha estaba sentada en la camilla y observaba la manguerilla que le habían inyectado en el suero.

—No puede uno medio parpadear porque ya te están inyectando suero —se quejó—. No estoy deshidratada, ni me falta peso, ni...

—Abuela —la interrumpió Marissa con voz suave.

—Estoy perfectamente —siguió Agatha—. Sólo fue un...

—Un desmayo. Te desmayaste. Abigail te encontró el pulso muy acelerado, para cuando llegaste, aún estaba alto, y por eso los médicos quieren dejarte aquí.

—No quiero quedarme aquí. Yo estoy bien.

—No lo estás —le contradijo Marissa, y la anciana la miró fijamente con cara de pocos amigos—. Por favor, cuida de tu salud. ¿Sabes lo que sucedería si algo te ocurriera? David...

—David es un hombre hecho y derecho. Ya no me necesita. Ni siquiera Michaela, ya es toda una mujercita, seguro que ya hasta desea irse de la casa, como es normal en las muchachas de hoy en día, que no esperan a casarse sino que se van antes—. Marissa sonrió de medio lado, pero claro, nada se le escapaba a la abuela.

—¿Entonces por eso haces esto? ¿Porque crees que ya nadie te necesita? —Agatha no contestó, como si no se hubiese esperado que alguien la confrontara de esta manera—. ¿Por eso no permites que alguien te ayude en los quehaceres?

—Quiero ser útil, no una carga.

—No eres una carga.

—Mis nietos... ellos ya... —Marissa se sentó a su lado en la camilla y le rodeó los delgados hombros con su brazo.

—Abue... creo que estoy embarazada —le susurró. Agatha la miró con ojos grandes de sorpresa.

—¿Qué?

—No se lo he dicho a David, pero... tengo la sospecha—. La anciana abrió su boca para decir algo, pero ningún sonido salió de ella. Marissa sonrió feliz—. ¿No te gustaría ver a tu bisnieto? ¿Sabes cuántas personas tienen el privilegio de ver a la tercera generación después de ellos? —Agatha cerró sus ojos, y su arrugado rostro se contrajo un poco. Sabiendo que también a la abuela Agatha a veces se le dificultaba expresar sus sentimientos, masajeó su espalda y le dio espacio y tiempo.

David entró, y al verlas así, se preocupó, pero Agatha se puso en pie extendiendo los brazos a él, y David no vaciló en abrazarla.

—Estoy tan feliz —le dijo la anciana—. Sabía que esto pasaría, y en cierto modo lo esperaba, pero al verlo hecho realidad... —David miró a su mujer un poco confundido, pero ésta sólo se alzó de hombros.

—Me preocupaste, abuela.

—Lo siento si he sido muy terca.

—Oh, lo has sido. Pero de ahora en adelante, por favor, déjame cuidar de ti.

—Pero yo...

—Por favor. Déjame cuidar de ti —insistió él—. Ya tú has hecho demasiado por nosotros, nos

cuidaste, nos criaste... Ahora, déjanos mimarte en tu vejez.

—Jocelyn...

—Mamá seguro que está preocupada por ti allá donde esté —rió David con mirada triste.

Agatha respiró profundo y volvió a sentarse. Miró a Marissa, y sonrió con complicidad.

—Está bien, me quedaré aquí y dejaré que tus médicos me estudien y todo eso.

—Buena chica. Y cuando contrate de nuevo muchachas para que se encarguen de las cosas de la casa, tú no las harás llorar.

—Yo no he hecho tal cosa —dijo la abuela mirando a otro lado con rostro severo. David sonrió meneando la cabeza y se inclinó a ella para besarla.

—Me quedaré a tu lado esta noche.

—No es necesario. Vete con tu mujer, no quiero que pase la noche en vela—. David suspiró, sabiendo que era infructuoso discutir esto con ella, y salió de la habitación con Marissa de la mano. Maurice entró entonces, y David buscó a Michaela, que se dejaba abrazar de Peter. Cuando la llamó, vio que ella había estado llorando.

—Eh, Mikki, la abuela estará bien.

—Es que... me siento culpable.

—¿Por qué?

—No he sido una buena nieta, a toda hora dándole preocupaciones... Es mi culpa que esté así—. David le acarició el cabello, pero su hermana no dejó a Peter por ir a abrazarlo a él. Los tiempos en que su hermana lo prefería a él habían pasado.

Sonrió con nostalgia. Imaginó que lo mismo le pasaba a la abuela; ser remplazado, en cierta forma, dolía.

—Bueno, sólo tienes que comportarte de aquí en adelante—. Muy dócilmente, Michaela asintió—. No le des dolores de cabeza, sé una buena chica...

—Lo sé.

—No te aproveches —le advirtió Marissa con ojos entrecerrados, y David paró con sus consejos. Tomó la mano de su mujer y se fue a otro lado dándole privacidad a Michaela.

Peter la miró entonces.

—¿Qué significa eso entonces? —ella bajó la cabeza.

—No quiero dejar a mi abuela ahora que está enferma—. Ella elevó su mirada a él, pensando en que a lo mejor él estaría molesto, pero el rostro de Peter era sereno—. ¿No estás enfadado?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Bueno... nuestros planes se fueron al traste.

—Nena... Te apoyé porque te vi decidida, y mejor ayudarte y asegurarme de que las cosas te salían bien, a discutir y luego ver cómo, de todos modos, hacías las cosas por tu cuenta.

—¿Qué? ¿Tú no estabas de acuerdo?

—No del todo.

—Pero... creí que... en cierta forma... —ella bajó aún más la voz— pensé que estarías completamente de acuerdo, creí que eras el más interesado en que me fuera de casa; no tenemos mucha privacidad por vivir aún con mi hermano...

—Y yo vivo con mi hermana —él se encogió de hombros—, y tú no me reprochas eso.

—Pero es diferente, tu hermana te necesita.

—Y ahora tu abuela te necesita. Te prometo que —siguió él con voz algo solemne, y retirando el largo cabello de ella y echándolo hacia atrás— en cuanto pueda, te llevaré conmigo a mi casa, a vivir solos y muy juntos. ¿Te parece? —ella elevó una ceja.

—Eso suena como que serás tú quien trabaje duro mientras yo espero en casa.

—Entonces trabajemos juntos por la construcción de nuestro futuro, sin apresurarnos demasiado ni saltarnos pasos. Te amo, y quiero hacer esto bien.

—Pero temo que te canses y...

—Eso no sucederá —prometió él—. No quiero a otra mujer que no seas tú, no me imagino el mundo si no es a tu lado —Michaela sonrió extremadamente feliz. Recibió el beso de Peter en la frente y suspiró tremendamente aliviada. Esto era lo que más la angustiaba. Le molestaba ser todavía una niña, depender todavía de su hermano, y quería convertirse lo más rápido posible en una mujer libre para poder estar a su lado.

Pero él tenía razón, no era necesario apresurarse ni saltarse pasos. Habría que soportar un poco la sobreprotección de David, pero hasta él había suavizado un poco la vigilancia sobre ella.

—Yo también te amo —le dijo—, y tu promesa me da seguridad y tranquilidad.

Maurice abrazaba a Agatha, y nada que la soltaba. Tenía su cabeza apoyada en el hombro de la anciana y ella le paseaba la mano por la espalda.

—Estoy bien, estoy bien –le decía, pero al parecer, no era suficiente; él no la soltaba—. Tu mujer se va a poner celosa—. Eso lo hizo reír, y al levantar la cabeza, le vio los ojos húmedos—. Niño tonto, ¿acaso me he muerto?

—Si no te cuidas, morirás, y no me verás llorarte.

—No me voy a morir.

—¿Qué voy a hacer si algo te pasa, ah? ¿Eres mi madre, se te olvida? –Agatha le puso una arrugada mano sobre la barba y sonrió.

—Gracias por dejarme cuidar de ti.

—No. No digas esas cosas feas. Suenan a despedida –dijo él volviendo a enterrar su cabeza en el hombro de Agatha, y ella miró al techo suspirando.

—Tranquilo, tranquilo... me quedan muchos años todavía... Tengo mucho por ver... como a mis nietos y bisnietos. Samuel es un bebé precioso... y a lo mejor Marissa me da muchos bisnietos, quiero verlos también—. Él levantó la cabeza mirándola esperanzado. Lo había puesto muy nervioso ver a Agatha inconsciente, no se había dado cuenta de la fragilidad de la vida sino hasta entonces. Una persona a la que él amaba se acercaba a sus últimos años de vida.

Esperaba que fueran unos diez, o veinte.

—Cuídate –le pidió—. Por favor, haz caso a lo que te digan los médicos y no te pongas terca.

—Lo intentaré.

—Niña testaruda –Abigail sonrió. Maurice era el único que tenía la osadía de llamarla niña.

En el momento una enfermera entró, y Maurice tuvo que despedirse de ella. Cuando estuvo afuera, Abigail lo abrazó consolándolo. Había estado muy preocupado y no era para menos, Agatha era para él todo lo que una madre podía ser para un hombre.

Michaela decidió quedarse con Peter a cuidar de la abuela, y todos se mostraron conformes. Marissa se devolvió a casa deseando que ya fuera la mañana para poder hacerse la prueba y saber si en realidad estaba en la dulce espera. Sonrió al ver a sus amigos y amigas subir a sus autos con sus familias. La suya se agrandaría pronto también, y juntos serían una enorme familia bastante unida, más que aquellas que se enlazaban por sangre.

Con el paso de los días, Abigail y Maurice establecieron un nuevo ritmo en sus vidas. Anteriormente cada uno iba prácticamente por su lado, pero ahora era diferente; Maurice dormía a su lado todas las noches, compartió con ella en los momentos en que Samuel no dejó dormir y fue con ojeras al trabajo, pero no la dejó sola, y fueron a casa de David a visitar a la abuela Agatha en varias ocasiones.

Marissa pudo comprobar que estaba embarazada y David no ocultaba su enorme sonrisa de felicidad, Michaela deshizo momentáneamente sus planes de irse a otro lugar a vivir, aunque de eso sólo tenían conocimiento Marissa, Diana y Abigail.

Pasadas las semanas, se atrevió a salir sola con el bebé con más frecuencia. Se hizo la promesa de hacer el curso de conducción en cuanto pasaran algunos meses para tener mayor independencia y se fue adaptando muy fácilmente a su nueva vida en la mansión. Tenía pleno dominio del personal y los gastos, aunque en esto último siempre requería la ayuda de Maurice; sólo mientras aprendía.

Por ahora, salía en los automóviles conducidos por el chofer de la mansión, Carl, y casi siempre llevaba consigo a Katie o Julie para que la acompañaran, no porque se sintiera incapaz o requiriera de su ayuda, era por seguridad; las chicas serían un par de ojos más que la ayudarían a estar en mayor alerta.

No confiaba en el silencio de sus padres, o de sus hermanas. Todavía no sabía cuál de todos ellos le había dicho la verdad a Maurice, y no había hablado con él del tema para que se lo revelara, sentía que sería como hurgar en una herida que apenas estaba sanando.

Sin embargo, ese día todas sus precauciones no valieron de nada. Cuando se subió al auto para volver a casa, se dio cuenta de que Carl no era Carl, y que Julie era dejada inconsciente en la acera mientras el auto salía disparado hacia algún lugar.

Empezó a gritar pidiendo explicaciones acerca de lo que estaba pasando, pero el hombre que conducía no dijo nada. Había dejado su teléfono en el bolso, y éste lo tenía Julie. Las puertas estaban aseguradas, y realmente, ella no habría sido capaz de tirarse fuera con el bebé en brazos en caso de que pudiera abrirlas. Si no fuera por Samuel, incluso habría conseguido que el conductor perdiera el control del auto y se estrellara para poder escapar, era preferible la muerte a esto que le estaba pasando. Pero Samuel no tenía la culpa, y la necesitaba muy viva y con sus cinco sentidos trabajando a toda velocidad para protegerlo.

Luego de un largo trayecto, el hombre se detuvo y la hizo bajar, la tomó un poco bruscamente del brazo y ella aferró aún más fuerte a Samuel. La condujeron a una camioneta un poco grande y de tono oscuro, del que salieron dos hombres más, y cuando uno de ellos hizo ademán de quitarle al niño, simplemente le dio una patada en la espinilla que lo hizo doblarse de dolor. Otro intentó hacer lo mismo, pero a este lo mordió y tiró tan fuerte que hizo brotar la sangre en su piel.

—¡Es una fiera! —dijo uno.

—Está bien, no importa si llegan juntos o por separado, no creo que se molesten por eso.

—Quién –inquirió Abigail—. ¿Quién los mandó hacer esto? ¿Saben quién es mi marido? ¿Saben lo que les hará por esto?

—Nos arriesgaremos –dijo otro. Le puso una mano en la espalda llevándola a la puerta de la camioneta y la obligó a entrar. Abigail arrulló a Samuel, que parecía molesto con tantos movimientos y sacudones.

Respiró intentando calmarse, miró fijamente el rostro de cada hombre, pues no se habían molestado en cubrirse ni disfrazarse, lo que la puso más nerviosa. Si no les importaba que ella los identificara, significaba que no tenían planeado dejarla libre para que tuviera ocasión de ir a la policía.

Besó la cabecita de su hijo cerrando sus ojos con fuerza y sintiendo cómo latía su corazón. Ojalá Julie estuviera bien, y pudiera avisarle a Maurice lo que estaba pasando. Ojalá no se les hubiera pasado la mano con el golpe que le dieron.

Llegaron a casa de sus padres, y Abigail no pudo sino asombrarse de la osadía de ambos. ¿De verdad esperaban que todo quedara así?

Arnold la recibió en una de las salas, tenía las manos en la cintura y la miraba con una sonrisa satisfecha, como si al fin la tuviera donde y como quería. Su expresión le produjo escalofríos.

—No estés tan nerviosa –le dijo Arnold—. No te pasará nada.

—En cambio –contestó ella—, yo no puedo garantizarte lo mismo –él se echó a reír.

—Confías demasiado en la fuerza de ese hombre.

—No sólo en su fuerza... también en su furia.

—Por qué... ¿te la ha hecho sentir? –Abigail se mostró confundida, la mirada de Arnold era más bien ávida, como si quisiera escuchar detalles donde Maurice le pegaba o le hacía cosas más agresivas. ¿Hasta dónde llegaba su perversión que incluso era capaz de imaginarse escenarios así donde su propia hija era la víctima?

Lo miró de reojo dando un paso alejándose de él. Miró en derredor, pero no vio a su madre por allí. Una mujer se le acercó y le dijo algo en el oído. Abigail la reconoció, su nombre era Heidi, recordó, y hacía parte del personal desde antes de que ella se fuera con Maurice en su motocicleta.

—¿Qué? –exclamó Arnold ante lo que la mujer dijo— ¿No está? ¿Cómo que no está?

—No ha... regresado.

—¿Qué significa eso? ¡Sólo tenía una maldita cita médica, como siempre! Cómo es que no ha regresado? Sabía perfectamente lo que... —se interrumpió mirando a Abigail y apretando sus labios, como tratando de controlarse.

Abigail sonrió un poco torcidamente. Su madre sabía lo que iba a pasar hoy, seguro hasta había ayudado en la planeación de todo esto, pero había decidido dejarlo solo a última hora yéndose quizá con el médico. Tal vez no quería ya hacer parte de esta locura, tal vez había dejado de importarle el qué dirán y lo había abandonado todo. Ella era más lista.

—¿Qué buscas con todo esto, papá? —Arnold apretó fuerte sus puños sintiéndose traicionado por la que hasta el momento acató cada una de sus órdenes. Era una sorpresa para él, y de verdad esperaba verla llegar en cualquier momento con una excusa. Esperaba que fuera muy creíble, aunque, de todos modos, se llevaría su castigo por hacerle pasar por esto.

Caminó a uno de los muebles mirando al suelo y apretando los dientes, delante de Abigail no quería parecer derrotado o abandonado, así que se sentó tratando por todos los medios de mostrarse tranquilo. Abigail no salía de su asombro.

—Dinero —contestó él a su hija mirando a otro lado como si nada le produjera demasiado interés—. Necesito dinero.

—¿Y cómo exactamente planeas obtenerlo? —él alzó la mirada a ella entrecerrando sus ojos.

—Antes no tenías contestaciones tan rápidas. No te he escuchado tartamudear ni una sola vez desde que entraste por esa puerta... ¿En realidad eres Abigail?

—No, no lo soy; al menos no la Abigail que conociste. He cambiado.

—Vaya, qué interesante. ¿Entonces... por qué tartamudeabas? Desde niña lo hiciste. Conseguiste que me sintiera avergonzado de la semilla que sembré en tu madre—. Abigail apretó los dientes sintiendo ira.

Samuel empezó a quejarse, y ella se movió para arrullarlo y calmarlo. Miró su reloj de pulsera, eran las diez de la mañana. Maurice podía llamarla en cualquier momento, y luego llamar a la casa y comprobar que no había llegado. Se extrañaría, llamaría a Diana y Marissa para preguntarles si se habían reunido, por último, a Agatha, y al ver que no estaba con ninguna, se preocuparía.

Lo que seguía era venir aquí. Sería por lógica su siguiente opción.

Abigail, que en el fondo había sabido que a su hijo no le harían nada y por lo tanto podía sentirse un poco tranquila con respecto a eso, empezó a preocuparse de veras. Todo esto había sido instigado para que Maurice llegara a este lugar. Era una trampa.

—Te pido que me dejes ir —le dijo a Arnold—. No te denunciaré ante la policía si...

—¿Denunciarme? Por qué harías tal cosa? Yo sólo quería ver a mi nieto —dijo con una sonrisa, y era tan falsa como sus palabras. Ni una sola vez había intentado mirar bien al bebé, ni siquiera había preguntado su nombre; no era un abuelo preocupado.

—Lo que estás haciendo está mal. Recapacita, por favor —él la ignoró llamando a la misma mujer que antes le había dado el mensaje de que su madre no había llegado y ésta caminó a él. Abigail la notó demasiado ansiosa por complacer a su padre, y eso le produjo cierta repulsión.

—Llévala a su habitación —le ordenó Arnold.

—Papá...

—No te sucederá nada, ni a ti, ni al bebé.

—Maurice no lo entenderá así... te lo hará pagar caro.

—No le temo —le dijo con una sonrisa—. Si es un hombre fiero y temible, será mejor. Incluso espero que se ponga violento.

—¿Por qué...?

—Confía en mí, hija. Todo estará bien.

—¿Qué sucede? —le preguntó Stephen a Maurice al verlo pasearse de un lado a otro en su oficina—. ¿Todo marcha bien?

—No —le contestó Maurice—. No lo sé. Abigail...

—¿Qué pasa con Abigail?

—No contesta el teléfono —Stephen se echó a reír.

—Vamos, ¿no estás un poco paranoico?

—No, no es paranoia... Ya llamé... y a todos; no está con ninguno.

—¿Salió sola de casa? —preguntó Stephen preocupándose.

—Ella nunca sale sola de casa, sabe que no debe hacerlo. Siempre lleva consigo parte del personal...

—Señor —le interrumpió su secretario luego de tocar un par de veces—. Hay... una joven que

solicita hablarle.

—Soy yo, señor —dijo Julie entrando a la oficina sin que le hubiesen autorizado. Se apoyaba la mano en la parte trasera de la cabeza y sus ojos se veían como si hubiese estado llorando.

—¡Julie! —exclamó Maurice abriendo grandes sus ojos—. ¿Qué te sucedió?

Luego recordó que hoy en la mañana Abigail le había dicho que saldría con ella. Si ella venía aquí, herida y con ese rostro de preocupación, significaba que los peores temores de Maurice se habían hecho realidad.

Ahora sí, todos los demonios internos de Maurice reclamaron salir. Algo le había sucedido a Abigail.

Abigail estaba en su antigua habitación, y le extrañó ver que no había rastro de las cosas de la hija de Christine aquí. Tampoco había visto a su hermana.

¿Estaría ella implicada o enterada de todo esto? ¿Había estado de acuerdo con esta locura?

No le habría extrañado nada, siempre pareció como si sus hermanas la odiasen, y ella se preguntaba todavía por qué. No alcanzaba a comprender la razón por la cual una persona podía odiar a su propia hermana; personas que habían compartido el mismo vientre no debían odiarse, ¿verdad? Por el contrario, debían amarse y protegerse.

Miraba a Daniel y a Maurice y era increíble que, aunque sabían que eran primos desde hacía muy poco, se cuidaban el uno al otro, se trataban como hermanos y se ayudaban. David y Maurice ni siquiera compartían sangre, y parecían hijos de la misma madre. Pero era un hecho que no todas las familias eran iguales, no todos los hermanos nacían con ese amor fraternal... Después de todo, se dijo suspirando, su familia era la más disfuncional de todas.

Dejó a Samuel en el centro de la cama con almohadas a cada lado para que no se le ocurriera moverse, tenía la costumbre de recorrerse toda la cama o la cuna en la que estuviera y en una ocasión, luego de darle la espalda por sólo unos escasos segundos, lo había hallado al filo del colchón; ahora estaba despierto e inquieto, así que era mejor prevenir.

Caminó a la silla que habían construido al pie de la ventana, era un cajón largo de madera en el que había guardado desde niña sus tesoros. Estaba todo bien apuntalado, y ya no se levantaba la tabla como antes, así que el que había sacado de aquí el diagnóstico médico falso, había tenido el cuidado de ponerlo todo de nuevo en orden.

Miró por la ventana y vio a su padre conversar con los hombres que la habían traído aquí, parecía estar dándole órdenes, y ellos asentían y movían las manos señalando lugares del jardín.

Respiró profundo.

Otra vez encerrada aquí. Odiaba este lugar, las vistas del jardín, odiaba toda la casa. No imaginó que volvería aquí.

Fueron muchos años mirando el mundo desde esta ventana, mientras abajo había cenas, o fiestas, o simplemente la visita de algún invitado. Se preguntaba ahora cuántas veces vino aquí Maurice sin que ella siquiera se enterara. ¿Habría permitido Stephanie que su marido viniera a esta casa bajo el riesgo de encontrarse con ella?

Tal vez no, o tal vez logró convencer a su madre de que la escondiera, tal como hizo en la boda.

Samuel se cansó de tener paciencia y abrió su boca desdentada para llorar en toda regla. Caminó a él y lo revisó. Debía cambiarle el pañal, que estaba mojado, pero no tenía consigo la pañalera.

Caminó a la puerta, y tal como imaginó, estaba con llave, así que empezó a golpearla para llamar a alguien de afuera.

Esta imagen se parecía mucho a las miles de ocasiones en que se vio encerrada aquí en el pasado, atrapada en su propio cuarto, llorando por que le abrieran. Sintió la respiración acortársele. No, no, se dijo; tienes que ser valiente, tu hijo te necesita.

—¿Papá? —llamó—. Necesito las cosas del bebé. ¡Por favor! —pero no se oía nada al otro lado, o si hubo algún ruido, el llanto de Samuel no dejó escucharlo. Volvió a golpear la puerta, pero le angustiaba escuchar a su hijo llorar, así que lo alzó. Samuel bajó un poco el volumen de su llanto, tal vez esperando en que cambiarían su situación incómoda, pero al paso de los minutos sin presentarse ningún cambio, consideró necesario volver a protestar.

Abigail siguió golpeando la puerta, sin respuesta.

—Esto es de locos —dijo David rascándose la cabeza y caminando por la oficina. Estaban en la estación de policía, en el despacho del capitán Morris, y Maurice acababa de contar todo lo referente a la familia de Abigail delante de Stephen, David y Daniel, quienes, preocupados, habían venido hasta aquí para prestarle toda la ayuda posible dejando tirado su trabajo.

Stephen había insistido en recurrir primero a la policía. Maurice, con su cabeza caliente, tuvo al principio la intención de ir a casa de los Livingstone y sacar de allí a Abigail con sus propias manos y demoler la casa con su propia fuerza, pero su tío lo convenció de pensar las cosas con calma.

—¿Calma? —había gritado él ante la sugerencia—. ¡En este momento podría estarle sucediendo cualquier cosa a mi mujer!

—¡No le harán nada! —exclamó Stephen—. La necesitarán a salvo al menos por el bebé, la necesitan para que él se alimente, piensa en eso. Utiliza estos valiosos minutos para pensar un buen plan.

Y el plan había sido ir con el capitán Morris, quien tenía fama de realizar unos excelentes operativos de rescate, tal como había sucedido con Michaela.

Se lo había contado todo, desde cómo trataban a Abigail sus padres y hermana, hasta lo sucedido con Stephanie. David y Daniel estaban terriblemente asombrados, y mientras el uno se paseaba inquieto por la oficina del capitán, el otro estaba sentado con una mano cubriendo su boca como si simplemente encontrara esta historia increíble.

—Y esa vez que la trajiste aquí...

—Me habían acusado de secuestrarla... la presentaron a ella como una retardada mental, incapaz de tomar decisiones por sí misma.

—Hijos de su mala madre —murmuró David. Se acercó al capitán y dio un pequeño golpe sobre el escritorio—. A nosotros nos consta que es una mujer normal, con todas sus capacidades cognitivas en buen funcionamiento...

—Eso no me lo tiene que decir —interrumpió el capitán Morris—. En esa ocasión traté con ella y la observé atentamente. Puede que fuera un poco tímida, pero no encontré en ella signos de alguna deficiencia mental... no a simple vista.

—Su madre la amenazó con conseguir un diagnóstico psiquiátrico donde se afirmara que ella es mentalmente incapaz de educar a un niño.

—Esto, de veras, me saca de quicio —farfulló David, y se escuchó el suspiro de Daniel.

—Claramente, te están tendiendo una trampa —dijo, rompiendo al fin su silencio. Todos lo miraron atentos—. Ellos hicieron esto para que fueras a su casa, y en ese momento... bueno, algo podría sucederte en caso de que te pongas violento, lo cual sería lo más plausible viéndote y conociéndote — Maurice frunció su ceño casi peligrosamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Si no le hubieras hecho caso a Stephen, no te habrías presentado solo allí a buscarla? —Maurice guardó silencio—. Eso es lo que esperan de ti, que vayas allí; te provocarán... ¿y por qué no?, dejarán viuda a Abigail. Y si no es así, te meterán preso por algún tecnicismo. Si es cierto y ellos pueden manipular el historial psiquiátrico de tu mujer, ellos tienen las de ganar y lo saben; al menos, pueden dar una buena pelea ante una corte. Tu matrimonio se invalidaría, y el bebé quedaría en manos de ellos.

—¡Eso jamás!

—Entonces debemos ser más astutos que ellos —dijo Stephen, orgulloso de las conclusiones a las que había llegado su hijo.

—Yo tengo un par de ideas —dijo el capitán con voz calmada—. Si desean escucharlas...

—Claro que sí —dijo David, y todos lo miraron con atención.

Heidi entró a la habitación de Abigail con una bandeja y comida. Tras ella, un hombre se apostó en la puerta impidiéndole a Abigail cualquier intento de salir corriendo.

La mujer traía en una de sus manos una bolsa con lo necesario para cambiarle el pañal a Samuel, y antes que atender a la comida, Abigail la tomó y buscó en ella. Había tenido que quitarle a Samuel el pañal mojado para que pudiera estarse tranquilo, y desde entonces estaba desnudo. El colchón seguía seco, pero eso podía cambiar en cualquier momento.

Se dio cuenta de que Heidi la observaba mientras le ponía el nuevo pañal al niño y la miró.

—Tú... si me ayudas, te lo agradeceré toda mi vida.

—Puedes ponerle el pañal tú sola.

—No me refiero a eso —siguió Abigail sacudiendo su cabeza, tenía que probar la lealtad de esta mujer—. Si me ayudas a escapar... —susurró.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¡Debes saber que esto no está bien!

—Yo no me meto en esas cosas. Sólo sigo órdenes.

—¿Y crees que eso te servirá de excusa ante la policía? ¿Crees que ellos entenderán que sólo seguías órdenes? —Heidi sólo se encogió de hombros y salió de la habitación dejando el plato de comida sobre una mesa. Desganada, Abigail se sentó de nuevo en la cama mirando hacia la puerta que volvía a quedar cerrada con llave.

¿Qué podía hacer? Desear que Maurice viniera no era sensato. Su marido no podía venir aquí, al menos, no solo, pero odiaba cada minuto que pasaba encerrada en esta casa.

—Por favor —dijo, juntando las manos y cerrando los ojos—. Por favor, por favor, por favor...

Sólo se escuchó el gorjeo de Samuel. Debía esperar, no sabía cuánto, pero debía ser paciente. Maurice no permitiría que nada le pasara ni a ella ni al bebé, y estaría aquí por su rescate pronto.

Sólo esperaba que también él pudiera mantenerse a salvo.

Maurice hizo una fuerte inspiración. Todo su cuerpo estaba en tensión desde que comprendió que su mujer había sido raptada, sus puños se apretaban con fervientes deseos de romper cosas, o golpear suegros.

—Intenta calmarte —le dijo Daniel poniéndole una mano en el hombro—. Es difícil, lo sé. Me pongo en tu lugar y sé que es difícil... pero debes mantener la cabeza fría hoy más que nunca—. Maurice asintió sin mirar a su primo, y Daniel dejó salir el aire sin agregar nada más.

Se habían metido con lo más sagrado para él, con lo más hermoso y valioso que tenía en su vida. El sólo pensar que Abigail debía estar sintiendo miedo, o que Samuel tal vez estaba llorando asustado, le hacía enervarse de una manera peligrosa. Pero Daniel tenía razón, debía mantener la cabeza fría.

—Maurice —lo llamó Stephen acercándose a ellos. Él se giró a mirar a su tío, y Daniel, comprendiendo que quizá necesitaban un momento a solas, se alejó.

—Tío, estaré bien —le dijo Maurice, y Stephen sonrió.

—Más te vale que lo estés. Pero no era a eso que venía —Stephen extendió una mano y la puso sobre el hombro de su sobrino—. Hay algo acerca de Abigail que no sabes.

—Oh, Dios... no me vengas ahora con que...

—No es nada malo... es algo que puede ser beneficioso para ti y para ella ahora. Necesitas saberlo —. Maurice lo miró a los ojos, los mismos ojos de Daniel, sólo que más viejos, y por lo tanto, más sabios.

—Está bien. Oigamos eso.

—Muy bien —dijo el capitán Morris llamándolos a todos, y David, Daniel, Stephen y hasta Hugh, que se había unido al operativo, se acercaron a él, además de los agentes que harían parte del equipo.

El capitán Morris les dio indicaciones por varios minutos, y Maurice escuchó atentamente cada una de sus recomendaciones. Hacía un año había tenido que sacarla a la fuerza de esa casa, hoy la historia se repetiría, y esperaba mantenerla fuera de allí para siempre esta vez.

Abigail se asombró un poco cuando, en horas de la tarde, su padre entró a la habitación donde

estaba recluida con varios paquetes de compras. De inmediato, tomó a Samuel, que dormía, en brazos y permaneció al lado de la ventana lo más lejos que pudo de él.

—Esto llegó con retraso por culpa de tu madre —dijo Arnold señalando los paquetes, y Abigail lo miró en silencio mientras sacaba de las bolsas teteros y ropa de bebé. Hacía unos momentos Heidi había traído una bolsa con pañales y pañitos húmedos, pero esto de aquí indicaba que planeaban tenerla encerrada con el bebé por bastante tiempo—. Se suponía que era ella quien haría esto —siguió Arnold—, pero ya ves.

—¿Dónde está ella? —Arnold no le contestó, simplemente terminó de sacar las cosas y la miró.

—¿Es suficiente?

—No era necesario. Me iré de aquí hoy mismo —él entrecerró sus ojos mirándola fijamente. Habían pasado las horas, y la voluntad de Abigail no se había quebrado aún. Ella no estaba nerviosa y llorando, ni suplicando que la dejaran ir. Había resistido desde la mañana como si tuviera una fuente inagotable de fuerza y confianza, y esto no podía seguir así. Todo lo que él recordaba de su hija era a una ratita pelirroja que se escondía de él cada vez que lo veía, y ahora lo enfrentaba y hasta lo retaba. ¿Qué debía hacer?

Dejó salir el aire sintiéndose un poco irritado, pero ahora tenía que ocuparse de otra cosa, ya se ocuparía de ella después. Lo primero era deshacerse de Maurice Ramsay.

Señaló los objetos que había mandado a comprar con un gesto desdeñoso.

—Utilízalos, y cuando necesites ropa para ti, llama a Heidi. Tu antigua ropa sigue aquí—. Abigail tragó saliva. Ya había olvidado que antes de irse con Maurice había tenido todo un guardarropas lleno con ropa de anciana, sin forma ni color. Por nada del mundo volvería a usar esas cosas, era como asumir la derrota.

Cuando Arnold dio la espalda para salir, Abigail cerró sus ojos rezando por que pronto vinieran por ella.

Maurice frenó su motocicleta frente a la enorme reja de hierro. Era bastante apropiado que viniera en ella hasta aquí para rescatar de nuevo a su mujer, se dijo sonriendo.

—Ya sabes, conserva la calma —dijo el capitán Morris a través del intercomunicador en el casco. Perdería la comunicación una vez se lo quitara, pero era el riesgo que tenía que correr; no podía llevar dispositivos tras la oreja, pues sería fácil de detectar por su corte de cabello. Sin embargo, bajo la ropa llevaba unas cuantas sorpresas.

Alguien le preguntó quién era, y al contestar, lo dejaron entrar, lo cual confirmaba la teoría de Daniel; lo estaban esperando.

Sintió cómo el corazón se le aceleraba, y se adentró en los jardines de la casa Livingstone. Era más pequeña que la que habitaba con Abigail, pero mientras se acercaba, se le asemejó a una enorme casa embrujada, habitada por demonios y fantasmas. Y sólo eran las tres de la tarde.

Se detuvo en la misma puerta, y por ella salió Arnold Livingstone con una enorme sonrisa de satisfacción. Maurice lo miró apretando sus dientes.

—No caigas en su juego, Maurice —esa era la voz de Daniel—. No creo necesario recordarte que tu hijo y tu mujer te necesitan vivos—. Maurice se sacó el casco al fin, y miró fijamente a su suegro. Éste bajó los escalones lentamente y se situó a unos metros de él.

—Qué sorpresa tenerte en mi casa, yerno —sonrió.

—No debería sorprenderte mi visita —contestó Maurice con voz grave, sintiendo que sus ojos en cualquier momento podían despedir fuego—. Vengo por Abigail y mi hijo.

—Oh, bueno. Lo dices como si mi hija no tuviera derecho a estar unas horas con sus padres. No conocíamos a nuestro nieto, ¿sabes? Ha sido muy ingrato de parte suya, pero hoy ha venido aquí, al fin—. Maurice elevó una ceja al comprender las intenciones de Arnold; quería que todo pareciera como si Abigail hubiese venido aquí por voluntad propia y que él sólo era un marido que coartaba la libertad de su mujer, una especie de violencia contra ella al impedirle ver a sus padres. Ellos estaban pensando llevar el teatro hasta el final.

Respiró profundo pasando saliva y miró arriba, hacia las ventanas del segundo piso. En una de esas habitaciones estaba su mujer, angustiada, asustada.

—¿No me invitas a pasar, Arnold? —preguntó con una falsa tranquilidad, y Arnold extendió la mano hacia el interior de la casa. Maurice pasó por su lado sintiendo la piel de su nuca erizarse. En cuanto estuvo en el vestíbulo, aún con el casco en sus manos, se volvió a él no tolerando darle la espalda por mucho tiempo.

Arnold miró a Maurice sonriendo por dentro. Ahora lo tenía donde quería, sólo faltaba sacar fuera su conocido temperamento y todo estaría arreglado.

—¿Te apetece algo de tomar?

—No gracias. ¿Me llevas a su habitación, por favor?

—Dime una cosa, Ramsay —dijo Arnold caminando hacia una sala, y Maurice lo siguió—. ¿Por qué te casaste con mi hija? ¿Por qué ella? Dios sabe que no es la chica más lista de todas... —Maurice apretó los dientes al oír aquello—, incluso —siguió Arnold elevando sus cejas en un gesto de pesar—, a estas alturas debiste haberte dado cuenta de que... tiene cierto retardo...

Maurice tuvo que morderse la lengua para no contestarle, y giró el rostro para tampoco tener que verlo. Intentó adivinar la disposición de las habitaciones arriba. Según lo que le había contado Abigail, su habitación daba al jardín trasero, pero nada garantizaba que ella estuviese otra vez allí.

—¡¡Abigail!! –gritó a viva voz, y por el rabillo del ojo vio a Arnold adelantarse un paso hacia él como si intentara evitar de alguna manera que siguiera gritando y llamándola –¡¡Abigail, soy yo!! – volvió a gritar. Maurice miró a Arnold de frente poniendo delante el casco como si le sirviera de escudo, y Arnold pareció pensárselo mejor. Hizo una mueca enseñando sus dientes, sumamente molesto, y Maurice casi sonrió. Seguro que ahora mismo quería golpearlo—. Disculpa mi comportamiento –dijo luego con una sonrisa afable—, pero como no te vi intención de actuar como buen anfitrión llamando a mi mujer, lo hice por mí mismo.

—No tenías que hacer tal cosa –masculló Arnold.

—Bueno, necesito asegurarme de que ella está bien, y también mi hijo. No es que dude de los tiernos cuidados de su madre, pero... —Cayó en cuenta entonces de que hasta ahora no había visto a Theresa, una que no perdía oportunidad de hacerse ver y expresar su opinión. ¿Estaría arriba con Abigail? ¿Custodiándola, quizá?

Tampoco había aparecido Christine, la hermana que estaba viviendo aquí con su familia. La casa estaba sola, al parecer.

Miró de nuevo a Arnold preguntándose qué estaba pasando con esta familia, o si todo era parte del plan.

—No veo a Theresa –dijo—. Ni a Christine –fue curiosa la reacción de Arnold, que intentó mantenerse impassible, pero en su rostro se notó la molestia que le causaba que él señalara esto—. ¿No está en casa? –preguntó Maurice.

—Eso no te interesa, Ramsay...

—Escuché que tienes problemas de dinero –atacó él, aprovechando la oportunidad de volver las tornas—. Has ido perdiendo el control de tu compañía. ¿Malas decisiones?

—¿No viniste por Abigail, acaso?

—Tuviste que deshacerte de gran parte de tus acciones –siguió Maurice, dando un paso hacia él y casi sonriendo, aunque era una sonrisa de quien está acorralando poco a poco a su presa—, ¿tus otros yernos adinerados no pudieron ayudarte?

—¿Por qué te interesan mis asuntos económicos?

—Porque yo causé tu desgracia, Arnold Livingstone. Si ahora estás teniendo problemas de dinero, es gracias a mí –Arnold lo miró fijamente y apretó fuerte su mandíbula. Maurice lo vio empuñar su mano, pero esto no hizo sino exacerbar su deseo de provocarlo a ira—. Tomé la idea hace unos meses –siguió Maurice—. Hace un tiempo... bueno, en realidad no hace mucho, un amigo mío sufrió acoso empresarial. Intentaron comprarlo, y el método fue debilitando su reputación y atacando sus diferentes fuentes de ingreso para que no pudiera recuperarse por sí mismo. Dentro de sus empresas había espías, gente hábil y buscados a nivel internacional... No, no me mires así –sonrió Maurice

mirándolo con ojos que permanecían serios—, no llegué tan lejos contigo, pero no fue por falta de ganas... acabar contigo fue muy fácil.

Arnold tenía la respiración agitada. No podía creerlo. ¡Había sido Maurice todo el tiempo! Y él desesperado, ¡y hasta creyendo que en el futuro podría ayudarlo!

Sería justo entonces que se quedara con su dinero.

—¿Por qué... harías tú tal cosa?

—¿Por qué? —preguntó Maurice, incrédulo—. ¿Me estás diciendo que no tenía motivos para desear acabar contigo? ¿Olvidaste ya que intentaste acusarme de la muerte de Stephanie? ¡Intentaste meterme a la cárcel!

—Ya. Te estás vengando.

—Lo increíble de todo esto es que la venganza vino de la manera que menos esperé —y luego de decir esto, Maurice se echó a reír—. Es increíble, pero cierto. ¿Te cuento qué es lo peor de tu vida? Que no tienes un solo ser humano a tu alrededor que te extienda la mano en el momento en que lo necesites. William Richardson —dijo, refiriéndose al esposo de Charlotte, la segunda hija de los Livingstone— no lo hará porque no le conviene, James Stevens no lo hará porque no tiene con qué... y Leonard Chandler está tan asustado que no se atreverá a contrariarme.

—¿Qué...?

—Y es obvio que yo no lo haré. Ya tú sabías eso, ¿verdad? Por eso intentas deshacerte de mí, apoderarte de mi hijo y quedarte con la fortuna Ramsay. Pero aunque hicieras eso, no conseguirías tocar un dólar de mi dinero, Livingstone. ¿Quieres saber por qué? —Maurice se acercó otro paso, y con tono apenas audible, dijo—: porque Abigail firmó la separación de bienes antes de casarse conmigo —Arnold palideció. Se notó en sus labios que quedaron casi azules.

¡Esa estúpida! ¿Qué había hecho? ¿Había condenado a su familia a la perdición? ¿Por qué había hecho semejante barbaridad? Nadie hace tal cosa a menos que sea un imbécil sin ambiciones en la vida. ¡¡Oh, cuánto hubiese deseado que su hija en verdad fuera Stephanie y no la tartamuda Abigail, torpe, torpe, torpe!!

No importa, se dijo tratando de tranquilizarse y mirando a Maurice directamente a sus pupilas claras. Estaba todavía el hijo, un niño indefenso que quedaría huérfano hoy.

—Además —siguió Maurice, como si hubiese adivinado todos y cada uno de sus pensamientos—, a pesar de ser tan joven, conozco la volubilidad e impredecibilidad de la vida. Hoy estamos vivos, mañana no se sabe... así que he redactado un testamento en el que dejo a mi hijo y a mi mujer a cargo de personas de mi entera confianza... Esas personas ya están al tanto de esto y han prometido ante las autoridades pertinente cuidar de ellos en caso de que la fatalidad se presente y a mí me suceda algo... Como comprenderás, entre esas personas no estás tú, Arnold.

—Eres un...

—Pero hay algo —siguió Maurice elevando su dedo índice y callando a Arnold—, hay algo que me muero por decirte, es algo... cómico—. Maurice sonreía, mientras Arnold parecía querer destrozar sus dientes de tanto apretarlos. Casi se oía el rechinar de sus muelas—. Quiero contarte por qué me casé con Stephanie. Es una larga historia, pero... creo que me tomaré el tiempo —respiró profundo y siguió—. Me casé con Stephanie creyendo que era Abigail. Desde niño estuve enamorado de tu hija —elevó una de las comisuras de su boca en lo que fue una sonrisa tierna. Aún en estas circunstancias, hablar de esto le conmovía el corazón—. Stephanie la suplantó. Lo admito, fui idiota y me engañó. Abigail se enteró y quiso impedir la boda, pero ¿sabes qué hizo tu mujer?, se dejó comprar por Stephanie y le impidió a Abigail aparecerse en la boda... —Arnold lo miraba confundido. Las piezas de este rompecabezas estaban cayendo sobre él y no sabía qué hacer con tanta información.

—¿De qué hablas?

—Pude haber sido tu yerno desde hace casi diez años. Era un niño bastante influenciado, aunque gracias a Dios que siempre he tenido a mi lado al tío Stephen que siempre ha cuidado de mí, ¿pero te lo imaginas? Pudiste haber hecho de mí al yerno perfecto, porque estaba tan enamorado que habría hecho cualquier cosa, cualquier cosa, por ella y su familia... —Arnold agitó la cabeza negando. No, no, esto no podía ser. Theresa siempre se preguntó por qué Maurice se había casado con Abigail, qué había visto en ella además del parecido con Stephanie, quien siempre fue hirientemente hermosa.

Y ahora tenía la respuesta. Ramsay no se había casado con Abigail por su parecido con Stephanie. Por el contrario, Ramsay se había casado con Stephanie por el parecido con Abigail.

—Y mostraste tu verdadero ser cuando ella murió —siguió Maurice—. Se te abrieron los ojos y creíste tener una inspiración, una epifanía. Acusémoslo de la muerte de la chica, y todo su dinero pasará a manos de la familia. Qué idea tan brillante, Livingstone. De veras, ¡digno de ti! Tu acusación apenas si fue escuchada. ¡Qué ridículo! ¿De verdad creíste que te meterías con una familia como la mía y salir victorioso?

—¿Qué familia? No eres más que un bastardo!

—¿Ah, intentas provocarme con eso? No lo conseguirás. No conseguirás nada, nada de lo que te propusiste antes, ni ahora, trayendo aquí a mi mujer y mi hijo. Por eso te advierto, Livingstone, déjala libre. Déjala ir mientras esto todavía no es tan grave.

—Ella vino aquí para...

—¡La secuestraste! Hiciste daño a una de las personas que estaba con ella y la trajiste a este lugar a la fuerza. ¡A una mujer indefensa con un bebé más indefenso aún! ¿No te da vergüenza tu propia ruindad? ¡¡¡Abigail!!! —volvió a gritar, pero esta vez, además, corrió escaleras arriba y siguió llamando. Arnold fue detrás, pero antes, tomó el atizador que descansaba al lado de la chimenea, ahora apagada, y lo elevó para golpear la cabeza de Maurice.

Abigail le daba de comer a Samuel mientras pensaba, pensaba y pensaba. Estaba exprimiendo su cerebro, y estaba segura de que, de no hallar una solución pronto, sus neuronas terminarían fundidas.

Necesitaba escapar, necesitaba salir de aquí. ¿Pero, cómo?

Miró a su hijo pegado a su pecho, alimentándose tranquilamente, con un pañal seco y ropa limpia. Era todo lo que un bebé necesitaba, y sonrió acariciando su suave cabello negro.

Minutos después su hijo quedó satisfecho y se separó de ella con sus ojitos entreabiertos y una expresión de complacencia. Una gota de leche se había quedado en su labio inferior y ella lo secó con ternura.

—Tenemos que salir de aquí —dijo, acomodándolo sobre el pecho y dándole palmaditas en la espalda con suavidad.

Caminó al ventanal y miró hacia abajo los jardines. De adolescente, siempre soñó con escaparse usando sábanas atadas como aparecían en los libros y la televisión, pero nunca se había atrevido a hacerlo. Además, ¿escapar para qué? Nadie la había esperado jamás al otro lado.

Ahora sí, y estaba considerando seriamente cometer una locura.

Dejó a Samuel en la cama y tomó una sábana para atársela alrededor del pecho, luego, con cuidado, metió a Samuel en la hamaca que había creado como si fuese un portabebés. Su hijo pareció feliz en el pequeño capullo que había formado para él y no protestó. Volvió a meter todo en la pañalera y quitó las otras sábanas anudándolas unas a otras.

Se asomó por la ventana. ¿Cuántos metros había en la caída? Miró en derredor y se alivió al notar que no había por allí hombres que alertaran de sus movimientos.

Las sábanas se le acabaron, y estaba segura de que no sería suficiente para llegar sin riesgo al suelo. Por sí misma, se habría tirado sin ayuda de nada, después de todo, sólo era un piso y abajo había unos setos que amortiguarían la caída, pero con Samuel no quería correr demasiados riesgos.

Empezó a buscar en los armarios ropa que le sirviera, pero estaban vacíos.

—¡Las cortinas! —dijo para sí, y se subió al mueble de la ventana para bajarlas.

Y entonces escuchó la voz de Maurice llamándola.

Abandonó su tarea de bajar las cortinas y corrió a la puerta para pegar la oreja en la lámina de madera. ¿Había sido él realmente? ¿O estaba alucinando ya?

—Maurice, Maurice —susurró ella, deseando y no deseando que hubiese venido. Si él se presentaba, correría peligro, pero si no venía... ¿cuánto tiempo más estaría ella aquí?

—¡Abigail, soy yo! —se escuchó ahora, y Abigail no pudo evitar lanzar un quejido. Eran esperanza, alegría y miedo mezclados.

Quiso gritar y hacerle escuchar que lo había oído, pero se contuvo.

Su voz se escuchaba desde la sala, y este no era un buen espacio para escapar, estaría rodeado, encerrado, y ella era una carga para él. No cuidaría de sí mismo si tenía que cuidar de ella. Volvió a su tarea de bajar las cortinas hasta conseguirlo. Samuel, a pesar de sus movimientos, no se inmutaba, y ella siguió anudando, añadiéndole piezas a su cuerda improvisada. Se hizo lo suficientemente larga como para que llegara al suelo a pesar de estar atada a la pata de la cama, y Abigail abrió las ventanas todo lo que pudo para salir por ellas.

Miró al suelo desde su altura, eran unos tres metros, pero parecían cien.

—¡Abigail! —volvió a gritar Maurice, y Abigail miró a la puerta. Él ahora sonaba más cerca.

—¿Maurice? —susurró, como si más que llamarlo, quisiera comunicarse con él telepáticamente—. Por favor, por favor... no te pongas en riesgo por mí.

—¡Abigail, si me oyes, contéstame! —una lágrima rodó por la mejilla de Abigail.

—Aquí estoy —dijo, pero comprendió que él no podría escucharla si no gritaba.

Pero, cuando abrió su boca para gritar, se escuchó un terrible golpe seco, y el sonido de algo que cae al suelo.

—¿¡Maurice!?! —gritó, y no le importó si su grito asustaba a su hijo—. ¡¡¡Maurice!!! —gritó.

Maurice cayó contra una puerta. Tenía un hueso del brazo roto, seguramente, pero no podía ser de otra manera si había detenido el golpe de Arnold con él desnudo. El casco había salido rodando por el suelo dando contra la otra pared del pasillo y ahora éste se encontraba luchando por quitarle el atizador.

Había conseguido verlo con el rabillo del ojo, y pudo girarse a tiempo y evitar lo que seguramente pudo haber sido su muerte. A Arnold definitivamente no le había importado traspasar ciertas barreras con tal de deshacerse de él, aun cuando sabía que no conseguiría nada con ello.

—Maldito —dijo entre dientes mientras hacía fuerza para arrebatarse el atizador de las manos y además soportaba el dolor en el brazo. Escuchó los gritos de Abigail llamándolo, y el llanto de Samuel, que seguramente estaba asustado.

—¡¡Maurice!! —gritaba ella, y el terror y el horror se notaba en su voz. Imaginársela allí, llorando y asustada, le dio el valor que necesitaba para al fin ganarle a Arnold en esta lucha, y se armó con el atizador y se levantó contra él con el rostro contraído de ira.

—No me harás nada —dijo Arnold con una sonrisa que intentaba ser conciliadora y desconfiada—. No serás capaz. ¡Estás en mi casa!

—Tú... te haré pagar por todo —dijo Maurice con voz sibilante. Un ruido en su cabeza lo ensordecía, eran como tambores que resonaban quitándole toda cordura. No podía pensar en otra cosa, más que en sangre; por primera vez quería ver brotar la sangre de alguien. De hecho, casi podía verla ya. Este maldito había intentado una y otra vez destruir la vida de su propia hija, la había hecho llorar, la había asustado. Todo el sufrimiento de Abigail durante los últimos años parecieron pasar hacia la mano que sujetaba el arma que sostenía ahora. Tomó el atizador por el mango y lo levantó.

Pero el golpe no llegó. Alguien había detenido su brazo sosteniéndoselo con fuerza y tuvo que usar su cuerpo para deshacerse de la nueva amenaza. Pero no era una amenaza, era David que lo miraba con ojos grandes y le gritaba cosas. ¿David aquí? Por qué...

Daniel golpeó una puerta y dijo algo, lo único que pudo entender fue el nombre de Abigail; ella estaba detrás. Soltó el atizador y corrió a esa puerta.

—¿Abby? —llamó.

—Oh, Dios. ¡Oh, Dios, estás bien! —exclamó ella entre sollozos.

—Estoy bien —dijo él pegando su frente a la puerta. Al otro lado, Abigail, en exactamente la misma posición, sostenía a Samuel en sus brazos y sollozaba.

—Estaba tan asustada.

—Perdóname, mi amor...

—No es tu culpa... —Maurice se molestó de nuevo cuando alguien intentó alejarlo de la puerta, pero era un agente con una llave en la mano. Escuchó una exclamación y se giró a mirar. Arnold estaba siendo escoltado a la salida y gritaba y amenazaba mientras otro agente le leía sus derechos.

La puerta se abrió y Abigail pasó por ella como una exhalación tirándose a los brazos de Maurice, que la recibió y la abrazó con fuerza; entre los dos, Samuel estaba atrapado, llorando, y Maurice lo buscó con su mano para tocarlo.

—Está bien —lo calmó ella—. Estamos bien—. Con manos un poco bruscas, él le tomó la cara y la giró a un lado y a otro para buscar golpes o contusiones, pero al ver sus pecas muy claras, sólo bañadas por sus lágrimas, respiró profundo.

Sin decir una sola palabra, atrapó su boca con la suya y la besó duramente. Abigail no se negó, ni lo rechazó. Recibió su beso colmada por el inmenso alivio que estaba sintiendo.

—Este no se calla —dijo al fin Maurice, refiriéndose a su hijo, que estaba demostrando que en el futuro tal vez podía dedicarse al canto, pues tenía una voz y unos pulmones muy fuertes. Abigail sonrió, y vio a su marido sacar a su hijo del capullo que había construido para él—. Eh, hijo —le dijo Maurice al niño, y éste abrió sus ojitos dejando de llorar y buscando su mano con su boca—. Has cuidado muy bien de tu madre. Gracias —Abigail rió y lloró al tiempo. Vio a David acercarse y contestó a sus preguntas. Maurice le devolvió el niño y ella lo miró extrañada, pero entonces lo vio tocarse el brazo e intentar disimular una mueca de dolor. Ella le tomó el brazo y lo giró suavemente para ver qué había sucedido. Se estaba hinchando, y además, el área cercana al golpe estaba un poco pálida; lo miró a los ojos preocupada.

—¿Duele? —preguntó, aunque era lo más obvio; él no dijo nada, como si fuese a perder su hombría por admitir que le dolía. Llamó la atención de David sobre él y éste lo convenció de dejarse revisar por un médico, y hasta de ir a la clínica. Si Maurice era terco, David lo era aún más.

Salieron juntos de la casa en el auto de David; la motocicleta de Maurice sería llevada a casa por un agente y Arnold ya estaba en custodia junto con el personal que fue capturado para interrogarles, entre ellos Heidi.

Mientras se alejaban, Abigail ni siquiera se molestó en mirar atrás para echarle un último vistazo al lugar donde había nacido y crecido. Ni siquiera pensó en eso, así como tal vez hacían los presos al dejar la cárcel.

—Tienes el cúbito levemente fisurado —dijo el médico señalándole la radiografía a contraluz donde se veía el hueso con una fina línea a un lado—. No es grave; la fisura es sólo de unos milímetros, pero deberás mantener tu brazo inmovilizado por un tiempo.

Maurice dejó salir el aire sentado en la camilla, con el brazo envuelto en una férula y cabestrillo, y

mirando al médico con cara de pocos amigos, pero no dijo nada al sentir la suave mano de Abigail en su cabello. No se había separado de él en ningún momento, y estaba aquí brindándole su consoladora presencia mientras el médico le daba instrucciones.

Luego de haberla revisado a ella y a Samuel y comprobar que ambos estaban en perfecto estado, le habían confiado el niño a Agatha, que gustosa lo recibió y se fue con Michaela y Peter a la mansión Ramsay para acostarlo en su cuna y cuidar de él mientras los médicos revisaban a Maurice para estudiar el estado de su brazo. Abigail no había querido separarse de él por si era necesario alguna cirugía, pero no había sido así, afortunadamente.

—¿Puedo irme a casa ya? —preguntó Maurice, ansioso por dejar este lugar. El médico pareció considerarlo por un momento, y Maurice volvió a fruncir el ceño como retándolo a decir que no.

—Está bien —contestó el médico al fin—. Pero deberás guardar un par de días de reposo, si quieres que el hueso sane pronto.

—Yo me encargaré —dijo Abigail con una sonrisa, y Maurice elevó una ceja mirándola.

—Muy bien —dijo el médico, y salió.

Al estar solos, Abigail se abrazó a él rodeándolo con cuidado, y Maurice sonrió.

—Estoy bien. Sólo es un hueso fisurado —ella sólo movió su cabeza, sin emitir sonidos, y Maurice besó su cabello aspirando de nuevo su aroma, feliz de tenerla otra vez en sus brazos—. Te amo —le dijo—. Siento que hayas tenido que pasar por esto.

Ella se separó al fin y lo miró a los ojos. Todavía no podía superar el miedo que había sentido cuando escuchó el golpe. Había intuido que se trataba de él y no se había equivocado. ¿Y si en vez de en el brazo hubiese sido en la cabeza o cualquier otro sitio vital de su cuerpo? La sola posibilidad volvía a aterrarla.

Se escuchó un carraspear, y ambos giraron su cabeza encontrando a David avanzando hacia ellos con sus brazos cruzados.

—El médico dice que puedes irte a casa —dijo, y Maurice asintió bajando de la camilla.

—Sí, y la verdad es que me quiero ir ya —salieron del área de emergencia donde había estado y encontró en una sala a Marissa, Daniel, Stephen y Hugh, que habían estado con él desde esta mañana. Los miró uno a uno y elevó una comisura sonriendo—. Estoy en deuda con todos aquí.

—Ni lo digas —sonrió David, rechazando sus palabras—. Tú me ayudaste a mí cuando Michaela estuvo en peligro.

—Y a mí —agregó Hugh—. Cuando mi empresa estuvo en peligro.

—Eres mi primo —señaló Daniel—. Haría por ti cualquier cosa de manera incondicional.

—Lo mismo digo yo —sonrió Stephen—. Eres mi sobrino. Sobornaría al mismo demonio por tu seguridad—. Maurice miró a Marissa como esperando que dijera algo, pero ella sólo se encogió de hombros y sonrió.

—Vaya, me conmueven —contestó Maurice caminando a paso lento y apoyándose en su mujer, aunque no era necesario, pero se sentía bien tenerla así cerca—. ¿Alguno de ustedes me llevará a mi casa? No puedo conducir.

—Yo lo haré —dijo David, y juntos, salieron de la clínica.

—Todo salió conforme a lo planeado —iba diciendo David. Miró a través del espejo retrovisor el brazo inmovilizado de Maurice, que iba en el asiento de atrás con Abigail a su lado y se corrigió—. Bueno, casi todo. Sabíamos que Arnold Livingstone se pondría violento, pero fue una sorpresa que iniciara una lucha cuerpo a cuerpo contigo.

Abigail escuchaba atentamente a la vez que sujetaba la mano libre de Maurice.

—¿Estuvieron todos allí? —preguntó.

—Todos, sí... Livingstone había contratado un grupo de hombres que custodiaran la casa...

—Sí, de eso me di cuenta —farfulló ella.

—Pero no fue difícil neutralizarlos. Cuando vieron a la policía, básicamente huyeron. Eso me hace pensar que no se les pagó lo suficiente, o simplemente no imaginaron que el asunto se pondría así de feo.

—Parece que, después de todo, Maurice hizo lo que se esperaba de él —sonrió Marissa girándose a mirarlos.

—¿Y qué era lo que se esperaba? —preguntó Abigail mirándolo. Maurice hizo una mueca, pero fue Marissa la que contestó.

—Sabíamos que Arnold Livingstone intentaría provocarlo, pero la situación debía cambiar, era él quien debía perder el control. Para entonces, se esperaba tener la casa rodeada y a ti ubicada.

—Encontraron el cordón hecho con sábanas colgando de la ventana de tu habitación—sonrió David mirándola—, habría sido muy arriesgado salir por allí con el bebé.

—¿Qué? —preguntó Maurice mirándola con ceño—. ¿Intentaste saltar de un segundo piso con Samuel?

—Saltar no... para eso hice la cuerda.

—Parece que llegamos a tiempo –masculló él, Abigail sonrió al verlo así y no agregó nada más. Siguió escuchando los pormenores del plan que habían ideado para ir en su rescate, y esto la llenaba de seguridad, y cierta alegría. Según lo que escuchaba, en cuanto Maurice se había dado cuenta de su rapto, se había puesto en acción. No había ido solo y por su cuenta como temió, sino que tuvo la suficiente paciencia como para esperar a que entre sus amigos y la policía tejieran un plan que fue efectivo.

Ya que el plan de su padre fue provocar a ira a Maurice para que perdiera el control y luego poder acusarlo de algo, o lavarse las manos diciendo que si algo le habían hecho, fue en defensa propia, era crucial que mantuviese la calma y lo entretuviera todo lo posible mientras la policía hacía su trabajo.

Su padre estaba ahora encerrado en la cárcel acusado de secuestro e intento de homicidio. Su madre estaba desaparecida, y por lo que había escuchado, ninguna de sus hermanas estuvo enterada de todo esto. Eso las dejaba relativamente a salvo, pues sería inevitable que se desatara un nuevo escándalo, y sus respectivos maridos, y ellas mismas, odiarían tener que enfrentarse a algo así de nuevo.

Luego de pasar ese día con su padre en su casa, había comprendido que debían ser ellas quienes le dijeran la verdad a Maurice. Debido a que eran las hermanas más desleales del mundo, Abigail se sentía terriblemente traicionada; tenía un asunto pendiente con ellas, pero esto quería hacerlo por sí misma, ya Maurice había hecho bastante.

Llegaron a casa, y David y Marissa se estuvieron con ellos sólo unos minutos más, los suficientes como para ver a Samuel, que ya estaba dormido por obra y gracia de Agatha, tomar una bebida en la sala y despedirse. Michaela abrazó a Abigail y la retuvo allí por varios segundos. Abigail había escuchado su historia por boca de Maurice, y sabía que la joven la comprendía perfectamente, aunque tal vez las condiciones en que ella estuvo fueron mucho peores.

—Estoy bien... básicamente, sólo estuve en mi antigua habitación encerrada con mi hijo, que no permitió que la desesperación me ahogara.

—Me alegro –dijo Michaela con ojos llorosos—. Lo que una siente... no se lo deseo a nadie.

—No, ni yo.

—Pero ambas están bien –dijo Marissa con voz suave y poniendo la mano sobre el hombro de cada una, que movieron su cabeza en un asentimiento. Era verdad, ambas estaban bien, pero había heridas profundas que, cuando no se trataban a tiempo, podían dejar el alma enferma.

David se fue llevándose a sus mujeres, y también a Peter, dejándolos solos. Maurice extendió su brazo sano para rodear a Abigail y subir con ella de nuevo las escaleras.

—Estoy cansado –dijo mientras avanzaba a paso lento—, muy cansado.

Entraron a la habitación y sin decir nada, ambos se recostaron en la cama, Maurice aún con su

brazo sano rodeando sus hombros, y ella apoyando en él su cabeza. Ella cerró sus ojos sintiendo tanto alivio que incluso sonrió. Él movía su mano y acariciaba la piel de su brazo con suaves toques, y así pasaron varios minutos.

—Tenía miedo de no estar aquí para la noche —susurró ella—. Durante las horas que estuve allí encerrada, tuve el miedo de tener que pasar mucho tiempo otra vez allí.

—No lo habría permitido —le aseguró él—. De una manera u otra, te habría sacado de allí.

—Gracias, Maurice.

—No tienes que agradecerlo... Me mantuvo cuerdo el pensar que a tu padre no le convenía hacerte daño, ni a ti, ni al bebé... pero lo pasé muy mal imaginándote allí encerrado —ella suspiró, y se movió suavemente acomodándose mejor a su lado.

—¿Qué cosas dijiste para provocarlo? —él miró al techo e hizo una mueca.

—Bueno, le dije la verdad acerca de nosotros... y le dije que nada de lo que hiciera por obtener mi dinero valdría la pena, ya que tú firmaste un acuerdo prenupcial—. Abigail se tensó un poco y lo miró fijamente.

—Te lo dijo Stephen.

—Sí. ¿Por qué me lo ocultaste? Pensé que ya no había más cosas que me ocultaras —ella se elevó un poco para mirarlo a los ojos.

—No fue intencional... de hecho, lo había olvidado —él sonrió e hizo que se volviera a recostar.

—Te creo... No importa ya. Mañana mismo iniciaré una investigación para saber dónde está tu madre, y averiguaré si tus hermanas estuvieron implicadas en todo esto—. Abigail se sintió triste de repente, y se movió pasando el brazo por la cintura de él.

—Fueron ellas, ¿verdad? Ellas te dijeron lo del diagnóstico médico—. Maurice asintió suavemente.

—Sí. Llegaron un día a la oficina. Me negué a atenderlas, pero ellas lo dejaron en la recepción con una nota bastante ponzoñosa.

—¿Por qué... por qué hicieron eso? Quiero decir... ya aprendí que las mentiras tarde o temprano son descubiertas, y más si es una muy grave, pero... esto no fue fortuito, ellas lo hicieron a propósito, sabiendo que me haría mucho daño si tú descubrías la verdad.

—Tus hermanas te envidian.

—¿Pero por qué? ¡Siempre lo han tenido todo! Estudiaron, se casaron, tienen sus hijos, sus casas... viven vidas soñadas...

—Eso es lo que se ve por fuera, pero seguro que puertas adentro todo es una gran mentira. ¿Pero a quién le importa? Allá ellas... ¿o quieres vengarte? —Abigail se echó a reír, pero su risa tenía cierto tinte de tristeza, y Maurice la acercó más a él.

—Son tus hermanas, algún día se darán cuenta de que las distancias entre hermanos no son buenas. ¿Quién sabe? Quizás hasta se hagan buenas amigas—. Abigail negó, incapaz de imaginarlo, pero no dijo nada. Sonrió al comprender que ahora era Maurice el que veía la vida con más esperanza.

—Me siento como si... tuviera que pedirle perdón a la humanidad por... esa familia que me tocó—. Maurice suspiró.

—Las hay así. Pero también hay familias muy unidas, y que lo dejarían todo por su ser querido. Las he visto—. Abigail asintió, ella también las había visto ahora, y con eso se había restaurado un poco su fe en la humanidad.

—¿Cuánto crees que le den de cárcel a papá? —Maurice hizo una mueca que ella no pudo ver.

A Arnold le podían dar muchos años de cárcel si en eso se empeñaban él y el tío Stephen. Considerando que había puesto en riesgo la vida de tres personas, entre ellos, un bebé, y que esas personas eran importantes e influyentes en la sociedad, lo que quedaba de la vida de Arnold muy probablemente podía transcurrir en la cárcel.

Pero no quiso decirle eso a Abigail, era su padre, después de todo. Él no tenía un padre, ni una madre, y por lo tanto no podía juzgar qué tan fuertes eran los lazos de apego, pero sí tenía un hijo, y ya eso le hacía considerar la situación de su mujer.

—No lo sé —contestó al fin—. Puede que contrate un buen abogado y logre una rebaja, pero me temo que serán unos cuantos años.

Ella suspiró profundamente, y él movió su cabeza para mirarla, encontrando que se había quedado dormida. ¿Tanto había tardado en darle su respuesta? ¿O era simplemente que estaba tan cansada que se había quedado dormida de un momento a otro mientras hablaban?

Sonrió inclinándose a ella y besándola. Acomodó su brazo intentando no hacer demasiados movimientos y cerró sus ojos también, quedándose dormido pronto.

En los siguientes días, Maurice estuvo permanentemente en casa debido a, además de la recomendación del médico, la insistencia de Stephen, y afortunadamente, fue dócil esta vez e hizo caso.

La recuperación, sin embargo, fue rápida, y Maurice usó todo ese tiempo para estar con su hijo casi las veinticuatro horas del día.

Los rumores de lo que había pasado en la casa Livingstone fueron inevitables en los círculos

sociales en los que éstos se desenvolvían, y cuando además se enteraron de que Theresa había abandonado a su marido en favor de su médico personal, fue peor.

Sin embargo, Abigail parecía inmune a los comentarios. Tal vez porque su círculo inmediato de amigos no le prestaba atención a nada de eso y sabían la verdad.

Pasadas unas cuantas semanas, Maurice fue liberado de su férula, y ahora asistía a sesiones con el fisioterapeuta que vigilaba que todo estuviera en orden, y al parecer, así era.

—Parece que está perfecto —sonrió Abigail mirándolo abrir y cerrar su mano suavemente. Acababan de llegar de la clínica y Abigail se dirigió a la habitación de Samuel, pues lo había dejado al cuidado del personal mientras acompañaba a su marido.

Maurice la siguió admirando el balancear de sus caderas y odiando el tiempo que llevaba sin ella: demasiado.

—Abby —la llamó él, y ella se giró a mirarlo. Los ojos de Maurice estaban clavados en ella, y Abigail sonrió comprendiendo lo que él deseaba. Caminó despacio a él, pero cuando abrió su boca para hacerle una propuesta al fin atrevida, llamaron a la puerta principal.

Refunfuñando, Maurice abrió la puerta él mismo, encontrándose con tres gallinitas rubias, muy bien peinadas, pero malhumoradas.

—Mierda —dijo, y se giró a mirar a su esposa, que aún no sabía quién estaba detrás de la puerta.

—Cariño, tienes visita —dijo Maurice con voz sarcástica girándose a mirar a Charlotte, Christine y Candace. En cierta manera, era apropiado que el nombre de esas tres iniciara con la misma letra, diferente al de Abigail. Eso denotaba que eran frutos de muy diferentes cosechas.

Maurice abrió la puerta y dejó que las tres mujeres entraran, que no lo saludaron, sino que lo miraron con desdén, y luego se pusieron en fila para mirar a su hermana. Abigail abrió su boca un poco sorprendida, nunca esperó verlas aquí.

Se quedó allí, en el mismo lugar que antes, procesando la información. Las tres, altas, rubias, hermosas, y vestidas con los trapos más caros que se podía, estaban allí, en el vestíbulo de su casa, y al parecer, pretendían hacer caer sobre ella la misma opresión del pasado.

Cerró la boca, se enderezó elevando el mentón y caminando a ellas.

Contrólate, se dijo. Ya no tienen sobre ti el mismo efecto que antes, el efecto “hermanas”. En el pasado, siempre que las tres tomaban esta actitud, su garganta se cerraba y se hacía imposible decir una palabra, defenderse, y mucho menos atacar. No podía ser así ahora. No sería así.

Sintió la mirada de Maurice, que le decía que si lo deseaba, las sacaría a patadas de aquí él mismo. Ella movió la cabeza casi imperceptiblemente, y respiró profundo poniendo sobre su rostro una sonrisa cordial como si más bien fuera una máscara, y probablemente lo era.

—Vaya, son mis queridas hermanas —dijo.

Christine miró a Charlotte un poco asombrada. Que ella fuera capaz de decir esa sola frase era... raro.

—Venimos a decirte un par de cosas.

—Me imagino —siguió Abigail con la misma sonrisa. Caminó a Maurice y le tocó el brazo suavemente—. Cariño —le susurró—, déjame a solas con ellas.

—¿Estás segura? —preguntó él sin dejar de mirarlas ni perderlas de vista, como si en cualquier momento ellas se fueran a convertir en demonios con cachos, colas y tridentes.

—No me harán nada.

—No estoy muy seguro. ¿Puedo revisarles los bolsos para asegurarme de que no traen allí nada extraño?

—¡Por quién nos tomas! —exclamó Candace al escucharlo.

—Delincuentes —sonrió Maurice, y Candace apretó los dientes de la misma manera en que hacía

Arnold.

—Maurice, por favor... —rogó Abigail, y Maurice respiró profundo pasando su mirada de las tres rubias a la pelirroja.

—Estaré cerca. Cualquier cosa que suceda y sientas que amenaza tu integridad, grita.

—Vale —y luego, él se acercó más a su oído.

—No te tardes, quiero pasarme todo el día contigo en la cama si es posible —Abigail se sonrojó. Él había comprendido sus intenciones cuando se había acercado a él antes de que sus hermanas llegaran. Asintió sintiendo aún las mejillas calientes y lo vio alejarse. Era muy típico de él hacer este comentario cuando ella se enfrentaría a una situación bastante fuerte. Tal vez sólo buscaba quitarle un poco de hierro a todo lo que le rodeaba.

Enfrentó entonces a sus hermanas. Sabía que esta confrontación se presentaría, pero siempre se había imaginado las cosas diferentes, nunca creyó que las tres se dieran cita aquí. Se habían puesto de acuerdo para venir, y eso indicaba que, en cierta manera, eran muy unidas. Se atacaban unas a otras, pero las tres eran y se comportaban como hermanas cuando la situación lo requería, aunque sus motivos no fueran muy leales ahora.

Ella nunca hizo parte de ese lazo.

Extendió una mano para señalar una de las salas, y sin decir una palabra, las tres mujeres la siguieron.

Entraron a una sala particularmente hermosa, de muebles de madera oscura y tapiz blanco, con una de las paredes decorada con un mural en vinilo que semejaba la textura de una hoja en primavera. Sin embargo, y a pesar de lo precioso e iluminado del lugar, las tres mujeres se resistieron a mostrarse mínimamente impresionadas.

—¿Y cuál es ese par de cosas que vinieron a decirme? —preguntó Abigail dándose la vuelta para mirarlas y señalándoles los muebles para que tomaran asiento, pero ellas permanecieron de pie.

—Sólo que eres la peor hija del mundo —soltó Candace de repente, y Abigail elevó ambas cejas.

—¿Podrías... decirme por qué? —preguntó Abigail con una falsa calma, tal vez había adoptado un poco las maneras de su marido. El que anda con la miel, algo se le pega, pensó.

—¿Cómo has podido meter a tu propio padre a la cárcel? —exclamó Charlotte—. ¿Cómo pudiste hacerle eso a un hombre mayor como él? ¿En qué rayos estabas pensando, Abigail? —ésta sólo pestañeó, y miró a Christine, que la miraba con rencor, pero hasta el momento no había dicho nada.

—Una persona que te crio, te lo dio todo —volvió a decir Candace—, y tú, en agradecimiento, vas y lo metes a la cárcel. Es tu propio padre; ¡retira ya mismo esa estúpida acusación contra él! —Abigail sólo respiró profundo, y eso pareció irritarla más—. ¡Deja de mirarnos así! ¡Haz algo! ¡Di algo!

—Siempre ha sido así —dijo Christine al fin—. Siempre allí, callada y de pie, como una estúpida. Siempre has sido una estúpida—. Abigail sólo elevó una comisura de sus labios mirándola—. ¿No vas a decir nada?

—¿Olvidas que es una tartamuda? —resopló Charlotte—. De verdad, ¿qué vio en ti ese idiota de Ramsay?

—Estoy acostumbrada a que de mí digan lo que les dé la gana —susurró Abigail mirándolas fijamente con sus ojos entrecerrados y tanto veneno en su voz que el ambiente pareció podrirse—. Pero de mi marido no se atrevan a decir nada, no les permitiré que vengan a insultarle en su propia casa.

—Ay, por favor...

—Y en lo que a papá concierne —siguió Abigail, dando un paso hacia ellas—, me temo que las tres van a tener que aguantarse el escándalo de tener un papá preso, porque estoy segura de que es eso lo que les preocupa, el escándalo, lo que los demás estarán murmurando, y no su bienestar.

—¿Qué? —preguntó Candace con ojos casi desorbitados. Nunca habían visto a Abigail así.

—¿Estás sorprendida? —preguntó Abigail sonriendo, y se veía tan hermosa y tan amenazante, que Christine incluso miró en derredor ubicando las salidas—. ¿Nunca te imaginaste que tu hermanita mayor te pudiera hablar así? —aquello fue un poco impactante para las tres. En algún momento de la historia habían olvidado que Abigail era, después de todo, la mayor de las tres—. Prácticamente las vi nacer, crecer, y echarse a perder. Las conozco muy bien, conozco lo rastreras que son, lo podrido que están sus corazones. No se atrevan a hablar de Maurice! Cuando Stephanie lo embaucó, la apoyaron todo lo que fue necesario para mantenerlo cegado, pero luego renegaron de ella cuando murió víctima de sus propios actos. En ningún momento les pasó por la mente detener a papá cuando lo acusó, ¡nunca estuvieron de parte de la justicia... nunca! Cuando fueron con Maurice y le contaron de la verdad acerca del diagnóstico médico, para mí quedó claro que ni siquiera tienen alma...

—¡Tú no puedes hablarnos de esa manera!

—Oh, soy la persona más adecuada en el mundo para decirles las cosas que se merecen, lo horribles que son por dentro, porque soy la persona que más sufrió sus malcriadeces. Las tres hijas mimadas de Theresa y Arnold Livingstone. ¿Pero qué se podía esperar de ustedes?

—No tienes derecho a...

—¡Tengo todo el derecho! —gritó Abigail al fin—. Si creyeron que podían venir aquí, ¡a mi propia casa!, a gritarme e intimidarme para que hiciera lo que ustedes querían, ¡están muy, muy equivocadas! ¡La tonta Abigail que toda su vida anheló su aprobación ya está muerta! Ahora, ¡aténganse a las consecuencias de haber sembrado en su hermana tanto desprecio!

—No nos das miedo —dijo Christine—, tú, patética...

—¿Patética? —rio Abigail mirándola como si no se pudiera creer que precisamente ella le hablara así—. ¿Patética? —repitió... cerró sus ojos y respiró profundo—. La mayor virtud de una persona que no habla mucho... es que sabe escuchar... Y cuando sabes escuchar, te enteras de las cosas más curiosas—. Miró a Charlotte, y ésta se impresionó un poco—. ¿Tengo que recordarte que tú eres... la quinta opción de tu marido cuando éste quiere tener sexo?

—¿¿¿Qué??? —gritó ésta...

—Por delante está su secretaria, la modelo, la chica del aseo, la ejecutiva piernas largas... y por último tú, pobrecita Charlotte...

—¿Cómo te atreves a decir una cosa así? ¡Es falso! ¡Mi marido me es fiel!

—¿Todavía tienes el descaro de gritarte a ti misma esa mentira? Vives en un mundo de fantasía.

—¡¡Estás equivocada, estás...!!

—No le prestes atención —le dijo Christine—. Ella sólo está demostrando lo mala persona que es.

—¿Creíste que sacándome de mi habitación recobrarías tu lugar en el mundo, Christine? —Ésta la miró apretando sus labios preparando una severa respuesta, pero Abigail no le dio tregua—. Pobrecita Christine, quien toda su vida soñó con un castillo de cuento de hadas y su príncipe azul... confinada a vivir arrimada con sus padres porque no es capaz de aceptar que en la vida hay altos y bajos. Eres incapaz de vivir los malos tiempos al lado de un hombre que de verdad te quiere, porque eres egoísta; no hay el menor signo de sentimiento en ti.

—¿Tú qué puedes saber? ¿Quién te dijo que estamos pasando malos tiempos?

—¿Te da vergüenza aceptar que ahora tienes un presupuesto ajustado? ¿Acaso James no te ha pedido una y otra vez que vayan a vivir a una casa pequeña que él pueda pagar, pero que pueda llamar su hogar? Estás matando el orgullo de ese hombre con tu egoísmo.

—No te atrevas a meterte en la intimidad de...

—¿Intimidad? —rio Abigail—. ¿Tienes eso? —y antes que Christine pudiera decir algo más, Abigail se giró a la menor de las tres, Candace. Pero esta la miró con tanto terror que Abigail se detuvo. Charlotte y Christine le decían cosas, pero Abigail no las escuchaba. Por primera vez estaba viendo el alma desnuda de su hermana pequeña. Sólo tenía veinticinco años, recordó. En muchas maneras, ella todavía era una niña... una niña con muy mala suerte.

Toda la rabia que acumuló para soltarle el veneno a las otras dos pareció esfumarse. La mirada de Candace era suplicante, a la vez que amenazante, retadora. Ella tenía espíritu. Era una lástima que hubiese tenido unos padres que desde niña la complajeran en todo, haciendo de ella alguien soberbio e intratable.

—Todavía estás a tiempo —le susurró.

—Te odio —dijo Candace—. Te odio.

—Lo sé. Todas me odian, pero que lo sepa no significa que lo acepte o lo comprenda. Pudimos ser las mejores hermanas del mundo, pudimos ser; entre las cuatro, una fortaleza en la que pudiéramos escondernos en los malos tiempos. En cambio, hemos ido cada una por su lado, divididas en bandos... —las miró una a una, sintiendo sus ojos brillantes por las lágrimas—. No quitaré la demanda contra papá—. Aseveró-. Han perdido su tiempo al venir aquí.

—¿Por qué! —exclamó Charlotte—. ¿Es tu padre!

—Sí, es mi padre. Eso no lo puedo negar; pero, aun siendo mi padre, él tiene que pagar las consecuencias de sus actos. Si las cosas hubiesen salido conforme a sus planes, mi vida y la de mi hijo habrían sido un completo infierno, y yo no puedo permitir eso.

—¿Pero te das cuenta en lo que se convirtió nuestra familia y nuestro nombre? —Abigail se encogió de hombros.

—Es la suerte que nos tocó.

—¿Cómo puedes decir eso tan tranquilamente? —exclamó Christine.

—Porque cuando maduras, te das cuenta de que hay cosas como “el buen nombre”, y “la posición”, que realmente no importan. Si estás en paz contigo mismo, y eres feliz, eso son pequeñeces... y eso yo lo sé porque la vida me lo enseñó casi a golpes... ¿qué han aprendido ustedes? —Christine seguía mirándola y meneando su cabeza como si no aceptara esta filosofía de vida.

—Entonces —dijo Charlotte—, ¿hemos perdido nuestro tiempo al venir aquí?

—Me temo que sí.

—Papá tiene más de sesenta años —le recordó Christine—. ¿Lo vas a dejar allí? —Abigail tragó saliva. No podía decir que aquello no le importaba; le dolía por su padre, pero, aun ahora, y viéndose hundido, los planes de Arnold no habían cambiado, según lo que decían los abogados. Él todavía quería dañar su familia a pesar de que con eso no conseguiría nada, sólo por su propia satisfacción.

—Yo no puedo hacer nada —miró a Candace, que desde hacía un rato miraba el suelo y no había levantado de nuevo la cabeza—. Tal vez sean ustedes las que pueden ayudarlo. Son sus hijas favoritas, después de todo. A mí jamás me escuchará.

—¿Y qué podemos decirle? —rio Christine, y Abigail vio que también tenía los ojos llorosos—. ¡Está obsesionado! ¡Desde que cayó en la ruina está obsesionado!

—Tú eres madre, Christine —le dijo Abigail—. Si tu propio padre amenazara la vida de tu hijo, ¿qué harías? ¡Ponte en mi lugar! —Christine meneó la cabeza oponiéndose rotundamente a pensar

algo así, incapaz de concebir que su propio padre quisiera y armara todo un plan para dañarla, y fue la primera en darse la vuelta para salir de la sala comprendiendo que no conseguirían nada.

—Ha sido una pérdida de tiempo —dijo—. Ahora que es la reina de este mini castillo, se cree superior a los demás. Tener a un idiota que pasa por alto el que le hayan mentido gravemente le ha nublado el sentido de la proporción. Te crees más que nosotras porque ahora vives como vives, y tienes lo que tienes—. Abigail negó ante esas palabras, pero entonces Charlotte rio de acuerdo.

—Es verdad —dijo—. La pobre Abby, que nunca fue nadie ni tuvo nada, de repente exaltada al nivel de señora... No cabe duda de que toda esta parafernalia se le subió a la cabeza.

—Vámonos, Candace —dijo Christine tomando a su hermana del brazo, y ésta la siguió dócilmente.

Abigail vio a sus tres hermanas menores salir de la sala y quiso gritar de pura frustración. ¿Todo iba a terminar así? ¿De verdad? ¿No habían escuchado nada? ¿Jamás la comprenderían?

Se sentó en el mueble mirando al vacío, dándose cuenta de que en el fondo de su corazón había esperado un poco de bondad en sus hermanas. ¿Por qué había sido así?

Una lágrima rodó al recordar que Theresa, su madre, nunca les enseñó a ser tolerantes con ella. Por el contrario, ella misma se burlaba y criticaba sus limitaciones. Así, sus hermanas habían crecido creyendo que era lo más normal del mundo discriminar e intimidar a aquellos que eran diferentes, y con el tiempo, lo que de niñas había sido fastidio e intolerancia se había convertido en odio.

Era una ley muy cierta aquella que decía que el éxito en que los hermanos se llevaran bien entre sí se debía más que todo a la gestión de los padres al disciplinarlos y corregirlos. A esas tres nunca nadie les dijo que a ella debían amarla por igual, que era su hermana, que merecía respeto.

Y ahora lo que deseaba era tener a su madre frente a ella para reclamarle eso.

—Estás llorando —se escuchó la voz de Maurice, y Abigail intentó recomponerse. Maurice se sentó a su lado, y antes de que ella pudiera decir algo, la abrazó—. Sabía que terminarías así.

—Lo siento... pero tenía que decirles...

—Lo sé, y estuviste maravillosa —ella lo miró a los ojos sorprendida.

—¿Escuchaste?

—¿Claro que sí. Creíste que te dejaría a merced de ellas? ¿De esas brujas? —Abigail sonrió negando.

—Creo que debí decirles más, hacerles entender...

—No habrá palabras en el mundo que les haga comprender. Hay cosas que sólo el tiempo pueden demostrar... Tal vez ellas deban comprobar por sí mismas que están equivocadas—. Abigail cerró

sus ojos al sentir el beso de su marido en su mejilla—. Gracias por defenderme, gracias por ponerlas en su lugar.

—Eran cosas que quería decirles desde hace mucho tiempo.

—Tal vez, pero no debió ser fácil—. Él besó ahora su cuello, y Abigail súbitamente olvidó por qué estaba llorando. ¡Ah... cuánto tiempo, cuánto tiempo! Deseaba a Maurice aun en medio de su miseria, de su tristeza por tener hermanas así. Él era su isla en medio de su naufragio, su sombra en el mediodía del desierto.

—Te amo, Maurice—. Él hizo un poco de fuerza sobre ella, elevándose y haciendo que ella se recostara en el mueble. Abigail lo miró un poco escandalizada—. ¿A... aquí?

—¿¡Por qué no?

—Nos verán!

—No nos verán. Cuando tus hermanas llegaron, le pedí al personal que se esfumara.

—¿Por qué?

—No quería que escucharan la conversación que tendrías con ellas... ni a mí espiándolas —ella se echó a reír.

—Eres terrible.

—Mujer, ten compasión —pidió él metiendo su nariz en su cuello, olfateando y acariciando; metió su mano por debajo de su blusa y le acarició los costados muy suavemente, subiendo poco a poco hasta tocar la tela de su sostén. Se pegó a ella y Abigail pudo comprobar que su deseo no era poco—. Por favor...

Candace iba muda. No podía ser. Todo esto tenía que ser mentira. No podía ser.

Se detuvo en su camino y miró la fachada de la mansión. Sus hermanas no paraban de cotorrear hablando mal de Abigail, diciendo que era una presumida, que ahora que lo tenía todo se sentía por encima de ellas, que siempre habían sabido que no era ninguna tonta, y por el contrario, era dueña de una mente siniestra y calculadora.

Tiene que ser mentira, se volvió a decir, y desanduvo los pasos volviendo a la mansión.

—¿A dónde vas? —le preguntó Charlotte.

—Tengo que verlo por mí misma –contestó Candace—. Abigail fue una tonta reprimida toda su vida, no puede una persona de repente sacar tanta sabiduría de la nada.

—¿Sabiduría? ¿Llamas a la sarta de sandeces que dijo sabiduría? –Candace le lanzó una mirada que le advirtió que se callara, y Charlotte dio un paso atrás.

—¿Por qué vas a volver allí? –le preguntó Christine—. ¿Qué quieres comprobar? –Candace no contestó, sino que empujó suavemente la puerta que antes habían dejado abierta. Entraron de nuevo al hall, y Candace presidió la caminata hacia la sala en la que habían estado antes.

No la vieron, estaba desierta.

—Qué... —empezó a decir Charlotte, pero entonces escucharon un gemido tan suave y cargado de emociones que las tres se quedaron paralizadas en la entrada. Volvieron a mirar hacia los muebles, y entonces vieron el brazo de Abigail emerger de detrás del sofá para abrazar... a su marido que en ese momento le hacía el amor.

Charlotte se puso violentamente roja, Christine sintió que las rodillas le temblaban y palidecía, y Candace sintió una horrible opresión en el corazón.

—Oh, Dios, sí –gimió Abigail, recibiendo los embates de su marido en su interior. Era Maurice, no había duda. Era su voz diciéndole lo hermosa que era, lo mucho que la amaba, lo mucho que significaba para él.

—Te amo –le decía—. Te amo.

La primera en dar la vuelta fue Candace, y para cuando estuvo afuera, corría. Las imágenes y los sonidos de lo que acababa de presenciar estaban tan grabadas en su mente que sentía que tendría que correr hasta el fin del mundo para dejar de oírlo.

Christine, caminando a paso lento, llegó a su auto y se sentó frente al volante, metió la llave en el contacto con mano temblorosa, pero una vez encendido, no lo puso en marcha, sino que se quedó mirando el volante como si allí fuera a descubrir la fuente de la eterna juventud.

Charlotte sacó un cigarro y se puso a fumar.

A pesar de ir cada una por sus medios de vuelta a sus casas, en los oídos de las tres hermanas Livingstone resonaban los sonidos de la pareja haciendo el amor y mimándose el uno al otro. Qué terriblemente hermoso, qué increíble revelación.

No le envidiaban a Abigail su riqueza, ni su casa, ni lo guapo que era su marido. Jamás ninguna pudo imaginar que su bien más grande fuera ese del que tal vez no debía presumir ninguna mujer en voz alta: tenía un marido que la amaba, y estaba bien atendida en la cama.

—Maldita seas —masculló Charlotte, pero lejos de odio, rencor o envidia, en su voz había admiración.

Esa noche, cuando llegó su marido, salió a su encuentro luciendo una vieja bata pequeña y transparente. Quería tentarlo, quería tener lo que Abigail Ramsay tenía.

—¿Cuánto necesitas? —le preguntó William mirándola de arriba abajo con una sonrisa de desdén en sus labios y la mano en su bolsillo. Él era guapo, con su cabello negro, abundante y ondulado, y unos ojos claros de mirada inteligente.

—¿Qué? —reaccionó ella ante su pregunta— ¿No puedo desear tener sexo contigo?

—No tú —él caminó hacia el cuarto de baño y ella lo siguió—. ¿Salió alguna nueva colección de algún famoso diseñador? —le preguntó mirándola a través del espejo—. ¿Has planeado un viaje caro con tus amigas?

—¡No! Sólo quiero...

—¿Sexo sin motivo ni segundas intenciones? —ella lo miró fijamente. ¿Tan mal estaban las cosas con él?

—¿No puedo simplemente desearlo? —William sonrió casi blanqueando sus ojos.

—El sexo te fastidia. Siempre que me acerqué a ti lo dejaste más que claro, y si detuvimos esa... “costumbre”, fue casi por petición tuya. Es un deber conyugal, uno que tú cumplías muy a desgana; no puedes venir ahora de la nada y decirme que quieres hacerlo conmigo.

—¡No es así! Bo... borremos el pasado. Volvamos a empezar. De verdad quiero...

—¿Quieres? —le preguntó él acercándose, quedando a sólo unos centímetros de ella. Charlotte pudo sentir el aroma de su after shave y cerró sus ojos.

—Sí, lo deseo.

—Pues ve y tócate. No me apetece —los ojos de Charlotte se abrieron sólo para ver cómo se

alejaban, y se le llenaron de lágrimas.

—William... —él se cambió la camisa por otra limpia y la miró otra vez. Ni pizca de deseo en sus ojos—. Soy joven —dijo—, soy guapa... A pesar de haber tenido dos hijos... mi cuerpo es aceptable...

—No fastidies, ¿vas a insistir?

—¿Vas... vas a salir?

—¿Ahora te importa?

—No, por favor, no te vayas... —lo tomó del brazo, pero él se zafó un poco violentamente, y Charlotte quedó de nuevo sola en su habitación, llena de lujos y comodidades, pero terriblemente sola y abandonada.

—No eres nada apasionado —le dijo Christine a su marido con voz desprovista de emociones cuando sintió que éste se corrió en su interior. Había tenido sexo con él casi en cuanto había llegado del trabajo. Los niños ya estaban acostados, así que tenían el espacio y el momento, pero no había sentido toda la excitación que sintió con sólo escuchar un gemido de Abigail.

—¿Qué? —le preguntó James mirándola sumamente sorprendido.

—Siempre es lo mismo... —siguió ella mirando a otro lado— el sexo contigo es aburrido —él palideció. Se separó de ella y volvió a subirse los pantalones y a buscar su camisa.

Hacía sólo unas semanas habían salido por fin de la casa Livingstone. Había tenido que prestar una enorme cantidad de dinero para comprar esta casa, y ahora tenía una hipoteca de miedo y el triple de horas de trabajo para que su mujer se sintiera contenta. Sentía que cada día que pasaba perdía más cabello, más fuerza, más voluntad para seguir adelante.

—Desde hace un tiempo —dijo él con voz apretada—, todo es aburrido conmigo. Te casaste conmigo por mi dinero, y ahora que no lo tengo, no hay nada deseable en mí. Pues bien, te daré lo que quieres. Divorciémonos—. Christine lo miró sintiendo que perdía el color y la sangre ya no irrigaba todas las partes de su cuerpo.

—¿Qué? —exclamó sentándose en la cama.

—Así te libraré de un marido aburrido que ya no puede concederte cada capricho.

—¿Ahora eres tú la víctima? —gritó Christine—. ¡He tenido que soportarte todos estos meses! ¡Cualquier otra te habría dejado!

—Pero ya tú me dejaste, Christine. La verdad, es que nunca has sido una esposa de verdad.

—¿Quién podría ser una esposa de verdad con un hombre de mentiras? —gritó ella saliendo de la cama. No estaba desnuda, ni él, ya que para hacerlo, ni siquiera se habían tomado el tiempo para quitarse la ropa—. ¡Eres un fraude!, ¡como hombre, como marido, como amante! ¡Incluso mi primer polvo, que fue a los dieciséis, fue mejor que cualquiera que haya tenido contigo en todos estos años! —James, por primera vez en su vida, elevó la mano contra una mujer y la abofeteó. Ante la sorpresa, Christine cayó contra el colchón. Quiso girarse a mirarlo, pero él no le dio espacio; le tomó los brazos y la aprisionó contra el colchón, y Christine lo miró con cierto temor, pero más que todo, con sorpresa. El golpe no había sido fuerte, realmente, pero nunca imaginó que James tuviera tal carácter.

¡Le había pegado! ¡El malnacido le había puesto la mano encima!

—¿El peor polvo de tu vida, verdad? ¿Dónde te deja eso a ti, cariño, que incluso me diste dos hijos?

—¡Suéltame! ¡No te atrevas!

—Ya me atreví, ¿no ves? La paciencia de los hombres tiene un límite, Christine; ¡y tú, ciertamente lo traspasaste! ¿Si soy un fraude, qué haces todavía aquí? —a cada palabra, él aprisionaba sus brazos aún más fuerte contra el colchón—. ¡Por qué no te has ido!! —en los ojos de Christine hubo un destello, y James comprendió que ella estaba esperando que la comparase con su madre, que había abandonado a su marido por irse con otro.

Había tanto dolor, vergüenza y temor en los ojos de su mujer, que eso lo dejó callado. La soltó poco a poco, y se alejó de ella. Nunca haría eso. Nunca compararía a su mujer con Theresa. Nunca haría nada que la hiriera.

Pero ya lo había hecho, ¿no?

Se miró la mano con que la había golpeado deseando de repente tener un cuchillo para cortársela. Al sentir el sollozo de Christine, se giró a mirarla.

Christine siguió llorando, y James deseó hacer algo, pero no se le ocurría qué. Hacía tiempo que sabía que su matrimonio estaba mal, pero hasta ahora se lo habían ocultado el uno al otro. Nunca habían tenido una conversación así... y él había terminado lastimándola.

Pero a él también le dolía el corazón. Deseaba con toda su alma que ella no lo hubiese dicho de corazón. ¿De verdad, el sexo era tan malo con él?

—Lo siento —dijo ella de repente y entre sollozos—. Lo siento tanto—. Él cerró sus ojos y se llevó una mano a la frente. Parecía mentira, ella se estaba disculpando.

Poco a poco sintió que su furia se desaparecía, que era capaz de olvidar eso tan horrible que ella había dicho acerca de él. Casi.

Se sentó a su lado, con la cabeza gacha.

—No. Yo lo siento. No volveré a hacerlo. Perdóname—. Se miraron a los ojos, y en la cabeza de Christine resonaron las palabras de Abigail: “Incapaz de vivir los malos tiempos al lado de un hombre que de verdad te quiere, porque eres egoísta”.

—James... ¿me quieres? —él sonrió esquivando su mirada, y ella tomó su barbilla con sus dedos obligándolo a mirarla—. Me quieres? —lo vio tragar saliva.

—¿Acaso por qué me casé contigo?

—¿Porque soy guapa? ¿De buena familia?

—No, mujer. Yo estaba enamorado de ti —ella hizo una fuerte inspiración.

—¿De verdad? —James asintió mirando el suelo.

—Pero no importa, ¿verdad? No he podido darte la vida que quieres...

—No, no... —ella lo detuvo cuando él intentó levantarse y alejarse. James la miró intrigado—. Cambiaré, te juro que cambiaré... no me dejes.

—Pero eres tú la que quiere dejarme.

—No es así —contradijo ella abrazándolo. James estaba anonadado. ¿Qué había pasado con su mujer? ¿Por qué ese cambio?

Sin embargo, no rechazó su abrazo, cerró sus ojos sintiendo cierto miedo a que todo esto fuera mentira.

—Haré... haremos como deseas —prometió ella mirándolo de nuevo a los ojos—. Nos iremos a una casa más económica y... ahorraremos, y nos ajustaremos a tu nuevo presupuesto. Dios, James, no quiero perderte.

—¿Por qué tan de repente? —preguntó él.

—No quiero perderte —repitió ella, buscando sus labios—. Que me quieras es mi mejor bien. Soy rica sólo si te tengo a ti —él rio, pero no era una risa burlona, ni de desdén. Sólo estaba sorprendido; era la primera vez que su mujer le dedicaba unas palabras tan hermosas.

Sin pérdida de tiempo, la puso de nuevo en la cama, esta vez, para hacérselo más despacio; no como si en cualquier momento ella fuera a cambiar de opinión y se fuera a esfumar, no como a una mujer que solamente cumplía con su deber y ya. La mujer que tenía en sus brazos ahora estaba ansiosa, y era muy activa.

Candace entró a su habitación con los hombros caídos, mirando en derredor su preciosa habitación, pero sintiéndose miserable.

—¿Eres tú, Candy? —preguntó su marido, y ella hizo un sonido de asentimiento. Él estaba en el cuarto del guardarropas, seguramente.

Se sentó en el filo de la cama mirando al vacío.

No habían conseguido nada yendo a la casa de Abigail. El propósito había sido intimidarla como siempre hacían, acorralarla y obligarla a que retirara la demanda contra su padre. Todo había salido al revés.

Luego de ver a su hermana mayor con su marido, gimiendo de tal manera, recibiendo tales mimos y tales palabras de amor, cada una había salido por su lado; ni siquiera se habían vuelto a mirar las caras entre ellas, mucho menos hacerse un comentario.

Era chocante. La tímida tartamuda que se bloqueaba cada vez que una de ellas le dirigía la palabra, les ganaba kilómetros en una carrera que no sabía que se habían impuesto.

Al menos, ella era la mayor perdedora de todas.

—Hoy te compré esto, mira —dijo Leonard saliendo del guardarropas, vestido solo con ropa interior, su ropa interior; un conjunto de encaje negro de Victoria's Secret que él había comprado supuestamente para ella, pero con la talla que más se ajustaba a la de él. Le enseñó un labial de una rara tonalidad de rosa con la sonrisa de un niño que le muestra a su madre la obra de arte que hizo con sus crayones en la pared—. ¿Precioso, verdad?

Candace lo miró tragando saliva. Tan guapo, tan malditamente guapo, y tan gay.

—Sí. Es muy lindo.

—Apenas lo vi, dije: quiero verlo en Candy. Todo en ti se ve tan hermoso. ¿Y puedes imaginártelo? ¡Es una versión limitada! Dior definitivamente es un bellaco, sabe cómo sacarnos el dinero. ¿Me dejas ponértelo? —ella lo miró inexpresiva.

Leonard, rubio y exageradamente guapo, con un cabello abundante que le tapaba las orejas que era un placer mirar y tocar... Su cuerpo depilado estaba bien tonificado, bronceado, duro... Las mujeres alrededor la envidiaban por ese marido tan guapo y refinado que tenía... cuando salía con él e iba a su lado por la calle o por las tiendas, era consciente de que siempre las mujeres se giraban a mirarlo y a desear ser ella. Ninguna se imaginaba que lo último que pasaba por la mente de su marido era tocarla de una manera sensual. Él prefería a los hombres.

—Quiero el divorcio —dijo ella interrumpiendo su larga diatriba acerca de los labiales rosa y sus diferentes tonalidades, y Leonard se detuvo abruptamente mirándola sorprendido. Luego se echó a reír, como si no lo creyese para nada—. Quiero el divorcio, Leonard.

—No puedes divorciarte de mí. Me necesitas, tesoro. Si te divorcias, ¿a dónde irás?

—No lo sé, pero quiero... quiero vivir la vida de verdad.

—¡A mi lado la vives de verdad! ¿No hemos viajado juntos por todo el mundo? ¿No tienes contigo todo lo que una mujer pueda desear? ¡Una enorme casa, mi fortuna! ¡Te dije que todo sería tuyo!

—¿Cuándo, Leonard? ¿Cuando ya esté tan vieja que no lo pueda disfrutar?

—¡Estás hablando en serio! —exclamó él, alejándose de ella y poniéndose las manos en la estrecha cintura. Todo lo que quedó ante los ojos de Candace fue su entrepierna mal cubierta por la diminuta prenda femenina—. Te dije que... te dije...

—Sí, ya sé que me prometiste el cielo y la tierra... Pero no quiero el cielo y la tierra si estoy sola. Quiero irme, Leonard. Lo siento. Prefiero ser una mujer de verdad, y tener un hombre que me haga sentir como tal a mi lado, en vea de todo... de todo lo material que me puedas ofrecer. Estoy cansada.

—¡Te cansaste de la buena vida! —rio Leonard—. ¿A dónde vas a ir, ah? ¡Con qué dinero!

—Me mentiste —lloró Candace—. Me engañaste. Me ocultaste tus... preferencias. Creí que tu falta de apetito en la cama cuando éramos novios se debía a que... era yo quien debía esforzarse. ¡Pero sólo me enamoraste porque necesitabas una esposa que funcionara como tapadera! Creí que tu dinero compensaría todo... pero no es así. ¡No es así!

—No puedes dejarme. ¡Te necesito! Mi familia... ¡necesito una esposa a mi lado! ¡Te necesito! Te duplicaré tu asignación mensual... Te he dicho que no me opongo a que tengas tus aventuras...

—No quiero aventuras, ¡quiero un hombre que me ame! —gritó Candace.

—Tu familia está terriblemente inestable ahora. Tu mamá se fue con otro, tu padre está en la cárcel. No sobrevivirás por ti misma.

—Oh, sí lo haré —dijo ella entre dientes y poniéndose en pie, secándose las lágrimas y mirándolo con odio—. ¿Sabes que si digo ante un juez tu pequeño engaño me darán la mitad de tus bienes, verdad? —él abrió grandes sus ojos maquillados.

—¿Me vas a chantajear?

—¡No! ¡Te haré pagar por el infierno que me has hecho pasar!

—¿Infierno? ¡Has vivido como una reina!

—¡Una reina con marido gay! ¡Eso es un infierno! ¡Un maldito infierno del que ya me cansé! —Él caminó con pasos fuertes hacia el cuarto del guardarropas de nuevo.

—¿Estás en la premenstrual, verdad? Eso se te pasará en un par de días. Siempre te pones

insoponible, pero hoy estás terrible. Ni yo te aguanto.

—Larry... por favor...

—¡No, no, no! Tú eres mi mujer. Estoy seguro de que en cuanto pongas un pie fuera de esta casa, estarás deseando volver. Estás atada a mí, te gusta demasiado la buena vida, y por eso fue que aceptaste quedarte aquí, ¿no es así?

—Sí. Fui estúpida, sentí vergüenza de tener que divorciarme tan pronto como me había casado. Pensé que había elegido lo mejor entre todos los pretendientes que tuve. Fui tan presumida... Pero ya me cansé. Estoy cansada.

—No te creo.

—Entonces te demandaré, y si esto sale a la luz, ya sabes lo que pasará.

—No me amenes, Candace —ella se echó a reír. Leonard nunca la llamaba así. Cerró sus ojos adivinando lo que se venía. Leonard se protegería y lucharía contra ella, diría que todo era una mentira. Sólo era su palabra contra la suya.

Necesitaría pruebas, y ayuda para conseguirlas, pero, ¿de quién? Le daba una vergüenza terrible confesar su problema ante sus hermanas, por eso nadie sabía.

Nadie, excepto Abigail.

Abigail, se dijo de repente, sintiéndose casi iluminada, bendecida. Maurice, su marido, era formidable, ¡había podido contra su padre! Ella misma era formidable ahora, y oh, la comprendería. ¡La ayudaría!

—Me divorciaré de ti —le dijo a Leonard—, y de paso, me quedaré con la mitad de tus bienes.

—Te espero en el juzgado entonces —dijo él, quitando todo amaneramiento de su voz. Candace suspiró. La lucha que le esperaba no sería fácil, pero por primera vez en su vida, iría en contra de la corriente y pensaría en sí misma y lo que era correcto antes que en lo que pensarían los demás.

Maurice se quitó de encima e Abigail evitando que todo su peso cayera sobre ella. Debía tener cuidado; después de todo, no hacía mucho había dado a luz un hijo.

Se echó a reír al pensar cómo convenientemente había olvidado ese hecho durante toda la tarde. ¡Toda la tarde!

De alguna manera, hacer el amor con Abigail ahora se sentía diferente. Tal vez porque ahora sabía quién era ella, y la atesoraba mucho más.

Abigail se giró a él y lo abrazó con brazos y piernas suspirando muy satisfecha, y él la recibió envolviéndola también con su cuerpo. En las últimas horas, sólo habían salido de la cama para darle de comer a Samuel.

Y el estómago de ella sonó entonces. Él se echó a reír.

—Vamos a comer.

—Yo quiero Maurice a la parrilla —él volvió a reír.

—Necesitas alimentarte. No te vayas a desnutrir o descalcificar sólo por tus otros apetitos —ella lo miró elevando una ceja—. Mujer, estás increíble.

—¿De verdad?

—Más sensual, más... estás buenísima —ella se echó a reír elevándose un poco sobre él, y toda su cabellera cayó alrededor de él encerrándolos a ambos como un santuario.

—¿A pesar de que... tal vez no recupere mi figura de antes?

—¿Estás loca? —él apretó con su mano una de sus nalgas desnudas— Todo de ti me encanta. Todo está en las proporciones perfectas. Es por eso que no puedo odiar del todo a tus padres, te hicieron muy bien —ella se echó a reír, y él la atrajo hasta que quedó encima de su cuerpo otra vez, con sus senos aplastados contra su pecho, sintiéndola a lo largo de todo su cuerpo, su aroma, su suavidad, su voz.

Pero el hambre era el hambre, y el estómago de ella estaba rugiendo.

—Vamos a comer, o sentiré que no estoy cuidando bien de ti —ella cedió, a pesar de que las cosas se habían empezado a calentar de nuevo. Lo vio caminar, tan desnudo como vino al mundo, buscando su ropa desperdigada por toda la habitación.

Se mordió los labios. Qué trasero más delicioso el que tenía ese condenado, y a pesar de que acababa de besar cada centímetro de él, cada cen-tí-me-tro, y había quedado saciada, ahora volvía a desearlo.

—Deja de mirarme y vístete —dijo él sin voltearse.

—No te estaba mirando.

—Me estabas comiendo con los ojos.

—Qué presumido. No te estaba comiendo con los ojos —él se giró y la miró de reojo, con una sonrisa sabedora, y ella no pudo más que sonrojarse—. Presumido —masculló, pero no fue capaz de sostenerle la mirada.

Bajaron a la cocina luego de unos minutos, y entre los dos atacaron la despensa y el refrigerador. A pesar de que en un principio Abigail empezó a decir que no debía comer esto o aquello porque debía bajar más peso, él la convenció de comer todo lo que quisiera.

—Al menos esta noche —le dijo—, al menos mientras alimentas a Samuel—. Cuando ella lo miró de manera aprehensiva, se le acercó—. Conozco un excelente ejercicio para bajar de peso, así que puedes comer hasta saciarte —ella lo miró interesada.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Deberé ir al gimnasio?

—Mmmm... no necesariamente.

—¿Entonces?

—Es muy efectivo, y podrás practicarlo siempre que quieras, desde ahora y hasta que te hagas anciana. No tiene contraindicaciones de salud, ni de edad, ni nada.

—Suena interesante.

—Necesitarás un instructor —siguió él, muy serio.

—¿Permitirías que venga un instructor?

—El instructor seré yo, cariño —ella lo miró confundida.

—¿Tú? Pero... ¿sabes de esas cosas?

—Oh, te lo acabo de demostrar, ¿no? —susurró él besando la parte en que su cuello se unía a su hombro, y Abigail se quedó allí, quieta, comprendiendo de qué hablaba él.

—¡¡Maurice Ramsay!! —él se echó a reír a carcajadas mientras ella se ponía ambas manos en la cintura y lo miraba severa—. Eres... eres...

—¡Pero es una excelente idea!

—Sólo sacas provecho de mi ignorancia. Qué tonta soy.

—No, jamás, jamás digas que eres tonta... —él volvió a acercarse mirándola con ojos sonrientes. Ella, en cambio, tenía una mirada desconfiada—. Te deseo, a toda hora del día, en cada momento y a cada instante. Siempre que pueda intentaré meterte mano—. Abigail sonrió al fin.

—Me casé con un monstruo sexívoro.

—Sólo vivo hambriento de ti—. Ella suspiró sin agregar nada más, y sólo porque de verdad tenía mucha hambre, se volvió a dedicar en lo que deseaba para comer.

Comieron allí mismo en la cocina, rieron más, y luego, cuando hubieron saciado el hambre, entraron a la habitación de Samuel, que hoy había pasado prácticamente a un segundo plano mientras ellos dos se reencontraban. Había sido mucho tiempo privados de esta intimidad, y ahora que no había mentiras de por medio, todo sabía mucho mejor.

Theresa Livingstone llamó a la puerta de su hija Candace sintiendo el retumbar de su corazón en su pecho. Esta no era el magnífico pent-house que había compartido con Leonard Chandler, era un poco más modesto, pero de igual manera, decía por todos lados “dinero”.

Esperaba que su hija menor sí la atendiera y le ayudara. Había sido un completo fracaso el haber ido a ver a las otras dos.

Un hombre abrió la puerta, y Theresa abrió un poco su boca. Era guapo, vestía una sencilla camiseta con el nombre de alguna universidad en frente y la hizo pasar. Candace estaba en la cocina, y al ver a su madre, respiró profundo.

—Bueno, las dejo a solas —dijo el hombre, y Theresa lo miró hasta que desapareció tras la puerta. Se giró a mirar a Candace.

—¿Quién... quién es este?

—¿Es esa la primera pregunta que se te viene a la mente, mamá? —preguntó Candace, caminando a ella descalza y con una camisa de hombre por toda vestimenta.

—Sabía que te habías divorciado, pero no me imaginé que tan pronto...

—¿Pronto? —sonrió Candace con desdén—. Hace un año me divorcié, mamá, fue un proceso largo y duro. Y Keneth es la primera persona con la que tengo una relación en mucho tiempo.

—¿Kenneth? ¿Kenneth qué?

—Kenneth nada —contestó Candace un poco duramente—. Sus apellidos no importan.

—Es pobre, entonces.

—Por favor. No has cambiado nada.

—¿Cambiar? ¿De qué hablas? Vengo de ver a tus hermanas y fue imposible conseguir nada de ellas. ¿Qué les hice yo, acaso? Soy su madre, merezco su respeto, que me ayuden cuando estoy pasando malos tiempos.

—¿Estás pasando malos tiempos? —preguntó Candace sentándose en el sofá de su sala y cruzando sus piernas. Theresa miró en derredor y se sentó también, aunque su hija no la había invitado a hacerlo.

—Estoy... estoy pasando una dificultad.

—Por qué. ¿El doctor te dejó? —Theresa miró a otro lado endureciendo el gesto. No necesitó decir más, y Candace volvió a ponerse en pie.

—No tengo espacio aquí —dijo—. Este apartamento sólo tiene una habitación, es muy chico.

—Sí, eso veo. Pero...

—Llamaré a alguien para que te ayude a conseguir casa. Es todo lo que puedo hacer por ti.

—¿Es todo? ¿Qué hago sólo con una casa? Necesito... necesito para vivir, para comer y...

—Si hubieses permanecido al lado de mi padre hasta el día de su muerte habrías heredado lo poco que quedó de su dinero, pero como lo traicionaste, perdiste todo derecho.

—¡No puedes juzgarme, no sabes lo difícil que era la vida al lado de tu padre!

—No, no lo sé, porque nunca lo dijiste. Nos enseñaste que lo principal para una mujer era estar bien casada, o aparentar estarlo. Y si no hubiese sido por... Abigail, yo estaría todavía en el infierno en el que caí creyendo esa gran mentira—. Theresa la miró confundida, y Candace siguió— fue ella la que me ayudó en el proceso de divorcio con Leonard. Ella y... Maurice; el hombre al que tanto daño le hicimos. Él tenía pruebas contra Leonard, y me las facilitó sin pedirme nada a cambio. Gracias a eso, pude ganar el proceso...

—Y ahora tienes la mitad de los bienes de Leonard Chandler, tu ex marido. Y no quieres compartir un poco de eso conmigo. Tengo que recordarte que fui yo quien hizo posible que te casaras con él.

—¡Créeme que nunca lo olvido! —exclamó Candace—. Y nunca lo olvidaré. ¡Gracias a ti, mi vida fue un infierno por todo este tiempo que estuve casada con él! ¡Lo peor es que creí que era mi deber soportarlo!

—¿Entonces vas a ser igual de egoísta que tus hermanas? ¡Soy tu madre! —Candace tomó aire intentando calmarse.

Era verdad, Theresa había ido a ver a Charlotte, pero esta no había podido ayudar mucho a su madre, pues William, su esposo, no estaba muy feliz de tener que pasarle dinero a su suegra, y ella desde hacía tiempo estaba en un proceso que ella misma había llamado “reconquista”. Hasta el momento, William no había mencionado la palabra divorcio, lo que más temía ella, y no quería alentarla a ello pidiéndole ayuda para su madre que tan mal había dejado su imagen en todos sus círculos.

Charlotte las había llamado diciéndoles que si bien ella le daría una parte de su propia asignación a espaldas de su esposo, Theresa no estaría conforme con eso, y seguro iría pidiendo ayuda a Christine y a Candace.

Christine no había podido ayudarla. Vivía en una casa pequeña, con todas las habitaciones ocupadas, y el presupuesto de ella y James era ajustado. La única manera para que Theresa se quedara con ella sería que compartiera habitación con Michelle, su hija, pero ella no había aceptado.

Y ahora estaba aquí, rogando su ayuda.

Candace podía ayudarla, pero en el fondo, quería que su madre aprendiera una lección. Quería que aprendiera a valorar lo que tenía, que aprendiera a ser feliz con poco o mucho. Pero se temía que su madre ya estaba demasiado vieja para eso.

—Sí, eres mi madre —contestó al fin—, y por eso haré que te asignen una vivienda cómoda y confortable para ti. Si quieres algo más, creo que tendré que recordarte que tienes otra hija, que, a pesar de lo mala que has sido con ella, si se lo pides, muy seguramente te ayudará—. Theresa apretó los dientes.

—¿De veras crees que yo me rebajaré a pedirle dinero a Maurice Ramsay?

—No será a Maurice, será a Abby.

—Es lo mismo. No, gracias. Prefiero lo que he conseguido hasta ahora.

—¡Pero no has conseguido nada!

—No importa. No quiero nada de ella. En primer lugar, estoy como estoy gracias a ella.

—¿De qué hablas?

—Si ella no hubiese metido a tu padre a la cárcel...

—¿Te atreves a decir eso? ¡Tú planeaste con papá secuestrar a su hijo!

—¡Nunca estuve de acuerdo!

—¡Pero lo ayudaste! Él fue a la cárcel por sus propios actos, ¡Abigail y Maurice sólo se defendieron!

—¡Estás de su lado!

—Sólo estoy de lado de la justicia, que al fin pude comprenderla!

—Mírate, pareces la predicadora más devota de alguna extraña secta.

—Mamá, por favor...

—Gracias por tu ayuda.

—Si tuvieras la humildad para aceptar tus propios errores...

—Espero que el dinero que me prometió Charlotte me alcance para vivir —se quejó Theresa—. Así es la vida. Tú crías a los hijos, pero éstos te dan la espalda.

—Mamá... —Theresa se dio la vuelta y salió sin dejar de quejarse y refunfuñar. En el lobby del edificio vio de nuevo al tal Kenneth hablando muy tranquilamente con el conserje, y echándole malos ojos salió.

Kenneth volvió al apartamento de Candace.

—¿Lo que te temías? —Candace suspiró.

—Exactamente lo que me temía.

—¿No fuiste demasiado dura con ella, verdad? —preguntó él sentándose a su lado en el sofá y mirándola fijamente. Candace puso una de sus manos en su mejilla.

—No la conoces. Ruega al cielo que no descubra que eres el hijo de un magnate inmobiliario, o la tendrás a tus pies en menos de nada.

—Mi suegra a mis pies —murmuró él como si la idea fuera muy tentadora.

—Deja así. Ni te lo imagines. Sería horrible —él se echó a reír, y ella besó su risa.

Theresa miró al cielo sintiéndose furiosa, defraudada, traicionada. Tendría que vivir de las migajas de sus hijas de ahora en adelante, y ni qué decir de su antiguo estilo de vida, ¡lo echaría terriblemente de menos!

No había imaginado jamás lo mucho que costaba vivir como vivía. Pero esta era la situación. John Frederick se había cansado de ella enviándola de vuelta a casa, pero ella no tenía casa ya, así que había quedado a la deriva.

Miró a una joven pasar, con libros en las manos y una trenza en su cabello largo. Cómo desearía poder robarle la juventud a alguna de estas chicas para poder cazar así a un hombre rico de verdad, uno que no fuera a perderlo todo luego, ni tuviera extrañas manías en la cama.

Pero eso era imposible, y le tocaría vivir su vejez sola y pobre.

¡Qué mala suerte había tenido!

Michaela miraba la puerta de arriba del aeropuerto esperando a Peter. Hacía un año se había ido a Londres y no había vuelto ni una vez. Ella había ido a verlo, obviamente, pero fueron visitas de días,

y de eso hacía cuatro meses... y lo extrañaba, lo extrañaba horrores.

De pronto lo vio. Estaba completamente abrigado, con una pequeña boina a cuadros, una bufanda alrededor de su cuello, un abrigo que se veía caro, y ella prácticamente corrió a él.

Se detuvo a sólo un paso, sintiéndose insegura. ¿Habrían cambiado las cosas? Él ahora era un hombre de mundo, seguramente en Londres había conocido muchas otras mujeres.

—¿Michaela? —preguntó él, mirándola un poco admirado. Se había preparado para que le saltara encima, y ella se había quedado congelada.

—Ah...

—¿Está todo bien? —le preguntó—. ¿No te alegra verme? —los ojos de ella se humedecieron.

—¿Que si me alegra? Claro que me alegra. ¡Dios, te he echado tanto de menos! —él abrió sus brazos a ella, y Michaela esta vez no se rehusó. Lo abrazó fuerte y Peter terminó alzándola mientras ella sollozaba de felicidad en su cuello, a la vez que alzaba su maleta y su bolso de mano—. Estás guapísimo —le dijo ella retirándose un poco para verlo. En estos meses él había cambiado un poco, ahora era tan alto como David, su cabello castaño oscuro oculto tras la boina estaba un poco largo y los dedos le picaron por tocarlo.

Él sonrió y buscó su boca para besarla, y Michaela le rodeó el cuello con sus brazos feliz. El tímido Peter que la miraba y se sonrojaba si ella lo descubría había desaparecido hacía mucho tiempo. Ahora tenía veinticinco años, era profesional y trabajaba para la empresa que David, su hermano, dirigía, pues Hugh se había retirado y todo este tiempo fuera fue una dura prueba que ella no creyó soportar.

El adolescente que una vez hackeó su correo electrónico salvándole así la vida, ahora era todo un hombre y la besaba con hambre.

—Te quiero —le dijo él, y ella sonrió.

—Yo también te quiero—. Él suspiró y le rodeó la cintura andando hacia la salida del aeropuerto. Ella había parqueado su pequeño auto no muy lejos, y hacia allá lo condujo.

—¿Hacia dónde iremos ahora? —preguntó él mirando lo bien que le ajustaban los jeans que llevaba puestos. Michaela se concentró en abrir el maletero.

—David te preparó una fiesta de bienvenida.

—¿David? ¿Tu hermano?

—Sí, ese mismo —contestó ella con una sonrisa. Peter metió la maleta, y luego se introdujo en el auto sentándose en el asiento del copiloto.

—¿No es un poco extraño? Creí que estaba feliz de que estuviera lejos.

—Bueno... él es raro —contestó Michaela alzándose de hombros.

—¿La casa de Daniel? —preguntó Peter asombrado cuando ella se internó en los jardines de la antigua mansión Alcázar. Michaela hizo una mueca.

—Bueno... inicialmente iba a ser una cena de bienvenida con la abuela Agatha, David, Marissa y yo... pero Maurice se enteró, y dijo que él asistiría, con su mujer y sus hijos. Ya sabes... Maurice no hace las cosas de la manera normal...

—No me digas.

—Las cosas se desmadraron un poco, creo, porque Daniel se dio cuenta de que estábamos planeando una fiesta sin él y se molestó. Para llevar la fiesta en paz, le pidieron que prestara el salón de fiestas de la mansión, y luego entonces se unieron unos amigos tuyos de la universidad; además de Gwen, Stacy, Hugh, Stephen...

—Qué locura.

—Ni te imaginas...

—Pero sólo estuve fuera un año.

—Ellos usan cualquier pretexto para armar jaleo, ya los conoces —Peter no pudo sino reír, y entró a la mansión riendo aún en su interior preguntándose a qué horas esta enorme familia se había vuelto tan fiestera.

La gente gritó ¡sorpresa!, y ¡bienvenido!, lo que hizo del grito una cosa muy confusa y loca. Su hermana y su sobrina fueron las primeras en correr a él para abrazarlo y darle la bienvenida. Luego la abuela Agatha, que últimamente no estaba bien de salud, y después desfilaron los demás. Él se acercó a todos y les estrechó la mano, recibió sus abrazos, golpes en la espalda, bromas y demás con una sonrisa. Luego alguien le puso en la mano una copa de vino, perdió de vista a Michaela por un momento, pero luego la vio junto a Daniel, sirviendo unas copas.

Al ver a Benjamin Brandon, el hijo menor de David y Marissa, lo abrazó sintiéndose un poco emocionado. Era un bebé de apenas seis meses, pero era tan parecido a Michaela que le produjo un exceso momentáneo de ternura. Tenía los ojos de ella, y el cabello castaño.

—Qué chico tan guapo —dijo sonriendo.

—Claro —dijo David, alardeando—, se parece a mí—. Peter hizo una mueca, pues tenía que admitir que aquello era verdad, él y Michaela se parecían demasiado y no se podía negar la realidad.

La familia se había crecido. Los que antes eran unos lobos solitarios, ahora eran hombres de familia. David con sus tres hijos era un padre muy dedicado; Michaela le había contado una vez por teléfono que al saber que su hijo sería varón, él y Hugh habían hecho una fiesta privada de la que habían vuelto bastante achispados.

Vio a George y a Samuel correr el uno detrás del otro por todo el salón y sonrió al verlos tan grandes. En cambio, Priscila, la hija mayor de David y Marissa, los miraba con la tolerancia de una reina que no sabe cómo excusarse por el comportamiento de sus plebeyos. Era una nena preciosa, rubia, pulcramente peinada y vestida... muy diferente a su tía, que caminaba a él con las mejillas sonrojadas y un poco agitada.

—¿Te gusta la fiesta? —le preguntó ella al oído.

—Me gusta, pero... ¿cuándo acabará? —ella se echó a reír, y tuvo que mirar abajo cuando algo tropezó con sus piernas. Era una niña que al parecer estaba aprendiendo a andar. Con los cabellos rojos como los de un incendio, y ojos color miel, grandes y expresivos.

—Lo siento —dijo Abigail tras ella—. Desde que aprendió a caminar... ¡no para! —Peter la alzó en brazos, y la niña lo miró interesada por un momento, sobre todo cuando él le dio besos y le hizo cosquillas. Estaba familiarizado con las niñas. Tenía una sobrina que ahora debía tener unos ocho años, y había estado a su lado siempre, hasta hace un año que se fue.

Michaela lo miró sintiéndose enternecida.

A pesar de que era una fiesta para adultos, todos habían traído a sus niños. Mañana sería domingo, así que no importaba si se desvelaban un poco, pero estos poco a poco fueron cayendo dormidos, en el sofá, en las piernas de algún invitado, o debajo del piano, como fue el caso de Shandra, la hija menor de Diana y Daniel.

Hubo música, comida, alguien destapó otra botella, y en general, todo estuvo animado. No se trataba sólo de que un miembro de esta enorme familia había vuelto del extranjero, se trataba de que les encantaba estar juntos. A muy pocos aquí los unían los lazos de sangre, pero los lazos de la amistad eran muy fuertes.

Cuando se hizo la hora, cada uno se fue yendo con sus hijos dormidos en sus brazos, a sus propios hogares, haciéndole saber otra vez lo felices que estaban por su regreso, y al final, ellos mismos se fueron también, agradeciéndoles a Diana y a Daniel su hospitalidad.

—No seas tonto —le dijo Diana con su hermosa sonrisa—. Mi casa siempre estará disponible para las locuras que a estos hombres se les ocurra—. Daniel la miró sonriente y le rodeó los hombros con su brazo.

—Y ahora vayan a descansar —dijo—. Según escuché, te darán una semana de descanso, pero luego, te exprimirán, muchacho, así que aprovecha estos días.

—Sí, ya me lo dijo David —suspiró Peter, y tomó la mano de Michaela despidiéndose y caminando

de vuelta al auto.

Diana y Daniel los vieron alejarse desde la puerta, entrar al pequeño automóvil de Michaela y salir de los jardines de la mansión.

—Qué suerte tuvo Michaela —dijo Diana con una sonrisa un tanto nostálgica—. Ella descubrió pronto quién era el amor de su vida. Mira cómo lo atesora...

—Mmm... no me extrañará si pronto nos anuncian su matrimonio —murmuró Daniel guiando a su mujer hacia el interior de la mansión.

—Están muy chicos.

—Tú los ves chicos, pero ya son adultos. El tiempo pasa volando, ya ves—. Diana miró a su marido por unos segundos en silencio mientras subían las escaleras. La casa estaba un poco patas arriba, pero seguro todo estaría otra vez impecable mañana a primera hora.

Quiso suspirar, nunca, en los años antes de casarse con él, en esos horribles años en que huía y lo rechazaba, se alcanzó a imaginar lo feliz que sería a su lado. Estuvo a punto de perderlo, y hoy día tenía mucho que agradecerle a la vida y a su padre por tener esta felicidad.

Todavía no sabía cómo había soportado verlo en brazos de Nina. Era un misterio para ella. Afortunadamente, su amiga estaba ahora felizmente casada con un hombre muy guapo de San Francisco. Era opuesto a Daniel en todo, tanto en el físico como en el temperamento, y tal vez eso era lo que ella había necesitado para volver a mirar hacia adelante en la vida y el amor. Sin embargo, aunque ella era feliz, todavía había momentos en los que sentía que jamás podría compensarle por haberse quedado ella con Daniel, pero había sido inevitable, y lo haría una y otra vez si tuviera que repetir la historia.

—¿Qué? —preguntó Daniel al sentir la mirada de su mujer.

—Nada.

—¿Nada? ¿Me quedas mirando así como: Oh, Dios, qué guapo es mi marido!, y dices que nada? —Diana se echó a reír, sin ánimo para contradecirlo.

—Está bien, pero no tienes que decirlo en ese tono—. Él volvió a atraerla con su brazo y le besó los labios.

—¿Te he dicho hoy que te amo? —preguntó él en un susurro, y Diana suspiró.

—Desde hace dos horas no.

—Oh, Dios, qué terrible —ella se echó a reír, y luego de comprobar el sueño de sus hijos, entraron a su habitación, jugueteando y riendo, sintiéndose bendecidos y felices por ello.

—¿David? —llamó Marissa mirándolo. Él había estado mirando por la ventana de la habitación que daba a los jardines de entrada, pero se giró a ella y sonrió—. No me digas que estás preocupado por Michaela. ¿Tengo que decirte que ella no volverá a casa esta noche? Es una adulta, por Dios... — Marissa iba a decir algo más, como que debía considerar que su hermana no se había ido de casa como habría sido lo normal sólo por su abuela, pero que desde hacía tiempo la joven había estado deseando su independencia, y que ahora que Peter había vuelto de su viaje era altamente probable que al fin lo hiciera. Hasta la abuela Agatha tendría al fin que comprender que la niña de la casa se había convertido en una mujer.

Era una ley de la vida. Los niños crecían y se iban de casa. Ella misma había visto en sí misma todo este proceso. Un día, ella y sus tres amigas fueron niñas felices y despreocupadas que creían tenerlo todo seguro en la vida, cosas como el dinero, la salud la familia y el amor, pero con el paso del tiempo, la vida misma les había enseñado que las cosas no eran así de fáciles. Diana había cambiado a causa de una terrible experiencia, Nina se había enamorado del hombre equivocado, Meredith había enfermado de cáncer, y ella fue abandonada por su prometido.

Pero todo ello sólo las había hecho más fuertes, no las había acabado. Diana era feliz con su esposo, y también Nina, luego de haber comprendido que el amor de Daniel sólo podía ser de Diana; Meredith al fin había podido embarazarse y seguía al lado de su amado Thomas, el hombre al que no le había importado que ella estuviese enferma y se había casado con ella... y ella misma, que tenía a su lado a un hombre que, si bien no cumplía con todos los requisitos de príncipe, era “su” príncipe, perfecto para ella.

Lo amaba, a pesar de lo testarudo que era a veces.

Él caminó hacia ella y le puso un dedo sobre sus labios evitando que dijera algo más. David ya había comprendido todo acerca de las leyes de la vida, había tenido que pasar por tantas cosas que a veces se sentía un poco anciano. Habían tenido que nacer sus dos hijas para dejar de ver a Michaela al fin como una niña. Había sido duro, pero lo había conseguido.

—No te preocupes —le susurró—, no vigilaré más los movimientos de Michaela. Por el contrario, vas a tener que aplaudir lo maduro que es tu marido cuando les dé mi regalo de bodas—. Marissa lo miró confundida.

—¿Regalo de bodas?

—Sí. Si Peter le pide a Michaela matrimonio antes de un año... tengo planeado darles un regalo... bueno, entre tu padre y yo.

—¿Qué regalo?

—Será una sorpresa.

—Vamos, cuéntame.

—No. Eres muy amiga de Michaela. Quiero ahorrarte la tentación de contárselo.

—Qué malo eres, ¿no confías en mí? —él miró al techo como si estuviese dudando, y ella tuvo que pellizcarlo. David protestó entre risas, y aunque la abrazó, Marissa se las arregló para seguir atacando. Tuvo que inmovilizarle las manos, pero entonces el carácter del juego cambió y empezaron los besos. Pronto los dos olvidaron que ella estaba intentando sonsacarle un secreto, y él que en algún lugar de la ciudad, su hermana estaba con alguien haciendo tal vez lo mismo que él ahora.

Maurice arrullaba a Jacqueline, que lloraba y lloraba muerta de sueño, pero totalmente reacia a dormirse.

No sucedía muy a menudo, pero hoy se había trastornado un poco su horario de sueño, y estaba dando lata.

—Llorona, llorona —susurró Maurice besando los rojos cabellos de su hija—. Duérmete ya.

—Si le dices llorona, menos se dormirá —sonrió Abigail entrando a la sala a la que Maurice se había venido para no despertar a nadie. Traía en sus manos un biberón, y Maurice se lo recibió, se sentó en un sillón con Jacqueline, y se lo enchufó en la boca. Al instante el llanto paró.

—Es mágico —se admiró Maurice, y Abigail no pudo evitar reír. Habían decidido tener otro bebé cuando ya Samuel estaba un poco grande, pero no había sido desacertado, el niño estaba loco por su hermanita, y todos los días traía de la escuela un dibujo de ella donde su cabello era representado en todos los tonos rojos que había en la paleta de crayones.

Pero Maurice estaba aún más loco por Jacqueline, y el hecho que fuera pelirroja lo enloquecía aún más. Su teléfono estaba lleno de fotos de él y su hija en todas las poses habidas y por haber.

Se sentó a su lado viendo esta preciosa imagen y apoyó la cabeza en su mano, sonriendo internamente. Maurice la miró y sonrió. No había necesidad de hacer preguntas, ni comentarios. El uno sabía lo que el otro pensaba ahora mismo, y era perfecto.

Los ojos de ella se opacaron de pronto, y Maurice extendió una mano a ella para tocar sus preciosas pecas.

—¿Nada que llama? —le preguntó, y ella meneó la cabeza suavemente, negando—. Ya lo hará. Se verá apurada de dinero y vendrá a ti.

—Mamá es demasiado testaruda. Parece que nunca admitirá que en realidad tiene cuatro hijas, y yo soy la mayor de ellas.

—Ten paciencia—. Ella sonrió.

—Es increíble que tú precisamente me aconsejes tener paciencia.

—Bueno, si mi madre se apareciera por esa puerta pidiéndome dinero... realmente, no sé qué haría—. Fue ella quien ahora extendió la mano a él y le tocó el cabello. Ximena, la madre de Maurice, había enviado desde algún lugar del mundo una postal felicitándolo por el nacimiento de sus hijos. Al final de la nota, había firmado “con amor”, y eso había tocado el corazón de Maurice.

—Ella debería estar aquí para conocer a sus nietos —había dicho entonces, y ella no podía negar que tenía razón.

—Mira, se durmió la princesa llorona —sonrió Maurice mirando a su hija, y ambos se pusieron en pie para llevarla a su habitación.

—Me temo que la próxima vez que se te ocurra hacer una gran fiesta, antes tendremos que dormir a tu hija —dijo ella tomando su mano luego de dejar a la niña en su cuna y se encaminaban a su propia habitación.

—Lo dices como si el de la idea de la fiesta hubiese sido yo.

—¡Fuiste tú! David sólo quería una sencilla cena.

—¿Pero cómo iba a ser una sencilla cena? ¡El chico volvía luego de un año!

—¿Lo ves? Fue tu idea.

—Bueno, bueno —aceptó él al fin—. ¿Qué de malo tiene que me guste celebrar? —ella lo miró en silencio mientras se empezaba a desnudar—. Me encanta ver a la familia reunida. No sabes lo que me gusta ver, por ejemplo, a la abuela alzar a una de sus nietas, o a Stephen conversar con Daniel mientras lo mira lleno de orgullo, o a George y a Samuel corretear mientras juegan a pillarse el uno al otro...

—Sí, te comprendo.

—Así que... —susurró él, acercándose y desabrochándole el sostén— seguiré inventando fiestas donde pueda seguir viendo todo esto una y otra vez—. Ella sonrió mientras lo miraba sacarle el sostén por los brazos y mirar sus senos embobado. A pesar de que ya no estaba lactando, éstos seguían un poco grandes, y a Maurice le encantaba—. ¿Estás muy cansada? —preguntó él, como si se percatara de algo, y ella no pudo evitar reírse.

—¿Y lo preguntas ahora, cuando ya deseo estar contigo? —ella se acercó más a él, abrazándolo, y Maurice hizo un leve gruñido de satisfacción con su garganta.

—Qué feliz me haces, mujer —ella sonrió, y cerró sus ojos al sentir las manos de su marido por su piel—. Siempre estaré agradecido por tenerte... aunque en un momento renegué, y me sentí herido...

en el fondo... yo estaba feliz de no tener que perderte en un año—. Ella lo miró a los ojos. Él nunca había dicho esto. Maurice se echó a reír, y ella lo besó.

—Gracias por no olvidarme cuando éramos niños y tuvimos que separarnos.

—¿Cómo hacerlo? Eres mi vida—. Ella se dejó conducir a la cama, y una vez allí, se dejó mimar por su marido.

Esa noche, nadie de la familia Brandon-Santos-Ramsay habría estado molesto con la vida por nada. La vida una vez había derramado hiel sobre ellos, pero hoy todo era dulce, tan dulce como jamás imaginaron que la vida podía ser.

:Fin:

Otras obras de la autora

Dulce Renuncia (Saga Dulce No. 1): Marissa Hamilton tuvo que renunciar a su novio para que éste fuera feliz con la mujer de la que se enamoró estando ella ausente, pero eso ha dejado un gran vacío y un gran dolor en su corazón; toda su seguridad y confianza en sí misma ha sido mellada. Con el corazón herido, una mujer podría cometer cualquier locura... como desnudarse delante de un desconocido...

David Brandon no es más que un trabajador más, pero lleno de sueños y aspiraciones. Cuando una hermosa mujer se descubre ante él, ocurre una gran batalla entre su deseo y su caballerosidad. Podría él aprovecharse de una mujer que tiene el corazón roto y busca a gritos reafirmar su feminidad?

Cualquier cosa que haga, decidirá y sellará el destino de los dos.

Dulce Destino (Saga Dulce No. 2): Daniel Santos lo tenía todo: dinero en su cuenta, lujosos automóviles, buenos amigos, autoridad en la mesa de juntas, acciones en la empresa y en el club. Si lo deseaba, podía llamar una amiga, concertar una cita, y pasar la noche con ella; una noche sin compromisos... Tenía todo lo que un soltero podía desear.

Pero había algo que siempre había querido con desesperación y nunca había estado más lejos de obtener.

Ella.

A veces se odiaba por quererla tanto. Ella veía a través de él, ni siquiera se daba cuenta de que estaba allí... al parecer, nunca podría escalar lo suficientemente alto como para llegar a ella. Estaba tan cansado, y se sentía tan solo, siempre tan solo.

Pero era incapaz de enamorarse de otra, la quería a ella.

Ámame tú: Allegra Whitehurst debería ser una mujer feliz, pues lo tiene todo: belleza, dinero y poder. Pero su novio de toda la vida le ha sido infiel, y luego de humillarla, la reta: Nunca encontrará a un hombre como él; más guapo, más rico, y mejor en la cama. Allegra sólo quiere hacerle tragar cada una de sus palabras, pero para conseguirlo, tendrá que internarse en una arriesgada aventura: contratar un novio a sueldo.

Locura de Amor: Samantha Jones y Heather Calahan no podían ser las mujeres más opuestas entre sí: la una es una afable y pobre anciana que se lamenta por haber perdido su oportunidad de amar y ser amada, y que sin embargo, todos a su alrededor casi veneran por su alma generosa; mientras que Heather es una hermosa y millonaria joven de veintitrés años, adicta a las drogas y a las fiestas que lo tiene todo, y sin embargo odia su vida, a sus padres, pero por sobre todo, a Raphael Branagan, su prometido.

El destino ha decidido enredarlo todo para que así, al menos una de las dos encuentre al fin su camino y viva una segunda oportunidad.

Tu silencio (Saga Tu Silencio No. 1): Juan José Soler nunca imaginó quedar atrapado en la trampa que él mismo diseñó: el amor. Desde siempre, y sabiendo que es atractivo a las mujeres, ha jugado con ellas a placer, pero el destino le enseñará que hay cosas que no se pueden evitar, que contra el amor no se puede luchar, pero sobre todo, no se debe callar.

Tus secretos (Saga Tu Silencio No. 2): Ana ha llegado a la ciudad junto con su mejor amiga y sus hermanos para cambiar, para ser libre, para mejorar. Pero hay alguien que no aprecia los esfuerzos que ella hace, y sólo la ve como la campesina que alguna vez fue, haciendo caer sobre ella la sentencia de que aunque se vista de oro, seguirá siendo la misma. O eso es lo que ella cree.

Carlos es un hombre de negocios ante todo. Tiene su vida organizada, su destino y futuro trazados, pero guarda un secreto que lo ha venido carcomiendo desde hace mucho tiempo, y ya no podrá aguantarlo. Pronto aprenderá que el amor, entre más intentes contenerlo, más desbordante se hará.

BIOGRAFÍA

Virginia Camacho nació en Colombia, en la ciudad turística de Cartagena de Indias en el año 1982. Desde adolescente escribió historias de amor, leyéndoselas en voz alta a sus familiares y amigas, hasta que alguien la convenció de que lo hiciera de manera más pública y profesional. Estudió Literatura en la Universidad del Valle, con una carrera docente de ocho años en la asignatura de Español que abandonó para dedicarse por completo a sus libros. Actualmente, vive en Bucaramanga, Colombia, está soltera y además de leer, ver series y viajar por el país en busca de ideas e inspiración, escribe sin cansancio con la idea de sacar a la luz pública las más de cuarenta historias que tiene en su haber.